La era de los reyes ha muerto. Yo terminé con ella.

III

PROMESA DE SANGRE

BRIAN McCLELLAN

Los Magos de la Pólvora

GAMoN

PROMESA DE SANGRE

Brian McClellan

LOS MAGOS DE LA PÓLVORA

Traducción: Federico Cristante

“Sencillamente impresionante”.

—Brandon Sanderson,
autor de *Nacidos de la Bruma* .

“Guerra, magia, cambiaformas, espadas, mosquetes y dioses reencarnados. No es solo otra fantasía épica: es el debut de McClellan y la primera novela de una trilogía. ¡Excelente!”.

—*The Book Bag.*

“McClellan combina perfectamente la intriga y la acción ... en una sociedad donde las nuevas fuerzas como los sindicatos, los soldados armados y los ‘Magos de la Pólvora’ chocan con la magia tradicional”.

—*Publishers Weekly.*

“Una revolución francesa con magia, como no había leído antes. Tiene la dosis justa de guerra, intriga política y fantasía; con personajes complejos que se ven obligados a tomar decisiones en contra de sus propios principios y deben seguir adelante. El primero en una trilogía imposible de soltar”.

—Lucila Quintana, editora.

Título original: Promise of Blood
Edición original: Orbit Books

© 2013 Brian McClellan

© 2021 Trini Vergara Ediciones
www.trinivergaraediciones.com

© 2021 Gamon Fantasy
www.gamonfantasy.com

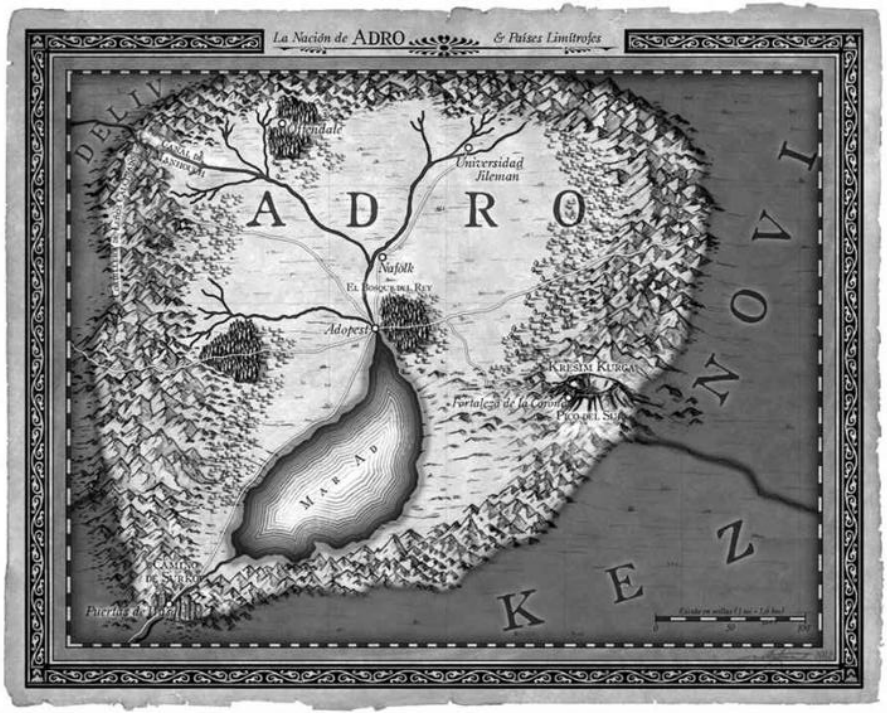
España · México · Argentina
© 2013 Gene Mollica Studio, LLC, por la ilustración de cubierta

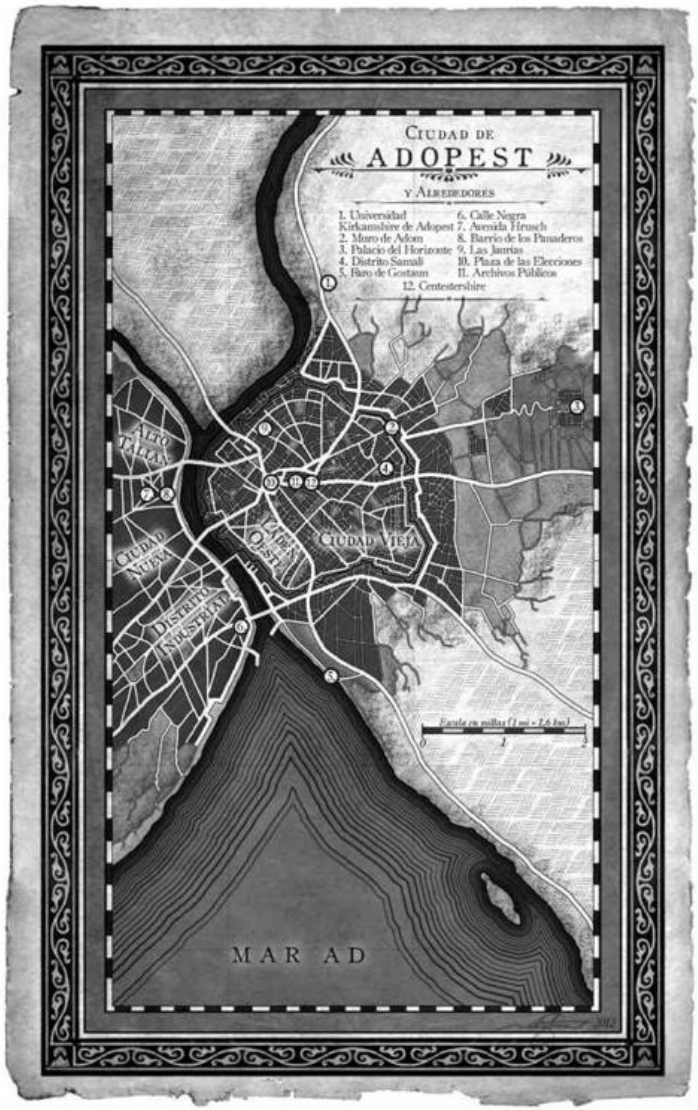
ISBN: 978-84-18711-08-4

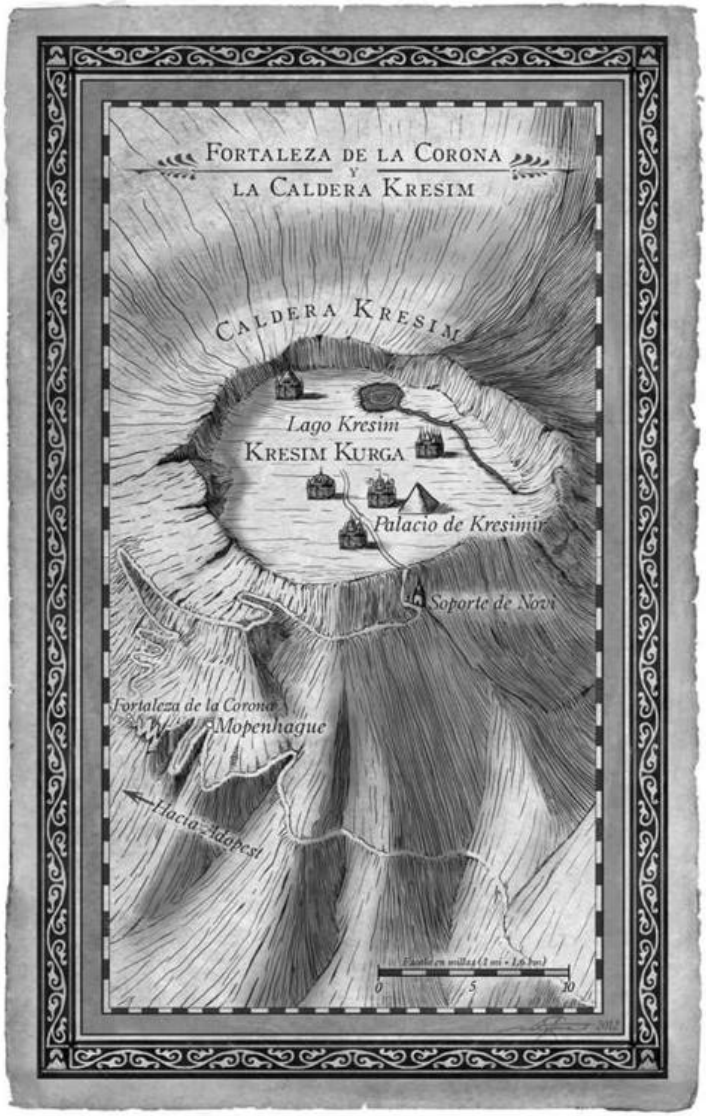
Índice de contenido

Portadilla
Citas elogiosas
Legales
Promesa de sangre
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo
Agradecimientos
Nuestros autores y libros en Gamon
Brian McClellan
Sinopsis
Manifiesto Gamon


La Nación de ADRO
& Países Limítrofes
ADRO
Universidad Jileman
Nafolk
El Bosque del Rey
Adopest
Kresim Kurgan
Mar Ad
Kezanovia


Ciudad de
ADOPEST
y Alrededores
1. Universidad Kirkamshire de Adopest
2. Muro de Adom
3. Palacio del Horizonte
4. Distrito Samali
5. Baño de Gostaum
6. Calle Negra
7. Avenida Hrusch
8. Barrio de los Panaderos
9. Las Jaurías
10. Plaza de las Elecciones
11. Archivos Públicos
12. Centestershire
Alto Talia
Ciudad Nueva
Distrito Industrial
Lado Oeste
Ciudad Vieja
Escala en millas (1 mi = 1,6 km)
0
1
2
MAR AD


Fortaleza de la Corona
y
la Caldera Kresim
Caldera Kresim
Lago Kresim
Kresim Kurga
Palacio de Kresimir
Soporte de Novi
Fortaleza de la Corona
Mopenhague
Hacia Adopest
Escala en millas (1 mi = 1,6 km)
0
5
10

Para papá.
Por nunca dudar de que llegaría hasta aquí.
Incluso cuando deberías haber dudado.

Capítulo 1

Adamat llevaba la chaqueta bien cerrada, con los botones superiores abrochados para protegerse de un aire nocturno tan húmedo que parecía querer ahogarlo. Tiró de las mangas, tratando de extenderlas un poco, e intentó acomodarse la pechera, que le quedaba demasiado apretada en la zona de la cintura. Hacía unos cinco años que ni siquiera veía esa chaqueta, pero cuando le llegó la llamada del rey a esa hora, no hubo tiempo para retirar la de siempre de la casa del sastre. Esa prenda de verano no brindaba ninguna defensa contra el frío que se filtraba por la ventana del carruaje.

La mañana no tardaría en llegar, pero el amanecer difícilmente podría dispersar la niebla. Se notaba. Aunque en Adopest ya había comenzado la primavera, seguía haciendo un tiempo demasiado húmedo y más frío que los dedos congelados de Novi. Los adivinos del Callejón de Nadie decían que era un mal presagio. Pero ¿quién hacía caso a los adivinos hoy en día? Adamat supuso que acabaría por pillar un resfriado y se preguntó por qué lo habrían mandado llamar en una noche de perros como esa.

El carruaje se acercó al portón principal del Palacio del Horizonte y siguió avanzando sin detenerse. Adamat apoyó las manos en las rodillas y miró por la ventanilla. Los guardias no estaban en sus puestos. Y, más extraño aún, a medida que continuaron por el ancho camino que pasaba por entre las fuentes, vio que no había luces encendidas. El Horizonte tenía tantos faroles que podía verse desde la ciudad incluso en la noche más cerrada. Esa noche, los jardines estaban oscuros.

A él no le molestó. Manhouch gastaba suficiente dinero de los impuestos para sus gustos personales. Adamat miró los jardines y observó las fauces negras donde comenzaban los laberintos de setos, y se imaginó unas figuras revoloteando sobre el césped. ¿Qué era…? Ah, solo una escultura. Volvió a acomodarse en el asiento, respiró hondo. Oía el latido de su corazón golpeando asustado mientras se le encogía

el estómago. Quizá *deberían* encender los faroles del jardín…

Una pequeña parte de él, la que en otra época había sido inspector de policía y que durante noches como esa había rondado los callejones en busca de ladrones y carteristas, se rio desde su interior. “Cálmate, viejo —se dijo a sí mismo—. En otra época tú fuiste los ojos que observaban desde la oscuridad”.

El carruaje se detuvo. Adamat esperó a que el cochero le abriera la puerta. Podría haber esperado toda la noche. El cochero golpeó el techo.

—Hemos llegado —dijo una voz tosca.

Qué grosero.

Adamat se bajó del carruaje apenas con el tiempo suficiente para coger su sombrero y su bastón antes de que el cochero agitara las riendas y saliera traqueteando hacia la noche. Le lanzó un insulto en voz baja, se volvió y miró el edificio.

La nobleza llamaba al Palacio del Horizonte la “Joya de Adro”. Había sido construido sobre una alta colina que había al este de Adopest, para que todas las mañanas el sol se elevara por encima de él. Un periódico particularmente audaz lo había comparado con un indigente hambriento que llevara en el dedo un anillo de diamantes. Era una comparación acertada en estos tiempos tan difíciles. El orgullo de un rey no le llena el estómago a la gente.

Estaba en la entrada principal. Durante el día era una gran avenida de senderos y fuentes de mármol que llevaba hasta una puerta doble plateada, de gran tamaño, que de por sí parecía una miniatura en el imponente frontispicio de la construcción más grande de todo Adro. Adamat intentó oír las suaves pisadas de los Hielman que estaban de patrulla. Se decía que había miembros de la guardia personal del rey por todo el jardín, vigilando cada rincón, con los mosquetes siempre cargados, con las bayonetas colocadas, con sus fajas blancas y grises, sombrías en comparación con el esplendor de los verdes y los dorados. Pero no se oían pisadas, y las fuentes no estaban en funcionamiento. Una vez había oído decir que el agua de las fuentes solo dejaba de correr ante la muerte del rey. Seguramente no lo habrían mandado llamar si Manhouch estuviera muerto. Se alisó la pechera de la chaqueta. Allí, junto al edificio, algunos de los faroles estaban encendidos.

Alguien emergió de la oscuridad. Adamat apretó la mano que agarraba el bastón, listo para desenvainar la espada oculta en su interior ante la menor señal de peligro.

Se trataba de un hombre de uniforme, pero no se podía distinguir demasiado con tan poca luz. Tenía un fusil o un mosquete apuntando en dirección a Adamat, y llevaba un quepis plano con visera rígida. Lo único de lo que Adamat podía estar seguro era que no se trataba de un

Hielman. Sus sombreros altos y con plumas eran fáciles de reconocer, y no iban a ningún lado sin ellos.

—¿Estáis solo? —preguntó una voz.

—Sí —dijo Adamat. Levantó ambas manos y giró sobre sí mismo.

—Muy bien. Pasad. —El soldado avanzó y tiró de una de las inmensas puertas de plata. Fue abriéndose hacia fuera despacio, pesadamente, a pesar de que el hombre hacía fuerza con todo su peso. Adamat se acercó y observó la casaca del soldado. Era azul oscuro y con trenzados plateados. El ejército adrano. En teoría, dicho ejército estaba bajo las órdenes del rey. En la práctica, había un hombre que sostenía la correa: el mariscal de campo Tamas—. Retroceded, amigo —dijo el soldado. Había un dejo de impaciencia en su voz, algo que lo tenía tenso, pero podría deberse al peso de la puerta. Adamat obedeció, y solo volvió a avanzar para pasar por la entrada cuando el soldado le hizo un gesto—. Continuad —instruyó el soldado—. Doblad a la derecha en la diadema y cruzad la Sala de Diamantes. Seguid caminando hasta que os encontréis en el Salón de las Respuestas.

La puerta fue moviéndose poco a poco detrás de él, y se cerró con un golpe sordo.

Adamat se quedó solo en el vestíbulo del palacio. El ejército adrano, meditó. ¿Por qué habría un soldado allí, sin ninguna señal de los Hielman? La primera respuesta que le vino a la mente fue la más aterradora. Una lucha de poder. ¿Habían llamado al ejército para sofocar una rebelión? En Adro había varias facciones: los mercenarios de las Alas de Adom, la camarilla real, la Guardia de la Montaña y las grandes familias de la nobleza. Cualquiera podría haber estado dándole problemas a Manhouch. Pero no tenía sentido. Si hubiera habido una lucha de poder, el recinto del palacio sería un campo de batalla, o habría sido completamente destruido por la camarilla real.

Adamat pasó por delante de la diadema, una copia gigante de la corona adrana, y notó que era de tan mal gusto como afirmaban los rumores. Entró en la Sala de Diamantes, donde el suelo y las paredes eran color escarlata con detalles chapados en oro; miles de gemas diminutas, que le daban el nombre a la estancia, brillaban en el techo a la luz del único candelabro encendido. Las pequeñas llamas del candelabro titilaban como movidas por el viento, y hacía frío.

La sensación de incomodidad de Adamat se fue intensificando a medida que se acercó al final de la galería. No había señales de vida, y lo único que se oía eran sus propias pisadas sobre el suelo de mármol. Había una ventana rota, lo que explicaba el frío. ¿El resultado de uno de los famosos berrinches del rey? ¿O alguna otra cosa? En los oídos le resonaron los latidos de su corazón. Allí. Detrás de la cortina, ¿un par de botas? Adamat se pasó una mano por los ojos. Una ilusión óptica. Se acercó para tranquilizarse y descorrió la cortina.

Había un cuerpo en las sombras, en el suelo. Adamat se inclinó sobre él y le tocó la piel. Estaba tibia, pero el hombre estaba muerto, sin lugar a dudas. Vestía pantalones grises con una franja blanca en los laterales y una casaca a juego. Un poco más allá había un sombrero alto con plumas blancas. Un Hielman. Las sombras bailaron sobre un rostro joven, perfectamente afeitado. Parecía estar en paz, excepto por el agujero que tenía en un lado del cráneo y la mancha oscura y húmeda que se distinguía en el suelo.

No se equivocaba. Hubo un conflicto. ¿Se sublevaron los Hielman y se había llamado al ejército para que lidiara con ellos? De nuevo, no tenía sentido. Los Hielman eran fanáticos leales al rey, y cualquier problema dentro del Palacio del Horizonte habría sido resuelto por la camarilla real.

Adamat maldijo en silencio. Cada pregunta generaba más preguntas. Seguramente, pronto encontraría algunas respuestas.

Dejó atrás el cadáver. Levantó el bastón y lo giró, desenvainó algunos centímetros de acero y se acercó a una puerta alta flanqueada por dos esculturas encapuchadas que blandían cetros. Hizo una pausa entre las antiguas estatuas y respiró hondo; sus ojos se posaron sobre una escritura arcana garabateada sobre el portal. Entró.

El Salón de las Respuestas hacía que la Sala de Diamantes pareciera pequeña. Había dos escaleras, una a cada lado. Cada una de ellas tenía el ancho de tres carruajes y daba a una galería alta que se extendía todo a lo largo de la estancia. Excepto por el rey y su camarilla de hechiceros Privilegiados, eran pocos los que entraban en ese lugar.

En el centro había una única silla, colocada sobre un estrado elevado unos centímetros, frente a una colección de cojines que estaban en el suelo, donde la camarilla, de rodillas, rendía pleitesía a su líder. Había buena iluminación, aunque no se podía distinguir de dónde provenía la luz.

A la derecha de Adamat, había un hombre sentado en la escalera. Era un poco mayor que él, apenas pasados los sesenta años, con cabello plateado y un bigote pulcramente recortado que aún dejaba entrever un rastro de negro. Tenía la mandíbula fuerte pero no de tamaño excesivo, y los pómulos bien definidos. Lucía una piel bronceada por el sol, y tenía unas arrugas profundas en la comisura de los labios y en el rabillo de los ojos. Llevaba el uniforme azul oscuro de los soldados, con un prendedor plateado con forma de barril de pólvora abrochado sobre el corazón, y nueve tiras de oro cosidas a la derecha del pecho, una por cada cinco años de servicio en el ejército adrano. Al uniforme le faltaban las hombreras de oficial, pero la experiencia agobiante que dejaban entrever los ojos marrones del hombre dejaba claro que había liderado ejércitos en el campo de batalla. A su lado, sobre la escalera, había una pistola amartillada,

lista para disparar. Él estaba reclinado sobre una espada corta envainada, y observaba un hilo de sangre que iba cayendo lentamente escalón por escalón, una línea oscura sobre el mármol amarillo y blanco.

—Mariscal de campo Tamas —dijo Adamat. Envainó la espada en el bastón y la giró. La espada chasqueó al cerrarse.

El otro levantó la mirada.

—Creo que no nos conocemos.

—Sí nos conocemos —dijo Adamat—. Fue hace catorce años. Un baile de caridad organizado por lord Aumen.

—Tengo una memoria terrible para los rostros —dijo el mariscal—. Os pido disculpas.

Adamat no podía despegar la mirada del pequeño río de sangre.

—Señor, me han mandado llamar. No se me ha informado quién ni por qué motivo.

—Sí —dijo Tamas—. He sido yo. Por recomendación de uno de mis Marcados. Cenka. Me ha dicho que ambos trabajasteis juntos en el cuerpo de policía del distrito doce.

Adamat visualizó a Cenka en su mente. Era un hombre bajo, con una barba rebelde y una predilección por los vinos y la buena comida. Lo había visto por última vez hacía siete años.

—No sabía que Cenka era un mago de la pólvora.

—Tratamos de encontrar a todo el que muestre tener afinidad lo antes posible —dijo Tamas—, pero él tardó en desarrollarla. En todo caso —hizo un gesto con la mano—, nos hemos topado con un problema.

Adamat se lo quedó mirando, perplejo.

—Vos… ¿queréis mi ayuda?

El mariscal de campo levantó una ceja.

—¿Es una petición tan inusual? Fuisteis un investigador policial competente, un buen servidor de Adro y, según Cenka, gozáis de una memoria perfecta.

—Aun así, señor.

—¿Qué?

—Yo solo soy un investigador. No estoy en la policía, señor, aunque sí sigo aceptando trabajos.

—Excelente. Entonces no es tan extraño que yo quiera contratar vuestros servicios, ¿verdad?

—Bueno, no —dijo Adamat—, pero señor, este es el Palacio del Horizonte. Hay un Hielman muerto en la Sala de Diamantes y… —Señaló la sangre que caía por las escaleras—. ¿Dónde está el rey?

Tamas inclinó la cabeza hacia un lado.

—Se ha encerrado en la capilla.

—Habéis dado un golpe de estado —dijo Adamat.

Con el rabillo del ojo detectó algo de movimiento, y vio aparecer a un soldado en lo alto de la escalera. Se trataba de un deliví, un hombre de piel oscura proveniente del norte. Llevaba el mismo uniforme que Tamas, con ocho tiras doradas a la derecha del pecho. A la izquierda llevaba un barril de pólvora de plata, el símbolo de los Marcados. Otro mago de la pólvora.

—Hay muchos cadáveres que retirar —dijo el deliví.

Tamas miró de soslayo a su subordinado.

—Ya lo sé, Sabon.

—¿Quién es este? —preguntó Sabon.

—El inspector que ha solicitado Cenka.

—No me gusta que esté aquí —dijo Sabon—. Podría ser un peligro.

—Cenka confiaba en él.

—Habéis dado un golpe de estado —repitió Adamat con certeza.

—Ayudaré con los cadáveres dentro de un momento —dijo Tamas—. Estoy viejo, necesito descansar de vez en cuando.

El deliví asintió con la cabeza y desapareció.

—¡Señor! —dijo Adamat—. ¿Qué habéis hecho? —Aferró con más fuerza la espada del bastón.

Tamas apretó los labios.

—Algunos dicen que la camarilla real adrana tenía los Privilegiados más poderosos de los Nueve Reinos, superados solo por los de Kez —dijo en voz baja—. Y aun así, acabo de masacrarlos a todos. ¿Creéis que me darían problemas un viejo inspector y la espada de su bastón-estoque?

Adamat aflojó la mano. Empezó a sentirse mal.

—Supongo que no.

—Cenka me ha dado a entender que sois un hombre pragmático. Si eso es correcto, quisiera contratar vuestros servicios. Si no lo sois, os mataré ahora mismo y buscaré la solución en otro lado.

—Habéis dado un golpe de estado —volvió a decir Adamat.

Tamas suspiró.

—¿Debemos volver a eso? ¿Tan sorprendente es? Decid, si nos pusiéramos a contar las facciones de Adro que tienen razones para destronar al rey, ¿os parece que terminaríamos antes de llegar a la docena?

—No creía que ninguna de ellas tuviera la capacidad necesaria —dijo Adamat—. Ni el valor—. Sus ojos volvieron a posarse en la sangre de las escaleras, y su mente lo llevó hasta su esposa y sus hijos, que aún estaban durmiendo en sus camas. Miró al mariscal de campo. Tenía el cabello desaliñado; había gotas de sangre en su casaca; unas cuantas, ahora que le prestaba atención. Era como si lo hubiesen rociado. Tenía ojeras marcadas y un cansancio que hablaba de algo más que solo la edad—. No pienso aceptar un trabajo a ciegas.

Decidme qué queréis.

—Los hemos asesinado mientras dormían —dijo Tamas sin preámbulos—. No hay una forma sencilla de matar a un Privilegiado, pero esa es la mejor. Alguien cometió un error y de pronto nos encontramos en medio de una batalla. —Tamas pareció afligido por un momento, y Adamat sospechó que la lucha no había ido tan bien como a Tamas le habría gustado—. Hemos triunfado. Pero de los labios de los moribundos se oyó una frase.

Adamat esperó.

—"No se debe romper la Promesa de Kresimir" —dijo Tamas—. Eso es lo que me dijeron los hechiceros antes de morir. ¿Significa algo para vos?

Adamat se alisó la pechera de la chaqueta y trató de rememorar viejos recuerdos.

—No. "La Promesa de Kresimir"… "Romper"… "Rota"… Un momento; "La Promesa Rota de Kresimir". —Levantó la mirada—. Era el nombre de una banda callejera. Hace veinte… veintidós años. ¿Cenka no los recordaba?

—A Cenka le pareció que le sonaba familiar. Estaba seguro de que vos lo recordaríais.

—Yo no me olvido de nada —replicó Adamat—. La Promesa Rota de Kresimir era una banda callejera que contaba con cuarenta y tres miembros. Eran todos jóvenes, algunos tan solo niños, el más viejo no llegaba a los veinte. Nosotros estábamos intentando capturar a algunos de los líderes para poner fin a una serie de robos. Eran un grupo extraño; se metían en las iglesias y robaban a los sacerdotes.

—¿Qué les sucedió?

Adamat no pudo evitar mirar la sangre de la escalera.

—Un día desaparecieron, todos y cada uno de ellos, incluidos nuestros informantes. Los encontramos a todos juntos unos días después, cuarenta y tres cadáveres metidos en una alcantarilla como si fueran patas de cerdo en escabeche. Los habían masacrado con potentes hechizos, con una brutalidad excesiva. La marca de la camarilla real de Manhouch. La investigación terminó allí.

Adamat reprimió un escalofrío. Nunca había visto algo así, ni antes ni después. Había sido testigo de ejecuciones, disturbios y escenas de asesinato que le habían parecido menos espantosos.

El soldado deliví volvió a aparecer en lo alto de la escalera.

—Te necesitamos —le dijo a Tamas.

—Averiguad por qué estos magos usaron su último aliento para decir esas palabras —dijo Tamas—. Quizás ello guarde relación con esa banda callejera. Quizá no. De cualquier manera, encontrad una respuesta. No me gustan los acertijos de los muertos. —Se puso de pie deprisa, moviéndose como un hombre veinte años más joven, y subió

trotando las escaleras para ir con el deliví. Las botas le chapotearon en la sangre y dejaron huellas rojas detrás de él—. Otra cosa —dijo por encima del hombro—, no digáis nada sobre lo que habéis visto aquí hasta después de la ejecución. Comenzará al mediodía.

—Pero… —dijo Adamat—. ¿Por dónde comienzo? ¿Puedo hablar con Cenka?

Tamas se detuvo cerca de lo alto de la escalera y se volvió.

—Si podéis hablar con los muertos, no hay ningún problema.

Adamat apretó los dientes.

—¿Cómo dijeron esas palabras? —preguntó—. ¿Fue a modo de orden, de declaración, o…?

Tamas frunció el ceño.

—Una súplica. Como si la sangre que estaban perdiendo no fuera su preocupación principal. Debo irme.

—Una cosa más —dijo Adamat.

Tamas parecía estar llegando al límite de su paciencia.

—Si he de ayudaros, decidme el porqué de todo esto —dijo señalando la sangre de la escalera.

—Hay cosas que requieren mi atención —advirtió Tamas.

Adamat sintió que se le tensaba la mandíbula.

—¿Habéis hecho esto por poder?

—Lo he hecho por mí —dijo Tamas—. Y por Adro. Para evitar que Manhouch firmara los Acuerdos y nos convirtiera a todos en esclavos de Kez. Lo he hecho porque, para esos estudiantes de filosofía que se quejan en la universidad, la rebelión es solo un juego. La era de los reyes ha muerto, Adamat, y la he matado yo.

Adamat observó el rostro de Tamas. Los Acuerdos eran un tratado que iba a firmarse con el rey keseño; condonaría toda deuda adrana, pero impondría a Adro impuestos severos y regulación, lo que convertiría a Adro en poco más que un estado vasallo de Kez. El mariscal de campo había hablado abiertamente contra los Acuerdos. Pero, claro, era lo esperado. Los keseños habían ejecutado a la esposa de Tamas.

—Así es —dijo Adamat.

—Pues entonces conseguidme algunas condenadas respuestas.

El mariscal de campo se volvió y desapareció por el pasillo superior.

Adamat recordaba los cadáveres de esa banda al ser retirados del agua y del lodo de las alcantarillas, recordaba el horror grabado en aquellos rostros muertos. “Las respuestas quizá nos terminen condenando a todos”.

Capítulo 2

—Lajos está muriendo —dijo Sabon.

Tamas entró en los apartamentos del Privilegiado que había sido Zakary el sacristán. Atravesó el salón y entró en el dormitorio, un lugar más grande que la casa de la mayoría de los comerciantes. Las paredes eran de un color índigo y estaban cubiertas de coloridos cuadros que mostraban a varios de los sacristanes que habían pertenecido a la camarilla real de Adro. Había puertas que daban a estancias auxiliares, como el baño o la cocina. La puerta del burdel privado del sacristán había sido destrozada, la habitación estaba repleta de astillas; las más grandes no llegaban al tamaño de un pulgar.

Habían quitado las sábanas de la cama y habían arrojado el cuerpo del sacristán a un lado para hacer sitio a un mago de la pólvora herido.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Tamas.

Lajos apenas pudo toser un poco. Los Marcados eran más resistentes que la mayoría de las personas; con la pólvora que Lajos había ingerido, y que ahora le corría por las venas, casi no sentiría dolor. No fue un gran consuelo para Tamas cuando miró a su amigo. Lajos había perdido medio brazo (a lo largo) y en el abdomen tenía un agujero del tamaño de un melón. Era un milagro que hubiera vivido tanto tiempo. Le habían dado medio cuerno de pólvora. Solo eso debería haberlo matado.

—He estado mejor —dijo Lajos. Volvió a toser y le salió sangre de la comisura de la boca.

Tamas extrajo su pañuelo y le limpió la sangre.

—Ya no tardará mucho —dijo.

—Lo sé —respondió Lajos.

Tamas apretó la mano de su amigo.

Lajos formó la palabra “gracias” con los labios.

Tamas respiró hondo. De pronto le costó ver. Parpadeó para

limpiarse los ojos. La respiración de Lajos sonó áspera, y luego se detuvo. Tamas comenzó a retirar la mano, pero de pronto Lajos la apretó. Los ojos se le abrieron.

—Está bien, amigo —dijo Lajos—. Has hecho lo que debía hacerse. Ten paz. —Sus ojos se enfocaron en otro lado y luego se quedaron quietos. Había muerto.

Tamas cerró los ojos de su amigo con las yemas de los dedos y se volvió hacia Sabon. El deliví estaba en el otro lado del dormitorio, examinando lo que quedaba de la puerta que daba al harén, que todavía colgaba de una de las bisagras. Tamas se le acercó y miró hacia dentro. Los soldados habían juntado a las mujeres hacía una hora y se las habían llevado a alguna otra parte del palacio con el resto de las putas de los Privilegiados.

—La furia de una mujer —murmuró Sabon.

—En efecto —dijo Tamas.

—No había forma de que estuviéramos preparados para esto.

—Díselo a ellos —dijo Tamas. Hizo un gesto con la cabeza hacia los cuatro cuerpos que había en hilera en el suelo, y al quinto que pronto se les uniría. Cinco magos de la pólvora. Cinco amigos. Todo por una Privilegiada con la que nadie había contado. Tamas acababa de meter una bala en la cabeza del sacristán, un hombre a quien le había estrechado la mano y con quien había hablado regularmente. Los Marcados de Tamas lo rodeaban, listos por si al viejo le quedaba algo de pelea. No estaban listos para la otra Privilegiada, la que se ocultaba en el burdel. Había partido la puerta como una guillotina que hiende un melón, con los guantes de los Privilegiados puestos y los dedos danzando mientras su hechicería despedazaba a los magos de la pólvora de Tamas.

Un mago de la pólvora era capaz de mantener una bala suspendida en el aire durante casi dos kilómetros y dar siempre en el blanco. Podía hacer que una bala doblara una esquina con el poder de la mente, e ingerir pólvora negra para hacerse más fuerte y rápido que otros hombres. Pero había poco que podía hacer contra la hechicería de un Privilegiado a corta distancia.

Tamas, Sabon y Lajos habían sido los únicos que tuvieron tiempo para reaccionar, y apenas la rechazaron. Ella huyó, seguida por los ecos de la destrucción causada por su hechicería a medida que avanzaba por el palacio; probablemente nada más que una farsa para evitar que la siguieran.

Su hechizo de despedida fue la herida mortal de Lajos, pero había sido lanzado al azar. Tranquilamente podría haber sido Sabon, o el mismo Tamas, quien hubiera muerto en la cama hacía un momento. Pensar en eso le heló la sangre.

Tamas desvió la mirada de la puerta.

—Tendremos que seguirla. Encontrarla y matarla. Es peligroso que ande suelta.

—¿Un trabajo para el quiebramagos? —dijo Sabon—. Ya me preguntaba por qué lo conservabas.

—Es una herramienta que no quería usar —dijo Tamas—. Ojalá tuviera un mago que enviar con él.

—Su compañera es una Privilegiada —dijo Sabon—. Un quiebramagos y una Privilegiada deberían ser más que suficientes contra una única Privilegiada de la camarilla. —Hizo un gesto señalando la puerta destrozada.

—No me gusta pelear limpio cuando se trata de la camarilla real —dijo Tamas—. Y recuerda: hay diferencia entre un miembro de la camarilla real y un matón contratado.

—¿Quién era ella? —preguntó Sabon. Había un tono en su voz, quizá de reproche.

—No tengo idea —replicó Tamas—. Yo conocía a cada uno de los magos del rey. Hasta cené con ellos. Ella era una desconocida.

Sabon toleró la irritación de Tamas sin hacer comentarios.

—¿Una espía de otra camarilla?

—Es poco probable. Se registra a todas las chicas del burdel. Ella no parecía una puta. Era fuerte, y estaba curtida. La amante del sacristán, quizá. Nunca la había visto.

—¿Puede ser que el sacristán haya estado entrenando a alguien en secreto?

—Los aprendices nunca son secretos —dijo Tamas—. Los Privilegiados son demasiado desconfiados para permitirlo.

—Su desconfianza suele estar bien fundamentada —dijo Sabon—. Tiene que haber un motivo para que esa joven estuviera aquí.

—Ya lo sé. Nos encargaremos de ella cuando corresponda.

—Si los demás hubieran estado aquí… —dijo Sabon.

—Tendríamos más muertos —dijo Tamas. Volvió a contar los cadáveres, como si ahora pudiera haber menos. Cinco. De sus diecisiete magos—. Nos dividimos en dos grupos justamente por este motivo. —Dio la espalda a los cadáveres—. ¿Hay noticias de Taniel?

—Está en la ciudad —dijo Sabon.

—Perfecto. Lo enviaré a él con el quiebramagos.

—¿Estás seguro? —preguntó Sabon—. Acaba de regresar de Fatrasta. Necesita tiempo para descansar, para ver a su prometida…

—¿Vlora está con él? —Sabon se encogió de hombros—. Esperemos que ella llegue pronto. Nuestro trabajo no está terminado. —Levantó una mano para evitar cualquier protesta—. Y Taniel podrá descansar cuando hayamos completado el golpe de estado.

—Se hará lo que deba hacerse—dijo Sabon en voz baja.

Ambos se quedaron en silencio, observando a sus camaradas caídos.

Pasaron unos momentos, y Tamas vio una sonrisa ensancharse en el rostro oscuro y arrugado de Sabon. El deliví estaba exhausto y demacrado, pero con un dejo de alegría contenida.

—Lo hemos logrado.

Tamas volvió a mirar los cuerpos de sus amigos, sus soldados.

—Sí —dijo—. Así es. —Se obligó a apartar la mirada.

En el rincón había una pintura, una monstruosidad de marco dorado y colocada sobre un trípode de plata digno de un heraldo de la camarilla real. Tamas la estudió brevemente. Mostraba a un Zakary en su plenitud, un joven de hombros anchos y expresión severa. Muy diferente del cuerpo viejo y retorcido que yacía en el rincón. La bala le había entrado en el cerebro y lo había matado instantáneamente, y aun así su garganta sin vida había carraspeado las mismas palabras que los demás: "No se debe romper la Promesa de Kresimir".

Cenka se puso blanco como el rostro de un mimo cuando el primero de los Privilegiados lanzó su grito póstumo. Le exigió a Tamas que ordenara llamar a Adamat hasta el corazón mismo del crimen que estaban cometiendo. Tamas tenía la esperanza de que Cenka estuviera equivocado, de que el investigador no encontrara nada.

Tamas dejó el ala del palacio perteneciente a la camarilla, Sabon lo seguía de cerca.

—Necesitaré un nuevo guardaespaldas —dijo Tamas mientras caminaban. Le dolía tener que hablar de eso con el cuerpo de Lajos todavía enfriándose.

—¿Un Marcado? —preguntó Sabon.

—No puedo prescindir de ninguno. Ahora, no.

—Le he estado echando el ojo a un Dotado —dijo Sabon—. Un hombre llamado Olem.

—¿Es un soldado? —preguntó Tamas. El nombre le resultaba familiar. Sostuvo la mano por debajo de sus ojos—. ¿De esta altura? ¿Rubio?

—Sí.

—¿Cuál es su Don?

—No necesita dormir. Nunca.

—Eso es útil —dijo Tamas.

—Bastante. También tiene un tercer ojo bastante potente, por lo que puede detectar Privilegiados. Lo tendré listo y a tu lado para la ejecución.

Un Dotado no sería tan útil como un mago de la pólvora. Los Dotados eran más frecuentes, y sus habilidades eran más un talento que un poder mágico. Pero si podía usar su tercer ojo para ver hechicería, podría resultar beneficioso.

Tamas se acercó a las puertas de la capilla, que estaban atrancadas. De las sombras que había junto a la pared emergieron un par de

soldados de Tamas con los mosquetes listos. Tamas les hizo un gesto con la cabeza y señaló la puerta.

Uno de los soldados extrajo de su cinturón un cuchillo largo y lo insertó entre las puertas de la capilla.

—Ha echado el cerrojo del diocel —dijo el soldado que manipulaba el cuchillo—, pero ni siquiera se ha molestado en amontonar objetos frente a la puerta. No es demasiado emprendedor, en mi opinión.

Levantó el cerrojo con el cuchillo, y él y su compañero abrieron las puertas de un empujón.

La capilla era grande, como todas las estancias del palacio. Sin embargo, a diferencia del resto, se había salvado de las remodelaciones de cada temporada, típicas de los caprichos del rey, y permanecía similar a como debió de ser hacía doscientos años. La bóveda del techo era exageradamente alta; en lo alto, entre columnas anchas como un carro de bueyes, había balcones para la realeza y para los altos nobles. El suelo tenía un intrincado diseño de mosaicos de mármol de distintas formas y tamaños, mientras que el techo estaba decorado con paneles ilustrados en los que se veía a los santos al fundar los Nueve Reinos bajo la mirada paternal del dios Kresimir.

Al frente de la capilla había dos altares, apenas más elevados que los bancos, junto a un púlpito de granadillo. El primer altar, el más pequeño y el más cercano a la gente, estaba dedicado a Adom, el santo fundador de Adro. El segundo altar, que tenía laterales de mármol y estaba recubierto de satén, estaba dedicado a Kresimir. A un lado de ese altar se encontraban acurrucados Manhouch XII, soberano de Adro, y su esposa Natalija, duquesa de Tarony. Natalija miraba hacia atrás, por encima del altar, moviendo los labios en plegaria silenciosa a la Cuerda de Kresimir. Manhouch estaba pálido, tenía los ojos enrojecidos y sus labios formaban una línea delgada. Le dijo algo al diocel susurrando con desesperación. Se detuvo cuando Tamas se acercó.

—Esperad —dijo el diocel levantando una mano a la vez que el rey bajaba los escalones del altar y avanzaba con furia hacia Tamas. El viejo rostro del diocel dejaba ver su angustia, y su sotana estaba arrugada a causa de la precipitada carrera hacia la capilla.

Tamas observó a Manhouch marchar hacia él. Notó la mano que llevaba oculta detrás de la espalda, y la furia de emociones que cruzaban su rostro joven y aristocrático. Gracias a la alta hechicería de su camarilla real, Manhouch aparentaba no tener más de diecisiete años, aunque en realidad ya había pasado los treinta. Se suponía que eso reflejaba la eternidad de la monarquía, pero a Tamas siempre le había resultado difícil tomar en serio a un hombre que parecía tan joven. Tamas se detuvo y observó al rey, y lo vio dudar antes de acercarse.

Cuando estuvo a unos cuatro metros, Manhouch reveló su pistola. La elevó rápidamente. El tiro sería certero a esa distancia; después de todo, el propio Tamas le había enseñado al rey a disparar. Sin embargo, que Manhouch siquiera lo intentase era un desafortunado reflejo de su desconexión con el mundo. El rey apretó el gatillo.

Tamas se estiró mentalmente y absorbió la fuerza de la detonación. Sintió que la energía le recorría el cuerpo y le daba calor como un trago de un buen vino. Redirigió dicha energía hacia el suelo; uno de los mosaicos de mármol que había a los pies del rey se rajó. Manhouch dio un salto hacia atrás. La bala rodó por el cañón de la pistola y cayó al suelo, y se detuvo a los pies de Tamas.

Tamas avanzó y agarró la pistola del rey por el cañón. Apenas sintió que le quemaba la mano.

—¿Cómo te atreves? —dijo Manhouch. Tenía el rostro cubierto de pólvora, las mejillas coloradas. Su ropa de cama de seda estaba arrugada, empapada en sudor—. Confiábamos en ti para que nos protegieras. —Temblaba levemente.

Tamas miró al diocel, que seguía junto al altar. El viejo cura estaba apoyado contra la pared, con su alto solideo bordado haciendo equilibrio a duras penas sobre su cabeza.

—Supongo —dijo Tamas levantando la pistola—que esto se lo habéis dado vos, ¿verdad?

—No era para eso —resolló el diocel. Levantó la barbilla—. Era para el propio rey. Para que pudiera quitarse la vida con honor y no ser abatido por un traidor impío.

Tamas extendió sus sentidos, en busca de más cargas de pólvora, pero no había ninguna.

—Solo habéis traído una pistola, con una bala —dijo Tamas—. Habría sido más bondadoso traer dos. —Dirigió la mirada hacia la reina, que aún seguía rezándole a la Cuerda de Kresimir.

—No os atreveréis —dijo el diocel.

—¡No lo hará! —lo interrumpió Manhouch—. No nos matará. No puede. Somos los elegidos de Dios. —Respiró hondo, temblando.

Tamas sintió un poco de pena por el rey. Sabía que Manhouch era más viejo de lo que parecía, pero en realidad no era más que un niño. No tenía la culpa de todo. Consejeros ambiciosos, tutores idiotas, hechiceros indulgentes. Había una gran cantidad de motivos por los que había resultado ser un mal (no, un terrible) rey. Sin embargo, era el rey. Tamas aplastó su pena. Manhouch se enfrentaría a las consecuencias.

—Manhouch XII —dijo Tamas—, quedáis arrestado por vuestra completa negligencia hacia vuestro pueblo. Seréis llevado a juicio por traición, fraude y asesinato por inanición.

—¿Un juicio? —susurró Manhouch.

—El juicio se celebrará ahora mismo —dijo Tamas—, y yo seré el juez y el jurado. Habéis sido encontrado culpable ante el pueblo y ante Kresimir.

—¡No pretendáis hablar en nombre de Dios! —exclamó el diocel—. ¡Manhouch es nuestro rey! ¡Autorizado por Kresimir!

Tamas rio sin alegría.

—Sois rápido para invocar a Kresimir cuando os conviene. ¿Pensáis en él cuando tenéis una concubina entre vuestras sábanas de seda o cuando coméis un plato de manjares con el que se podría haber alimentado a cincuenta campesinos? Vuestro lugar no es a la derecha de Dios, diocel. La Iglesia ha autorizado este golpe de estado.

El diocel abrió unos ojos como platos.

—Yo lo habría sabido.

—¿Los archidioceles os lo cuentan todo? Ya me imaginaba que no lo hacen...

Manhouch juntó fuerzas y sostuvo la mirada de Tamas.

—¡No tienes pruebas! ¡Ni testigos! ¡Esto no es un juicio!

Tamas extendió la mano hacia un lado.

—¡Mis pruebas están ahí fuera! ¡La gente no tiene trabajo y está muriendo de hambre! Vuestros nobles pasan el tiempo putañeando y cazando, y tienen carne en sus platos y vino en sus copas mientras el ciudadano común muere de hambre en las alcantarillas. ¿Testigos? Planeáis entregarle toda la nación a Kez con los Acuerdos de la semana que viene. Preferís convertirnos a todos en vasallos de un poder extranjero con tal de que condonen vuestra deuda.

—Afirmaciones sin fundamento, dichas por un traidor —murmuró Manhouch sin convicción.

Tamas meneó la cabeza.

—Seréis ejecutado al mediodía, junto con vuestros consejeros, vuestra reina y cientos de vuestros parientes.

—¡Mi camarilla te destruirá!

—Ellos ya han sido ejecutados.

El rey palideció aún más, comenzó a temblar violentamente y cayó al suelo. El diocel avanzó lentamente. Tamas observó a Manhouch por un momento y descartó la imagen espontánea de un joven príncipe de unos seis o siete años saltando en su regazo.

El diocel llegó hasta donde estaba Manhouch y se arrodilló. Levantó la mirada hacia Tamas.

—¿Esto es por lo de vuestra esposa?

“Sí”. Tamas respondió en voz alta:

—No. Es porque Manhouch es la prueba de que las vidas de toda una nación no deberían estar sujetas a los caprichos de un idiota innato.

—Sois capaz de destronar a un gobernante nombrado por Dios y de

convertiros en un tirano, ¿y aun así afirmáis que amáis Adro? —dijo el diocel.

Tamas miró a Manhouch.

—Dios ya no autoriza todo esto. Si vos no estuvierais tan cegado por vuestras sotanas forradas de oro y vuestras jóvenes concubinas, veríais que es así. Manhouch se merece el infierno por su negligencia para con Adro.

—Seguramente vos os lo encontraréis allí —dijo el diocel.

—No lo dudo, diocel. Estoy seguro de que la compañía será de todo menos aburrida. —Tamas arrojó la pistola vacía a los pies de Manhouch—. Tenéis hasta el mediodía para hacer las paces con Dios.

Capítulo 3

Taniel se detuvo un momento en el último escalón de la entrada de la Casa de los Nobles. A esa hora de la mañana, el edificio estaba oscuro y silencioso como un cementerio. Había soldados apostados a intervalos en los escalones, en la calle y en cada puerta. Reconoció a los hombres del mariscal Tamas, con sus casacas azul oscuro. Muchos de ellos lo conocían de vista. Los que no lo conocían, veían el barril de pólvora de plata prendido en su casaca de gamuza. Uno de ellos lo saludó con la mano. Taniel devolvió el gesto, luego extrajo una tabaquera y se echó una raya de pólvora negra sobre el dorso de la mano. La aspiró.

La pólvora lo hacía sentirse vibrante, animado. Le agudizaba los sentidos y la mente. Hacía que le latiera más rápido el corazón y le calmaba los nervios. Para un Marcado, la pólvora era vida.

Taniel sintió una palmada en el hombro y se volvió. Su compañera era una cabeza más baja que él, y su cuerpo era menudo como el de un niño. Llevaba un sombrero de ala ancha que le cubría casi todas las facciones y un abrigo de viaje que le llegaba a los pies; no parecía muy grueso, pero la mantenía abrigada. Estaba comenzando la primavera y hacía fresco, y Ka-poel provenía de un lugar mucho más cálido.

Ka-poel señaló con curiosidad el edificio que tenían delante de ellos, revelando una mano pequeña y cubierta de pecas. Taniel tuvo que recordarse a sí mismo que ella nunca había visto un edificio como la Casa de los Nobles. Con sus seis pisos y el ancho de un campo de batalla, la sede del gobierno adrano era lo suficientemente amplia para albergar los despachos de cada uno de los nobles y a su personal.

—Ya hemos llegado. —La voz de Taniel sonó inusualmente dura en el silencio matutino—. Aquí nos han dicho sus soldados que viniéramos. Él no tiene un despacho aquí. ¿Ha sucedido esta noche? Yo podría haber elegido un mejor momento… —Se quedó callado.

Le estaba parloteando a una muda, lo que hacía evidente su

nerviosismo. Tamas se pondría furioso cuando se enterase de lo de Vlora. Por supuesto, la culpa sería de Taniel. Se dio cuenta de que aún sostenía la tabaquera. Le temblaban las manos. Se echó otra línea sobre el pulgar. Aspiró la pólvora y echó la cabeza hacia atrás con el corazón latiéndole más deprisa. Las siluetas en la oscuridad se volvieron más precisas; los sonidos, más fuertes; y suspiró ante el alivio que le brindaba el trance de pólvora. Sostuvo una mano en alto, a la luz de la farola de la calle. Ya no le temblaba.

—Pole —le dijo a la chica—, llevo bastante tiempo sin ver a Tamas. Es un hombre duro con todo el mundo, salvo con unos pocos. Sabon. Lajos. Esos son sus amigos. Yo soy solo otro soldado. —Unos ojos verdes lo observaron por debajo del sombrero—. ¿Entiendes? —preguntó.

Ka-poel asintió levemente con la cabeza.

—Ten —dijo Taniel. Metió la mano en el frente de su casaca y extrajo su cuaderno de bocetos. Se trataba de un libro viejo, desgastado por el uso y los viajes, encuadernado con piel de becerro. Pasó algunas páginas hasta que encontró un retrato del mariscal Tamas y se lo entregó a Ka-poel. El boceto estaba hecho en carboncillo y estaba borroso por el desgaste, pero el rostro severo del mariscal de campo era difícil de confundir. Ka-poel estudió el dibujo un momento y luego le devolvió el cuaderno.

Taniel empujó una de las enormes puertas y se dirigió al gran salón. Este se hallaba completamente a oscuras excepto por una luz que había cerca de una escalera, a la izquierda de Taniel. Una lámpara colgaba de la pared, y debajo había una figura dormitando agotada en una silla para sirvientes.

—Veo que Tamas ha mejorado su posición. —Taniel oyó el eco de su propia voz por el gran salón y tuvo la satisfacción de ver a Sabon saltar de la silla. Su rostro estaba marcado con líneas oscuras, un detalle que Taniel podía ver a causa del trance de pólvora. Sabon parecía haber envejecido diez años en los dos que habían pasado desde la última vez que se vieron—. No me gusta —agregó Taniel quitándose el fusil y el morral del hombro y apoyándolos sobre la alfombra de felpa roja. Se inclinó para frotarse las piernas y devolverles la sensibilidad después de pasar veinte horas en un carruaje—. Es muy frío en invierno, muy solitario en verano. Y un espacio como este solo logra atraer huéspedes.

Sabon se acercó riéndose. Estrechó la mano de Taniel y luego lo abrazó.

—¿Cómo andan las cosas en Fatrasta?

—¿Oficialmente? Siguen en guerra con Kez —dijo Taniel—. Extraoficialmente, Kez ha pedido la paz y casi todos los regimientos han regresado a los Nueve. Fatrasta ha ganado su independencia.

—¿Has matado a algún Privilegiado keseño por mí? —dijo Sabon.

Taniel levantó su fusil a la luz. Sabon pasó el dedo por la hilera de marcas hechas en la culata y silbó con apreciación.

—Incluso a algunos Guardianes —dijo Taniel.

—Esos son difíciles de matar —dijo Sabon.

Taniel asintió.

—Necesité más de una bala para los Guardianes.

—Taniel "Dos Tiros" —dijo Sabon—. Has sido el tema de conversación de los Nueve durante todo un año. La camarilla real estaba aterrorizada. Quería que Manhouch te ordenara regresar. Un Marcado matando a Privilegiados, aunque fueran keseños, sienta un mal precedente.

—Ya es muy tarde, supongo —dijo Taniel mirando el gran salón a oscuras. O no estarían allí. Si todo había salido según lo planeado, Tamas había masacrado a la camarilla real y capturado a Manhouch.

—Se llevó a cabo hace unas horas —dijo Sabon.

A Taniel le pareció ver un brillo de dureza en los ojos del viejo soldado.

—¿Algo ha salido mal?

—Hemos perdido cinco hombres. —Sabon recitó una serie de nombres.

—Que descansen con Kresimir. —Incluso mientras lo decía, a Taniel la plegaria le sonó vacía. Hizo una mueca—. ¿Y Tamas?

Sabon suspiró.

—Está… cansado. Derrocar a Manhouch solo es el primer paso. Todavía tenemos que llevar adelante la ejecución, establecer un nuevo gobierno, lidiar con los keseños, con el hambre, con la pobreza. La lista sigue.

—¿Prevé que habrá problemas con el pueblo?

—Tamas prevé prácticamente todo. Surgirán realistas. Sería estúpido pensar que eso no sucederá, en una ciudad de un millón de habitantes. No sabemos cuántos habrá, o cuán organizados estarán. Tamas te necesita, a ti y a Vlora. ¿No ha venido contigo?

Taniel echó una mirada hacia Ka-poel. Era la única persona que había en el salón, además de ellos. Había dejado el equipo de Taniel en el suelo y ahora recorría lentamente el lugar, observando pinturas que apenas podían verse en la oscuridad. Llevaba el morral colgado sobre un hombro.

A Taniel se le tensó la mandíbula.

—No.

Sabon retrocedió un paso e hizo un gesto con la cabeza en dirección a Ka-poel.

—Mi ayudante —dijo Taniel—. Es de Dynize.

—Es salvaje, ¿no? —respondió Sabon pensativo—. ¿El Imperio

Dynizano finalmente ha abierto las fronteras? Es una gran noticia.

—No —dijo Taniel—. Algunas de las tribus dynizanas viven en el oeste de Fatrasta.

—No parece ser más que un niño.

—Ten cuidado de no llamarla “niño” —dijo Taniel—. Es un poco quisquillosa sobre eso.

—Una niña, entonces —dijo Sabon mirándolo con ironía—. ¿Se puede confiar en ella?

—Le he salvado la vida más veces que ella a mí —dijo Taniel—. Los salvajes se toman muy en serio ese tipo de cosas.

—Entonces, no son tan salvajes —murmuró Sabon—. Tamas querrá saber por qué Vlora no está aquí.

—Deja que yo me encargue de eso.

Tamas preguntaría sobre Vlora incluso antes de preguntar sobre Fatrasta. Taniel sabía que sería tonto imaginarse que en dos años las cosas habrían cambiado demasiado. Dos años. Por el abismo. ¿Había pasado tanto tiempo? Dos años antes, Taniel había partido hacia el exterior para lo que sería un pequeño viaje a la colonia keseña de Fatrasta. Necesitaba tiempo para “calmar los nervios”, había dicho Tamas. Taniel llegó una semana antes de que declararan su independencia de Kez y se vio obligado a elegir un bando.

Sabon asintió con la cabeza.

—Te llevaré con él, entonces.

Sabon retiró el farol de su soporte mientras Taniel recogía sus cosas. Ka-poel los seguía unos pasos por detrás mientras ellos avanzaban por los oscuros pasillos. La Casa de los Nobles era un lugar enorme y sobrecogedor. Las gruesas alfombras acallaban sus pasos, por lo que se movían casi como fantasmas. A Taniel no le gustaba el silencio. Le recordaba demasiado al bosque, cuando había enemigos al acecho. Doblaron una esquina y vieron luz proveniente de una habitación al final del pasillo. También voces, que sonaban a gritos de ira.

Taniel se detuvo en la entrada de una habitación bien iluminada, la antesala del despacho de algún noble. Dentro había dos hombres frente a frente junto a una chimenea enorme. No había ni medio metro entre ellos, y tenían los puños apretados, a punto de comenzar a pelear. Un tercer hombre, un guardaespaldas de mucha presencia y las facciones golpeadas de un púgil, estaba de pie a un lado, con expresión perpleja, preguntándose si debería intervenir.

—¡Tú lo sabías! —estaba diciendo el hombre más pequeño. Tenía el rostro rojo y se alzaba de puntillas para tratar de igualar la altura del otro. Se empujó unos lentes sobre la nariz, pero se le volvieron a desacomodar—. Dime la verdad, ¿planeaste esto desde el principio? ¿Sabías que adelantarías los planes?

El mariscal Tamas levantó las manos frente a él, con las palmas hacia delante.

—Por supuesto que no lo sabía —dijo—. Lo explicaré todo mañana por la mañana.

—¡Durante la ejecución! ¿Qué clase de golpe de estado…? —El hombre más pequeño notó la presencia de Taniel y se calló—. Sal de aquí, esta es una conversación privada.

Taniel se descubrió la cabeza y se apoyó contra el marco de la puerta abanicándose con aire despreocupado.

—Pero justo estaba poniéndose interesante —dijo.

—¿Quién es este crío? —le espetó a Tamas el hombrecito.

¿Crío? Taniel miró al mariscal de campo. Tamas no podría haber estado esperándolo esa misma noche, pero no mostró un ápice de sorpresa. No era un sujeto que exteriorizara sus emociones. Taniel a veces se preguntaba si realmente tenía alguna.

Tamas dejó escapar un suspiro.

—Taniel, me alegro de verte.

¿Era cierto eso? Tamas parecía de todo menos contento. Había perdido algo de cabello durante los dos últimos años, y ahora tenía el bigote más gris que negro. Se estaba haciendo viejo. Taniel le hizo un gesto leve con la cabeza.

—Disculpadme —dijo Tamas después de una breve pausa—. Taniel, este es Ondraus, el tesorero. Ondraus, este es el Marcado Taniel, uno de mis magos.

—Este no es lugar para un crío. —Ondraus vio a Ka-poel rondando detrás de Taniel. Entrecerró los ojos— … y una salvaje —continuó. Volvió a entrecerrar los ojos, como si no estuviera seguro de lo que había visto la primera vez. Dijo algo entre dientes.

Tamas había presentado a Taniel como un mago de la pólvora. ¿Eso era todo lo que representaba para el mariscal de campo? ¿Tan solo un soldado más?

Tamas abrió la boca, pero Taniel habló primero.

—Señor —dijo—, soy un capitán del ejército fatrasto, un Marcado al servicio de Adro, y sé todo acerca del golpe de estado. Puedo matar a un par de Privilegiados a casi dos kilómetros de un solo tiro y lo he hecho varias veces. Estoy lejos de ser un niño.

Ondraus inhaló.

—Ah, sí, Tamas. Así que este es tu famoso hijo.

Taniel se pasó la lengua por los dientes y miró a su padre. “Sí lo soy, ¿no es verdad? Es bueno que se lo recuerdes, Ondraus. Él suele olvidarlo”.

—Taniel tiene derecho a estar aquí —dijo Tamas.

Ondraus observó a Taniel durante un momento. Su irritación fue reemplazada lentamente por una mirada calculadora. Respiró hondo.

—Quiero que me prometas una cosa —le dijo a Tamas. Su voz había perdido toda emoción. Ahora era toda negocios, y contenía un dejo de peligro mucho más aterrador que su furia anterior—. Los demás estarán tan furiosos como yo, pero si me dejas echarles mano a los registros reales antes de la ejecución, te daré mi apoyo.

—Qué amable —respondió Tamas secamente—. Tú eres el tesorero del rey. Ya tienes los registros reales.

—No —dijo Ondraus como si se lo estuviera explicando a un niño —. Soy el tesorero de la ciudad. Yo quiero los registros *privados* de Manhouch. Ha estado diez años gastando dinero como una puta cara en una joyería, y tengo la intención de hacer un balance de los libros.

—Acordamos dar sus arcas a los pobres.

—Después de que haga el balance de los libros.

Tamas lo consideró durante un momento.

—Hecho. Tienes hasta la ejecución. Al mediodía.

—Bien. —Ondraus atravesó la habitación apoyando buena parte de su peso en un bastón. Le hizo un gesto al gigante para que lo siguiera. Ambos pasaron por delante de Taniel y se fueron por el pasillo, con sus pasos haciendo eco en el mármol.

—Ni siquiera un “con vuestro permiso” —dijo Taniel.

—Para Ondraus, el mundo no es más que números y aritmética —dijo Tamas haciendo un gesto de desdén. Le hizo una seña a Taniel para que entrara en la habitación y se acercó. Se dieron la mano. Taniel buscó en los ojos de su padre y se preguntó si debería estrecharlo en un abrazo como lo haría con cualquier camarada tras una larga ausencia. Tamas miraba la pared con el ceño fruncido y la mente en otra cosa, y Taniel descartó esa idea.

—¿Dónde está Vlora? —preguntó Tamas mirando con curiosidad a Ka-poel—. ¿No la visitaste en Jileman al volver?

—Viene en otro carruaje —dijo Taniel. Trató de mantener la voz neutra. La primera pregunta de Tamas. Por supuesto.

—Siéntate —dijo Tamas—. Hay mucho de que hablar. Comencemos con esto: ¿quién es ella?

Ka-poel había dejado el morral y el fusil de Taniel en un rincón y estaba examinando la habitación y las cortinas con algo de interés. Su paso por las ciudades de los Nueve había sido muy apresurado, y Taniel y ella habían pasado de carruaje en carruaje, durmiendo mientras viajaban, para llegar a Adopest.

—Se llama Ka-poel —dijo Taniel—. Es dynizana, de una tribu del oeste de Fatrasta. Pole —le instruyó—, quítate el sombrero. —Taniel le ofreció una sonrisa de disculpa a su padre—. Todavía le estoy enseñando modales adranos. Tienen costumbres muy distintas de las nuestras.

—¿El Imperio Dynizano abrió las fronteras? —Tamas parecía

escéptico.

—Muchos nativos de los Yermos de Fatrasta tienen sangre dynizana, pero los estrechos que hay entre Dynize y Fatrasta evitan que sufran el aislacionismo de sus primos.

—¿Los generales fatrastos muestran preocupación por Dynize?

—¿Preocupación? La sola idea les provoca acidez. Pero la guerra civil dynizana no da señales de que vaya a terminar. No volverán la mirada hacia fuera durante un tiempo.

—¿Y los keseños? —preguntó Tamas.

—Cuando me fui, ya estaban haciendo propuestas de paz.

—Qué pena. Esperaba que Fatrasta los mantuviera ocupados durante un tiempo más. —Tamas miró a Taniel de arriba abajo—. Veo que aún llevas puesta la vestimenta de la frontera.

—¿Y cuál es el problema? Me he gastado todo mi dinero para volver a casa. —Taniel agarró la solapa de su pelliza de gamuza—. Estas son las mejores prendas de la frontera. Abrigadas, duraderas. Me alegro de tenerlas, me había olvidado del frío que llega a hacer en Adro.

—Ya veo. —Tamas se acercó a Ka-poel y la estudió. Ella sostuvo el sombrero con ambas manos y sin temor le mantuvo la mirada. Tenía el cabello rojo fuego y su pálida piel estaba cubierta de pecas cenicientas, una rareza que no se veía en los Nueve. Tenía rasgos pequeños y atractivos. Nada que ver con la imagen de los guerreros enormes y salvajes que la mayor parte de la población de los Nueve se hacía de los dynizanos.

—Fascinante —dijo Tamas—. ¿Dónde la conociste?

—Era la exploradora de nuestro regimiento —dijo Taniel—. Nos ayudó a rastrear Privilegiados keseños por los Yermos de Fatrasta. Se convirtió en mi vigía, y le salvé la vida varias veces. Desde entonces, no se ha apartado mi lado.

—¿Habla adrano?

—Es muda. Pero lo entiende.

Tamas se inclinó hacia delante, mirando a Ka-poel a los ojos. Le examinó las mejillas y las orejas, como si fuera un caballo de competición. Taniel se preguntó si Tamas seguiría con los dientes. Casi que deseó que lo hiciera; Ka-poel lo mordería si lo intentara.

—Es una hechicera —dijo—, una Ojo de Hueso. La versión dynizana de los Privilegiados, aunque su magia es algo diferente, según tengo entendido.

—Hechiceros salvajes —dijo Tamas—. He oído algo acerca de ellos. Es muy pequeña. ¿Qué edad tiene?

—Catorce años —dijo Taniel—. Creo. Son gente de contextura pequeña, pero en el campo de batalla son demonios. También son buenos con los fusiles. Ah, eso me recuerda que quería mostrarte una

cosa.

Señaló su arma. Ka-poel desató el fusil del morral y se lo alcanzó. Taniel sonrió y lo sostuvo frente a su padre.

—¿Es este…? ¿Es este el fusil que usaste para ese tiro? —preguntó Tamas.

—Claro que sí.

Tamas tomó el fusil por el cañón, se lo colocó en posición y apuntó.

—Es muy largo. Buen peso. Ánima estriada y cazoleta cubierta en la llave de chispa. Bellamente construido.

—Mira el nombre que hay debajo del cañón.

—Un Hrusch. Muy bonito.

—No es solo el diseño —dijo Taniel—. Lo fabricó el propio Hrusch. Pasé un mes con él en Fatrasta. Llevaba ya una temporada trabajando en este fusil, y me lo obsequió.

Los ojos de Tamas se agrandaron.

—¿Es genuino? Nunca he visto fusiles mejor construidos. Compramos los derechos de la patente hace un año y hemos estado fabricándolos para el ejército, pero hasta ahora solo había visto uno construido por el propio Hrusch.

Taniel sintió satisfacción por el asombro de su padre. Finalmente, algo nuevo. Algo de lo que Tamas quizá se sentiría orgulloso.

—Los keseños también trataron de comprar la patente —dijo Taniel.

—¿En serio? ¿Aun estando en guerra con Fatrasta?

—Por supuesto. Los fusiles Hrusch les patearon el culo en la frontera. Casi no tienen tiros fallidos, por muy mal tiempo que haga. Pero Hrusch se negó a vendérselos, ni por un cofre de oro y un condado. Y los armeros de Kez no pueden replicar su trabajo.

—No hay nadie que pueda, a menos que le haya enseñado él mismo. —Tamas examinó detenidamente el fusil durante varios minutos antes de devolverlo.

—¿Te gusta? —dijo Taniel.

—Es extraordinario. —De pronto su interés pareció disminuir, y su atención pareció distante.

Taniel dudó.

—Entonces, te gustará esto. —Extendió una mano hacia Ka-poel. Ella le entregó un estuche de madera de unos cuarenta centímetros, hecho de caoba pulida—. Es un regalo —dijo Taniel.

Tamas colocó el estuche sobre una mesa y abrió la tapa.

—Increíble —susurró.

—Pistolas de duelos —dijo Taniel—. Las fabricó el hijo mayor de Hrusch. Según se dice, es mejor armero que su padre. Llave de chispa refinada con cazoleta a prueba de lluvia y cojinete de rodillos en el muelle de acero. No tienen el cañón estriado, pero son más precisas

que la mayoría de las pistolas. —Taniel volvió a sentir esa satisfacción al ver que el rostro de su padre se iluminaba.

Tamas levantó una de las pistolas y le pasó el dedo por el cañón octogonal. La luz de las lámparas se reflejó en las incrustaciones de marfil, y el pulido relució maravillosamente.

—Son increíbles. Tendré que provocar un insulto, solo para poder usarlas. —Taniel se rio. Eso sonaba a algo que Tamas haría—. Son maravillosas —dijo Tamas. Taniel creyó ver un brillo en los ojos de su padre. ¿Estaba orgulloso? ¿Agradecido? Supuso que no, Tamas no conocía el significado de esas palabras—. Ojalá tuviéramos más tiempo para hablar.

—¿Vamos a lo importante? —Por supuesto. No había tiempo para conversar. No había tiempo para ponerse al día con el hijo que había estado ausente durante tantos meses.

—Por desgracia —dijo Tamas, o no entendiendo o ignorando el sarcasmo—. Sabon —dijo en voz más alta. El deliví apareció en la puerta—. Trae a los mercenarios. —Sabon volvió a desaparecer—. Bien, ¿dónde está Vlora? Os necesitamos a los dos. ¿Te ha hablado Sabon de nuestras bajas?

—En efecto. Una noticia triste. Me imagino que Vlora llegará en algún momento —dijo encogiéndose de hombros—. No hablé con ella, exactamente.

Tamas frunció el ceño.

—Pensé que…

—La encontré en la cama de otro hombre —dijo Taniel, y sintió una satisfacción súbita al ver la conmoción que reflejaba el rostro de Tamas. La conmoción se convirtió en ira, luego en dolor.

—¿Por qué? ¿Cuándo? ¿Durante cuánto tiempo? —Las palabras le salieron a borbotones. Fue un momento de verdadera confusión que Taniel se preguntó si alguien había visto en Tamas alguna vez, o si volvería a suceder.

Taniel se apoyó en su fusil y reprimió un gesto de desprecio. ¿Por qué le importaba a su padre? No se trataba de *su* prometida.

—Varios meses, según los rumores. Le pagaron para que la sedujera. El hijo de un noble, que lo hizo por la emoción y por el dinero.

—¿Le pagaron? —dijo Tamas entrecerrando los ojos.

—Un ardid —dijo Taniel—. Una venganza mezquina. Planeada por algún noble acaudalado, seguramente.

Taniel no se había tomado la molestia de averiguar quién era el culpable, pero casi no tenía dudas. La nobleza odiaba a Tamas. Era un plebeyo de nacimiento y había usado su influencia en el rey para evitar que los más acaudalados compraran ascensos y rangos de oficiales en el ejército. Solo ascendían los más capaces. Eso era algo

que iba en contra de las tradiciones, pero también hizo que el ejército adrano se convirtiera en uno de los mejores de los Nueve. La nobleza le tenía demasiado miedo a Tamas para atacarlo directamente, pero harían lo que fuera para golpearlo, incluso a través de su hijo.

Tamas apretó los dientes con furia.

—Esta misma noche he arrestado a media nobleza. Se enfrentan a la guillotina junto con su rey. Averiguaré quién fue el que pagó, y entonces...

De pronto, Taniel se sintió cansado. Años de luchar una guerra que no era la suya, seguida por meses de viajar incómodo, solo para llegar a casa y tener que hacer frente a la traición y a un golpe de estado. Su furia ya había amainado. Se echó una raya de pólvora negra sobre el pulgar y la aspiró.

—La guillotina es suficiente. Ahórrales el trabajo a tus hombres —dijo. “Y ahórrate la ira, aunque Kresimir sabe que tienes suficiente. Pero no tienes compasión. Nada de compasión para tu hijo, el traicionado”.

Tamas se restregó los ojos.

—Debería haber ordenado que la siguieran.

—Ella es libre de hacer lo que quiera —dijo Taniel. Le salió como un gruñido.

—¿La boda?

—Le clavé su anillo al imbécil con quien se encamaba. Habrán tenido que extraerle su propia espada.

Sabon volvió a entrar en la habitación. Lo seguía un par de personajes que parecían ser de dudosa reputación, y que llevaban la vestimenta de quienes duermen en la montura o sobre el banco de una taberna. El primero era un hombre alto y flacucho, con la cabeza prácticamente calva, aunque no podía tener más de treinta años. Llevaba un cinturón que le cubría todo el estómago, en el que portaba cuatro espadas y tres pistolas de diferente tipo y tamaño. También tenía puestos los guantes de un Privilegiado, solo que en lugar de ser blancos con runas de colores eran azul marino con runas doradas. Era un quiebramagos; un Privilegiado que había abandonado su hechicería innata para poder anular la magia a voluntad.

Lo seguía una mujer. Parecía estar cerca de los cuarenta años y llevaba pantalones de montar y chaqueta. Sería hermosa si no fuera por la vieja cicatriz que le elevaba la comisura del labio y le llegaba hasta la sien. Ella también llevaba guantes de Privilegiado, con los que podía tocar el Otro Lado. Los suyos eran blancos con runas en tono carmesí. Taniel se preguntó por qué no estaba en una camarilla. Percibía que ya era lo suficientemente poderosa sin necesidad de abrir su tercer ojo.

Mercenarios, había dicho Tamas. Aquellos dos lo parecían. Juntos,

una Privilegiada y un quiebramagos formaban una combinación peligrosa. Estaban acostumbrados a cazar Dotados, Marcados y Privilegiados. Taniel se preguntó qué tenía en mente su padre.

—Una Privilegiada escapó de la matanza en el Horizonte —dijo Tamas—. No forma parte de la camarilla real, pero aun así es poderosa. Quiero que vosotros tres… —echó una mirada hacia Ka-poel—, cuatro la sigáis y la matéis.

Tamas asumió el rol del hombre acostumbrado a dar instrucciones a sus soldados, y Taniel se dio cuenta de que su bienvenida se reduciría a una sesión informativa y a recibir una misión. Debía partir a cazar a otra Privilegiada. Miró a los dos mercenarios. Parecían competentes. Había contado con menos recursos en Fatrasta. Esa Privilegiada que debían cazar había matado a cinco magos de la pólvora en un abrir y cerrar de ojos. Sería peligrosa, y él nunca había cazado en una ciudad. Supuso que ese desafío haría que no pensara en… otras cosas.

Taniel levantó la tabaquera una vez más y, haciendo caso omiso de la mirada reprobatoria de su padre, se echó una raya sobre el dorso de la mano.

Nila hizo una breve pausa para observar el fuego que ardía debajo de la gran olla suspendida en la chimenea. Se frotó las manos agrietadas y se las calentó al fuego. El agua herviría pronto, y ella terminaría de lavar toda la ropa de los habitantes de la casa. Había una pequeña pila de prendas sucias junto a la despensa, pero la mayor parte de la vestimenta de la familia, junto con el ropaje de la servidumbre, había estado en remojo en las grandes tinas de agua caliente y jabón con sosa desde la tarde anterior. Tendría que hervir todas las prendas, aclararlas y colgarlas para que se secaran, pero primero tenía que planchar el uniforme de gala del duque. Tenía una reunión con el rey a las diez. Todavía faltaban horas, pero todo eso, el lavado, el aclarado y el planchado, debía hacerse antes de que los cocineros se levantaran a preparar el desayuno.

Se abrió la puerta del lavadero y entró en la cocina un niño de cinco años restregándose los ojos somnolientos.

—¿No podéis dormir, joven amo?

—No —dijo él.

Jakob, el único hijo del duque Eldaminse, era un niño muy enfermizo. Tenía el cabello rubio y un rostro pálido, de mejillas delgadas. Era menudo para su edad, pero inteligente, y más amistoso con la servidumbre de lo que le correspondería al hijo de un duque. Cuando él nació, Nila tenía trece años y era aprendiz de lavandera para los Eldaminse. Jakob le había tomado cariño desde el momento en que aprendió a andar, para disgusto de su madre y de su institutriz.

—Sentaos aquí —dijo Nila colocándole una manta limpia y seca cerca del fuego—. Solo unos minutos, y luego deberéis volver a la cama antes de que Ganny se despierte.

El niño se acomodó sobre la manta y observó mientras Nila calentaba la plancha en la lumbre y extendía la ropa de su padre. Pronto los ojos comenzaron a pesarle, y se recostó.

Nila llevó una gran palangana y la colocó a un lado de la olla de hierro. Estaba a punto de echar el agua cuando la puerta volvió a abrirse.

—¡Nila!

Ganny estaba en la entrada de la cocina, con las manos en las caderas. Tenía veintiséis años y era mucho más severa de lo que correspondía a su edad, muy adecuada para ser la institutriz del heredero de un ducado. Llevaba su cabello color cacao en un moño bien ceñido, detrás de la cabeza. Aun con la ropa de dormir, Ganny tenía una apariencia más formal que Nila, con su vestido simple y sus rebeldes rizos caoba.

Nila se llevó un dedo a los labios.

—Sabes que él no debería estar aquí —dijo Ganny bajando la voz.

—¿Qué debo hacer? ¿Decirle que no?

—¡Por supuesto!

—Déjalo en paz, por fin se ha dormido.

—Se resfriará ahí en el suelo.

—Está acostado junto al fuego —replicó Nila.

—¡Si la duquesa lo encuentra aquí, se pondrá furiosa! —Ganny levantó un dedo y lo agitó—. No te defenderé cuando ella te deje en la calle.

—¿Alguna vez me has defendido?

Los labios de Ganny formaron una línea rígida.

—Esta noche le recomendaré a la duquesa que te eche. No eres más que una mala influencia para Jakob.

—Y yo… —Nila echó una mirada al niño dormido y cerró la boca. No tenía familia ni contactos. Ya le desagradaba a la duquesa. El duque Eldaminse tenía el hábito de acostarse con las sirvientas, y últimamente la miraba con más frecuencia. Nila no necesitaba tener problemas con Ganny, aun si solo era una bravucona—. Lo siento, Ganny —dijo—. Lo llevaré de vuelta a la cama. ¿Tienes alguna prenda que necesites que te lave?

—Esa actitud es mejor —dijo Ganny—. Ahora... —Fue interrumpida por un golpeteo en la puerta principal, con el volumen suficiente para oírse hasta el otro lado de la casa—. ¿Quién llama a estas horas de la madrugada? —Ganny se cubrió con la ropa de dormir y se dirigió al vestíbulo—. ¡Despertará al señor y a la señora!

Nila apoyó las manos en las caderas y miró a Jakob.

—Vais a causarme problemas, joven amo.

Los ojos del niño se abrieron.

—Lo siento —dijo.

Ella se arrodilló a su lado.

—Está bien, volved a dormir. Dejad que os lleve a la cama.

Acababa de levantarlo cuando oyó un alarido que provenía del frente de la casa. Luego siguieron gritos y unos pasos que subían corriendo la escalera y pasaban al vestíbulo principal. Nila oyó voces masculinas, enérgicas, que no pertenecían a nadie del personal de la casa.

—¿Qué pasa? —preguntó Jakob.

Ella lo puso de pie para que él no notara que le temblaban las manos.

—Rápido —le dijo—, meteos en la palangana.

A Jakob le tembló el labio inferior.

—¿Por qué? ¿Qué está sucediendo?

—¡Escondeos!

El niño se metió en la palangana. Ella le echó la ropa sucia encima y la amontonó bien alto, luego salió al vestíbulo.

Chocó contra un soldado. Este volvió a hacerla entrar en la cocina de un empujón. Enseguida se le sumaron otros dos hombres, y luego otro, que agarraba a Ganny de la nuca. La empujó y ella cayó al suelo. Los ojos de la institutriz reflejaban una mezcla de miedo e indignación.

—Estas dos bastarán —dijo uno de los soldados. Llevaba el azul oscuro del ejército adrano, con dos tiras doradas sobre el pecho, y una medalla plateada que indicaba que había servido a la corona en el extranjero. Comenzó a aflojarse el cinturón y dio un paso en dirección a Nila.

Nila cogió la plancha caliente de la lumbre y le golpeó el rostro con fuerza. El soldado cayó, ante los gritos de sus camaradas.

Un soldado la agarró por los brazos; otro, por las piernas.

—Es combativa —dijo uno.

—Eso dejará una marca —dijo otro.

—¡¿Qué significa esto?! —Ganny había vuelto a ponerse de pie, por fin—. ¿Sabéis a quién pertenece esta casa?

—Cállate. —El soldado al que Nila había golpeado se había puesto de pie, con una quemadura inflamada que le abarcaba medio rostro. Le dio a Ganny un fuerte puñetazo en el estómago—. Ya llegará tu turno. —Se volvió hacia Nila.

Nila forcejeó contra unas manos demasiado fuertes para ella. Se volvió hacia la palangana, con la esperanza de que Jakob no viera eso, y cerró los ojos esperando el golpe.

—¡Heathlo! —ladró una voz. Cuando las manos que la aferraban la

soltaron de pronto, Nila volvió a abrir los ojos—. ¿Qué demonios estás haciendo, soldado?

El hombre que había hablado llevaba el mismo uniforme que los otros, salvo por un triángulo de oro enganchado en su solapa de plata. Tenía el cabello rubio y la barba pulcramente recortada. Le colgaba un cigarro en la comisura de la boca. Nila nunca había visto un soldado con barba.

—Solo nos estamos divirtiendo un poco, sargento. —Heathlo le echó una mirada amenazante a Nila y se volvió hacia el sargento.

—¿Divirtiendo? Para nosotros no hay diversión, soldado. Esto es el ejército. Ya habéis oído las órdenes del mariscal de campo.

—Pero, sargento…

El sargento se inclinó y recogió la plancha del suelo. Miró la parte de abajo y luego la quemadura que el soldado tenía en el rostro.

—¿Quieres que yo te deje una marca parecida en el otro lado?

Los ojos de Heathlo se endurecieron.

—Esta perra me ha golpeado.

—Yo te golpearé en un lugar más bonito que la cara la próxima vez que te vea tratando de violar a una ciudadana adrana. —El sargento lo apuntó con su cigarro—. Esto no es Gurla.

—Informaré sobre esto al capitán, señor —dijo Heathlo con desdén.

El sargento se encogió de hombros.

—Heathlo —dijo uno de los soldados—. No lo presiones. Lo siento, sargento. Es nuevo en la compañía.

—Pues mantenlo a raya —replicó el sargento—. Él será nuevo, pero espero más de vosotros dos. —Ayudó a Ganny a levantarse, luego se tocó la frente con el dedo en dirección a Nila, a modo de saludo—. Señorita, estamos buscando al hijo del duque Eldaminse.

Ganny miró a Nila. Nila se dio cuenta de que la otra estaba aterrorizada.

—Estaba contigo —dijo la institutriz.

Nila se obligó a mirar los ojos azules del sargento.

—Acabo de llevarlo a la cama.

—Id —les dijo el sargento a sus soldados—. Encontradlo. —Ellos salieron rápidamente de la habitación. Él se quedó y examinó la cocina lentamente—. No está en su cama.

—Tiene la costumbre de deambular —dijo Nila—. Acabo de acostarlo, pero seguramente lo habrá asustado el ruido. ¿Qué está sucediendo? —Aquello no era un accidente. Esos soldados sabían exactamente de quién era esa casa. El sargento había mencionado a un mariscal de campo. Adro solo tenía un hombre con ese rango: el mariscal de campo Tamas.

—El duque Eldaminse y su familia han sido arrestados por traición —dijo el sargento.

Ganny palideció; parecía estar a punto de desmayarse.

Nila sintió que el estómago se le encogía. Traición. Acusaciones de esa índole podían hacer que se cuestionara la lealtad de todo el personal.

No había escapatoria. Nila había oído contar la historia de un archiduque, el primo del propio Rey de Hierro, que conspiró contra el trono. Su familia y todo su personal terminaron en la guillotina.

—Puedes irte —dijo el sargento—. Estamos aquí solo por el duque y su familia. —Avanzó hacia la palangana frunciendo el ceño—. Te convendría buscar un nuevo trabajo. De hecho, si puedes, deberías dejar la ciudad al menos durante unos días—. Se puso el cigarro en la boca y cogió un par de pantalones del montón de ropa.

—¡Olem!

El sargento giró la cabeza, otro soldado entró en la habitación.

—¿Habéis encontrado al niño? —dijo Olem, y pareció olvidarse de la palangana.

—No, pero ha llegado una orden para vos. Del mariscal de campo.

—¿Para mí? —Olem pareció dudar.

—Debéis presentaros inmediatamente ante el comandante Sabon.

—Muy bien —dijo Olem. Apagó el cigarro sobre la mesa de la cocina—. Vigila a Heathlo. No dejes que los muchachos maltraten a ninguna de las mujeres. Si tienes que dejarlos saquear un poco para mantenerlos ocupados, hazlo.

—Pero nuestras órdenes...

—Los muchachos incumplirán algunas de nuestras órdenes de una u otra manera. Prefiero que incumplan las que no los lleven a la horca.

—Bien.

Olem echó una última mirada por la cocina.

—Coged todos los objetos de valor que tengáis aquí y marchaos —dijo—. El duque tampoco volverá por sus cosas… —Hizo un gesto de saludo hacia Ganny y Nila antes de salir.

“Así que llevaos lo que queráis”. Nila terminó la frase en su mente.

Ganny echó una mirada rápida hacia Nila y salió corriendo hacia el vestíbulo. Un momento después Nila la oyó subir por la escalera de los sirvientes.

Nila extrajo la llave del mayordomo de su escondite, situado encima de la chimenea, y abrió el armario de la plata. Lo que tenía oculto bajo el colchón de su cama no valía ni una fracción de los cubiertos de plata que ahora estaba metiendo en un saco de arpillera.

Esperó hasta que no se oyera a ninguno de los soldados en el vestíbulo y sacó a Jakob de la palangana. Lo ayudó a quitarse la ropa de dormir y le dio unos pantalones sucios y la camisa de uno de los niños de la servidumbre. Eran demasiado grandes, pero servirían.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó Jakob.

—Voy a llevaros a un lugar seguro.

—¿Y la señorita Ganny?

—Creo que no volverá—dijo Nila.

—¿Y mis padres?

—No lo sé —dijo Nila—. Creo que querrían que vinierais conmigo. —Recogió un poco de ceniza fría del rincón de la chimenea y la mezcló con agua—. Quedaos quieto —le dijo mientras le untaba el rostro y el cabello con las cenizas. Lo cogió de la mano, y con el saco lleno de objetos de plata robados sobre el hombro, se dirigió a la puerta trasera.

Había dos soldados vigilando el callejón que había detrás de la casa. Nila caminó hacia ellos con la cabeza baja.

—Eh, tú —dijo uno de los hombres—. ¿De quién es este niño?

—Mío —dijo Nila.

El soldado levantó la barbilla de Jakob.

—No parece el hijo de un duque.

—¿No deberíamos retenerlo hasta que encontremos al niño? —dijo el otro.

—El sargento Olem ha dicho que podíamos irnos —dijo Nila.

—Bien —dijo el soldado—. Pues entonces, márchate. Será una noche muy larga.

Capítulo 4

Adamat partió del Horizonte y se dirigió directamente a su casa en un carruaje conducido por uno de los soldados de Tamas. Fue un trayecto largo, acompañado solo por sus preocupaciones y su desconfianza en sí mismo, a medida que el cochero atravesaba las calles de Adro, envueltas en el silencio de la noche. Adamat deseó para sus adentros que pudieran ir más rápido. Pero no sirvió de nada. El cielo del este ya había comenzado a clarear cuando se bajó del carruaje, empujó el viejo portón, atravesó su pequeño jardín y llegó a la puerta principal. Cogió las llaves con torpeza; se le cayeron de las manos. Se detuvo un momento y respiró hondo.

Ya había visto cosas peores, se dijo a sí mismo. No sería peor que los disturbios de Oktersehn. Metió con fuerza la llave en la cerradura y la giró; el metal oxidado chirrió cuando abrió la puerta, medio de un empujón, medio de una patada.

Fue al segundo piso subiendo los peldaños de dos en dos y golpeó cada puerta que iba pasando a medida que avanzaba por el corredor. Llegó a su propio dormitorio y abrió la puerta con fuerza.

—Faye —dijo.

Su esposa levantó la cabeza de la almohada y lo miró a la luz de la lámpara, que ardía con una llama baja. Las sombras bailaron sobre su rostro, oscurecido por un halo de cabello negro y ondulado.

—¿Qué hora es? —preguntó ella.

—Pasadas las cinco —dijo Adamat. Elevó la llama de la lámpara y retiró las mantas—. Levántate. Te vas a la casa de Offendale.

Faye agarró las mantas y se las llevó al pecho.

—¿Qué te sucede? ¿Qué casa de Offendale?

—La que compramos apenas entré en la fuerza. Por si los niños y tú llegabais a estar en peligro.

Faye se incorporó.

—Pensaba que habíamos vendido esa casa. Yo… Adamat. ¿Qué ha pasado? —Un dejo de preocupación resonó en su voz—. ¿Es por lo de

la familia Lourent? ¿O un caso nuevo?

La familia Lourent lo había contratado para que investigara el escabroso pasado del pretendiente de su hija menor. Todo el asunto terminó mal cuando Adamat se vio forzado a exponer al joven como un farsante.

—No, no es el caso Lourent. Es algo mucho más grande. —Adamat se volvió al oír unas pisadas suaves en el corredor—. Astrit —dijo en voz baja. Su hija pequeña llevaba un perro de peluche deshilachado bajo el brazo. Tenía puesto el camisón y un par de viejas pantuflas de Faye que le quedaban demasiado grandes. En la penumbra parecía una versión diminuta de su madre. Inclinó la cabeza con curiosidad—. Ve por tu abrigo de viaje, querida. Te vas de paseo —le dijo Adamat.

—¿Tengo que ponerme un vestido? —preguntó ella.

Adamat forzó una sonrisa.

—No, amor, solo el abrigo de viaje encima del camisón. Te irás muy pronto. No olvides los zapatos.

Ella le sonrió y se fue trotando por el vestíbulo, con el viejo perro de peluche colgando de una mano. Sus hermanos mayores la miraron con extrañeza a medida que fueron saliendo de las habitaciones.

—Josep —le dijo Adamat a su hijo mayor—. Encárgate de que tus hermanos y hermanas estén listos para partir. Rápido. Que hagan una maleta para algunas semanas.

El muchacho era un joven serio, acababa de cumplir dieciséis años y estaba de vacaciones de la escuela. Frotó nervioso el anillo que tenía en el dedo; era un regalo que le hizo el padre de Adamat antes de fallecer, y el muchacho rara vez se lo quitaba. Esperó un momento a recibir una explicación. Cuando entendió que no obtendría ninguna, asintió con la cabeza y llevó a sus hermanos de vuelta a las habitaciones.

“Buen muchacho”. Adamat se volvió hacia Faye, que ahora estaba sentada en la cama. Ella se pasó una mano por el cabello y se desenredó algunos nudos.

—Más vale que tengas una buena explicación —dijo—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Están en peligro los niños?, ¿o tú? ¿Tiene que ver con algún nuevo trabajo que has aceptado? Te dije que dejaras de fisgonear a las esposas de los nobles y de meterte en los asuntos de los demás.

Adamat cerró los ojos.

—Soy un investigador, querida. Meterme en los asuntos de los demás es mi trabajo. Habrá disturbios. Quiero que los niños y tú os hayáis ido de la ciudad antes de una hora. Es solo una precaución, por supuesto.

—¿Por qué habrá disturbios?

Condenada mujer. Lo que no daría él por una esposa obediente.

—Ha habido un golpe de estado. Manhouch irá a la guillotina al mediodía.

Adamat tuvo la breve satisfacción de ver su expresión de sorpresa. En un instante, su mujer se puso de pie y se dirigió al armario. Él la observó por un momento. Tenía el cuerpo más angular que antes; los codos puntiagudos y la piel arrugada en lugar de las curvas suaves y las carnosidades sutiles y adorables. Los años que habían pasado desde que él se retiró de la fuerza no habían sido gentiles con ella, y ya no era tan hermosa como en su juventud. Adamat se imaginó a sí mismo. Él no era quién para juzgar. Era más bien bajo, estaba quedándose calvo y su rostro redondo se había vuelto enjuto a lo largo de los años, y su barba y bigote habían perdido volumen. Ya no era tan joven como antes. Aun así... se mordió el labio inferior al mirar a Faye pensando en ciertas acciones que tendrían que esperar algún tiempo.

Faye se volvió, y vio que él la miraba.

—Tú vendrás con nosotros, ¿no? —dijo.

—No.

Ella hizo una pausa.

—¿Por qué no?

Debería mentir. Decirle que tenía compromisos previos.

—Me he… involucrado.

—Ay, no. Adamat, ¿qué demonios has hecho?

Él reprimió una sonrisa. Amaba oírla maldecir.

—No de esa manera. No. La llamada de hoy. El mariscal Tamas tiene un trabajo para mí.

Ella frunció el ceño.

—Solo *él* tendría el valor de derrocar a un rey. Bueno, deja de sonreír, pide un carruaje y ayuda a los niños a calzarse. —Le hizo un gesto con la mano para que se moviera—. ¡Vamos!

Veinte minutos después, Adamat observaba a su familia subir a un par de carruajes. Pagó a los cocheros y se quedó un momento con su esposa.

—Si llegara a parecer que los disturbios se acercan, no dudes en llevar a los niños a Deliv. Iré a buscaros cuando las cosas se hayan calmado.

El rostro de Faye, usualmente severo y en firme desaprobación, de pronto se suavizó. Volvió a ser joven a los ojos de Adamat, una niña preocupada esperando que su amante apareciera andando por los caminos a medianoche. Se inclinó hacia delante y lo besó con ternura en los labios.

—¿Qué les digo a los niños?

—No les mientas —dijo Adamat—, ya son lo suficientemente mayores.

—Se preocuparán. Sobre todo, Astrit.

—Por supuesto —dijo Adamat.

Faye se sorbió la nariz.

—No he estado en Offendale desde que fuimos de vacaciones después de nacer Astrit. ¿La casa de allí está en buen estado?

—Será pequeña —dijo Adamat—. Acogedora. Pero segura. ¿Recuerdas las contraseñas? La oficina de correos está en el pueblo de al lado. Le enviaré una carta a Saddie para pedirle que te lleve el correo.

—¿Es todo eso necesario? —preguntó Faye—. Pensaba que solo serían disturbios.

—Tamas es un hombre peligroso —dijo Adamat—. Yo no… —Hizo una pausa—. Es solo una precaución. Dame el gusto.

—Por supuesto —dijo Faye—. Cuídate.

Adamat le devolvió el beso, luego se inclinó en la ventana del carruaje y le dio un beso a cada uno de sus nueve hijos, y dos para cada uno de los mellizos. Se detuvo frente a Astrit y se puso de rodillas en el suelo del carruaje para mirarla a los ojos.

—Vais a estar fuera un par de semanas. La ciudad se volverá un poco peligrosa.

—¿Por qué no vienes tú? —preguntó ella.

—Tengo que ayudar a que vuelva a ser más segura. —Pensó en la Promesa Rota de Kresimir. Esas palabras lo hicieron estremecerse.

—¿Tienes frío? —preguntó Astrit.

Él le pasó un dedo por la mejilla.

—Sí —le dijo—. Hace fresco. Mejor me meto en casa, antes de que me resfríe. ¡Que tengáis un buen viaje!

Cerró la portezuela del carruaje y se quedó de pie en la calle, viéndolos alejarse hasta que doblaron una esquina. Había muchas razones por las que iba a echar de menos a Faye. Cuando se trataba de sus investigaciones, ella era más que una esposa para él. Era una compañera. Tenía una gran red de amigos y conocidos, y sabía cómo sonsacarles los chismorreos y obtener información que ni siquiera él podría conseguir.

Emprendió el regreso hacia la casa, pero se detuvo un momento al ver algo de movimiento en una puerta de la acera de enfrente. Un joven con una levita larga y rígida salió de entre las sombras y se fue caminando en dirección opuesta a la de los carruajes. Echó una mirada hacia Adamat y redobló la velocidad.

Adamat lo observó fijamente, para asegurarse de que aquel desconocido sintiera su mirada. Uno de los matones de Palagyi, sin duda. Volvería a tener noticias suyas pronto. Volvió a la casa, cerró la puerta con llave después de entrar y fue de inmediato al estudio. Buscó por los cajones de su escritorio hasta que encontró una resma de papel de carta.

Cuando terminó la última carta, el sol finalmente había llegado a la ventana de su estudio, asomando por encima de las casas y las montañas distantes. La mano le dolía de tanto escribir, y la vela ya estaba casi consumida. Bostezó y dejó que su mente vagara por un momento, y entonces le llegó a los oídos un débil chirrido de metal contra metal.

Metió todas las cartas en uno de los cajones del escritorio y lo cerró con llave. Cogió su bastón y lo giró hasta que emitió un chasquido, luego caminó por la casa, tratando de ubicar el sonido. Llegó a una puerta trasera, vieja y pequeña, que daba a un enrejado cubierto de malas hierbas en el pequeño claro que hacía las veces de jardín entre su casa y la de atrás. Al jardín se podía llegar desde la casa en sí o desde un pequeño pasadizo que discurría entre las dos casas, donde había una verja cerrada con llave.

Adamat abrió la puerta de un tirón, bastón en mano. Tres hombres se lo quedaron mirando. Dos de ellos llevaban las chaquetas gastadas y las sencillas gorras de los trabajadores callejeros. El primero tenía las rodillas y las mangas manchadas de negro, probablemente por palear carbón en un horno; el segundo, el de las ganzúas, llevaba prendas demasiado grandes para él, la típica costumbre de un ladrón callejero que buscaba ocultar varios objetos en su persona. El tercer hombre llevaba ropa elegante, un abrigo gris encima de un chaleco de un negro inmaculado, y sus zapatos estaban tan lustrados que uno podría mirarse los dientes reflejados en ellos.

El ladrón se encontraba de rodillas frente a la puerta.

—Estáis haciendo tanto ruido que directamente podríais haber llamado a la puerta principal —dijo Adamat. Suspiró, bajó el bastón y le habló al mejor vestido de los tres—. ¿Qué quieres, Palagyi?

Palagyi parecía estar sorprendido de verlo allí. Se acomodó unos lentes redondos, sostenidos más por sus mejillas regordetas que por su delgada nariz. Era un hombre realmente extraño, con un cuerpo que parecía más propio de un circo que de cualquier otro lado. Tenía una barriga redonda que le colgaba por fuera del cinturón, pero los brazos y las piernas eran delgados como una ramita. Parecía una bala de cañón con palitos por brazos.

Era un viejo matón callejero que tenía suficiente crueldad para lograr tener negocios legítimos pero no la suficiente inteligencia para dejar atrás su faceta más oscura. Era el hombre adecuado para ser banquero. Adamat catalogó mentalmente sus antecedentes penales en un instante.

—Se rumoreaba que habías huido de la ciudad —dijo Palagyi.

—¿Por “rumor” te refieres a lo que te contó el endogámico que has tenido rondando cerca de mi casa durante las últimas semanas?

—Tengo motivos para mantenerte vigilado. —De hecho, parecía

molestarle que Adamat siguiera allí.

Adamat lanzó un suspiro sufrido y vio que el otro apretaba los dientes. Palagyi odiaba que no se lo tomara en serio. Había cambiado poco desde sus días de usurero ebrio.

—Me quedan dos meses hasta que me venza la deuda.

—Es absolutamente imposible que juntes setenta mil kranas en dos meses. de modo que, cuando me entero de que tu familia se va de la ciudad en medio de la noche, mi conclusión es que quizás has tomado el camino más cobarde y has decidido huir.

—Ten cuidado de a quién llamas cobarde —dijo Adamat, y apuntó con el bastón hacia ellos.

Palagyi se estremeció.

—Me diste la última paliza hace mucho tiempo —dijo—, y ya no tienes la protección de la policía. Ahora eres uno de nosotros, una ordinaria rata de alcantarilla. No deberías haberme pedido un préstamo. —Se rio. Su risa era un ruido metálico que puso nervioso a Adamat.

Esta vez le tocó a él apretar los dientes. No había tomado un préstamo con Palagyi, sino con un banco que pertenecía a un amigo. Ese amigo resultó ser no tan bueno cuando le vendió el saldo a Palagyi por casi un ciento cincuenta por ciento de su valor. Palagyi había triplicado los intereses de inmediato y se había sentado a esperar que la nueva editorial de Adamat quebrara. Que era lo que había sucedido.

Palagyi se limpió una lágrima de risa y resopló.

—Cuando me entero de que un deudor ha enviado a su familia fuera de la ciudad dos meses antes de que venza su préstamo, me involucro personalmente.

—¿Y tratas de entrar a su casa por la fuerza? —dijo Adamat—. No puedes quitarme todo y echarnos a la calle hasta después de vencido el periodo acordado.

—Quizá me he vuelto ambicioso. —Palagyi sonrió levemente—. Ahora bien, necesitaré que me digas dónde está tu familia, así puedo ir a ver si siguen ahí.

Adamat habló con los dientes apretados:

—Están en casa de un primo mío. Al este de Nafolk. Ve a ver todo lo que quieras.

—Bien. Lo haré. —Palagyi se volvió para irse, pero se detuvo bruscamente—. ¿Cómo se llama tu hija? La menor. Creo que haré que uno de mis muchachos la traiga aquí de nuevo, por si intentas escabullirte en uno de esos nuevos barcos de vapor y escapar hacia Fatrasta.

Palagyi apenas tuvo tiempo de moverse antes de que el bastón de Adamat lo golpeara en el hombro. Palagyi lanzó un grito y cayó hacia el jardín. El paleador de carbón le dio un puñetazo a Adamat en el

estómago.

Adamat se dobló por el dolor. No había contado con que aquel hombre fuera a golpearlo tan rápido ni tan fuerte. Casi soltó el bastón, y apenas logró mantenerse en pie.

—¡Te denunciaré a la policía! —gimoteó Palagyi.

—Inténtalo —resopló Adamat—. Todavía tengo amigos en el cuerpo. Te sacarán a la calle a risotadas. —Recuperó la compostura y retrocedió lo suficiente para poder dar un portazo—. ¡Vuelve dentro de dos meses! —Cerró la puerta con llave y echó el cerrojo.

Agarrándose el estómago, volvió con dificultad al estudio. A causa del golpe, tendría indigestión durante una semana. Rogó que no estuviera sangrando.

Pasó unos minutos recuperándose antes de juntar las cartas y salir a las calles. Percibía la creciente tensión a su alrededor. Quería atribuirlo al conflicto que él sabía que vendría; la revolución que atravesaría la ciudad cuando se declarara muerto a Manhouch, y el caos que seguiría. Rezó por que Tamas pudiera mantener a raya los disturbios. Una tarea que bien podría resultar imposible. Pero no, aquella tensión probablemente era producto de su incipiente jaqueca y del dolor que sentía en la boca del estómago.

Faltándole poco para llegar a la administración de correos, Adamat se detuvo en una esquina a recuperar el aliento. Sin darse cuenta, había caminado demasiado rápido, respirando con dificultad, y con una sensación de peligro acechándolo en el fondo de su mente.

Apareció corriendo un muchacho de no más de diez años, de esos que gritaban las noticias. Se detuvo en la esquina junto a Adamat y tomó una buena bocanada de aire antes de echar la cabeza hacia atrás y gritar:

—¡Cayó Manhouch! ¡Cayó el rey! ¡Manhouch irá a la guillotina al mediodía! —Luego se fue hacia la siguiente esquina.

Adamat se quedó en silencio, anonadado, pero se sobrepuso y se volvió para mirar a los demás, que a su vez iban sobreponiéndose de su propia sorpresa. Él *sabía* que Manhouch había caído. Había visto la sangre de la camarilla real en la casaca de Tamas. Aun así, oírlo decir en voz alta en una calle pública hizo que le temblaran las manos. El rey había caído. Se había forzado un cambio en el país y el pueblo se vería obligado a elegir cómo reaccionar.

La conmoción inicial de la noticia pasó. La confusión ocupó su lugar, a medida que los peatones cambiaban sus planes en el momento. En la calle, un carruaje dio media vuelta bruscamente. El cochero no vio a la niñita que vendía flores. Adamat corrió, la agarró del brazo y la apartó de la calzada antes de que la atropellaran los caballos. Sus flores se desparramaron por la calle. Un hombre empujó a otro al salir corriendo de pronto, y como respuesta fue empujado al

suelo. Comenzó una pelea, que fue interrumpida rápidamente por un policía blandiendo una porra.

Adamat ayudó a la niña a recoger sus flores; luego, ella se fue a toda prisa. Él lanzó un suspiro. “Ya ha empezado”. Bajó la cabeza y siguió caminando hacia la administración de correos.

Capítulo 5

Tamas se encontraba en un balcón situado a seis pisos sobre la enorme plaza de la ciudad llamada Jardín del Rey, sintiendo el viento en el rostro mientras veía cómo se iban juntando las multitudes. Sus dos perros dormían a sus pies, ajenos a la importancia de ese día. Tamas llevaba puesto su uniforme de gala recién planchado; azul oscuro con hombreras de oro, y botones de oro con forma de un pequeño barril de pólvora. Los puños, la solapa y el cuello del uniforme eran de terciopelo rojo; el cinturón, de cuero negro. Ante la insistencia de sus ayudantes, se había puesto las medallas: estrellas doradas, plateadas y violetas, de varias formas y tamaños, otorgadas por media docena de sahs gurlos y reyes de los Nueve. Llevaba su sombrero bicornio bajo el brazo.

El sol apenas asomaba por encima de los tejados de Adopest, y aun así calculó que allí abajo habría unas mil quinientas personas mirando cómo se construía la hilera de guillotinas. Se decía que el Jardín podía albergar a cuatrocientas mil personas, la mitad de la población de Adopest.

Lo averiguarían esa misma mañana.

Su mirada atravesó el Jardín y se posó sobre la torre que se elevaba como una espina contra el cielo matutino. Diente Negro había sido construido por el padre de Manhouch, el Rey de Hierro, como una prisión para sus enemigos más peligrosos, y como una advertencia para todos los demás. Su construcción había durado casi la mitad de los sesenta años de su reinado, y el color de la torre era lo que le había dado su apodo al Rey de Hierro. Era el triple de alta que cualquier otro edificio de Adopest, y era horrible: un clavo de basalto que parecía arrancado de las páginas de una leyenda anterior a la Era de Kresimir.

En ese momento, Diente Negro estaba lleno a su máxima capacidad con casi seiscientos nobles y muchas de sus esposas e hijos mayores, junto con otros quinientos cortesanos y dignatarios reales que no por

sí solos no eran personas de fiar. Cuando Tamas cerraba los ojos, le parecía oír lamentos de angustia, y se preguntaba si era su imaginación. La nobleza sabía lo que se le venía encima. Lo sabía desde hacía un siglo.

La puerta emitió un chasquido detrás de él, y se volvió. Un soldado salió al balcón. Su uniforme azul con cuello plateado hacía juego con el de Tamas, con un triángulo de oro de sargento en la solapa; las tiras de servicio prendidas en el pecho indicaban diez años. Parecía entrado en los treinta. Tenía una barba castaño oscuro perfectamente recortada, a pesar de que las normas militares prohibían llevar barba, y llevaba el cabello corto, por encima de las orejas. Tamas le hizo un gesto con la cabeza.

—Olem a vuestras órdenes, señor.

—Gracias, Olem —dijo Tamas—. ¿Estás al tanto de las tareas que necesito que lleves a cabo?

—Guardaespaldas —dijo Olem—, y sirviente, niño de los recados. Cualquier maldita cosa que se le pueda ocurrir al mariscal de campo. Con todo respeto, señor.

—Supongo que eso es lo que ha dicho Sabon.

—Sí, señor.

Tamas reprimió una sonrisa. Este hombre podía llegar a caerle bien. Demasiado suelto de lengua, quizá.

Una delicada columna de humo se elevaba desde detrás de Olem.

—Olem, ¿tienes fuego en la espalda?

—No, señor.

—¿Y ese humo?

—Mi cigarro, señor.

—¿Cigarro?

—Es la última moda. Un tabaco tan bueno como el rapé, señor, y a mitad de precio. Viene desde Fatrasta. Me los fabrico yo mismo.

—Hablas como un vendedor. —Tamas comenzó a sentir cierta irritación.

—Mi primo vende tabaco, señor.

—¿Por qué lo escondes detrás de ti?

Olem se encogió de hombros.

—Vos sois abstemio, señor, y es bien sabido entre los compañeros que tampoco permitís el tabaco.

—Entonces, ¿por qué lo escondes detrás de ti?

—Estoy esperando que os volváis para poder dar una calada, señor.

Al menos era sincero.

—Una vez hice azotar a un sargento por fumar en mi tienda. ¿Por qué piensas que a ti te trataré de modo distinto? —Eso había sucedido hacía veinticinco años, y Tamas había estado a punto de perder su rango a causa de dicho incidente.

—Porque deseáis que yo vigile vuestra espalda, señor —dijo Olem—. Por lógica, no daréis una paliza al hombre que esperáis que os mantenga con vida.

—Ya veo —dijo Tamas. Olem no había sonreído en absoluto. Tamas llegó a la conclusión de que, efectivamente, este hombre le caía bien. A su pesar.

Se observaron mutuamente durante unos momentos. Tamas no podía evitar mirar la columna de humo que se elevaba por detrás de Olem. Entonces le llegó el olor. No era terriblemente desagradable, era menos acre que la mayoría de los cigarros, pero no tan agradable como el tabaco de pipa. Incluso tenía un toque de menta.

—¿Tengo el trabajo, señor? —preguntó Olem.

—¿Es verdad que no necesitas dormir?

Olem se tocó el centro de la frente.

—Tengo el Don, señor. Es de familia. Mi padre era capaz de oler a un mentiroso a un kilómetro. Mi primo puede comer más comida que cien hombres, o nada de nada durante semanas. ¿Mi don? No necesito dormir. Incluso tengo la tercera vista, así que ya sabéis que es real.

Los hombres que tenían un Don eran considerados los menos poderosos entre aquellos que tenían habilidades de hechicería. Usualmente se manifestaba como un talento particular muy fuerte, aunque algunos sí eran muy poderosos. Había mucha gente que decía poseer un Don. Solo aquellos que tenían el tercer ojo, la habilidad de ver hechicería y a aquellos que la blandían, eran realmente Dotados.

—¿Cómo es que nunca te han contratado como guardaespaldas?

—¿Señor?

—Con un talento como ese, podrías encargarte de la seguridad de algún duque en Kez y ganar más dinero que diez soldados juntos. O quizá servir en el extranjero con las Alas de Adom.

—Ah —dijo Olem—. Es que me mareo al navegar.

—¿Eso es todo?

—Los guardaespaldas de los ricos necesitan poder salir a navegar con ellos. Yo soy completamente inútil a bordo de una embarcación.

—¿Entonces vigilarás mi espalda siempre y cuando yo no salga a navegar?

—Básicamente, señor.

Tamas miró al hombre unos momentos más. Olem era un sujeto conocido y apreciado entre las tropas; sabía disparar, boxear, cabalgar, y jugar a las cartas y al billar. Era un tipo común y corriente desde el punto de vista de los soldados.

—Tienes una mancha en tu historial —dijo Tamas—. Una vez le diste un puñetazo en el rostro a un na-barón. Le rompiste la mandíbula. Háblame de eso.

Olem hizo una mueca.

—Oficialmente, señor, lo empujé para que no lo atropellara un carruaje fuera de control. Le salvé la vida. Lo vio la mitad de mi unidad.

—¿Con el puño?

—Sí.

—¿Y extraoficialmente?

—Aquel tipo era un cretino. Le disparó a mi perro porque asustó a su caballo.

—¿Y si yo alguna vez tengo motivos para dispararle a tu perro?

—Os daré un puñetazo en el rostro.

—Me parece justo. El trabajo es tuyo.

—Ah, estupendo. —Olem parecía aliviado. Sacó las manos de detrás de la espalda e inmediatamente se colocó el cigarro en la boca e inhaló con fuerza. Le salió humo por la nariz—. No habría tardado en apagarse.

—Ah. Voy a arrepentirme de esto, ¿verdad?

—En absoluto, señor. Ha llegado alguien.

Tamas alcanzó a divisar movimiento en el interior.

—Ya es la hora. —Avanzó hacia la puerta del balcón y se detuvo. Los perros se despertaron y se le colocaron alrededor de las piernas. Tamas miró a Olem.

—¿Señor?

—También debes abrirme la puerta.

—Claro. Disculpad, señor. Puede que me lleve un tiempo acostumbrarme.

—A mí también —dijo Tamas.

Olem le sostuvo la puerta. Los perros entraron corriendo delante de Tamas con el hocico pegado al suelo. El salón estaba casi en silencio, a pesar del creciente volumen de las voces del Jardín. Con los días que hacía que no dormía, el silencio le pareció relajante.

Estaba en un grandioso despacho, si es que una habitación tan grande podía llevar ese nombre. La mayoría de las viviendas podrían caber en su interior. Había pertenecido al rey, un lugar tranquilo donde poder estudiar o revisar las decisiones tomadas por la Casa de los Nobles. Como todo lo demás que requiriera dos dedos de frente o un mínimo interés por el modo en que se gobernaba el país, esa habitación había estado vacante durante todo el reinado de Manhouch; aunque Tamas sabía de buena fuente que el rey se la había prestado a su amante favorita el año anterior, hasta que sus consejeros se enteraron.

Ricard Tumblar se encontraba frente a la mesa de refrigerios, examinando una pila de pastelillos en busca de los mejores. Era un hombre apuesto, a pesar de su creciente calvicie; tenía el cabello castaño y corto, rasgos marcados, y arrugas en la comisura de los

labios por sonreír excesivamente. Llevaba un costoso traje hecho con el pelaje de algún animal del este de Gurla, y tenía la barba larga al estilo de Fatrasta. Junto a la puerta había un sombrero y un bastón de un gusto tan caro como ecléctico.

Ricard controlaba el único sindicato de trabajadores de Adopest y, entre toda la junta de coconspiradores de Tamas, él era único capaz de proporcionar una compañía agradable durante más tiempo que unos pocos minutos. Hrusch y Pitlaugh lo olfatearon hasta que les dio un pastelillo a cada uno. Los perros cogieron sus premios y se fueron al diván de la ventana.

Tamas suspiró. Odiaba que la gente les diera comida. Iban a pasar una semana sin cagar bien.

—Sírvete lo que quieras —dijo Tamas.

Ricard le sonrió abiertamente.

—Gracias, lo haré. —Se metió un pastelillo en la boca y habló mientras masticaba—. Lo has hecho, viejo. No podía creerlo, pero lo has hecho.

—Todavía no —dijo Tamas—. Deben llevarse a cabo las ejecuciones y la ciudad debe ordenarse; habrá disturbios y realistas, y todavía tengo que lidiar con Kez.

—Y debes gobernar una nación.

—Por suerte para mí, eso se lo dejaré a la junta.

Ricard puso los ojos en blanco.

—Realmente tienes suerte. Aborrezco trabajar con los otros. Necesitamos tu mano equilibradora para evitar que nos pasemos el tiempo atacándonos mutuamente.

—Estoy de acuerdo —dijo Ondraus.

El tesorero entró en la habitación a paso lento, con el bastón en una mano y un libro de registros debajo del otro brazo. Cruzó el salón y arrojó el libro sobre el escritorio del rey, luego se dejó caer en la silla que estaba detrás del escritorio. Tamas se abstuvo de protestar.

Tamas habría jurado que se había levantado polvo del libro. Se acercó. Se trataba de un tomo antiquísimo, con letras bordadas con hilo de oro en la cubierta; una palabra en deliví antiguo. Algo relacionado con el dinero, supuso. Ondraus abrió el libro. Las páginas en sí parecían estar casi negras. Al mirar más en detalle, Tamas vio que se trataba de una escritura diminuta: letras y números en casilleros, tan pegados que se necesitaba una lupa para ver las propias cifras.

—El tesoro del rey está vacío —anunció Ondraus. Extrajo una lupa de su bolsillo, la colocó sobre la página y miró a través de ella mientras leía detenidamente algunas cifras al azar.

Ricard inhaló bruscamente, y se atragantó con un pastel.

Tamas miró al tesorero.

—¿Cómo es posible?

—No había visto este libro desde que murió el Rey de Hierro —dijo Ondraus haciendo un gesto en dirección al tomo—. En él se ha anotado cada transacción hecha en nombre de la corona durante los últimos cien años, hasta el último krana. Estuvo en manos de los contadores personales de Manhouch desde que asumió el trono. Llevaban un registro estricto; eso es lo mejor que puedo decir de ellos. Según esto, no hay un solo krana en el tesoro del rey.

Tamas cerró los puños para evitar que le temblaran las manos. ¿Cómo pagaría a sus soldados? ¿Cómo alimentaría a los pobres? ¿Cómo financiaría las fuerzas policiales? Tamas necesitaba cientos de millones; había tenido la esperanza de que al menos hubiera algunas decenas.

—Impuestos —dijo Ondraus, cerrando el libro con fuerza—. Lo primero que tendremos que hacer será subir los impuestos.

—No —dijo Tamas—. Sabéis que esa no es una opción. Si reemplazamos a Manhouch con impuestos aun más elevados y un control más estricto, en menos de un año las cabezas que caerán en una cesta serán las nuestras.

—¿Por qué tenemos que subir los impuestos? —El archidiocel Charlemund entró majestuosamente en el salón, con su larga sotana púrpura arrastrándose detrás. Era un hombre alto, fuerte y atlético, que a su mediana edad no había perdido la fuerza de su juventud como les sucedía a la mayoría de los hombres. Tenía un rostro rectangular, unos atractivos ojos castaños y las mejillas perfectamente afeitadas. Vestía de seda y finas pieles, y se cubría la cabeza con un sombrero dorado redondo. En los dedos llevaba anillos con suficiente oro y piedras preciosas para comprar una docena de mansiones. Pero eso no era algo fuera de lo común para un archidiocel de la Iglesia Kresim.

—Veo que habéis traído todo el vestuario —dijo Ricard.

Tamas inclinó la cabeza.

—Charlemund —dijo.

El archidiocel aspiró un poco de aire.

—Soy un hombre de la Cuerda —dijo—, tengo un título que podéis usar, aunque me pesa tener que infligirlo.

—¡Eminencia! —Ricard hizo el gesto de quitarse un sombrero e hizo una reverencia exagerada.

—No pretendo que un hombre como vos lo entienda —le dijo el archidiocel a Ricard—. Os retaría, pero sois demasiado cobarde para batiros en duelo.

—Tengo hombres que harían eso por mí —dijo Ricard. Hubo un resquicio de temor en su mirada. El archidiocel había sido el mejor espadachín de los Nueve antes de su nombramiento como hombre de

la Cuerda, y aún solía retar a hombres a duelo de vez en cuando y, aunque fuera un sacerdote, destriparlos sin piedad.

—Bienes —le dijo Tamas al tesorero—. Ahora que todos los nobles y sus herederos están a punto de probar el filo de la guillotina, somos dueños de media Adro. Ondraus, supongo que esto os dará un gran placer: liquidad los bienes. Poco a poco, pero con suficiente rapidez para financiar los proyectos de los que hemos hablado. Vended fuera del país si hace falta, pero conseguidnos algo de dinero, maldita sea.

—Teníamos planes para esos bienes —dijo el archidiocel.

—Sí, y...

—¿Qué es lo que haremos con los bienes?

Tamas suspiró. En ese momento entró en el salón lady Winceslav, con un vestido largo que podría haber competido sin problemas con la sotana del archidiocel para ver cuál había empleado la mayor cantidad de tela y joyas en su manufactura. Era una mujer de unos cincuenta años, de pómulos salientes y cintura delgada; llevaba pendientes de diamantes. Era la dueña de las Alas de Adom, la fuerza de mercenarios más prestigiosa del mundo, y era nativa adrana. Durante los últimos meses, sus fuerzas habían sido retiradas silenciosamente de sus puestos en el extranjero y reenviadas a Adro en preparación para el golpe de estado, y Tamas sabía que las necesitaría con desesperación en los tiempos venideros.

Detrás de ella venía un hombre calvo y corpulento vestido con una túnica de una pieza: el eunuco del Propietario. Por último entró Prime Lektor, el vicerrector de la Universidad de Adopest. Era tan viejo como el tesorero, pero pesaba unos sesenta kilos más. Caminó tambaleándose hasta una silla.

Los seis coconspiradores de Tamas habían llegado: cinco hombres y una mujer que lo habían ayudado a planear la caída de Manhouch y que ahora iban a determinar el futuro de Adro.

—Por el abismo, Tamas —dijo el vicerrector limpiándose el sudor de la frente. Una marca de nacimiento púrpura le subía por un lado del rostro y le tocaba los labios y un ojo. Llevaba barba, pero donde tenía la marca no le crecía cabello. Ese detalle confería al viejo erudito la particular apariencia de un bárbaro—. ¿Teníais que elegir la planta alta? Os arrepentiréis dentro de algunos años, cuando se os empiecen a cansar los huesos.

—Milady —dijo Tamas, saludando con la cabeza en dirección a lady Winceslav, luego hacia el vicerrector y al eunuco—. Prime. Eunuco. Gracias por venir.

El eunuco se deslizó hacia el rincón y miró por una ventana. Se movía como una anguila y olía a especias del sur, pero el Propietario, la figura más fuerte del elemento criminal de Adopest, nunca participaba en estas reuniones personalmente, enviaba a su teniente

sin nombre en su lugar.

—No tuvimos alternativa —dijo el eunuco. Tenía una voz suave, como la de un niño hablando en la iglesia—. Habéis adelantado los planes.

—Hay más —dijo Charlemund. Su voz tronaba innecesariamente—. Está tratando de reclamar los bienes que le confiscamos a la nobleza.

Tamas levantó las manos para acallar el repentino clamor de voces. Miró enfadado al archidiocel—. No estamos aquí para repartirnos Adro —dijo bruscamente—. Estamos aquí para devolvérselo al pueblo. El tesoro del rey está vacío. Si queremos tener una mínima apariencia de control sobre la nación durante los próximos años, necesitamos el dinero desesperadamente. Milady, vuestros mercenarios tendrán la tierra; Ricard, tu sindicato tendrá sus subvenciones. Todos recibirán una parte.

—Quince por ciento para la Iglesia —exigió el archidiocel en voz baja, estudiándose las uñas.

—Idos al infierno —le espetó Ricard.

—Yo os enviaré allí —dijo el archidiocel avanzando hacia Ricard. Se metió una mano en la sotana. Ricard retrocedió tan rápido que casi cayó de espaldas.

—¡Charlemund! —exclamó Tamas.

El archidiocel se detuvo y se volvió hacia Tamas.

—La Iglesia recolectará su diezmo normal del quince por ciento. Ese fue el precio de nuestro apoyo.

—¿El precio? —dijo Tamas—. Pensaba que este golpe de estado estaba autorizado por la Iglesia porque Manhouch estaba permitiendo que su pueblo muriera de hambre. ¿O fue porque Manhouch le cobraba impuestos a la Iglesia para poder pagar su palacio de concubinas? No recuerdo cuál era el motivo. La Iglesia obtendrá el cinco por ciento y quedará satisfecha.

El archidiocel dio un paso en dirección a Tamas.

—¿Cómo os atrevéis?

Tamas también dio un paso. Su mano se acercó a la pequeña espada que llevaba en la cadera.

—Retadme a duelo —dijo Tamas—. Lo haré interesante y no elegiré pistolas.

El archidiocel dudó. Una sonrisa burlona se le formó en la comisura de los labios.

—Si os eliminara, esta nación se hundiría y todo sería anarquía y caos —dijo—. Mi primera obligación es con mi Dios. Mi segunda obligación es con mi país. Hablaré con mis colegas archidioceles y veré qué puedo hacer. —Retiró las manos de su sotana y las extendió en señal de paz.

Tamas le ofreció a Charlemund una sonrisa falsa.

—Gracias. —Apoyó la mano sobre el mango de su espada.

El eunuco habló en voz alta:

—Si no hay dinero en el tesoro del rey, ¿qué es lo que ha estado gastando Manhouch?

—El dinero de la Iglesia —gruñó el archidiocel.

—En parte —lo corrigió Ondraus—. Pidió créditos descomunales a un gran número de bancos esparcidos por los Nueve. La corona le debe al gobierno keseño casi cien millones de kranas.

Ricard lanzó un silbido por lo bajo.

Tamas se volvió hacia el tesorero.

—La corona está a punto de caer dentro de una cesta. Una vez que hayáis comenzado a liquidar los bienes de la nobleza, empezad a pagar a los bancos locales. Si aparece algo de dinero, los próximos serán nuestros aliados.

—La mayor parte se le debe a Kez —dijo Ondraus encogiéndose de hombros.

—Bien. Que se pudran.

Se oyó una risa, y Tamas se volvió. El eunuco seguía junto a la ventana. Se había servido un poco de agua fría y ahora observaba el fondo del vaso.

—Vuestra venganza personal nos pondrá a todos en el lado equivocado del hacha de un verdugo —dijo el eunuco.

—No es personal —le replicó Tamas. Pero sabía que no engañaba a nadie. Todos estaban al tanto de lo de su esposa. Todos en los Nueve lo sabían. Eso no evitó que lo negara. —Esa deuda explica por qué Manhouch estaba tan ansioso por entregar Adro a los keseños. —Hizo una pausa —. ¿Alguno de vosotros ha leído los Acuerdos?

—Iban a restringir los sindicatos —dijo Ricard.

—Y a proscribir a las Alas de Adom —añadió lady Winceslav.

—¿Habéis leído las partes de los Acuerdos que no estaban directamente relacionadas con vosotros?

El vicerrector, sentado hacia el fondo del salón, levantó la mano. Todos los demás esquivaron la mirada de Tamas.

—Habrían destruido Adro tal y como lo conocemos —dijo Tamas—. Nos habríamos convertido prácticamente en esclavos de Kez. El pueblo está muriéndose de hambre, la nación sufre bajo Manhouch y sufriría más bajo Kez. Es por *eso* por lo que mandamos a Manhouch a la guillotina. —No porque los keseños le habían hecho lo mismo a su esposa y Manhouch había permitido que sucediera sin protestar.

—¿Vais a decir algo? —dijo de pronto lady Winceslav.

—¿A quién? —dijo Tamas.

—A la multitud. Tenéis que hablar con el pueblo. Su monarca está a punto de ser decapitado. Se quedarán sin un líder. Necesitan saber que tienen alguien que los dirija, alguien con quien puedan atravesar

los tiempos que se avecinan.

Con quien pudieran atravesar la casi inevitable guerra contra Kez, había querido decir.

—No —dijo Tamas—. Hoy no diré nada. Además, no estoy reemplazando al rey. Vosotros seis haréis eso. Yo estoy aquí para proteger al país y mantener la paz mientras formáis un gobierno que tenga en mente los intereses del pueblo.

—Sería sensato decir algo —dijo el vicerrector; su marca de nacimiento se movía de forma extraña cuando hablaba—. Para mantener la paz.

Tamas los observó a todos.

—El pueblo quiere sangre en este momento, no palabras. Llevan años queriendo sangre. Yo lo he percibido. Vosotros, también. Es por eso por lo que decidimos unirnos para derrocar a Manhouch. Yo les daré sangre. Mucha sangre. Tanta que los enfermará, los ahogará. Después, mis soldados los irán guiando hacia el Distrito Samalí, donde podrán saquear las casas de los nobles, violar a sus hijas y matar a sus hijos menores. Pienso permitir que se ahoguen en su locura. Dentro de dos días suprimiré los disturbios. Se harán proclamaciones. Mis soldados eliminarán con una mano a los que ocasionen disturbios, y con la otra darán comida y ropa a los pobres, y *voy* a restablecer el orden.

Los seis miembros de su junta lo miraron en silencio. Lady Winceslav palideció, y Ricard se sumó al eunuco en un análisis del fondo de su vaso. Tamas les permitiría reflexionar sobre eso. Les permitiría considerar hasta dónde llegaría él con tal de proteger su país y ver que prevaleciera la justicia y se restableciera el orden.

—Sois un hombre peligroso —dijo el archidiocel.

—Habláis como si pudierais controlar a una turba —dijo el eunuco. Había desdén en su voz.

—No se puede controlar a las turbas —dijo Tamas—. Pero se las puede soltar. Estoy dispuesto a aceptar las consecuencias. Si habéis de objetar, hacedlo ahora. Pero os digo que este pueblo necesita sangre. —Los demás permanecieron en silencio. Transcurridos unos momentos, Tamas continuó—: Tenemos otras muchas cosas de que hablar.

Tomó asiento en un rincón y observó más que lo que habló mientras su coconspiradores discutían los detalles de los meses venideros. Debían nombrar gobernadores, reescribir leyes, pagar a trabajadores. Tenían un camino largo y difícil por delante. Tamas llamó a los perros silbando por lo bajo, luego apoyó una mano en la cabeza de cada uno mientras escuchaba.

De pronto se abrió la puerta al balcón; Tamas levantó la cabeza y se dio cuenta de que había estado dormitando.

—Señor —dijo Olem—. Ya es la hora.

Tamas se puso de pie y se sacudió para quitarse el sueño. Fue hasta la puerta y la sostuvo abierta para lady Winceslav.

—Señora.

El grupo salió al balcón. Tamas miró hacia el Jardín, y lo que vio lo dejó sin aliento. No llegaba a verse ni un solo adoquín entre la muchedumbre de cuerpos que había allí abajo. La gente estaba de pie hombro con hombro; el murmullo de voces sonaba como olas rompiendo en una playa. El gentío llenaba el Jardín del Rey en su totalidad e invadía las cinco calles que desembocaban en la plaza. Hasta donde alcanzaba la vista, la multitud no tenía fin.

—Señor —dijo Olem.

Tamas se obligó a apartar la mirada de la multitud. Se enorgullecía de ser un hombre que casi no sentía miedo, pero el tamaño de semejante muchedumbre hizo que se sintiera pequeño. Por un momento se preguntó si estaba loco. Nadie podía controlar esa masa que se agitaba. Los rostros de sus compañeros le aseguraron que ellos compartían su asombro; incluso el seco e irritable Ondraus se encontraba sin palabras.

Tamas se acomodó el sombrero para bloquear el sol del mediodía y se pasó una mano por la mejilla. Se dio cuenta de que llevaba dos días sin afeitarse y de que su barba incipiente ya estaba gruesa. No era algo adecuado para un mariscal de campo vestido con uniforme de gala.

El ruido que provenía de la plaza se había convertido en un susurro casi inaudible. Se volvió y sintió que el corazón le daba un vuelco cuando vio que todos los rostros miraban en su dirección.

—Nunca había visto una multitud tan grande. Un público tan predispuesto —murmuró—. ¿Está todo listo? —le preguntó a Olem.

—Sí, señor.

Tamas recorrió con la mirada los tejados de los edificios aledaños. En aquellos tejados estaban apostados sus magos de la pólvora y sus mejores tiradores, apuntando con fusiles a la multitud. Tamas trató de imaginarse el rostro de la Privilegiada que había hecho trizas a sus magos la noche anterior. Curtida, de más edad, con algo de gris en el cabello. Con arrugas en el rabillo de los ojos y una toga que olía a polvo. Se preguntó si se presentaría allí, en un intento de rescatar al rey. En el Palacio del Horizonte, visible allá arriba, al este, Taniel y los mercenarios iban siguiendo su rastro.

Tamas miró a sus compañeros de balcón y se preguntó qué dirían ellos si supieran que eran carnada para una Privilegiada. Notaba que el tercer ojo de Olem estaba abierto, examinando la multitud.

—Da la señal —le dijo Tamas.

Olem levantó un par de banderas rojas. Las agitó dos veces.

Las puertas de Diente Negro se abrieron con un chirrido estridente

que se oyó a más de medio kilómetro a la redonda. El gentío desvió su mirada de Tamas, los cuerpos iban girando en olas enormes a medida que iban fijando su atención en el lado opuesto del Jardín del Rey. Tamas se inclinó hacia delante con el corazón golpeando como un martillo.

De las puertas de Diente Negro empezaron a salir soldados a caballo. Se abrieron paso a través de la multitud. Tamas distinguió la coronilla oscura y brillante de Sabon al frente de la columna, gritando indicaciones. La gente fue obligada a retroceder y se formó una callejuela. Detrás de los caballos venía un sencillo carromato de la prisión.

El pueblo gritó al unísono y se abalanzó hacia delante. Por un momento Tamas tuvo el temor de que Sabon y sus hombres fueran derribados. ¿El rey llegaría siquiera a la guillotina?

Los soldados hicieron que el gentío retrocediera. Fueron avanzando muy lentamente a través de la plaza, forcejeando todo el tiempo con la turba. El carromato del rey se detuvo frente a la plataforma de las guillotinas, justo debajo del balcón de Tamas. Los soldados se espaciaron detrás del carromato para que el camino quedara abierto, como una serpiente gigante a través de las multitudes. Tamas tragó saliva. Entre las dos hileras de soldados avanzaba una fila de más de mil personas con las piernas unidas con cadenas que llegaba hasta Diente Negro. Eran los nobles y sus hijos mayores, y muchas de sus esposas. Sus ropajes arrugados no significaban nada en las fauces de la turba, y por encima de los soldados de Tamas volaron salivazos y comida en mal estado.

—El verdugo se jubilará después de esto —dijo Olem.

El espectáculo hizo que a Tamas se le elevara el ánimo y, al mismo tiempo, le produjo asco. Ese era el punto culminante de décadas de planificaciones. Tembló de entusiasmo y se estremeció dudando de sí mismo. Si había un hecho por el que la historia lo recordaría, sería ese.

Hubo una conmoción en la avenida Reina Floun, a la derecha de Tamas. El corazón se le fue a la garganta.

—Fusil —ordenó. Olem le entregó uno—. Carga de reserva.

Tamas cogió la carga de pólvora de reserva y la rompió con los dedos. Tocó la pólvora negra con la lengua y sintió un chisporroteo instantáneo. Se estremeció y se agarró de la barandilla, mientras el mundo se combaba frente a sus ojos. Cerró los ojos con fuerza, y cuando los abrió, todo se veía perfectamente enfocado. Podía ver cabello por cabello de cada cabeza situada seis pisos por debajo de él, y alcanzaba a ver casi un kilómetro a lo largo de la avenida Reina Floun como si él mismo estuviera allí.

—Dragones —dijo—. Una compañía completa.

Los dragones llevaban los uniformes decorados de los Hielman del rey, y venían montados en poderosos caballos de guerra. Se abrían paso por entre el gentío como si la calle hubiera estado vacía, pisoteando a mujeres y niños sin siquiera mirar atrás. Desenvainaron espadas y desenfundaron pistolas a medida que iban avanzando.

Olem levantó el banderín de una mano sin necesitar que se lo dijeran. Lo giró por encima de su cabeza y después lo colocó en posición horizontal señalando hacia Reina Floun. Tamas distinguió a varios hombres vestidos de negro, meros puntos en la multitud, que comenzaban a moverse en esa dirección. Eran hombres hoscos y corpulentos de la afamada Guardia de la Montaña, mandados llamar para controlar a la gente. Los tiradores ubicados por encima de Reina Floun cambiaron de posición para poder visualizar a los dragones. Tamas le echó una mirada a Olem: Sabon lo había preparado bien para ese momento. Profesional, imperturbable, incluso cuando los Hielman amenazaban el corazón mismo de sus planes.

—Que no disparen hasta que yo dé la señal —dijo Tamas. El banderín de Olem transmitió la orden.

Los dragones aminoraron la velocidad al llegar al Jardín del Rey. Estaba demasiado atestado incluso para sus animales de novecientos kilos. Más cuerpos desaparecieron debajo de sus caballos, pues no había lugar adonde escapar. El público se volvió hacia los dragones.

Los caballos de los Hielman se detuvieron por completo. ¿Adónde podían ir? ¿Debían pasar por encima de las cabezas de todos los presentes? Los Hielman instaron frenéticamente a sus animales para que avanzaran. Detrás de ellos comenzaron a oírse gritos lastimeros, de amigos y familiares que gritaban de furia e intentaban con desesperación ayudar a sus heridos.

El primer Hielman fue arrancado de su montura y desapareció por debajo de la superficie de la muchedumbre. Varias manos se estiraron hacia los otros, que del pánico comenzaron a blandir sus sables. Una pistola se disparó y la multitud respondió al unísono: con un rugido de furia.

Un Hielman duró varios minutos, forzando a su caballo a moverse en círculos, pisoteando con los cascos, mientras blandía su espada para mantener a raya a la turba, hasta que cayó y despareció, como sus camaradas. Tamas oyó que alguien lanzaba una exclamación de incredulidad. Lady Winceslav se desmayó. Una cabeza se alzó por encima de la multitud. Todavía llevaba el sombrero alto y con plumas de los Hielman, pero definitivamente le faltaba el cuerpo. Dejó un reguero de sangre y tejidos al ser pasada de mano en mano. Enseguida se le unieron otras cabezas.

Tamas se obligó a mirar. Todo esto era obra suya. Por Adro. Por el pueblo.

Por Erika.

—Un mal modo de morir, señor —dijo Olem. Dio una calada a su cigarro y continuó mirando la escena al igual que Tamas, cuando incluso Charlemund había desviado la mirada.

—Sí —respondió Tamas.

El rey y la reina fueron guiados hasta la plataforma. Sobre ella había seis guillotinas alineadas y preparadas, con sus operadores esperando en posición de firmes.

Manhouch y su esposa se pusieron de pie frente a la multitud y fueron bombardeados con comida podrida. Tamas se quedó perplejo cuando un trozo de carne ensangrentada abofeteó a la reina en el rostro y le dejó una mancha roja sobre su piel de alabastro y su camisón color crema. Ella se desmayó y cayó sobre el suelo de la plataforma. Manhouch pareció no darse cuenta.

Tamas volvió a mirar las cabezas de los Hielman. Iban atravesando la muchedumbre en dirección a las guillotinas.

El rey levantó la mirada hacia donde estaba Tamas, buscó algo en su bolsillo y extrajo un trozo de papel sucio. Se aclaró la garganta y comenzó a hablar, aunque Tamas supuso que solo sería el verdugo quien oyera sus palabras. El ruido fue aumentando y Manhouch intentó seguir con su discurso a gritos, hasta que finalmente guardó silencio y, ya dándose por vencido, dejó caer la cabeza. El verdugo tiró de las cadenas de Manhouch. El rey se quedó petrificado, no se movió hasta que el verdugo lo golpeó en la nuca y lo llevó a rastras hasta la guillotina.

Era una pequeña bendición para ambos, supuso Tamas, que estuvieran inconscientes cuando cayera la hoja.

La cabeza de Manhouch cayó en una cesta que había debajo de la máquina, y una fuente de sangre salpicó a los espectadores más cercanos, a pesar de que se había dejado una separación de siete u ocho metros justamente por ese motivo. La reina fue colocada en la siguiente máquina mientras los trabajadores volvían a preparar la primera. Su cabeza cayó en una voltereta de rizos rubios.

—Esto llevará todo el día —murmuró Ricard.

—Sí —dijo Tamas—. Y mañana también. Ya os he dicho que le daré a la gente suficiente sangre para que se ahogue. —Miró el charco carmesí que iba formándose debajo de la guillotina y que comenzaba a esparcirse por entre los pies inquietos de los hombres y mujeres más cercanos—. Inundará el Jardín del Rey y teñirá las piedras.

Tamas recorrió la multitud con la mirada una vez más y salió del balcón. La Privilegiada no había aparecido. Eso dejaba otra enemiga allí fuera, en paradero desconocido. No, se corrigió. En paradero desconocido, no. Taniel la encontraría.

—Los disturbios comenzarán cuando la gente empiece a tener

hambre —anunció a nadie en particular—. Mañana impondremos un toque de queda. Hasta entonces, os sugiero que no salgáis a la calle.

Capítulo 6

Adamat contrató un carruaje para ir a la Universidad de Adopest. No debería haber sido un trayecto largo, pero, por lo visto, toda la población de Adopest se dirigía hacia el centro de la ciudad, mientras que la universidad se encontraba en las afueras. Para cuando llegaron a Kirkamshire, la marea de humanidad se había convertido en un riachuelo. La universidad estaba sorprendentemente silenciosa.

Todos habían ido a ver la ejecución. Tamas debía de haber enviado a sus jinetes más veloces para dar a todo el mundo la oportunidad de ir a ver morir a Manhouch. Una maniobra arriesgada. La gente se alegraría. A Adamat le alegraba. Solo esperaba que no hubieran intercambiado un idiota por un tirano.

Un zumbido lejano le llegó a los oídos mientras recorría el recinto de la universidad, que se encontraba desierto. Se imaginó que se trataba del rugido de un millón de voces, del gentío que estaba presenciando la muerte del rey. Pronto comenzarían los saqueos, cuando la gente comenzara a irse poco a poco del lugar de la ejecución y se diera cuenta de que todos habían dejado la puerta de casa sin llave y los comercios desatendidos. Seguirían los disturbios cuando los hermanos se volvieran los unos contra los otros. Con un poco de suerte, antes de eso, él ya habría vuelto a su casa.

Pasó entre el solárium y la biblioteca, con sus pasos resonando en el patio vacío, y subió los escalones del edificio de la administración principal. Las enormes puertas de roble con bandas de hierro estaban sin llave. Entró y pasó por delante de muchas puertas de despachos. Se detuvo un momento frente al retrato del actual vicerrector. Prime Lektor había sido feo, incluso en su juventud, con aquella marca de nacimiento púrpura que le tapaba un tercio del rostro. Se decía que era un académico sin rival. Siguió avanzando, pasó por delante del despacho del vicerrector y se dirigió a la puerta siguiente.

Era una puerta pequeña, que alguien mantenía abierta con una cuña de madera, y, por su simpleza, bien podría haberse tratado del

armario del conserje. Desde el corredor se oía el raspar de una anticuada pluma de escribir.

Adamat golpeó dos veces en la puerta abierta. Había un hombre de aspecto joven sentado detrás de un escritorio sencillo, situado en un rincón de la estrecha habitación. Se podría esperar algo de desorden en el despacho del ayudante del vicerrector, pero cada trozo de papel, cada libro y cada rollo estaba en su sitio, y todas las superficies se limpiaban a diario. Adamat sonrió. Algunas cosas no cambiaban.

—Adamat —dijo Uskan. Colocó la pluma en su soporte y sopló la tinta antes de dejar el papel a un lado—. Qué agradable sorpresa.

—Me alegro de que estés aquí, Uskan —dijo Adamat—, y de que no estés mirando la ejecución.

El rostro de Uskan se ensombreció por un momento mientras rodeaba su escritorio y se acercaba a Adamat para estrecharle la mano.

—Una de mis suplentes tiene una pluma muy creativa. Le he ordenado que lo escriba todo, para la posteridad. —Uskan hizo una mueca de desagrado—. Tengo trabajo que hacer. ¿Para qué necesito un espectáculo sangriento?

Adamat observó a Uskan. Su amigo realmente se mantenía joven, mucho más joven que sus cuarenta y cinco años. Tenía el rostro contraído de alguien que entrecierra mucho los ojos por leer con muy poca luz.

—Es el espectáculo del siglo —dijo Adamat.

—Del milenio —dijo Uskan. Regresó a su escritorio y le ofreció a Adamat la otra silla que había en la habitación—. En toda la historia de los Nueve Reinos, desde que fueron fundados por Kresimir y sus hermanos, nunca se había destronado a un rey. Ni una sola vez. Ni siquiera… Ni siquiera sé qué decir. —Se pasó la mano por el rostro y se quitó el gesto de preocupación como si fuera una mota de polvo inoportuna. —¿Cómo está Faye?

—Fuera de la ciudad con los niños, afortunadamente.

—Un golpe de suerte.

—Sí.

Uskan pareció animarse de pronto.

—¿Cómo está funcionando la imprenta? He estado hasta las orejas de trabajo durante tanto tiempo que ni siquiera se me pasó por la cabeza enviarte una carta. Debe de ser muy emocionante verla en funcionamiento. ¡La primera imprenta de vapor de Adro!

—¿No te enteraste de lo que sucedió? —Adamat frunció el ceño. Uskan negó con la cabeza—. Explotó.

Uskan se quedó boquiabierto.

—No.

—Murió un aprendiz y quedó medio edificio destruido. Yo había

salido a tomar una taza de té, y cuando volví… —Adamat hizo el gesto de una explosión con las manos—. No más Adamat Editorial.

—Supongo que tendrías un seguro.

—Por supuesto. Se negaron a pagar. Los demandé por daños y perjuicios. Les resultó más barato sobornar al magistrado que cubrir todos mis gastos.

Uskan siguió moviendo la boca en silencio.

—No puedo creerlo. Ese proyecto tenía todos los ingredientes para llevarte a la fama y la fortuna. Si el negocio hubiera prosperado, ahora serías rico. De hecho, hace poco leí en el periódico que solo en los últimos seis meses han abierto once librerías en Adopest. Leer está poniéndose de moda. Poesía, novelas, historia. ¡El sector está en alza!

—No me lo recuerdes.

Uskan se estremeció.

—Adamat, lo lamento mucho.

Adamat hizo un gesto con la mano.

—Son cosas que pasan. Sucedió hace casi un año. Además, no vengo a hablar de mis problemas. Estoy trabajando.

—¿Una investigación? Al menos, puedes volver a eso.

—Sí.

—Estoy a tu disposición —dijo Uskan.

—Espero que no sea una molestia. Necesito información sobre algo llamado la “Promesa Rota de Kresimir” o la “Promesa de Kresimir”.

Uskan se inclinó hacia atrás y miró el techo con el ceño fruncido.

—Me suena a… —dijo después de unos momentos—. A algo que he oído, pero que no logro recordar. No todos tienen tu capacidad. —Se puso de pie—. Echemos un vistazo.

Salieron del edificio de la administración y cruzaron a la biblioteca. A alguien se le había ocurrido cerrar las antiguas puertas del enorme edificio, pero Uskan tenía sus llaves.

El vestíbulo no era mucho más que un lugar donde colgar el abrigo y limpiarse los zapatos. Pasándolo había una única habitación ancha y espaciosa con tres niveles escalonados. Había escaleras y escalinatas por doquier, y mesas para investigar ubicadas al azar, en los extremos de las estanterías o debajo de las ventanas.

—Espero que tengas alguna idea de por dónde comenzar —dijo Adamat. Era fácil olvidar lo grande que era realmente la biblioteca; hacía décadas que Adamat no pasaba por allí—. O esto nos llevará todo el día.

Uskan se dirigió con seguridad hacia la derecha, y subió por la escalera más cercana.

—Creo que sí —dijo—. Pero quizá nos lleve un rato. Últimamente hemos agregado muchos títulos a nuestra colección, y no he pasado tanto tiempo en la biblioteca como quisiera. Aun así, no puedo

quejarme de que haya libros nuevos. El sector estará en alza, pero los libros siguen siendo caros. —Echó una mirada a Adamat—. Una imprenta de vapor habría comenzado a cambiar eso.

Adamat puso los ojos en blanco. Uskan tenía buenas intenciones, pero hablaba como si la explosión hubiera sido su culpa.

Uskan contó las hileras de estantes y avanzó por una de ellas con paso firme. Cogió una escalerilla deslizable y la fue empujando frente a él. Su voz resonó en el espacio vacío que tenían encima.

—Antiguamente, la universidad que conseguía las mejores subvenciones bibliotecarias era la de Jileman. De hecho, la colección de los Archivos Públicos de Adopest tiene el doble de tamaño que la nuestra. ¿Por qué no has ido allí primero?

Adamat se detuvo para pasar los dedos por el lomo de un libro encuadernado en cuero. Le gustaban las bibliotecas. No tenían humedad y estaban llenas de polvo y de olor a papel, el aroma más asociado con el conocimiento. Para un inspector, el conocimiento era algo primordial.

—Porque en este momento el centro de la ciudad es un zoológico. ¿Recuerdas la ejecución?

Uskan se volvió y se lo quedó mirando, perplejo.

—Ah, cierto. —Siguió empujando la escalerilla—. Si no tenemos suerte aquí, ve a los Archivos. Están bastante bien organizados. Tienen unos bibliotecarios muy talentosos. Haz una referencia cruzada entre “teología” e “historia”. Al menos, eso es lo que yo voy a hacer primero. —Uskan detuvo la escalerilla deslizable y subió por ella. La estructura metálica traqueteó bajo su peso, y Adamat apoyó la mano en ella para mantenerla estable.

—Trato de evitar toda referencia a la teología.

La risa irónica de Uskan le llegó desde tres metros más arriba.

—¿Quién no, hoy en día? —Hizo una pausa—. Bien, esto sí que es raro.

—¿Qué?

La escalerilla volvió a traquetear mientras Uskan bajaba.

—Faltan los libros. Alguien debe de haberlos retirado. Solo los miembros del personal pueden retirar libros de la biblioteca, y en este momento nuestra escuela de teología está en ruinas. Consiste en tres hermanos que pasan la mitad del año de licencia en climas más cálidos. Ya casi nadie estudia teología. Todo pasa por las matemáticas y las ciencias. Por Kresimir, nuestros departamentos de física y química cuadruplicaron su tamaño desde que yo comencé a trabajar aquí—. Levantó la mirada hacia los espacios vacíos de la estantería—. Recuerdo claramente que… No importa, busquemos en otro lado.

Adamat siguió a su amigo hasta el tercer piso. Los libros que supuestamente iban a encontrar allí también faltaban. Buscaron en dos

lugares más, hasta que Uskan se apoyó contra una estantería y se secó la frente.

—Alguien debe de estar preparando una disertación teológica —dijo—. Los condenados estudiantes de teología siempre se llevan los libros. Hoy en día no vienen muchos, pero cuando aparece alguno, se cree dueño de esto porque sus abuelos hicieron alguna donación en su momento.

Adamat se preguntó si le convendría decirle a Uskan en qué consistía su investigación. Lo que dijera representaba un peligro casi nulo en sí mismo, pero cuantas menos personas supieran la índole de su investigación, mejor. No tenía sentido arriesgarse a ser considerado un traidor antes de que Tamas asumiera por completo el poder.

—¿Tienes algún libro de la era de la Desolación? Tengo entendido que durante esa época se escribió bastante sobre Kresimir.

—¿Dónde has oído eso?

—En un periódico que leí hace tres años, a principios de la primavera.

—Bah, los periódicos imprimen cualquier sandez. Era una época muy religiosa, ciertamente, pero la Desolación fue una era de oscurantismo desprovista de conocimiento. Kresimir y sus hermanos habían desaparecido. Las nuevas monarquías estaban enzarzadas en un conflicto con los Predeii, una casta antigua de Privilegiados poderosos. No ha quedado gran cosa de ese período. Una vez el vicerrector me dijo que si tuviéramos la mitad de los conocimientos de hechicería y ciencia de los que teníamos en los tiempos de Kresimir (la mayoría de los cuales se perdieron durante la Desolación), estaríamos viviendo en una edad dorada, tanto para el noble como para el campesino.

—Bueno, trata de cruzar las referencias sobre teología, historia y hechicería.

—Acabaré convirtiéndote en bibliotecario —dijo Uskan.

—¿Qué sabes de la hechicería? —preguntó Adamat.

—La filosofía de los hechizos es un pequeño pasatiempo que tengo, aunque yo carezco de talento para la hechicería. Mi abuelo era un Privilegiado. Un sanador, de hecho. —Uskan hizo una pausa y le dirigió a Adamat una mirada expectante.

—¿Qué?

Uskan frunció el ceño.

—Un sanador. Son los Privilegiados más excepcionales. Eso lo saben hasta los escolares que han recibido con una clase de introducción a la hechicería. Se dice que el cuerpo humano es tan complejo que solo uno de cada cien Privilegiados tiene algo más que las capacidades sanadoras más rudimentarias.

—¿Son poco frecuentes, entonces?

—Muy poco frecuentes, Adamat. Dios, con tu predilección por los detalles, uno pensaría que entiendes de estas cosas. ¿No sabes nada sobre hechicería?

—Lo cierto es que no—admitió Adamat. Él vivía en un mundo de calles urbanas, ciudadanos y criminales. No tenía tiempo para la hechicería y, francamente, le era algo foráneo. Se cruzaba con algún que otro Dotado aquí y allá, pero cualquier cosa más poderosa ya caía en el territorio de las camarillas, y un inspector no tenía nada que ver con todo eso. Todo lo que sabía provenía de algunas horas de clases de cuando era niño.

—Tú eres un Dotado —dijo Uskan—, así que tienes el tercer ojo, ¿correcto?

—Sí, pero no sé qué tiene que ver…

—¿Entonces puedes ver el aura de todas las cosas cuando abres tu vista y miras lo que los Privilegiados llaman el "Otro Lado"?

Hoy en día Adamat casi no abría su tercer ojo. En la mejor de las circunstancias, era una sensación desagradable, pero recordaba el brillo que rodeaba a todas las cosas con aquella vista, como si el mundo hubiera sido pintado con vibrantes tonos pastel.

—Sí.

—Un Privilegiado manipula el Otro Lado —dijo Uskan—. Cada dedo de un Privilegiado está unido a uno de los elementos: Fuego, Tierra, Agua, Aire y Éter.

—Pero el fuego no es un elemento —dijo Adamat—. Es el resultado de la combustión.

Uskan tomó aire.

—Ten paciencia. Está reconocido que esta explicación es imperfecta a la luz de los descubrimientos de los cien últimos años, pero es lo mejor que tenemos. Ahora bien, cada dedo corresponde a un elemento y al poder que tiene el Privilegiado respecto de ese elemento, siendo el pulgar el dígito más poderoso. Un Privilegiado usa su mano fuerte (usualmente la derecha) para conjurar las auras de aquello que quiere manipular en el Otro Lado. Usa su mano débil para dirigir esas auras una vez que han sido traídas a nuestro mundo.

—Entonces, ¿cómo funciona la magia de los magos de la pólvora?

—Ojalá lo supiera. Los Privilegiados odian a los magos de la pólvora, y las camarillas siempre han desalentado que se los estudie.

—¿Por qué los odian tanto? —Adamat había oído decir que la mayoría de los Privilegiados eran alérgicos a la pólvora.

—Por miedo —dijo Uskan—. La mayoría de los hechizos de los Privilegiados tienen un alcance de menos de un kilómetro. Los magos de la pólvora pueden disparar al doble de distancia. A las camarillas nunca les ha gustado estar en desventaja. También me han contado que si bien todas las cosas (vivas, muertas o elementales) tienen auras

en el Otro Lado, no es el caso de la pólvora, y eso pone nerviosos a los Privilegiados. Ah, aquí estamos. —Uskan se detuvo frente a una estantería. Pasó el dedo por el lomo de varios libros, los extrajo y los fue apilando sobre los brazos de Adamat. El golpeteo de los libros unos sobre otros hizo que se levantara polvo—. Solo falta uno —dijo Uskan—, y sé dónde está. En el despacho del vicerrector.

—¿Podemos buscarlo?

—El vicerrector no está; esta mañana a primera hora lo llamaron de Adopest con cierta urgencia. No tengo la llave de su despacho. Tendremos que esperar hasta que regrese.

Llevaron la pila de libros hasta una de las mesas para comenzar la investigación. Adamat se sentó y abrió el primer libro. Hizo una mueca.

—¿Uskan?

—¿Hum? —Uskan echó un vistazo. Se puso de pie de un salto y rodeó la mesa con una velocidad que Adamat jamás había visto en él —. ¿Qué es esto? ¿Quién demonios ha hecho esto? —Las primeras páginas del libro habían sido arrancadas, y muchas de las siguientes tenían tachados fragmentos enteros, como si alguien hubiera metido los dedos en tinta y los hubiera pasado por toda la página. Uskan se pasó el pañuelo por la frente y comenzó a caminar de un lado al otro detrás de Adamat—. Estos libros tienen un valor incalculable. ¿Quién haría algo así?

Adamat se inclinó hacia delante y miró con cuidado la línea donde se había arrancado el papel. Estudió el libro que tenía en sus manos. Estaba hecho de vitela, más gruesa que el papel actual y cuatro veces más resistente. El borde de la página rasgada estaba levemente ennegrecido.

—Un Privilegiado —dijo Adamat.

—¿Por qué lo dices?

Adamat señaló la página arrancada.

—¿Se te ocurre alguna otra cosa, además de la hechicería, que pueda provocar tal quemadura sin dañar el resto del libro?

Uskan siguió caminando de un lado al otro.

—¡Un Privilegiado! ¡Malditos sean! ¡Deberían saber lo valiosos que son los libros!

—Creo que lo saben —dijo Adamat—. De lo contrario, este habría quemado todo el libro. Veamos los demás—. Tomó el siguiente libro, y luego el siguiente. De los once tomos que habían bajado del estante, siete tenían pasajes tachados o páginas arrancadas. Para cuando terminaron toda la pila, Uskan echaba humo.

—¡Espera a que el vicerrector se entere! Irá hasta el Horizonte y les dará una paliza a esos Privilegiados, les...

—Tamas ha ejecutado a toda la camarilla.

Uskan se quedó helado. Las fosas nasales se le abrían y cerraban, y sus labios hicieron una mueca de furia.

—Supongo que no habrá desagravio por esto, entonces.

Adamat meneó la cabeza.

—Echemos un vistazo a lo que tenemos. —Pasaron algún tiempo examinando los textos y encontraron ocho lugares distintos donde los párrafos tachados podrían haber sido referencias a la Promesa de Kresimir. Sin embargo, los fragmentos eran indescifrables—. Ese último libro —dijo Adamat—. El libro que está en el despacho del vicerrector…

—Sí —dijo Uskan distraídamente, rascándose la cabeza—. *Al servicio del rey* . Detalla los deberes de las camarillas reales en cuanto a la protección de los reyes de los Nueve. Es una obra muy famosa.

Adamat se alisó el frente de su chaqueta.

—Veamos si el vicerrector ha dejado la puerta sin llave.

Uskan devolvió los libros a su sitio y se apresuró a seguir a Adamat al patio de la biblioteca.

—Siempre la cierra con llave —dijo Uskan—. Esperemos hasta que vuelva. El vicerrector es un hombre bastante reservado.

—Estoy en una investigación —dijo Adamat mientras entraba al edificio administrativo.

—Eso no te da el derecho de fisgonear el estudio de quien te dé la gana —replicó Uskan—. Además, la puerta estará cerrada con llave.

Cuando la manilla de la puerta se agitó pero no giró, Uskan sonrió triunfal.

—No es problema —dijo Adamat. Se puso en cuclillas y extrajo un pequeño juego de ganzúas que llevaba en una bota. Uskan abrió unos ojos como platos.

—¿Qué? ¡No! ¡No puedes hacer eso!

—¿A qué hora me has dicho que volverá el vicerrector?

—No hasta tarde —dijo Uskan—. Yo… —Se dio cuenta de su error al instante, cuando Adamat comenzó a trabajar con la cerradura. Uskan resolló y se dejó caer contra la pared—. Debería haberte dicho “En cualquier momento” —murmuró.

—No sabes mentir —dijo Adamat.

—Es verdad. Y no seré capaz de mentirle al vicerrector cuando me pregunte si alguien ha estado en su despacho.

—Vamos. No lo sabrá.

—Claro que sí. ¿Cómo puedes...? La cerradura chasqueó y Adamat empujó la puerta con suavidad. El interior del despacho era más representativo de lo que se esperaría de una persona universitaria. Había libros y papeles por doquier. Platos de comida sin terminar en sillas, mesas e incluso el suelo. Todas las paredes de la habitación estaban cubiertas por estanterías del doble de alto que una persona, y

las estanterías se encontraban desbordadas, venciéndose por el peso de tantos libros apilados de cualquier forma—. No muevas nada —dijo Uskan—. Él sabe exactamente dónde ha dejado cada objeto. Sabrá si… —Uskan guardó silencio ante la mirada de Adamat—. En fin, voy a buscar el libro —dijo con hosquedad.

Adamat se quedó en los límites de aquella jungla de papel y tinta que era el despacho del vicerrector, mientras Uskan buscaba el libro faltante con la gracia natural de un secretario. Levantó papeles, movió platos y libros, pero todo volvió al lugar exacto en el que estaba antes.

Adamat se puso de puntillas y recorrió la habitación con la mirada.

—¿Es ese? —preguntó señalando el centro del escritorio.

Uskan asomó la cabeza desde debajo de la silla del vicerrector.

—Ah, sí.

Adamat atravesó la estancia con cautela. Cogió el libro con cuidado y comenzó a pasar las hojas. Uskan fue con él.

—No hay hojas dañadas —informó Adamat. Examinó las páginas, una tras otra, buscando solo dos palabras que sobresalieran. Las encontró en el epílogo del libro, en la última página.Leyó en voz alta —: “Y protegerán la Promesa de Kresimir con sus vidas, pues si se rompe, los Nueve podrían sucumbir”. —Examinó la página, luego la página siguiente, luego la anterior. No había otras referencias. Hizo una mueca—. Esto no tiene sentido.

El dedo de Uskan se clavó en el medio del libro, justo en el lomo.

—¿Qué?

—Faltan más páginas —dijo Uskan—. Medio epílogo. —La voz le temblaba de ira.

Adamat miró más en detalle. Era cierto, habían arrancado las hojas del libro. La encuadernación era distinta en este volumen, por lo que era difícil siquiera darse cuenta de que faltaban hojas. Suspiró.

—¿Dónde puedo encontrar otro ejemplar de este libro?

Uskan meneó la cabeza.

—Quizás en los Archivos Públicos. Creo que la Universidad de Nopeth también tiene una copia.

—No voy a pasarme buena parte de un mes metido en un carruaje para *quizás* encontrar un libro en la Universidad de Nopeth —dijo Adamat. Cerró el libro con fuerza y lo devolvió al escritorio del vicerrector—. Tendré que mirar en los Archivos Públicos.

—Los disturbios —reparó Uskan mientras él se dirigía hacia la puerta. Adamat se detuvo—. Los Archivos estarán cerrados. Contienen registros de impuestos, historias familiares, e incluso cajas de seguridad. Tienen guardias, Adamat.

Eso solo era un problema si lo atrapaban.

—Gracias por tu ayuda —dijo Adamat—. Avísame si encuentras algo más.

Capítulo 7

Taniel miró a la turba que avanzaba sistemáticamente a lo largo de la calle y se preguntó si le daría muchos problemas. La ciudad era un caos; carretas volcadas, edificios incendiados, cadáveres abandonados en la calle a merced de saqueadores y cosas peores. El humo que flotaba como una cortina sobre la ciudad daba toda la sensación de que no se dispersaría nunca.

Taniel hojeó al azar su cuaderno de bocetos. Las páginas se abrieron en un retrato de Vlora. Se detuvo un momento, luego cogió el cuaderno por el lomo y arrancó la página. La estrujó y la arrojó a la calle. Miró el desgarro del cuaderno e instantáneamente se arrepintió de haberlo dañado. No tenía dinero para comprar otro. Había vendido todos sus objetos de valor para comprar un anillo de diamantes en Fatrasta. El condenado anillo de diamantes que había dejado clavado a un petimetre en Jileman. Aún recordaba la sangre brotando del hombro de aquel sujeto, las gotas color carmesí cayendo del anillo que le había deslizado por la espada antes de clavársela. Tendría que haberse quedado con el anillo. Podría haberlo empeñado. Se obligó a tragar el nudo que tenía en la garganta. Se arrepentía de no haberle dicho algo a Vlora allí mismo, lo que fuera, mientras ella se sostenía las sábanas contra el pecho en la puerta de aquella habitación.

Miró la hora en el reloj de una torre cercana. Faltaban cuatro horas para que los soldados de su padre comenzaran a restablecer el orden. Cualquier persona que se encontrara en las calles pasada la medianoche tendría que enfrentarse a los hombres del mariscal de campo. No sería algo sencillo para los soldados. En ese momento, había mucha gente desesperada en Adopest.

—¿Qué piensas de estos mercenarios? —preguntó Taniel. Se inclinó y cogió el boceto arrugado de Vlora, lo alisó contra su pierna y lo guardó dentro del cuaderno.

Ka-poel se encogió de hombros. Miró la turba que se acercaba. Los lideraba un hombre corpulento, un granjero vestido con un mono

viejo y gastado y armado con una porra improvisada. Probablemente se había mudado a la ciudad para trabajar en una fábrica pero no había podido unirse al sindicato.

Vio a Taniel y a Ka-poel de pie en la puerta de un comercio cerrado y se volvió hacia ellos levantando la porra. Más víctimas a su disposición.

Taniel pasó el dedo por el ribete de su casaca de cuero y tocó la culata de la pistola que llevaba en la cadera.

—No te conviene tener problemas aquí, amigo —dijo. Ka-poel apretó sus pequeños puños con fuerza.

Los ojos del granjero se posaron sobre el broche de plata con forma de barril de pólvora que Taniel llevaba en el pecho. Se detuvo a mitad de camino y le dijo algo al hombre que venía detrás de él. De pronto se volvieron y se alejaron. Los demás los siguieron, echando miradas siniestras en dirección a Taniel, pero poco dispuestos a vérselas con un mago de la pólvora.

Taniel lanzó un suspiro de alivio.

—Esos dos matones a sueldo ya deberían haber vuelto.

Julene, la mercenaria Privilegiada, y Gothen, el quiebramagos, habían salido a seguir el rastro de la otra Privilegiada hacía casi una hora. Estaba cerca, dijeron, y saldrían en su búsqueda; luego regresarían por Taniel y Ka-poel. Taniel comenzaba a pensar que los habían abandonado.

Ka-poel se señaló el pecho con el pulgar y luego se puso la mano por encima de los ojos y movió la cabeza como si buscara algo.

Taniel asintió con la cabeza.

—Sí, ya sé que tú puedes encontrarla —dijo—, pero dejaré que esos mercenarios hagan el trabajo preliminar. Es para lo único que servirán, de todos m...

La cabeza de Taniel golpeó contra la pared del comercio que tenía detrás, y le retumbaron los oídos a causa de la repentina explosión. Ka-poel chocó contra él, y Taniel la atrapó antes de que llegara a caerse. La ayudó a ponerse de pie y sacudió la cabeza para que los oídos dejaran de zumbarle.

En cierta ocasión se encontraba a un kilómetro de un depósito de municiones cuando de pronto la pólvora se prendió fuego. La explosión de ahora fue igual que aquella, pero Taniel, con sus sentidos de Marcado, percibió que no se trataba de pólvora, sino de hechicería.

Una columna de fuego se elevó en el aire a menos de dos calles de donde estaban ellos. Desapareció tan pronto como había aparecido, y Taniel oyó gritos. Miró a Ka-poel; tenía los ojos muy abiertos, pero parecía estar ilesa.

—Vamos —le dijo, y salió a la carrera.

Pasó corriendo delante de la gente de la turba, desparramada sobre

el empedrado como los juguetes de un niño derribados a puñetazos, y dobló la esquina para dirigirse hacia la explosión. Rebotó contra alguien y cayó al suelo. Se puso de pie de inmediato, echando apenas un vistazo a la persona con quien había chocado.

Había avanzado dos pasos cuando comprendió lo que había visto: una mujer mayor de cabello gris, con camisa y chaqueta lisa color marrón, y guantes de Privilegiado.

Taniel se volvió desenfundando la pistola.

—¡Alto! —gritó.

Ka-poel dobló la esquina a toda velocidad, justo hacia su línea de tiro. Él bajó la pistola y corrió hacia ella. Por encima del pequeño hombro de Ka-poel, vio que la Privilegiada se volvía. Los dedos le bailaron, y Taniel sintió el calor de una llama cuando la Privilegiada tocó el Otro Lado. Taniel agarró a Ka-poel y se arrojó con ella al suelo. Una bola de fuego del tamaño de un puño le pasó junto al rostro, lo suficientemente caliente para rizarle el cabello. Levantó la pistola y apuntó, sintiendo la calma del trance de pólvora mientras se concentraba en apuntar, en la pólvora y en su blanco. Apretó el gatillo.

La bala habría acertado en el corazón de la Privilegiada si justo en ese momento esta no se hubiera tropezado. En cambio, la alcanzó en el hombro. Ella se crispó por el impacto y le gruñó.

Taniel miró a su alrededor. Necesitaba un lugar donde ponerse a cubierto y recargar. A unos quince metros había un viejo almacén de ladrillos. Serviría.

—Hora de irnos —le dijo a Ka-poel. La puso de pie de un tirón y corrió hacia el almacén.

Con el rabillo del ojo vio que los dedos de la mujer danzaban. Ver a un Privilegiado tocar el Otro Lado era algo maravilloso, si ese Privilegiado no estaba intentando matarte. Con su dominio de los elementos, un Privilegiado habilidoso podía lanzar una bola de fuego o invocar rayos.

Taniel notó que el suelo temblaba. Se pusieron a cubierto detrás del depósito, pero el edificio retumbó. Sintió que el grito se le escapaba de la garganta previendo los poderes que atravesarían la estructura y los destruirían.

El edificio crujió, se movió, pero no explotó. De pronto aparecieron grietas en las paredes, de las que comenzó a salir humo. En el aire se oyó un sonoro *bump* . A continuación reinó el silencio. Estaban vivos. Algo había interrumpido el hechizo que la Privilegiada había estado a punto de arrojarles.

Taniel miró de reojo a Ka-poel. Exhaló, y sintió que el aire salía tembloroso.

—¿Has sido tú? —La mirada de Ka-poel le resultó indescifrable.

Ella señaló—. Tras ella. Cierto. Vamos.

Taniel corrió hacia la calle cambiando su pistola ya usada por una cargada. Se detuvo un momento cuando vio a Julene y a Gothen corriendo hacia ellos.

Julene estaba como si le hubiera explotado un barril de pólvora en el rostro. Tenía el cabello quemado y la vestimenta ennegrecida. Incluso Gothen tenía una mirada salvaje en los ojos y marcas negras en la camisa, y se suponía que él era inmune a la hechicería. A la espada que tenía en la mano le faltaban unos treinta centímetros de hoja.

—¿Qué demonios habéis hecho? —dijo Taniel—. Quedamos en que volveríais a buscarme antes de ir por ella.

—No necesitamos que un maldito Marcado se nos meta en el medio —respondió Julene con un gesto grosero.

—Esa Privilegiada no debería haber sabido que estábamos ahí —dijo Gothen. Miró a Taniel avergonzado—. Pero lo supo.

—¿Y eso lo ha hecho ella? —Taniel señaló la espada rota de Gothen.

Gothen hizo una mueca.

—¡Ay, por el abismo!

Arrojó la media espada al suelo.

—Si nos quedamos charlando aquí, la perderemos —dijo Taniel—. Bien, Julene, trata de flanquearla, yo...

—Yo no obedezco tus órdenes —dijo Julene inclinándose hacia delante—. Iré derechito a su garganta. —Se tiró de los guantes y salió corriendo por la calle.

—¡Maldición! —Taniel le dio una palmada a Gothen en el hombro —. Tú ven conmigo. —Se dirigieron por una calle lateral hacia la siguiente calzada principal, corriendo paralelos a Julene—. ¿Qué demonios ha sucedido? —preguntó.

—La encontramos en una tienda para astrónomos —dijo Gothen entre jadeos mientras corría, con las espadas, las hebillas y las pistolas chocándose entre sí con un sonido metálico—. Acordonamos la tienda, bloqueamos todas las salidas y tendimos la trampa. Estábamos preparándonos para entrar a por ella cuando todo el frente del edificio explotó. Julene apenas llegó a cubrirse. ¡Yo sentí el calor de la explosión! Eso no debería suceder. Yo debería poder anular cualquier aura que ella conjure desde el Otro Lado. Ningún fuego, calor o energía debería poder alcanzarme, pero así fue.

—Entonces es poderosa.

—Mucho —dijo Gothen.

Taniel vio a Julene pasar corriendo por delante de un callejón, una calle más allá. Se detuvo y tomó aire haciéndole un gesto a Gothen para que frenara. Algo andaba mal. Se volvió.

—¿Ka-poel?

La joven se había detenido en la entrada del callejón. Se llevó un dedo a los labios con los ojos entrecerrados. Señaló hacia el interior de la callejuela.

Taniel le hizo un gesto a Gothen para que fuera primero; él anularía cualquier trampa o hechizo que se les arrojara. Levantó su pistola apuntando por encima del hombro de Gothen. El callejón estaba lleno de desechos; basura, lodo y mierda, y algunos barriles medio podridos. No había nada del tamaño suficiente para ocultar a una persona. El sol del mediodía lo iluminaba todo.

—¡Allí! —Gothen se lanzó a correr y Taniel vio movimiento más adelante. Parpadeó tratando de ver con claridad. Era como si la luz estuviera volviéndose sobre sí misma y dejara una pequeña sombra donde pudiera esconderse una persona.

Entonces apareció la Privilegiada. Las manos se le crisparon y las apuntó hacia Gothen. Gothen se preparó para recibir el impacto.

El aire resplandeció, distorsionado por un horno de hechicería inminente. Gothen gritó, con las venas del cuello hinchadas. Taniel disparó.

La bala le rebotó contra la piel como si esta fuera de metal, y salió volando por el callejón sin causar otros daños. La Privilegiada extendió las manos. Gothen se tropezó hacia atrás y cayó al suelo.

En el muro del edificio había asideros construidos para acceder al tejado. La Privilegiada trepó con la facilidad y la rapidez de alguien mucho más joven, y llegó al tejado, situado a dos pisos de altura, antes de que Taniel pudiera recargar una de sus pistolas. Taniel aspiró un poco de pólvora y subió detrás de ella.

—¡No la pierdas! —le gritó Taniel a Gothen. Ka-poel volvió corriendo hacia la calle principal para poder seguir la trayectoria de la Privilegiada.

Taniel llegó hasta lo alto de la escalera y se subió al tejado. La Privilegiada saltó al siguiente tejado, se volvió y le lanzó una bola de fuego. El trance de pólvora ardía en el interior de Taniel. Él *veía* las auras de aquella magia, *sentía* por dónde pasaría la bola de fuego. Esquivó y rodó, luego volvió a ponerse de pie. Ella huyó deslizándose estrepitosamente sobre las tejas de arcilla.

Taniel salvó la siguiente brecha con facilidad. Perdió de vista a la Privilegiada por la inclinación del tejado, pero volvió a encontrarla cuando ella llegó a la cima del siguiente. Le disparó.

La alcanzó una vez más, pero, una vez más, ella no cayó. Fue un tiro certero, directamente a la columna vertebral. Debería estar muerta, o como mínimo, herida y perdiendo sangre, pero apenas tropezó.

Taniel gruñó. Guardó las pistolas y cogió el fusil que llevaba

colgado. Le colocó la bayoneta. Lo haría por las malas.

Un mago de la pólvora en pleno trance podía agotar a un caballo. Dos edificios más, y Taniel ya estuvo encima de la Privilegiada. Ella saltó entre dos tejados. Los dedos de su pie apenas llegaron a alcanzar el borde del siguiente. Se resbaló y cayó, pero se agarró de las tejas.

Taniel salvó el hueco entre los tejados con espacio de sobra. Frenó y se volvió, listo para atravesarle un ojo con la bayoneta. Ella se soltó del tejado y cayó a la calle que había debajo.

Taniel maldijo. Dudó solo un momento, y saltó detrás de ella. Cayó en cuclillas junto a la Privilegiada, que ya estaba de pie. Aun en pleno trance, al chocar contra el suelo le dolieron las rodillas y el cuerpo se le estremeció. Reaccionó por instinto y le lanzó una estocada con la bayoneta. Sintió que daba en el blanco.

La Privilegiada se encorvó sobre él, con su mano enguantada a solo unos centímetros de la cabeza de Taniel. Tenía el rostro de una mujer avejentada que en otra época había sido muy hermosa, con la piel arrugada y curtida, y patas de gallo en el rabillo de los ojos. Dejó escapar una bocanada de aire, luego dio un tirón y se liberó de la bayoneta de Taniel.

—No tienes idea de lo que está sucediendo, niño. —Su voz era un susurro mortal.

Taniel oyó el tintineo de las armas de Gothen. El quiebramagos llegó corriendo y se puso a su lado apuntando con la pistola.

Taniel sintió que la tierra retumbaba.

—¡Al suelo! —Gothen saltó entre Taniel y la Privilegiada.

La tierra se resquebrajó y se hundió debajo de ellos. Todo el cuerpo de Taniel gritó ante la presión liberada. Se sintió como si lo hubieran metido en el fondo de un cañón y lo hubieran usado como combustible para una explosión. Se le taponaron los oídos y se sintió mareado. La cabeza le palpitaba.

Alrededor de ellos comenzaron a caer trozos de mampostería.

Cuando comenzó a dispersarse el polvo, Taniel vio a Gothen aún de cuclillas sobre él, haciendo una mueca. El quiebramagos abrió un ojo. Sus labios se movieron, pero Taniel no oyó nada. El mundo entero parecía estar temblando. Taniel se puso de pie y miró alrededor. Kapoel se acercaba por entre la bruma. Julene estaba cerca, detrás de ella. Los edificios que antes estaban a su alrededor habían desaparecido completamente, derrumbados hasta los cimientos, con los sótanos húmedos llenos de escombros y nubes de polvo. Había manchas de sangre y trozos de carne entre los restos. Había gente en esos edificios; gente que no había tenido a un quiebramagos para protegerse de la explosión.

Taniel tomó aire entrecortadamente.

Julene marchó directo hacia Taniel y lo derribó de un empujón; sus

piernas temblorosas no pudieron sostenerlo en pie. Ka-poel se deslizó entre ellos, y su mirada furiosa hizo retroceder a Julene. Pasó un buen rato hasta que Taniel pudo oír lo suficiente para entender lo que gritaba la hechicera.

—…jado ir! ¡Has dejado que se escapara! ¡Maldito estúpido!

Taniel se puso de pie. Con delicadeza, empujó a Ka-poel del hombro y la quitó de en medio.

Julene dio un paso adelante y le propinó un puñetazo en el rostro. La cabeza le latigueó hacia atrás. Taniel reaccionó sin pensar: le bloqueó el siguiente golpe en el aire y le retorció la mano. La abofeteó.

—Déjame en paz. —Taniel se volvió y escupió sangre—. Está muerta. No hay forma de que nadie sobreviva a eso.

—No está muerta. —Julene tenía las mejillas encendidas, pero no atinó a continuar la pelea—. Todavía percibo su presencia. Se ha escapado.

—¡La he atravesado con setenta centímetros de acero! No saldría caminando de eso.

—¿Crees que el acero puede hacerle algún daño? ¿Crees que realmente puede hacerle daño? No sabes una mierda.

Taniel respiró hondo para calmarse, y luego aspiró pólvora.

—Ka-poel —dijo—, ¿sigue viva?

Ka-poel levantó el extremo del fusil de Taniel con sus pequeñas manos y pasó el dedo por la sangre que había en el filo de la bayoneta. Se lo esparció entre los dedos. Al cabo de un momento, asintió con la cabeza.

—¿Puedes rastrearla?

Ka-poel volvió a asentir.

Julene lanzó un bufido de burla.

—Ni siquiera yo puedo rastrearla —dijo—. Ha ocultado su rastro. Incluso herida es más poderosa de lo que te imaginas. Esta condenada niña no puede encontrarla.

—¿Pole?

Ka-poel resopló y se volvió. Hizo una pequeña pausa para orientarse y luego señaló.

—Tenemos un rumbo hacia donde ir —dijo Taniel—. Contrólate y observa cómo lo hace una verdadera rastreadora. —Hizo un gesto hacia Ka-poel—. Adelante.

Taniel se protegió los ojos de la lluvia y miró a Julene. Esta estaba de pie por encima de él, con los brazos cruzados y una sonrisa beligerante que le retorcía la cicatriz del rostro.

—Han pasado dos días —dijo ella—. Admite que tu salvaje no es capaz de rastrear a esta perra, así podremos salir de esta lluvia y

decirle a Tamas que hay un problema.

—¿Te rindes con tanta facilidad? —Taniel mantuvo la mano en la alcantarilla y procuró no pensar en la sustancia lodosa que le deslizaba por entre los dedos. Las bocas de alcantarilla acumulaban de todo: desde desechos humanos hasta animales muertos y cualquier clase de basura y de fango que se amontonara en las calles. Durante una tormenta como esa, todo iba a dar a las grandes cloacas que había debajo de la ciudad. Esa rejilla estaba obstruida, por lo que Taniel tenía el brazo metido hasta el hombro en el agua de lluvia y la porquería, y lo estaba disfrutando casi tanto como disfrutaba el fastidio constante de Julene—. Sabes que Tamas no te pagará hasta que el trabajo esté hecho, ¿verdad? —le recordó.

—La encontraremos —dijo Julene—. Solo que hoy no. Con esta lluvia. *Ella* ha causado esta tormenta. Lo percibo. Las auras se arremolinan, conjuradas desde el Otro Lado. Enturbian demasiado su rastro, pero una vez que la lluvia haya amainado, *yo* volveré a encontrarlo.

—Ka-poel ya tiene su rastro—. Taniel se estiró un poco más, su mejilla rozó el charco asqueroso sobre el que estaba echado. Sintió algo duro, lo apretó con la mano y lo extrajo.

—Ha estado raspando con las uñas entre los adoquines y te ha hecho escarbar en cada zanja de aquí a... ¿Qué demonios es eso?

Taniel se puso de pie. El pegote de lodo gris que tenía en la mano parecía las raspaduras de cien botas. Lo sujetó con el brazo extendido, con el estómago revuelto a causa del hedor. Toda la masa estaba adherida a un trozo largo de madera. Succionando y chapoteando, el charco que tenía a los pies lentamente comenzó a drenarse.

—Un bastón roto, creo —dijo Taniel.

Ka-poel se acercó para examinar el lodo apestoso. Lo tocó con un dedo, escrutando toda la masa con la cabeza echada hacia atrás. De pronto metió los dedos en el lodo y los sacó apretando algo.

Julene se inclinó hacia delante.

—¿Qué es eso? —Meneó la cabeza—. Nada. Niña estúpida.

Taniel se lavó el brazo en el charco más limpio que pudo encontrar, luego cogió su camisa y su casaca de cuero, que sostenía Gothen.

—Necesitas ojos mejores —le dijo a Julene—. Es un cabello. Un cabello de la Privilegiada.

—Eso es imposible. Encontrar un cabello de la Privilegiada entre toda esta mugre. Incluso si fuera un cabello de ella, ¿para qué le puede servir a tu salvaje?

Taniel se encogió de hombros.

—Para encontrarla.

Ka-poel se alejó y abrió su morral. Trabajó por unos momentos dándoles la espalda. Cuando se volvió, se acomodó el morral en el

hombro y asintió con la cabeza enérgicamente. Se tocó el centro del pecho y luego hizo un gesto como si aferrara algo.

Taniel se abotonó la camisa sonriendo.

—La tenemos.

Pararon un carruaje de alquiler. Ka-poel se sentó con el cochero para guiarlo, y Taniel, Julene y Gothen subieron al interior. Un momento después de que la puerta se cerrase, Julene hizo una mueca de asco.

—Hueles fatal —dijo—. Preferiría estar bajo la lluvia antes que aquí dentro contigo. Iré de pie en el estribo. —Volvió a salir. Enseguida el carruaje comenzó a avanzar.

—¿Ka-poel puede rastrear a la Privilegiada con un cabello? —preguntó Gothen después de varios minutos de marcha, con las rodillas demasiado cerca de las de Taniel para su gusto.

—Es difícil hacerlo solo con un cabello —dijo Taniel—. Ayuda si tienes más cosas. La sangre de mi bayoneta, un trozo de uña en la calle (esta Privilegiada se muerde las uñas), una pestaña. Cada pequeña cosa nos guía hasta la siguiente. Cuantas más consigamos, más fácil será rastrearla. Si queremos pillar por sorpresa a esta Privilegiada, necesitamos una ubicación precisa.

Taniel abrió su cuaderno de bocetos y lo hojeó, hizo una breve pausa en el dibujo de Vlora metido entre dos páginas y luego siguió hasta encontrar un retrato a medio hacer de la Privilegiada. La estaba dibujando de memoria, pero él era el único de los cuatro que había podido verla de cerca. Gothen observó el dibujo durante unos instantes. Cuando terminó, Taniel cerró el cuaderno con firmeza y volvió a guardárselo en la casaca.

—¿Cómo funciona el poder de Ka-poel? —preguntó Gothen.

—No tengo ni idea —dijo Taniel—. Nunca la he visto hacer magia. Lo que entendemos nosotros por magia, al menos. Nada de dedos crispados ni de conjurar auras elementales. —Hacía mucho tiempo que había abandonado todo intento de comprender los poderes de Ka-poel.

Pasó un minuto, y Gothen carraspeó. No miraba directamente a Taniel, pero tenía una sonrisa pícara en el rostro.

—Julene y yo hemos hecho una apuesta.

Taniel se echó una raya de pólvora en el dorso de la mano y la aspiró.

—¿Sobre qué?

—Julene opina que te acuestas con la salvaje. Yo digo que no.

—No es exactamente la apuesta de un caballero —dijo Taniel.

—Aquí somos todos soldados —dijo Gothen. La sonrisa se le ensanchó.

—¿De cuánto es la apuesta?

—De cien kranas.

—Ahí va la intuición femenina. Dile que te debe cien.

—Ya me lo imaginaba —dijo Gothen—. Los hombres son mucho más fáciles de adivinar que las mujeres. De vez en cuando le echas una mirada de esas, pero incluso en esos casos es más un gesto de anhelo que la mirada de un amante.

Taniel le frunció el ceño al quiebramagos y se reacomodó en el asiento, no muy seguro de cómo responder. Si estuvieran entre oficiales, lo retaría a duelo por ese comentario. Allí, sin embargo… En fin, como había dicho Gothen, ambos eran soldados.

—No es más que una niña —dijo Taniel—. Además, he estado comprometido con otra mujer desde antes de conocer a Ka-poel.

—Ah. Felicidades.

—El compromiso se ha cancelado.

—Mis disculpas —dijo Gothen desviando la mirada.

Taniel se echó otra línea en el dorso de la mano. Hizo un gesto de desdén con la tabaquera.

—No tiene importancia.

Aspiró la pólvora negra e inhaló a fondo, luego inclinó la cabeza contra el lateral del carruaje. Oyó el golpeteo de la lluvia sobre el techo, el traqueteo de las ruedas sobre los adoquines y los cascos del caballo. Había tantos ruidos para acallar sus pensamientos…

¿Dónde estaría Vlora en ese momento? se preguntó. Quizás estuviera llegando a Adopest. A lo mejor ya había estado allí y ya se había ido, enviada por Tamas a cumplir alguna misión. Se había obligado a borrar esa pregunta de su mente en cada momento de silencio que tuvo desde que clavó a aquel sujeto a la pared. El muy petimetre se quedó retorciéndose en su propia espada, como una mariposa. ¿Qué había salido mal? Había sido un error ir a Fatrasta de aquel modo. Enredarse en una guerra solo para impresionar a Tamas. La había dejado sola durante demasiado tiempo. El hombre que se había acostado con ella era un mujeriego profesional. No era su culpa.

Cerró una mano con fuerza y contuvo su ira. ¿Estaba furioso porque amaba a Vlora? ¿O porque otro hombre había mancillado a su mujer? ¿Vlora había sido realmente *su* mujer? No recordaba una época en que *no fuera* a casarse con Vlora. Tamas los había mantenido juntos en toda situación posible. Ella era una maga de la pólvora muy dotada, y lo más probable era que sus hijos también lo fueran. Tamas los había alentado durante años para que estuvieran juntos. De hecho, Vlora había sido la futura nuera de Tamas más que la futura esposa de Taniel. Taniel se tragó ese pensamiento, junto con la satisfacción que le daba la decepción de Tamas. Ahora no tenía que casarse con nadie si no lo deseaba, o encontraría una esposa por su cuenta, no algo arreglado con una maga de la pólvora. Quizá Ka-poel. Taniel emitió

una risita e ignoró la mirada de curiosidad de Gothen. Tamas se pondría absolutamente furioso si él se casara una salvaje extranjera. El momento de regocijo pasó, y Taniel resistió el impulso de abrir su cuaderno y mirar el dibujo de Vlora.

—Una parte muy bonita de la ciudad —dijo Gothen interrumpiendo los pensamientos de Taniel. El quiebramagos sostenía la cortina apenas lo suficiente para mirar hacia fuera. Un momento después, el carruaje se detuvo. Taniel abrió la puerta.

Estaban en el Distrito Samalí. Había un humo espeso flotando sobre toda la ciudad; se mezclaba con la llovizna y le irritaba los ojos a Taniel. Reinaba el silencio. La turba había sido reprimida hacía dos días, pero en su camino había arrasado con casi todo. De lo que antes eran hileras de mansiones majestuosas solo quedaban ruinas en llamas y casas destruidas.

Excepto aquella. La vivienda tenía tres plantas y estaba construida con piedra gris. Había sido diseñada a imitación de los castillos de antaño, con parapetos y senderos. Los muros estaban ennegrecidos a causa de los incendios de alrededor, pero el edificio en sí parecía intacto. Era fácil darse cuenta del porqué.

Había soldados en los parapetos. Se habían arrancado adoquines de la calle para levantar una muralla de un metro de altura frente a la entrada principal. Había más soldados refugiados detrás, con los mosquetes listos, mirando el carruaje de Taniel con franca hostilidad.

Taniel se apeó del vehículo. Julene ya estaba en el suelo, poniéndose los guantes. Ka-poel se bajó del asiento del cochero.

—¿De quién es esta casa? —le preguntó Taniel al cochero.

El otro se rascó la barbilla.

—Del general Westeven.

Un escuadrón de soldados salió de la mansión y se dirigió directo hacia ellos. Taniel sintió que se le retorcían las tripas. Todos llevaban los uniformes grises y blancos y los sombreros con plumas de los Hielman del rey. Se suponía que habían sido eliminados. Y aun así, allí estaban, protegiendo la residencia del antiguo líder de la guardia del rey. El general Westeven tenía casi ochenta años, era antiguo desde todo punto de vista, pero se decía que seguía siendo agudo y perspicaz. De todos los comandantes de Adro, solo Westeven tenía una reputación similar a la de Tamas.

—¿El general está en la ciudad? —preguntó Taniel. Seguramente Tamas se había encargado de él. No podía haber dejado semejante cabo suelto.

—Corre el rumor de que ha vuelto —dijo el cochero—. En teoría estaba de vacaciones en Novi. Interrumpió su estancia y regresó ayer.

Taniel miró a Ka-poel.

—¿Estás segura de que está aquí?

Ka-poel asintió.

—Estupendo.

Los Hielman se detuvieron a cuatro metros de Taniel. El capitán era un hombre mayor y con mala cara. Era unos diez centímetros más alto que Taniel, y cuando posó la mirada en su broche con forma de barril de pólvora, sonrió con desprecio.

—Tenéis a una mujer en la casa —le dijo Taniel apoyando los dedos sobre su pistola—. Una Privilegiada. Estoy aquí para arrestarla en nombre del mariscal de campo Tamas.

—Aquí no reconocemos la autoridad de los traidores, muchacho.

—¿Entonces admitís que la estáis protegiendo?

—Es la huésped del general —dijo el capitán.

Una huésped. Soldados Hielman a las órdenes del general Westeven, ¿y ahora tenían una Privilegiada? Aquel era terreno peligroso. Distinguió fusiles en las ventanas de los pisos más altos y en los parapetos. El capitán de los Hielman llevaba espada y pistola. Dos de sus guardias portaban fusiles largos y delgados con cartuchos del tamaño de un puño adosados debajo: botes de aire en fusiles de aire comprimido. Armas diseñadas específicamente para ser inmunes a los poderes de los magos de la pólvora. Sin duda, algunos de los tiradores de allí arriba tenían las mismas armas.

Con Julene y el quiebramagos probablemente podrían entrar por la fuerza en la mansión. Una cosa era lidiar con soldados, otra era lidiar con la Privilegiada.

Taniel sintió que Julene tocaba el Otro Lado. Sostuvo una mano en alto.

—No —dijo—. Retrocede.

—Ni lo sueñes —dijo Julene—. Haré cenizas a este grupito y...

—Gothen —dijo Taniel—. Contrólala. —Necesitaba salir de allí. Advertir a Tamas. Si el general Westeven estaba en la ciudad, no le llevaría mucho tiempo reagrupar sus fuerzas. Atacaría rápido y directo al corazón. Taniel se humedeció los labios resecos—. Nos vamos.

—Señor —dijo uno de los Hielman—. Ese es Taniel “Dos Tiros”.

El capitán entrecerró los ojos.

—No os vais a ningún lado, Dos Tiros.

—Al carruaje —dijo Taniel—. Nos vamos. ¡Cochero!

Los soldados se aprestaron a disparar. Taniel saltó al estribo del carruaje. Desenfundó la pistola y se volvió. Disparó a uno de los Hielman en el pecho antes de que pudiera ponerse en posición de disparo. Arrojó la pistola al interior del carruaje y miró hacia los Hielman extendiendo los sentidos hacia ellos en busca de su pólvora. Dos de ellos portaban mosquetes comunes, y el capitán llevaba una pistola. Todos tendrían reservas de pólvora.

Encontró los cuernos de pólvora con facilidad. Tocó la pólvora con

la mente, y provocó una chispa.

La explosión casi lo hizo caer del carruaje. Los caballos relincharon y Taniel se aferró con todas sus fuerzas mientras los animales huían aterrorizados. Echó una mirada hacia atrás. El capitán de los Hielman había quedado partido en dos. Uno de sus compañeros luchaba por sentarse. Los otros estaban hechos trizas sobre la calle. Nadie se molestó en disparar al carruaje que huía.

Cuando el cochero finalmente logró controlar a sus animales, Taniel metió la cabeza por la ventana.

—Yo podría haberlos atravesado —dijo Julene.

—Y nos habrían matado a todos. Tenían al menos veinte soldados con fusiles de aire observándonos, por no mencionar a la Privilegiada en el interior de la casa. Quiero que vosotros dos os bajéis. Mantened esa casa vigilada. Si la Privilegiada se va, seguidla, pero *no intentéis* entrar.

—¿Adónde irás tú? —preguntó Gothen.

—A advertir a mi padre.

Taniel trepó al asiento del cochero y le indicó que aminorara la velocidad un momento. Gothen y Julene saltaron del vehículo por el otro lado y se dirigieron a un callejón. Taniel medio esperaba que ignoraran su orden e intentaran entrar por la fuerza en la mansión, solo para no tener que lidiar de nuevo con ellos. Pero necesitaba a ese quiebramagos.

—Se te pagará bien —le dijo Taniel al cochero. El otro asintió con la cabeza, con una expresión seria en el rostro—. Llévanos a la Casa de los Nobles. Tan rápido como puedas.

Capítulo 8

—Olem —dijo Tamas—, ¿sabías que alguien escribió mi biografía?

Olem se irguió de su posición de descanso junto a la puerta.

—No, señor. No lo sabía.

—No muchos lo saben. —Tamas juntó las manos y miró hacia la puerta—. La camarilla real hizo comprar todos los ejemplares y ordenó quemarlos. Bueno, casi todos. El autor, lord Samurset, cayó en desgracia con la corona y fue exiliado de Adro.

—¿A la camarilla real no le gustó su narrativa?

—No, en absoluto. Daba una imagen muy favorable de los magos de la pólvora. Decía que eran un arma increíblemente moderna que algún día reemplazaría por completo a los Privilegiados.

—Una conjetura peligrosa.

Tamas asintió con la cabeza.

—Es algo vanidoso, pero yo realmente disfruté de ese libro.

—¿Qué decía sobre vos?

—Samurset sostiene que mi matrimonio me hizo conservador, que el nacimiento de mi hijo me aportó clemencia y que la muerte de mi esposa endureció ambas cualidades con una objetividad que hizo que fueran útiles. Dijo que mi ascenso al rango de mariscal de campo durante la campaña de Gurla fue lo mejor que le ha ocurrido al ejército de Adro en mil años. —Tamas hizo un gesto de desdén con la mano—. Son casi todo sandeces, pero sí tengo una confesión.

—¿Señor?

—Hay momentos en que no tengo un sentimiento de clemencia ni de justicia ni de nada, más que de pura ira. Momentos en que siento que vuelvo a tener veinte años y que la solución a todos los problemas son pistolas a veinte pasos. Olem, ese es el sentimiento más peligroso que un comandante puede tener. Es por eso por lo que, si doy la impresión de estar a punto de perder los estribos, quiero que me lo digas. Nada de movimientos nerviosos, nada de toses de cortesía. Solo dímelo, sin más. ¿Puedes hacer eso?

—Sí puedo —dijo Olem.

—Bien. Entonces, haz pasar a Vlora.

Tamas observó a la exprometida de su hijo entrar en la habitación. La turbación que sentía no era poca. Muchos pensaban que Tamas era frío. Él alentaba ese concepto. Quizá su hijo había sufrido por eso. Pero Tamas sabía que, debajo de su naturaleza calculadora, tenía mal genio, y por primera vez en su vida sintió deseos de dispararle a una mujer.

Tamas entrelazó los dedos sobre el escritorio. Fijó la boca en esa ambigua posición entre sonrisa y mueca.

Vlora era una belleza de cabello oscuro y figura clásica; caderas anchas y pecho pequeño delineado por el ceñido uniforme azul del soldado adrano. Su padre había sido un na-barón que perdió su fortuna especulando con cosas con las que no se debía especular. La última parte de su fortuna fue a parar a una mina de oro de Fatrasta, que se agotó dos meses después de comenzadas las operaciones. Él murió un año después de ese último fracaso, cuando Vlora tenía solo diez años. Sabon la encontró meses después, en un internado donde la habían dejado los pocos parientes que le quedaban; una niña abandonada con un talento único: la habilidad de prender fuego a la pólvora no desde unos nueve o diez metros, como podían hacerlo la mayoría de los Marcados, sino desde una distancia de varios cientos. Tamas la acogió, le proporcionó una educación y le dio una carrera en el ejército. ¿Qué había salido mal?

—Señor —dijo ella poniéndose en posición de firmes ante él. Tamas se encontró fijando la vista en un punto invisible situado por encima de la cabeza de ella mientras luchaba por contener la ira—. Maga de la pólvora Vlora a vuestras órdenes, señor.

Tamas se estremeció. Ella venía llamándolo “Tamas” desde que tenía catorce años. Nunca nadie había comentado nada respecto de esa descarada familiaridad. Vlora lo había tratado como un padre mucho más que Taniel.

—Siéntate —le ordenó. Vlora se sentó—. ¿Sabon te ha puesto al tanto de la situación? —Se percató de la forma en que ella le estudiaba el rostro, y mantuvo la mirada por encima de su cabeza.

—Hemos perdido muchos hombres, señor —respondió—. Muchos amigos.

—Ha sido un golpe terrible para la camarilla de la pólvora. Necesito magos ahora. Me habría gustado dejarte… —“En la Universidad Jileman”, continuó en su cabeza. Donde ella continuaría estudiando y engañando a su hijo. Tamas carraspeó—. Te necesito aquí.

—Aquí estoy —dijo ella.

—Bien —dijo Tamas—. Te pondré con el regimiento setenta y

cinco, en el límite norte de la ciudad. Allí hay disturbios que reprimir y… —Tamas hizo una pausa al oír que golpeaban suavemente la puerta. Olem abrió la hoja solo un poco. Le pasaron un comunicado y hubo un breve intercambio de susurros entre el guardaespaldas y alguien del otro lado.

—Tamas —dijo Vlora de pronto—. Quisiera que me asignaras junto a Taniel, si fuera posible.

Tamas sintió que su cuerpo recibía una sacudida, y puso un freno a su furia.

—Me dirás "señor", soldado —le espetó—. Y no, no es posible. La ciudad necesita orden y tú estarás con el regimiento setenta y cinco. —No haría pasar por eso a Taniel. Era frío, no cruel.

Olem agitó el comunicado en el aire.

—Señor —dijo.

—¿Qué sucede?

—Problemas.

—¿De qué clase?

—Los muchachos se han topado con barricadas.

—¿Y?

—Son grandes, señor, aunque levantadas a toda prisa. Están muy bien organizados. No son unos meros saqueadores.

—¿Dónde?

—En Centestershire.

—Eso es a unas diez calles de aquí. ¿Se han puesto en contacto con la barricada?

—Sí —dijo Olem. No parecía feliz—. Realistas, señor.

—Tenían que salir de los escondrijos en algún momento —dijo Tamas—. Condenados hombres del rey, pero sin un rey. ¿Cuántos son?

—Ni idea. Las barricadas parecen haber sido levantadas durante la noche.

—¿Qué área dominan?

—Ya lo he dicho, señor. Centestershire.

—¿Qué?, ¿todo el centro de la ciudad?

Olem asintió con la cabeza.

—Por el condenado abismo. —Tamas se inclinó hacia atrás en la silla. Dejó caer la mirada sobre Vlora. La rabia que sentía por la traición de ella peleaba codo con codo con la estupidez de unos hombres capaces de dar la vida por un monarca muerto. Sintió que le temblaban las manos—. ¿Por qué? —Lo dijo contra su voluntad. Se regañó a sí mismo de inmediato. Sabía autocontrolarse mejor. Se forzó a mirar a Vlora a los ojos. "¿Por qué traicionaste a mi hijo?".

Vio dolor en esos ojos. Y una muchacha solitaria y triste. Eran los ojos de una niña que ha cometido un error terrible. Eso lo enfureció. Se puso de pie y su silla cayó al suelo detrás de él.

—¡Señor! —ladró Olem.

—¿Qué? —le respondió prácticamente gritando.

—¡No es el momento ni el lugar, señor!

La mandíbula de Tamas se movió sin emitir sonido. “He sido yo el que le ha pedido que me frene”.

De pronto se abrió la puerta del despacho y entró Taniel en tromba, agitado como si hubiera subido corriendo los cinco tramos de escalera. Se detuvo en seco en la puerta, helado al ver a Vlora.

Ella se puso de pie.

—Taniel.

—¿Qué sucede? —dijo Tamas, forzándose a hablar en tono calmo.

—El general Westeven está aliado con la Privilegiada.

—Westeven está de vacaciones en Novi. Me aseguré de ello antes del golpe.

—Regresó ayer. Vengo desde su mansión. Está protegida al menos por veinticinco Hielman. Hemos seguido el rastro de la Privilegiada hasta allí, pero no hemos podido entrar por la fuerza. Ella se encuentra allí en calidad de huésped.

—Westeven no puede estar en la ciudad. Es posible que estén usando su casa como base de operaciones.

Taniel entró en la habitación y se detuvo junto a Vlora con la mirada puesta en su padre.

—Si Westeven está en la ciudad, se moverá rápido. Podría atacar en cualquier momento.

Tamas se inclinó hacia atrás, asimilando aquella información. El general Westeven, el ya retirado capitán de los Hielman durante tantos años, era una leyenda. Era un hombre que imponía respeto tanto en el noble como en el plebeyo, y que había ganado batallas por medio mundo. Era uno de los pocos militares, extranjeros o locales, a los que Tamas consideraba verdaderamente sus iguales. Y era leal al rey hasta la médula.

Tamas deslizó sobre el escritorio el estuche con sus pistolas de duelo y lo colocó frente a sí. Comenzó a cargar una.

—Olem, expulsa del edificio a toda persona que no sea miembro de la séptima brigada. Una vez que la Casa de los Nobles esté segura, nos ocuparemos de esas barricadas. Puede que el general Westeven esté detrás de ellas.

Olem salió corriendo de la habitación.

Los demás siguieron a Tamas; salieron al corredor y bajaron las escaleras. Olem se encontró con ellos en el segundo piso. Estaba atestado de gente: ciudadanos, campesinos, mercaderes pobres. Parecía que media ciudad estaba metida allí dentro. Olem tuvo que abrirse paso a empujones para llegar hasta Tamas.

—Señor —dijo Olem—. Hay demasiada gente en el edificio. Nos

llevará horas vaciar todas las habitaciones.

Tamas hizo una mueca.

—¿Quiénes son estas personas? —Se había formado una hilera y Tamas no llegaba a ver adónde llevaba. Agarró al hombre más cercano por el grueso mono que llevaba, con un martillo bordado en un bolsillo. Un herrero—. ¿Por qué estás aquí?

El hombre tembló ligeramente.

—Eh... Lo lamento, señor. Vengo a debatir mis nuevos impuestos. —Hizo un gesto con la mano señalando al resto de la gente—. Todos hemos venido para eso.

—No se han promulgado impuestos nuevos —dijo Tamas.

—¡Por el rey!

Sonó un disparo cerca de la oreja de Tamas y el hombre cayó al suelo antes de poder desenvainar su daga. Vlora comenzó a recargar su pistola inmediatamente. Al otro lado de Tamas, Taniel había desenfundado las dos suyas.

Todo el corredor se puso en movimiento. Se descartaron capas y abrigos, y por debajo de ellos aparecieron armas; espadas, dagas, pistolas, y algunas personas incluso tenían mosquetes. Lo que un momento antes era una fila sin sentido de ciudadanos y plebeyos se convirtió en una turba armada.

Cayeron sobre los soldados de Tamas lanzando el mismo grito: ¡Por el rey!

Olem se arrojó entre Tamas y la mayor parte de la multitud. Disparó una pistola, desenvainó su espada y eliminó a tres realistas en un abrir y cerrar de ojos. Tamas extrajo su espada y gritó: —¡A mí! ¡Hombres de la séptima brigada, a mí!

Los soldados desprevenidos fueron abatidos. La trampa se había disparado, y el corredor estaba demasiado atestado de realistas. Pero no esperaban encontrarse con tres magos de la pólvora y con la ferocidad del entrenamiento de Olem.

—¡Volved a las escaleras, señor! —gritó Olem—. ¡Subid al próximo piso!

Fueron avanzando hacia las escaleras en una retirada a pleno combate. Los realistas atacaban en masa, tratando de aprovechar su ventaja numérica. Tamas se colocó junto a Olem para contenerlos mientras Vlora y Taniel disparaban sus pistolas desde detrás de ellos. Enseguida la escalera se llenó del humo espeso de la pólvora quemada. Tamas lo inhaló y lo saboreó.

Del corredor emergieron uniformes grises y blancos. Soldados Hielman, lo que quedaba de la guardia personal de Manhouch. Eran doce. Llevaban los mejores fusiles de aire con bayonetas colocadas, y cargaron contra ellos sin dudar. Estos no eran simples realistas. Eran asesinos entrenados, superiores incluso a los mejores soldados de

Tamas. No vacilarían ni retrocederían hasta que los hubieran matado a todos.

Los Hielman llevaban fusiles de aire comprimido, pero el resto de la muchedumbre no. Tamas sintió que Vlora prendía fuego a un cuerno de pólvora, y un hombre que estaba a un lado de los Hielman explotó. Los bañó en sangre y porquería, y tumbó a dos de ellos. Tamas extendió sus sentidos y encendió la pólvora del mosquete sin disparar que cargaba un hombre. El tiro inesperado le destrozó el rostro a una mujer que estaba a su lado.

Subieron por las escaleras hasta el tercer piso con los Hielman pisándoles los talones. Comenzaron a subir hasta el cuarto, cuando comenzaron a resonar los chasquidos de los fusiles de aire. Era un sonido que les helaba la sangre a los Marcados, pues un Marcado sabía que ese disparo era para él.

Vlora se tropezó en las escaleras y cayó. Taniel, que estaba varios escalones más arriba, saltó al instante hacia ella colocando la bayoneta en el extremo de su fusil y recibió a la avanzada de los Hielman con un gruñido silencioso. Su bayoneta cortó la garganta de uno de ellos con el movimiento rápido y practicado de un carnicero experto. Esquivó hacia un lado una estocada de bayoneta y forcejeó con otro Hielman. Este le sacaba unos diez centímetros y pesaba al menos veinte kilos más que él. Taniel levantó la culata de su fusil y le asestó un golpe tan salvaje que le hundió la nariz hasta el cerebro. El soldado cayó en silencio. Tamas sintió un escalofrío al ver luchar a su hijo. Podía ser Taniel “Dos Tiros”, pero en el combate cuerpo a cuerpo tenía la habilidad brutal de un soldado de infantería.

Taniel se volvió hacia los cuatro Hielman que quedaban, listo para atacar.

—¡Taniel! —le gritó Tamas—. ¡Retrocede! —Levantó a Vlora. En pleno trance de pólvora como estaba, el cuerpo de ella pareció no pesar absolutamente nada. Vlora apretó los dientes para combatir el dolor—. ¿Te ha alcanzado algún hueso? —preguntó Tamas.

Ella meneó la cabeza.

Tamas oyó un chasquido y sintió que una bala le rozaba el hombro izquierdo, a unos pocos centímetros de la cabeza de Vlora. Se volvió y solo pudo ver la forma de un fusil de aire, que avanzaba veloz hacia sus tripas con la bayoneta colocada.

Trasladó el peso de Vlora a una mano, y con la otra desenfundó su pistola y disparó desde la cadera. El Hielman cayó con el ojo atravesado por una bala.

Para cuando Tamas llegó al quinto piso, los últimos Hielman yacían muertos en las escaleras. Tamas y sus hombres examinaron sus heridas. Olem tenía varios cortes nuevos; necesitaría sutura, pero nada más. En el caso de Vlora, el tiro le había rozado el muslo. Podía

soportar la presión, lo que significaba que la bala no había tocado el hueso. Se pondría bien. Taniel estaba ileso. Una mueca salvaje le retorcía el rostro mientras limpiaba sangre y otros restos de su bayoneta. En algún momento Ka-poel se había unido a ellos. La pelirroja olía a azufre, y tenía las manos negras. Se las limpió en sus pantalones de gamuza y sonrió cuando vio que Tamas la observaba.

Los disparos y el sonido de acero contra acero fueron desvaneciéndose en la planta de abajo. Tamas respiró hondo varias veces, escuchando el latido del corazón de Vlora. Ambos estaban recostados contra la pared, ella con la cabeza apoyada en el hombro de él. Taniel se apartó.

En la escalera resonaron algunos pasos. Un momento después apareció Sabon. Tenía marcas de pólvora en los puños de la casaca y un corte superficial en un brazo. Lanzó un suspiro de alivio al verlos todos juntos.

—¿Algún herido? —preguntó Sabon.

—Heridas leves —dijo Tamas—. ¿Dónde estabas tú?

—En el comedor de oficiales. Salieron de la nada.

—¿Ha habido bajas? —preguntó Tamas. "¿Alguien importante?".

—Algunas —dijo Sabon. Negó levemente con la cabeza ante la pregunta muda—. Por cómo se ven las cosas, era la chusma mayormente. Nos pillaron por sorpresa, pero una vez que nuestros hombres se organizaron, apenas contó como una lucha. Todos los Hielman vinieron por vosotros.

—¿La Casa está segura?

—Estamos trabajando en ello.

—¿Enemigos capturados? —preguntó Tamas.

—Tenemos al menos dos docenas que se han entregado sin luchar. Y otros cuarenta, heridos. Son hombres del general Westeven.

—Lo sé. —Tamas se acercó a su hijo y le apoyó una mano en el hombro—. Bien hecho, Taniel.

Taniel quitó la bayoneta del fusil y la guardó en su estuche. Se echó el fusil al hombro. Miró a Vlora y le hizo un leve gesto con la cabeza a Tamas.

—Volvamos al trabajo, señor.

Tamas miró a su hijo bajar las escaleras, seguido de cerca por la salvaje. Sentía que debía decir algo más. Pero no sabía qué.

—Sabon.

—¿Señor?

—Avisa a lady Winceslav. Dile que necesitamos a sus soldados en la ciudad. El general Westeven controla las barricadas, y arderé en el abismo antes de mandar a mis propios hombres a morir contra ellas. Los mercenarios tendrán que comenzar a ganarse su paga. Prepárame una base de mando cerca de Centestershire. Le llevaremos la lucha a

él. Vlora —hizo una pausa para analizar un momento su decisión—. Ve con Sabon. Te quiero en mi personal.

—¡Taniel!

Taniel se detuvo en el descansillo y miró escaleras arriba, sin decidir si esperar o no. Conocía esa voz. No quería oír nada de lo que esa voz tuviera que decir. Tocó un cuerpo con el pie. Uno de los Hielman que él había destripado con su bayoneta. El soldado pestañeó. Seguía vivo. Le clavó una mirada de ira a Taniel. Apretó los dientes sin emitir ningún sonido, pero debía de estar sufriendo un dolor terrible. Taniel se debatió entre llamar a un médico y finiquitarlo. La herida era mortal. Se puso en cuclillas junto a él.

—No pasarás de esta semana —le dijo.

—Traidor —susurró el Hielman.

—¿Quieres vivir un día más o dos, así puedes responder a los interrogadores de Tamas? —preguntó Taniel—, ¿o prefieres terminar todo ahora?

El soldado permaneció en silencio, pero sus ojos revelaron su sufrimiento.

Taniel se quitó el cinturón, lo dobló y le ofreció el extremo al soldado.

—Muerde esto.

El Hielman mordió.

Todo terminó en cuestión de segundos. Taniel limpió su cuchillo en los pantalones del Hielman y le quitó su cinturón de los dientes. Se puso de pie y volvió a ceñirse el cinturón. ¿Por qué hacía lo que hacía? Debería estar en la universidad, persiguiendo chicas. Trató de recordar la última vez que había perseguido a una muchacha. En su primera noche en Fatrasta, antes de que comenzara la guerra, conoció a una chica en un bar cerca del muelle. Coquetearon durante toda la noche. Si hubiera estado un poco más borracho, habría dormido con ella, pero mantuvo la compostura y se acordó de Vlora. Se preguntó si la chica seguiría allí. Tenía un boceto de ella en su cuaderno.

El Hielman yacía a sus pies, en paz a pesar del horrible tajo que tenía en el estómago y la línea carmesí que ahora le goteaba de la garganta. Ka-poel estaba un poco más lejos, silenciosa como siempre. Observaba al Hielman como fascinada.

—Tenemos que irnos —le dijo Taniel.

—Taniel, espera.

Vlora bajó deprisa las escaleras. Se tropezó, se agarró de la barandilla y terminó sentada en un escalón a mitad de camino. Mantenía una mano sobre la herida del muslo.

Se miraron durante unos momentos. Vlora fue la primera en apartar la mirada, la fijó en el Hielman que yacía a los pies de Taniel.

—¿Cómo estás?

—Vivo —dijo Taniel.

Pasaron algunos momentos más de silencio. Taniel oía a su padre, gritando órdenes escaleras arriba. Tamas no estaba ni mínimamente turbado por el repentino ataque. Un guerrero hasta la médula.

Pasaron algunos soldados a su lado, dos subían, uno bajaba. Hubo una conmoción abajo, en el salón principal, mientras los soldados de Tamas detenían a los prisioneros heridos.

—Perdóname —dijo Vlora.

Le cayeron lágrimas por el rostro. Taniel luchó contra el impulso de correr a su lado, examinarle la herida y reconfortarla. Percibía su dolor, tanto el emocional como el físico, pero era algo que no podía alcanzarlo a él en su trance de pólvora. Se negaba a permitir que eso sucediera. Se enganchó el pulgar en el cinturón y apretó la mandíbula.

—Vamos —le dijo a Ka-poel.

Adamat apretó los dientes con frustración. Habían pasado siete días desde el golpe de estado. Siete días desde que visitó a Uskan y solo obtuvo más preguntas. ¿Quién había estado quemando libros de historia sobre religión y hechicería? ¿Quién se había llevado los otros libros? ¿Y qué demonios era la Promesa de Kresimir?

Adamat hizo detener su carruaje de alquiler en el Barrio de los Panaderos el tiempo suficiente para recoger una empanada de carne, luego prosiguió más allá de la avenida Hrusch, donde el insulso olor a aceite, madera, horno y pólvora flotaba entre las armerías y las fundiciones. Allí había más ruido del habitual, y más gente. En los escalones de cada tienda había un niño con una pila de papeles, anotando pedidos e informando de números mientras algunos caballeros finamente ataviados se codeaban con los soldados de infantería más humildes. Un vendedor ambulante de pie en una esquina voceaba diciendo que el nuevo fusil Hrusch podía proteger cualquier hogar. Los armeros estaban vendiendo fusiles tan rápido como podían fabricarlos.

Adamat hojeó el periódico del día. Decía que Taniel “Dos Tiros” estaba en la ciudad, y que había regresado como un héroe de la guerra por la independencia de Fatrasta. Ahora estaba persiguiendo a una Privilegiada prófuga. Algunos decían que se trataba de una superviviente de la camarilla real. Otros decían que era una espía de Kez que vigilaba a la camarilla de la pólvora de Tamas. De cualquier manera, ya había sido arrasada toda una manzana, y decenas de personas habían muerto o resultado heridas. Adamat esperaba que la Privilegiada fuera capturada o dejara la ciudad antes de que corriera más sangre. Ya habría suficiente de eso en el inminente enfrentamiento entre Westeven y Tamas.

Los realistas habían construido barricadas alrededor de Centestershire, por casi todo el centro de Adopest. Habían lanzado un ataque preventivo contra las fuerzas de Tamas, pero habían sido rechazados. Ahora parecía que la gente contenía la respiración. El general Westeven, de casi ochenta años, había reunido a los realistas de la ciudad, los había juntado a todos en un lugar y había hecho levantar suficientes barricadas para detener a un condenado ejército. Todo en una noche, o eso parecía. El mariscal de campo había respondido trayendo a la ciudad dos legiones completas de la compañía de mercenarios denominada Alas de Adom y había rodeado Centestershire con cañones de campaña y artillería. Todavía no se había disparado una sola bala. Ambos hombres tenían suficiente experiencia para no desear que el centro de Adopest se convirtiera en un campo de batalla.

Era una pesadilla, pensó Adamat. Dos de los comandantes más celebrados de los Nueve enfrentándose cara a cara en una ciudad de un millón de habitantes. Nadie podía salir bien parado de eso.

Pero la vida continuaba. La gente seguía necesitando trabajar, comer. Aquellos que no estaban involucrados directamente con el conflicto no se le acercaban. Tamas había hecho una gran labor manteniendo la paz en el resto de la ciudad.

Para complicar las cosas, los Archivos Públicos, el lugar donde más probabilidades tenía Adamat de encontrar copias de los libros dañados de la universidad, quedaban detrás de las barricadas realistas. Era un lugar donde él no estaba preparado para ir solo.

El carruaje se detuvo frente a un edificio de tres plantas ubicado en una calle lateral del extremo más lejano de Alto Talian, los barrios marginales de Adopest. En esa calle había solo una entrada, con una puerta doble de un descolorido verde oliva. Una mitad estaba cerrada, bloqueada desde dentro, con la pintura descascarándose y la mampostería deshaciéndose alrededor de la jamba de la puerta. La otra mitad estaba abierta, y había un hombre de baja estatura apoyado contra la otra jamba.

Adamat cogió su sombrero y su bastón y los sostuvo con una mano, con la otra extrajo un pañuelo del bolsillo y lo usó para cubrirse la boca al salir del carruaje. Le pagó al cochero y se acercó a la puerta, oyendo distraídamente el traqueteo de los cascos del caballo a medida que el carruaje se alejaba.

—En el nombre de Kresimir, ¿dónde diablos has encontrado una manzana en esta época del año, Jeram? —Adamat se limpió la nariz y se metió el pañuelo en el bolsillo.

El portero le ofreció una sonrisa llena de dientes torcidos.

—Buenas tardes, señor. Hacía un mes o dos que no os veía. —Le dio un mordisco a la manzana—. Mi primo, que vive al sur del Barrio

de los Panaderos, consigue fruta fresca todo el año.

—Dicen que si las negociaciones no van bien quizás entremos en guerra con Kez —dijo Adamat—. Tendrás que esperar hasta el próximo otoño para conseguir otra manzana.

Jeram puso mala cara.

—Perra suerte.

—¿Cómo van hoy las peleas?

Jeram extrajo un papel gastado del ala de su sombrero raído y lo analizó para interpretar las marcas más recientes.

—SouSmith ha hecho tres peleas seguidas, Formichael ha ganado dos veces hoy. Ambos parecen estar agotados, pero al capataz le gustan los platos fuertes y dice que pelearán entre ellos dentro de una hora.

—¿Suman cinco peleas entre los dos? —Adamat resopló—. Va a ser horrible, apenas podrán mantenerse en pie.

—Sí, es lo que dicen las mesas, y todavía no hay muchas apuestas. Todos los que están apostando prefieren a Formichael.

—SouSmith pega duro.

Jeram lo miró con malicia.

—Si es que llega a atizar algún golpe. Formichael está más descansado, es más joven y pesa la mitad que SouSmith.

—Bah —dijo Adamat—, vosotros los jóvenes siempre creéis que a los viejos ya no les queda nada.

Jeram se rio.

—Muy bien, ¿qué será entonces, jefe? —Extrajo un papel doblado de un bolsillo trasero, cubierto de manchas y de líneas borradas hacía mucho tiempo. Lo apoyó contra el marco de la puerta y preparó un carboncillo para escribir.

—¿Cuánto paga?

Jeram se rascó la mejilla, y le quedó una marca negra.

—Os daré nueve a uno.

Adamat levantó las cejas.

—Apuesto veinticinco por SouSmith.

—Números arriesgados—gruñó Jeram. Anotó la apuesta, dobló el papel y volvió a metérselo en el bolsillo. Adamat sabía que aquel papel era solo un adorno. Jeram tenía una memoria casi tan buena como la suya, y sin poseer ningún Don: nunca olvidaba un rostro, nunca olvidaba un número, y nunca había pagado una apuesta de manera incorrecta, aunque muchas veces lo habían acusado de hacerlo. Eso no sucedía a menudo en la actualidad, al menos desde que el Propietario se hizo cargo de ese antro de boxeo. No le hacía gracia que se acusara a sus corredores de apuestas.

En el interior, la única luz provenía de unas ventanas ubicadas en lo alto, debajo de los aleros. Adamat pasó por una serie de cortinas

que amortiguaban los sonidos y ocultaban el interior de cualquier mirada indiscreta. Todo el edificio era una gran habitación, cuyas paredes internas se habían tirado abajo hacía mucho tiempo, y se habían dispuesto varias casetas y habitaciones acordonadas para dar a los luchadores algo de intimidad mientras se recuperaban de las peleas. En el medio estaba el sitio que daba el nombre al edificio: la Arena, un foso redondo de nueve metros de diámetro, situado tres metros por debajo el nivel del suelo.

Alrededor del foso había unas gradas con asientos colocados al azar, que llegaban hasta ambas paredes del edificio, y casi hasta el techo. Adamat avanzó inclinado por debajo de los últimos asientos, cruzó hasta el otro lado y se abrió paso a codazos entre los hombres amontonados alrededor del foso. Las gradas estaban llenas, los asientos ocupados por hombres sentados hombro con hombro. Había espacio suficiente para varios cientos de caballeros con sus bastones y sombreros, trabajadores callejeros con chaquetas deshilachadas e incluso un par de agentes de policía de la ciudad, con sus capas negras y sus sombreros de copa difíciles de pasar por alto entre la multitud.

Había terminado una pelea hacía quizás unos diez minutos, y los trabajadores de la Arena arrojaban serrín para empapar la sangre, en preparación para el siguiente combate. Reinaba un murmullo suave, los hombres hablando entre ellos, descansando la voz para vitorear la violencia que iba a comenzar. Adamat inhaló el olor a sudor y a mugre, y el aroma de la rabia. Exhaló despacio, estremeciéndose. El boxeo a puño descubierto era un deporte brutal, salvaje. Sonrió para sí. “Qué divertido”. Volvió a inhalar, y detectó un olor a cerdo. Hacía no mucho tiempo la Arena había sido una pocilga, ¿y antes de eso? Una serie de locales comerciales, quizá, cuando Alto Talian todavía se consideraba la zona más novedosa, rica y de moda de la ciudad.

Un par de hombres sin camisa salieron de las casetas ubicadas al fondo. Entraron en la Arena el uno al lado del otro y sin ceremonias. Los trabajadores salieron y los luchadores se miraron de frente. El hombre de la izquierda era más pequeño, más delgado, tenía los músculos fibrosos y definidos como los de un caballo de guerra. Su cabello castaño y rizado le caía sobre el rostro de tanto en tanto, y cada vez que eso sucedía él se lo apartaba soplando. Formichael. El luchador favorito del Propietario; o al menos lo era la última vez que Adamat asistió a las peleas. Era un trabajador de los almacenes, joven y bien parecido, y se decía que el Propietario lo estaba preparando para que fuera algo más que un simple matón.

El hombre de la derecha parecía tener el doble de tamaño que Formichael. Su cabello tenía algo de gris a los lados; su rostro lucía una barba mal afeitada. Sus ojos parecían los de un cerdo, hundidos en el rostro, y examinaban a Formichael con la intensidad singular de

un asesino. Tenía brazos tan grandes que parecía capaz de ganar en una lucha cuerpo a cuerpo contra un oso de montaña. Tenía marcas en los nudillos, en los lugares con los que había roto mandíbulas ajenas (y donde habían sido rotos por ellas), y su rostro estaba cubierto con las cicatrices fruncidas de la sutura mal hecha. Le sonrió a Formichael con sus dientes rotos.

A pesar de la ventaja que poseía SouSmith en tamaño y experiencia, era evidente que estaba cansado. La barbilla le colgaba debido a la larga jornada de victorias obtenidas a duras penas, los rabillos de los ojos dejaban ver su agotamiento y los hombros se le encorvaban, aunque de manera casi imperceptible. Más aún: hacía tiempo que la experiencia ya no le rendía. SouSmith estaba haciéndose viejo, y el pecho y el estómago se le habían ensanchado por el exceso de bebida.

El capataz bajó al segundo escalón del foso y habló con los luchadores. Después de un momento, retrocedió. Levantó la mano y luego la dejó caer saltando hacia atrás.

Trescientos hombres gritaron mientras los dos luchadores intercambiaban golpes. Los puños golpeaban con un chasquido sordo amortiguado por el vocerío.

—¡Mátalo!

—¡Hazlo sangrar!

—¡En las tripas! ¡Golpéalo en las tripas!

La voz de Adamat quedó tapada por la cacofonía de gritos inarticulados. Él ni siquiera sabía qué era lo que estaba diciendo, pero su corazón vertió en sus gritos toda la frustración que tenía con Palagyi y su rabia por el hecho de que su esposa e hijos estuvieran lejos. Se inclinó hacia delante agitando los puños como parodiando a los dos luchadores, gritando con todas sus fuerzas con el resto de la muchedumbre.

Formichael asestó un gancho violento en las costillas de SouSmith. SouSmith tropezó hacia un lado, y el joven avanzó y volvió a golpear en el mismo lugar, quizás una antigua costilla rota, con los puños brillando en la penumbra. SouSmith se tambaleó tembloroso y fue hacia el lateral del foso, hasta que quedó apoyado contra los tablones de madera que lo separaban de la gente. Algunos dedos de los espectadores se asomaron por entre los maderos, unas uñas le escarbaron en la cabeza rapada, algunos salivazos le salpicaron la mejilla. Adamat lo miraba, la cabeza del luchador estaba justo fuera de su alcance.

—¡Continúa! —le gritó—. ¡No dejes que te arrincone! —Se oyó un crujido sonoro, y SouSmith cayó sobre una rodilla, con una mano en alto para protegerse de los golpes del otro. La voz de Adamat pasó a ser un susurro—. Levántate, cabrón —gruñó entre dientes.

Formichael golpeó las manos y los brazos de SouSmith, una y otra vez, hasta que el otro quedó de rodillas, sufriendo por el embate. Formichael tenía el rostro encendido por la promesa de la victoria, y poco a poco fue aminorando los puñetazos, hasta que solo fueron golpecitos, y luego se detuvo. Se quedó de pie, jadeante, observando al hombre que tenía a sus pies. SouSmith no levantó la mirada.

"Bah", pensó Adamat, "ya finiquítalo".

Pero no había nada de eso en los planes de Formichael. Con una sonrisa ancha, se inclinó y agarró uno de los brazos de SouSmith, lo levantó y le dio un único puñetazo brutal. SouSmith volvió a caer de rodillas, con todo el cuerpo temblando. Formichael pensaba alargar la lucha, dejar que el agotamiento de SouSmith lo mantuviera abatido y continuar con la paliza hasta que SouSmith no fuera más que una papilla.

Formichael le dio varios puñetazos más de esa manera, hasta que permitió que SouSmith cayera de manos y rodillas sobre el suelo. Su rostro era una masa informe de sangre y carne hecha trizas. Escupió sobre el serrín. Formichael se volvió, levantó los brazos en dirección a la multitud y se regocijó con el rugido de las voces. Se volvió hacia SouSmith una vez más.

El otro se puso de pie en una fracción de segundo y lanzó su puño, seguido de sus ciento sesenta kilos de peso, contra la bonita cara de Formichael. El impacto levantó al joven del suelo. Su cuerpo quedó horizontal en el aire, luego rebotó como un juguete contra los tablones de madera y cayó al suelo. Se estremeció una vez y luego se quedó quieto. SouSmith le escupió en la espalda y luego se volvió, subió la escalera a paso lento y se dirigió a las casetas de los luchadores. Recibió palmadas de felicitaciones en la espalda e insultos por las apuestas perdidas.

Adamat cobró sus ganancias y esperó hasta que hubo bastante gente yendo y viniendo para escabullirse hacia las casetas. Entró en la de SouSmith y cerró la cortina detrás de él.

—Ha sido una gran pelea.

SouSmith hizo una pausa, con un cubo de agua levantado por encima de la cabeza, y le echó una mirada a Adamat. Inclinó el cubo y dejó que el agua lavara una capa de sudor y de sangre, luego se restregó el cuerpo con una toalla sucia. Miró a Adamat ladeando la cabeza; tenía los ojos hinchados y magullados, los labios y las cejas partidos.

—Sí. ¿Hiciste la apuesta correcta?

—Por supuesto.

—Ese cabrón está tratando de matarme.

—¿Quién?

—El Propietario.

Adamat rio, pero se dio cuenta de que SouSmith no estaba bromeando.

—¿Por qué dices eso?

SouSmith meneó la cabeza, estrujó la toalla para escurrir el agua rojiza y la sumergió en un cubo de agua limpia.

—Quiere que me hunda.

SouSmith estaba lejos de ser un idiota, pero siempre había hablado con frases cortas. Era difícil poner en orden las ideas después de pasar años recibiendo golpes en la cabeza.

—¿Por qué? Eres un buen luchador. La gente viene a verte a ti.

—La gente viene a ver a los jovencitos. —SouSmith escupió en uno de los cubos—. Yo estoy viejo.

—Formichael se lo pensará dos veces la próxima vez que le digan que luche contigo. —Adamat recordó el cuerpo inmóvil, tendido sobre el suelo del foso. Habían tenido que llevárselo entre varios—. Si es que todavía vive.

—Vivirá. —SouSmith se llevó un dedo a la sien—. Tendrá miedo.

—O quizá se asegurará de terminar rápido la pelea —dijo Adamat.

SouSmith aspiró hondo, luego dejó escapar una risa que se convirtió en una mezcla de tos y gruñidos.

—Ninguna me parece mal.

Adamat miró un momento a su viejo amigo. SouSmith era el hombre que su apariencia insinuaba. Detrás de esos ojos pequeños y brillantes había una inteligencia aguda; detrás de los puños retorcidos, las manos suaves de un hermano y un tío.

Muchos lo interpretaban incorrectamente, y ese era uno de los motivos de su récord de victorias. Sin embargo, había algo que nadie interpretaba mal: detrás de todo eso, más profundo incluso que su inteligencia o la lealtad hacia su familia, SouSmith era un asesino.

—Tengo que hacerte una pregunta —dijo Adamat.

—Pensaba que me echabas de menos.

—Una vez me dijiste que formaste parte de la banda denominada Promesa Rota de Kresimir.

SouSmith se quedó helado, con una de las puntas de la toalla todavía en la oreja. La bajó lentamente.

—¿Te lo dije?

—Estabas muy borracho. —De pronto, los movimientos de SouSmith se volvieron precavidos. Miró hacia el único escritorio de la caseta, a un cajón donde sin duda había ocultado una pistola. A pesar de que un hombre de su tamaño no necesitaba una. Adamat hizo un gesto tranquilizador—. Estabas muy borracho —le repitió—. En su momento no te creí. Yo estaba presente cuando sacaron a esos muchachos de las cloacas. Pensé que nadie había escapado a lo que fuera que había ido a por ellos.

SouSmith lo observó durante un momento.

—Quizás uno no —dijo—. Quizás uno sí.

—¿Cómo?

SouSmith respondió con una pregunta.

—¿Por qué?

—Estoy llevando a cabo una investigación. —Adamat ya había decidido contarle a SouSmith toda la historia—. Para Tamas, el mariscal de campo. Quiere saber qué es la Promesa de Kresimir.

SouSmith parecía impresionado.

—Un hombre al que yo no llevaría la contraria —dijo.

—Estoy de acuerdo. ¿Tienes idea de qué significa?

SouSmith continuó limpiándose.

—Nuestro líder era un fracasado de la camarilla real. —Abrió el cajón del escritorio y extrajo una pipa vieja y mugrienta, y una tabaquera. Encendió la pipa antes de continuar—. Un bocazas. Un imbécil. Buscaba llamar la atención. Decía que nuestro nombre les recordaría a los miembros de la camarilla real que eran mortales.

Esa era la frase más larga que Adamat le había oído decir a SouSmith en años.

—¿Les dijo qué significaba?

—Rompe la Promesa de Kresimir —dijo SouSmith, fumando de su pipa. El aroma a tabaco de pistacho llenó la pequeña caseta—. Y se terminará el mundo.

—¿Cuál es la promesa? —preguntó Adamat.

SouSmith se encogió de hombros.

Adamat se quedó pensativo. SouSmith se reclinó en su asiento. No diría nada más. No iba a seguir hablando de eso. Adamat dejó que sus pensamientos se deslizaran hacia Palagyi. Ese intento de banquero aún tenía hombres merodeando. Era impredecible. Un hombre del tamaño y la reputación de SouSmith podría mantener a raya a aquel idiota. Al menos hasta que venciera el plazo de pago y la ley estuviera del lado de Palagyi. Además, SouSmith podría resultar muy útil en lugares complicados, como los Archivos Públicos, detrás de las barricadas realistas.

—¿Por casualidad no estarás buscando un trabajo? —preguntó Adamat.

SouSmith lo miró con sus pequeños ojos.

—¿Qué clase de trabajo?

Capítulo 9

Taniel encontró el puesto de mando de su padre justo fuera del alcance de las barricadas realistas. Las calles vacías estaban llenas de basura, con los adoquines húmedos a causa de una leve lluvia que había caído la noche anterior. Los olores de la ciudad amenazaban con sobrepasar sus sentidos, mejorados por el trance de pólvora casi ininterrumpido en el que estaba desde hacía dos semanas. El mundo olía a mierda y a miedo, a orinales vacíos y a desconfianza.

Ka-poel estaba a su lado. Aun después de todo aquello, seguía perpleja contemplando la ciudad; demasiados edificios, todos muy altos, en todas direcciones. No le gustaba. Había demasiada gente, según le había indicado con una serie de gestos. Demasiados edificios. Taniel la comprendía. Su mayor talento como mago de la pólvora era la capacidad de mantener una bala suspendida en el aire a lo largo de varios kilómetros, acertar con un disparo a través de los campos de batalla más extensos. ¿De qué servía eso si tenía bloqueado el campo visual en todas direcciones?

A su otro lado tenía a Gothen. El quiebramagos se rascó la parte trasera de la cabeza donde aún le quedaba cabello. Miró las barricadas con una mano apoyada en la culata de una de sus tres pistolas.

—¿Vienes conmigo? —preguntó Taniel.

Gothen negó con la cabeza.

—Tu padre me pone nervioso.

—No solo a ti —murmuró Taniel.

Tamas había establecido su cuartel general en uno de los hogares abandonados que había cerca del centro de la ciudad. Fuera se amontonaban los soldados. No llevaban el típico azul oscuro de la infantería adrana. Sus uniformes eran de color rojo, dorado y blanco; su estandarte era el halo de un santo con alas de oro. Esos soldados eran las Alas de Adom. La mayoría de ellos eran adranos, ya que se trataba de una compañía de mercenarios que tenía su sede en Adro, pero entre sus filas había de todo. Taniel cruzó la calle y se detuvo el

tiempo suficiente para que uno de los guardias pudiera ver su broche con forma de barril de pólvora, luego entró con Ka-poel pisándole los talones.

La sala de recepción de la casa parecía una tienda de oficiales. Había mapas en todas las superficies disponibles, equipo apilado en las esquinas, e incluso fusiles y cajas de municiones. Tamas estaba de pie detrás de una mesa analizando un mapa de la ciudad. A un lado, dos comandantes de brigada de las Alas. El guardaespaldas de Tamas fumaba recostado en un sofá ubicado en un rincón.

Cuando entró Taniel, Tamas no levantó la mirada. Taniel carraspeó. No hubo respuesta. Los comandantes de brigada lo miraron con curiosidad.

—Quiero a Bo —dijo Taniel.

Tamas finalmente lo miró. Tenía el gesto tenso de alguien a quien habían hecho perder el hilo de lo que había estado pensando.

—¿Bo?

Taniel miró el techo, exasperado.

—Borbador. Necesito su ayuda.

Tamas hizo una mueca.

—No quiero tener un Privilegiado cerca de la ciudad en este momento.

—¿Y qué hay de esa mercenaria que me has endosado, Julene?

—Eso es distinto —dijo Tamas—. El Privilegiado Borbador era un miembro de la camarilla real de Manhouch.

—Fue exiliado —dijo Taniel—. Y Bo no siente ningún cariño por el finado rey. Se unió a la camarilla real por el dinero y por las chicas del burdel.

—Y fue exiliado porque se acostó con la amante favorita del líder de la camarilla real —dijo Tamas. Se alejó de la mesa y se dejó caer sobre una silla. Restregó sus ojos, como intentando ahuyentar el agotamiento con la fuerza de la voluntad—. Hace unos pocos meses, estuvieron a punto de reincorporarlo. Organicé su transferencia a la Guardia de la Montaña para que cuando yo masacrara a la camarilla real, él no estuviera presente. Yo *presto* atención a estas cosas.

Taniel sintió un destello de gratitud y se odió a sí mismo por ello.

—¿Cómo va la caza? —dijo Tamas cambiando de tema.

Taniel permaneció de pie para dar su informe, incluso cuando su padre le hizo un gesto de que se sentara.

—La mansión de Westeven ha sido abandonada. La Privilegiada también se ha ido. Está cubriendo bien sus huellas, y los métodos de Ka-poel, aunque son precisos, no son lo suficientemente rápidos para seguirle el paso a alguien que está huyendo.

—Julene debería poder rastrearla.

—Julene es más problema que solución.

Tamas se incorporó en el asiento.

—Julene vale cada centavo que le pago. En el pasado ha resuelto algunos problemas para mí. Es discreta y comedida.

—Problemas, ¿eh? —dijo Taniel—. ¿Como esos tres Privilegiados adranos que desaparecieron el año pasado? Salió en los periódicos de Fatrasta. Estaban protestando demasiado contra tu camarilla de la pólvora, si mal no recuerdo.

—Sí —dijo Tamas.

—¿Y confías en ella?

—Mientras siga pagándole.

—Tamas, Julene es un barril de pólvora con mecha corta. Fue detrás de la Privilegiada, ella y su quiebramagos, contra mis órdenes. O tiene deseos de morir o hay algo personal en todo esto.

—¿Y cuándo te he puesto a *ti* al mando? —Tamas se puso de pie, fue hasta el escritorio y se sirvió un vaso de agua.

Taniel se puso rígido.

—Eso quedó implicado cuando me juntaste con esos dos. Yo soy un Marcado.

—Hum. —Tamas hizo una pausa—. Deja que esa Privilegiada se te vuelva a escapar de las manos, y pondré al mando a Julene. Ella es eficiente; brutal cuando necesita serlo, pero eficiente.

—Haz eso y tendrás que explicarle a tu junta por qué fue arrasada media ciudad en un enfrentamiento entre dos Privilegiadas. —Taniel no pudo evitar que su comentario sonara malicioso. ¿Tamas estaba comportándose a propósito como un idiota?

—Te daré una oportunidad más —dijo Tamas.

Taniel apretó los dientes.

—¿No confías en que haré mi trabajo? No puedes, ¿verdad? ¿Qué hace falta para que me tengas un poco de fe? ¿Cincuenta marcas de Privilegiados en la culata de mi fusil? ¿Cien marcas?

—Sé de lo que eres capaz, pero todavía eres joven. Tienes mal carácter.

—¿Y tú quién eres para hablar?

—Ojo con lo que dices. Obedecerás mis órdenes o le asignaré esta misión a otra persona. En este momento, Vlora estaría feliz de poder congraciarse conmigo.

—Puedo hacerlo —dijo Taniel con los dientes apretados.

—Entonces, demuéstralo. Haz caso de los consejos de Julene. Tiene mucha práctica en cazar Privilegiados y es una hechicera experta.

Taniel resopló.

—Por Kresimir, hablas como si te hubieras acostado con ella. —Hubo un breve silencio, un destello de peligro en los ojos de Tamas. Taniel sintió que le brotaba una sonrisa. Echó la cabeza hacia atrás y se rio—. ¡Lo has hecho! ¡Te has encamado con la mercenaria!

—Ya basta, soldado —dijo el nuevo guardaespaldas de Tamas. Estaba sentado en el sofá, observándolos a ambos a través del humo de su cigarro. Taniel le echó una mirada y luego volvió la vista hacia su padre. Observó las venas que se le marcaban en el cuello. Tamas tenía los puños apretados y le rechinaban los dientes. Taniel sintió que su orgullo chocaba contra una repentina sensación de peligro. Los dos comandantes de brigada estaban inclinados sobre un mapa de los Nueve, haciendo como que no oían la conversación entre padre e hijo.

Taniel carraspeó.

—Julene no puede rastrearla. Ella misma lo ha admitido. La Privilegiada está esparciendo auras usando la lluvia. Intenté usar mi tercer ojo, pero fue un callejón sin salida. Nuestra única posibilidad es Ka-poel, pero avanza lento. Y aun así, una vez que la alcancemos… En fin, esa mujer es poderosa. No solo por su hechicería. Le disparé tres veces. Le atravesé el estómago con mi bayoneta; ella destruyó dos edificios y desapareció. Sigue en movimiento aun después de haber recibido una herida que debería haberla matado. Es por eso por lo que quiero a Bo.

Tamas pareció recuperar el control de sí mismo.

—En absoluto. No pienso arriesgarme a tener un Privilegiado de la camarilla en la ciudad. Quizá dentro de algunos meses. Tendrás que conformarte con la ayuda que tienes. Ryze —le dijo al mayor de los comandantes, un veterano que llevaba un parche en un ojo—, necesito una compañía siempre lista para cuando Taniel la necesite. También dale un rastreador experimentado. Alguno que sea bueno en la ciudad. —El viejo comandante asintió con la cabeza, y Tamas se volvió hacia Taniel—. Puedes retirarte, soldado.

Taniel hizo un saludo fingido, se volvió y salió de la habitación. Se detuvo fuera del puesto de mando para aspirar otra raya de pólvora. El trance de pólvora se intensificó instantáneamente. Se estremeció, ver el mundo con tanta nitidez lo hizo lagrimear.

—Deja de mirarme así —le dijo a Ka-poel.

La chica imitó su gesto de aspirar pólvora y meneó la cabeza. “Demasiada pólvora”.

—Estoy bien.

Ella volvió a menear la cabeza.

—¿Tú qué sabes?

Ka-poel lo miró con ferocidad.

Taniel desvió la mirada. Gothen seguía en el otro lado de la calle, manipulando su arsenal privado para poder sentarse cómodamente sobre un escalón.

—Creo que uno de ellos le informa a Tamas —le dijo a Ka-poel—. A mis espaldas. No lo dudaría de Tamas. Nunca se ha fiado de mí. —Se restregó la nariz—. Piensa que todavía soy un niño.

Ka-poel se apoyó un puño sobre el corazón y lo señaló a él.

—¿Que me quiere? Hum. Quizá sea cierto —dijo Taniel—. Es mi padre, es su deber; y Tamas siempre hace lo correcto. Pero sería bonito que yo le *agradara* . —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a Gothen—. Nunca me han gustado demasiado los mercenarios. —Echó una mirada rápida alrededor para asegurarse de que no había nadie de las Alas de Adom que pudiera oírlo y continuó—. No se esfuerzan ni la mitad de lo que deberían por el dinero que les pagas, y al final prefieren salvar su pellejo antes que terminar un trabajo.

Ka-poel pareció quedarse reflexionando sobre eso. Ella entendía bien a Taniel, cuando le convenía, pero tardaba unos momentos en alcanzarlo cuando él hablaba muy rápido.

Ella hizo la silueta de una mujer con las manos.

—¿Julene?

Asintió con la cabeza y enseñó los dientes.

—A mí tampoco me cae bien. Podríamos haber terminado todos muertos contra esa Privilegiada. Hasta una Privilegiada (sobre todo una Privilegiada) debería saber que nadie se enfrenta a uno de ellos creyendo que va a desenfundar la pistola antes. Ella actúa como si supiera que va a ganar cada pelea.

Ka-poel lo señaló con el dedo. Taniel se rio.

—¿Yo? Yo *sí sé* que voy a ganar cada pelea.

Taniel cruzó la calle y se sentó junto a Gothen en el escalón.

—¿Dónde está Julene?

Gothen se encogió de hombros.

—Va y viene. Pero no estará ausente más que un par de horas, cuando tenemos un trabajo.

—¿Hace mucho que trabajas con ella?

—Dos años.

—¿Y para Tamas?

—Poco más de uno.

—¿Dónde estabas antes de eso?

—En Kez.

—¿Cazando magos de la pólvora?

Gothen se removió en el sitio, incómodo.

—Un Guardián que se volvió loco. Un Privilegiado que había pertenecido a la camarilla. Ese tipo de cosas, mayormente.

—Me imagino que en Kez se gana bien. —Taniel decidió no presionarlo con lo de los magos de la pólvora.

—Muy bien —dijo Gothen—. Pero tuvimos problemas mientras trabajábamos para un duque, y nos vimos forzados a salir del país a toda prisa.

Taniel hizo una nota mental de que Julene quizá le guardara rencor a Kez. Eso explicaría sin lugar a dudas por qué le caía bien a Tamas.

—¿Cómo funciona eso? —preguntó—. Un quiebramagos y una Privilegiada trabajando como compañeros. Ella no puede lanzar hechizos estando cerca de ti.

Gothen le ofreció una sonrisa torcida.

—No es tan grave como cabría pensar. Yo tengo que tocar el Otro Lado —levantó las manos, a pesar de que no llevaba puestos sus guantes— para poder interrumpir los poderes de un Privilegiado. Y además, debo estar a no más de unos tres metros de distancia de mi blanco.

—Lo que, de por sí, no es poca cosa.

—Exacto.

Taniel se inclinó hacia atrás.

—Los quiebramagos son algo muy poco frecuente. Creo que ni siquiera mi padre sabe cómo operan.

—Realmente *somos* muy poco frecuentes —dijo Gothen—. Solo conozco a uno además de mí. No nacemos así, como sucede con los Privilegiados, los magos de la pólvora o los Dotados.

—Entonces, ¿cómo?

—Es una decisión consciente —respondió Gothen. Tenía una mirada lejana en los ojos.

—¿Así de simple?

—Así de simple. Extendí la mano, toqué el otro lado y ahuyenté todas las auras. —Extrajo sus guantes de Privilegiado del bolsillo y se los mostró. Eran azul oscuro con runas doradas, no las runas de colores sobre blanco típicas de los Privilegiados—. Los guantes se volvieron de ese color al instante. Una especie de polarización, según tengo entendido. Ahora, cuando toco el Otro Lado, toda el área que me rodea queda desprovista de magia. No se puede conjurar, crear ni manipular auras. Incluso cuando no estoy tocando el Otro Lado, las auras no se me acercan a menos de quince centímetros.

—¿Es algo reversible?, ¿si quisieras ser de nuevo un Privilegiado?

—No. —Gothen volvió a meterse los guantes en el bolsillo.

Los Privilegiados eran los seres más poderosos del planeta. Arrojaban rayos con la misma facilidad con que un niño arrojaba una pelota. Comandaban el mar y la tierra. Taniel no podía imaginarse renunciar a semejante poder.

—¿Por qué? —preguntó.

Gothen dio un pisotón sobre un adoquín.

—Yo era un Privilegiado muy débil. Apenas tenía fuerza para tocar el Otro Lado, y mucho menos para comandar auras. Me fue mal en la prueba para incorporarme a la camarilla real. Estaba furioso. Y pensé: si no estaban dispuestos a sacarme de las calles y compartir conmigo sus riquezas y su poder, entonces me convertiría en lo que más temían, alguien intocable por su magia.

—Puedo respetar eso.

Gothen sonrió.

—Y ahora gano fortunas rastreándolos y eliminándolos.

—¿Has matado a muchos?

Gothen sostuvo cinco dedos en alto.

Probablemente también había matado magos de la pólvora, si había estado trabajando para Kez. Gothen no llevaba fusil de aire, pero una pistola funcionaba igual de bien si se pillaba desprevenido al mago de la pólvora.

Taniel había oído hablar de cazarrecompensas que usaban balas en cuya fabricación se había agregado oro en polvo. Si un Marcado tenía oro en el flujo sanguíneo, no podía inflamar la pólvora ni ponerse en trance. Por suerte, esa técnica en particular era tan cara como poco fiable.

—¿Qué piensas de la Privilegiada que perseguimos? —preguntó Taniel.

El rostro de Gothen se ensombreció.

—Es muy fuerte. Más fuerte que todos los Privilegiados que he tenido que rastrear. Julene dice que es solo mi imaginación.

—Yo no lo creo —dijo Taniel—. Yo estaba presente cuando destrozó esos edificios. El hecho de que tú estuvieras de pie en medio fue lo único que evitó que yo muriera. Te doy las gracias por eso.

Gothen asintió con la cabeza con algo de incertidumbre.

—Creo que hay una cosa que deberías saber.

—¿Qué?

—Cuando salté y me puse delante de ti, yo estaba tocando el Otro Lado. Estaba muy cerca de ella, lo suficiente para interrumpirla. Ella no debería haber podido alcanzar el Otro Lado. Pero lo hizo. Es algo que no ha ocurrido nunca.

Taniel se limpió una gota de sudor de la frente.

—Será mejor que le digas a tu compañera que no se confíe demasiado.

—Como si fuera a hacerme caso —dijo Gothen—. Hay algo casi… personal en esto. Como si no quisiera tu ayuda; por el abismo, como si tampoco quisiera *mi* ayuda.

Taniel resopló.

—Si es por mí, puede intentarlo sola.

—¿Intentar qué sola?

Taniel se sobresaltó. Julene estaba de pie detrás de ellos, con una mano en la cadera y el ceño fruncido estirándole la cicatriz del rostro. Se había acercado a ellos sin hacer ruido. Solo Ka-poel parecía no estar sorprendida por su llegada. Se quedaron sentados en silencio por un momento. Gothen intentó evitar la mirada feroz de Julene. Parecía estar encogiéndose. Taniel se puso de pie.

Se cayó casi de inmediato, cuando el suelo comenzó a temblar.

—¡Terremoto! —gritó alguien.

Tamas estaba apoyado en el borde de la mesa de los mapas cuando el suelo comenzó a moverse violentamente. Retrocedió trastabillando, fue arrojado contra una pared y luego cayó al suelo como si lo hubiera arrollado una carga de caballería. Se desprendió yeso del techo, la habitación quedó oscurecida por una neblina de polvo. Tamas trató de aferrarse al suelo con ambas manos, se le revolvió el estómago cuando vio que la mesa se movía de lado a lado hasta que se le rompió una pata. Cayó de costado y casi revoloteó como una hoja al viento. Los adornos cayeron de sus estantes y los muebles se desplomaron. Oyó gritos de pánico provenientes de las calles.

El terremoto terminó tan repentinamente como había comenzado. Tamas se puso de pie quitándose una nube de yeso del rostro. La habitación parecía intacta, aunque la mayoría de los muebles estaban hechos trizas. Respiró aliviado de que no se les hubiera derrumbado encima toda la casa. Muchos de los edificios de esa parte de la ciudad eran viejos y poco fiables, Tamas supuso que mucha gente no habría sido tan afortunada.

Olem había caído al suelo y una estantería se había desplomado sobre él. A Tamas le temblaban las piernas como si hubiera estado en el mar durante meses. Fue hasta la estantería y la levantó.

Olem yacía boca arriba, restregándose la frente con una mano y usando la otra para quitarse de encima los libros que habían caído sobre él. Cogió la mano que le ofrecía Tamas.

—Tenéis sangre, señor —dijo Olem.

Tamas se tocó la frente. Los dedos quedaron manchados de un color carmesí.

—Ni siquiera lo siento —dijo.

—Debe de haberos alcanzado un trozo de yeso —dijo Olem.

Tamas levantó la mirada. Había varios agujeros de buen tamaño en el techo, uno justo encima de la mesa de mando.

—Es solo un rasguño —dijo Tamas—. Estoy bien.

Observó la habitación con una sensación de mareo. Llevaría horas volver a poner todo en orden. Los mapas estaban desparramados. Se tambaleó.

—¿Seguro que os encontráis bien, señor? —preguntó Olem. Extendió una mano para estabilizarlo. Tamas rechazó la mano.

—Bien, bien. Veamos los daños de fuera.

La calle estaba sumida en el caos. La gente emergía de las viviendas pidiendo ayuda a gritos. Los mercenarios trataban de enderezar unos cañones que habían caído de costado como si no pesaran nada. De la calle habían salido despedidos muchos adoquines, como si el suelo se

hubiera flexionado debajo de ellos. Hileras completas de viviendas apretujadas se habían derrumbado, las calles habían quedado llenas de ladrillos desparramados.

Un soldado de las Alas de Adom se detuvo ante Tamas.

—Ha habido un terremoto, señor —dijo.

—Gracias, soldado. Ya me he dado cuenta. —El otro se fue apresurado, un poco aturdido. Tamas y Olem se miraron—. No solemos tener terremotos por aquí —dijo Tamas.

Olem meneó la cabeza.

—No que yo sepa.

Tamas se volvió y evaluó los daños. Habría partes de la ciudad donde las cosas estarían peor, y otras donde estarían mejor. No quería ni pensar en el caos que el temblor habría ocasionado en los muelles.

—¿No tenéis la sensación de que Diente Negro está un poco inclinado, señor? —preguntó Olem.

Tamas prestó atención. La torre negra, que se elevaba por encima de los edificios hacia el oeste, realmente parecía un poco fuera de escuadra.

—Al menos no se caído del todo. Olem.

—Señor.

—Busca unos cuantos mensajeros. Quiero evaluación de daños de toda la ciudad. Quiero saber el estado de esas barricadas. Si se ha abierto algún hueco, quizá sea nuestra oportunidad de atravesarlas.

—¿Ahora mismo?

—Desde luego. El general Westeven aprovechará el caos para adelantar las barricadas y reforzarlas con los escombros del terremoto. Nosotros también necesitamos tomar ventaja.

—¿Seguro que os encontráis bien, señor?

—Completamente. Ve.

Olem salió corriendo. Tamas esperó a que se hubiera perdido de vista y se dejó caer contra el muro que tenía detrás. La cabeza le latía donde había recibido el golpe. Vio figuras pasando deprisa por encima de la barricada que había calle abajo, corriendo para coger ladrillos y trozos de mampostería, y arrojándolos hacia el interior.

—¡Ryze! —dijo Tamas. El comandante de los mercenarios vino andando por entre los escombros—. ¿Alguno de esos cañones funciona?

—Los ejes están torcidos y las ruedas rotas. Tendremos que llamar a algunos herreros para que los reparen.

Tamas señaló las barricadas.

—Pasad la voz entre vuestros muchachos de que se adelanten hasta estar dentro del rango de tiro. No permitáis que Westeven refuerce sus barricadas.

Ryze saludó y se alejó gritando órdenes a sus hombres.

Tamas volvió a entrar. Encontró una silla, la enderezó y hurgó por el desorden hasta que encontró una chaqueta extra. Hizo una bola con ella y se la apoyó contra la cabeza. Se dejó caer enla silla.

—Os saldrá un chichón terrible en la frente.

En la entrada había un hombre con las manos en las caderas, observando los desperfectos causado en el interior de la casa. Tenía el cabello negro y largo, atado en una trenza que le colgaba sobre un hombro, y un fino bigote. Era un hombre corpulento, de unos ciento treinta kilos o más, y le sacaba a Tamas una cabeza y media. Su piel tenía un leve tono amarillento, lo que dejaba entrever una ascendencia rosveliana, pero hablaba con el acento de un adrano nativo. Llevaba los pantalones marrones y la camisa blanca de los trabajadores de la ciudad, debajo de una chaqueta deshilachada.

—Sí —dijo Tamas, tocándose delicadamente la frente con los dedos —. Creo que sí. ¿Sois médico?

El recién llegado se miró las manos, sorprendido.

—No, me temo que no. Estas manos regordetas solo tienen una vocación: la cocina.

—¿Un cocinero? —Enviaba a Olem un minuto a otro lado y ya se le aparecía cualquier gentuza en su centro de mando—. Si necesitáis ayuda, estoy seguro de que los soldados de ahí fuera están levantando un hospital de campaña.

El otro entrecerró los ojos.

—¿Cocinero? —replicó—. ¿Parezco un simple abastecedor de sopa aguada y carne medio cruda? Soy un chef, maldición, y en el futuro tened cuidado a la hora de llamar a alguien “cocinero”. Es posible que hiera algunos sentimientos.

Tamas apartó la mano de la herida de la cabeza y lo fulminó con la mirada. ¿Quién diablos se creía que era? Su gesto de diversión se convirtió en fastidio cuando el otro entró en la habitación, colocó una silla cerca de él y se sentó.

—¿Sabéis quién soy yo? —preguntó Tamas.

El otro agitó una mano, mientras con la otra se acomodaba la enorme barriga sobre el regazo.

—El mariscal de campo Tamas, si no me equivoco.

“Qué descaro”.

—¿Y vos sois…?

El otro extrajo un pañuelo del bolsillo y se secó la frente.

—Aquí hace demasiado calor. ¿Dónde están mis modales? Soy Mihali, hijo de Moaka, lord de los Chefs Dorados.

Los Chefs Dorados le sonaban familiares a Tamas, pero no lograba recordar de qué.

—¿Moaka? —preguntó—. ¿El na-barón?

—Mi padre prefería considerarse un experto culinario por encima

de todo lo demás, que Kresimir lo acoja en su seno.

—Sí —dijo Tamas. Se tocó la cabeza con cuidado. Parecía que había dejado de sangrar, pero el dolor de cabeza empeoraba—. Una vez asistí a una de sus galas. La comida no tenía comparación. Falleció el año pasado, ¿verdad? —Tampoco era lógico encontrarse allí con el hijo de un na-barón. ¿Dónde demonios estaba Olem?

—Siempre cocinaba él mismo. —Mihali dejó caer la cabeza—. Una pena. Su corazón cedió cuando probó mi soufflé de cordero. Estaba muy orgulloso de que yo finalmente lo hubiera superado. —La mirada de Mihali vagó por la habitación, perdida en los recuerdos.

—Disculpad —dijo Tamas. El latido que sentía en la cabeza comenzó a intensificarse—. ¿Por qué diablos estáis aquí?

—Ah —dijo Mihali—. Mis disculpas. Soy el dios Adom encarnado.

Tamas no pudo evitarlo. Comenzó con una risita, luego se rio a carcajadas. Se dio una palmada en la rodilla.

—San Adom, ¿eh? Esa sí que es buena. Ay. —Se cogió la cabeza con las manos. Reírse no había sido buena idea.

—“San” —refunfuñó Mihali—. Llevo el orden al caos que rodea Kresimir, y esta gente me relega a la santidad. En fin, no se puede ganar todas las veces, ¿verdad?

Tamas se las arregló para contener la risa.

—Por Kresimir, ¿habláis en serio?

—Por supuesto —dijo Mihali. Se llevó una mano al corazón—. Lo juro por la sopa de calabaza de mi madre.

Tamas se puso de pie. ¿Sería alguna clase de broma? ¿De Sabon? O quizás Olem. Olem se pasaba de descarado.

—Olem —llamó. No hubo respuesta. Maldijo entre dientes. Le había dicho que enviara mensajeros, no que fuera a inspeccionar la ciudad él mismo—. ¡Olem! —Asomó la cabeza al corredor. No se veía a nadie.

Se volvió y quedó cara a cara con Mihali. El otro miró hacia la puerta.

—Preferiría no conocer más gente aún, gracias —dijo—. No quiero causar una conmoción. Conocer a un dios es algo muy fuerte. Creo.

—¿Qué sois?, ¿un actor? —dijo Tamas. Le hincó un dedo en la barriga, para ver si había rellenado la camisa. Era todo grasa—. Ha sido un gran espectáculo, pero no estoy de humor.

Mihali señaló la frente de Tamas.

—Habéis recibido un golpe muy fuerte —dijo—. Sé que es mucho para asimilar. Quizá debáis sentaros un momento. Mis recuerdos son imperfectos en este cuerpo, pero lo haré lo mejor que pueda. —Carraspeó—. Los Privilegiados que murieron, ¿os hicieron la advertencia que se suponía que debían haceros?

Tamas interrumpió el proceso de palparse la herida de la cabeza.

Agarró a Mihali de las solapas de la chaqueta.

—¿Qué advertencia?

Mihali parecía verdaderamente perplejo. Encogió los hombros a modo de disculpa.

—Como acabo de decir, mis recuerdos no son lo que deberían ser. —Pareció animarse—. Pero con el tiempo mejorarán. Creo.

—No más bromas. ¿Quién diablos eres?

Tamas salió volando contra la puerta y se golpeó el hombro, luego cayó al suelo. Por un momento pensó que Mihali lo había golpeado, pero luego se dio cuenta de que se trataba de otro terremoto. Con el corazón en la boca, se aferró del marco de la puerta viendo cómo caía más yeso y rezando para que ahora no se viniera abajo todo el edificio. El terremoto terminó en cuestión de segundos.

Se puso de pie y se quitó el polvo. Buscó en la habitación. El visitante ya no estaba. Apretó los dientes y volvió a asomarse al corredor. Olem estaba allí, recuperando el equilibro contra la pared.

—¿Dónde diablos estabas? —dijo Tamas.

—Buscando mensajeros —dijo Olem—. ¿Está todo bien, señor?

Tamas lo miró con desconfianza. Ni siquiera una leve sonrisa. Nadie podía gastar una broma tan bien.

—Bien. ¿Has visto pasar a alguien por aquí?

Olem miró a su superior y luego miró a ambos lados del pasillo. Se inclinó y recuperó de entre los escombros del suelo un cigarro aún encendido.

—No, señor.

Tamas volvió a su puesto de mando. Estaba seguro de que en la casa había una puerta trasera, pero nadie podría haber cruzado la habitación con el suelo temblando así.

“¿Cuán fuerte me he golpeado la cabeza?”.

Capítulo 10

Adamat se detuvo en su hogar para coger sus pistolas. Habían pasado cinco días desde que contrató a SouSmith, y el acordonamiento alrededor del centro de la ciudad no les había dado oportunidad de colarse en los Archivos Públicos. Eso había cambiado con el terremoto. Toda la ciudad era un desastre. Se habían derrumbado edificios, y las calles estaban llenas de gente sin hogar. Adamat aprovechó la ocasión para explorar las posiciones realistas en busca de alguna manera de entrar en los Archivos. No tuvo suerte.

Había oído rumores de que Tamas llevaría a todo su ejército a la ciudad y se abriría paso por entre las barricadas a la fuerza, pero parecía que había puesto a sus soldados y mercenarios por igual a ayudar a los ciudadanos, más que a tomar las barricadas. Una vez que comenzaran las hostilidades, Centestershire se volvería muy peligroso. También corría el rumor de que los magos de la pólvora de Tamas continuaban persiguiendo a una Privilegiada fugitiva por las calles de Adopest. Andar por las calles de la ciudad no era para los débiles de corazón.

Cada tres días, Adamat recibía un mensajero de parte de Tamas. Cada tres días, se veía forzado a informar que no había hecho ningún progreso. Era frustrante tener al mariscal de campo respirándole en la nuca y no poder mostrarle algún resultado.

Adamat se inclinó junto a la puerta de entrada para recoger el correo. Al menos Tamas mantenía eso en funcionamiento. Era difícil no admirarlo por ello. Esperó a que entrara SouSmith, luego cerró la puerta con el pie. SouSmith le tocó el hombro.

Al fondo del corredor, y pasando la cocina, se veía que la puerta trasera estaba entreabierta. Adamat dejó las cartas sobre una mesita auxiliar y extrajo un bastón del soporte que había cerca de la puerta. SouSmith se dirigió hacia la sala de estar. Adamat dobló la esquina detrás de él con el bastón en alto. Lo bajó poco a poco.

—Me has ahorrado un viaje —dijo.

Palagyi estaba sentado en la silla favorita de Adamat, junto a la chimenea, con las manos apoyadas sobre el regazo. Estaba con los mismos dos matones que la vez anterior. El ladrón estaba recostado en el sofá, con las botas puestas, y el gigante de los brazos manchados de carbón estudiaba el retrato familiar que estaba sobre la chimenea. Había un cuarto hombre sentado detrás del escritorio de Adamat, con las manos apoyadas serenamente sobre el regazo.

Palagyi abrió los ojos al ver a SouSmith.

—¿Ibas a ir a verme? —dijo.

—Así es.

—No puedo imaginarme por qué. No hay forma de que tengas el dinero que me debes. —Volvió a mirar a SouSmith con nerviosismo.

Adamat tomó aire y recuperó la compostura.

—No, pero tengo una parte. Dijiste que me dejarías en paz hasta que se acabara el tiempo.

—Y así lo he hecho —dijo Palagyi.

Adamat miró a todos los presentes.

—Todavía me queda más de un mes.

—Me diste una dirección incorrecta para que fuera a ver a tu familia —dijo Palagyi.

—Te di la dirección de mis primos —dijo Adamat.

—¿Tus primos son una familia de luchadores?

—Son siete hijos, todos han salido al padre —dijo Adamat—. Tienen mucho éxito como boxeadores.

—Sí —dijo Palagyi—. Bueno, como sea, tu familia no estaba allí.

—¿En serio?

—Y cuando mis muchachos insistieron con las preguntas, los echaron de la aldea —dijo Palagyi—. Cubiertos de alquitrán y plumas.

—No me imagino por qué —dijo Adamat. Sonrió para sus adentros, pero mantuvo el rostro inexpresivo.

Palagyi se esforzó por controlarse.

—Estoy dispuesto a olvidar todo esto.

Adamat se quedó helado. Palagyi estaba planeando algo.

—¿Por qué? —preguntó.

Palagyi se miró las uñas.

—Quiero presentarte a mi nuevo amigo —dijo. Hizo un gesto hacia el hombre sentado en el escritorio—. Este es lord Vetas. Es un hombre de muchos talentos. Y tiene amigos poderosos.

—Encantado de conoceros. —Adamat le hizo un gesto leve con la cabeza y lo observó rápidamente.

El tono de su piel era el grisáceo amarillento de un rosveliano de pura sangre. Su vestimenta era completamente negra, salvo por un chaleco escarlata y la cadena de oro de un reloj de bolsillo, visible sobre el bolsillo del pecho. Estaba sentado en la silla de Adamat como

un escolar con postura perfecta, y sus ojos iban y venían por la habitación en una inspección meticulosa de alguien que lo ve todo.

—Tú sabías lo del golpe de estado —dijo Palagyi, volviendo a tener la atención de Adamat—. Incluso antes que los periódicos. La noche anterior, estuviste ausente varias horas. Te llamaron de algún lado. Mi hombre te vio irte. Volviste e inmediatamente subiste a tu familia a un carruaje hacia...

—Hacia un lugar seguro —dijo Adamat.

—Hacia un lugar seguro —continuó Palagyi—. Luego escribiste montones de cartas. Las enviaste a quién sabe dónde. Te fuiste prácticamente corriendo hasta la universidad y te perdiste la ejecución, lo que resulta extraño, ya que es algo que no hizo nadie más en todo Adopest. Desde entonces has estado merodeando por la ciudad, contratando carruajes hacia el norte y hacia el este, escribiendo más cartas. Has estado en todas las bibliotecas del sur de Adro.

—Veo que has contratado gente más eficiente para seguirme —dijo Adamat.

—Así es. —Palagyi se frotó las uñas contra el chaleco.

—Y aun así, ¿te ha llevado todo este tiempo sacar una conclusión?

—No pienso dejar que me arruines el estado de ánimo —dijo Palagyi—. Estás trabajando para Tamas. Sé que así es. Y también lo sabe lord Vetas. Junto con su amo.

Adamat estudió al hombre sentado detrás de su escritorio.

—¿Y quién sería ese?

—Alguien que tiene un interés personal en los asuntos de Adro y del resto de los Nueve. —Era la primera vez que lord Vetas hablaba. Tenía una voz silenciosa y medida, cuya pronunciación dejaba entrever a un hombre educado en las mejores escuelas.

—¿Un delincuente? —dijo Adamat—. Palagyi rara vez hace tratos con otro tipo de personas. ¿El Propietario, quizá?

Lord Vetas lanzó una risita irónica.

—No —dijo.

—Basta de querer cambiar de tema —gritó Palaygi. Se puso de pie —. Ahora trabajas para Tamas, ¿verdad?

—Siéntate —dijo lord Vetas. Palagyi se sentó.

—¿Y si es verdad? —preguntó Adamat.

Palagyi abrió la boca.

—Silencio —dijo lord Vetas. Pronunció la palabra con suavidad. La boca de Palagyi se cerró—. Puedes irte, Palagyi. Ya nos has presentado.

Palagyi miró a lord Vetas con ira.

—No creas que te llevarás tú el mérito de esto. Lo he descubierto yo. Le dije a lord...

Una cuerda rodeó el cuello de Palagyi y se tensó con fuerza por detrás de él. Adamat desenvainó la espada del bastón, SouSmith extrajo su pistola. Lord Vetas levantó una mano. Adamat se quedó helado. Observó con fascinación morbosa el modo en que Palagyi forcejeaba con las poderosas manos de su propio matón, el trabajador de carbón de reflejos rápidos. El rostro de Palagyi se tornó púrpura, y el matón mantuvo la cuerda apretada alrededor de su cuello durante un buen rato, incluso después de que el otro ya había muerto. Adamat bajó la espada.

Lord Vetas volvió a juntar las manos sobre el regazo.

—Acabo de adquirir vuestra deuda del finado Palagyi. Por vuestro bien, os conviene trabajar para mí a partir de ahora.

—¿Haciendo qué? —La mente de Adamat trabajaba a toda velocidad. Palagyi había sido un delincuente predecible. Adamat sabía cómo arreglárselas con él. Pero el tal lord Vetas era un hombre peligroso. Peligroso como el Propietario: de los que hacían que los policías se jubilaran antes de tiempo.

—Quiero saberlo todo acerca de Tamas. Todo lo que hace, todo lo que os dice a vos. Lo que os hace investigar.

—Mi lealtad no está a la venta —dijo Adamat.

—Entonces, tendréis que cambiar de lealtad.

—No sé quién sois vos, ni quién es vuestro amo —dijo Adamat—. Yo soy leal a Adro, y eso no cambiará.

—Mi amo vela por el bienestar de los Nueve, os lo aseguro —dijo lord Vetas. Su voz silenciosa y sibilante comenzaba a irritar a Adamat. Casi tenía que esforzarse para oírlo.

—Los Nueve no son lo mismo que Adro —dijo Adamat—. Por lo que yo sé, bien podéis estar trabajando para Kez. Los periódicos dicen que los keseños enviarán embajadores y que aún desean que Tamas firme los Acuerdos.

—No trabajo para Kez.

—Entonces, ¿para quién?

—Eso es irrelevante para vos.

—No os estáis ganando mi simpatía —dijo Adamat—. ¿Entráis en mi hogar, matáis a un hombre en mi propia sala de estar, y me amenazáis? ¿Qué os hace pensar que no haré llamar a la policía?

Una sonrisa superficial pasó por el rostro de lord Vetas.

—Yo no soy el tipo de persona a quien se denuncia a la policía —le advirtió—. Vos deberíais saberlo mejor que nadie.

—Sí. Ya me había dado cuenta. —Adamat apretó los dientes—. Vos sois el tipo de hombre que da rostro a la maldad.

Lord Vetas pareció desconcertado.

—¿La maldad? No, señor mío. Solo soy pragmático.

—Ya conozco a los de vuestra clase. Y vos parecéis conocerme a mí.

O pensáis que me conocéis. Ahora, salid de mi hogar. —Adamat le echó una mirada a SouSmith. A Palagyi lo había estrangulado su propio hombre. ¿Le sucedería lo mismo a él? ¿Era SouSmith un amigo realmente? El boxeador parecía intranquilo. Miró a los dos matones y a lord Vetas y se chasqueó los nudillos, como hacía cuando estaba listo para una pelea—. Os pagaré vuestro dinero —dijo Adamat—, si verdaderamente habéis adquirido mi deuda. O me enfrentaré a las calles cuando me echéis de mi casa. No pienso traicionar a un cliente ni a mi país.

Lord Vetas se examinó las manos, pensativo. Se puso de pie y cogió su sombrero del escritorio.

—Regresaré cuando tenga con qué presionaros. —El comentario tenía un tono práctico, pero la expresión "con qué presionaros" le provocó a Adamat un escalofrío por toda la columna—. Mientras tanto, como muestra de buena voluntad de mi amo, suspenderemos vuestra deuda. —Pasó por delante de Adamat y se quitó el sombrero —. Considerad nuestra oferta de trabajo. —Le dio a Adamat una tarjeta con una dirección impresa en el dorso.

No fue hasta que lord Vetas y sus gorilas se fueron cuando Adamat recordó el cadáver sentado en su silla favorita. Contempló a SouSmith con gravedad.

—Busca algo para almorzar en la despensa. Yo pensaré qué podemos hacer con eso.

—Jakob te tiene mucho cariño —dijo la mujer.

Nila estaba sentada frente a ella en la mesa de un café, bebiendo una taza de té caliente. El sol brillaba en lo alto mientras una brisa fuerte recorría las calles, y casi la hizo olvidarse de las barricadas que había en el otro lado del edificio, donde los partidarios realistas se encontraban en una cautelosa suspensión de hostilidades en su enfrentamiento contra los soldados de Tamas, que eran más numerosos y estaban mejor entrenados.

—No puedo quedarme —dijo Nila.

La mujer la observó por encima de su taza de té. Se llamaba Rozalia y era una Privilegiada. Los Hielman decían que ella era la única Privilegiada que quedaba en todo Adro, pero nadie sabía de dónde había salido. No era miembro de la camarilla real de Manhouch. Era imposible saber el motivo por el que mostraba interés por ella. Nila no tenía idea de cómo actuar en presencia de una Privilegiada. No podía hacer una reverencia sentada. Mantuvo la mirada en su taza y trató de mostrarse lo más cortés posible.

—¿Por qué no, niña?

Nila se irguió en el asiento. Ella no se consideraba una niña. Con dieciocho años, ya era una mujer. Sabía lavar, planchar y remendar

prendas, y quizás algún día se habría casado con Yewen, el hijo del mayordomo, si el mundo entero no se hubiera ido a la porra con el golpe de estado de Tamas. Yewen ya no estaba; quizás había huido, quizás había muerto en las calles.

Cuando Nila no respondió, Rozalia continuó.

—Mañana por la mañana iremos a parlamentar con Tamas. Si entra en razón, si el general Westeven puede hacerlo entrar en razón, quizá te conviertas en la niñera del nuevo rey de Adro.

—No soy una niñera —dijo Nila—. Yo lavo ropa.

—Eso no tiene por qué definirte, niña. Yo he sido muchas cosas durante mi vida. Ser una Privilegiada no constituye ni la mejor ni la peor.

¿Qué podía ser mejor que ser un Privilegiado?

—Lo lamento —dijo Nila.

Rozalia suspiró.

—Habla en voz alta, niña. Mírame a los ojos. Ya no eres la lavandera de un duque.

—Yo soy una plebeya, señora… milady. —Nila trató de recordar cómo dirigirse a un Privilegiado. Nunca se había cruzado con uno hasta ese día.

—Le has salvado la vida al más próximo heredero al trono —dijo Rozalia—. Se han otorgado baronías a plebeyos por menos que eso. —Nila tragó saliva y trató de no imaginarse como una baronesa de alguna tierra al norte de Adro. Ese tipo de cosas no le sucedían a ella. Pudo sentir la mirada de la otra—. Piensas que vamos a perder —dijo Rozalia. Esperó un momento a que Nila respondiera, y agregó impaciente—: Di lo que piensas, puedes hablar conmigo.

Nila levantó la mirada.

—El mariscal de campo lleva toda la ventaja —dijo—. No ejecutará a media nobleza solo para poner a Jakob en el trono. Dentro de algunas semanas habrá tirado abajo las barricadas y habrá enviado a la guillotina a Jakob y a todos los nobles que lo apoyaron. Yo quisiera no estar aquí cuando eso suceda. No quiero verlo.

Nila se preguntó, no por primera vez, si había sido un error entregar a Jakob al general Westeven. Podría haberse ido con él a Kez. La plata que se llevó consigo habría sido más que suficiente para pagar el viaje.

—Niña lista —dijo Rozalia, y se llevó un dedo a la barbilla. Nila se cruzó de brazos—. ¿Qué harás cuando hayas podido evadir el bloqueo de Tamas y logres salir de la ciudad?

¿Por qué podía interesarle eso a una Privilegiada? Nila se dio cuenta de que no había pensado en eso. Tenía la plata. Casi toda, al menos. Había necesitado ropa nueva y medicamentos para Jakob, y un lugar donde ocultarse durante los disturbios.

—Podría unirme al ejército. Siempre necesitan lavanderas, y la paga es buena —dijo.

—En el mejor de los casos, terminarás siendo la esposa de un soldado —dijo Rozalia—. Qué desperdicio.

—Es mejor eso —dijo Nila en voz baja— que morir aquí por una causa perdida.

—¿Qué crees que habrían hecho los soldados de Tamas si te hubieran sorprendido llevándote a Jakob de la residencia del duque? Tienes valor, niña, y no quieras hacerme creer que no amas a ese niñito. Si no te importara nadie más que tú misma, en este momento estarías camino de Brudania. Quédate aquí. Cuida a Jakob. Si las negociaciones de mañana van bien, terminarás siendo rica. Y si no… quizá tengas que volver a salvarle la vida.

Si se quedaba con Jakob, podría convertirse en una mujer acaudalada, como decía Rozalia. O podría seguirlo a la guillotina. Recordó las manos del soldado sujetándola, la sensación de impotencia y horror. No vendría un sargento de barba a salvarla la próxima vez que los soldados de Tamas aparecieran por la puerta. Tenía plata enterrada en un rincón del cementerio, justo a las afueras de la ciudad. Nunca tendría que volver a sentir ese miedo.

Nila no pudo evitar preguntarse si Rozalia tenía otros motivos para desear que ella se quedase. Los Privilegiados usaban a la gente común. No la ayudaban. Tenía que haber un motivo para que ella mostrara tanto interés.

Jakob apareció por encima del hombro de Rozalia. Su palidez había disminuido a pesar del estrés de las dos semanas anteriores. Rozalia había hecho algo para curarle la tos. El pequeño sonrió y saludó a Nila con la mano, luego se distrajo con una mariposa que revoloteaba entre los escombros de un edificio tumbado por el terremoto. Ella lo contempló mientras él perseguía al insecto dando saltos, seguido por un par de Hielman atentos.

—Me quedaré —dijo—. Por ahora.

—Puedes poner fin a esta situación sin más vueltas —dijo Julene.

Tamas observó a la mujer recostada sobre la silla, al otro lado de su escritorio. Había venido sola, por iniciativa propia, y había dejado a Taniel y al quiebramagos a saber dónde. Llevaba una camisa escotada que revelaba lo suficiente para encender la imaginación, pero lo bastante ceñida para moverse rápido si lo deseaba. Tamas sabía que el efecto no era accidental. Sin embargo, él no era un hombre que fuera a cometer dos veces el mismo error. Julene era una mujer peligrosa. La clase de persona que usaba cualquier arma a su disposición con tal de llevar la ventaja. Desvió la mirada de su pecho y de la cicatriz que iba desde la comisura del labio hasta la frente.

Aquella cicatriz le llamaba la atención. Había Privilegiados que se dedicaban a la magia curativa. Era un arte complicado, y eran pocos los que lo practicaban; pero Julene, con lo que cobraba por sus servicios de mercenaria, podía costearlo sin problemas. Quizá le gustaba parecer mortífera.

—¿Cómo?

—Asesinos —dijo ella—. Envía hombres detrás de las barricadas. Elimina a todos los líderes y el resto se rendirá enseguida.

Tamas resopló.

—He estado haciendo todo lo posible, sin éxito, para reunir la antigua red de espías de Manhouch, ¿y quieres que encuentre suficientes asesinos para derribar esa barricada? Estás loca.

—Usa a los Barberos de la Calle Negra.

—¿La banda callejera?

Julene asintió con la cabeza.

—No será barato, pero son los mejores en lo que hacen. Ellos pondrán fin a esta guerra civil.

—No se puede controlar a las bandas.

—Sí, si uno cuenta con la cantidad de dinero apropiada —dijo Julene—. Los Barberos son distintos. Más organizados. Están bajo el mando de Ricard Tumblar. Él los usa para vigilar los muelles.

—El asesinato es muy arriesgado. Podría hacer que el pueblo se ponga en mi contra.

—Te comportas como un necio.

—Solo soy cuidadoso.

—Si no piensas contemplar esa opción, me necesitas en el parlamento.

—¿Por qué? —Tamas revisó su reloj. El parlamento estaba organizado para las diez en punto. Faltaban dos horas.

—Porque el general Westeven está aliado con esa Privilegiada que estamos persiguiendo. Ella estará allí. No me sorprendería que te ataque.

—Tengo a mis magos de la pólvora para eso.

—Tu muchacho le disparó tres veces y le atravesó el estómago con una hoja de acero. ¿Tus otros Marcados tienen algo más que poner sobre la mesa?

Aquello confirmaba el informe de Taniel. Esa Privilegiada era algo distinto. Algo peor.

—Tú la conoces, ¿no? —dijo—. Esto es personal. Me doy cuenta por cómo hablas. Tú quieres ver muerta a esta mujer.

—No seas absurdo.

—Te he pedido que mates a siete Privilegiados en los últimos dos años. En cada ocasión, te comportaste de manera fría, mecánica.

—Y en cada ocasión me las arreglé para matarlos en un día o dos

—dijo Julene—. Esto *está* volviéndose personal. Quiero muerta a esa perra.

—¿Entonces no la conoces?

—Por supuesto que no.

Mentía. Tamas se daba cuenta por la forma en que se le endurecían los ojos al hablar. Era un tic casi imperceptible, y hacía muy poco que lo había notado, pero Julene ponía un poco de candor extra a sus mentiras cuando quería que le creyeran. Ahora bien, ¿por qué no decía la verdad?

—¿Crees que podrás con ella si intenta algo? —preguntó Tamas.

—Por supuesto. Escapó cada una de las veces que comenzamos a luchar. Como mínimo, la espantaré.

—Estate allí —dijo Tamas—. Dentro de una hora. Lleva a Gothen y a Taniel y a su salvaje. Y no hagas ninguna tontería.

—Solo estaré allí para protegerte a ti —dijo Julene.

Tamas estaba de pie junto a un cañón reparado, observando la hilera de hombres pasar por encima de la barricada bajo una bandera blanca. Olem estaba en el otro lado, inclinado sobre el cañón y hablando en voz baja con Sabon. Vlora se encontraba en alguna parte detrás de él, con los comandantes de brigada Ryze y Sabastenien, los únicos dos comandantes mercenarios apostados en la ciudad. Taniel apuntaba con su fusil hacia las barricadas. Julene se ajustaba los guantes distraídamente, su compañero quiebramagos estaba junto a ella. Unos quince metros más atrás había toda una compañía de soldados adranos, en posición de firmes. Tamas quería que el general Westeven supiera cuán grave era su situación.

Aquel iba a ser un parlamento crucial. Tamas sentía que tenía casi todas las de ganar, pero el general era un comandante increíblemente capaz. Con solo prolongar la guerra civil, podría desbaratar los planes de Tamas.

—Un grupo patético —dijo Olem haciendo un gesto hacia los realistas que se acercaban.

Tamas no emitió ningún juicio. Hacía ocho días que los realistas estaban agazapados detrás de sus barricadas. Estaban sucios y desarreglados, pero no mostraban señales de sufrir una inanición inminente, o siquiera de fatiga. Por muy destartaladas que estuvieran las barricadas, el general Westeven se aseguraría de que cada hombre y mujer que estuviera a su servicio durmiera en una buena cama y tuviera suficiente comida; no le resultaría difícil, dado que había capturado los graneros principales de la ciudad. En ese momento, los realistas estaban comiendo mejor que la mayor parte de la ciudad.

Tamas flotaba en un trance de pólvora leve, lo que le permitía examinar los rostros desde lejos con facilidad. Conocía al general

Westeven, un hombre alto y calvo, con manchas rojas en el cuero cabelludo. La edad lo había reducido a poco más que un trozo de piel estirada sobre los huesos, y se movía con lentitud a causa de un reumatismo avanzado. Sin embargo, ese no era motivo suficiente para subestimarlo. Su mente seguía tan afilada como una daga.

Tamas no reconoció a ni uno de los hombres que acompañaban al general. Eran nobles, a juzgar por sus galas desaliñadas. Hombres que se habían escabullido por entre las redes de sus soldados la noche del golpe, o que eran de muy poca importancia para prestarles atención.

Sí reconoció a una mujer que estaba entre ellos. Era la Privilegiada que había matado a Lajos y a los demás. Parecía estar en perfecto estado, a pesar de las heridas que Taniel, en teoría, le había infligido. A lo mejor Taniel se equivocaba. A lo mejor había errado el disparo. La mirada de Tamas se cruzó con la de ella por un momento. Ella lo miró impasible.

Taniel no erraba.

Hubo una pausa en el grupo realista, y surgió una breve discusión antes de que terminaran su recorrido y se formaran frente a Tamas y sus mercenarios. Eran veinte personas, y Westeven era el único soldado de todo el grupo. Tamas se dio cuenta, con disgusto, de que aquello no era una oposición. Era un comité.

—¡Mariscal de campo Tamas —dijo un noble obeso que llevaba una faja manchada—, ordenad a vuestros hombres que se retiren! Venimos bajo bandera de tregua.

Tamas echó una mirada hacia los soldados que tenía detrás de él. Estaban en posición de firmes y con los fusiles al hombro.

—Westie —dijo—. Me alegro de verte.

Westeven le hizo un gesto con la cabeza.

—Ojalá fuera en mejores circunstancias, amigo mío.

—No habría rencores si ahora mismo abandonaras ese grupo. Serías un aliado formidable para reconstruir la nación.

—Según lo veo yo —dijo Westeven—, tú eres el que la está destruyendo.

—Sin duda puedes ver la corrupción —dijo Tamas—. Destruir a la nobleza era lo mínimo que se podía hacer para salvar Adro.

Westeven tenía los ojos cansados, el rostro tenso. Parecía querer darle la razón desesperadamente.

—Hay más en juego de lo que tú imaginas. Y tú has asesinado a mi rey, Tamas. No puedo perdonarte eso.

—¡Tu rey estaba a punto de entregarle todo el país a Kez! —El tono de voz de Tamas se elevó bruscamente. Westeven era un hombre listo. No, un hombre muy inteligente. ¿Cómo no podía ver lo que estaba intentando hacer él? ¿Cómo podía interferir?—.Yo no podía permitir que se firmaran los Acuerdos y que el país fuera vendido y convertido

en vasallo. ¿Qué es lo que hay en juego más importante que la gente?

El general miró a los miembros de la guardia de Tamas.

—No voy a hablar de eso aquí. —Los ojos se le endurecieron—. Hemos venido para negociar.

—¿Con base en qué? —preguntó Tamas—. Estáis completamente rodeados. Tengo más hombres...

—Yo tengo veinte mil detrás de esas barricadas.

—… incluidos mujeres y niños, quizá —le espetó Tamas—. Puede que tengas a algunos Dotados peligrosos, como mucho, y a esa. —Hizo un gesto hacia la Privilegiada—. Pero yo tengo una docena de magos de la pólvora y suficientes cañones para arrasar media ciudad.

—¿Te refieres a la media ciudad que no ha sido destruida por el terremoto? —La calma de Westeven era exasperante. Tamas apretó los dientes—. Yo tengo tiempo —continuó—. Controlo los graneros y los arsenales principales de la ciudad, alimentos y armas que tú necesitas, porque los embajadores keseños llegarán en cualquier momento, y si ven que estamos en guerra entre nosotros, olerán la sangre, y en cuestión de semanas un ejército de Kez llamará a nuestra puerta. E incluso si eso no sucede, el pueblo comenzará a cansarse de esta guerra civil. Verán a tus soldados y mercenarios como una carga. Se volverán contra ti cuando no puedas alimentarlos, cuando no puedas reconstruir su ciudad.

El muy cabrón podía leer sus problemas como si fueran un libro abierto. Tamas evaluó al grupo de nobles.

—¿Qué propones?

El hombre de la faja manchada dio un paso adelante.

—Yo soy el vizconde Maxil —dijo. Levantó una hoja y le echó una mirada—. Tenemos una lista de exigencias.

Tamas le quitó la hoja antes de que Maxil pudiera objetar. Comenzó a leer el listado.

—¿Realmente esperáis que renuncie?, ¿que me arreste a mí mismo? —miró a los nobles con incredulidad.

—¡Habéis cometido alta traición! —dijo uno de ellos—. ¡Habéis asesinado a nuestro rey!

Tamas los fulminó con la mirada, y los nobles desviaron la vista, hasta que otro hombre dijo en voz baja:

—Estamos dispuestos a negociar sobre ese punto.

Tamas continuó leyendo. Comenzó a menear la cabeza aun antes de terminar el siguiente párrafo.

—¿Pretendéis repartiros entre vosotros todas las tierras del rey y de los nobles que han sido ejecutados? ¿Qué creéis que soy?, ¿un idiota?

—Esos son puntos para negociar —dijo Maxil.

—Acabáis de decir que eran exigencias.

—Más bien una negociación —dijo Maxil desviando la mirada.

Tamas devolvió la lista.

—Westie, ¿podrías hacerlos entrar en razón?

Westeven se encogió de hombros.

—Negocia, Tamas. Te lo ruego.

—Dame un momento.

Tamas retrocedió hasta detrás de los cañones y llamó con un gesto a los comandantes de brigada. Se le acercaron Olem, Vlora, Sabon, el comandante Ryze y el comandante Sabastenien. Julene se quedó a un lado, con la mirada clavada en la otra Privilegiada con la intensidad de un felino.

Sabastenien habló primero.

—No tienen fundamentos para negociar. —Era un hombre joven, apenas mayor que Taniel, y a Tamas le costaba tomarlo en serio. Pero no en vano se llegaba a comandante de brigada de las Alas de Adom a esa edad.

—Me temo que sí los tienen —dijo Sabon—. Westeven tiene razón. No hay tiempo. Si los embajadores keseños llegan y nos ven en este estado…

—Por no mencionar los graneros —dijo Tamas—. Hemos reducido un tercio las raciones del ejército para tener un mínimo para las carretas de pan de la ciudad. La gente tiene hambre. No tolerará esta situación mucho tiempo más.

—La junta se pondrá furiosa si tomas alguna decisión sin ella —comentó Vlora—. Señor —agregó.

—Este es un asunto de guerra, capitana —dijo Tamas—, y en ese sentido me han otorgado todo el poder. Negociaré según lo crea conveniente. —Se volvió hacia Ryze—. ¿Podemos tomar esas barricadas sin perder miles de hombres?

Ryze reflexionó un momento.

—Solo si los bombardeamos antes. Y aun así, nos costará caro.

Tamas puso los ojos en blanco. Ryze había sido comandante de artillería antes de incorporarse a las Alas de Adom. Consideraba que bombardear era una solución para todo.

—¿Y si no los bombardeamos?

—Será una matanza —dijo Ryze—. Para ambas partes.

—Mierda.

Tamas volvió con los realistas.

—Hacedme una oferta —les dijo. Hizo un gesto hacia el papel que sujetaba Maxil—. Una oferta seria. No esa lista de mierda. Y dicha oferta deberá incluir que ella —señaló a la Privilegiada— se entregue para ser ejecutada por el asesinato de mis hombres.

La Privilegiada miró a Tamas con la severidad que solo las ancianas son capaces de lograr. Para ella, se trataba de niños jugando juegos de niños.

—Eso no sucederá —dijo el general Westeven—. Sé realista, Tamas. Esto es una guerra. Las bajas son un hecho de esa guerra.

Tamas apretó los dientes.

—Hacedme una oferta.

Maxil se lanzó a hablar inmediatamente, y Tamas se dio cuenta de que era lo que había estado esperando desde el principio.

—Tenemos un primo del rey en nuestras barricadas… —dijo Maxil.

—¿Su nombre? —lo interrumpió Tamas.

—Jakob el Justo.

Tamas se lo quedó mirando y trató de recordar la línea real.

—Más bien Jakob el Niño; es un primo cuarto, como mucho, y apenas tiene cinco años.

—Es el pariente más cercano de Manhouch con vida —continuó Maxil—. Nosotros proponemos que se lo ponga en el trono como Manhouch XIII. Vos y el general Westeven seguiréis al frente del ejército, y nosotros nos combinaremos con vuestra junta para formar el núcleo del nuevo comité consultivo del rey. Vuestros magos de la pólvora serán la nueva camarilla real.

—¿Y el rey? —preguntó Tamas.

—Le daremos consejo hasta que sea mayor de edad.

Tamas miró a Westeven. Había una sensatez en esa propuesta que dejaba en claro su influencia. Sin embargo, no podía ser.

—Jamás permitiré que un rey vuelva a tener poder sobre Adro —dijo Tamas—. Sencillamente, no lo aceptaré. Si queréis un rey, solo lo será de nombre.

—¿Una monarquía títere? —dijo Maxil frunciendo el ceño.

—En el mejor de los casos, y estoy llegando a los límites de mi paciencia al ofrecer eso.

—No —dijo Maxil—. Adro debe tener un rey verdadero.

—Nunca más —dijo Tamas.

—¿Nos estáis rechazando? ¿Eso es todo? ¿No hay negociación? Hemos dejado el ejército en vuestras manos. Os hemos nombrado líder de la próxima camarilla real. Seríais el segundo hombre más poderoso de Adro. ¿Sois tan ambicioso que necesitáis acaparar todo el poder?

Tamas se rio.

—Pobres diablos. No he hecho esto por el poder. Lo he hecho para acabar con la monarquía. Lo he hecho para liberar al pueblo. No pienso dar marcha atrás y poner un rey niño en el trono para que vosotros volváis a vuestras casas de campo y sigáis desangrando a la nación. —Miró a Westeven—. Lo siento, amigo mío. No habrá rey, ningún país extranjero volverá a tener poder en Adro.

—Lucharé contra ti hasta el final —dijo Westeven.

Tamas le hizo una reverencia a su viejo amigo.

—Lo sé. —Sintió que alguien le tocaba el hombro. Era Julene, con

expresión seria.

—Algo va mal —dijo.

—¿Qué? —Tamas y Westeven se miraron frunciendo el ceño.

De las barricadas surgió el chasquido familiar de los fusiles de aire comprimido. Julene se interpuso de un salto entre Tamas y el general Westeven, y dio a Tamas un empujón que lo arrojó al suelo. Las balas crepitaban contra una barricada invisible. Julene retrocedió arrojando bolas de fuego tan rápido como podía. Dieron de lleno en la barricada, que comenzó a arder.

La otra Privilegiada se lanzó a la acción un momento después de Julene. Unos escudos reforzados de aire detuvieron las balas de los soldados más rápidos de Tamas y cubrieron la repentina retirada de la delegación realista. El suelo retumbó, el aire parecía temblar, y el cañón más cercano a Tamas de pronto se rajó, se le salieron las ruedas y el metal roto se estrelló contra el suelo con un ruido sordo.

Tamas se puso de pie de un salto. Lo habían atacado. ¡Lo habían atacado bajo bandera de tregua! Westeven sabía que eso era algo que no se hacía. Westeven… Los ojos de Tamas encontraron a su viejo amigo. Se llevaban su cuerpo a rastras hacia las barricadas. Le faltaba un brazo y tenía el pecho ennegrecido. ¿Ya estaba muerto? Lo había alcanzado una de las bolas de fuego de Julene. A Tamas se le revolvió el estómago.

—Qué insensatez —dijo disgustado—. ¡Comandante Ryze! Preparad la artillería. ¡Atacaremos de inmediato!

Capítulo 11

—L os Archivos Públicos están justo encima de nosotros —dijo Adamat. Detrás de él, el farol de SouSmith dejó de tambalearse y el chapoteo se detuvo.

—¿Esta vez estás seguro?

Adamat sostuvo su farol en dirección a los peldaños de hierro que tenía delante. Había una placa en los ladrillos, entre los peldaños, que en teoría indicaba a qué edificio se accedía, pero las letras se habían gastado hacía mucho tiempo. A las cloacas que había debajo de Adro no se les hacía el mejor mantenimiento. Era un milagro que la mayoría hubiera sobrevivido a los terremotos; un testimonio de la ingeniería adrana.

—Puede que yo tenga una memoria perfecta —dijo Adamat, con la voz resonando por el túnel, cuya altura los obligaba a caminar inclinados—, pero estas malditas alcantarillas son todas iguales.

—Je. Me ha gustado el baño comunitario de mujeres.

—Ya me lo imagino —repuso Adamat—. Me pregunto si alguien lo estará usando, con esto de que Tamas está arrojando bombas en toda esta área. —Pasó un dedo por la placa, en el intento de identificar algún tipo de letra que pudiera haber sobrevivido—. Tiene que ser aquí.

SouSmith se le acercó chapoteando. El corpulento boxeador estaba casi doblado al medio. A Adamat le dolían las rodillas y los muslos por tratar de moverse por las alcantarillas, pero SouSmith debía de estar sufriendo mucho más.

—Voy a ver —dijo SouSmith. Le pasó su farol a Adamat y escaló los peldaños de hierro. La escalerilla rechinó a causa de su peso—. Farol —dijo extendiendo una mano. Adamat oyó una reja deslizarse a un lado, y SouSmith desapareció. Por encima de ellos, en algún lugar más cercano que lo que Adamat habría deseado, se oyó el golpeteo grave de la artillería—. Ven —dijo SouSmith con voz acallada.

Adamat lo siguió por la escalerilla y se encontró en un sótano cuyo

techo describía un arco alto. Las paredes eran de cemento y estaban cubiertas de humedad y moho, había unos dos centímetros de agua en el suelo. Nadie había entrado en esa estancia en una década.

—Es aquí —dijo Adamat.

—¿En serio? —SouSmith parecía dudar.

—Yo jugaba en estas alcantarillas cuando era niño —dijo Adamat—. Mi madre se ponía furiosa. Debí de explorar la mitad de los sótanos de Adro. —Le sonrió a SouSmith—. Sabía que estábamos cerca cuando encontramos el baño comunitario.

—Pasaste mucho tiempo allí debajo, ¿eh?

—Claro. También he sido adolescente, después de todo.

Pasaron por una serie de almacenes idénticos hasta que encontraron unas escaleras estrechas que subían. Adamat probó la puerta que había al final de la escalera, pero no pudo abrirla.

—SouSmith —dijo, y retrocedió para dejar pasar al boxeador. SouSmith apoyó las manos en las paredes laterales y propinó una patada a la puerta. La cerradura se partió y la puerta se abrió hacia dentro con violencia, luego cayó del marco. El estruendo resonó por todo el edificio. Adamat y SouSmith intercambiaron una mirada.

Dejaron los faroles a un lado de la puerta del sótano y avanzaron con cautela. Adamat tenía su bastón, SouSmith un par de pistolas de cañón corto. Salieron de un corredor largo y se encontraron en la planta principal de los Archivos.

Se trataba de un edificio de cuatro plantas, del tamaño de una plaza de armas. Las estanterías se extendían desde una pared hasta la opuesta. Adamat avanzó por un corredor. En el exterior de los muros de ladrillo se oían los disparos de fusiles y mosquetes. Había polvo en el aire, y el olor a libro era casi agobiante; el aroma a pegamento, papel y vitela antigua, el olor a viejo y a humedad.

—Aquí no hay nadie —dijo SouSmith.

Adamat miró hacia atrás. SouSmith inspeccionaba los estantes de los libros con aparente desconfianza. Cuando alguien solucionaba sus problemas a puñetazos, los libros solían resultarle algo ajeno.

—No me extraña —dijo Adamat—. El general Westeven ha hecho generosas donaciones al menos a una docena de bibliotecas de los Nueve, incluida esta. No permitiría que la toquen.

Salieron de un corredor y se encontraron en el centro de la biblioteca. Había un espacio amplio y libre de estanterías, que estaba lleno de mesas para los usuarios. La luz que las iluminaba provenía de una claraboya que atravesaba los tres pisos superiores, justo por el centro de los Archivos. Las mesas estaban todas vacías.

Excepto una. Adamat se llevó un dedo a los labios y le hizo señas a SouSmith para que lo siguiera. Sobre una mesa situada en un rincón había unos cuantos libros esparcidos. Estaban todos abiertos, como si

los hubieran dejado allí un momento antes. Adamat fue frunciendo el ceño cada vez más a medida que se acercaban. Era obvio que a los libros les faltaban hojas, y tenían párrafos completamente tachados. Cerró uno de los libros y miró la cubierta. *Al servicio del rey* .

Desenvainó la espada del bastón en un movimiento rápido y se volvió. Oyó el clic de las pistolas de SouSmith.

Entre ellos había aparecido una mujer. Llevaba atuendo de montar y chaqueta de lana, y se veía algo de gris en su cabello, que llevaba largo hasta los hombros. Tenía unos ojos negros que a Adamat le recordaron a un cuervo. Llevaba guantes de Privilegiada y tenía una mano apuntando a cada uno de ellos. Una explosión de artillería hizo temblar al edificio y levantó polvo por entre los estantes de libros.

Adamat se pasó la lengua por los labios. Los ojos de SouSmith estaban completamente abiertos, y su dedo rozó el gatillo.

—Harás que nos mate a los dos —le dijo Adamat a SouSmith.

—Esto no me gusta —fue la respuesta.

—A mí tampoco. ¿Quién sois? —le preguntó a la Privilegiada, aunque se hacía una idea.

—Mi nombre es Rozalia —dijo ella.

—Vos sois la Privilegiada que está persiguiendo Tamas. —Su silencio fue respuesta suficiente para Adamat. Echó un vistazo rápido a los libros que había sobre la mesa—. ¿Vais a matarnos?

—Solo si no me queda otro remedio.

Adamat bajó la espada despacio. Le hizo un gesto a SouSmith para que guardara las pistolas.

—Vos sois un Dotado —dijo Rozalia.

—Sí.

—¿Me estáis buscando a mí?

—No.

La Privilegiada parecía confundida.

—Entonces, ¿por qué estáis aquí?

Adamat hizo un gesto con la cabeza hacia los libros. La Privilegiada aún no había dejado de apuntarlos con las manos. Lo estaba poniendo nervioso.

—¿Habéis estado quitando esas páginas, tachando esos libros y llevándolos de la universidad? —le preguntó a la mujer.

Rozalia bajó las manos lentamente.

—No —respondió.

—¿No os habéis llevado los libros de la universidad?

—Sí me llevé esos. Pero no arranqué las páginas. Eso lo hizo e*lla* .

—¿Quién?

La Privilegiada no respondió.

—¿Qué estáis haciendo con los libros que os llevasteis?

—Lo mismo que vos, por lo visto —dijo ella—. Estoy buscando

respuestas.

—La Promesa de Kresimir —dijo Adamat en voz baja.

—Cosas simples —dijo Rozalia en tono burlón—. Hay más preguntas de las que imagináis.

—Lo único que me interesa es la Promesa de Kresimir —dijo Adamat—. ¿De qué se trata?

Ella inclinó la cabeza a un lado y contempló a Adamat como un gato contemplaría a un ratón. El chasquido agudo de unos fusiles llenó el silencio, y fuera sonó el estruendo de un cañón.

—Necesito enviar un mensaje —dijo ella.

—¿Qué?

—Un mensaje. Que debe ser entregado en persona.

—Yo entregaré vuestro maldito mensaje. Decidme qué es la Promesa. Dadme pruebas.

—No me fío de vos —dijo Rozalia—. Si entregáis mi mensaje, os lo diré. —De pronto se oyeron unos golpes de culata contra una puerta, y desvió la mirada. Siseó desde el fondo de la garganta—: Tamas está aquí. Debo irme. No encontraréis la respuesta en ninguno de estos libros. Solo de mí.

Adamat calculó las probabilidades que tenía de pillarla desprevenida. Una señal a SouSmith, un golpe en la nuca. Podrían entregársela a Tamas y dejar que *él* le sacara la respuesta. Pero vio que ese sendero llevaba a una muerte por magia de Privilegiada.

—¿Para quién es el mensaje?

—Para el Privilegiado Borbador —dijo Rozalia—. El último miembro que queda de la camarilla real de Manhouch. Está en la Fortaleza de la Corona. Decidle que *ella* tratará de invocar a Kresimir.

—¿Eso es todo? —dijo Adamat. Rozalia asintió con la cabeza—. ¿Y la Promesa de Kresimir?

La Privilegiada se rio. Era un sonido agudo.

—Preguntad a Borbador. Él lo sabe.

Se oyeron pisadas contra el suelo de mármol del vestíbulo principal de los Archivos. Rozalia se volvió y echó a correr, y saltó por encima de una mesa como una mujer de la mitad de su edad. Apenas había desaparecido por uno de los corredores más alejados cuando unos soldados emergieron de entre las estanterías del lado opuesto. Llevaban los colores de las Alas de Adom y apuntaron con sus fusiles a Adamat y a SouSmith.

Adamat levantó las manos y suspiró.

—Decid al mariscal Tamas que ha venido a verlo el inspector Adamat. —Los mercenarios se miraron entre sí—. ¿Y bien? Está por aquí, ¿verdad? —Uno de los mercenarios regresó por el corredor. SouSmith miró a Adamat con ira—. Ni una palabra —le susurró Adamat—. Si hubiera sabido que hoy Tamas iba a tomar los Archivos,

no habríamos pasado los dos últimos días paseando entre la porquería de las cloacas.

—Cabrón —dijo SouSmith mirándose los zapatos empapados.

—¿Inspector? —El mariscal de campo emergió de uno de los pasillos de estanterías. Llevaba una pistola de duelo en la mano, la pólvora que cubría el cañón daba a entender que la había usado recientemente—. ¿Qué diablos estáis haciendo aquí?

—Inspeccionando, señor —dijo Adamat.

—Por supuesto —dijo Tamas distraídamente mientras observaba a Adamat y a SouSmith de arriba abajo, y olfateó—. ¿Habéis estado en las cloacas?

—En las alcantarillas.

—Muy ingenioso. —Tamas echó una mirada a los mercenarios que tenía detrás—. Retiraos. El inspector Adamat trabaja para mí. Examinad el resto de la biblioteca. —Los mercenarios se fueron, y Tamas se volvió hacia Adamat—. ¿Habéis resuelto mi acertijo, inspector?

—Tengo una pista, señor. Nada definitivo aún. Hasta ahora, los libros que busco han aparecido pintarrajeados, o directamente no están.

—Esperaba que hicierais algo más que pasaros los días hojeando libros.

—Con frecuencia eso es exactamente lo que implica investigar, señor —replicó Adamat ofendido—. Se sigue cualquier pista que se pueda.

—Muy bien. Continuad. Esperad. —Adamat se detuvo—. ¿Qué sabéis de los Barberos de la Calle Negra?

Adamat juntó todos los conocimientos que tenía sobre ellos, y los analizó un momento.

—Su líder es un hombre llamado Teef. Son considerados los mejores asesinos del hampa de Adro. Se dice que aceptan cualquier trabajo, si la paga es buena. Durante los últimos siglos, al menos una docena de Barberos han tratado de matar a reyes adranos, cuando el precio era el adecuado. Ninguno tuvo éxito, gracias a la camarilla real. Yo conozco a Teef. Él es… el que tiene el menor desequilibrio mental del grupo. Francamente, toda esa banda debería estar en un manicomio. Espero que no estéis pensando en…

Tamas asintió brevemente con la cabeza.

—Gracias. —Se alejó.

—… contratarlos —terminó Adamat en voz baja. Recogió el bastón del suelo, lo había dejado caer cuando aparecieron los mercenarios. Echó una mirada hacia el lugar por donde se había ido Rozalia y reflexionó sobre su enigmático mensaje—. Es hora de ir a la Fortaleza de la Corona —le dijo a SouSmith.

—¡Jakob!

Nila se zafó de un soldado realista y se tropezó con unos escombros de ladrillo, resultado del último disparo de artillería. Se levantó la falda, se puso de pie y siguió avanzando sin dejar de llamar al pequeño.

Tenía sangre en el vestido. La bala de cañón había pasado silbando por encima de su hombro y le había arrancado la cabeza a un hombre llamado Penn mientras estaban tomando un magro desayuno. Aún oía el silbido en su cabeza, como una tetera horrible, una muerte instantánea pasando a centímetros de su oído. La bala de cañón había hecho un agujero en la pared que había detrás de Penn y había atravesado la habitación de Jakob, en uno de los edificios más intactos que había detrás de las barricadas. El cuerpo de Penn aún seguía sentado en su silla, con los hombros caídos y una mano sosteniendo una cuchara. Jakob debería haber estado en su cama. No estaba.

Nila encontró a uno de los guardias Hielman de Jakob quitándose polvo del uniforme. Se llamaba Bystre y tenía unos treinta y cinco años. Poseía una templanza de carácter que a ella le recordaba al sargento con barba que había visto en la casa del duque Eldaminse.

—¿Dónde está Jakob? —le preguntó.

—¿No está en su cama? —preguntó Bystre.

—No.

—Por el abismo, debe de haberse puesto a deambular de nuevo. —Una bomba de metralla explotó en lo alto, y todo el mundo se puso a cubierto. Nila se encontró en el suelo, debajo de Bystre—. ¿Estás bien? —preguntó él.

—Estaré bien. Encuentra a Jakob.

Él la ayudó a ponerse de pie y salió corriendo hacia la calle llamando a Jakob a voces. Nila oyó disparos de mosquetes y la golpeó el olor nauseabundo de la pólvora usada. En esa calle estaba una de las barricadas. Detrás de la estructura había soldados y voluntarios realistas agazapados, disparando a los soldados adranos que había en el otro lado.

El parlamento había tenido lugar hacía cinco días. Desde entonces, los soldados de Tamas habían continuado atacando. Los cañones y los mosquetes resonaban día y noche. El aire apestaba a azufre a causa de la pólvora negra.

Alguien gritó una advertencia. Un momento después, un enjambre de uniformes azules saltó por encima de la barricada como agua derramándose sobre un dique.

—Huid —ordenó Bystre—. ¡Retroceded a la siguiente barricada! —les gritó a los voluntarios más cercanos. Bystre agarró a Nila del brazo —. Debemos encontrar a Jakob —le dijo. Se giró de pronto y su sombrero con plumas se le cayó de la cabeza, mientras un soldado

emergía de un callejón cercano. Bystre levantó su espada y bloqueó una estocada de bayoneta. El soldado lo golpeó en la mandíbula con la culata del fusil. Bystre cayó al suelo. El soldado se colocó sobre él con la bayoneta lista.

Nila apenas podía con el adoquín que había cogido. Lo levantó por encima de su cabeza y lo dejó caer sobre la nuca del soldado adrano. El soldado se desplomó sin emitir sonido alguno. Bystre se agarró la mandíbula y trató de sobreponerse al golpe.

Ella lo ayudó a ponerse de pie.

—¡Allí! —dijo. Vio a Jakob cruzar la calle corriendo, más cerca de la barricada. Una bala levantó tierra frente al niño, que cayó asustado con lágrimas en los ojos.

Los soldados adranos habían tomado la barricada. Estaban a escasos treinta metros de Jakob. Nila estaba a unos quince. Se levantó las faldas y corrió. Oía a Bystre justo detrás de ella. Los soldados de la barricada estaban más interesados en asegurar su victoria que en un niño perdido en la calle. Nila cayó de rodillas junto a Jakob y lo levantó en brazos. Bystre la ayudó a ponerse de pie, y ambos corrieron a ponerse a salvo.

Nila se detuvo cuando se dio cuenta de que Bystre no se encontraba junto a ella. Se volvió y lo vio mirando hacia la barricada.

—Está perdida —le dijo.

—¡Él! —Bystre levantó la espada.

—¿Qué estás… —Y lo vio. El mariscal Tamas estaba en lo alto de la barricada con sus hombres, estudiando la calle. A su lado vio a alguien familiar. El sargento con barba que la había salvado aquella noche en la cocina del duque—. Bystre, tenemos que poner a Jakob a salvo.

—Nada está a salvo de ese cabrón traicionero.

—El general Westeven...

—El general está muerto.

Nila no supo qué decir. Sabía que Westeven había resultado herido durante la negociación, pero a los realistas les habían dicho que había sobrevivido. Solo él estaba a la par de alguien como Tamas en cuanto a maniobras estratégicas. Ahora la causa estaba realmente perdida.

Nila miró hacia la siguiente barricada. Los realistas le hacían gestos para que fuera hacia allí, hacia aquella relativa seguridad. Apretó a Jakob contra el pecho. El pequeño se tapaba los oídos con las manos, y ella podía sentir su llanto por el modo en que se le movían los hombros.

—Bystre —le rogó. ¿Dónde estaba Rozalia? Ella era la única esperanza que les quedaba. Ella podía atacar a Tamas y a su ejército con sus poderes y echarlos de las calles.

Bystre cogió un fusil ya disparado de un soldado muerto y examinó la bayoneta. Limpió la pólvora de la cazoleta y, agarrando el arma con

ambas manos, cargó él solo hacia la barricada.

El sargento con barba señaló hacia Bystre y levantó el fusil. El mariscal de campo se volvió. Inclinó la cabeza, como si lo divirtiera ver al Hielman enfurecido corriendo hacia él. Desenfundó una pistola y tiró del gatillo. Bystre se estremeció y cayó, y su cuerpo giró una vez por el suelo a causa de la inercia que llevaba. Luego volvió a estremecerse y se quedó inmóvil. La bala le había atravesado el ojo a casi ochenta metros. El mariscal de campo dispersó el humo del cañón de la pistola.

Nila gritó.

Vio que el mariscal de campo hacía un gesto en dirección a ella y supuso que la alcanzaría otra bala y le atravesaría el cerebro. Eso no sucedió. En cambio, algunos soldados adranos bajaron de la barricada y corrieron hacia ella. Los miró conmocionada, hasta que recordó que tenía a Jakob en sus brazos.

Dio media vuelta y echó a correr hacia la siguiente barricada. Les llevaba algo de ventaja, pero ellos eran mucho más rápidos. El borde del vestido la hacía tropezar. A unos doce metros, los realistas abrieron fuego desde detrás de la siguiente barricada para cubrirla. Las balas rebotaron en los adoquines, alrededor de ella, y creyó ahogarse con el olor a pólvora. Nueve metros más.

Alguien la golpeó desde atrás. Cayó, se volvió y vio que tenía a los soldados adranos sobre ella. Gritó y forcejeó, pero lograron quitarle a Jakob de las manos. Uno de los soldados fue hacia ella con la bayoneta lista para clavársela en el estómago. En el último momento hizo girar el fusil y la empujó con la culata. Los soldados retrocedieron y se llevaron con ellos a un Jakob que no dejaba de gritar.

Nila se puso de pie con dificultad. Se tambaleó en dirección a ellos. No podían llevárselo, después de todo ese tiempo en que ella lo había protegido. Se detuvo junto al cuerpo de Bystre. Estaba tendido boca abajo, el único ojo que le quedaba miraba sin ver el otro lado de la calle. Ya habían comenzado a juntarse moscas alrededor del agujero ensangrentado de su cráneo. Nila se puso de rodillas y vomitó.

Alguien la levantó de la calle y la llevó a un callejón lleno de escombros, justo antes de que se reanudaran los disparos.

Nila se dejó caer contra una pared parcialmente intacta.

—Has dejado que se lo lleven —le escupió a quien la había rescatado.

Rozalia echó una mirada hacia la calle, con sus guantes puestos y los dedos en posición, hasta que pasó de largo algún peligro que Nila no había detectado. Luego, bajó las manos.

—Esta ya no es mi lucha —dijo Rozalia.

—Podrías haberlos detenido —le reprochó Nila—. Podrías haber matado a Tamas ahí mismo. Podrías haber protegido a Bystre. —Oyó

que la voz se le quebraba y sintió lágrimas en las mejillas. Se las limpió con una manga mugrosa.

—El general Westeven ha muerto —dijo Rozalia—. No hay motivos para seguir prolongando esta lucha. —Se detuvo un momento y clavó la mirada en los ojos acusadores de Nila—. Sí, podría haber eliminado a Tamas, pero el daño que se ha hecho tiene un alcance que tú no puedes imaginar. En este momento, matar a Tamas solo multiplicaría ese daño.

—Bystre —dijo Nila.

—No espero que lo entiendas —dijo Rozalia. De pronto, la voz se le suavizó—. Eres una chica valiente. Una chica lista. Solo espero que sigas con tu vida. Tamas tiene al niño. Westeven está muerto. Los otros realistas prolongarán el conflicto todo el tiempo que puedan, pero a la larga Tamas vencerá. Sal de aquí mientras todavía puedas. En la esquina sudoeste de las barricadas hay un camino que atraviesa las ruinas. Ninguno de los bandos sabe de su existencia. Vete por allí. Junta cuanto dinero puedas y vive una vida plena lejos de aquí. —Los ojos de Rozalia se tornaron algo melancólicos—. Fatrasta es un lugar bonito en esta época del año.

—¿Qué le hará a Jakob? —preguntó Nila. Rozalia extendió una mano. Nila la aceptó y se puso de pie—. Jakob —repitió cuando Rozalia no respondió—. ¿Qué hará Tamas con él?

—Tamas es pragmático —dijo Rozalia—. Si permitiera que un heredero de la corona sobreviviera, podría volver a tener que lidiar con una situación como esta. Se deshará del niño en silencio. —Nila se secó las lágrimas de los ojos. Sintió que algo se le endurecía en el corazón al pensar en la cabecita rubia de Jakob cayendo dentro de una cesta—. Vete de Adro. Eso es lo que haré yo cuando mi trabajo esté terminado. Toma. —La Privilegiada extrajo algo del interior de su chaqueta y se lo puso en la mano. Una moneda de cien kranas.

—Gracias —dijo Nila.

Rozalia hizo un gesto con la mano para quitarle importancia y se fue por el callejón, en dirección opuesta a las barricadas. Nila esperó unos momentos, pensando en la moneda que tenía en la mano y en la plata oculta a las afueras de la ciudad. Desde el callejón veía a Bystre. Su cuerpo yacía inmóvil debajo del constante intercambio de disparos entre los realistas y los soldados adranos. Cerró el puño que sostenía la moneda. Alcanzaba para comprarse ropa y contratar un carruaje hasta Brudania. Junto con la plata, era suficiente para comenzar una nueva vida.

En su mente, volvió a ver a Tamas y la frialdad con que había eliminado a Bystre.

No podía comenzar una nueva vida. Imposible, con los recuerdos de lo que había sucedido.

Capítulo 12

La Fortaleza de la Corona estaba ubicada en la dentada cordillera del Pico del Sur. Sus muros estaban inclinados y se veían lisos a pesar de las inclemencias del tiempo a esa altitud; un testimonio de los poderosos conjuros que los habían levantado y protegido hacía quinientos años. Hacia el sudeste se extendían las planicies ámbar de Kez. Hacia el noroeste, más allá de las colinas y los bosques, podían verse las montañas que rodeaban Adro. Adopest estaba enclavado como un diamante sobre la puntita de la lágrima que era el mar Ad. Hacia el norte, la cima del Pico del Sur echaba humo con aire amenazante.

Adamat dio la espalda al borde del bastión. Ver el mundo tendido a sus pies le provocaba mareo, y quería volver al pueblo (¡Todo un pueblo dentro del bastión, así de grande era!), pero el soldado de la Guardia de la Montaña le había dicho que esperara al Privilegiado Borbador en ese lugar. Podrían haberle ofrecido una habitación. En esa altitud había temperaturas bajo cero. Parecía que querían verlo tiritar.

Adamat estaba exhausto, tanto física como mentalmente. Aun con las carreteras modernas, el viaje duraba cinco días en carruaje, y apenas se habían detenido para descansar. Le dolía el cuerpo de estar sentado sobre un asiento incómodo, en constante movimiento. Le latía la cabeza por la falta de descanso. Las pocas veces que pudo dormir, había tenido pesadillas sobre la enigmática advertencia de Rozalia acerca de una mujer tratando de invocar a Kresimir. ¿Qué le sucedía? Él era un hombre moderno. Con formación. Kresimir era un mito, la encarnación del poder monástico que mantenía a raya a los campesinos.

—¿Qué estás haciendo?

SouSmith se detuvo en medio del proceso de recargar una de sus pistolas de cañón corto. El arma parecía de juguete en sus enormes manos.

—¿Qué parece que hago?

—¿Crees que nos matará? —preguntó Adamat—. ¿Solo por hacerle una pregunta?

—La última Privilegiada estuvo a punto.

—¿Y?

—¿Y qué?

—Es un Privilegiado, SouSmith. Si no quiere hablar con nosotros, mueve una mano y nos arroja por el borde del precipicio.

SouSmith se encogió de hombros.

—Me has pagado para que sea tu guardaespaldas, ¿no?

—Sí. —Adamat suspiró. SouSmith parecía no entender. Se trataba de un Privilegiado. Con ellos, no había forma de guardarle las espaldas a nadie.

—Incluso un Privilegiado tendrá que pasar por encima de mi cadáver para llegar a ti. —SouSmith siguió cargando el arma.

Adamat reprimió una sonrisa y se dio cuenta de que esas palabras le habían calmado un poco los nervios. Se encontraba allí, en la cima del mundo, a cinco días de Adopest. Estaba en una de las Guardias de la Montaña. Era por todos sabido que la Guardia de la Montaña estaba llena de convictos, asesinos y los hombres más rudos de los Nueve. Ellos cuidaban los desfiladeros, trabajaban en las minas y los almacenes de madera, y eran la primera línea de defensa de Adro contra cualquier invasión extranjera. Adamat les confiaba la defensa del país mucho más que lo que les confiaba su propia vida.

—¿Qué diantres hace aquí un Privilegiado? —SouSmith terminó de cargar las pistolas y se las metió en el cinturón. Se reclinó contra una de las armas fijas que apuntaban hacia Kez.

—Ha sido exiliado. —El aliento de Adamat salió blanquecino.

—¿Por qué?

—¿Oficialmente? Ha habido un cambio de poder dentro de la camarilla real, y Borbador estaba en el bando incorrecto. Extraoficialmente, el rumor es que se acostó con la concubina favorita del Privilegiado Khen.

SouSmith lanzó algo que fue mitad risa y mitad gruñido.

—¿Y conservó el pellejo?

—Por supuesto —dijo una voz.

El Privilegiado se acercó a ellos desde el pueblo situado dentro del bastión. Por la distancia que lo separaba de ellos, no debería haber oído la conversación.

Llevaba una pelliza de piel de reno que le llegaba a las rodillas, y botas, pantalones y sombrero haciendo juego. Era más bajo que lo que Adamat había esperado. Debajo de su barba rojiza, la piel de las mejillas le colgaba tanto que parecía suelta. La Guardia de la Montaña no era amable con nadie, ni siquiera con un Privilegiado.

El sujeto se detuvo cerca de ellos. Tenía las manos metidas en las mangas, pero a Adamat le pareció ver el blanco de los guantes de Privilegiado.

—No fue difícil, en realidad —dijo el recién llegado—. Le dije al magus Khen que, si me mataba, mi mejor amigo iría tras él.

—¿Y ese quién es?

—Taniel "Dos Tiros". Soy el Privilegiado Borbador. Podéis llamarme "Bo".

Adamat le extendió la mano. Bo la estrechó con su mano enguantada con una fuerza sorprendente.

—Soy el inspector Adamat. Este es mi colega SouSmith.

Bo miró a SouSmith de soslayo.

—¿El boxeador?

—Así es —dijo SouSmith sorprendido.

—Yo te veía pelear de pequeño —dijo Bo—. Taniel y yo nos escabullíamos para ir a verte. Él perdió mucho dinero apostando contra ti.

—¿Y tú?

—Yo me hice rico, para ser un niño.

Adamat lo examinó. Sabía poco de ese Privilegiado, más allá de los rumores de la ciudad. Nunca era sensato saber demasiado acerca de los miembros de la camarilla real.

—Resulta extraño que un Privilegiado y un mago de la pólvora sean amigos.

—Nos conocimos mucho antes de que ambos supiéramos lo que éramos —dijo Bo—. Yo era un huérfano cuando Taniel se hizo amigo mío. Tamas me dejaba vivir en el sótano. Incluso contrató una institutriz. Dijo que si Taniel iba a tener amigos, serían educados. Fue un golpe para todos cuando los buscadores de magus me descubrieron. No he visto a Taniel desde que partió hacia Fatrasta.

—¿Los Privilegiados no son alérgicos a la pólvora?

—Cada vez que estoy cerca de él, se me hinchan los ojos —reconoció Bo—. Siempre me pregunté eso de niño. En fin. ¿Qué trae a un caballero como vos a la Guardia de la Montaña? No parecéis asesinos de Tamas.

—No somos asesinos —se apresuró a decir Adamat—. Aunque no te reprocho que me lo preguntes. Estoy trabajando para el mariscal de campo. Dudo que estuvieras vivo si él así no lo quisiera.

Bo retrocedió un paso, tambaleándose.

—No lo sabe —murmuró.

—¿No sabe qué?

—Nada. ¿Por qué me buscabais? —Su tono coloquial había desaparecido, al igual que su sonrisa.

—¿Qué es la Promesa de Kresimir?

Bo lo observó durante unos momentos.

—¿Habláis en serio?

—Muy en serio.

—¿Tamas os ha hecho recorrer todo el camino hasta aquí para preguntarme eso?

—He venido por mi cuenta —dijo Adamat—. Pero estoy buscando la respuesta en nombre del mariscal de campo. —La reacción de Bo, mitad incredulidad y mitad burla, le generó algo de inquietud.

Bo parecía completamente aliviado. Sonrió, luego comenzó a reírse.

—Dejadme adivinar —dijo—. Cuando Tamas masacró a la camarilla real, ¿las últimas palabras de los magos fueron algo así como: "No debes romper la Promesa de Kresimir"?

Adamat apretó los dientes. Aquel Privilegiado comenzaba a irritarlo. Parecía causarle mucha gracia saber lo que él desconocía.

—Sí —respondió—. ¿Te ríes de las últimas palabras de unos hechiceros? ¿Se trataba de una broma morbosa? ¿Un hechizo preparado para desconcertar a cualquiera que los matara?

Las carcajadas de Bo disminuyeron.

—En absoluto. Esos Privilegiados hablaban muy en serio. Se puede preparar un hechizo, una especie de guarda, que se recitará por sí mismo tras la muerte del hechicero. ¿Una broma? No. Eso es algo que haría yo. Pero ellos, no. Ellos se lo tomaban muy en serio.

—¿Y qué significa?

—La Promesa de Kresimir. —Bo masculló las palabras como si estuviera mordiendo algo agrio—. Según la leyenda, cuando Kresimir formó los Nueve, eligió nueve reyes para que gobernaran las naciones que él había creado. A cada rey le asignó una camarilla real de hechiceros para que lo protegieran y aconsejaran. Los llamó "Privilegiados". Los reyes, viendo que los Privilegiados eran hombres de gran poder, le dijeron a Kresimir que les preocupaba que las camarillas reales se volvieran contra ellos y se hicieran con el poder. Entonces Kresimir les hizo una promesa. Les prometió que su descendencia gobernaría los Nueve y que de su semilla nunca crecerían plantas estériles, como quien dice. A sus Privilegiados les dijo que si alguien terminaba violentamente con esas descendencias, él mismo volvería y destruiría la nación completa. —Bo se inclinó hacia atrás cuando terminó de hablar, como un alumno que ha recordado toda la lección—. ¿Qué os parece eso?

—Soy un hombre racional… —dijo Adamat. Sin embargo, no pudo evitar el escalofrío que le subió por la columna.

—Por supuesto que sí —dijo Bo—. La mayoría lo es hoy en día. Es una leyenda estúpida. Una de las tantas historias para mantener a raya a la camarilla real. El reinado de Kresimir tuvo lugar hace casi mil cuatrocientos años, y es una conjetura. Puede que haga más tiempo.

Ni siquiera los reyes lo creen realmente, y de la camarilla real, solo los miembros más viejos. —Bo levantó una mano y tocó algo debajo de su pelliza—. No, hay formas mucho más eficaces de seguir de cerca a la camarilla real.

—¿Qué le digo a Tamas? —preguntó Adamat.

Bo se encogió de hombros.

—Decidle lo que queráis. Decidle que se preocupe por cosas importantes, como alimentar al pueblo, o… — Señaló hacia Kez por encima del baluarte—. Ellos.

Adamat respiró hondo. Exhaló lentamente.

—Eso es todo, entonces —dijo.

—Eso es todo. Sin embargo —agregó Bo—, no entiendo cómo vos no lo habéis encontrado en la biblioteca. Hay varios libros que lo mencionan.

—Se quemaron —dijo Adamat—. Les faltaban páginas y había pasajes tachados. Muy probablemente por un Privilegiado.

Bo frunció el ceño.

—Los Privilegiados deberían saber que eso es algo que no se hace. Los libros son importantes. Nos vinculan con el pasado, con el futuro. Cada palabra escrita nos da una pista más sobre cómo controlar el Otro Lado.

—¡Bo! —lo llamó una voz desde el pueblo. Él se volvió—. ¡Nos vamos a la cantera!

—¡Cinco minutos! —respondió él con un grito. Extrajo las manos de las mangas y flexionó los dedos—. Esos cabrones están volviéndose perezosos —dijo—. Creen que, porque tienen un Privilegiado, pueden ponerme a cortar piedra, derribar árboles y limpiar avalanchas. En fin, lamento que mi respuesta no haya sido muy espectacular. Si veis a Taniel “Dos Tiros”, dadle mis saludos.

Bo ya iba camino del pueblo cuando Adamat recordó el mensaje que había prometido entregarle. Trotó para alcanzar al Privilegiado.

—Tengo un mensaje para ti —le dijo.

—¿De Taniel?

—No, de una Privilegiada llamada Rozalia.

Bo se encogió de hombros.

—No conozco a nadie con ese nombre.

—Bueno, me pidió que te diera un mensaje.

—¿Y bien?

—Estas son sus palabras: “*Ella* va a invocar a Kresimir”. No sé a qué “ella” se refería. No creo que hablara de sí misma. Yo… —Bo se había quedado helado. Estaba completamente pálido. Se tropezó hacia un lado. Adamat lo atrapó—. ¿Qué significa?

Bo lo apartó de un empujón. Le castañeaban los dientes.

—Por el maldito abismo. ¡Marchaos! ¡Vamos, volved a Adopest!

¡Decid a Tamas que movilice su ejército! ¡Decid a Taniel que salga del país! Decid… ¡Mierda! —La última palabra salió como un gruñido, y regresó hacia el pueblo a la carrera.

Adamat se quedó donde estaba, perplejo.

SouSmith se le acercó extrayendo el tabaco viejo de su pipa.

—Extraño sujeto —comentó.

—Esto no me gusta —dijo Tamas.

—No creo que a nadie le guste, amigo.

Tamas miró a Sabon de soslayo. El deliví se encontraba de pie bajo una gran sombrilla, con los ojos puestos en las lejanas barricadas. Tenía gotas de sudor en su cabeza calva, como si fuera agua en un vaso frío. Hacía un día inusualmente cálido para tratarse de principios de la primavera. El sol brillaba en lo alto y secaba los últimos vestigios de la humedad de semanas anteriores.

—¿Lo entenderán los hombres? —preguntó Tamas.

—¿Los nuestros o los mercenarios?

—Los mercenarios son pragmáticos. Se les pagará de cualquier manera. Mis propios soldados… ¿perderán la fe en mí después de un acto como este?

Olem se encontraba cerca de ellos. Se volvió para contemplar a Tamas, a pesar de que la pregunta no había sido para él.

—No lo creo —dijo Sabon—. Puede que no les guste la sensación. Se supone que la guerra es un juego de caballeros, después de todo. Pero lo entenderán. Respetarán el hecho de que no desperdiciarás vidas en una batalla sin sentido. Respetarán el hecho de que no quieres bombardear tu propia ciudad.

Tamas asintió lentamente con la cabeza.

—Nunca había recurrido al asesinato. Nunca, en veinticinco años de mando.

—Yo recuerdo algunas ocasiones en que deberías haberlo hecho —dijo Sabon—. ¿Recuerdas al sah que nos enfrentamos en el sudeste de Gurla?

—Procuro no recordarlo. —Tamas se inclinó y escupió. Se llevó la cantimplora a los labios con la vista aún en las barricadas. Se oían disparos de mosquete y algún que otro estallido de artillería a unos tres kilómetros de allí, donde el comandante de brigada Ryze lideraba un asalto al arsenal—. He conocido hombres malvados —dijo pensando en el sah—, pero ese tipo era un monstruo. Si algún subordinado cuestionaba una orden, él hacía enterrar vivos a todos sus parientes, cercanos y lejanos.

—Lo hiciste castrar —dijo Sabon.

Olem se atragantó. Arrojó el cigarro al suelo y comenzó a toser humo.

—La guerra, definitivamente, no es un juego de caballeros, amigo mío —dijo Tamas—. De lo contrario, yo no lo jugaría. —Miró a Olem —. Danos un minuto. —Olem se alejó, aún tosiendo. Tamas se colocó junto a Sabon debajo de la sombrilla. Extrajo una carta del bolsillo y se la dio a Sabon—. Tu nuevo puesto.

Sabon tomó la carta.

—¿Qué?

—He puesto a Andriya y a Vadalslav a buscar más magos de la pólvora. Ahora que la camarilla real ha sido eliminada, creo que es probable que se presenten más magos. Por no mencionar la paga que estamos ofreciendo. Se han instalado fuera de la ciudad, cerca de la universidad, y pronto irán a Deliv, a Novi y a Unice a reclutar. Quiero que vayas con ellos.

—No —dijo Sabon, tratando de devolverle la carta.

—Soy tu oficial superior —dijo Tamas—. No puedes decirme que no.

—Puedo decirle que no a mi viejo amigo —respondió Sabon.

—¿Por qué no quieres ir?

Sabon gruñó.

—Andriya y Vadalslav son más que capaces de encargarse de los reclutas. Has enviado a los otros a las Puertas de Wasal. Taniel está persiguiendo un fantasma por la ciudad. Y Vlora, a pesar de que la has asignado a tu personal, aún estás demasiado furioso con ella hasta para dirigirle la palabra. No te dejaré solo sin otro mago. —Hizo un gesto hacia las barricadas—. El embajador de Kez estará aquí dentro de menos de una semana, y aún tienes que ordenar este desastre. ¿Sabemos siquiera si los Barberos han tenido éxito?

—¿Estás preocupado por mí? —dijo Tamas—. ¿Esa es tu excusa?

—Me preocupa que vayas a cagarla y necesites a alguien que te vuelva a ordenar todo. —Sabon hizo una pausa. Ambos oían los gritos procedentes del interior de la barricada—. Quizá deberíamos ayudarlos.

—Los condenados Barberos pueden hacerlo solos —dijo Tamas—. No me preocuparé si todos terminan muertos. No trates de cambiar de tema. Vadalslav dice que ya han encontrado siete candidatos con algo de talento. Dicen que tres de ellos tienen potencial.

—Lleva años entrenar completamente a un mago de la pólvora —dijo Sabon—. Necesitan aprender a controlar sus poderes y a ser soldados, todo al mismo tiempo.

—Por eso te quiero allí —dijo Tamas—. Tú entrenaste a Taniel y Vlora prácticamente solo. Ahora Taniel es el mejor tirador del mundo y Vlora es capaz de hacer estallar un barril de pólvora a casi un kilómetro.

—No es lo mismo, y lo sabes. —Ahora Sabon estaba furioso, sus

ojos oscuros brillaban peligrosamente—. Taniel dispara desde que tuvo fuerza para sostener un arma. Y Vlora, bueno, ella es un prodigio.

—No tienes por qué ir a reclutar —dijo Tamas—, pero quiero que fundes una escuela. Dispondrás de una línea de crédito y tendrás voz sobre todo lo que suceda. Nunca estarás a más de algunas horas de distancia de mí. Si necesito ayuda, mandaré llamarte inmediatamente.

—¿Me das tu palabra? —dijo Sabon.

—Te doy mi palabra.

Sabon se metió el sobre en el bolsillo.

—Quiero estar aquí cuando llegue el embajador de Kez.

—Por supuesto.

—Y borra esa cara de satisfacción.

Tamas reprimió una sonrisa.

—¡Señor! —Olem regresó. Señaló hacia las barricadas.

Una figura avanzaba con cuidado por encima de las barricadas, y luego por la calle, esquivando los escombros que había dejado el terremoto y que aún se no habían quitado. Llevaba un delantal blanco sobre camisa blanca y pantalones negros. El frente del delantal estaba cubierto de rojo.

El hombre fue directamente hacia ellos. Abrió una navaja, y la hoja destelló a la luz del sol. Tamas vio que Olem se ponía tenso. El hombre se tocó la frente con la navaja imitando un saludo.

—Soy Teef, señor, de los Barberos de la Calle Negra —dijo el hombre—. Las barricadas son vuestras.

—¿Y los líderes realistas?

—Muertos o capturados —dijo Teef—. Pero mayormente muertos.

Tamas resopló.

—¿Mujeres y niños?

El hombre cerró la navaja y volvió a abrirla. Nervioso, se pasó la parte plana de la hoja suavemente por su propio cuello.

—Pues... ha habido algunos acontecimientos lamentables. Algunos de mis muchachos tienen problemas, señor. Ya... Ya los he resuelto de forma permanente.

Tamas apretó los puños. Todo aquello había sido un error.

—¿Y el general Westeven?

—Estaba muerto, señor. Como vos predijisteis.

Tamas había tenido la esperanza de que la herida que sufrió Westeven durante el breve enfrentamiento hubiera sido solo eso: una herida. Pero había perdido el brazo entero, y Westeven estaba viejo y no era un mago de la pólvora.

—Olem, encárgate de que todos los Barberos de la Calle Negra sean detenidos y puestos a salvo hasta que tengamos la posibilidad de pagarles.

—Esperad un momento —dijo Teef dando un paso hacia Tamas.

Olem se interpuso entre ellos en un segundo, con su bayoneta casi rozando el delantal ensangrentado. Teef tragó saliva.

Tamas le hizo un gesto al capitán mercenario más cercano.

—No te preocupes, Teef —dijo Tamas—. Si vosotros habéis cumplido con vuestra parte del trato, yo cumpliré la mía. Me encantaría enviaros a todos a Diente Negro, pero soy un hombre de palabra. Y… puede que me resultéis útiles en el futuro.

Tamas dejó atrás a Teef y se acercó a las barricadas con Sabon, Olem y una compañía completa de las Alas de Adom. Extendió los sentidos, buscando cargas de pólvora. Detectó un pequeño depósito de municiones cerca de la barricada y algo de pólvora descartada.

Trepó por la barricada y, una vez arriba, miró alrededor. Basándose en las pocas que habían capturado, Tamas ya sabía qué esperar: algo parecido a un campamento militar, la calle limpia de escombros, banderas improvisadas sobre la puerta de los hogares y comercios que se habían convertido en barracones.

Las calles estaban llenas de gente. Mucha más de la que él había esperado encontrar. Cientos de mujeres y niños. Muchos menos hombres. En sus rostros había miedo, abatimiento, pérdida. Eran los rostros de quienes habían despertado y habían encontrado a esposos, amigos, padres y líderes con el cuello cortado en su propia cama. Quedaban pocas ganas de luchar después de una experiencia como esa.

Cada grupo de gente tenía un Barbero vigilándolo, armado con una pistola o con una porra, a veces solo con una navaja abierta. Parecía ser suficiente.

—Comandante Sabastenien —dijo Tamas.

El joven mercenario trepó por la barricada y se ubicó a su lado.

—¿Señor?

—Que vuestros hombres releven a los Barberos. Que comiencen a evacuar ordenadamente a todas estas personas.

—¿Irán a Diente Negro, señor?

—No —dijo Tamas. Volvió a estudiar esos rostros—. Sospecho que los responsables del alzamiento realista ya se han encontrado con su destino. Quiero que sean llevados al viejo patio de armas. Quitadles las armas, pero luego dadles de comer. Que reciban atención médica y camas. Ya no son realistas. Son ciudadanos. Son nuestros compatriotas.

—Mis hombres no son niñeras, señor.

—Ahora lo son. Podéis retiraros.

Tamas observó mientras los mercenarios avanzaban por entre los realistas. Las voces sonaban sumisas y silenciosas, y la mayoría se dejó llevar por voluntad propia. Los soldados comenzaron a desmantelar las barricadas. Ocasionalmente se oía algún cañón procedente del sur

y las cabezas se volvían.

—Sabon, envía instrucciones al comandante Ryze. Dile que hemos tomado la barricada principal. Dile que ofrezca parlamentar. Todos los realistas que no tengan sangre noble serán perdonados. Si los Barberos han hecho su trabajo por todo el campamento, sospecho que la oferta será aceptada.

—¿Pensáis perdonar a todos, señor? —preguntó Olem.

—Si los trato como animales, como criminales, tendré otro alzamiento realista en mis manos. La mejor solución es tratarlos como ciudadanos, devolverlos al lugar de la ciudad al que pertenecen, hacer que vuelvan a tener un sentimiento de pertenencia. No quiero otra ronda de ejecuciones.

—Probablemente sea lo más sensato, señor —dijo Olem.

Tamas se lo quedó mirando.

—Me alegro de contar con tu aprobación.

—Bueno, señor, nadie querrá limpiar la sangre de la Plaza de las Elecciones, incluso si ofrecéis el sueldo de todo un mes. La piedra se ha teñido de rojo. Dicen que, en algunos lugares, la sangre seca llega a tener una profundidad de diez o quince centímetros. No os conviene que se acumule más.

—¿La Plaza de las Elecciones?

—Antiguamente el Jardín del Rey. Le han cambiado el nombre.

—No había oído nada de eso.

—Bueno, habéis estado muy ocupado, señor, con todo eso de las barricadas.

—¿Por qué la han llamado así?

Olem rio.

—Bueno, es un poco de humor negro. Veréis, la gente se toma esas ejecuciones como algo electoral.

—No ha habido ninguna votación.

—Creo que el pueblo ya votó cuando hizo trizas a esos Hielman.

Un mercenario llegó trotando por entre los realistas que, en hileras ordenadas, iban dejando las barricadas. Al llegar hizo un saludo.

—Señor, el comandante Sabastenien dice que querríais saber cierta información: hemos encontrado al general Westeven.

El general se hallaba en una pequeña habitación de lo que otrora había sido un mercado callejero. Su habitación estaba húmeda y fría. Parecía demasiado pequeña para tan gran hombre. Tamas tuvo que inclinarse para poder entrar.

Westeven estaba tendido en un catre, boca arriba. Había unas escasas pertenencias desparramadas sobre el tocador; el único mueble, además de la cama. Entre ellas había un retrato de bolsillo de la difunta esposa de Westeven, un cuchillo de caza gurlo con el mango bastante gastado, un fetiche de nativo con cuentas, unos lentes y un

pañuelo doblado meticulosamente.

Tamas miró el cadáver con el ceño fruncido. Westeven yacía cubierto por una manta delgada, demasiado corta para alguien tan alto; los pies sobresalían por la parte de abajo. Le habían limpiado el cuerpo, pero aún se veían quemaduras. Tenía los ojos cerrados. Aun en la muerte, su mano buena seguía aferrada a un libro con cubiertas de cuero. Parecía que había sobrevivido a la pérdida del brazo, aunque fuera por una hora. Los dedos del anciano estaban torcidos a causa del reumatismo.

Tamas inclinó la cabeza para leer el título del libro: *La era de Kresimir* . No sabía que Westeven había sido un hombre religioso.

Tamas cogió el cuchillo de caza gurlo y el fetiche de nativo.

—Comandante de brigada —dijo con suavidad. Sabastenien se inclinó para pasar por la puerta. Apenas había espacio suficiente para ambos en la oscura habitación—. Que envíen el cuerpo del general a su pariente más cercano.

Sabastenien se quitó el sombrero.

—Creo que el general no tenía ningún pariente vivo.

Tamas sintió un nudo en la garganta y tragó saliva. Cuando logró recuperar la compostura, dijo: —Entonces yo reclamaré el cadáver. Enviad un mensaje al tesorero de la ciudad. Quiero que el general sea enterrado con todos los honores; un entierro de estado. No se debe reparar en gastos. Lo pagaré de mi propio bolsillo si es necesario.

Sabastenien no respondió. Cuando Tamas lo miró, vio que en los ojos del joven mercenario brillaban lágrimas sin derramar.

—Señor —dijo Sabastenien—. Formalmente solicito que el general Westeven sea sepultado en el cementerio de las Alas de Adom. Estoy seguro de que lady Winceslav estará de acuerdo.

Tamas le apoyó una mano en el hombro.

—Gracias —le dijo. Se trataba del mayor de los honores. Si era difícil unirse a las filas de las Alas de Adom en vida, mucho más lo era póstumamente.

Sabastenien dejó a Tamas solo con el general. Tamas apoyó la mano en el pecho de Westeven y respiró hondo.

—Has muerto en un conflicto lamentable —dijo Tamas—. Lo lamento, amigo mío. Pero te has ido luchando por lo que creías. Ahora me toca lidiar con Kez, y daría lo que fuera por tenerte a mi lado para eso.

Capítulo 13

—Está aquí —dijo Julene.

Taniel le frunció el ceño a la mercenaria. Tenía una sonrisa pequeña y cruel, un poco más elevada en el lado donde tenía la cicatriz, y los ojos tan abiertos que no era algo natural. A Taniel le recordaba a un puma que una vez había visto en el circo. El grupo se encontraba en las puertas de la Universidad de Adopest. Los muros que rodeaban el pequeño pueblo académico eran poco más que reliquias en ruinas; detrás se veían las banderas que flameaban por la brisa fresca sobre los edificios de la universidad. Taniel oía risas de estudiantes. Ese no era un buen lugar para confrontar a una Privilegiada.

Y sin embargo, era mucho mejor que una ciudad llena de gente.

—¿Estás segura? —preguntó Taniel. No había abierto su tercer ojo durante días. La última vez, estuvo a punto de derrumbarse. Se dijo a sí mismo que no era por estar en un trance de pólvora durante cuatro semanas consecutivas. No estaba ciego de pólvora. No se había hecho adicto.

Aspiró una raya de pólvora del dorso de la mano y se estremeció.

Julene ignoró su pregunta.

—¿Y bien? —le preguntó Taniel a Gothen.

El quiebramagos asintió con la cabeza.

—Está aquí —confirmó.

Taniel miró a su alrededor en busca de Ka-poel. La encontró estudiando las gárgolas que había sobre las puertas. Un grupo de estudiantes varones la estudiaba a ella. Taniel los miró con ferocidad y apoyó una mano en la culata de su pistola.

—¿Es una salvaje real? —preguntó uno de ellos.

—Debes tener un permiso para portar un arma en el recinto de la universidad —lo informó otro.

—Vete al abismo —respondió Taniel—. Espera. ¿Dónde puedo conseguir un mapa de la universidad?

El niño (Taniel lo consideró un niño, aunque podrían tener la misma edad) se sorbió la nariz.

—Vete tú al abismo. —Taniel se volvió hacia el grupo para que pudieran ver su broche con forma de barril de pólvora—. ¿Se supone que eso debe impresionarnos?

Taniel le ofreció una sonrisa ancha.

—Os impresionará cuando yo haga que os traguéis los dientes. —Extrajo la pistola de su cinturón y la hizo girar hasta que la agarró por el cañón, luego la hizo girar de nuevo alrededor del dedo mayor hasta que la empuñó correctamente.

—Qué bonito —dijo uno de los muchachos riéndose—. En el despacho del administrador. Ve por la puerta, dobla a la derecha. A la larga llegarás.

—Gracias. Y sí, es una salvaje. *Mi* salvaje. —Su sonrisa desapareció cuando se volvió y se cruzó con la mirada feroz de Ka-poel. Carraspeó —. Vayamos a por un mapa de la universidad. Julene, ¿cuánto puedes acercarte a ella sin que te perciba?

—No me importa que se dé cuenta de que estoy aquí.

—A mí sí me importa —replicó Taniel—. No seas insensata.

Ka-poel se dio una palmada en el pecho, luego hizo caminar dos dedos en el aire.

—¿Tú te puedes acercar? —le preguntó Taniel.

Ka-poel puso los ojos en blanco.

Por supuesto que podía. Ka-poel prácticamente podía ir hasta un Privilegiado y darle una palmada en el hombro sin ser detectada. ¿Dónde tenía la cabeza? Debía de ser por la condenada pólvora. Cuando todo terminara, dejaría de consumir por un mes.

—Muy bien. Pole, busca a la Privilegiada. Quiero saber exactamente dónde está, y eso incluye en qué edificio y en qué habitación. Vosotros dos —dijo señalando a los mercenarios—, esperad al capitán Ajucare. —El capitán llevaba una semana siguiéndolos, por orden de Tamas. A una distancia prudencial para no interferir, pero lo suficientemente cerca por si se lo necesitaba. Taniel echó una mirada rápida hacia el camino y vio unos hombres a caballo a lo lejos—. Decidle que comience a evacuar la universidad. Vamos a acabar con esta Privilegiada aquí y ahora. Gothen, ¿podrás cortarle el acceso al Otro Lado?

—Por supuesto.

—¿Sin problemas esta vez?

—Seguro —dijo Gothen—. No cometeré el mismo error que la vez anterior.

Lo único que necesitaban era que Gothen se acercara lo suficiente para poder anularle los poderes. Si las balas y las armas blancas no alcanzaban para matarla, ello le daría la oportunidad a Julene de usar

su propia magia.

—Una evacuación nos quitará el factor sorpresa —dijo Julene.

—No permitiré que mueran estudiantes en el fuego cruzado si algo sale mal y vosotros dos empezáis a hacer volar hechizos —dijo Taniel. Julene lo miró con desprecio—. Vuelvo enseguida.

Taniel atravesó las puertas y se dirigió al edificio administrativo. Una serie de postes indicadores lo ayudaron a orientarse un poco más. Aquel lugar era prácticamente un pueblo autosuficiente. Los edificios eran enormes; estaban construidos con piedras de un color gris sombrío y tenían arcos anchos y agujas altas. Estaban separados entre sí por espacios abiertos donde había alumnos descansando sobre la hierba. Taniel atravesó un patio enorme y pasó por delante de la biblioteca. Su fusil estaba atrayendo miradas.

—¿Puedo ayudaros, señor?

Un hombre de aproximadamente cuarenta años lo interceptó cuando iba subiendo las escaleras del edificio administrativo.

—Soy el mago de la pólvora Taniel —dijo—. ¿Quién sois vos?

El otro se irguió.

—Soy el ayudante del vicerrector. El profesor Uskan, a vuestro servicio.

—Profesor —dijo Taniel—, ¿está el vicerrector?

—Está en Adopest por cuestiones laborales. Disculpadme, ¿sois Taniel “Dos Tiros?”, ¿el hijo del mariscal de campo?

—Veréis, tengo una compañía de soldados a punto de entrar por la puerta principal. En el recinto de la universidad hay una Privilegiada prófuga. Le estamos dando caza por órdenes de mi pa… por órdenes del mariscal Tamas.

Uskan abrió unos ojos como platos.

—¿Qué…? No, no podéis luchar aquí. Esto es una universidad.

—Haremos todo lo posible por evitarlo. ¿Existe un plan de evacuación?

—¿Qué? No…

—Pues tendréis que improvisar uno. Ahora mismo. Los soldados son miembros de las Alas de Adom. Avisad a vuestros alumnos que deben salir.

—¿Salir? ¡Aquí hay casi cinco mil estudiantes! El campus tiene un diámetro de un kilómetro y medio! ¿Qué esperáis que haga?

—Pensad algo.

—¿Y qué pasa con la Privilegiada?

—Nosotros nos encargaremos de ella.

El profesor se retorció las manos.

—¡Una Privilegiada! ¡La destrucción podría ser mayúscula! ¡Las reparaciones…!

—Estoy seguro de que no llegará a... —Taniel se quedó helado. Allí

estaba, saliendo de la biblioteca, a menos de cien metros de distancia. Taniel comenzó a agitarse. La Privilegiada no llevaba los guantes puestos. Eso le daba a él una ventaja—. Vamos —le dijo Taniel—. Es necesario evacuar este lugar.

—Pero ¿qué digo?

—No lo sé —rugió Taniel. Fue llevando la mano a la pistola despacio, procurando que dicho movimiento no resultara demasiado evidente.

Uskan tragó saliva y miró a Taniel de arriba abajo. Le suplicó con la mirada.

—Solo tened cuidado con el edificio de Ciencias Aplicadas —dijo—. Es nuevo. —Luego respiró hondo y levantó los brazos en el aire—. ¡Almuerzo gratis! —gritó—. ¡Almuerzo gratis, saliendo por la puerta norte! —Y comenzó a correr a través del patio.

—¡Mierda!

La mujer le clavó la mirada. Él extrajo la pistola del cinturón, pero dudó. La gente del patio comenzaba a seguir a Uskan con lentitud. Taniel apretó los dientes.

La mujer echó a correr hacia el otro lado.

Taniel apuntó con la pistola y apretó el gatillo. El disparo resonó por todo el patio. Taniel desvió el tiro en el último momento para evitar herir a un estudiante. Maldijo en voz baja. La bala erró a la Privilegiada y se alojó en el muro de la biblioteca. Se oyó un grito. Los alumnos echaron a correr.

Taniel salió a la carrera detrás de ella al tiempo que se metía una pistola en el cinturón y cogía la otra. La Privilegiada dobló siguiendo el perímetro de la biblioteca, y él se detuvo. Podría estar esperándolo justo a la vuelta de la esquina. Sus poderes lo harían trizas antes de que pudiera disparar. Miró a su alrededor. Sus ojos se posaron en la torre que había detrás del edificio administrativo.

El campanario era el punto más alto del campus. Retrocedió sobre sus pasos, atravesó el edificio administrativo y un jardín botánico. Era un invernadero, compuesto por enormes paneles de cristal sujetos por medio de enrejados de hierro. Casi cayó en el estanque al intentar saltarlo, recuperó el equilibrio y fue hacia la puerta del campanario.

Enfiló la escalera de la torre subiendo los peldaños de dos en dos. Se detuvo en una ventana a mitad de camino e inspeccionó el patio. Calculó que estaba a unos cinco pisos de altura. No había señales de la Privilegiada. Subió hasta la siguiente ventana y volvió a mirar. Allí estaba. Iba atravesando el patio que había entre el museo y un gran edificio con galería y con unas letras enormes que proclamaban que se trataba de la Sala de Banasher.

Taniel tomó su fusil del hombro. Cerró los ojos y, respirando con la calma del trance de pólvora, volvió a concentrarse. Cuando volvió a

abrir los ojos, podía verla como si la tuviera a cuatro metros de él. Era una mujer atractiva, con rasgos marcados y un lunar sobre una de las cejas. Caminaba enérgicamente, aún llevaba su toga académica. Se había puesto los guantes. Miró una vez por encima del hombro.

—¡Rozalia! —El grito resonó por todo el patio.

Taniel se sobresaltó. La Privilegiada también, con una expresión salvaje en los ojos. Taniel apoyó el dedo sobre el gatillo.

Unas auras de hechicería cruzaron con violencia por su campo visual. Trozos de tierra volaron por el aire, seguidos por líneas de fuego que brotaron del suelo alrededor de la Privilegiada. Taniel tuvo que parpadear para borrar las manchas que aparecieon en su vista.

Comenzó a caer tierra, lo que le hizo casi imposible a ver lo que sucedía en el patio. Julene iba hacia allí, con los guantes puestos y las manos en alto. Se reía dando alaridos.

En un momento dado, Taniel llegó a ver una toga académica. Se calzó el fusil al hombro y disparó. La bala rebotó a unos centímetros de la cabeza de la Privilegiada contra un escudo invisible, con el sonido que hace una cuchara golpeteando un cristal. Taniel maldijo.

Un rayo alcanzó a Julene. Ella se deslizó hacia atrás arrastrando los pies por la tierra. De alguna manera seguía erguida, con las manos por encima de la cabeza. Hubo un chisporroteo de energía y el rayo regresó hacia la Privilegiada. Taniel cayó hacia atrás a causa del estruendo.

Rodó algunos peldaños, pero pudo detener su caída. Volvió a coger el fusil y dejó caer una bala en el cañón, luego extrajo una carga de pólvora de su equipo y la rompió entre los dedos. Regresó a la ventana, apuntó con el fusil y disparó.

La Privilegiada giró en redondo, con sangre brotándole del hombro. Cayó, pero logró quedar de rodillas con una mano apoyada en el suelo. Miró hacia arriba, en dirección al campanario de Taniel.

—Maldición.

Con la mano libre, hizo un movimiento de corte en diagonal.

Taniel cerró los ojos con fuerza. Nada. Entreabrió un ojo. El mundo estaba moviéndose. Desde allá abajo le llegó el ruido terrible del roce de piedra contra piedra.

Sintió que el corazón se le subía a la garganta. La torre estaba desmoronándose. Agarró con fuerza el fusil y saltó por la ventana.

Abrió la boca, pero se dio cuenta de que no le quedaba aire para gritar. Los paneles de cristal del jardín botánico subieron a toda prisa hacia él. Cayó primero con los pies, flexionando las piernas debajo del cuerpo, y entonces el cristal estalló. Cayó los últimos seis metros y aterrizó sobre su hombro. Rodó hasta quedar de espaldas y tomó aire. Había trozos de cristal del tamaño de un hombre todo a su alrededor.. Tenía suerte de que ninguno hubiera caído sobre él.

Los magos de la pólvora eran fuertes cuando estaban en trance. Podían soportar mucho más daño que una persona común e ignorar mucho más dolor. Aun así, debería haber muerto tras semejante caída o, como mínimo, haberse roto algunos huesos.

El suelo retumbó. La onda expansiva de la torre cayendo sobre el edificio que tenía debajo hizo rodar a Taniel. La piedra se partió contra la piedra, la madera se astilló. Él se cubrió la cabeza con las manos.

Cuando volvió a mirar, el polvo estaba asentándose. Lentamente, se puso de pie.

El fusil estaba a unos seis metros de él. Fue hacia allí tambaleándose, pasando por encima de escombros y cristales. El cuerpo le dolía, pero no tenía nada roto. Revisó su equipo de dibujo en busca del cuaderno. Estaba allí. Recuperó el fusil.

—Tú y yo estamos sobreviviendo a demasiadas cosas hoy en día.

Otro estallido lo hizo tambalearse. Renqueando, salió del invernadero y entró en el edificio siguiente, evitando los restos de la torre. Encontró una sala desde donde podía mirar hacia el patio. El extremo de esa sala había sido destruido; la torre había caído sobre el despacho del administrador. Rogó que no hubiera habido nadie dentro.

Apoyó la espalda contra el muro, justo debajo de la ventana, y escuchó. Otro estruendo. Alguien reía. Julene. Taniel apretó los dientes ante el sonido espeluznante, recargó el fusil y se puso de pie.

El patio estaba destrozado. El suelo estaba levantado por todos lados; más tierra que la que podrían mover cien hombres con palas en todo un día, apilada como si una mano divina la hubiera cogido del suelo y hubiera formado montones. Mientras miraba, emergió una línea fina de fuego desde uno de los montículos y atravesó la Sala de Banasher. Taniel vio rostros observando la batalla desde las ventanas. Desaparecieron en un instante, y sus expresiones de horror se le quedaron grabadas en la mente mientras toda la fachada del edificio se desmoronaba.

Volvió a cubrirse detrás de la pared y respiró hondo. Esa no era una pelea normal. No, ya había visto luchar a Privilegiados, en los campos de batalla de Fatrasta. Arrojaban hielo y rayos y bolas de fuego. Pero nada así. Tanto Julene como la otra Privilegiada estaban usando fuerzas que estaban mucho más allá de la comprensión de Taniel. Por el poder que estaban demostrando tener, ambas deberían haber sido líderes de una camarilla real.

Taniel se preguntó dónde estaba Ka-poel. La cabeza le retumbó después de otro estruendo, y los pensamientos le parecieron algo lejano. ¿No la había enviado tras la Privilegiada? Rogó que no hubiera hecho algo estúpido. Rogó que estuviera a salvo.

Echó otro vistazo. Vio a la Privilegiada. Estaba en los escalones superiores de un edificio ubicado en diagonal al de él. “El museo”, pensó. Lentamente levantó el fusil.

Los dedos de la Privilegiada danzaron. Extendió una mano hacia delante con los dedos separados en dirección al centro del patio. De su palma emergió la misma línea de fuego. Julene se elevó desde detrás de uno de los montículos y salió despedida contra lo que quedaba de la Sala de Banasher. Las piedras la envolvieron en el momento del choque, y el resto del edificio se vino abajo como una casa de papel.

La Privilegiada se limpió las manos en la toga académica y entró en el museo.

Taniel se puso de pie de un salto. Había llegado al centro del salón cuando se paró a cuestionar sus acciones. ¿Qué estaba haciendo? Se trataba de fuerzas que estaban por encima de su capacidad de combate. No tenía sentido perseguirla. ¿Qué podría hacer él?

Pensó en la destrucción del patio. Los Privilegiados se cansaban. No podían continuar eternamente. A esta no podía quedarle demasiada energía.

El edificio donde él se había refugiado se comunicaba con el museo por medio de una pasarela de piedra sobreelevada. Echó un vistazo, luego la atravesó a la carrera y se coló por una puerta. Llegó a un vestíbulo diminuto, prácticamente el armario de un conserje, con mopas y escobas. Otra puerta, que se encontraba abierta, daba al salón principal. Alcanzó a ver las galerías llenas de objetos antiguos: cadáveres momificados, huesos de bestias de otras épocas, vasijas de civilizaciones prehistóricas y piedras con gemas brillantes. Oyó el sonido de unos pasos enérgicos sobre mármol.

La Privilegiada emergió desde la galería principal. Aún le sangraba el hombro del único disparo con que había logrado alcanzarla Taniel. Miró a un lado y al otro. No pareció ver a Taniel. Definitivamente, no vio los movimientos del quiebramagos por encima de ella.

Gothen saltó la barandilla de la galería de la primera planta y aterrizó en el mármol a un metro y medio de la mujer. Se irguió con el rostro resplandeciente de victoria y una espada pequeña en la mano.

Taniel lanzó un grito para sus adentros: “¡Sí!”. Salió de su refugio. Ya la tenían. Ahora no podía…

La Privilegiada abrió los brazos de par en par. La toga académica comenzó a agitarse, luego a iluminarse. Gothen abrió unos ojos como platos.

Taniel se detuvo. Retrocedió un paso cuando vio que Gothen comenzaba a resplandecer. Trató de gritarle que finiquitara el trabajo.

El quiebramagos cayó de rodillas. Abrió la boca para gritar, pero no emitió sonido alguno. La boca se le siguió abriendo. Se le cayó la mandíbula, y el resto de él comenzó a chorrear como una figura de

cera derritiéndose frente a una fogata. Su vestimenta ardió, y su espada se fundió y se derramó sobre el suelo. El cuerpo de Gothen se disolvió y quedó hecho un charco a los pies de la Privilegiada.

Taniel se escondió detrás de una columna. Mientras tanteaba buscando más pólvora, se preguntó qué podría llegar a hacer él. Se la derramó por toda la mano, se la llevó a la nariz y aspiró. Bajó la mirada. Tenía sangre. Le salía de la nariz. Sintió que la calma del trance de pólvora le aquietaba las manos.

Apretó los dientes y extrajo la bayoneta del cinturón. La encajó en el extremo del cañón de su fusil. Las manos volvieron a temblarle casi inmediatamente. Examinó dos veces las pistolas para cerciorarse de que estaban cargadas, y se preparó para ponerse de pie.

De pronto sintió que algo le rozaba la cabeza.

La Privilegiada estaba de pie junto a él. Le había apoyado un dedo en la cabeza.

Él dejó escapar un suspiro tembloroso.

—Hazlo —le dijo.

Ahora que la tenía tan cerca, vio que estaba cansada. Tenía el cabello empapado de sudor. Las patas de gallo de sus ojos enrojecidos eran profundas, eran marcas del cansancio que le contraían el rostro.

—Quiero que dejes de seguirme —dijo ella.

—Tú mataste a mis amigos.

—¿Los magos de la pólvora?, ¿en el Palacio del Horizonte? Eso fue un error. No. No fue un error. Los habría matado a todos si hubiera llegado a tiempo de detener a Tamas y su absurdo golpe de estado. Solo estaba allí para advertir a la camarilla real, pero llegué muy tarde. Cuando vi que ya estaba hecho, solo me entraron ganas de irme.

—¿Quién diablos eres tú?

—Mi nombre es Rozalia.

—¿Y *qué* eres?

Ella dejó escapar un largo suspiro.

—Soy una de los pocos Predeii que quedan. O lo era. Últimamente no me encuentro en muy buena forma.

—Eso no me dice nada.

—Porque solo eres un niño estúpido. Todos vosotros sois solo unos niños estúpidos. Los Privilegiados y los magos de la pólvora. Ninguno de vosotros sabe nada.

—Entonces, mátame.

—Si hago eso, tu padre enviará hasta el último de sus magos de la pólvora. Nunca más podré estar en paz. —Taniel resopló. Así que ella sabía quién era él—. Dile a tu hechicera salvaje que retroceda. No quiero enfrentarme con ella.

—¿Pole? —Taniel miró a su alrededor. No había señales de ella—.

Sal de aquí —le ordenó. Le pareció ver un destello pelirrojo detrás de una de las vitrinas.

—Déjame irme en paz —dijo Rozalia—, y saldré del país esta misma noche. Lo juro. Ya no tengo nada que hacer aquí.

—¿Así de fácil? —Taniel pensaba a toda velocidad. Julene debía de haber muerto, después de ser arrojada a través de todo un edificio. Gothen era un charco en el suelo. ¿Qué amenaza podía representar él? ¿Tanto miedo le daba su padre?

Taniel vio que Rozalia echaba una mirada nerviosa en dirección a Ka-poel.

¿Le daba miedo Ka-poel? Pole solo era una niña.

—Así de fácil —dijo Rozalia—. Me voy de aquí. Tu padre ha dado una patada a un avispero, y tengo la intención de irme antes de que lleguen las avispas.

—¿A qué te refieres?

Rozalia meneó la cabeza.

—Realmente no lo sabes, ¿verdad? Estáis jugando un juego peligroso. No, más que peligroso, descabellado. Pero ya es muy tarde. No hay posibilidad de restaurar la monarquía, de deshacer el daño. Westeven lo entendió, pero vosotros estáis ciegos.

—Estás loca.

—Si no me crees, pregúntale al Privilegiado Borbador. Él es el último de la camarilla real. Él te dirá la verdad.

—Lo haré. —Rozalia bajó la mano. Taniel se puso de pie—. No puedo garantizar que Tamas no envíe a nadie más detrás de ti. Pero al abismo con esto. Yo ya he terminado.

—Antes de una semana estaré a bordo de un barco que me lleve lejos de los Nueve —dijo Rozalia—. Quedaré fuera de su alcance. Además, seré la menor de sus preocupaciones. —Se volvió.

Taniel siguió mirándola con precaución mientras ella se dirigía a la puerta principal del museo.

—¡Espera! —Corrió hasta ponerse a su lado, tratando de no mirar lo que quedaba de Gothen, y abrió la puerta. Había una docena de soldados a la vista. Sus fusiles tenían la bayoneta puesta y apuntaban en dirección a la Privilegiada—. Bajad las armas —dijo Taniel. Los soldados le clavaron la mirada—. ¡Bajadlas, maldita sea, o somos todos hombres muertos!

Los fusiles descendieron lentamente. Rozalia bajó los escalones como si fuera una reina con su guardia de honor. Pasó por delante de los soldados y se dirigió hacia la puerta principal de la universidad. Se detuvo a unos metros de Taniel y se volvió para mirarlo.

—Ten cuidado con Julene —le dijo antes de seguir caminando.

Había pasado al menos una hora cuando Taniel vio a Julene dirigiéndose hacia él a través del patio. Aquel era otro patio, que no

había sufrido daños, ubicado en un rincón silencioso del campus. Kapoel estaba sentada junto a él, de piernas cruzadas. Él descansaba con la cabeza contra la pared y una mano sobre su cuaderno. Había comenzado a dibujar a Gothen. Había sido un hombre valiente y merecía que alguien lo recordara, aunque fuera un mercenario. Le dolía la cabeza. Le dolía el cuerpo. Y la persona que se le acercaba no debería estar viva.

Julene estaba como si le hubiera pasado por encima una tropilla de caballos de guerra. Sus ropas estaban rotas y quemadas, y sus partes pudendas eran visibles para todo el mundo, aunque a ella parecía no importarle en lo más mínimo. Fue hasta donde estaba Taniel y se quedó de pie frente a él con las manos en las caderas.

—¿Dónde está Gothen?

—Derretido.

Ella palideció al oír eso, pero se recuperó enseguida.

—El capitán Ajucare dice que la has dejado escapar.

Taniel asintió con la cabeza.

—Se irá del país.

Julene se inclinó, con el rostro a pocos centímetros del de Taniel.

—¡Has dejado escapar a esa perra! —Levantó una mano enguantada.

Taniel ni siquiera recordaba haber desenfundado la pistola. Un momento antes tenía las manos juntas sobre el regazo, y al siguiente sostenía la pistola con el cañón apoyado en el punto en que la mandíbula de Julene se encontraba con el cuello. Ella abrió los ojos como platos.

—Vete de aquí —le dijo él.

Capítulo 14

Según la mayoría de los historiadores, el Faro de Gostaun databa de la Era de Kresimir. Algunos decían que era incluso más antiguo, algo que no habría sorprendido a Tamas. Era sin duda la construcción más vieja de Adopest. Las piedras estaban erosionadas por el viento, sus bloques de granito se veían picados y marcados por siglos de exposición a los elementos y por la inclemencia de la intemperie del mar Ad.

Tamas se encontraba en el balcón de la sala del fanal, con las manos aferradas a la barandilla de piedra. Algo andaba mal. Los realistas estaban dispersos; los graneros, abiertos al público. Ya había comenzado la labor de reconstrucción de la ciudad, y a tal fin se había contratado a miles de personas para retirar los escombros de las calles y construir viviendas. Él debería estar concentrándose por completo en los embajadores keseños que se acercaban, pero no podía evitar mirar hacia el sudoeste.

Salía humo del Pico del Sur. Había comenzado como una línea negra en el horizonte el día del terremoto, hacía ya dos semanas. Desde entonces, había aumentado a diez veces su tamaño. Grandes nubarrones ondulados en gris y ébano se elevaban de la cima de la montaña, se dispersaban al ganar altura y terminaban flotando sobre el mar Ad. Los historiadores decían que la última vez que el Pico del Sur entró en erupción fue la primera vez que Kresimir puso el pie en la montaña sagrada. Decían que todo Kez quedó cubierto de ceniza y que cientos de aldeas de Adro desaparecieron a causa de la lava.

Se oían palabras como “presagio” y “malas noticias” de boca de personas demasiado cultas para no tomar esas cosas en serio.

Tamas le dio la espalda a la montaña distante y miró hacia el sur. El faro en sí tenía solo cuatro plantas de altura, pero se alzaba sobre un peñasco que lo elevaba por encima de la mayoría de los edificios de Adopest. Una cara de la colina había cedido durante el terremoto y había dejado los cimientos del faro a la vista, pero la estructura en sí no había sufrido daños. Debajo de Tamas, los muelles estaban

flanqueados por baterías de artillería. A él le parecía que esos cañones nunca habían sido disparados. Eran más que nada para mantener las apariencias, un remanente de tradiciones más antiguas, algo no muy distinto de lo que sucedía con la Guardia de la Montaña. En su larga historia, los Nueve habían estado cerca de la guerra en innumerables ocasiones, pero desde la Desolación no se había vuelto a derramar sangre. A lo lejos flotaba anclada una galera keseña, con las banderas en alto.

—Que prueben esas baterías mañana —ordenó Tamas—. Quizá las necesitemos pronto.

—Si, señor —dijo Olem. Olem y Sabon estaban allí con él, soportando pacientemente su reflexión silenciosa. Una guardia de honor completa esperaba en la playa a la delegación keseña. Los sirvientes se movían apresurados por la arena, haciendo preparativos de última hora para un banquete de bienvenida a los dignatarios que llegaban. Se llevó comida, se apuntalaron sombrillas y tiendas en la arena, y unos criados de librea trataban de evitar que se les volara todo por el viento del mar Ad.

Andriya y Vlora estaban escondidos en ambos extremos de la playa, con los fusiles cargados, vigilando por si aparecían Privilegiados. Tamas no pensaba correr riesgos con esa delegación, y el sentimiento desgarrador que tenía en las tripas le decía que no se equivocaba. *Había* Privilegiados entre ellos, su tercer ojo lo había confirmado, pero a esa distancia era imposible determinar cuántos eran o si eran muy poderosos.

Una lancha avanzaba hacia la orilla desde la galera. Tamas la miró por un catalejo y contó dos docenas de hombres. También había Guardianes entre ellos, fáciles de distinguir por su tamaño y por sus hombros y brazos deformes.

—Ipille se atreve a enviar Guardianes —rugió Tamas—. Estoy tentado a hacer volar esa lancha en pedazos ahora mismo.

—Por supuesto que se atreve —dijo Sabon—. Es el condenado rey de Kez. —dijo, y fingió que tosía—. Los Privilegiados que tengan ellos opinarán lo mismo sobre ti que tú sobre ellos. Saben que tendrás magos de la pólvora en la playa.

—Mis Marcados no son asesinos impíos engendrados mediante hechicería—. Solo los keseños habían descubierto cómo quebrar el espíritu de un hombre y deformar su cuerpo para crear un Guardián. Las otras camarillas reales de los Nueve se negaban a experimentar con seres humanos.

A Sabon pareció divertirle el comentario.

—¿Qué te asusta más?, ¿un hombre que es casi imposible de matar o un hombre que puede matarte a una legua de distancia con un fusil?

—¿Un Guardián o un mago de la pólvora? Ninguno me asusta. Los

Guardianes me dan asco. —Tamas escupió sobre las piedras del faro —. ¿Qué es lo que te sucede hoy? Últimamente te has puesto tan filosófico que podrías hacerme llorar.

Olem soltó una risa entrecortada.

—El desayuno —dijo.

Tamas se volvió hacia el soldado.

—¿El desayuno?

—Esta mañana se ha comido seis platos de gachas —dijo Olem. Dejó caer ceniza de su cigarro y la observó volar al viento—. Nunca he visto al coronel tragar tanto en tan poco tiempo.

El deliví se encogió de hombros como con vergüenza.

—El nuevo cocinero es muy bueno. Era como tomar leche directamente de las tetas de la mismísima santa. ¿De dónde lo has traído?

Tamas tragó saliva. Sintió un sudor frío en la frente.

—¿A qué te refieres? No he contratado a ningún cocinero nuevo.

—Afirma que vos mismo lo habéis nombrado jefe de cocina —dijo Olem. Se colocó una mano delante imitando una gran barriga y asumió un aire de importancia—: “Para llenarles el corazón, la mente y el alma a los soldados y darles fuerzas durante los próximos años”, o eso dice.

—¿Un gordo de esta altura? —Tamas hizo un gesto sobre su cabeza. Olem asintió—. ¿Tiene cabello negro y largo, y parece rosveliano?

—Yo pensaba que era parte deliví —dijo Olem—. Pero sí.

—Estás loco —dijo Sabon—. No tiene ni una gota de deliví.

—Mihali —dijo Tamas.

—Sí, ese mismo —confirmó Sabon—. Un demonio de cocinero.

—Jefe de cocina —dijo Tamas distraídamente—. Y puede que sea un demonio. Averigua quién es. Todo lo que puedas. Dijo que su padre era Moaka, el na-barón de… ah, no sé dónde. Averígualo. —No pensaba tolerar que en su cuartel se infiltraran tipos extraños con solo preparar un soufflé de cordero.

—Me encargaré de ello, señor —dijo Olem.

—¡Ahora!

Olem se sobresaltó.

—Enseguida, señor. —Arrojó el cigarro y se dirigió a las escaleras. Tamas lo observó irse y luego se volvió para mirar la lancha que lentamente se acercaba. Sintió la mirada de Sabon en la nuca.

—¿Qué? —preguntó, dejando entrever más irritación en la voz que lo que habría querido.

—¿Qué diablos ha sido eso? —dijo Sabon—. Todo ese alboroto solo por un condenado cocinero.

—Jefe de cocina —replicó Tamas.

—¿Crees que es un espía?

—No lo sé. Por eso le he ordenado a Olem que lo averigüe.

—¿De qué sirve tener un guardaespaldas si lo envías a hacer un recado cuando aparecen los keseños?

Tamas ignoró la pregunta. Entonces Mihali no había sido un fragmento de su imaginación. ¿Pero qué pensar de lo que le había dicho? Le había instado a él a que investigara la advertencia de muerte de los Privilegiados, algo que no tenía forma de saber.

Tamas no era un hombre religioso. Si hubiera tenido que adscribirse a una única creencia, probablemente habría optado por una que se había vuelto popular en la clase alta y los filósofos: Kresimir había sido un dios provisional. Vino para poner en movimiento a los Nueve y luego siguió su camino, para nunca regresar.

Pero ahora la mismísima montaña sagrada retumbaba de ira. ¿Qué podía significar?

Supersticiones. No podía permitir que le hicieran perder el juicio. Haría arrestar a Mihali esa misma noche, y eso sería todo.

Observaron la lancha que se acercaba durante unos minutos más, hasta que Sabon señaló hacia la playa.

—Acaban de llegar los agitadores.

—Finalmente, maldita sea.

Se dirigieron a los muelles para reunirse con la junta de Tamas. Entre los ayudantes, los asistentes, los guardaespaldas y los soldados, parecía que había acudido todo Adopest. Tamas extrañaba los días en que operar en secreto les exigía reunirse en persona: solo siete hombres y una mujer conspirando para derrocar a su rey.

Los miembros de la junta se reunieron en la cabecera del grupo para encontrarse con él en el muelle.

—Tamas, querido —dijo lady Winceslav mientras él se acercaba—. Sed tan amable de solicitar a su eminencia y al otro caballero —dijo haciendo un gesto de desdén hacia el archidiocel y el eunuco— que no fumen tan copiosamente cuando se encuentren en presencia de una dama.

—Podríais solicitárselo vos misma —replicó Tamas.

—Lo ha hecho —dijo Ricard—. Parece que su santidad no sabe comportarse en presencia de las damas.

Lady Winceslav se aclaró la garganta ruidosamente.

—Señor, creo que vos tampoco.

Ricard se quitó el sombrero y le hizo una reverencia.

—Solo soy un humilde trabajador, señora. Disculpadme.

El archidiocel y el eunuco parecían estar disfrutando con la incomodidad de lady Winceslav. Charlemund se volvió hacia Tamas exhalando anillos de humo.

—¿Sabíais que a este muchacho le quitaron su virilidad al nacer? No sabía que aún se llevaban adelante tales prácticas. Pensaba que habían caído en desuso hacía mil años.

—La Iglesia siempre prefirió usar *castrati* en sus coros, hasta hace unos cincuenta años —dijo Ondraus mirando al archidiocel por encima del libro que llevaba en las manos. Sonrió—. Aún quedan algunos cantantes famosos que son *castrati* , como Kirkham y Noubenhaus. Son populares en catedrales de todos los reinos. Me sorprende que no lo supieras.

El archidiocel aspiró su pipa con fuerza.

—Es una práctica común —dijo suavemente el eunuco, con su voz aguda casi inaudible por el clamor de las olas—. En mi tierra natal hay toda una casta de eunucos, creados al nacer, que brindan su servicio a los magistrados gurlos. Sirven en los harenes y en las cortes de los magistrados, y les cumplen todos los deseos. —Echó una mirada a lady Winceslav—. Todos los deseos imaginables.

—Repugnante —dijo lady Winceslav apartándose.

Tamas observó todo ese diálogo sin decir palabra. A veces, los miembros de la junta parecían no ser más que unos niños obligados a estar juntos en un internado que no hacía diferencias por clase social o educación. Era un grupo muy variopinto.

—Todo esto es muy interesante —dijo—, pero ya ha llegado el embajador. Lo recibiré yo mismo. Solo. No tengo duda de que sacará el tema de los Acuerdos incluso antes de bajarse de la lancha. Le diré que se los puede meter por el culo.

—Yo pienso que responderá mejor a los encantos de una dama —dijo lady Winceslav.

—Claro que pensáis eso —gruñó el archidiocel—. Yo no tengo nada que decir aquí. La Iglesia es neutral en los asuntos de guerra de los Nueve.

—Vuestro apoyo incondicional me hace llorar de la emoción —dijo Tamas—. Kez tendrá exigencias. Yo prefiero la paz, si es posible. La única cuestión es con cuánto vigor la pedimos. Los Acuerdos no son una opción. No permitiré que nos quiten el país. ¿Ricard?

—La guerra hará que el comercio en el mar Ad sea mínimo —dijo Ricard Tumblar—. Al sindicato no le agrada la idea. Por otra parte, las fábricas estarán funcionando a toda máquina, y emplearán a miles de personas para fabricar municiones, vestimenta y comida enlatada. Será una gran ayuda para la industria de Adopest. Entre eso y la reconstrucción de la ciudad, podría quedar completamente resuelto el problema del desempleo.

—Comenzar una guerra para mejorar la economía —murmuró Tamas—. Si tan solo fuera tan simple. ¿Milady?

—Mis mercenarios están a vuestra disposición.

Hasta que Adro se quedara sin tierras para sus oficiales, supuso Tamas.

El eunuco se encogió de hombros.

—Mi amo no tiene una opinión sobre la guerra.

—¿Mantendrá a las bandas a raya? —preguntó Tamas—. Si Adopest va a la guerra y se hace trizas desde dentro, las cosas terminarán antes de que comiencen.

El eunuco aspiró de su pipa.

—El Propietario tendrá todo bajo control.

—¿Vicerrector? —dijo Tamas.

El anciano miró pensativamente hacia el mar y se pasó un dedo por la marca de nacimiento con forma de araña que tenía en el rostro.

—No ha habido una guerra real entre los Nueve desde la Desolación. Yo deseo la paz, pero… —Se pasó la mano por la frente con cansancio—. Ipille es un hombre ambicioso. Haced lo que tenga que hacerse.

El tesorero fue el último en hablar. Ondraus se metió el libro de registros en el bolsillo, se quitó los lentes, los cerró y los guardó dentro de su chaqueta.

—Nos costará más pagarle a Kez lo que pidió prestado Manhouch que estar en guerra durante dos años. Pueden irse al abismo.

Sabon lanzó una carcajada. Ricard y el eunuco sonrieron. El propio Tamas se tragó una risita y le hizo un gesto con la cabeza al tesorero.

—Gracias por vuestra fundamentada opinión, señor.

Tamas echó a andar por el muelle para recibir al embajador. Extrajo una carga de pólvora del bolsillo, la desenvolvió con delicadeza y se echó un poco en la lengua. Sintió el chisporroteo de poder y la oleada de conciencia que le daba el trance de pólvora; cerró los ojos mientras caminaba, un pie delante del otro, las tablas del muelle crujiendo debajo de él. Abrió los ojos a unos quince metros de la lancha.

Desembarcó una pequeña delegación. Los Guardianes subieron al muelle y se volvieron para ayudar a los nobles, con sus músculos deformados retorciéndose como serpientes enormes debajo de sus chaquetas. Eran todos hombres corpulentos; algunos le sacaban casi dos cabezas, y cada uno valía por diez soldados en una batalla. Tamas se estremeció.

No permitiría que lo amenazaran. Con independencia de lo que fueran a decir los keseños en las negociaciones, él necesitaba mantener la cabeza serena. Lo amenazarían y lo insultarían, y soportaría todo. La guerra no era el mejor camino. Pediría la paz, pero no a costa de su país.

Uno por uno, los miembros de la delegación subieron al muelle. Eran unos cuantos, todos ataviados con las galas de la nobleza. Llegó a

ver el guante blanco de un Privilegiado cuando levantó el brazo para coger la mano de un Guardián. Por su tercer ojo, sabía que solo había uno. Respiró hondo y extendió los sentidos. Este Privilegiado no era muy poderoso, aunque tal cosa era relativa cuando se trataba de hombres capaces de destruir edificios con un gesto.

El Privilegiado subió al muelle y se alisó la chaqueta. Se rio de algo que dijo uno de la delegación y se dirigió a Tamas, solo.

Tamas se agarró las manos con fuerza detrás de la espalda para evitar que le temblaran. Sintió que el corazón le retumbaba en los oídos, y la visión se le enrojeció en las esquinas de los ojos. Movió el hombro para quitarse la mano que Sabon le había apoyado.

"Nikslaus".

El duque Nikslaus era un hombre pequeño, con las manos delicadas de un Privilegiado y una cabeza demasiado grande que parecía tambalearse sobre su pequeño cuerpo. Llevaba un sombrero corto y forrado de piel y una levita negra sin botones. Se detuvo justo delante de Tamas y extendió la mano con una sonrisa asomándose en la comisura de sus labios.

—Cuánto tiempo, Tamas —dijo.

Los dedos de Tamas se apretaron alrededor del cuello del duque antes de que pudiera siquiera pensarlo. Al duque se le saltaron los ojos y la boca se le abrió sin emitir sonido. Tamas lo alzó con una mano. Nikslaus levantó las manos y comenzó a hacer gestos en el aire. Tamas se las apartó antes de que pudiera lanzar algún hechizo. Apenas fue consciente de los Guardianes que corrían hacia él, de su propio guardaespaldas acercándose a toda prisa detrás de él, del sonido de la pistola de Sabon al amartillarse. Agitó a Nikslaus con fuerza.

—¿Esto es lo que Ipille envía para negociar? —exclamó Tamas—. ¿Esta es su bandera blanca? Os dije que si alguna vez volvíais a poner un pie en mi país, os clavaría por las manos en la aguja de Diente Negro.

—Guerra —dijo Nikslaus casi sin voz. Tamas aflojó la mano. Nikslaus jadeó—. ¡Os arriesgáis a entrar en guerra!

—¿Os atrevéis a venir aquí? —dijo Tamas—. Ipille *ya ha declarado* la guerra. Ha enviado a su serpiente. —Lo arrojó al muelle. El duque se arrastró y retrocedió, retorciéndose, mientras movía las manos en silencio. Tamas lo apuntó con el dedo—. Intentad algo y mis Marcados os llenarán de plomo.

—¿Cómo os atrevéis? —dijo Nikslaus—. ¡Esto ha sido de buena fe!

—¡Tragaos vuestra buena fe, gusano! Salid de mi país. Decid a Ipille que se limpie el culo con los Acuerdos.

—¡Esto significa guerra! —gritó Nikslaus.

—¡Guerra!

Tamas extrajo un puñado de cargas de pólvora del bolsillo y las

estrujó con la mano. Mientras la pólvora caía, la encendió y dirigió la energía. Las tablas del muelle explotaron hacia arriba y lanzaron por el aire al duque, que cayó de cabeza en el agua. Los Guardianes se zambulleron detrás de él, y Tamas se volvió ignorando los gritos de socorro de Nikslaus.

—¿Qué diablos ha sido eso? —demandó el archidiocel.

Tamas extendió el brazo para apartarlo y lo arrojó al suelo. Los demás integrantes de la junta se quedaron pasmados. Sintió sus miradas en la espalda mientras subía por la playa hacia el faro. Sus oídos, aumentados por el trance de pólvora, recogieron la voz de Sabon.

—No seáis duros con él —le dijo Sabon a la junta—. Ese es el hombre que decapitó a la esposa de Tamas.

Adamat golpeó las puertas de entrada de los Archivos Públicos durante veinte minutos hasta que oyó el sonido de los pasadores. Se abrió una de las enormes puertas y apareció el rostro de una joven iluminada por un farol.

—La biblioteca está cerrada. —La puerta comenzó a cerrarse. Adamat la trabó con el pie—. Son las tres de la mañana —dijo la mujer.

—Necesito acceder a los Archivos.

—Qué lástima. Está cerrado—. Ella volvió a abrir la puerta y la cerró con violencia para apretarle el pie a él.

—Ay. SouSmith, si fueras tan amable.

SouSmith empujó la puerta. La joven se tambaleó hacia atrás con el farol oscilando en su mano.

—¡Llamaré a los guardias! —dijo mientras Adamat entraba. Él le hizo un gesto a SouSmith para que entrara también y cerró la puerta.

—No te molestes —dijo Adamat—. Tengo una orden por escrito del mariscal Tamas. —No era cierto, pero ella no lo sabía—. Necesito investigar una cosa, y me iré antes de que abráis.

—¿Una orden? Dejadme verla.

No por primera vez en su investigación, Adamat tuvo una profunda sensación de pérdida por tener que haber enviado lejos a Faye. Ella tenía muchos amigos y le habría conseguido entrada a los Archivos sin que importase la hora. En cambio, se veía reducido a tener que intimidar a alguien para poder lograrlo.

Adamat miró a la mujer. No era lo que se esperaría de una bibliotecaria. Tenía el cabello largo, ondulado y color oro, y era muy joven. Casi demasiado joven. No podría tener más de dieciséis años.

—¿Quién eres tú? —le preguntó.

Ella se irguió como si estuviera acostumbrada a tener que justificar su autoridad.

—¡Soy la bibliotecaria nocturna! Ordeno los estantes y realizo investigaciones.

—Ah. Bien, señorita, ¿entendéis de dónde salen los fondos para los Archivos Públicos?

—Del rey... Oh. Donaciones de la nob... Oh.

—¿Y creéis que Tamas estará contento de que a uno de sus agentes se le impida seguir una investigación de la que podría depender la seguridad del Estado? ¿Creéis que estará a favor de proveer fondos para los Archivos Públicos cuando se ha tratado tan mal a su agente? Y hablamos de fondos que bien podrían terminar yendo a otra biblioteca, por ejemplo la de la Universidad de Adopest, donde me consta que podría entrar ahora mismo, salvo por el hecho de que me queda demasiado a desmano.

En general, era fácil convencer a los empleados asignados a los turnos nocturnos. No solían ser muy inteligentes. Aquella muchacha seguía las palabras de Adamat una por una. Se le notaba en los ojos. Fue afortunado de que sus argumentos tuvieran lógica.

—Muy bien —dijo ella—. Pero solo unos minutos.

Adamat la siguió hasta los archivos.

Había algunos faroles colgados de las paredes, pero solo los suficientes para iluminar el camino. Los riesgos de incendio se tomaban muy en serio en las bibliotecas. Cuando llegaron a las mesas, Adamat se detuvo un momento.

—¿Habéis dicho que ordenáis los estantes?

—Esa es una de las funciones de un bibliotecario.

—¿Así que vos guardáis los libros?

—Por supuesto.

—¿Recordáis haber visto una pila de libros sobre esa mesa hace unos diez días? —Los libros debieron de quedarse allí después de que Tamas recuperase el control de la biblioteca.

La chica se volvió tan rápido que lo hizo dar un paso atrás.

—Esos libros han sufrido vandalismo—dijo ella, levantándole el dedo—. ¿Fuisteis vos?

Adamat oyó a SouSmith lanzar un resoplido de risa.

—No —dijo con un suspiro—. Esto es algo muy importante. ¿Dónde están?

Ella mantuvo su mirada de ira al menos durante treinta segundos.

—Por aquí —dijo con un tono de reprobación—. Los hemos llevado a reparar.

Adamat la siguió hasta los salones traseros de la biblioteca, donde se había instalado una mesa de trabajo para hacer reparaciones. El asiento estaba gastado, la madera se veía pulida de tanto sostener el trasero de algún bibliotecario durante incontables horas. Alrededor del asiento había varios montones de tomos viejos y libros rotos, a la

espera de que se les reparara el lomo o las cubiertas. Adamat reconoció los libros que Rozalia había estado leyendo, colocados ordenadamente cerca de las últimas pilas. Tomó asiento y cogió el primero.

Cuando quedó claro que no iba a ser cuestión de “solo un momento”, la bibliotecaria lo dejó solo, aunque no sin cierta reticencia. Adamat fue leyendo los párrafos lo más rápido posible; aun contando con una memoria perfecta, leer requería un poco más que echar una mirada sobre la página. Cuando la habitación comenzó a estar iluminada por otra luz aparte de la del farol, él ya iba por el quinto libro. Solo entonces se sintió satisfecho. Cogió tres de los tomos en sus brazos y despertó a SouSmith.

—Tenemos que ir a ver a Tamas —le dijo.

Los Archivos Públicos quedaban a unas cuantas calles de la Casa de los Nobles. Adamat se sorprendió al atravesar el centro de la ciudad. Se habían retirado los escombros de las vías principales, varios edificios dañados por el terremoto habían sido demolidos y se estaban haciendo los preparativos para volver a levantarlos. Según el periódico, los Nobles Guerreros del Trabajo habían empleado a cincuenta mil personas para las tareas de reconstrucción.

Cuando Adamat llegó a su destino, lo hicieron pasar casi inmediatamente para que viera al mariscal de campo. Al llegar a la planta más alta, Adamat casi fue derribado por una joven de cabello oscuro que pasó a empujones. Llevaba un broche de barril de pólvora en el pecho, y tenía una expresión extremadamente seria y el rostro ruborizado de haber estado gritando. El interior del salón estaba lleno de gente que parecía desear estar en otro lado. Adamat reconoció a dos de los miembros de la junta de Tamas: el tesorero de la ciudad y el vicerrector. Dos hombres y una mujer eran comandantes de brigada de las Alas de Adom. Había un puñado de soldados adranos sentados en una mesa ubicada a un lado; las insignias de sus uniformes designaban rangos de capitán o superior.

El mariscal de campo estaba sentado detrás del escritorio con la cabeza entre las manos. Levantó la mirada cuando entró Adamat. Parecía haber estado gritando.

—¿Tenéis un informe para mí? —preguntó con un tono de voz sorprendentemente calmo.

—Sí. —Adamat levantó los libros que tenía entre las manos—. Y algo más.

Tamas hizo un gesto con la cabeza en dirección al balcón.

—Disculpadme un momento —les dijo a sus oficiales. Fuera, el sol brillaba. La brisa hizo desear a Adamat haberse puesto una chaqueta más gruesa. Hacía más viento allí arriba que en el nivel del suelo—. ¿Qué tenéis para mí?

Adamat dejó los libros a un lado.

—La Promesa de Kresimir.

—¿Y bien?

—Acabo de volver de la Guardia de la Montaña del Pico del Sur. Allí entrevisté al Privilegiado Borbador, el último miembro de la camarilla real de Manhouch.

—*Anteriormente* de la camarilla real —dijo Tamas—. Fue exiliado. De lo contrario, estaría enterrado en una tumba sin marcas junto a los demás.

Adamat hizo una mueca.

—Llegaremos a eso dentro de un momento. Cuando mencioné la Promesa, Bo se rio de mí. Es una vieja leyenda transmitida entre los miembros de la camarilla real de generación en generación. Dice que Kresimir prometió a los reyes originales de los Nueve que su progenie reinaría para siempre. Si su descendencia era interrumpida, él mismo volvería para vengarse.

—Un cuento de hadas para asustar a los niños —dijo Tamas.

—Bo dijo lo mismo. La leyenda fue perpetuada por los reyes para mantener a raya a las camarillas reales. Su temor era que apenas se fuera Kresimir, los Privilegiados se alzarían con el poder.

—No veo cómo podría ser cierto eso. ¿Qué persona culta podría tomárselo en serio?

—Por lo visto, los miembros más viejos de la camarilla real —replicó Adamat. Tamas gruñó al oír eso—. Pero sí me hizo pensar. Bo hizo una vaga referencia al concepto de que los reyes tenían otros medios de controlar a las camarillas reales; algo que haría que la Promesa de Kresimir fuera innecesaria.

Eso despertó el interés de Tamas.

—Continuad.

Adamat tomó uno de los libros. Encontró una página que había marcado y se lo entregó. Cuando Tamas terminó de leer, Adamat ya tenía listo un pasaje del segundo libro, y luego uno más del tercero.

Tamas le devolvió el último libro con una expresión de preocupación en el rostro.

—Un geas.

—Una obligación, de alguna manera. Lo tienen todos los Privilegiados Reales. Si el rey es asesinado, están obligados a vengarlo. Se vuelve cada vez más y más fuerte con el tiempo, hasta que tienen éxito o el mismo geas los mata. Se manifiesta por un carbúnculo de demonio, una gran gema que lleva el Privilegiado en su persona y que no se puede quitar. Cuando hablé con Bo, lo vi juguetear con un collar una y otra vez. Y esto. —Pasó a otra página del tercer libro.

Tamas frunció el ceño mientras leía. Cuando terminó, cerró el libro y se lo devolvió.

—Así que el geas es permanente. No se puede eliminar, aunque el sujeto haya sido exiliado o expulsado de la camarilla real.

—Así es. Una cosa más —dijo Adamat. Rápidamente le contó su encuentro con Rozalia y el mensaje que le había enviado a Bo—. Apenas oyó el mensaje, salió corriendo hacia la Guardia de la Montaña. Cuando fui hasta allí para preguntarle qué significaba, no quiso verme. Una hora después, lo vi salir por la puerta norte del Pico del Sur.

—¿La puerta norte? —dijo Tamas.

—La que lleva a la montaña. La que usan los peregrinos para llegar a la cima del Pico del Sur, donde Kresimir puso pie en la montaña por primera vez. Es el único camino por el que se puede llegar.

Tamas se apoyó en la barandilla del balcón y miró hacia el sol.

—¿Qué opináis vos de todo esto?

Adamat había reflexionado sobre esa pregunta durante los cinco días que había durado el viaje de vuelta desde la montaña.

—Soy un hombre razonable, señor. Un hombre moderno. Si bien las últimas palabras de un hechicero me hielan la sangre, no hay otra forma de verlo. Todo este asunto son sandeces. Apesta a religión. Hay un motivo por el que las camarillas reales se distanciaron de la Iglesia Kresim hace quinientos años.

—Estoy de acuerdo —dijo Tamas—. ¿Y qué hay de esto del geas?

—Una cosa es la religión, otra muy distinta es la hechicería. Esto lo confirmé por medio de fuentes secundarias —dijo Adamat señalando la pila de libros—. La hechicería es algo mortalmente serio.

—Parece que no puedo perdonarle la vida a Borbador después de todo. —Una expresión de dolor cruzó por el rostro de Tamas, pero desapareció tan rápido que Adamat pensó que quizá la había imaginado. Tamas lo miró de arriba abajo—. Habéis hecho un trabajo admirable —le dijo tendiéndole la mano—. Muchísimo más de lo que os pedí.

—Lamento que haya resultado ser nada —dijo Adamat estrechándole la mano.

—No hace falta lamentarlo. Es mejor saber que no es nada que *no* saberlo. Hablad con el tesorero para arreglar el tema del pago. Yo me aseguraré de que no sea avaro. Buen día.

Taniel se despertó sobresaltado, pistola en mano. Le costó enfocar la vista en la figura que estaba sobre él.

—Vas a volarte un pie si duermes así.

Taniel volvió a recostarse en la cama y dejó caer la pistola al suelo.

—¿Qué quieres?

Tamas cogió la única silla que había y se sentó apoyando las botas en el borde de la cama.

—Esa no es forma de hablarle a tu padre.

—Vete al abismo.

Hubo algunos momentos de silencio. Taniel apenas podía pensar. La noche anterior había intentado no tomar pólvora. Aguantó hasta eso de las dos de la mañana, y luego fue a buscar su cuerno. Ka-poel lo había ocultado, junto a su tabaquera y todas sus cargas de reserva. Su pistola ni siquiera estaba cargada. Perra salvaje. Solo ahora había logrado dormirse.

—Vlora te estaba buscando.

—No me importa.

—No he querido decirle dónde estabas.

—No me importa.

—Arrojé al duque Nikslaus al mar Ad. —Taniel abrió los ojos y se sentó. Su padre estaba limpiándose las uñas. Parecía satisfecho consigo mismo—. Creo que he comenzado una guerra.

—Deberías haberle volado la cabeza. Arrojarlo al mar Ad es algo demasiado benévolo para él.

Tamas respiró hondo.

—No, algo demasiado benévolo para él es meterle una bala. Quiero que sufra. Quiero que se sienta humillado. Pero quiero que dure. —Taniel asintió con un gruñido—. Ha sido algo premeditado.

—¿Qué cosa?

—Que el rey Ipille haya enviado a Nikslaus. Quería que me enfadara. Quería que lo golpeara o que lo matara. Buscaba una excusa para comenzar una guerra.

—Tú también. Desde el principio siempre has querido atacarlos.

—He estado pensando —dijo Tamas—. Durante los últimos meses. He estado pensando que deberíamos evitar la guerra. Sobre todo, después del terremoto. Necesitamos reconstruir el país, alimentar al pueblo. Ahora es muy tarde para eso.

—¿Podemos vencerlos? —La cabeza de Taniel comenzaba a despejarse. No era algo bueno. Se sentía como si un herrero la estuviera usando como yunque.

—Quizá —dijo Tamas—. La Iglesia está amenazando con tomar partido. A favor de Kez, específicamente. No les ha gustado que arrojara a Nikslaus al agua. El idiota pomposo de Charlemund dice que está tratando de convencerlos para que no lleguen a eso. Le creo. Tengo que creerle. Después de todo, era adrano antes de convertirse en archidiocel.

Taniel bajó las piernas de la cama y gimió. Le dolía el cuerpo. Le dolía la cabeza. Aquello que le había salvado la vida en la universidad, fuera suerte o hechicería o lo que fuese, no le había evitado los dolores que venían en consecuencia.

—Tengo un cocinero nuevo —dijo Tamas. Taniel observó a su

padre detenidamente. ¿Por qué podría importarle? Le dolía todo el cuerpo. Solo quería pólvora, y Pole la había ocultado toda—. Dice que es la encarnación de Adom —continuó—. Debería hacer que lo arresten, pero su comida es demasiado buena. Según los rumores, ha cocinado para la mitad de los regimientos. No sé cómo lo hace, pero les cae bien a los muchachos. Tengo una guerra que comenzar y un cocinero loco convirtiéndose en el hombre más popular del ejército. Y...

—Dilo —lo interrumpió Taniel.

—¿El qué?

—Estás divagando. Solo divagas cuando vas a pedirme que haga algo que no querré hacer.

Tamas se quedó en silencio. Taniel lo observó luchar internamente, sin que se le viera casi ninguna expresión en el rostro. Era la primera vez que estaba solo con su padre en... ¿Cuánto? ¿Cuatro años? Notó que Tamas llevaba encima las pistolas de duelo que él le había traído de Fatrasta. Parecían estar bien usadas.

Tamas respiró hondo. Clavó la vista en el techo.

—Necesito que mates a Bo.

—¿Qué?

Tamas le explicó lo del geas. Fue una explicación larga, con gran cantidad de detalles técnicos. Taniel apenas lo oyó. Había algo acerca de un inspector y una promesa. Taniel se daba cuenta, por el tono de voz, de que Tamas no quería decirlo. Que era el deber lo que lo obligaba.

—¿Por qué yo? —preguntó Taniel cuando su padre finalmente dejó de hablar.

—Si Sabon tuviera que morir, tendría con él la cortesía de hacerlo yo mismo. Me sentiría un cobarde si se lo ordenara a otro.

—¿Y piensas que yo puedo matar a mi mejor amigo?

—Bo es muy poderoso, lo sé. Te enviaré ayuda.

—Eso no es lo que he preguntado. Sé que puedo dispararle. Quizás hasta pueda acercarme lo suficiente sin que sospeche nada y usar una pistola. Pero ¿realmente me crees capaz de hacerlo?

—¿Lo eres?

Taniel se miró las manos. La última vez que vio a Bo fue dos años antes, el día en que embarcó hacia Fatrasta. Bo había ido a despedirlo. Y aun así, ¿qué era otro amigo? El mundo había cambiado. Él había matado docenas de hombres. Su prometida se había acostado con otro. Su país ya no tenía rey. ¿Quién podía afirmar que Bo seguía siendo el mismo?

Taniel apretó los puños. ¿Cómo se atrevía? ¿Cómo se atrevía Tamas a ir allí y pedirle semejante cosa? Taniel era un soldado, pero también era su hijo. ¿Eso siquiera importaba?

—No lo haré si me lo pides —le respondió—. Si me lo pides como hijo. Si me das la orden como mago de la pólvora, entonces lo haré.

El rostro de Tamas se endureció. Era un desafío, y él lo sabía. El padre de Taniel no se tomaba bien los desafíos. Tamas se puso de pie.

—Capitán, quiero que matéis al Privilegiado Borbador, de la Guardia de la Montaña de Pico del Sur. Traedme como prueba la joya que lleva él sobre su persona.

Taniel cerró los ojos.

—Sí, señor.

Qué hijo de puta. Realmente iba a obligarlo a matar a su mejor amigo. Taniel se preguntó si debería regresar y meterle una bala en el cerebro a Tamas una vez que hubiera eliminado a Bo.

—Enviaré a Julene contigo.

Taniel abrió los ojos.

—No. No pienso trabajar con ella.

—¿Por qué no?

—Es imprudente y temeraria. Hizo que mataran a su compañero, y casi a mí también.

—Ella ha dicho lo mismo sobre ti.

—¿Y la crees a ella antes que a mí?

—Ella tuvo la cortesía de hacerme un informe después de que tú dejaste escapar tan alegremente al enemigo.

—Esa Privilegiada nos habría matado a todos —dijo Taniel.

—Ya he dado la orden. —Tamas se volvió y se dirigió a la puerta—. Marcado Taniel, cumplid vuestras órdenes. Luego necesitaréis tomaros un tiempo para solucionar vuestros problemas personales. —Se fue.

“¿Problemas personales?”. Taniel hizo una mueca. Sintió algo en el brazo y bajó la mirada. La nariz prácticamente le chorreaba sangre. Maldijo y miró a su alrededor en busca de una toalla. ¿Qué le vendría bien en ese momento? Ah, sí, un poco de pólvora negra…

Capítulo 15

Debajo de la Casa de los Nobles, por debajo incluso del sistema de alcantarillas, había una estancia que había tenido su auge durante el reinado del Rey de Hierro. Por medio de hechizos de Privilegiados, se mantenía a raya la oscuridad y el aroma a almizcle, y se evitaba que las paredes gotearan, incluso después de la muerte de los hombres que habían lanzado esos hechizos. Medía casi cuarenta metros por lado y ocho metros de alto, sus paredes eran de yeso blanco y estaban cubiertas por tapices que se creían perdidos, al menos por aquellos que prestaban atención a esas cosas. Había mesas y sillas, sofás que podían usarse como camas, cajones de comida enlatada y barriles de agua ocultos detrás de cortinas de seda.

Ni siquiera Manhouch conocía la existencia de aquel refugio de emergencia de su padre; solo unos pocos de los consejeros más cercanos al Rey de Hierro, entre ellos Tamas, sabían que existía o cómo llegar a ella. El Rey de Hierro había tenido la paranoia de que el pueblo se alzaría en su contra, o de que sus espías apuntarían sus cuchillos hacia su garganta. Cuando quedó claro que aquel espacio se encontraba en completo desuso desde que se había realizado la asunción de Manhouch XII, a Tamas le pareció un lugar apropiado para planificar la caída del rey.

Desde el golpe de estado, la junta de coconspiradores de Tamas había mudado las reuniones al segundo piso de la Casa de los Nobles, un lugar menos problemático y mucho más digno de un gobierno, pero Tamas seguía utilizando aquella estancia cuando necesitaba silencio y soledad. No había nadie en su personal que supiera que existía, ni siquiera Olem ni Sabon. Ya pronto volvería a subir.

Tamas estaba sentado en la silla más cómoda, con los pies sobre una banqueta, un plato de sopa de calabaza en el regazo (lo único que Mihali le permitió llevarse de la cocina al pasar por allí) y un mapa en miniatura del Camino de Surkov en la mano. Con la otra mano rascaba suavemente la cabeza de uno de sus perros y cada tanto

recibía un lamido de afecto por tomarse la molestia.

Examinó el mapa en detalle. Habían pasado tres días desde que arrojó al duque Nikslaus al mar Ad. El Camino de Surkov era un valle estrecho que atravesaba las montañas y comunicaba Adro con Kez, y requería tres días de galope, cambiando de caballo y sin dormir, llegar a Adopest desde allí. Tamas había recibido un mensaje hacía menos de una hora en el que se le comunicaba que el ejército de Kez estaba agrupándose en las afueras de Budwiel, la ciudad ubicada en la frontera de Kez, en la entrada del Camino de Surkov.

Nikslaus y la delegación eran una finta, una excusa para iniciar la guerra con la que Ipille había contado. Ya habían comenzado los preparativos. Kez planeaba invadir. Sin embargo, necesitarían unos cien mil hombres para abrirse paso por el Camino de Surkov. Todo el recorrido estaba lleno de tropas y emplazamientos de artillería. A menos que Surkov no fuera su objetivo.

Dejó el mapa y volvió a colocar su plato de sopa sobre una mesa cercana. Pitlaugh se alejó gruñendo por lo bajo.

—Silencio —le ordenó al perro. A continuación cogió un mapa más grande, uno de todo Adro.

El Pico del Sur era el único paso de montaña lo suficientemente grande para que Kez avanzara con todo un ejército sin que le llevara todo el verano. ¿Podría ser que fuera eso lo que intentaban hacer? ¿Pensarían sus comandantes que un cuello de botella con menos hombres era un objetivo mejor que el Camino de Surkov? Echó una mirada a la parte de abajo del mar Ad, donde una pequeña esquina tocaba el único puerto que tenía Kez en el mar Ad, a un lado del delta del río. Quizás intentarían llegar por agua, pero Kez no tenía una flota importante en el mar Ad. Tamas suspiró, dobló el mapa y se reclinó en la silla. Miró a Hrusch. El perro le devolvió la mirada con la cabeza inclinada a un lado y formando una sonrisa con sus mejillas jadeantes.

¿Qué diablos podía estar pensando Ipille? Kez superaba en número a Adro cinco a uno en cuanto a los soldados, pero Adro tenía muchas ventajas: industria, comandantes militares más capaces, la Guardia de la Montaña. Adro controlaba todos los cuellos de botella.

—Creo que debería traer a Olem aquí abajo —le dijo al perro—. Pienso mejor cuando tengo a alguien a quien someter a mis reflexiones. —Pero todo acabaría apestando a cigarro. Tamas se inclinó para tomar una cucharada de la sopa de Mihali. Nunca había probado nada igual, dulce y lechosa, con un toque de azúcar moreno.

Tamas oyó un chasquido en el otro lado de la habitación, cerca de la puerta. Los corredores que llevaban allí abundaban en callejones sin salida y falsas paredes, curvas y contracurvas, y trampas; lo suficiente para confundir y desalentar al más decidido. Así pues, fue con algo de sorpresa con lo que Tamas se irguió en el asiento y se calzó las botas.

Se puso de pie y se volvió hacia la puerta alisándose la camisa, con una mano extendida para acallar los gemidos de Hrusch.

El corazón comenzó a latirle más rápido al ver a la criatura que entró por la puerta. Era un hombre, o lo había sido en algún momento. Llevaba una levita larga y oscura, y un sombrero con forma de chimenea, aunque esas prendas apenas disimulaban las deformidades de su cuerpo. Era un jorobado de brazos y piernas anchos y fuertes. El rostro era casi atractivo, salvo por la frente demasiado amplia y deforme. Tenía el cabello largo, lacio y rubio, pero carecía de vello facial.

—Un Guardián —dijo Tamas, sorprendido por la serenidad de su propia voz. Los Guardianes solían ser los chicos de los recados de los Privilegiados keseños, pero habían sido creados por la camarilla real de Kez, hacía ya cientos de años, con un único propósito: eliminar magos de la pólvora.

Tamas no llevaba encima pistola ni fusil. Le quedaba su espada, pero sabía que no serviría de mucho contra un Guardián. Era una idiotez ir a cualquier lado sin un guardia, incluso en el lugar más seguro de Adro. Se revisó los bolsillos. No tenía cargas de pólvora, ni siquiera su caja de cigarros, que contenía cigarros falsos llenos de pólvora. Esos estaban en su casaca, colgada en un perchero que se encontraba junto a la criatura recién llegada.

El Guardián examinó la estancia con detenimiento para asegurarse de que estaban solos, luego se quitó el sombrero y lo colgó del perchero. A continuación hizo lo mismo con la levita, la camisa y la corbata de lazo, y se quedó solo con un par de pantalones negros. Se quitó los zapatos con una sonrisa cada vez más ancha.

Debajo de su piel, los músculos se movían como por voluntad propia, contrayéndose y relajándose, a veces temblando con espasmos. En algunos lugares formaban bolas apretadas, mientras que en otros parecían ausentes y la piel se apretaba tensa contra el hueso. Luego todo cambiaba de lugar. Era como ver un conjunto de serpientes dentro de un saco de seda.

El Guardián tensó sus cambiantes músculos y se estiró.

—Mago —dijo. Tenía la voz grave, vibrante.

—Qué buena sonrisa para comer mierda —dijo Tamas. Tomó su cinturón del respaldo de la silla, donde lo había dejado colgado, extrajo la espada y arrojó la vaina a un lado. Pitlaugh estaba a su lado; el viejo sabueso enseñaba los dientes y gruñía peligrosamente. Hrusch retrocedió hasta colocarse detrás de un sofá, y gruñó desde esa seguridad percibida.

—No es frecuente que me den un mago de la pólvora tan limpiamente —dijo el Guardián—. O uno con semejante reputación. En general, tengo que comer la escoria que los hechiceros van

encontrando por el campo de Kez.

“¿Comer?”. A Tamas se le revolvió un poco el estómago.

El Guardián sonrió. Abrió los brazos como si fuera a abrazar a Tamas desde el otro extremo de la habitación; sus miembros deformes eran tan largos que podían envolverse alrededor de un barril.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó Tamas. Se alejó de su silla y sostuvo la espada a un lado. Pitlaugh se colocó entre Tamas y el Guardián, y Tamas tuvo una visión del Guardián destrozando a sus perros—. Pitlaugh, atrás —le ordenó.

El animal retrocedió con reticencia, alejándose de Tamas y del Guardián.

El Guardián meneó la cabeza, aún sonriendo.

—No voy a arriesgarme a que sobreviváis. —Se chasqueó los nudillos de una mano inmensa y deformada—. Pero os permitiré morir sabiendo que cada uno de vuestros preciados magos será capturado y devorado, en cuerpo y alma.

Luego inclinó la cabeza como un toro y arremetió hacia Tamas. Había más de veinte metros entre ellos, y aun así la criatura cubrió esa distancia casi instantáneamente; según pasaba alargó una mano para coger una banqueta y se la arrojó a Tamas como si se tratara de un juguete.

Tamas esquivó la banqueta y eludió al Guardián. Le apuntó con la hoja al corazón y atacó con fuerza. Un puño carnoso le golpeó el costado de la cabeza y lo lanzó trastabillando al otro extemo de la habitación.

El Guardián no le dio oportunidad de recuperarse. Cambió de dirección en una fracción de segundo y se arrojó hacia Tamas sin hacer caso de la espada que apuntaba a su pecho. Tamas atacó con todas sus fuerzas, luego se apartó a un lado para esquivar a la criatura. Se agachó, rodó sobre su hombro y volvió a ponerse de pie.

Al Guardián le manaba sangre de las dos heridas del pecho. Tamas debía de haber alcanzado un pulmón y el estómago, pero la criatura le sonrió ávidamente haciendo caso omiso de sus heridas. Los Guardianes tenían el corazón protegido por una estructura de hueso creada por medio de magia, y los hechizos de un Privilegiado podían hacer que los otros órganos de un Guardián siguieran funcionando incluso cuando ya deberían haber muerto.

El Guardián volvió a arremeter contra él. Tamas se hizo a un lado para asestarle un mandoble, pero una mano enorme se extendió hacia él. Tamas pasó por debajo del brazo y atacó desde atrás, y le clavó la espada en la axila hasta que empuñadura tocó la piel.

El Guardián aulló y saltó hacia atrás, y le arrancó la espada de la mano. Tamas sentía el latido de su corazón en los oídos, le temblaban las manos.

El Guardián agitó los brazos durante unos momentos, hasta que de pronto se quedó completamente quieto. Su mirada de ira quedó a la sombra de esa frente desproporcionada; los pequeños ojos azules se veían brillantes y enrojecidos. Su brazo derecho colgaba flojo del hombro, con su musculatura casi ocultando la empuñadura de la espada. La hoja salía por el pecho, unos sesenta centímetros de acero. El Guardián la miró con desdén. Intentó arrancársela con la mano izquierda, pero le resultó imposible por el ángulo.

—Tienes algo en el pecho —le dijo Tamas, aunque no le quedaba demasiada energía para sostener la burla. Los pulmones le ardían a causa del esfuerzo que había hecho, y los músculos le dolían. Echó una mirada hacia su casaca, al otro lado de la habitación. Sentía la presencia de las cargas de pólvora en el bolsillo.

Repentinamente, el Guardián saltó hacia él lanzando su propio cuerpo como si fuera un pez coleteando. Tamas retrocedió, tratando de desviarse de su alcance, pero sintió que los dedos del Guardián le aferraban la pechera de la camisa. El gigante lo abrazó, y el cuello de Tamas quedó a menos de un centímetro del punto donde su propia espada sobresalía del pecho del Guardián. Sintió el aliento caliente de la criatura en la mejilla, y el olor a bilis que despedía.

Tamas lo golpeó en los ojos con una mano. La criatura bramó como un oso herido, luchando con Tamas con solo un brazo; le hizo rozar el pecho contra su propia espada y luego lo arrojó por la habitación.

Tamas se apoyó en un sofá y se puso de pie. Vio el perchero cerca y corrió hacia allí.

—¡Pitlaugh! ¡Mata!

El perro se lanzó hacia el Guardián con sus sesenta y cinco kilos de dientes y músculos enfurecidos. Lo rodeó por el lado del brazo herido y arremetió contra el cuello. El Guardián logró volverse a tiempo y los dientes del perro se le hundieron en el brazo.

Tamas llegó al perchero, tiró las prendas del Guardián al suelo y cogió su propia casaca. Extrajo su caja de cigarros y la abrió, y los seis cigarros cuidadosamente envueltos quedaron a la vista. Mordió el extremo de uno de ellos y vació dentro de su boca la reserva de pólvora oculta. Sintió la quemazón amarga del azufre en la lengua y las náuseas que causaba tomar semejante cantidad de pólvora en tan poco tiempo. Se tambaleó.

Volvió la cabeza al oír un gemido agudo. Pitlaugh había sido arrojado al suelo. Le pasaba algo en las patas traseras e intentaba apartarse del Guardián, gimoteando muy fuerte. Ese sonido le rompió el corazón a Tamas, y algo se quebró en su interior. El trance de pólvora se apoderó por completo de él.

Cruzó la habitación con unos pocos pasos, casi sin notar la distancia. El Guardián lanzó un puñetazo con el brazo ileso. Tamas

atrapó el puño en el aire, encendió uno de sus falsos cigarros y redirigió el poder. Uno de los huesos del brazo del Guardián se partió. Tamas le retorció la mano, ahora inerte. El otro se alzó de puntillas. Tenía los ojos muy abiertos, la boca retorcida en un grito silencioso. Tamas aferró la empuñadura de la espada con una mano y la movió hacia fuera y hacia dentro, sintiéndola rozar contra un hueso dentro del cuerpo de la criatura. La extrajo de la herida y la dejó caer al suelo de piedra.

El Guardián mostró los dientes en una sonrisa furiosa y se lanzó de cabeza hacia Tamas. Aquel gigante no se echaría atrás, ni siquiera con semejante dolor. Tamas lo agarró por la cabeza con ambas manos. Lo levantó con facilidad gracias a la fuerza que le brindaba el trance de pólvora. Retorció la cabeza y la golpeó contra el suelo; las piedras del suelo se rajaron por el impacto. Encendió otro de los cigarros falsos de su bolsillo y dirigió la energía al cerebro del Guardián.

El cuerpo se desplomó debajo de él, sin vida.

Tamas se apartó tambaleándose de la criatura. Estaba mareado, ya no le quedaba energía. Tenía el cuerpo empapado de sangre y no estaba seguro de cuánta le pertenecía a él. Los cortes que tenía en el pecho eran profundos y necesitaban sutura, y en algún lugar por fuera del trance de pólvora, a lo lejos, sentía que le ardían. Le dolían las muñecas y los brazos, sus viejos huesos no estaban acostumbrados al poder que habían desatado. Respiró profundamente y su mirada se posó sobre Pitlaugh.

El viejo perro yacía en la esquina de una alfombra. Hrusch salió de su escondite, detrás de un diván. Se acercó a Pitlaugh gimiendo en voz baja y lo hociqueó. La columna de Pitlaugh estaba retorcida y las patas traseras le sobresalían en un ángulo extraño. Abrió los ojos cuando Tamas se acercó y lo miró lastimosamente.

—Has estado bien, muchacho —dijo Tamas con suavidad. Se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo cuando Pitlaugh intentó seguirlo arrastrando las patas detrás de él y gimiendo con fuerza. Tamas sintió que los ojos le ardían.

Le llevó un tiempo llegar a los niveles superiores de la Casa de los Nobles con Pitlaugh a cuestas. Encontró al doctor Petrik jugando a las cartas con algunos oficiales en el segundo piso. Todos le clavaron la mirada cuando entró en la habitación cubierto de sangre, con el perro en brazos y Hrusch siguiéndolo de cerca.

Un rato después, Pitlaugh yacía sobre un sofá. Petrik lo examinaba mientras decenas de soldados se apiñaban en la entrada tratando de ver lo que sucedía en la habitación. Alguien maldijo varias veces en voz alta, lo que hizo que se apartaran, y luego apareció Olem. Se quedó helado cuando vio a Tamas. Tenía el rostro congestionado y los ojos muy abiertos.

—Señor —dijo Olem. Le temblaban las manos cuando las extendió para tocar a Tamas, como queriendo asegurarse de que seguía vivo. Evitaba mirarlo a los ojos—. Os he fallado.

—No ha sido culpa tuya —dijo Tamas—. No podrías haberlo sabido. Yo me escabullí.

—Yo debería haber estado a vuestro lado —. La mirada de Olem se posó en Pitlaugh —. Lo lamento, señor. Por Kresimir, yo...

—No me has fallado —dijo Tamas con firmeza—. Ni siquiera estabas. Ahora te necesito cerca. Busca mensajeros. Quiero a todos los miembros de la junta aquí antes de una hora. Me da lo mismo si tienen que brotarles alas para que puedan lograrlo. Quiero que se reúnan conmigo en la estancia que hay debajo de la Casa de los Nobles.

El doctor Petrik se acercó.

—No hay nada que yo pueda hacer por él. Ni siquiera el mejor veterinario podría ayudarlo ya.

—Por supuesto. Gracias, doctor. —Tamas le pidió una pistola a Olem, se acercó al perro y se colocó a su lado. Lo acarició con suavidad entre los ojos—. Está bien, muchacho. Ten paz.

Sintió que algo se agitaba en su interior cuando el disparo resonó por la habitación. Se quedó de rodillas junto a Pitlaugh durante algunos minutos, haciendo caso omiso de la conmoción de guardias que aparecieron a causa del disparo.

Tamas se puso de pie y escogió un soldado al azar.

—Consígueme un martillo y unas estacas. Ahora.

Tamas esperó en la estancia situada debajo de la Casa de los Nobles. Tenía la mirada fija en el cuerpo destrozado del Guardián. Esas criaturas eran fuertes y difíciles de matar, pero los keseños necesitaban saber que Tamas era capaz de enfrentarse a uno. Solo había sido una cuestión de mala suerte que no hubiera tenido pólvora encima en el momento de ser atacado. ¿Cuál era el objetivo? ¿Sembrar desconfianza? ¿Llevar caos al círculo interno de Tamas?

Si a eso apuntaban, lo habían conseguido.

Los miembros de la junta fueron llegando uno por uno, y él les fue indicando que se sentaran en las sillas que había a un lado de la habitación. Ignoró sus protestas y preguntas hasta que llegaron todos. Se plantó delante de ellos con las manos cruzadas y llevando aún la camisa cubierta de sangre. El Guardián colgaba de una estaca en la pared que tenía a la espalda, con gotas carmesí cayendo de su cuerpo y salpicando las piedras que había debajo.

—Uno de vosotros me ha traicionado —dijo Tamas—. Juro que averiguaré quién ha sido.

Los dejó allí para que contemplaran el cadáver del Guardián.

Adamat sintió una sombra sobre su hombro y percibió que había alguien de pie detrás de él. Tocó el bastón que tenía apoyado contra la rodilla y dejó la taza de té en la mesa de hierro del café. Observó la sombra un momento, recordó el sonido que habían hecho las botas sobre los adoquines al acercarse y retiró la mano del bastón.

—Mariscal de campo —dijo sin mirarlo.

Tamas dejó caer un periódico junto al té de Adamat y se sentó frente a él. Le hizo una seña a un camarero.

—¿Cómo habéis sabido que era yo?

—Botas militares, paso militar —dijo Adamat sorbiendo un poco de té—. No he trabajado para nadie más dentro del ejército durante diez años.

—Podría haberse tratado de un mensajero, enviado para buscaros.

Adamat se encogió de hombros.

—Cada persona tiene una cadencia particular al caminar. La vuestra es bien definida.

—Fascinante. Confio en que Ondraus os habrá dado suficiente dinero para ayudaros con vuestras deudas, ¿verdad?

A Adamat no le sorprendió que Tamas supiera que tenía deudas. Observó brevemente al mariscal de campo; tenía moratones en el rostro y algunos cortes. Parecía que se había peleado a puñetazos. Estaba cansado, abatido.

—Por supuesto —dijo Adamat. “Aunque no lo suficiente”, pensó. Si recibía una docena de trabajos bien pagados antes de fin de mes, quizá pudiera pagar a lord Vetas—. Os agradezco vuestra generosidad.

—Ha valido la pena. —Tamas hablaba en voz baja, alargando el cuello para observar a la gente que pasaba por la calle. Después de unos momentos de silencio, dejó de prestar atención a lo que sucedía fuera y extrajo un sobre de su chaqueta. Lo colocó sobre la mesa, encima del periódico—. Tengo otro trabajo para vos.

Adamat hizo todo lo posible por ocultar su entusiasmo.

—No se trata de las últimas palabras de algún otro hechicero, ¿verdad?

—Aún no. —Tamas le dio las gracias al camarero que le llevó el té. Lo bebió de un solo sorbo, sin notar la temperatura del agua, al parecer. Cuando lo terminó, extrajo un puñado de monedas del bolsillo. Gruñó con disgusto con lo que vio, y arrojó una moneda sobre la mesa—. Averiguad quién está tratando de matarme.

Se puso de pie y se fue. Adamat miró la moneda. Estaba acuñada con una ilustración de la silueta de Tamas.

Adamat cogió el sobre y lo golpeteó contra la mesa. Dio vuelta el periódico. *El Diario de Adopest* . “El intento de asesinato del mariscal de campo Tamas”.

Echó una mirada al sobre. Necesitaba el trabajo. Sin embargo, se

trataba de algo peligroso. Le daba a lord Vetas motivo suficiente para regresar e intentar chantajearlo para que lo informara sobre el círculo interno de Tamas. También lo ponía a él y a su familia en peligro a causa del traidor. Él había planeado decirle a Faye que volviera a Adopest. Eso no podría ser… Aún no.

Abrió el sobre. Dentro había un cheque por diez mil kranas. Un pequeño papel plegado cayó sobre la mesa. Lo cogió antes de que se volara por la brisa.

“Además de mí, seis personas conocían la ubicación de la estancia donde intentaron matarme”. Seguía una lista de nombres, los nombres de los integrantes de la junta de Tamas. Adamat se secó el sudor de la frente mientras leía la lista por segunda vez y se preguntaba si diez mil kranas eran suficientes. Al final de la nota, había solo dos palabras: “Conseguid protección”.

Adamat se metió la nota y el cheque en el bolsillo y llegó a la conclusión de que había interrumpido su relación laboral con SouSmith demasiado pronto.

Capítulo 16

—Señor, ya hemos averiguado quién es Mihali.

Tamas levantó la vista de su escritorio. Por primera vez, reinaba el silencio. No había a la vista ni comandante de las Alas, ni miembro de la junta, ni oficial, ni secretario. Olem era la primera persona que Tamas veía esa mañana, a pesar de que el soldado había estado todo el tiempo haciendo guardia al otro lado de la puerta.

—¿Mihali?

Olem hizo una pausa para encender un cigarro.

—El nuevo cocinero.

Tamas recordó el plato de sopa de calabaza que había dejado en la esquina del escritorio. Por desgracia, estaba vacío. Era tan adictivo como la pólvora.

—Sí… Mihali —dijo Tamas—. Bastante tiempo te ha llevado.

—Ha sido una semana llena de distracciones.

—Es cierto.

—Mihali es el na-barón de Moaka —dijo Olem—. Es más conocido por su título profesional: lord de los Chefs Dorados.

—¿Y qué significa eso?

—Los Chefs Dorados son una institución culinaria. La mejor de los Nueve. Los graduados de sus escuelas son codiciados por las familias más ricas de cuatro continentes, para que ejerzan como cocineros privados. Cocinan para reyes.

—¿Y su lord?

—Un hombre considerado el mejor entre sus pares, generación tras generación.

—¿Y el actual está en nuestras cocinas, preparando el almuerzo para tres regimientos?

—Así es, señor.

—¿Por qué?

—Parece que está ocultándose.

Tamas miró fijamente a Olem.

—¿Ocultándose?

—Hace muy poco escapó del manicomio Hassenbur.

Tamas se reclinó hacia atrás. Sonrió.

—¿Qué es lo que os resulta gracioso, señor? —preguntó Olem.

Tamas se mordió el interior de la mejilla.

—¿Le ha dicho a alguien que es el dios Adom encarnado?

—Sí, señor —dijo Olem—. Ese es el motivo por el que lo internaron.

—Eso explica muchas cosas —dijo Tamas. Echó una mirada a su trabajo. Sobre su escritorio había peticiones de la Sociedad Protectora de Animales de Adopest, órdenes que firmar para el sindicato de Ricard Tumblar y una propuesta de tasas para la Iglesia Kresim. Meneó la cabeza. En ese momento no quería enfrentarse con nada de todo eso—. Vayamos entonces a charlar con nuestro cocinero, ¿te parece?

Olem lo siguió hasta el vestíbulo.

—¿Os parece sensato, señor?

—¿Es un hombre peligroso? —preguntó Tamas.

—Por lo que he visto, no. Los hombres lo adoran. Nunca han tenido a nadie que les cocine así. Hace que el resto de las raciones del ejército sepan a mierda.

—¿Qué está preparando? ¿Sopa de calabaza?

Olem rio.

—¿Recordáis lo que almorzasteis ayer?

—Claro que lo recuerdo —dijo Tamas—. Fue un condenado almuerzo de nueve platos. Anguila azucarada, lirón relleno, estofado de ternera y una ensalada tan grande que podría haber alimentado a un buey… Solo una vez en mi vida he comido de esa manera, y fue en una de las fiestas de Manhouch.

—Eso era una ración normal, señor.

Tamas se detuvo tan abruptamente que Olem chocó con él.

—¿Me estás diciendo que todos están comiendo así?

—Sí, señor.

—¿Y tú?

—Sí, señor.

—¿Toda la condenada brigada? —Olem asintió con la cabeza—. Debe de estar gastando el presupuesto para las raciones de todo el año. —Tamas siguió caminando con cierta urgencia—. Ondraus va a terminar cagando un adoquín.

Olem lo alcanzó.

—Al contrario, señor. He preguntado a un secretario. Por lo visto, ni siquiera ha tocado los fondos principales.

—Entonces, ¿cómo está pagando toda esa comida?

Olem se encogió de hombros.

Una única cocina servía a toda la Casa de los Nobles. Estaba ubicada debajo de la planta principal y se extendía a lo ancho del edificio, por lo que las ventanas ubicadas en lo alto de una de las paredes servían como iluminación durante el día. En uno de los laterales de la cocina había decenas de hornos con chimeneas que desaparecían en el techo, y suficiente espacio de cocina para preparar comida para los miles de secretarios y nobles que normalmente habrían poblado el edificio. En el centro había mesas bajas y anchas para preparar recetas e ingredientes, y en el otro lado había aparadores y armarios a montones, con balanzas, especias y otros ingredientes. Del techo colgaban salchichas, hierbas, verduras y demás.

Tamas tuvo que pasarse un pañuelo por la frente en el momento en que entró en la cocina. El calor casi lo hizo retroceder al pasillo. Parpadeó un par de veces y resistió, alentado parcialmente por la miríada de aromas: a cacao y canela, y a panes y carnes. La boca se le hizo agua.

—¿Os encontráis bien, señor? —preguntó Olem.

Tamas le clavó la mirada.

La cocina estaba sumida en el ajetreo de decenas de ayudantes. Todos llevaban una variación del mismo uniforme: un delantal blanco sobre pantalones negros y alguna clase de gorro en la cabeza. Algunos parecían poder costear una mejor calidad, mientras que otros daban la impresión de haberse confeccionado el uniforme pidiendo por las calles. Tamas notó que, con independencia de cuán gastadas parecieran las prendas, todas estaban limpias. Y notó algo más: eran todas mujeres. Variaban en edad y en belleza, y todas trabajaban con la mayor concentración. Ninguna pareció reparar en su presencia.

El propio cocinero se paseaba por entre sus ayudantes. Tamas lo reconoció de inmediato como el hombre que había aparecido en su cuartel el día del terremoto. Mientras él miraba, Mihali se detuvo a decirle algo a una de ellas y de inmediato avanzó a la siguiente, agregó una pizca de alguna especia en un plato y, con suavidad, tomó del brazo a una ayudante antes de que ella agregara demasiada harina a una masa. Había organizado a las mujeres en puestos de trabajo y revoloteaba entre ellas con la habilidad de un comandante en el frente, dando órdenes y modificando las recetas sobre la marcha, dando en todo momento la impresión de estar al tanto de todo a la vez.

Mihali vio a Tamas y sonrió. Se dirigió hacia la puerta, y solo se detuvo a mitad de camino para ayudar a una mujer corpulenta a mejorar la puntería con el cuchillo. Cortó una docena de chuletas de costilla con la precisión de un verdugo, luego le devolvió el cuchillo a la mujer haciéndole un gesto con la cabeza. Le susurró algo alentador

y siguió avanzando hacia Tamas.

—Buenas tardes, mariscal de campo —dijo Mihali—. Han sido unas semanas muy ocupadas desde que nos conocimos. —Olem miró a Tamas con curiosidad al oír eso. Mihali continuó—. Permitid que os diga que trabajaría al doble de velocidad si no estuviera entrenando a toda una tanda de ayudantes. —Se quitó el sombrero, se pasó una manga por la frente y dejó manchas de sudor en la tela. Luego se limpió las manos en el delantal. Una expresión de preocupación le pasó por el rostro. —Me temo que el almuerzo se retrasará algunos minutos.

Tamas recorrió la cocina con la mirada. Estaban sucediendo tantas cosas que era imposible saber qué era lo que se estaba preparando. Había ido hasta allí dispuesto a hacer preguntas. Quería llegar al fondo de todo ese asunto del "cocinero loco". Pero las palabras se le ahogaron en la lengua.

—Dudo que alguien vaya a quejarse —acertó a decir. De pronto el estómago le rugió—. ¿Qué hay para almorzar?

—Salamandra asada con curry y empanada de verduras —dijo Mihali—. Para la cena tendremos ternera glaseada, y he pensado en servirla con un vino con especias. Hablo solo de los platos principales. Habrá muchas otras cosas para elegir.

—¿Para todos los de la Casa?

—Por supuesto. —Mihali abrió mucho los ojos, como si Tamas hubiera sugerido una idiotez—. ¿Para vos un secretario no merece comer tan bien como un mariscal de campo?, ¿o un contador merece mejor comida que un soldado?

—Mis disculpas —dijo Tamas. Cruzó la mirada con Olem, tratando de recordar qué lo había llevado allí.

—Por favor, mariscal, acompañadme. —Mihali se alejó deprisa, sin esperar una respuesta. Cuando Tamas lo alcanzó, con Olem pisándole los talones, Mihali intentaba ajustar el calor de una olla de sopa cambiando el flujo de aire del fogón sobre el que estaba apoyada. Metió un dedo en la sopa y se lo llevó a la boca, luego extrajo un cuchillo y una cabeza de ajo de su delantal, cortó con destreza una cantidad específica y la agregó a la mezcla—. Estoy enterado del intento de asesinato —le dijo.

Tamas se detuvo. Cayó en la cuenta de que el dolor de las heridas, el malestar de la sutura en el pecho, habían ido desapareciendo desde que había entrado en la cocina. Eran una punzada distante, como si los sintiera en pleno trance de pólvora.

Había un dejo de tristeza en la voz de Mihali.

—No estoy de acuerdo con lo que los hechiceros les hacen a esos Guardianes. No es natural. Me alegro de que hayáis sobrevivido.

—Gracias —dijo Tamas lentamente. Sus sospechas de que Mihali

era un espía estaban desapareciendo. Su reputación y su habilidad como cocinero no podían fingirse—. Mihali —le dijo—, he venido a preguntarte por el manicomio.

Mihali se quedó helado, con un tenedor de empanada de verdura ya camino de la boca. Enseguida terminó el bocado.

—Más pimienta —le dijo a una ayudante—, y agrega otra docena de patatas a la siguiente tanda. —Avanzó deprisa hacia el siguiente puesto, lo que obligó a Tamas a correr detrás de él—. Sí —le respondió cuando el otro ya estaba a su lado—, me escapé de Hassenbur. Era un lugar infame.

—¿Cómo escapaste?

Habían llegado a un lugar de las cocinas donde no había ninguna ayudante. De hecho, era como si se hubiera tendido una cortina invisible. El calor y el vapor habían disminuido y el ruido se oía más apagado. Tamas miró por encima de su hombro para asegurarse de que seguían en el mismo salón. Detrás de él, el frenesí de actividad continuaba.

—Yo tenía acceso a la cocina, cuando no estaba en tratamiento. —Mihali se estremeció por algún recuerdo—. Y aunque ellos decían que yo estaba cocinando para el manicomio, pronto me enteré de que enviaban mis platos a las mansiones de los nobles de la zona y vendían mis servicios por mucho dinero. Me cociné dentro de una tarta e hice que mis ayudantes me enviaran a la siguiente mansión.

—Estás bromeando —dijo Olem. Movió el cigarro sin encender que tenía en los labios y miró uno de los fogones.

Mihali se encogió de hombros.

—Era una tarta muy grande.

Tamas esperó por si el cocinero tenía algo más que decir, quizá su método real de escape, pero Mihali permaneció en silencio. Aquella sección de la cocina era casi del mismo tamaño que la otra y contenía una cantidad similar de cacerolas y hornos encendidos, pero al ver a Mihali pasar de plato en plato, se hacía evidente que él era el único que se encargaba de ellos. Mihali extendió una mano por encima de su cabeza y descolgó una olla enorme de un gancho. La olla parecía pesar tanto como Tamas, pero Mihali la colocó sobre uno de los fogones con facilidad. Abrió la puerta de la lumbre, revisó la temperatura y fue hasta un asador que había en un rincón.

Tamas lo siguió por el salón. Se detuvo un momento junto a la olla que Mihali acababa de descolgar; salía vapor de su interior. Se acercó y parpadeó, perplejo. La olla estaba llena hasta el tope con un guiso de patatas, zanahorias maíz y carne.

—¿Esta no estaba vacía hace solo un momento? —le preguntó a Olem en voz baja. Olem frunció el ceño.

—Así es.

Ambos miraron a su alrededor, buscando la olla que Mihali acababa de descolgar, pero todas las de ese lado de la cocina estaban llenas y en plena cocción. Tamas se sintió menos hambriento, sin saber por qué, y un poco más inquieto. Mihali seguía en el asador. Sobre las llamas se asaba media res entera. Mihali tomó un pequeño cuenco y comenzó a echar una especie de condimento sobre la carne. El estómago de Tamas comenzó a rugir de nuevo, y su inquietud se evaporó ante el advenimiento de nuevos aromas.

—Mihali, ¿has dicho a otras personas que eres la encarnación del dios Adom? —Tamas miró atentamente el rostro del cocinero, buscando señales de locura. No había duda de que Mihali era un maestro de la cocina. Tamas había oído decir que todo genio tenía su dosis de locura. Trató de recordar las lecciones de teología de su niñez. Adom era el santo patrono de Adro. La Iglesia lo consideraba el hermano de Kresimir, pero no un dios como Kresimir.

Mihali clavó la punta de su cuchillo en la media res y observó la grasa que brotó burbujeando y que comenzó a chorrear por la carne, y que luego chisporroteó en las brasas. Lentamente, volvió a fruncir el ceño.

—Mis parientes me hicieron internar —dijo en voz baja—. Mis hermanos y primos. Yo soy un hijo bastardo; mi madre era una belleza rosveliana que mi padre amaba más que a su propia esposa; mis hermanos, por ende, me odiaron desde que yo era pequeño. Mi padre me protegió y fomentó mis talentos. Contra toda tradición, me nombró su heredero. —Volvió a clavar la punta del cuchillo en la carne—. El día que murió, mis hermanos me enviaron al manicomio. No me permitieron asistir al funeral. Mis afirmaciones de ser el dios Adom fueron solo una excusa.

Mihali se irguió, como si se hubiera despertado de un sueño profundo.

—Pan, pan —murmuró—. Otras cincuenta hogazas, por lo menos. Estas niñas trabajan demasiado despacio. —Fue a las barras que había en el centro del salón. Había bollos de masa cubiertos con paños húmedos. Mihali quitó los paños con una mano y hundió la otra en los enormes montículos de masa—. Han subido perfectamente —se dijo a sí mismo con una sonrisa distraída. Dividió la masa en porciones perfectas; sus manos trabajaban tan rápido que Tamas apenas podía seguirlo. Fue cargando la pala de pan con las hogazas, de dos en dos, y las fue colocando en un horno encendido hasta que hubo metido toda la masa.

Apenas metió la última hogaza, extrajo la primera. El pan tenía un color dorado y una corteza crujiente y hojaldrada, aunque solo había estado en el horno uno o dos minutos. Tamas entrecerró los ojos y comenzó a contar.

—No es mi imaginación —dijo Tamas inclinándose hacia Olem.

—No —confirmó el otro—. Ha metido la cuarta parte de lo que hay ahora en el horno. —Olem hizo la señal de la Cuerda, juntando dos dedos y llevándoselos a la frente y al pecho—. Por Kresimir. ¿Alguna vez habéis oído hablar de hechicería que crea algo a partir de nada?

—Nunca. Pero últimamente estoy viendo muchas cosas nuevas.

Mihali terminó de extraer las últimas hogazas de pan. Se volvió hacia ellos.

—Hassenbur ha enviado hombres a buscarme —les dijo—. Preferiría huir a lo más lejano de Fatrasta y cocinar para los salvajes antes que volver al manicomio Hassenbur.

Tamas apartó la vista del pan. Miró la media res asada y el guiso de la olla que ni diez minutos antes estaba vacía. Asintió con la cabeza en respuesta a las palabras de Mihali, y se alejó lentamente con Olem a su lado.

—Un Don —dijo Olem—. Esa es la única explicación. He oído decir que hay Dones más poderosos que la hechicería de un Privilegiado. El suyo debe de estar relacionado con la comida.

—¿Tu tercer ojo? —preguntó Tamas.

Olem asintió con la cabeza.

—Acabo de abrirlo. Este cocinero tiene el brillo de un Dotado.

—Bueno, no es un dios —dijo Tamas—. Pero él piensa que lo es. Y se trata de un Don poderoso. Su comida, por sí sola, es responsable en buena parte de la moral del ejército. ¿Ahora qué hago con él?

Capítulo 17

—Estoy buscando al Privilegiado Borbador.

Taniel se encontraba en la entrada de una taberna. Era un local muy grande, aunque muy viejo. Medio techo se había venido abajo hacía mucho tiempo y desde entonces se había ido reparando bastante mal. Se llamaba Wendigo Aullador; provenía del gemido que el viento provocaba en los aleros, y que ahora era lo único que se oía, ya que todas las conversaciones se habían interrumpido.

Cincuenta pares o más de ojos se clavaron en él. Estaba solo; había dejado a Julene y a Ka-poel esperando fuera. Llevaba sus pantalones de gamuza y el sombrero, y se alegró de ello. Aunque en el valle ya fuera primavera, la Fortaleza de la Corona seguía sumida en el invierno.

—¿Qué asunto tiene un mago de la pólvora con nuestro Privilegiado?

"Nuestro Privilegiado". A Taniel no le gustó cómo sonaba eso. Bo se había hecho amigo de aquellos rufianes. Convictos y rebeldes, pobres y miserables; aquellos eran los miembros de la Guardia de la Montaña. No confiaban con facilidad y recibían a los desconocidos con la misma afabilidad con que una ciudad abarrotada recibe a una plaga. Eran, sin duda, los más rudos de los Nueve.

Taniel respiró hondo. No estaba de humor para aquello. "He venido a matarlo —quería decirles—. Interponeos en mi camino y os meteré una bala en la cabeza".

—Ese asunto es mío —dijo en cambio.

Un hombre se puso de pie. Era más joven que Taniel por un año o dos, como mucho. Era flacucho y tenía barba, y llevaba una camisa sin mangas a pesar del frío; sus brazos tenían la musculatura abultada de alguien acostumbrado a cargar leña y a trabajar en las minas. Le hizo una mueca a Taniel.

—Ese asunto es nuestro —replicó el hombre.

—Fesnik, no te metas con un mago de la pólvora —dijo alguien

más—. ¿Quieres tener a Tamas respirándonos en la nuca?

—Cállate —dijo Fesnik por encima de su hombro—. ¿Qué pasa si no te decimos nada?

—¿Tú eres el más rudo de por aquí?

—¿Eh? —Fesnik pareció sorprendido por la pregunta.

—Es una pregunta simple —dijo Taniel—. De todos los traidores y violadores de cabras que hay en este lugar, ¿eres tú el hijo de puta más rudo?

Fesnik comenzó a darle la espalda con media sonrisa en el rostro. De pronto se volvió de nuevo, con un cuchillo desenvainado. Taniel desenfundó sus dos pistolas. Uno de los cañones se metió en la boca de Fesnik, rompió varios dientes y detuvo la cuchillada a mitad de camino. Fesnik abrió mucho los ojos. La otra pistola apuntó al primer miembro de la Guardia que se puso de pie.

—Mi nombre es Taniel "Dos Tiros" —dijo en voz alta—. Y vengo a ver a mi mejor amigo, Bo. Tened la amabilidad de decirme dónde está.

—¿Taniel "Dos Tiros"? —preguntó una voz—. ¿Por qué diantres no lo has dicho antes? Bo está en la montaña.

—¿Eso es verdad? —le preguntó a Fesnik.

El otro asintió con la cabeza, con los ojos cruzados mirando el cañón de pistola que tenía en la boca.

Taniel enfundó ambas armas.

—Lo siento —dijo Fesnik revisándose los dientes—. Bo nos dijo que no le dijéramos a ningún mago de la pólvora dónde estaba. Excepto a ti, claro. Dijo que tú podías aparecer preguntando por él.

Taniel trató de reprimir una mueca.

—Lamento lo de los dientes —dijo. En voz más alta, exclamó—: ¡El mariscal de campo Tamas invita! —El local se llenó de vítores. Taniel le hizo un gesto a Fesnik para que se acercara—. ¿Dices que está en la montaña?

—Subió hace casi dos semanas. Justo después de que viniera a verlo ese inspector de Adopest.

—¿Cuándo regresará?

—No lo dijo.

Taniel se rascó la mandíbula. No se había afeitado desde que comenzó a perseguir a la Privilegiada en Adopest. Los rizos gruesos que tenía en el cuello le provocaban picazón.

—¿Para qué subió?

Fesnik meneó la cabeza.

Taniel sintió un pánico que le subía por la columna. Bo sabía que Tamas enviaría a alguien a matarlo.

— ¿Y os dijo que me lo dijerais solo a mí?

—Sí. Nos contó muchas cosas sobre ti. Dijo que ambos sois compadres desde hace años.

Taniel sintió ese comentario como una puñalada en las tripas. Apretó los dientes y se obligó a sonreír. ¿Guerra psicológica por parte de Bo? ¿O solo la cháchara de un borracho?

—Eso es cierto. ¿Cuánto tiempo se tarda en llegar a la cima de la montaña?

—Bueno, él no habrá ido hasta arriba de todo —dijo Fesnik—. Algunos kilómetros antes de Kresim Kurga hay un monasterio para los peregrinos. Se habrá detenido allí.

Kresim Kurga. La Ciudad Sagrada. Era un nombre salido de las leyendas. Taniel no lo había oído nombrar desde que era pequeño, durante la época en que su nodriza lo llevaba a la capilla de Kresimir dos veces por semana. Incluso entonces, jamás creyó que ese lugar existiera en realidad.

Volvió al presente. No podía esperar allí. Tendría que ir tras Bo y dejarlo enterrado en la nieve. Se encontraría de regreso en Adopest antes de que descubrieran que Bo había muerto.

—Subiré a verlo —dijo Taniel.

—¿En esta época del año? —Fesnik meneó la cabeza—. Ni siquiera un guardia experimentado te llevará hasta allí, y créeme: sin un guía te meterás en una ventisca y no volverás a salir. Los caminos son traicioneros hasta los comienzos del verano.

—Mi padre mencionó a un hombre llamado Gavril —dijo Taniel—. Un viejo amigo suyo. Dice que es el mejor montañero de los Nueve… ¿Qué?

Fesnik había comenzado a reírse.

—Sí, Gavril quizás acepte. Si es que está lo suficientemente sobrio para ver por dónde va, pero lo suficientemente borracho para no estar en todos sus cabales. Te lo buscaré.

Fesnik se mezcló entre la gente del bar. Taniel regresó a la calle, donde encontró a Julene clavándole una mirada de ira a Ka-poel. Ka-poel miraba la montaña que se elevaba sobre ellos.

—Bo está allí arriba —dijo Taniel señalando la montaña—. Iremos a buscarlo.

Julene entrecerró los ojos.

—Probablemente es una trampa. Debía de saber que Tamas enviaría a alguien.

—Lo sabe. Pero les dijo a los guardias que si venía yo me dijeran dónde encontrarlo. A nadie más. Eso significa que confía en mí.

—O que confía en poder matarte antes de que puedas disparar.

—Conozco a Bo. Significa que confía en mí. —Taniel respiró hondo —. Por desgracia para él.

—Necesitaremos suministros y equipo de montaña —dijo Julene—. Y ropa de invierno.

—Tú no vendrás.

—¿Qué? —Ella le clavó una mirada feroz.

—Casi muero por tu culpa en varias ocasiones —dijo Taniel.

—¿Cómo te atreves?

—Cállate. Iré con Pole; mataremos a mi mejor amigo y bajaremos enseguida. Con cuidado, en silencio. Si tú comienzas a lanzar hechizos allí arriba, no solamente toda la Guardia de la Montaña sabrá lo que estamos haciendo, harás que nos caiga una avalancha encima.

Julene se rio, burlona.

—No me fío de ti. Eres débil. No serás capaz de apretar el gatillo.

—Matar Privilegiados es mi especialidad —dijo Taniel. Se echó un poco de pólvora. No mucho, solo para calmar sus nervios. Se volcó un poco más—. Bo es peligroso. Yo sé cómo lidiar con algo peligroso. Ahora, cierra la boca y busca una habitación donde alojarte. Hay otro motivo por el que te dejo aquí. Si Bo logra anticiparse a mí o se me escapa de alguna manera, quiero que estés atenta. Mátalo en cuanto lo veas. ¿Puedes hacer eso, señorita? —A Julene le temblaban los brazos. Parecía querer saltar sobre Taniel y desgarrarle la garganta con los dientes. Sin el trance de pólvora, quizá se hubiera sentido intimidado. Con el trance, no le importaba en lo más mínimo—. ¿Y bien, maldición? ¿Puedes hacerlo?

Julene se volvió y se fue caminando por la calle.

—Tomaré eso como un sí.

Se abrió la puerta de la taberna y salió Fesnik poniéndose una pelliza de piel de ciervo que le llegaba a la rodilla. Lo seguía uno de los hombres más corpulentos que Taniel había visto en su vida. Llevaba pieles y cueros gruesos, empapados de sudor y cerveza. Le costaba mantener la vista fija en Taniel, incluso se cayó contra la pared de la taberna. Meneó la cabeza y, arrastrando las palabras, dijo:

—Soy Gavril.

Taniel lo miró de arriba abajo.

—Fantástico.

Taniel se detuvo para ceñirse las pieles que le protegían el rostro, y un viento gélido lo salpicó con nieve. Estremeciéndose, dio la espalda al frío penetrante y apartó el rostro del viento, a pesar de que Gavril le había advertido que eso podía significar la muerte. Un pie siempre delante del otro, los ojos fijos en el banco de nieve de delante, de lo contrario uno podía caer en una grieta oculta o por el borde de un acantilado.

En ese momento, a Taniel no le importaba demasiado. Tres mil metros por debajo de ellos, los granjeros cultivaban sus tierras en el cálido tiempo primaveral. Dentro de unas semanas ya haría suficiente calor para ir a nadar en el mar Ad. Y allí estaba él, acercándose a la cima de la montaña más alta de los Nueve (algunos decían que del

mundo) con botas para la nieve amarradas a los pies, armado con un fusil y unas pistolas que probablemente estaban demasiado congelados para funcionar, camino de matar a su mejor amigo y llevando como guía a un borracho.

Taniel estaba atado a Gavril por medio de una cuerda gruesa, aunque el viento había amainado lo suficiente para permitirle ver al enorme montañero a través de la nevada, a unos siete u ocho metros por la pendiente. El ascenso era empinado, pero tolerable. Después de todo, había un camino ahí debajo, por alguna parte. Ese sendero tenía mucha actividad en verano, o al menos eso decía Gavril. El viento que se arremolinaba alrededor de ellos no traía más nieve, solo levantaba la capa superior de lo que había caído durante la última tormenta. Taniel juraría que oía la risa de un niño cada vez que la nieve le abofeteaba el rostro. La montaña era un lugar cruel.

De Taniel salía otra cuerda, a la que iba amarrada Ka-poel avanzando trabajosamente con sus botas de nieve. Detrás de ella, un hombre pequeño llamado Darden caminaba por el sendero que ella iba dejando. Se trataba de un viejo deliví que había insistido en ir con ellos. Decía que en el monasterio tenía un primo que durante el otoño había estado a punto de morir; quería saber si había sobrevivido al invierno. Taniel no se fiaba de él. ¿Sería uno de los amigos de Bo?

Gavril era un borracho jovial y, para sorpresa de Taniel, se había mostrado muy interesado en aquella expedición a la montaña. Habían salido a las pocas horas y, aunque el montañero se había tambaleado bastante durante el primer medio día, Taniel estaba seguro de que para la noche ya estaba completamente sobrio.

Taniel se detuvo un momento para revisar la pistola que llevaba en la cadera. La llave de chispa estaba congelada, trabada por la nieve y el hielo. Sin embargo, la pólvora parecía seguir seca, y la bala estaba alojada en su lugar. Eso era lo único que le importaba a un Marcado. Él podía generar su propia chispa para disparar la bala. Aun así… Taniel observó a Gavril. ¿Le daría problemas aquel hombre cuando Taniel le metiera una bala en el ojo a Bo? ¿O alguno de los monjes, quizá? Revisó la segunda pistola. ¿Sería capaz de bajar de la montaña sin Gavril si sucedía eso?

Para cuando finalmente se elevaron por encima de lo peor del viento, hacía rato que Taniel no sentía las piernas. Las ventiscas amainaron, el sol atravesó el remolino y Taniel quedó casi ciego por el resplandor. El camino casi se niveló y de pronto el suelo quedó a la vista; no unos caminos de nieve compactada, sino la propia tierra, llena de marcas de pala. Aquel tramo se había limpiado recientemente. Taniel parpadeó por la sorpresa y trató de sonreír. Tenía el rostro demasiado entumecido.

—¿Cómo estás? —La voz de Gavril interrumpió sus pensamientos.

Las palabras eran un cambio agradable después del aullido del viento y las risas burlonas de la montaña durante los tres días y medio de ascenso. Se dio cuenta de que no habían dicho ni palabra en todo ese tiempo, ni siquiera cuando acampaban por la noche y los cuatro se apretujaban en la pequeña tienda de Gavril para retener el calor.

—Jien. —Taniel se detuvo junto al enorme montañero, y ambos esperaron a Ka-poel y a Darden. Taniel cerró los ojos y movió la boca, tratando de formar las palabras—. Bien —dijo—. ¿Cuánto jalta… falta?

—Es allí —dijo Gavril. Señaló hacia arriba.

Taniel se tapó el sol con la mano y trató de ver algo.

—Hay demasiada luz aquí arriba. No veo nada. ¿Cómo haces tú?

—Son años de estar en la montaña. Después de tanto tiempo, uno ya no necesita los ojos. El Soporte de Novi. Estamos justo debajo.

Darden le sonrió a Taniel con los labios agrietados y el rostro cortado al medio por el tamaño de la sonrisa. Era un hombre pequeño, que tenía al menos la misma edad que Tamas.

—Ya casi —dijo. Taniel notó irritado que Darden apenas jadeaba, a pesar de que él mismo estaba sin aliento.

Taniel se llevó la tabaquera de pólvora a la nariz y aspiró directamente de la caja.Volvió a guardarla en el bolsillo con cuidado; no confiaba en sus dedos entumecidos. La sensación tumultuosa del trance de pólvora lo mareó por un momento, luego se le calmó la respiración y se le relajaron los músculos.

Se quitaron las botas de nieve y siguieron subiendo hacia el monasterio. Solo faltaban unos cien o doscientos metros. El sendero fue haciéndose más estrecho a medida que subían. Hacia la izquierda la montaña se elevaba por encima de ellos con su ladera rocosa. A la derecha solo se veía el cielo blanco; el precipicio parecía no tener fondo. Cuando llegaron a la sombra del monasterio, Taniel pudo mirar hacia arriba y verlo realmente por primera vez.

El Soporte de Novi parecía formar parte de la montaña. Estaba construido con la misma roca gris, y algunas partes habían sido labradas en la ladera misma. Bloqueaba el sendero; o sea, el sendero terminaba en las puertas del monasterio, y el edificio se elevaba treinta metros o más por encima de ellos. Sobresalía del borde del acantilado unos cuatro metros, y Taniel se preguntó cómo podrían dormir los monjes, sabiendo que estaban suspendidos por encima de miles de metros de nada.

El monasterio era simple, sin adornos. Las piedras eran planas, los arcos de las puertas y de las ventanas eran redondeados en su parte superior. No había agujas ni fachadas elegantes. Solo la ubicación daba grandeza al lugar, y la audacia de su estructura de colgar por encima del abismo.

Taniel salió del camino y fue al umbral de la puerta. Miró hacia arriba, sin darse cuenta de que había seguido deambulando, hasta que Gavril alargó la mano y lo agarró de la pechera. Taniel se sobresaltó. Había estado a dos pasos del borde del precipicio.

La puerta doble del monasterio se abrió con el quejido de unas bisagras sin engrasar. Taniel casi había desenfundado la pistola cuando se dio cuenta de que no se trataba de Bo. Un hombre y una mujer, ambos de la altura de Taniel, inclinaron la cabeza a modo de bienvenida. Eran altos para ser de Novi, y tenían la piel morena, de un tono más claro que la de Darden.

—Aún no estamos en época de peregrinos —comentó el noviano cuando ya estaban todos dentro.

Taniel echó una mirada a las armas que portaba, a sus gruesos cueros y pieles, y a sus compañeros con el equipo de escalar. Era obvio que no eran peregrinos.

—Vengo a ver al Privilegiado Borbador —dijo en voz baja. Sus palabras resonaron por el largo corredor de piedra, y Taniel sintió como si hubiera estado susurrando en el interior de la montaña misma —. ¿Dónde puedo encontrarlo? —Necesitaba terminar con eso lo antes posible. Si Bo tenía la mínima impresión de que él lo estaba buscando…

La mujer asintió con solemnidad.

—Ya veo. Me temo que vuestro viaje aún no ha terminado.

—Maldita sea. —Taniel miró a los monjes con expresión contrita—. Disculpad, hermana.

—Está a unos kilómetros sendero arriba, pasando el monasterio. En una cueva.

—Conozco esa cueva —dijo Gavril.

—¿Os ha dicho Bo por qué subió?

Ambos monjes menearon la cabeza.

—Dijo que era posible que llegara alguien buscándolo —dijo el hombre—. Nos pidió que no se lo impidiéramos.

Decididamente, Bo estaba esperando a alguien. No había otra conclusión posible.

—¿Cómo llego hasta allí? —preguntó Taniel.

—A través del monasterio —dijo la mujer—. Este es el único camino real para ascender por la montaña, incluso en verano. Somos los guardianes de Kresim Kurga.

Taniel sintió que el corazón le latía más rápido.

—¿Existe realmente? —Ambos monjes levantaron una ceja—. La Ciudad Sagrada. ¿Realmente está allí arriba?

—Las ruinas, sí —dijo el hombre—. Hace mucho tiempo, Novi eligió a su pueblo para que cuidara de los altos lugares de los Nueve. Kresim Kurga puede llevar varios siglos abandonado, con la protección

de Kresimir ya disipada, pero nosotros no hemos eludido la responsabilidad que nos encomendó nuestro santo.

Gavril se colocó junto a Taniel, Darden se acercó al hombre y a la mujer y les habló en voz baja. Taniel trató de oírlos. Llegó a distinguir las palabras “enfermo” y “primo”, y luego el hombre se llevó a Darden por el corredor.

—¿Qué es la protección de Kresimir? —preguntó Taniel.

Gavril era tan corpulento que su cabeza casi rozaba el techo del monasterio.

—El dios lanzó hechizos poderosos durante su reinado para que a nadie, ni sano ni enfermo, ni joven ni viejo, le molestaran los elementos ni el mal de altura.

—¿Mal de altura? —dijo Taniel.

—Sobreviene cuando uno sube a estas altitudes —dijo Gavril—. Darden y yo ya estamos aclimatados. Otros comienzan a sentir sed, les sangra la nariz, les duele la cabeza, se les revuelve el estómago. Por supuesto, a ti no te pasará nada.

—Ah, ¿no? ¿Por qué?

Gavril no respondió. La noviana se les acercó.

—¿Queréis descansar antes de seguir subiendo? —preguntó.

Taniel sabía que debería descansar, pero no podía arriesgarse a que Bo se enterara de su llegada.

—No, gracias.

—Debería ser un ascenso fácil —dijo ella mientras los guiaba por el monasterio—. Ya hemos comenzado a limpiar el camino que lleva a la cima.

Pasaron por delante de muchos corredores adyacentes que parecían meterse en lo profundo de la montaña, y por delante de decenas de pequeñas habitaciones que tenían la puerta abierta y monjes en su interior. Había tanto hombres como mujeres. Taniel se detuvo frente a una de ellas. En el interior había un monje sentado en el suelo con las piernas cruzadas, inclinado sobre una caja llena de arena coloreada, haciendo diseños con un palito largo y curvo. Taniel no vio muchos monjes fuera de las habitaciones, aunque sí oyó voces que provenían de los corredores más profundos. Nunca se había imaginado que el Soporte de Novi era tan grande, ni que había tanta gente viviendo en la montaña a semejante altura durante todo el invierno.

Ka-poel se detuvo en cada habitación y en cada corredor, con la sonrisa de un niño que quiere explorar. Taniel la arrastró con él, impaciente.

Después de muchas escaleras de piedra, de pronto llegaron al final. Era exactamente igual que la entrada del otro lado, incluso la puerta doble.

—Las puertas serán trabadas una vez que hayáis pasado —dijo la

mujer—. En este lado de la montaña hay… otros.

Taniel se detuvo al oír eso. Abrió la boca para preguntarle, pero ella retrocedió por el corredor. Taniel se quedó solo con Gavril y Ka-poel. El montañero se encogió de hombros.

—Los monjes tienen historias extrañas —dijo—. Acerca de la clase de criaturas que salen durante los meses de invierno, allí en Kresim Kurga. Cada año, esperan cada vez más antes de dejar pasar a los peregrinos. —Volvió a encogerse de hombros—. Yo nunca he visto nada extraño allí arriba, más allá de algún que otro león de las cavernas. ¿Estáis listos?

Taniel le apoyó una mano en el pecho a Gavril.

—Subiré yo solo —dijo. Luego, a Ka-poel—: Quiero que tú también te quedes aquí.

Ella le frunció el ceño.

—Necesito tener una charla privada con Bo. No me llevará demasiado tiempo, y los monjes han dicho que el camino está limpio.

Ka-poel levantó un dedo, y luego se señaló con el pulgar.

—No —dijo Taniel—. Tú te quedarás aquí. Con Gavril.

Gavril se mordió el interior de las mejillas.

—Yo realmente debería… —dijo con voz grave.

—No —dijo Taniel con firmeza. Levantó el fusil—. Tengo esto para lidiar con leones de las cavernas.

Después de salir del monasterio, Taniel oyó a Gavril trabar la puerta. Se preguntó si el montañero estaría haciéndose alguna idea acerca de su visita. Quizá sospechara algo. Pero, claro, era un borracho. Le invitaría a un trago en la Fortaleza de la Corona antes de partir.

El sendero se ensanchó lo suficiente para permitirle dejar un espacio entre él y el borde del abismo. Poco a poco la ladera se fue suavizando, hasta convertirse en la cara rocosa y nevada de una colina. Allí el sendero no era profundo, Taniel no necesitó seguir usando las botas de nieve.

Taniel divisó la cueva desde bastante lejos. Era fácil de ver, la entrada era grande como una casa. No mucho después, encontró un buen montículo. Era una pequeña colina, ubicada por encima del sendero, entre el sendero y el borde del acantilado. Subió a ella cuidadosamente y se acomodó en la nieve. Era perfecta para un tirador. Podía ver toda la entrada de la cueva, oculto por los bancos de nieve.

El único inconveniente era que estaba justo al borde del precipicio. Podían ser más de tres mil metros de caída libre, según sus cálculos. Hundió los dedos en la nieve. Si Bo se percatara de su presencia, lo arrojaría al vacío con un movimiento de los dedos.

Taniel observó desde esa posición durante varios minutos. El trance

de pólvora le permitía ver detalles de la cueva incluso a semejante distancia. La entrada estaba ligeramente en diagonal con respecto a él. Parecía haber sido perforada en la ladera de la montaña, con un sendero estrecho que llegaba hasta allí y una empinada colina de hielo ubicada a la izquierda. Se encontraba justo en el borde del acantilado.

La cueva estaba ocupada. Desde el interior se elevaba una pequeña estela de humo y en el sendero había muchas pisadas. Taniel abrió el tercer ojo para confirmarlo: Bo estaba allí, su brillo color pastel oscilando junto a una fogata, dentro de la cueva. Descendió arrastrándose del montículo y abrió su equipo.

Comenzó a prepararse. Se movía metódicamente, verificando todo dos veces. Quitó la nieve de la llave de chispa y de la cazoleta, y revisó el cañón antes de comenzar. Mordió el cartucho y preparó la cazoleta, luego echó la pólvora y la bala en la boca del cañón. Un poco de pólvora en la lengua para intensificar el trance, y luego metió el algodón. Por último, tomó su cuaderno y lo abrió en una de las primeras páginas: Bo. Un boceto que Taniel había hecho en viaje a Fatrasta. Bo estaba afeitado, con el pelo corto, las mejillas anchas y una sonrisa de satisfacción. Taniel dio un golpecito con el dedo a la ilustración y volvió a escalar el montículo para esperar.

Permaneció allí mientras el sol pasaba su punto más alto y comenzaba a descender por el oeste. El aire se aclaró. Desde allí, Taniel podía ver todo Kez a su derecha, con sus planicies distantes y sus ciudades brillando en el horizonte bajo el sol poniente.

El tiempo de espera hizo que su mente tuviera oportunidad de divagar. No pudo evitar pensar en Vlora. Cuando eran jóvenes amantes, pasaban tardes enteras esquivando el entrenamiento para ir a la cama en posadas baratas. Sonrió al recordarlo y sintió que el corazón le latía más rápido. No, eso no serviría. Tenía que permanecer calmado mientras esperaba a su presa. Recordó una de esas ocasiones: al regresar, se encontraron con que Tamas los estaba esperando. Tamas le informó que Taniel y Vlora se casarían cuando tuvieran edad suficiente, y ese fue el inicio de su compromiso.

La mente se le llenó con imágenes imprevistas de Vlora en la cama con otro hombre. Le temblaron las manos hasta que finalmente se deshizo de esos pensamientos. Se obligó a sí mismo a buscar la calma del trance de pólvora. A pensar objetivamente. ¿La amaba? Quizá. Siempre había disfrutado de su compañía. ¿Pero la amaba en verdad?

Taniel se preguntaba a menudo sobre el amor. A veces le parecía un concepto extraño, algo salido de los poemas. Vlora era la primera mujer a la que se había acercado realmente desde la muerte de su madre, acaecida cuando él tenía seis años. Tenía pocos recuerdos de su madre. La mayor parte de lo que sabía de ella se lo habían contado después: que era una maga de la pólvora y que pertenecía a la nobleza

adrana, a pesar de que la madre de ella era keseña. Había sido una mujer dura en el exterior, tan dura como Tamas, pero él recordaba claramente un carácter amable que emergía cuando estaban en el hogar. Y a pesar de que Taniel tenía una institutriz que lo cuidaba, su madre siempre estaba presente.

Eso cambió después de su muerte. Taniel pasó por toda una sucesión de institutrices, con quienes sospechaba que Tamas se acostaba. Y luego no hubo más institutrices, como si Tamas ya se hubiera hartado. La siguiente mujer que entró en sus vidas fue Vlora. Taniel recordaba haber competido con Bo para impresionarla. Fue la única vez en su vida que consiguió derrotar a Bo por los afectos de una mujer. ¿Eso significaba que ella era la única para él? No. El mundo era demasiado grande para eso.

Lo sorprendía lo poco que ahora pensaba en ella, tantas semanas después de haber roto el compromiso. Se tocó el bolsillo, donde llevaba la ilustración arrugada de ella, que había arrancado de su cuaderno. No, no la amaba. Ella lo había herido al traicionarlo, pero mayormente en el orgullo. Su matrimonio había sido una conclusión inevitable durante tanto tiempo que a Taniel le parecía extraño que ya no se cerniera en su futuro.

Se preguntó en qué misión se encontraría Vlora en ese momento. ¿Seguiría formando parte del personal de Tamas? Tamas no era particularmente sentimental, ni por asomo. Seguiría enfadado a causa de la cancelación de la boda, pero no querría tener muy lejos a una maga de la pólvora con el talento de Vlora.

Taniel se dio cuenta de que le estaban rechinando los dientes. No era sentimental. Ja. Había enviado a su propio hijo hasta allí para que matara a su mejor amigo. ¿Por qué lo habría hecho? ¿Era un castigo por haber dejado escapar a Rozalia? ¿Era alguna clase de prueba, para averiguar si Taniel seguía siendo leal?

No, no era nada de eso. Sencillamente, era lo que más práctico le resultaba al muy cabrón. Taniel era el mejor tirador del ejército. De un disparo, podía quitarle el sombrero a un sujeto ubicado a cinco kilómetros aunque hubiera viento. Si eso no era una opción, podía acercarse a Bo sin levantar sospechas y clavarle un cuchillo en las tripas. ¿Cuándo aprendería Tamas que lo más práctico no siempre estaba bien? Sin duda había tenido una dosis de eso al arrojar a Nikslaus al mar Ad. No pudo evitar sentirse orgulloso de su padre por esa acción. El orgullo le duró poco.

—A la larga, vas a tener que salir para cagar —murmuró para sí mismo mientras el día seguía pasando. Recordó una ocasión particular en que estuvo de cuclillas sobre un montículo. A los catorce años. Fue en el bosque del rey, en las afueras de Adopest. Bo había descubierto el punto del río donde solían ir a bañarse la reina y sus doncellas.

Permanecieron escondidos detrás de un montículo durante casi veinticuatro horas, hasta que las mujeres fueron al río. Bo había ido preparado con un catalejo; Taniel tenía un cuerno de pólvora y la agudeza visual del trance de la misma. Era arriesgado y ambos sabían que recibirían una paliza sin los descubrían. Pero se decía que la reina era una de las mujeres más hermosas de los Nueve.

Y lo era. La espera y el riesgo valieron la pena.

Hubo movimiento en la cueva. Bo emergió de ella. Se quedó de pie en la entrada y se frotó las manos mirando hacia Kez, a unos pocos centímetros del borde del precipicio. Taniel se preguntó cómo podía hacerlo sin temblar por el riesgo de caerse. Respiró hondo y se acomodó para el disparo.

Bo se volvió para observar la ladera de la colina. Se quitó una capucha de piel gruesa, y Taniel contempló a su amigo de la infancia mientras le apuntaba con el fusil. El cabello le había crecido mucho en la Guardia de la Montaña, y además tenía una barba rebelde, aunque algo rala. Había perdido mucho peso desde la última vez que lo vio él. Bo estudió la colina y luego miró el sendero.

Taniel resistió el reflejo de agachar la cabeza.

Bo estaba mirando justo en su dirección. Se cubrió los ojos del sol y se ajustó distraídamente sus guantes de Privilegiado. Los símbolos arcanos del dorso del guante brillaron al sol, y Taniel se preguntó si Bo se habría envuelto en un escudo de aire endurecido. El aura elemental más fuerte de Bo era el aire.

¿Sabía Bo que él estaba allí? ¿Estaba esperando, riéndose para sí, listo para atacarlo cuando se moviera y delatara su posición? ¿Estaba observándolo con su tercer ojo? Taniel no podía percibir el tercer ojo de Bo, ni ninguna clase de escudo. Tensó el dedo sobre el gatillo.

Bo se quedó allí durante un minuto o dos más, mirando el camino, hasta que dio media vuelta y regresó a la cueva.

Taniel maldijo para sí. ¿Por qué diablos no había apretado el gatillo? Tenía un buen tiro. Suspiró. Sabía la respuesta.

—Al abismo con esto —dijo en voz alta, y se puso de pie.

Descendió del montículo y juntó su equipo, luego se dirigió al sendero que llevaba hasta la cueva de Bo.

Abismos, ¿qué iba a decir? “Hola, Bo, ¿cómo estás? He venido hasta aquí para matarte, ¿sabes? Pero no te preocupes, he cambiado de opinión. Espero que esté todo bien entre nosotros”.

Se armó de determinación… la que le quedaba, al menos. Meneó la cabeza. Había sido obligado a elegir entre el deber y su amigo. Ojalá eso significara que era un buen amigo, porque como soldado era una mierda.

Dio un paso por el estrecho sendero y se quedó helado. Bo había vuelto a salir. Habría unos cuarenta metros de separación entre ellos.

El otro habría visto, sin duda, el fusil que llevaba él colgado al hombro. ¿Podría reconocerlo? Se apartó las pieles que le cubrían el rostro y trató de sonreír. Levantó la mano en un saludo.

Bo entrecerró los ojos. Taniel tragó saliva. Bo se ajustó los guantes; se confundían con el blanco de la nieve, salvo por los símbolos dorados del dorso.

Taniel abrió la boca para saludarlo.

—No des otro paso —gritó Bo—. ¡Quédate donde estás! —Volvió a ajustarse los guantes, y Taniel vio en el rostro de su amigo algo que no le gustó. Bo sabía a qué venía.

Bo levantó las manos por encima de su cabeza. La pose era casi cómica. No era un hombre corpulento, y sus mejillas delgadas y su barba rala le daban el aspecto de un niño. Su pecho subía y bajaba; estaba agitadísimo. Se estaba preparando para lanzar algo grande. Taniel no necesitó abrir su tercer ojo para saber que Bo había tocado el Otro Lado. De sus dedos brotó un chorro de hechicería. Taniel cerró los ojos con fuerza.

—¡Al suelo, idiota! —gritó Bo.

Taniel abrió los ojos. Algo lo golpeó desde atrás y lo lanzó por los aires. Fue a chocar contra un montículo de nieve con la sangre latiéndole en los oídos mientras algo de gran tamaño pasaba raudo por su lado. ¿Era Gavril, envuelto en pieles?

Sintió que el corazón se le subía a la garganta. No, aquello no era Gavril. Era un león de las cavernas.

Ese nombre no era apropiado. No se parecía demasiado a un león. Las patas traseras tenían almohadillas como las de los gatos, pero las delanteras eran garras como las del gallo, con tres enormes dedos del tamaño de una hoz. Tenía cabeza de tigre, y la melena y el pecho ancho del león. Aquel era más grande que cualquier otro que Taniel hubiera visto o del que hubiera oído hablar. Hacía que, en comparación, los osos de los pantanos de Fatrasta parecieran pequeños, y corría en dos patas en dirección a Bo.

Los dedos de Bo se movieron en el aire como si tocara las cuerdas de un violonchelo invisible. El aire retumbó, unos truenos resonaron contra la ladera de la montaña, un rayo surgió del cielo despejado e impactó en la cabeza del león.

La criatura ni se aturdió. Pasó de dos a cuatro patas, avanzando con la velocidad de un jaguar. Le salía humo de la melena.

Bo elevó un brazo en el aire y luego lo dejó caer. Parte del hielo de la ladera se desplomó sobre el león, una pequeña avalancha que lo golpeó con la fuerza de diez carruajes. El hielo se dividió en dos y se deslizó alrededor de la criatura avanzando a toda prisa, como si fuera la aleta de un tiburón atravesando la superficie del mar. El viento lo abofeteó, surgió fuego del aire mismo y le dio en el rostro. El león lo

ignoró todo.

El animal se encontraba a unos doce metros de Bo. Bo parecía cansado. Le caía sudor de la frente. Movió los dedos, y tocó unas cuerdas invisibles. El león se detuvo por completo. Luego meneó su cabeza blancuzca y continuó avanzando.

—No te quedes ahí sentado.

Taniel sintió que alguien lo levantaba y lo ponía de pie. Gavril estaba allí. Tenía el rostro congestionado a causa de una carrera larga y difícil. Traía una lanza en la mano, de las que se usaban para cazar jabalíes.

—¡Dispárale de una vez!

Taniel se quitó el fusil del hombro y apuntó. La criatura meneó la cabeza como si estuviera mareada, y lanzó un rugido grave. Se golpeó las orejas con ambas garras. Se sacudió y golpeó la cabeza contra el suelo, como si tuviera el cráneo lleno de abejas.

Taniel disparó. La cabeza de la bestia latigueó hacia atrás por el impacto de la bala. Abrió unos ojos como platos. La bala había dado en el blanco y simplemente había rebotado del horrible rostro del animal, como sucedió en Adopest con la Privilegiada. El león rugió de nuevo y le hizo un gesto agresivo con la garra. Había hechicería en esa criatura, la hechicería que poseían los dioses.

Taniel sintió que explotaba la nieve que tenía debajo. Se vio lanzado por los aires hacia el borde del precipicio. Aterrizó en la nieve y comenzó a deslizarse, incapaz de asirse de ningún lado. Luchó por aferrarse a algo. No había nada. Dentro de un segundo caería al vacío.

Sus botas tropezaron contra algo sólido. De la cara de la montaña sobresalía una plancha de roca. No estaba allí un momento antes. Intentó escalar hacia el sendero. Sintió que unas manos lo agarraban.

—Vamos —dijo Darden. El viejo guardia deliví iba armado con una lanza, al igual que Gavril. Elevó a Taniel con la mano que tenía libre. También estaba allí Ka-poel, haciendo su pequeña aportación. Miró a Taniel con los ojos muy abiertos y luego echó a correr detrás de los otros.

Taniel buscó su fusil. Estaba en el suelo, demasiado lejos. ¿Tenía tiempo para recargar? Echó una mirada hacia Bo y entendió que no.

Bo retrocedió a la cueva, con la espalda apoyada contra uno de los muros de piedra. El león de las cavernas avanzó hacia él en dos patas. Se movía lentamente, como contra una corriente, y cada paso que daba era una lucha. Una lucha que estaba ganando.

Gavril fue el primero en alcanzar al león. Le asestó una estocada con la lanza y se la hundió en el flanco. El animal lanzó un gemido y se volvió hacia él. Gavril dio un salto hacia atrás y quedó fuera del alcance de sus garras justo a tiempo, luego retrocedió rodando por el sendero. En ese momento Darden saltó por encima de Gavril con la

lanza lista y atacó a la criatura.

Darden explotó. Un momento antes estaba allí, al siguiente había desaparecido. Había sangre y tiras de tejido esparcidas por la ladera de la montaña. El león de las cavernas aulló triunfal. Taniel no tuvo tiempo para pensar, no se detuvo ni un momento a considerar la sangre de Darden que le empapaba la chaqueta. Apuntó con sus dos pistolas y disparó.

Un mago de la pólvora puede mantener una bala suspendida en el aire a lo largo de una buena distancia. Le sirve para dar un alcance extra a sus disparos, y solo le cuesta su propio esfuerzo mental y un poco más de pólvora. También puede encender pólvora y transferir la energía al tacto. Un buen Marcado puede hacerlo con balas, y darles la fuerza y la energía para atravesar roca o acero.

Taniel encendió todo su cuerno de pólvora y usó la explosión para impulsar las balas.

Las balas atravesaron al león, que lanzó un grito mientras su sangre verde y burbujeante salpicaba el sendero congelado. El león le dio la espalda a Bo. Sus aullidos sonaban como los gritos de un caballo herido. Se volvió para enfrentarse a Taniel y levantó una garra. Taniel sintió el calor de la inminente hechicería.

Ka-poel pasó a un lado de Taniel por el estrecho sendero y se interpuso entre él y la bestia.

—¡Maldición! ¡Pole, no!

Ka-poel levantó las manos con un gesto desafiante. Sostenía algo en una de ellas; una muñeca. Estaba desnuda y era del tamaño de una mano, hecha de cera. Era un trabajo excelente. Cada parte representaba a la perfección la de una persona (una mujer, más precisamente), en particular el rostro. Era Julene.

Ka-poel apuñaló la muñeca con una aguja larga. El león volvió a aullar y se agarró el costado. Ella clavó la aguja en la cabeza de la muñeca y revolvió la punta en el interior del cráneo. El león se estremeció y rugió. Se arañó las orejas y el rostro, lo que le dejó unos tajos grandes y ensangrentados. Ka-poel se inclinó hacia delante, tomó una profunda bocanada de aire y luego sopló hacia la muñeca.

El león estalló en llamas. Bo reanudó sus ataques, movió furiosamente los dedos y unas lanzas de hielo surgieron del interior de la cueva y se clavaron en el león. Temblando, Taniel recargó una de sus pistolas. Le quedaban algunas cargas de pólvora, pero el cuerno ya estaba vacío. ¿Qué podría hacer contra una criatura como esa? Estaba atrapada entre los poderes de Bo y de Ka-poel, pero se resistía a morir. ¿Cuánto tiempo más podrían seguir así?

Taniel se volvió.

—Gavril, tu cuerno de pólvora. ¡Vamos!

Gavril, que había quedado algo alejado sendero abajo, le clavó la

mirada y le lanzó el cuerno de pólvora.

Taniel atrapó el cuerno y lo sopesó con una mano. Estaba casi lleno. Bien. Se volvió. Bo parecía estar exhausto, y Ka-poel jugueteaba con la muñeca en llamas que tenía en las manos, golpeándola con dedos y aguja, con una expresión de regocijo salvaje.

—¡Al suelo! —gritó Taniel mientras lanzaba el cuerno. Agarró a Ka-poel de los hombros y la arrojó contra la ladera de la montaña. El cuerno aterrizó entre la montaña y el león. Taniel encendió la pólvora con el pensamiento.

Modificó la explosión con la mente y la guio con sus poderes de Marcado para maximizar la potencia de la detonación. El león de las cavernas voló por los aires y salió despedido de la montaña quince, veinte, cuarenta metros, hasta que su ascenso se detuvo y comenzó a caer. Taniel lo vio caer aullando y manoteando. El aullido se convirtió en un grito humano, el animal cambió de forma y se convirtió en una mujer. Rebotó contra la ladera de la montaña, allá abajo, a lo lejos, y continuó cayendo. Atravesó las nubes que había en el fondo del abismo y desapareció.

Capítulo 18

Tamas se detuvo debajo de una farola de la calle para confirmar la dirección que algunas horas antes había garabateado en un trozo de papel.

—Uno, siete, ocho —murmuró para sí mismo, tratando de ver los números de las placas. Olem caminaba detrás, con las pistolas ocultas debajo de un abrigo largo, vigilando que no hubiera problemas.

Las Jaurías era un sector acaudalado de la ciudad, donde los bancos y los remanentes de los viejos sindicatos mercantiles aún trabajaban todos los días hábiles. Dicha zona apenas había sido alcanzada por el terremoto, y en absoluto por los disturbios realistas. Las calles laterales estaban llenas de casas pequeñas pero bien mantenidas, pertenecientes a gente de negocios, oficinistas y enlaces mercantiles. Las farolas estaban encendidas y había un agente de policía en cada calle, algo que hizo que Tamas se preguntara si se habría confundido de zona.

"Mal lugar para matar a un hombre", pensó. Se detuvo y se corrigió a sí mismo al notar una mancha de oscuridad en la calle de más adelante. Al acercarse, se percató de que al menos cinco o seis farolas se habían apagado… o las habían apagado, que era lo que había sucedido. Contó los números de las calles para asegurarse de encontrar la casa que buscaba y se dirigió directamente hacia ella. Se acercó hasta la puerta de entrada y golpeó tres veces. No había luces encendidas ni señal de vida alguna. La vivienda parecía abandonada.

En la puerta se abrió una rendija, y los hicieron pasar de inmediato. Olem esperó en la sala de estar mientras Tamas era llevado del brazo por un corredor hasta lo que supuso que era una habitación de uso privado. Alguien encendió una cerilla, y luego una vela.

Tamas vio un rostro familiar por encima de la vela.

—Me alegro de verte, Tamas —dijo Sabon.

—Lo mismo digo. Espero no haber llegado muy tarde.

—Aún no han llegado los Barberos.

—Bien. Quiero ver cómo operan. —Cuando los ojos se le adaptaron a la luz, Tamas miró a su alrededor. Estaban en una cocina pequeña; no había nada ni en el suelo ni en los armarios. Había un hombre sentado en una de las encimeras del rincón, con una pipa sin encender en la comisura de la boca. Era un hombre pequeño, circunspecto y de complexión mediana; tenía el rostro cubierto por una tupida barba negra que hacía que en la penumbra fuera prácticamente imposible que se le vieran las facciones. Masticó el tubo de la pipa y observó a Tamas—. ¿Tú eres nuestro contacto? —le preguntó Tamas.

—Dedos —dijo el hombre.

—Supongo que ese no es tu verdadero nombre —dijo Tamas levantando una ceja.

—Un seudónimo —respondió el otro—. Para mi protección. —El hombre estudiaba a Tamas con algún propósito; sus ojos subían y bajaban lentamente, juzgando, sopesando. Tamas sintió que había algo peculiar en él.

—Tienes el Don —le dijo.

Dedos se ajustó su larga levita negra y le pasó una mano por la pechera para limpiar alguna suciedad.

—Ah, sí —dijo—. Muchos espías lo tienen. Es más fácil conseguir resultados cuando se tiene talentos que los demás no pueden juzgar.

—Y es por eso por lo que me resulta tan difícil construir una red de espías, ya que todo el sistema de Manhouch desapareció cuando maté a la camarilla real.

—El temor por la propia vida es un gran incentivo para desaparecer. —Los ojos de Dedos se enfocaban constantemente tanto en Sabon como en Tamas. Estaba claro que no le agradaba estar en la misma habitación con dos magos de la pólvora.

—Y aun así, aquí estás.

—Tengo bocas que alimentar. —Hizo una pausa, y agregó—: Mi Don es menor. Puedo forzar cerraduras sin ganzúa y abrir ventanas desde fuera.

Tamas había oído a los académicos hablar de ese tipo de cosas. Telequinesis menor, lo llamaban.

—Nada que pueda ser una amenaza para mí —dijo Tamas—. Sí, entiendo lo que quieres decir, pero no tengo problemas con nadie por fuera de las camarillas reales, a menos que tengan un problema conmigo. Necesito a los espías de Manhouch. Hazles saber que les pagaremos el doble de lo que pagaba. —Dedos se quitó la pipa, se tapó la boca con una mano y tosió—. ¿Te estás riendo de mí? —dijo Tamas. Miró a Sabon. El deliví solo se encogió de hombros—. ¿Qué diablos tiene tanta gracia?

—Eso de que nos pagaréis más —dijo Dedos—. En realidad, no funciona así.

Tamas entrecerró los ojos.

—¿Y *cómo* funciona?

—Los espías no son como los soldados, mariscal. Un soldado es leal, sí, pero, a fin de cuentas, hace lo que hace a cambio de tener el estómago lleno y un salario todos los meses. Los espías lo hacen porque aman el juego. Aman su país, o a su rey.

—¿Estás diciendo que no podré usar la antigua red de espías de Manhouch?

Dedos lo señaló con el tubo de la pipa.

—En absoluto, mariscal. Algunos de los nuestros eran leales al propio Manhouch. Esos ya se fueron del país o están trabajando para Kez. Los demás amamos Adro e iremos volviendo. Sospecho que, cuanto más tiempo siga yo con vida, con esto de que soy un Dotado, más espías irán reapareciendo.

Tamas se restregó los ojos. Cuando ellos reaparecieran, él tendría que preocuparse acerca de si eran agentes dobles y en quién confiar. Todo era un gran dolor de cabeza.

—Acabas de decir que lo haces porque tienes bocas que alimentar —dijo Tamas.

Dedos asintió con la cabeza.

—Sí, bueno, puede que haya mentido sobre eso.

Sabon rio. Tamas le lanzó una mirada. Espías. Habría preferido dejar que se pudrieran en el abismo. Por desgracia, los necesitaba.

—¿Ya han llegado los Barberos? —preguntó Tamas.

—No lo sé —respondió Dedos.

Tamas señaló la puerta con el pulgar.

—Ve a averiguarlo.

—Alguien nos lo hará saber.

—*Ahora* .

El espía salió apresurado, y Tamas fue hasta la encimera y se sentó. Se frotó los puntos del pecho resistiendo el impulso de rascárselos.

—Necesito consejo —dijo.

—Claro que sí. Sin tenerme a tu lado, eres como un recién nacido.

El silencio se prolongó durante unos momentos. Tamas observó la expresión de los ojos de Sabon. “Si yo hubiera estado contigo —decían—, ese Guardián no habría estado a punto de matarte”.

—Mihali —dijo Tamas—. El cocinero loco.

—¿Realmente vale la pena que sigas prestándole atención?

—Está cocinando para todo el ejército. La moral está más alta que nunca, y se debe en gran parte a él.

—¿Y qué más sabes de él?

—Escapó del manicomio Hassenbur.

—Ah. Está loco.

—Eso es lo que piensan, sí. Han enviado a varios hombres para

recuperarlo. Él sostiene que lo internaron porque sus familiares y competidores le tenían envidia.

—¿Paranoia?

Tamas se encogió de hombros.

—Posiblemente.

—Devuélvelo al manicomio —propuso Sabon—. Cocina bien, pero no vale la pena tener por enemigos a los patrocinadores del manicomio. ¿Sabes quiénes son?

—Un hombre llamado Claremonte.

Sabon se quedó un momento en silencio.

—¿El nuevo director de la Sociedad Mercantil Brudania-Gurla?

—Sí.

—Creo que no hay más que hablar. No podemos arriesgar nuestra provisión de salitre.

—Yo no estoy tan seguro —dijo Tamas.

—¿Por esa sandez publicada en los periódicos? —Sabon resopló—. ¿Que Mihali sostiene que es la encarnación de Adom? Eso es prueba de su locura, diría yo. No hay mucha gente culta que crea semejantes mitos.

—Tú no lo has conocido en persona.

Sabon se pasó una mano por la cabeza.

—¿Tú le crees?

—No me mires así. Por supuesto que no. Pero es inofensivo.

—Y entonces, ¿qué motivo tendrías para retenerlo?

—La hechicería —dijo Tamas.

—¿Es un Privilegiado?

—Tiene el Don —dijo Tamas—. Algo relacionado con la comida. Posee la capacidad de crear los ingredientes de la nada.

—Eso no parece gran cosa —dijo Sabon.

—¿Alguna vez has oído hablar de alguien que sea capaz de crear materia de la nada? ¿Incluso siendo Dotado?

—Ah —gruñó Sabon—. Sería el hombre más rico del mundo.

—Puede servirnos para alimentar a todo Adro si fuera necesario. Incluso durante una hambruna. Podría hacernos mucha falta si la guerra se prolonga.

—¿Magia de salón?

—No lo creo —dijo Tamas—. Olem y yo lo observamos cuidadosamente. Bajó una olla vacía de un gancho y la puso al fuego. Cuando volví a mirar, estaba llena de estofado hirviendo. Metió en el horno diez hogazas de pan y extrajo cien.

Sabon frunció el ceño.

—Aun así, podría tratarse de hechicería y trucos. Él podría ser un Privilegiado poderoso que está ocultando su verdadero nivel. No hay forma de saber de qué son capaces los Privilegiados. Ni siquiera las

camarillas reales saben todo lo que se puede lograr con la manipulación de las auras.

—Sí, eso también se me ha pasado por la mente a mí. Pero los rumores se están esparciendo y tengo el temor de que surja una secta. Y nada menos que entre mis filas; Olem dice que es muy popular entre la séptima brigada. Adoran su comida.

—¿Qué vas a hacer?

—No puedo expulsarlo y enviarlo de nuevo al manicomio —dijo Tamas— después de lo que he visto. Como mínimo, se trata de un Dotado poderoso, aunque sea un tanto extraño, y nos conviene tenerlo de aliado. Como acabo de decir. En tiempos de guerra, el valor de la comida es inconmensurable.

La puerta se abrió e interrumpió la conversación. Era Dedos.

—Todo está listo —dijo el espía—. Venid conmigo.

Lo siguieron en la oscuridad hasta una pequeña habitación del segundo piso, ubicada al frente de la casa y con buenas vistas a la calle. A pesar de que las cortinas estaban descorridas, la habitación estaba completamente a oscuras para ocultarlos de las miradas indiscretas.

Dedos los guio hasta un par de sillas colocadas a un metro de la ventana. Se sentaron y esperaron.

—¿Entonces es este? —preguntó Tamas en voz baja, haciendo un gesto con la cabeza en dirección a la casa de enfrente; luego se dio cuenta de que no podían ver sus movimientos.

—Así es —respondió Dedos—. Es un espía de Kez desde hace mucho tiempo. Posee una pequeña compañía naviera en el mar Ad. ¿El Guardián que intentó mataros? Lo trajeron al país oculto en uno de los cargueros de este hombre.

—¿Y estás seguro de que él está involucrado?

—Hasta el cuello. Es banquero aquí en Las Jaurías y tiene amigos en el ayuntamiento. Últimamente ha estado hablando mucho en la alcaldía, dando peroratas sobre que los magos de la pólvora harán que nos maten a todos, y que deberíamos derrocar a su junta y rendirnos ante Kez.

—Eso es muy atrevido —dijo Tamas.

—Sí —dijo Dedos—, y yo habría pensado que era demasiado atrevido para ser espía, si no hubiéramos estado observándolo desde que llegó al país, hace quince años. No hay duda de que estuvo involucrado en la operación de traer al Guardián.

—Quiero dejar clara una cosa —dijo Tamas con un susurro casi inaudible—. No quiero una matanza generalizada de ciudadanos adranos. No quiero un estado policial. Solo estamos haciendo esto para deshacernos de los espías de Kez, así que, a menos que tengas pruebas de que un disidente es verdaderamente un espía, limítate a

comentar en la comisaría que es necesario observarlo. No estoy preparado para entrar en guerra con nuestro pueblo *y* con Kez.

Hubo un momento de silencio.

—Comprendido.

—Bien. ¿Está todo en orden? —preguntó Tamas—. ¿Con esto de trabajar con los Barberos? Tengo mis reservas sobre utilizarlos.

—Son una maravilla —dijo Dedos—. Nunca he visto nada así, ni siquiera entre nuestros propios asesinos. Me sorprende que nunca nos hayamos servido de ellos.

—¿Tan buenos son? —preguntó Sabon.

—Tan metódicos —dijo Dedos—. Matan en silencio y limpian a la perfección todo el estropicio. No dejan ni una gota de sangre, y los cadáveres simplemente desaparecen. Es algo impecable.

Tamas recordó las barricadas, los cadáveres de nobles y líderes realistas en sus camas ensangrentadas, con el cuello cortado de lado a lado.

—¿Entonces tienen algo de moderación?

Dedos rio en voz baja.

—Sí, bueno, cuando quieren que los cadáveres sean hallados, todo se torna más sucio. Eso mantiene intacta su reputación en la calle y evita que las bandas más numerosas se metan con ellos. Pero ahora les hemos pedido que lo hagan de manera silenciosa, y maldita sea, están cumpliendo—. Hubo un estremecimiento en su voz que Tamas apenas llegó a detectar.

—¿Y el problema? —preguntó Tamas.

—A veces, que no haya señales es peor que encontrar un cadáver. Cuando no hay ni un libro fuera de lugar en toda la casa y una familia desaparece de un día para otro, comienzan a circular rumores. De los malos, sobre fantasmas, demonios o dioses.

Tamas se acordó del Pico del Sur, echando humo en la lejanía, y de la explicación que dio Adamat sobre la Promesa de Kresimir, y de las enigmáticas advertencias de Mihali. Tonterías. La gente común creía en cualquier cosa.

—No quiero que haya más rumores de esa clase. Ve si puedes lograr que las cosas se hagan de manera un poco más orgánica.

—Haremos todo lo posible.

Tamas alcanzó a ver una silueta oscura en la calle. Tocó a Sabon y le dirigió la mirada en esa dirección. Varias siluetas más se sumaron a la primera.

—Volveré dentro de un rato —dijo Dedos. El espía abandonó la habitación sin hacer ruido, y un momento después se reunió con las formas oscuras de la calle.

A Tamas le pareció distinguir los familiares delantales de barbero. Meneó la cabeza.

—Creo que a partir de ahora me afeitaré yo mismo —dijo en voz baja.

—Ya somos dos —dijo Sabon.

—¿Y la policía local? —preguntó Tamas.

—Se le avisó que esta noche se mantuviera alejada. Nos dejarán en paz porque saben que mañana tendrán un problema menos con el que lidiar.

Tamas abrió el tercer ojo. En ese estado de visión, Dedos era un brillo tenue de color que destacaba incluso a través de las paredes de la casa. Tamas fue siguiéndolo a medida que el otro entraba por la puerta de la casa de enfrente y luego subía la escalera hacia las habitaciones.

—Espera —dijo Tamas—. Ese otro espía, el que tienen como objetivo. Es un hechicero. Más fuerte que un Dotado. Un Privilegiado.

Sabon se quedó en silencio durante un momento.

—Mierda. Quédate aquí, vigila las ventanas.

Se levantó de la silla, tanteó un momento a su alrededor y luego colocó un fusil en las manos de Tamas.

Tamas ajustó el fusil al tacto.

—¿Cargado y listo para disparar?

—Sí —respondió Sabon.

—Hará un ruido terrible —dijo Tamas—. No habrá duda de lo que ha sucedido aquí, al menos para la gente de estas calles.

—Es por si acaso —dijo Sabon.

Tamas apuntó con el fusil, mirando las ventanas de la habitación de enfrente. Distinguió el resplandor del Privilegiado keseño, que estaba acostado en la cama, y percibió la presencia de Dedos de pie en la puerta del dormitorio. Le pareció vislumbrar unas sombras moviéndose en la oscuridad.

Un destello de hechicería iluminó la ventana hacia la que apuntaba, y Tamas bajó la cabeza instintivamente. Al destello lo siguió un golpe sordo, apenas audible, y luego hubo silencio. Tamas miró por la ventana con el fusil en posición. Vio al Dotado y al Privilegiado por su resplandor. Dedos estaba en la escalera, tendido boca abajo, mientras que el Privilegiado de Kez estaba de rodillas en la habitación. Tamas supuso que alguien le había clavado una navaja en la garganta, o habrían seguido más hechizos. Dedos se puso de pie lentamente y entró en la habitación. Tamas bajó el fusil.

Pasados unos pocos minutos, emergieron de la casa unas figuras oscuras: los Barberos y sus prisioneros. Cruzaron la calle y Tamas oyó que se abría la puerta de la planta baja. Mientras Sabon bajaba a verificar que todo estuviera en orden, él permaneció en su asiento observando la calle, por si había señales de algún vecino interesado o algún transeúnte curioso. No hubo nada de eso.

Dedos regresó un momento después. Traía una vela en la mano. No parecía feliz.

—No nos advertisteis que se trataba de un Privilegiado.

—Deberías haberlo corroborado tú mismo —dijo Tamas—. Si realmente tienes el Don, también deberías tener el tercer ojo. Eso ha sido un descuido.

—No puedo abrirlo —murmuró Dedos—. Termino con diarrea durante una semana.

—Con ese Privilegiado, podrías haber terminado sin cabeza —dijo Tamas.

Dedos carraspeó.

—Ha sido todo puro espectáculo. Luces y sonido. Nada real, aunque por un momento pensé que se me iba a derretir la carne de los huesos.

—El miedo te hace decir la verdad. —Tamas desmartilló el mosquete y lo apoyó contra la pared—. Te has traído a la esposa.

—Se despertó cuando él lanzó el destello. Debía de tener resguardada la habitación. Ya estaba despierto en el momento en que los Barberos llegaron junto a su cama. —Meneó la cabeza—. He visto a estos sujetos matar a un hombre que tenía a su esposa en brazos, llevarse el cadáver y dejarla a ella durmiendo como un bebé. Si no fuera por las guardas, no habría habido complicaciones.

De pronto Tamas se dio cuenta: Dedos estaba nervioso porque temía que él pensara que había hecho una chapuza.

—Bien hecho —le dijo—. Infórmame de lo que obtengas del interrogatorio.

—¿Vos no venís? —Dedos parecía sorprendido.

—A pesar de lo que puedas haber oído decir, no tengo sed de sangre por los Privilegiados —le respondió.

Dedos se sorbió la nariz, parecía decepcionado.

—No creo que vaya a decir demasiado. Parece duro.

—Dile que si no habla, pierde una mano a los cinco minutos. Y la otra, a los diez.

Dedos abrió mucho los ojos.

—Eso es…

Tamas le sonrió levemente.

—Bien, quizá sí tenga una ligera sed de sangre por los hechiceros. También sé cómo tratar con ellos.

Dedos salió de la habitación. Tamas se quedó esperando los gritos, pero no se oyó ninguno. Donde fuera que estaban, habían aislado bien la habitación. Sabon llegó después de un minuto.

—Dedos tiene mala cara —dijo.

—Le he dicho que le corte las manos al Privilegiado si llega a ser necesario.

Sabon resopló.

—Eso sentará un precedente peligroso. ¿Es esa la política que aplicaremos con los Privilegiados de Adro que no hayan pertenecido a la camarilla?

—Abismos, no —dijo Tamas—. Pero este cabrón es un espía de Kez, y necesitamos trabajar rápido.

Dedos volvió a la habitación poco después. Estaba pálido a la luz de la vela, y le temblaban un poco las manos.

—Ya nos ha proporcionado tres nombres.

Tamas sintió una punzada de pánico.

—¿Alguno de los de mi junta?

—No. Sostiene que nunca ha tenido trato directo con nadie por encima de su posición social. Solo mensajes codificados e intermediarios. Sí nos ha dado el nombre de su esposa. —Hizo una pausa—. Si se presiona demasiado a un hombre, mariscal, es capaz de entregar a su propia madre. Hay una razón por la que ponemos un límite a la tortura. Dirán lo que sea para que acabe el dolor.

—Es puramente psicológico —dijo Tamas—. No le has cortado la mano de verdad, ¿a que no? —Reprimió su decepción por seguir sin tener idea de quién podría ser el traidor que había dentro de su junta.

—No…

—Interroga a la esposa. Averigua qué sabe. Cuando termines, entrégalos a mis soldados y ellos se encargarán de las ejecuciones. ¿Tienen hijos?

—Una niña —dijo Dedos—. Está en Novi, en un internado para niñas.

—Un país neutral —reflexionó Tamas—. Estaban listos para esta eventualidad. Manda una carta a la directora de esa institución. Dile que mantenga a la niña allí, indefinidamente. —Dedos asintió con la cabeza, temblando—. ¿Qué sabemos sobre estos espías? Sobre los infiltrados como este. ¿Cuántos calculas que habrá?

Dedos masticó enérgicamente el caño de su pipa.

—No va a gustaros la respuesta.

—No necesito que me guste —respondió Tamas—. Solo necesito saber.

—Cientos —dijo Dedos—. Solo en los primeros encuentros ya hemos recogido decenas de nombres. Y nombres útiles, no datos inservibles escupidos bajo tortura. Personas verificadas como espías de Kez, y varios centenares más con un gran signo de interrogación junto a su nombre. Kez está metido aquí hasta el cuello. Llevan décadas planeando esto.

Tamas cerró los ojos. No era lo que quería oír. Podía llegar a haber espías en su ejército, espías en la ciudad y en el campo, en cada edificio de Adopest. Él ya sabía que un miembro de su junta lo había traicionado. ¿Cuántos más lo harían?

—Bien hecho, Dedos —dijo en voz baja. El espía esperó un momento y luego se retiró, con un ojo todo el tiempo fijo en Tamas—. Tendré que duplicar lo que les pago a los Barberos. Si yo tengo el dinero, ellos tienen la mano de obra.

—Es peligroso depender tanto de ellos —dijo Sabon.

—Es un riesgo que tengo que asumir. Esos espías podrían echar abajo todo aquello por lo que hemos trabajado. Duplicaremos las patrullas y daremos más autoridad a la policía local. Por Kresimir, quizá debamos aplazar algunos planes del nuevo gobierno.

—Siempre hemos sabido que iba a ser un camino difícil. Tan solo no te olvides del pueblo.

—Por supuesto que no. ¿Cómo va el entrenamiento? Por favor, dame alguna buena noticia.

Una sonrisa cansada apareció en el rostro de Sabon.

—Mejor que lo que esperaba. Andriya estará loco, pero les cae bien a los reclutas más jóvenes. Y resulta que Vadalslav tiene talento para enseñar. Mostramos a los menos talentosos cómo detectar magos de la pólvora y los enviamos a reclutar. Ya hay más candidatos que lo que yo creía posible.

—¿Cuántos?

—Trece hasta ahora, con un talento aceptable. Dos de ellos con la capacidad de rivalizar conmigo. Por desgracia, ninguno de tu nivel o el de Taniel.

—¿Trece? —dijo Tamas—. Estás bromeando. A mí me llevó años reunir a la camarilla de la pólvora que tenemos ahora.

—Yo no lo creería si no lo hubiera visto por mí mismo. Recuerda que, hace unos ciento cincuenta años, en Adro hubo una matanza selectiva de magos de la pólvora. Se examinó a cada hombre, mujer y niño para ver si tenían alguna destreza con la pólvora y se ejecutó a todos los que se descubrieron. Hoy en día la gente lo oculta si nota que tiene la afinidad. Al menos, es lo que sucedía. Estamos tratando de desarrollar un sistema para buscar a los magos de la pólvora de forma directa.

—¿Te refieres a algo así como los Zahoríes Privilegiados?

Sabon asintió con la cabeza.

—La camarilla real tenía a su disposición una hechicería más poderosa que la nuestra. Y más gente. Pero estoy seguro de que llegaremos a alguna solución.

Tamas le dio una palmada en el hombro.

—Buen trabajo, amigo mío. Mantenme informado. Sé que no estás contento con esta tarea.

—Hay otra cosa que quisiera preguntarte. —Sabon pareció dudar un momento.

—¿Qué cosa?

Sabon habló lentamente, eligiendo las palabras con cuidado.

—Hasta hace poco, Taniel y Vlora iban a casarse. Debo preguntártelo: ¿los juntaste a propósito?

—¿A qué te refieres? —preguntó Tamas, aunque se daba una idea de a qué apuntaba Sabon.

—¿Los emparejaste para que sus hijos fueran magos de la pólvora?

Tamas pensó su respuesta. Era oportuno, ciertamente, y el hecho de que los hubiera alentado no carecía de un motivo oculto.

—La idea se me había cruzado por la cabeza.

—Ni siquiera las camarillas reales recurrían a semejante sistema de cría. —Era obvio que no estaba de acuerdo.

—¿No? ¿Por qué crees que el rey proporcionaba un harén a cada hechicero varón? ¿Por benevolencia? No, Sabon, definitivamente se buscaba engendrar más Privilegiados. No es algo de conocimiento público, pero tan solo el sacristán tenía más de mil hijos.

—¿Alguno Privilegiado?

—Uno —dijo Tamas—. Uno de los miembros más jóvenes de la camarilla real. Ni siquiera sabía quién era su padre.

La boca de Sabon se abrió en una expresión de horror.

—¿Qué sucedió con todos los otros niños?

—Campos de trabajo, orfanatos, la Guardia de la Montaña. —Tamas se encogió de hombros—. Algunos incluso fueron sacrificados al poco de nacer. La camarilla real nunca ha sido un lugar agradable. No pienso dejar que mi camarilla de la pólvora se convierta en algo así, pero sí, mi intención era que sus hijos fueran Marcados. Según mis propios estudios, los magos de la pólvora reciben los rasgos hereditarios con mucha mayor frecuencia que los Privilegiados.

—¿Cuánto hace que estudias esto? —preguntó Sabon.

—Desde mucho antes que nos conociéramos.

Sabon lo miró con expresión sombría.

—Erika era una maga de la pólvora.

Tamas trató de reprimir la mueca de disgusto que le llegó al rostro. Era una conclusión justa por parte de Sabon.

—Ni siquiera lo pienses —le dijo. Su voz salió como un gruñido rabioso, a pesar de su esfuerzo—. Yo amaba a mi esposa. Daría lo que fuera para volver a tenerla conmigo. —La voz se le quebró. Se aclaró la garganta—. Taniel *no fue* un experimento.

—Bien. —Sabon pareció satisfecho con la respuesta. Tras una breve pausa, dijo—: Esperaba que mandaras llamarme después de tu última aventura.

Tamas meneó la cabeza.

—Lo lamento. Necesito que entrenes a nuevos magos de la pólvora. Sé cuidarme solo.

Casi le pareció oír cómo a Sabon le rechinaban los dientes.

—Eres un cabrón de lo más testarudo, y eso hará que te maten. La próxima vez enviarán más de un Guardián.

—Probablemente, pero aún no. Voy a dormir un poco. Antes de volver a tu escuela, pasa la orden de que decapiten a ese espía y que envíen sus manos a Kez con la viuda. Quiero que Ipille sepa que sus espías comenzarán a regresar en ataúdes cada vez más pequeños hasta que él los haga volver.

Capítulo 19

Enterraron lo que pudieron recuperar de Darden debajo de un pequeño túmulo de roca y hielo. Gavril les contó que sendero arriba había más gente enterrada: peregrinos que no habían sobrevivido a la subida a la cima y monjes que habían sido víctimas del invierno, o de la enfermedad, o de algún depredador de la montaña. Les aseguró que Darden estaría bien acompañado.

Taniel cogió un trozo de carboncillo entre los dedos y comenzó a dibujar el rostro de Darden en su cuaderno. El recuerdo de su rostro ya comenzaba a desvanecerse. Taniel no lo había conocido el tiempo suficiente. Cerró los ojos, tratando de recordarlo.

La visión de Julene (ahora estaba seguro de que se trataba de ella) rebotando y gritando mientras caía y se perdía de vista lo torturó toda la noche. No pudo dormir, pues cada vez que lograba quedarse dormido veía en su mente el cuerpo de Julene, o el del león de las cavernas, revolcándose furioso, burlándose de él. ¿Cómo no había visto la furia, la imprudencia de Julene? Como mínimo, debería haber estado atento a una posible traición. Terminó sentándose en la entrada de la cueva a contemplar cómo iba clareando el cielo mientras el sol subía por el este, al otro lado de la montaña.

Había desobedecido una orden directa. ¿Qué haría Tamas al respecto? ¿Qué podía haber de bueno en todo aquello? El mariscal enviaría a otro mago de la pólvora. Quizá viniera él mismo. Haría que Taniel se enfrentara a un consejo de guerra. ¿Podría su padre hacer que lo ejecutaran? No creía que ni siquiera alguien como Tamas pudiera matar a su propio hijo. Al menos, eso esperaba.

¿Cómo podría hacer para explicárselo? ¿Qué harían cuando otro mago de la pólvora fuera a por ellos? Taniel empujó con el pie un trozo de hielo, que cayó por el precipicio. Lidiarían con esos problemas cuando surgieran.

Oyó unas pisadas sobre el hielo. Era Bo. Taniel lo observó un momento. Su amigo parecía llevar varias semanas sin dormir bien.

Tenía los ojos rojos, el rostro quemado por el sol. Parecía estar sudando constantemente y no dejó de toquetear inquieto la solapa de su abrigo mientras tomaba asiento junto a él.

Bo observó cómo iban desapareciendo las estrellas mientras Taniel hacía un boceto de Darden, hasta que se oyeron los primeros cantos de los pájaros buscando el desayuno.

—Estás volviéndote muy bueno —dijo Bo—. Lo has dibujado tal como era.

—Me alegra que pienses eso —dijo Taniel—. Estaba teniendo problemas para imaginarlo. Guardó el trozo de carboncillo en un morral y cerró el cuaderno.

—Tamas tiene muchas agallas al haberte enviado aquí arriba a matarme —dijo Bo en voz baja. Su voz sonó placentera. Una característica que muchas de sus mujeres sin duda encontraban relajante—. No me malinterpretes —agregó—, me alegro de que lo haya hecho. Cualquier otro quizás hubiera disparado. Pero sí podrías haber elegido un momento mejor.

—Estabas esperándome —dijo Taniel. Se dio cuenta de que no estaba sorprendido. Bo solía saber muchas cosas, incluso cuando no debería. Se sopló las manos para calentárselas.

—Un mago de la pólvora, finalmente —dijo Bo—. De hecho, esperaba primero a Julene. Contra ella me estaba preparando. —Señaló el sendero, que iba por la cornisa de la montaña y el monasterio, a lo lejos—. Llevaba ya dos semanas colocando guardas en todo el sendero. Desde que vino a verme ese inspector y me dio el mensaje de que *ella* trataría de invocar a Kresimir. —Volvió a toquetear la solapa y pasó un dedo por el cuello del abrigo.

—¿‘Ella’?

—Julene. Esa perra Predeii.

—Predeii —dijo Taniel—. La Privilegiada que perseguí en Adopest dijo que era Predeii.

Bo tragó saliva.

—¿Hay dos? Abismos.

—¿Qué es un Predeii? —dijo Taniel.

—¿No lo sabes?

—¿Preguntaría si lo supiera?

Bo frunció el ceño.

—Uno se entera de muchas cosas cuando pertenece a una camarilla real. Cosas que solo los académicos recuerdan. Secretos que tienen mil años de antigüedad, o más. Yo, eh… Has dicho que Tamas masacró a la camarilla real, ¿verdad?

—Sí.

Bo levantó la mirada al cielo.

—Entonces supongo que nadie tomará represalias contra mí por

revelar todo esto. —Respiró hondo—. Kresimir no vino solo.

Taniel miró a su amigo con escepticismo.

—No he asistido a un sermón desde que era niño. Hoy en día, solo los campesinos hacen caso de esas cosas.

—Los campesinos no son tan tontos como crees —dijo Bo—. Toda superstición se basa en hechos reales.

—¿Y tú crees esta superstición? —preguntó Taniel manteniendo su expresión de incredulidad.

—Hay una diferencia entre tener fe en algo que nunca has visto o experimentado y saber de primera mano que es un hecho.

—¿Me estás diciendo que conociste personalmente a Kresimir?

—No, no conocí a… —Bo suspiró—. Cállate y escucha, ¿quieres? En la camarilla real te muestran cosas que durante milenios han ido pasando por la mente de los hechiceros de generación en generación.

Taniel resopló.

—Kresimir. Está bien. Suponiendo que es real, eso sucedió hace miles de años.

—Ah, Kresimir fue real. Ya se considere un dios o un hechicero poderoso, todos los registros históricos de la época concuerdan en que fue real. Y existió hace unos mil cuatrocientos años, más o menos. La fecha exacta se perdió durante la Desolación. Fue invocado. Lo trajeron; es posible que incluso lo obligaran a venir los Predeii. Hay quien piensa que ellos lo tenían sometido bajo su voluntad.

—Dios o hechicero, ¿cómo pudieron hacer para obligarlo a venir a este mundo?

Bo jugueteó con el cuello del abrigo.

—Los Predeii son los antecesores de los Privilegiados. Poderosos hechiceros que hacen que los Privilegiados actuales parezcan niños de escuela jugando con fuego. Eran quienes gobernaban antes de que llegara Kresimir, y buscaron la forma de expandir su poder. Invocaron a Kresimir desde… —Bo hizo un gesto místico con una mano y se encogió de hombros—, y lo obligaron a que utilizara su poder para traer orden a los Nueve.

—¿Los santos? —preguntó Taniel.

Bo meneó la cabeza.

—No. Pero bien pensado. Los santos (Adom, Novi y los demás) vinieron después, cuando Kresimir ya no pudo llevar adelante su labor y necesitó invocar a sus hermanos y hermanas para que lo ayudaran. Ellos compartían su poder y su sabiduría, y cuando él se fue, también se fueron ellos.

—¿Pero los Predeii se quedaron? —preguntó Taniel—. Ahora tendrían miles de años de edad.

—O más —dijo Bo. Volvió a encogerse de hombros—. Descubrieron una forma de evitar morir de viejos o a causa de enfermedades,

incluso antes de invocar a Kresimir. La hechicería era más potente en ese entonces. Ni siquiera sé si hoy en día alguien tiene el poder necesario para matar a un Predeii.

Taniel tragó saliva. Miró por encima del borde del precipicio, hacia las nubes arremolinadas que había allí abajo.

—¿Quieres decir que no está muerta?

La expresión de Bo fue sombría.

—No lo sé. Probablemente no, pero trato de mantenerme optimista. De cualquier manera, debemos averiguarlo. Si ha sobrevivido, Adro corre grave peligro.

—¿Por qué?

—Ella quiere aniquilar nuestros ejércitos, a nuestros hechiceros y a nuestros magos de la pólvora. La mitad del trabajo quedó completada con la muerte de la camarilla real. Si vuelve a invocar a Kresimir, él hará el resto del trabajo por ella y Adro quedará en la palma de su mano. Kresimir dejó claro que no tenía interés en gobernar los Nueve durante demasiado tiempo. Julene cree que si le demuestra que los reyes y sus camarillas reales no son capaces de cumplir con su rol, él la dejará al mando. Lleva esperando mucho tiempo para gobernar.

Taniel lanzó una risa burlona.

—Kresimir. ¿Quién piensa en cosas como esa? Kresimir no volverá.

—Julene no piensa eso. Tampoco la nobleza de Kez, ni ciertas facciones dentro de la Iglesia Kresim.

—¿Para qué querría a un dios aquí? Por lo que dices, ella misma es casi una deidad. —Eso explicaba la batalla de la Universidad de Adopest; el hecho de que Rozalia y Julene parecieran tan poderosas, y el modo en que Julene sobrevivió al ataque de Rozalia.

—Poder. Eso es lo único que le importa a Julene. Poder sobre los demás. Los libros de historia se refieren a la Desolación, un período en el que se perdió el conocimiento de Kresimir. Solo las camarillas reales recuerdan lo que sucedió *durante* la Desolación. Fue una guerra entre los Predeii y los nuevos reyes de los Nueve y sus camarillas reales. Julene sostiene, y con orgullo, que fue ella quien comenzó esa guerra. Murieron millones. Al final, los Predeii fueron ampliamente superados en número, y derrotados. Algunos murieron, algunos huyeron. Otros se ocultaron. Julene fue una que sobrevivió.

—Pareces saber mucho sobre ella.

—Estuvimos… juntos… una vez. —Bo hizo una mueca. Taniel no pudo evitar lanzar una risotada—. No estoy orgulloso de eso.

—En el nombre de los Nueve, ¿qué le viste?

—Es muy buena en la cama.

—¡Pero tiene, por lo visto, cincuenta veces tu edad!

—Eso significa que tiene mucha experiencia. —Bo se miró las uñas —. Y carece de criterio en cuanto a sus emociones. Se enamoró de mí

y me enseñó cosas que no debería haberme enseñado.

—¿Y ahora está tratando de matarte? ¿Por qué?

Bo lanzó una piedra por el precipicio y la observó caer hasta que desapareció.

—¿Dices que trabajaba para Tamas?

—Sí, como mercenaria. Para atrapar a la Privilegiada.

—Lo más probable es que viera una oportunidad que no podía dejar pasar. No le agradan los otros Predeii, y, si vamos al caso, yo tampoco. Ya has visto la determinación con que me ha atacado. Una mujer despechada, y todo eso. Apenas he podido frenarla un poco, y en ese sendero tenía suficientes trampas mágicas para masacrar un ejército. —Bo miró a Taniel con enfado—. Lástima que tú hayas activado la mitad.

Taniel frunció el ceño.

—¿No lo sabes? —Bo se masajeó las sienes—. Dios, ¿cuánto más tendré que explicarte? Tú estás cubierto por una capa de hechicería protectora más ceñida que tu propia piel. Ni siquiera los Privilegiados más poderosos pueden crear ese tipo de protección sobre una persona. El cuerpo humano es demasiado complejo para eso. En la ladera de esta montaña preparé hechizos lo suficientemente poderosos para incapacitar a un dios… o eso pensé, al menos… y tú los atravesaste sin siquiera darte cuenta. Nunca había visto hechicería como esa. Las guardas son más débiles contra un Marcado, y algunos de los Marcados más poderosos (como Tamas) pueden deshacerlas por completo, pero lleva tiempo y práctica.

—¿Por eso me gritaste que no me acercara más?

—Sí.

—Bueno… —Taniel se quitó algo de nieve del abrigo. Había muchas cosas que él no sabía. Bo parecía tener muchas respuestas, pero ni siquiera él podía proveerlas todas. Algo estaba sucediendo en Adro, más allá de la guerra y del golpe de estado y de todo lo demás, que era mucho más profundo que lo que todos suponían. Y eso le daba dolor de cabeza—. ¿Quién diablos ha estado lanzando hechizos en torno a mí? Yo ni siquiera… Ah. —“Ella”.

Bo miró al interior de la cueva, en dirección a Ka-poel, que seguía durmiendo.

—Háblame de la salvaje —dijo.

Ka-poel estaba toda envuelta en su manta de dormir; no se veía absolutamente nada de ella, salvo por algunos cabellos rojos que sobresalían de un extremo. La manta subía y bajaba al ritmo constante de su respiración.

—Es una dynizana —dijo Taniel—. No del Imperio Dynizano, sino de los Yermos de Fatrasta.

—¿Cómo te cruzaste con ella?

—Cuando Fatrasta declaró la independencia de Kez, yo me uní a la guerra. Pasé unos trece meses usando su aldea como base durante la contienda. Su tribu estaba aliada con los fatrastos. Desde allí recorrí todo el sur de Fatrasta, atacando campamentos keseños con mi unidad, matando Privilegiados y oficiales. Incluso un par de Guardianes. Su aldea estaba metida al fondo del pantano, imposible de hallar a menos que un nativo te mostrara el camino. Era el lugar perfecto.

”Había otra tribu viviendo en el mismo pantano. Se mantuvo neutral durante casi toda la guerra, pero hacia el final de mi estancia allí los keseños la sobornaron. Atacó la aldea de Ka-poel. Sus habitantes lograron rechazar a los agresores, pero no antes de que ellos capturaran a veinte o treinta niños.

”La aldea quería la ayuda de Fatrasta para recuperar a los niños. Los fatrastos no daban abasto. Dijeron que no. Ordenaron a mi unidad abandonar la aldea. Yo me quedé allí y fui con los nativos a recuperar a los niños. Bueno, ya habían matado a la mayoría.

Taniel sintió que la boca se le secaba. El recuerdo lo torturaba, aun ahora. La visión de todos aquellos niños, crucificados con púas o ahorcados de las ramas retorcidas de los árboles del pantano.

—¿Por qué? —preguntó Bo.

Taniel resopló.

—Querían mostrarle a Kez lo salvajes que podían ser realmente. Los keseños habían ofrecido barriles de whisky, especias, armas, caballos. Todo lo que quisieran a cambio de su ayuda para eliminar a mi unidad. Les habíamos causado demasiadas molestias durante ese año.

—¿Qué hiciste en esa aldea?

Taniel arrojó una piedra por el acantilado.

—Justicia —dijo—. No estoy orgulloso de eso. Pero tampoco me arrepiento.

Taniel contempló las tenues nubes que se formaban, se retorcían y desaparecían allá a lo lejos, a causa de las corrientes de aire. De pronto sintió frío y se envolvió el cuerpo con los brazos. Le vinieron a la mente algunos recuerdos de asesinatos, recuerdos que él había enterrado en lo más profundo de su memoria. Quizás había algunas cosas de las que sí se arrepentía.

Se sacudió y volvió al presente.

—En fin —dijo—, Pole era un poco mayor que los demás, pero se la llevaron de toda formas. Probablemente porque ella era una Ojo de Hueso. Yo no sabía lo que significaba eso para ellos. Aún hoy no lo sé. Ayer fue la primera vez que la vi usar sus poderes para algo más que rastrear, aunque hace tiempo que sé que es una especie de Privilegiada. —Taniel buscó por su persona y en su morral hasta que encontró una reserva de pólvora. Mordió el extremo y percibió el

gusto sulfúrico en la lengua, y aspiró media carga de una vez.

Bo lo observaba con expresión preocupada. Se alejó de la pólvora y distraídamente se rascó la piel que tenía expuesta.

—Oh, no me mires así —dijo Taniel.

—Nunca había visto hechicería como la que lanzó ella ayer —dijo Bo—. Ni la protección que tejió en torno a ti. Lo que saben las camarillas reales es que hay tres tipos de hechiceros: Privilegiados, Marcados y Dotados. Nos hemos cruzado con magias menores de brujos y chamanes de las zonas remotas del mundo, pero nada con la potencia que mostró ella. ¿Tiene el tercer ojo?

—Sí, estoy seguro —dijo Taniel—. Ella me ayuda a rastrear Privilegiados.

Bo se estiró y apoyó la palma de la mano en la frente de Taniel. Cerró los ojos y murmuró algo, y luego se echó hacia atrás. Se limpió la palma con nieve.

—Dios, apestas a pólvora. Harás que se me hinchen los ojos y me pique el hueco entre los dedos. Y en cuanto a tu protección… Uf. No tengo ni idea. Se deshizo de mis guardas sin problema. No sé si detendrá una bala o un cuchillo. Puede que solo te proteja contra la magia. De cualquier manera, no te arriesgues.

Taniel volvió a pensar en la pelea contra el león de las cavernas… contra Julene. Estaba a punto de caer por el precipicio. Y, de pronto, de la misma tierra surgió una roca para frenarlo. Se preguntó si eso fue obra de Ka-poel o de Bo. No preguntó. No quería comenzar a depender de la protección de otra pesona. Y Bo podía llegar a atribuirse el mérito incluso si no le correspondía. O quizás hiciera lo opuesto. Siempre había sido impredecible.

—Me ha enviado Tamas, para que te mate.

—Ya.

No se miraron.

—No te he matado.

—Ya. —El tono de Bo fue irónico. Miró a Taniel de soslayo y luego sonrió.

—¿Debería haberlo hecho?

La sonrisa de Bo desapareció.

—¿Entonces sabe lo del geas?

—¿Es verdad?

—Sí —gruñó Bo—. Forma parte de ser miembro de la camarilla real. —Se tocó suavemente el cuello del abrigo—. Algún día tendré que vengar al rey. Tendré que matar a Tamas. —Extrajo un colgante de debajo de su camisa. Era algo simple, un medallón de hilos de plata entrelazados alrededor de una gema. Taniel recordaba vagamente haber visto collares similares en los cadáveres de Privilegiados keseños. Ni siquiera los salvajes se los habían llevado.

—¿Es… es eso? —preguntó Taniel.

—Un carbúnculo de demonio —dijo Bo—. Es algo siniestro. No te conviene saber más. El geas para proteger o vengar al rey está ligado a esto. En este momento estoy percibiendo una atracción, que me insta a ir a Adopest. No es muy fuerte, pero se irá intensificando cada vez más a medida que pase el tiempo. No sé muy bien a qué ritmo. Pero si me resisto demasiado tiempo, me matará.

—¿La única forma de romperlo es vengar al rey? —Bo permaneció en silencio—. Entonces tienes que matar a mi padre. Bo cogió una piedra y la arrojó por el acantilado. No parecía estar muy feliz al respecto—. Deberíamos comenzar a investigar si hay alguna manera de romperlo —dijo Taniel, esperando dar la impresión de seguridad—. Los Privilegiados no se atarían a algo de lo que no pudieran librarse. Es tan solo otro secreto. Quizás alguno de los Predeii lo sepa.

Taniel contempló a su amigo, y en ese momento se dio cuenta de cuánto se había cobrado de él la batalla del día anterior. Tenía las mejillas hundidas, la piel colgando y con arrugas, como si tuviera cuarenta años más que los que tenía.

—Lo averiguaremos juntos —dijo Taniel—. Lo romperemos. Lo juro.

Bo lanzó una risa cansada.

—Me van a arder los ojos cada día que pase contigo, cabrón optimista. Vamos. —Se puso de pie y se estiró—. Tenemos que ir a averiguar si hemos matado a esa perra.

Capítulo 20

El salón de la Casa Winceslav era una habitación espaciosa con paredes de ladrillo ornamentadas y una chimenea de granito tan grande que por su embocadura podría pasar un par de bueyes. Adamat había rehusado cortésmente el asiento que el mayordomo le había ofrecido y paseaba lentamente mientras esperaba a la señora de la casa. Había varias pinturas de lady Winceslav y su difunto esposo, Henri Winceslav, y un único cuadro de ellos dos con sus cuatro hijos. La pintura tenía quizás unos cinco años de antigüedad, hecha justo antes de la muerte del viejo duque; después de eso, cada uno de los hijos fue enviado a algún internado o residía en el campo con su institutriz, según la investigación de Adamat.

Adamat estudió el suelo, las paredes y las puertas. Se podía descubrir mucho acerca del crecimiento o el declive económico de una familia de la nobleza adrana observando el estado de su mansión. Cuando las cuentas estaban apretadas, el mantenimiento y las reparaciones solían quedar relegados porque se despedía al personal encargado y escaseaban los materiales.

Todo estaba prístino. Los muebles de madera y los adornos de bronce estaban lustrados, el suelo había sido reemplazado recientemente y los ladrillos estaban libres de polvo. A los mercenarios les había ido bastante bien, incluso sin contar con la dirección de lord Winceslav. Luchaban en Fatrasta contra Kez, contra Gurla en representación de Brudania, y prácticamente en todos los lugares donde los colonos de los Nueve tenían el dinero para pagarles.

Adamat tuvo que recordarse a sí mismo que lord Winceslav no era el único responsable de las Alas. Se decía que lady Winceslav tenía una mente tan afilada que podía hacer frente a la mayoría de los generales de campo, y que lord Winceslav, antes de su muerte, había dependido mucho de los consejos de ella respecto del tema que fuere. Había sido inteligente: un hombre habilidoso con las palabras y en el trato con las personas. Ella era astuta y práctica; una planificadora con

visión de futuro.

Adamat oyó voces en el salón contiguo y se colocó frente a la puerta. Se alisó el frente de su chaleco. Entró en el salón un pequeño grupo: tres hombres y una mujer, todos con uniforme blanco y una faja dorada cruzándoles el pecho. Cuatro comandantes de brigada de las Alas de Adom. Los siguió lady Winceslav. Llevaba un vestido de montar de una fina lana color púrpura, con el cuello cerrado a pesar del atípico calor que hacía para esa época, y un chal haciendo juego sobre los hombros. Sus botas con tacones repiqueteaban contra el suelo de madera.

Los comandantes observaron a Adamat con cierto recelo. Reconoció a dos de ellos por las pinturas que había en el gran salón: el comandante de brigada Ryze era un hombre mayor, más viejo incluso que el mariscal Tamas, con el cabello tan blanco como su uniforme. Tenía varias cicatrices visibles en las manos y en el rostro, y llevaba una tira blanca de lino sobre un ojo para ocultar una herida recibida en batalla cinco años antes.

La apariencia de la comandante de brigada Abrax no podía haberse opuesto más a la de lady Winceslav. Tenía el cabello rubio, recortado por encima de las orejas, y el rostro bronceado y curtido por la intemperie a causa de sus numerosas campañas en Gurla. Su uniforme era exactamente igual que los demás, salvo por el leve bulto de sus pequeños pechos. Observó a Adamat con una frialdad que él rara vez sentía en otras personas.

Las presentaciones fueron breves y escuetas. Los dos más jóvenes eran los comandantes de brigada Sabastenien y Barat. En comparación con los mayores, apenas estaban curtidos y casi parecían un par de niños jugando con el uniforme del padre. No llegaban a los treinta años. Barat se acercó a Adamat.

—Quisiera ver vuestras credenciales, por favor —dijo vigorosamente.

Adamat entrecerró los ojos ante la impertinencia.

—Se las mostré al mayordomo cuando llegué. Están en orden.

—Aun así…

Adamat extrajo un sobre y se lo entregó al joven mercenario. Se obligó a sí mismo a mantener a raya su indignación. A diferencia de lo que sucedía en muchos ejércitos modernos, no se podía comprar un ascenso en las Alas. Todos se ganaban su rango. Ser un comandante de brigada a esa edad era algo extraordinario.

Barat leyó los papeles de Adamat. Atravesó la habitación en dirección a los mayores y les entregó una de las hojas, una nota de Tamas que le otorgaba libertad para investigar.

—¿Por qué —preguntó Ryze lentamente— siente Tamas la necesidad de dejar amenazas implícitas a sus consejeros más cercanos?

—Es solo una precaución —dijo Adamat—. Para asegurarse de que mi investigación será rápida, sin ningún… inconveniente. —Pero él estaba seguro de que habría muchos. La nota de Tamas prometía que se consideraría culpable a cualquiera que intentara obstaculizar su investigación de cualquier manera, y aun así ni cien notas de esas lograrían evitar que los nobles intentaran resguardar sus secretos. Adamat se preguntó si Tamas cumpliría con dicha amenaza si él fuese hallado tendido boca abajo en la zanja que rodeaba la mansión.

Ryze le entregó los papeles a Barat, que se los devolvió a Adamat. Este tomó los papeles del joven comandante de brigada sin decir palabra y se los metió en el bolsillo. Casi podía sentir al joven oficial hirviendo mientras volvía con sus superiores. Estaba casi seguro de que Barat había sido arrancado de la nobleza. Parecía ser de esos que miraban con desprecio a cualquiera que estuviera por debajo de ellos y que se arrodillaban ante cualquiera que estuviera por encima.

—Adelante —dijo Ryze—. Lady Winceslav no tiene nada que ocultar.

Adamat recorrió con la mirada a los cuatro comandantes de brigada y se volvió intencionadamente hacia lady Winceslav. Estaba sentada en un ángulo del salón, hacia la izquierda y detrás de sus comandantes, como si esperara actuar como mero testigo de un intercambio de palabras. Pareció sorprendida cuando Adamat se dirigió directamente a ella.

—¿Habéis informado a Kez de la ubicación de vuestras reuniones con el mariscal de campo Tamas? —dijo.

—¡¿Cómo os atrevéis?! —Barat se puso de pie y llevó la mano a la pequeña espada que colgaba de su costado.

Adamat esperó un momento, a fin de dar a los otros comandantes la posibilidad de regañar a su joven camarada. No lo hicieron. Adamat señaló la silla de Barat con la punta de su bastón.

—Sentaos.

El mercenario lo miró un momento parpadeando y con la mandíbula tensa, y luego regresó a su asiento.

—¿Necesito volver a preguntar, mi señora? —dijo Adamat.

—No lo he hecho —dijo lady Winceslav.

Adamat se permitió una pequeña sonrisa.

—Oremos por que todos los presentes sean tan directos y sinceros.

—Eso no es necesario —dijo Abrax. Su tono de voz era como el de una maestra, las palabras dichas rápido, recortadas al final.

Adamat hizo una pausa. Los comandantes de brigada estaban sentados formando un escudo alrededor de la señora de la casa. Se preguntó si esta era tan solo una idiota a quien no se le permitía hablar o si ellos realmente eran tan protectores con ella.

—Estoy aquí para entrevistaros a *vos* , mi señora —dijo Adamat—.

No para recibir condescendencia de parte de vuestros comandantes. Me imagino que tendréis sirvientes para eso. —Se encogió por dentro. Estaba dejando que su enfado hablara por él. Le pareció estar oyendo a su antiguo oficial superior, de sus días en la fuerza. El anciano había sido claro acerca de cómo se trataba con los miembros de la nobleza: *nunca* había que hostigarlos.

Lady Winceslav contempló por un momento a Adamat. Sus ojos denotaban frialdad, sus manos estaban apoyadas con serenidad sobre su regazo. Se puso de pie, cruzó la habitación y se sentó justo directamente enfrente de él.

—Haced vuestras preguntas, inspector —le dijo. A pesar de su tono amable, había un aire de superioridad en sus palabras, y hablaba levantando un poco la nariz.

Adamat suspiró por dentro. Era toda la cortesía que iba a recibir.

—¿Por qué apoyasteis el golpe de estado de Tamas?

—Tenía muchas razones —respondió ella—. En primer lugar, las Alas de Adom habrían sido disueltas si Manhouch firmaba los Acuerdos con Kez.

—¿Por qué? Las Alas de Adom solo tienen *base* en Adro. No están subordinadas al rey.

—Quedó estipulado en las negociaciones —dijo ella. Se inclinó hacia delante—. ¿Sabéis por qué Ipille quiere tener a Adro bajo su control?

—Porque contamos con abundantes recursos naturales —respondió Adamat.

—Ese es un motivo, sí. Pero Ipille y su camarilla real temen a Adro. En Kez, la nación está dirigida por la corte. Nada sucede sin su autorización. Adro es diferente. A pesar de sus defectos, Manhouch era un rey de mente abierta. Permitió que el sindicato, los magos de la pólvora y mis mercenarios operaran con independencia de la corte. Eso dio poder a Adro. Los integrantes de la camarilla real de Kez temen que los magos de la pólvora los vuelvan obsoletos. Temen a la Guardia de la Montaña por el control que ejerce sobre las principales rutas comerciales que atraviesan el corazón de los Nueve. Y temen a las Alas de Adom porque Henri reunió a las mejores mentes militares y a los hombres más valientes de los Nueve, y compró (y se ganó) su lealtad. Los Acuerdos estipulaban que se disolverían los magos de la pólvora, que se reduciría la Guardia de la Montaña y que las Alas de Adom ya no podrían tener su base dentro de los límites de Adro. —Meneó la cabeza—. No podía permitir que eso sucediera. Me negaba a permitir que sucediera.

—Podríais haber trasladado vuestro cuartel general a otro país; incluso a Fatrasta, fuera de la influencia de Ipille.

—No —dijo lady Winceslav—. Mi esposo eligió Adro porque era su

tierra y su orgullo. Las Alas de Adom no son solo un ejército mercenario. Son la defensa secundaria de Adro, y así es como los empleará Tamas en la guerra que se avecina. Yo honraré la visión de Henri.

Adamat la observó atentamente. Tenía las mejillas encendidas y había elevado la voz. Ella creía firmemente en los mercenarios de su esposo y en Adro. Si todo eso era una actuación, era muy buena.

—¿Se les está pagando a las Alas por el servicio que prestan a Adro?

—Recibirán una porción de las tierras confiscadas a la nobleza —respondió ella.

—¿Y si Kez ofrece un pago mayor que el que puede otorgarles Adro?

Lady Winceslav se irguió.

—Las Alas de Adom nunca han cambiado de bando después de aceptar un contrato. Me ofende que sugiráis que lo haríamos.

—Mis disculpas —dijo Adamat—. ¿Teníais algún otro motivo para estar de acuerdo con el golpe?

Lady Winceslav recuperó la compostura.

—Yo estaba de acuerdo con la opinión de Tamas sobre la monarquía. Es una institución antigua y corrupta.

—Vos misma sois un miembro prominente de la nobleza.

Lady Winceslav extrajo de la manga un abanico de bolsillo bordado y lo abrió con un golpe de muñeca. Comenzó a abanicarse.

—A pesar de las apariencias, yo no nací en esta posición social, tampoco mi esposo. Henri era mercenario en Gurla, y yo era la hija menor de un mercader. Después de que Henri hiciera su primera fortuna con la manufactura textil, fundó las Alas de Adom y le compró un ducado a un anciano enfermo que no tenía esposa ni hijos.

Adamat se quedó perplejo.

—¿El duque Winceslav no era su padre?

Ella leyó su expresión y emitió una pequeña risa.

—Por Kresimir, no. No es algo sabido, por supuesto. De hecho, pocas personas fuera de esta habitación lo saben. Tamas es una de ellas. Os lo digo a vos solo con la esperanza de que me borréis de vuestra lista de sospechosos. Tamas y yo somos espíritus afines. Nunca mandaría matarlo.

Adamat posó la vista sobre los cuatro comandantes mercenarios. Ellos le devolvieron la mirada sin pestañear, severos como halcones.

—¿Le hablasteis a alguien, incluso a vuestros confidentes más cercanos, acerca de las reuniones de la junta?

—No —respondió lady Winceslav elevando la barbilla—. Tamas lo prohibía. Ni siquiera lo sabían mis comandantes de brigada. —Les echó una mirada—. Para su disgusto.

Adamat le hizo algunas preguntas básicas más, luego se reclinó en el asiento y cruzó las manos sobre el regazo. Se esforzó por ocultar una mueca. Nada. Winceslav era una dama hasta la médula. Era cordial y encantadora, y sostenía sus cartas bien cerca del pecho. Esa parte sobre su esposo comprando el ducado… Adamat estaba seguro de que cualquier enemigo que hubiera podido usar esa información contra ella había sido guillotinado el mes anterior.

—Gracias por ser tan franca —dijo Adamat, teniendo la precaución de introducir la cantidad apropiada de sinceridad en su tono—. Realmente os lo agradezco. —Se volvió hacia el mayordomo, que acababa de entrar en la habitación—. ¿Está reunido el personal de la mansión?

El anciano asintió levemente con la cabeza.

Adamat se puso de pie al mismo tiempo que lady Winceslav. Los comandantes de brigada hicieron lo propio. Adamat tomó la mano que le tendía ella y la tocó con la frente.

—Terminaré con vuestro personal de servicio lo más rápido que pueda.

—Mi personal y mi mansión estarán a vuestra disposición durante todo el día, inspector —respondió ella.

—Una última cosa, mi señora. —Adamat se detuvo en la puerta—. ¿Tenéis motivos para sospechar de alguno de los otros miembros de la junta?

Lady Winceslav se detuvo un momento a medio levantarse. Volvió a tomar asiento.

—Ninguno que me venga a la mente de inmediato. Charlemund es un hombre de Kresimir. Nunca sospecharía del vicerrector; Prime es un viejo amigo de la familia, un académico. Quien debería figurar el primero en vuestra lista es el Propietario. Es un criminal, después de todo, a pesar de sus contactos. Ha llegado a mis oídos que Ondraus y Tamas llevan semanas discutiendo por los libros de registro de la ciudad, pero estoy segura de que no es más que eso. —Frunció el ceño —. Sí he oído decir que Ricard Tumblar envió una delegación de su sindicato a Kez justo después del golpe. Al parecer, quiere abrir una sucursal allí.

Lady Winceslav se puso de pie y le deseó un buen día. Los comandantes de brigada salieron en fila detrás de ella y lo dejaron solo con el mayordomo.

Adamat entrevistó al personal de la casa y a los jardineros durante varias horas, luego salió al jardín y comenzó a pasear por el recinto. SouSmith se reunió con él; parecía estar a punto de reventar por el pecho de su nuevo atuendo.

—¿Y bien? —preguntó SouSmith.

—Es una vieja zorra, es muy inteligente —dijo Adamat—. A pesar

de lo que quieren que pensemos sus comandantes de brigada. —Miró por encima del hombro. Barat y Abrax habían salido por una puerta lateral después de que él saliera de la casa. No hicieron ningún esfuerzo por ocultar que los estaban siguiendo. Adamat vio un pabellón algo apartado y giró en esa dirección para ver hasta qué punto estaban dispuestos a seguirlos los mercenarios—. Los comandantes de brigada son muy protectores con ella. Yo creo que es más probable que uno de *ellos* haya traicionado a Tamas, aunque ella sostiene que ninguno sabía la ubicación de las reuniones. Por supuesto, eso no descarta que la hayan espiado a ella, o que… —Reflexionó un momento sobre lo que había pensado antes de decirlo en voz alta—. O que quizás ella hable en sueños

SouSmith le echó una mirada.

—No puedo descartar la idea —dijo Adamat—, por muy inapropiada que sea, de que lady Winceslav duerme con uno o más de sus comandantes de brigada. No la veo como alguien que se acuesta con otras mujeres, así que eso dejaría fuera a Abrax. Sabastenien y Barat son ambos jóvenes y atractivos, mientras que Ryze tiene un aspecto entrecano particular que resulta atractivo a las mujeres de todas las edades.

Siguieron un viejo sendero que se curvaba hacia los establos y cruzaba un bosque espeso, por lo que quedaba oculto de la mansión. Los dos comandantes de brigada permanecieron a una buena distancia detrás de ellos.

—Ni siquiera un miembro del personal ha visto nada sospechoso en estos dos últimos meses. Recuerdan que Tamas estuvo de visita varias veces durante el último año, pero ni una vez después del golpe. No han venido desconocidos por aquí, nadie que sugiriera la presencia de un agente de Kez. —Adamat meneó la cabeza—. Lady Winceslav comenzará ocupando un puesto muy bajo en mi lista de sospechosos. Pero sí me ha molestado una cosa. Ha mencionado que Ricard Tumblar envió una delegación al rey Ipille. No había oído eso de ninguna otra fuente. Me hace preguntarme… —Golpeteó el suelo con el bastón—. Aquí terminamos.

Llegaron al carruaje que los esperaba unos diez metros por delante de Abrax y Barat. Adamat se volvió y se apoyó en la puerta del carruaje para esperarlos. Ellos se acercaron sin dudar.

La comandante Abrax habló. Su tono era distante, frío, como si estuviera pensando en una batalla lejana y apenas tuviera tiempo, o interés, que dedicarle a Adamat.

—Espero que vuestra investigación haya concluido en lo que se refiere a nuestra ama, investigador.

—Mi investigación sigue en curso —respondió Adamat—. Me aseguraré de informar a lady Winceslav si vuelvo a necesitarla.

—*No volveréis* a molestarla —dijo Barat.

Abrax le echó una mirada ilegible, y él se quedó en silencio.

Adamat fingió ignorar a Barat y fijó la vista en Abrax. En su interior, estudió al joven comandante. ¿Por qué era tan protector? Mostraba el afecto como de un hijo hacia la viuda, o quizás era algo más profundo.

—Estoy llevando a cabo una investigación. No soy un vendedor hostigando a vuestra señora sin motivo. Ahora bien —dijo abriendo la puerta del carruaje—, tengo otros sospechosos a los que *molestar* .

Cuando la puerta del carruaje se cerró, Barat avanzó y apoyó la mano en el marco de la ventana.

—No se juega con los comandantes de brigada de las Alas de Adom, inspector. No forcéis los límites de vuestra autoridad.

Con el extremo de su bastón, Adamat apartó de la ventana los dedos del muchacho.

—No juguéis con mi paciencia, joven. He lidiado con individuos peores que vos.

Adamat dio dos golpes contra el techo y el carruaje comenzó a moverse. Aquel sujeto sería un problema tarde o temprano.

—Bo dice que me has envuelto en hechicería protectora.

Taniel comenzó a caminar junto a Ka-poel. Ella le lanzó una mirada de soslayo, sus ojos verdes eran ilegibles. Lo había evitado mientras bajaban de la montaña, caminando muy por detrás de ellos o bien muy por delante. Podría haber sido coincidencia que ella estuviera cargada hasta las orejas, imposibilitada de comunicarse, cada vez que se encontraban cerca. Supuso que no. Ka-poel sabía que él quería hacerle algunas preguntas.

Otra larga mirada. Seguían avanzando con dificultad; las botas de nieve hacían que la caminata fuera lenta e incómoda, pero los salvaban de hundir los pies en la blanda capa intermedia y tener que avanzar vadeándola.

—Gracias —le dijo Taniel.

Su siguiente mirada fue de sorpresa. Él reprimió una sonrisa.

—Me ha dicho que eres muy poderosa.

Ella se detuvo un momento y se volvió hacia él.

—No sé qué he hecho para merecer tu protección.

Ka-poel extendió una mano descubierta y le tocó el rostro.

Taniel tuvo una visión de Ka-poel llorando al fondo de una choza llena de lodo, desnuda y aterrorizada. La habían cegado con alguna hierba para evitar que intentara escapar y, sin poder ver, agitó un palo puntiagudo cuando Taniel entró en la choza, en el intento de matar a alguno de sus captores. Pero reconoció su voz, y él logró calmarla. Recordó los cortes que tenía la pequeña en el estómago y en los

muslos, y la sangre que le manchaba el rostro.

La visión lo dejó jadeando. Trató de mantenerse en pie; sintió flojas las rodillas. ¿Había sido obra de Ka-poel? La visión había sido desde su propio punto de vista. ¿Cómo había podido ella…? Meneó la cabeza. Ya había dejado de intentar adivinar qué era lo que la chica podía hacer y qué no.

Llegaron a un borde del sendero desde donde se veía la Guardia de la Montaña. Bo iba algunos metros por delante, y cuando Taniel lo oyó lanzar una exclamación ahogada, se apresuró por llegar junto a él.

Parecía que el mundo se extendía ante a ellos en su totalidad. Allí abajo, no muy lejos de donde estaban, la Fortaleza de la Corona descansaba sobre el risco montañoso que separaba a Kez de Adro, como un tapón en el centro de una presa. Debajo, minúsculos desde esa altura, Taniel vio hombres.

Llenaban la cuenca que estaba justo debajo de la Fortaleza, del lado de Kez. Había un mar de tiendas de campaña, y caminos que parecían serpientes y que llevaban al centro de Kez, cada uno de ellos moviéndose como hileras de hormigas.

—Un ejército —dijo Bo en voz baja.

—Todo el condenado Gran Ejército. —Taniel aspiró un poco de pólvora negra.

Gavril gruñó.

—O casi todo.

—¿De dónde demonios han salido? —preguntó Taniel—. Hemos estado en la montaña, ¿cuánto?, ¿seis días?

—Siete —respondió Gavril.

—No estaban ahí cuando salimos —dijo Taniel.

Gavril se encogió de hombros.

—Yo estaba demasiado borracho para notarlo.

—No estaban —dijo Taniel con certeza—. Se ha declarado la guerra… —hizo la cuenta mentalmente— hace menos de tres semanas. ¿Cómo han hecho para reunir la totalidad del ejército en ese tiempo? ¿Y por qué están aquí, cuando el Camino de Surkov es un blanco mucho más sencillo?

Taniel notó que estaban todos mirando a Bo.

—Julene —dijo Bo sorbiéndose la nariz.

—No —dijo Taniel—. No hay forma de que ella supiera nada del ejército. Ha estado conmigo durante cinco semanas.

—No es *su* ejército —dijo Bo—, pero estoy dispuesto a apostar que ella le dará uso.

—¿Cómo?

—Planes dentro de los planes —dijo Bo. Evitó la mirada de Taniel —. En cierta ocasión se le escapó el comentario de que es muy conocida en la corte de Kez.

—No vamos a encontrar su cuerpo, ¿verdad?

Bo meneó la cabeza.

—De todas maneras, cayó del lado de Kez.

—Entonces, ¿ahora qué?

Gavril respiró hondo.

—Vamos a nuestros puestos de la Guardia de la Montaña. Hacemos lo que la Guardia de la Montaña ha venido haciendo durante mil años. —Se irguió—. Defendemos Adro.

Llegaron a la fortaleza a primera hora de la tarde. Un pequeño grupo de personas los esperaban en la puerta noreste. Por el camino iban subiendo tres mujeres, que se acercaban a toda prisa. Taniel no necesitó adivinar quiénes eran.

Los Privilegiados eran un imán para el sexo opuesto. La mayoría sostenía que era a causa de su porte y de su poder. Era sabido que sus constantes interacciones con el Otro Lado les causaban un apetito sexual increíble, por lo que eran pocos los Privilegiados que no tenían un harén, particularmente entre los hombres. Bo no era la excepción.

Bo apartó a las mujeres y sus preguntas con un movimiento brusco de la mano, y se dirigió en cambio hasta Fesnik y otro guardia llamado Mozes, que se lo llevaron sin decir palabra. Ka-poel desapareció en algún momento, y Taniel se quedó solo con Gavril.

—Quiero echar un vistazo mejor a ese ejército —dijo Gavril.

Taniel lo acompañó a recorrer el bastión. Él también necesitaría observar el ejército para poder informar a Tamas.

Había trabajadores por todos lados. Taniel no se había imaginado que cabía tanta gente en el bastión de la Guardia de la Montaña, y se preguntó si se habrían enviado refuerzos desde Adopest. Había guardias moviéndose con frenesí, la mayoría portando mosquetes o fusiles. A pesar de las prisas, nadie parecía estar *haciendo* nada. La Guardia estaba en su mejor forma y había hecho sus preparativos. Ahora esperaba el ataque.

El muro sur de la fortaleza era un antiguo baluarte, diseñado con la forma de la montaña en mente. La existencia del fuego de artillería significaba que la aldea podía ser bombardeada con facilidad con municiones en caída vertical, sin que el muro en sí sufriera mayores daños. Las puntas del baluarte estaban llenas de emplazamientos de artillería, tantos como podían meterse en ese espacio. Estaban repletas.

Taniel y Gavril fueron al extremo del baluarte. Desde allí se veía toda la cara de la montaña, y Taniel no pudo evitar preguntarse cuán suicidas debían ser las tropas keseñas para intentar tomar la Guardia de la Montaña. Había kilómetros de altibajos y de curvas y contracurvas visibles desde los emplazamientos de artillería, y solo una forma de ascender por terreno llano: subir por el camino. En

cualquier otro lado, tendrían que escalar la cara de la montaña y luego el muro, todo eso mientras los acribillaban desde arriba.

Taniel sostuvo en alto el pulgar, tratando de calcular las distancias.

—Hay un pueblo a mitad de la montaña —dijo Gavril—. Se llama Mopenhague. Allí han establecido la avanzada.

—¿A cuánto queda?

—¿En línea recta? A unos cinco kilómetros. Justo fuera del alcance de la artillería.

—No es muy lejos para mí. —Taniel perforaría algunas cabezas cuando comenzara la lucha, y los keseños tendrían que mover la avanzada un kilómetro más atrás.

—¡Por los dedos de Novi! —Gavril observaba el camino con el ceño fruncido—. Esos idiotas. —Agarró del hombro a un guardia joven y señaló por la pendiente—. ¿Quién les permite acercarse tanto? Están a tiro de mosquete, sin problema. ¡Casi están llegando a nuestras fortificaciones!

El muchacho se encogió de hombros.

—Lo siento. Solo han estado subiendo. Nadie ha dado órdenes de disparar. Enviamos un mensajero a Adopest cuando llegó el ejército, pero aún no hemos recibido noticias.

Taniel buscó por la pendiente el punto que había señalado Gavril. Había una delgada hilera de hombres subiendo y bajando por los altibajos. Llevaban uniformes color arena con ribetes verdes. Infantería keseña. Portaban leña y herramientas, y subían justo por debajo de las fortificaciones. Los soldados apostados allí solo se limitaban a observarlos trabajar.

—Por el abismo —dijo Gavril. Salió echando pestes por la puerta y fue por el camino. Taniel tomó su fusil y un cuerno de pólvora y lo siguió.

Las fortificaciones eran una serie de seis construcciones pequeñas; sobresalían de cada esquina de las primeras curvas que describía el camino al descender por la montaña. Estaban equipadas con un arma fija cada una, con suficientes hombres para operarla y algunos soldados con fusil. Habían quitado la nieve hacía poco y habían llevado las armas grandes de la fortaleza. Taniel supuso que esas fortificaciones no se habían utilizado durante al menos cien años.

Taniel y Gavril bajaron hasta la última fortificación, sobre la ladera de la montaña.

—¿Quién es el cabo de esta fortificación? —preguntó Gavril.

Un hombre levantó la mano. Era un regular del ejército, con el uniforme azul de las fuerzas de Tamas, enviado desde Adopest para reforzar la Guardia de la Montaña. Miró a Gavril con escepticismo.

—Yo. ¿Quién sois vos?

—Un guardia —respondió Gavril—. ¿Por qué estáis permitiendo

que los keseños instalen puestos de artillería y… —echó una mirada por encima de la pared— caven túneles para zapadores?

Taniel frunció el ceño. ¿Para qué necesitaba Kez esos túneles? Estaban demasiado lejos para afectar el bastión, y las fortificaciones podían ser tomadas con suficientes hombres; en efecto, esa era la estrategia elegida por la mayoría de los generales. Solo se trataba de un punto estratégico desde donde disparar. Apenas el enemigo hubiera rebasado la curva que tenían debajo, los hombres retrocederían a la fortaleza.

—No tengo por qué tolerar que me tratéis así —dijo el cabo interrumpiendo la reprimenda de Gavril—. Puede que yo no sea miembro de la Guardia de la Montaña, pero aun así tengo más rango que vos… seáis quien seáis.

Taniel no estaba seguro de qué rango tenía Gavril. La Guardia de la Montaña tenía su propio sistema. Taniel se señaló el broche de barril de pólvora.

—Y yo tengo más rango que vos. Hacedle caso —le dijo.

El cabo le hizo una mueca a Gavril, a pesar de que este le sacaba dos cabezas y pesaba el doble.

—¿Y bien? ¿Qué se supone que debemos hacer? —preguntó el cabo.

Taniel oía el rechinar de los dientes del enorme montañero.

—¿Tu fusil está cargado? —le preguntó Gavril.

Taniel le entregó el fusil. Gavril le echó un vistazo y pasó el dedo por el cañón con un silbido de admiración.

—Esto —dijo.

Se asomó por fuera del baluarte y disparó. Un zapador que se encontraba a no más de cuarenta metros cayó abatido. Los trabajadores keseños corrieron a ponerse a cubierto.

Gavril le devolvió el fusil a Taniel.

—Ya ha comenzado la guerra —le dijo al cabo—. Barred a tiros a esos cabrones hasta que estén todos corriendo de terror o envíen Privilegiados a abofetearos.

El cabo miró a Taniel buscando la afirmación.

—Adelante —dijo Taniel.

Taniel caminó junto a Gavril mientras volvían a la fortaleza. Detrás de ellos comenzaron a oírse los disparos intermitentes de los mosquetes, seguidos por los gritos de los soldados keseños.

—¿Un Privilegiado no eliminará esas fortificaciones sin pensarlo dos veces? —preguntó Taniel.

La artillería ligera seguía sonando detrás de ellos.

—¡Comenzad a disparar! —le gritó Gavril a la siguiente fortificación—. ¡A cualquiera que se ponga a tiro! —A Taniel le dijo—: Toda la ladera de esta montaña tiene guardas. Cada ladrillo de las

fortificaciones y del bastión fue bañado en hechicería protectora cuando se construyó todo esto.

—Eso fue hace cientos de años —dijo Taniel, mirando atrás con cierta vacilación. La camarilla real keseña llegaría pronto, no le cabía duda. Se preguntó cuánto tiempo podría contenerlos Bo. No mucho. Él era un solo Privilegiado.

—En ese entonces tenían cosas más poderosas —dijo Gavril—. Dicen que el poder de los Privilegiados ha ido disminuyendo con los siglos desde que apareció la pólvora. Antes eran capaces de elaborar guardas que duraban mil años. Ahora no es frecuente que una guarda perdure tras la muerte del Privilegiado.

Gavril parecía saber mucho de hechiceros y demás. Taniel lo estudió unos momentos. Apenas se parecía al borracho que lo había guiado a él montaña arriba hacía solo una semana.

Mozes, Bo y Fesnik los esperaban en el bastión cuando llegaron a la fortaleza.

—Veo que has comenzado las hostilidades —dijo Bo. Sostenía un paño sobre la nariz y la boca. Taniel olió el aire. Ya había nubes de pólvora negra sobrevolando hacia ellos. Pronto se pondría mucho peor. Bo no iba a pasarlo muy bien cuando comenzara a disparar la artillería.

—Alguien tenía que hacerlo —dijo Gavril. Algunos guardias se habían acercado al oír los disparos y ahora observaban a los zapadores retroceder por el camino de la montaña—. Eh, vosotros —le dijo Gavril a un grupo que estaba cerca—. Preparad las baterías. Dadles algo de apoyo. No nos faltan municiones. No quiero que esos zapadores lleguen a meterse en la montaña.

Bo y Mozes intercambiaron una mirada prolongada.

—¿Tú tomas el mando entonces? —dijo Mozes.

—Abismos, no —dijo Gavril—. Solo estoy preparando a los muchachos para Jaro. ¿Dónde está?

Mozes meneó la cabeza.

—Algo le ha pasado. Está mucho más enfermo que lo que nos imaginábamos. Apenas puede moverse. El médico dice que quizá no pase de esta noche.

Los ojos de Gavril se entristecieron por un momento, y luego la tristeza se ocultó detrás de una máscara de piedra.

—Así sea. —Giró sobre un pie y marchó por los baluartes—. ¡Vosotros! Traed esas bolas. ¡Más barriles de pólvora! —Se alejó dando órdenes y agitando sus enormes puños en el aire.

—Espera un momento —dijo Taniel. Jaro debía de ser el líder de la Guardia—. ¿*Él* es el segundo al mando?

—Antes era el líder, hasta que comenzó a beber —dijo Bo. Mozes se había ido detrás de Gavril y Fesnik fue a buscar un fusil.

—Sí, es un guía competente, pero… *¿él* ?

—Sí. Él. —Bo meneó la cabeza—. Él, eh… mira, no me corresponde decírtelo. Gavril es el indicado, no te preocupes. Ah —agregó, mirando por encima del baluarte—. Veo que están preparándose para contraatacar.

Una compañía de hombres había partido de Mopenhague. Otra compañía estaba formándose detrás, y luego otra. Parecía que intentarían comenzar cargando directamente por el camino. Los alcanzaría el anochecer antes de que estuvieran a una distancia suficiente para intentarlo. Pero la guerra había comenzado.

—¡Siguiente! —dijo un hombre.

Nila avanzó hasta la cabecera de la fila. Estaba en el primer peldaño de la Casa de los Nobles, en el nuevo cuartel general del ejército adrano. Detrás de ella, en algún lugar, las guillotinas que habían ejecutado a la nobleza hacía mucho que ya no estaban, pero sí seguían allí las manchas de la sangre que habían vertido. El sol le caía a plomo en los hombros y el viento le despeinaba los rizos castaños. Se alisó el cabello contra la cabeza. Con su nuevo vestido, parecía cien veces más rica que cualquier otra persona de la fila de desempleados.

El hombre sentado a la mesa la miró de arriba abajo.

—Tú no pareces necesitar trabajo —dijo—. Llevaba el uniforme azul del ejército adrano, con el emblema de personal de intendencia en el pecho, debajo de tres tiras de servicio.

—Soy lavandera —dijo Nila con la cabeza en alto—. Mantengo mi ropa prístina.

—Lavandera, ¿eh? Dole, ¿los Nobles Guerreros del Trabajo necesitan alguna lavandera?

Un hombre sentado en la mesa contigua miró a Nila.

—No —dijo—. El jefe dice que ya tenemos demasiadas.

Nila se acomodó la falda.

—He oído decir que el ejército está buscando lavanderas.

—Muchacha, una joven con tu aspecto no debería incorporarse al ejército. —El hombre de intendencia se reclinó hacia atrás—. Es una mala idea.

—Tengo entendido que pagan bien. Que proveen una tienda de campaña y todo. Podría ganar diez veces lo que gana un soldado.

—Eso es cierto —dijo el hombre—. Pero yo no me jactaría de eso si fuera tú. Pagamos mejor que el sindicato a alguien que tenga habilidad. ¿Estás segura?

—Necesito el dinero —dijo Nila. Señaló con la cabeza hacia el lugar donde habían estado las guillotinas—. Mi último empleador terminó perdiendo la cabeza, y nadie paga igual de bien.

—Hoy en día se oye mucho esa historia —respondió el hombre—.

No serás una de esos realistas, ¿no?

Nila se inclinó hacia delante y habló en voz baja.

—Mi señor me llevó a la cama dos veces por día desde que cumplí once años —dijo inyectando en su voz todo el veneno que pudo—. Escupí sobre su cabeza cuando cayó.

—Ya veo. —El hombre de intendencia masticó el extremo de su lápiz—. Tienes pasión. Algo me dice que puedes valerte por tu cuenta. Aun así, te pondré a trabajar para los oficiales. Es más seguro con ellos. En general. ¿Sabes coser? Creo que el mariscal de campo necesita una costurera.

—Eso sería perfecto —dijo Nila, esbozando su primera sonrisa real en varias semanas.

Capítulo 21

A Tamas lo despertó el sonido de sus propios jadeos. Se irguió apoyado en los codos, luchando por respirar. Se sentía como si tuviera una gran piedra sobre el pecho. Apartó las mantas que le envolvían los pies y se sentó, inclinado sobre el borde de la cama.

Últimamente dormía en su despacho, situado en la última planta de la Casa de los Nobles. Había dejado de lado los gruesos cojines del sofá real y había optado por un catre de soldado, sencillo pero cómodo, ubicado en un rincón. El catre, hecho de lona resistente, estaba empapado con su sudor, al igual que las sábanas y su cabello. Se rodeó el cuerpo con los brazos, temblando de pronto por el sudor que comenzaba a enfriársele. El reloj, visible a la luz de la luna, marcaba las tres y media.

Sus sueños le volvieron a la mente, como recuerdos de antaño, fragmentados y borrosos. Le temblaron las manos cuando pensó en ellos, y no por el frío. Había muerte en sus sueños; de soldados que había tratado toda la vida, de amigos y conocidos, incluso de enemigos. Todas las personas que había conocido en su vida. Estaban de pie en el borde del Pico del Sur y uno por uno saltaban a una caldera de fuego. Taniel también estaba allí, aunque su destino le era incierto. Se estremeció. ¿Dónde estaba Vlora en esos sueños? Había visto a Sabon saltar al volcán, pero ¿dónde estaba Olem?

Respiró hondo, tembloroso. Fue a la ventana del balcón y se quedó allí de pie un momento, observando la luna llena. El cielo nocturno estaba vacío, salvo por una cinta de nube que formaba un círculo perfecto alrededor de la luna. El ojo de Dios. Tamas comenzó a temblar de nuevo, con violencia, los temblores se convirtieron en estremecimientos. Se apoyó con ambas manos contra la pared hasta que se le pasó.

Oyó un gemido familiar y miró hacia abajo.

—Hrusch —le dijo al perro—. Estoy bien. ¿Dónde está Pitlau... —Se interrumpió, y el nombre desapareció bajo una tos involuntaria—.

Cierto. Disculpa, muchacho. —Se inclinó y le ofreció la mano al perro —. Pronto te llevaré de caza. Te servirá para distraerte un poco.

Tamas buscó sus pantuflas y se pasó los dedos por el cabello. Se puso la bata y abrió la puerta que daba al corredor parpadeando por la luz. Olem se removió en una silla que había junto a la puerta. Vlora dormía en una silla ubicada frente a él, apoyada en su fusil y roncando suavemente. Más lejos, por el corredor, había otros dos guardias debajo de la lámpara. Sus comandantes habían duplicado las patrullas después del intento de asesinato del Guardián.

—Señor —dijo Olem. Apagó un cigarro en el apoyabrazos de la silla.

—¿Tú no duermes?

—No, señor. Por eso me contratasteis.

—Era una broma, Olem.

—Ya lo he imaginado.

—¿Todo tranquilo? —preguntó Tamas.

—Mucho, señor. Ni un solo ruido por aquí. —Olem hablaba en voz baja, con un tono suave.

Tamas señaló a Vlora con la cabeza.

—¿Qué está haciendo ella aquí?

—Está preocupada por vos, señor. —Tamas suspiró—. ¿Estáis bien, señor?

Tamas asintió con la cabeza.

—Pesadillas.

—Mi abuelita decía que las pesadillas son malos presagios —dijo Olem.

Tamas le echó al soldado una mirada feroz.

—Gracias, con eso ya me siento mucho mejor. Voy a buscar algo de comer. —Se fue arrastrando los pies por el pasillo.

Olem le dio un poco de espacio y lo siguió a unos siete u ocho metros durante todo el trayecto. Los seis pisos que había que bajar para llegar a la cocina parecían mucho más largos con los corredores a oscuras. Tamas tuvo que admitir que era un alivio tener a Olem cuando la imaginación le jugaba bromas con las sombras, que en la oscuridad parecían estirarse hacia él. Se sobresaltó una vez, creyendo haber visto la figura en cuclillas de un Guardián esperando detrás de una esquina. Una inspección más cuidadosa reveló que se trataba de una cocina de carbón.

Esperaba encontrar algunas sobras de la noche anterior y regresar a su habitación a los pocos minutos, pero, cuando se acercó a la cocina, vio el tenue resplandor de los hornos y percibió un aroma a pan recién hecho. Se le hizo agua la boca, una señal de que Mihali estaba cocinando en las inmediaciones. Entró en el salón y se detuvo ante una escena inesperada.

Frente a uno de los fogones había dos mujeres. Estaban trabajando ante una sartén enorme, del tamaño de una rueda de carreta, rompiendo huevos y arrojando las cáscaras a un lado. Mihali estaba de pie detrás de ellas; *justo* detrás, con el cuerpo apretado contra el cuerpo de ellas, con un brazo alrededor de cada una y las manos moviéndose con destreza por encima de la sartén. Agregó una pizca de sal y bajó una mano, lo que provocó una risita de sorpresa. Esa misma mano volvió a aparecer cogiendo un cuchillo y un pimiento verde entero, y con destreza lo cortó en rodajas y lo arrojó en la sartén.

Tamas carraspeó. Las dos muchachas se sobresaltaron y abrieron mucho los ojos al verlo. Mihali dio un paso hacia atrás, moviéndose con facilidad a pesar de su tamaño, y sonrió.

—¡Mariscal! —dijo. Se limpió las manos en el delantal y dio una palmadita en la mejilla a cada muchacha, luego se dirigió hacia Tamas—. Parece que no habéis tenido buena noche.

—Parece que tú sí —dijo Tamas—. Ahora lo he visto todo: seducción a base de tortilla.

Era difícil verlo con tan poca luz, pero Mihali pareció ruborizarse.

—Son solo lecciones matutinas, mariscal —dijo—. Bellony y Tasha son mis alumnas más prometedoras. Se merecen un poco más de atención.

—¿Alumnas? —preguntó Tamas—. Pensaba que eran ayudantes.

—Cada ayudante es una alumna. Si no aprenden, ¿de qué sirven? Cada maestro debe estar preparado para que lo superen, como sucedió con mi padre antes de mí. Alguien creará platos más maravillosos que los míos algún día. Quizá sea una de ellas dos.

—Tengo mis dudas sobre eso —dijo Tamas. Echó una mirada a las dos mujeres. Una era algo mayor, como de treinta y tantos; tenía un rostro atractivo y el cuerpo redondeado en todos los lugares correctos. La otra era joven y un poco regordeta, con hoyuelos en las mejillas. Observaban a Mihali más que a la sartén, con expresiones que Tamas solo veía en dos tipos de personas: jóvenes amantes y aduladores religiosos. Tamas se preguntó cuáles serían ellas.

—¿No estáis durmiendo bien? —preguntó Mihali.

Tamas se encogió de hombros.

—Tengo pesadillas.

—Malos presagios, mejor dicho.

Desde la puerta le llegó la voz suave de Olem.

—Yo se lo he dicho.

Mihali miró a Tamas con ojo crítico.

—Leche caliente.

—Eso nunca me ha funcionado —dijo Tamas—. ¿Tú duermes en algún momento? Son las tres de la mañana.

—Las cuatro menos cuarto —replicó Mihali, aunque no había

relojes en la cocina—. Desde que era pequeño nunca he necesitado dormir mucho. Papá me decía que era por mi parte divina.

—¿Tu padre te creía? —preguntó Tamas—. No es mi intención ser grosero. Dijiste que él te había recomendado mantener en secreto eso de ser la encarnación de Adom.

—No me ofendo. —Mihali se acercó a una mesa vacía y comenzó a extraer de los bolsillos del delantal numerosos tarros de arcilla con especias. No tenían etiqueta, pero los colocó sobre la mesa en un orden muy específico—. Él me creía. Solo que sabía los problemas que me acarrearía que se volviera de conocimiento público.

—¿Y ahora? —dijo Tamas—. Me lo has revelado a mí, y creo que están corriendo rumores sobre lo que afirmas. —Echó una mirada hacia las dos mujeres. ¿Qué era?, ¿adoración religiosa o amor? ¿O ambas cosas, quizá? Aún miraban a Mihali, hasta que una de ellas reparó en que la tortilla estaba humeando y se volvió con un grito de consternación.

Una sonrisa apareció en los labios de Mihali. Cogió un mortero y comenzó a triturar hierbas.

—¿Lo que afirmo? Vos no me creéis, ¿verdad?

—Yo… no lo sé —dijo Tamas—. Es mucho que asimilar. He visto lo que haces con la comida, cómo haces que aparezca. Nunca había oído hablar de semejante hechicería. Y he visto el resplandor del Don en torno a ti.

Mihali pareció quedarse perplejo al oír eso.

—¿Os habéis dado cuenta?

—Sí, bueno, lo hiciste delante de Olem y de mí.

—Ah. Se supone que nadie debe darse cuenta. Usualmente presto más atención. Cuando era pequeño, papá me decía que lo ocultara. Según él, la camarilla real o la Iglesia vendrían a por mí si se enteraban.

Tamas observó el rostro de Mihali para ver si detectaba alguna señal de que mentía. Mihali estaba concentrado en su trabajo. Combinó hierbas hasta que quedó satisfecho con el resultado. Extrajo un polvo oscuro y se lo agregó a la mezcla.

—Tasha —dijo—. Pon a calentar un poco de leche de cabra, por favor.

—Pensaba que lo hacías a propósito —dijo Tamas lentamente—. Quizá para convencernos de tu… divinidad.

Mihali sonrió con timidez.

—Nunca he sido un dios ostentoso —dijo—. Eso se lo dejo a Kresimir.

—También has estado sirviendo platos muy atípicos en Adro —dijo Tamas—. No tenemos anguilas en el mar Ad, por ejemplo. Usas especias caras como si solo fueran harina o agua. Yo presté servicio en

Gurla durante un tiempo. Sé cuánto pueden costar esas cosas, y sé que Ondraus no aprueba ese tipo de gastos para la comida. ¿Es ese tu Don? ¿Hacer aparecer comida de la nada?

Mihali se rascó el bigote.

—Sí, he sido demasiado obvio, ¿no? ¿Debería ocultarme?

—Quizá —dijo Tamas. Mihali tenía el Don, sin duda. Quizás algún día necesitara de sus poderes.. ¿Le convenía seguirle el juego a aquel cocinero demente?—. Guarda silencio. Como precaución.

—¿Me permitís preguntaros qué habéis soñado?

—Lo recordaba cuando me desperté —dijo Tamas—. Pero ahora lo estoy olvidando. Creo que todos los que conocía… Bueno, no todos, pero la mayoría de las personas que conocía estaban de pie en el borde del Pico del Sur, y que saltaban al interior de la montaña. Mi hijo estaba allí, pero no sé qué sucedía con él, y… —Se detuvo, le estaba volviendo un recuerdo—. Había alguien más. Alguien a quien nunca había visto. Tenía los ojos como de fuego, el cabello de oropel. Nos instaba a todos a que saltáramos y sostenía un cuchillo contra el cuello de Taniel.

—¿Permitís que os diga una cosa? —dijo Mihali con suavidad.

Tamas se acercó para oírlo mejor.

—Claro que sí.

Mihali cogió una taza de una de las mujeres.

—Gracias, Tasha —le dijo—. He estado escuchando a la ciudad. —Añadió su mezcla de hierbas a la leche caliente y la removió con uno de sus enormes dedos. Se la pasó a Tamas. Casi distraídamente, Tamas tomó un sorbo. Abrió mucho los ojos. Había tomado chocolate fatrasto una o dos veces. Era demasiado amargo. Aquel tenía un gusto similar, pero era más dulce y tenía un marcado picor de pimienta. Las especias le causaban escozor en la lengua y las hierbas se lo aliviaban. La mezcla le bajó por la garganta como el mejor de los aguardientes. Inclinó la taza y se bebió hasta la última gota. Mihali continuó—: Hay peligro y traición por todos lados. Adopest es una caldera hirviendo, y debe bajarse la temperatura o se desbordará. Antes de que venga Kremisir. Creo… Creo que necesito preparar una bienvenida para mi hermano. Buenas noches, mariscal. —Tamas bajó la mirada y vio que Mihali le quitaba la taza de la mano. Oyó que decía, como a lo lejos—: Tendrás que llevarlo en brazos hasta su cama. Ahora no debería tener problemas para dormir.

—¡Adamat, viejo amigo!

Ricard Tumblar se encontraba en la puerta de un pequeño despacho con los brazos abiertos. Los años lo habían cambiado desde la última vez que Adamat lo vio. Su abundante y rizada cabellera castaña había retrocedido hasta la mitad del cuero cabelludo y estaba salpicada de

mechones grises. Llevaba la barba larga, al estilo de los colonos fatrastos. Su lujoso traje de piel de camello estaba arrugado como si no se lo hubiera quitado para dormir, y tenía el pañuelo torcido. Adamat abrazó a su viejo amigo.

—Me alegra verte, Ricard —le dijo.

Ricard sonrió de oreja a oreja. Agarró a Adamat de los hombros y le miró el rostro como a un hermano perdido.

—¿Cómo te ha ido?

—Bien, dentro de todo. ¿Y a ti?

—No me puedo quejar para nada. Siéntate, por favor. —Hizo entrar a Adamat en el despacho. Era un desorden generalizado de libros, botellas de aguardiente medio vacías y platos sucios. Ricard apartó una pila de periódicos de una silla y rodeó su escritorio. Abrió una ventana con un gruñido—. ¡Coel! —gritó por la ventana—. Coel, trae vino. ¡Una botella del Pinny! Dos copas… no, mejor que sean dos botellas.

Cerró la ventana detrás de él, pero antes de que lo hiciera, la habitación se llenó con el olor a pescado y agua salada del mar Ad. Ricard arrugó la nariz, extrajo una cerilla del bolsillo del pecho y encendió lo que quedaba de un sahumerio de incienso que tenía sobre un estante.

—No soporto ese olor —dijo—. Aquí se huele por todos lados, y eso que estamos a casi un kilómetro de los muelles, pero —se encogió de hombros—, ¿qué puedo hacer? Necesito estar cerca de donde está la acción.

—Me han contado grandes cosas sobre tus progresos con el sindicato —dijo Adamat. Poco tiempo después de terminar la escuela, Ricard fundó su primer sindicato de trabajadores. Fracasó, al igual que otros similares, quizá por falta de miembros, o quizá porque alguien llamó a la policía para obligarlo a cerrar. Ricard fue encarcelado cinco veces. Pero la perseverancia dio sus frutos, y hacía cinco años que Manhouch había legalizado el primer sindicato de los Nueve.

La sonrisa de Ricard se hizo más ancha, si eso era posible.

—Los Nobles Guerreros del Trabajo. Ya hemos abierto tres sucursales desde las Elecciones, y estamos negociando con distintos ayuntamientos para abrir seis más para fin de año. Tenemos más de cien mil miembros, y mis contables me dicen que esto es solo el comienzo. En unos pocos años podríamos llegar al millón de miembros, o quizá más. Hemos sindicado la metalúrgica, la coquización de carbón, la minería… Todas las mayores industrias de Adro.

—No todas —dijo Adamat—. Entiendo que la avenida Hrusch te está dando problemas.

Ricard resopló.

—Los malditos armeros no quieren asociarse.

—No se lo reprocho —dijo Adamat—. Ya fabrican la mitad de las armas que se usan en todos los territorios de los Nueve. No están preocupados por la competencia.

—¡Y llegarían a todo el mundo si se sindicaran! La organización es clave. Bah. Lo que nos tiene realmente entusiasmados es el canal que pasa por encima de los Leños Calcinados y cruza Deliv. Cuando esté terminado, tendremos una ruta directa desde Adro hasta el océano, y no habrá límite para nuestra capacidad de producción. Adro finalmente tendrá salida al mar. —De pronto hizo una mueca—. ¡Pero vaya! Es una grosería que hable así de mis fortunas… —Ricard calló, incómodo.

Adamat hizo un gesto para quitarle importancia.

—¿Te refieres a mi negocio fallido? No pienses en ello. Ya era una apuesta arriesgada desde el principio, y yo aposté mal. Podría echarle la culpa al precio del papel, o a la fuerte competencia…

—O a la imprenta que explotó.

—O a eso —dijo Adamat—. Pero aún tengo a mi familia y a mis amigos, así que me considero un hombre rico.

—¿Cómo está Faye? —preguntó Ricard.

—Muy bien. Se encuentra fuera del país, hasta que las cosas se hayan estabilizado un poco más aquí en la capital. He estado pensando en decirle que se quede allí hasta el final de la guerra, de hecho.

Ricard asintió con la cabeza.

—La guerra es algo horroroso.

Un joven de brazos flacuchos vestido con ropa vieja, de segunda, entró en la habitación con una botella de vino y dos copas de cristal.

— ¡He dicho dos, maldita sea!

El joven pareció no inmutarse por el grito de Ricard.

—Solo quedaba una.

Dejó la bandeja ruidosamente en el escritorio de Ricard y se retiró apresurado, esquivando una bofetada de Ricard.

—Es imposible encontrar buenos empleados —dijo Ricard sujetando la botella, que amenazaba con caerse.

—Ciertamente.

Ricard sirvió el vino. Las copas estaban sucias, pero el vino estaba frío. Bebieron dos copas cada uno antes de volver a hablar.

—¿Sabes por qué estoy aquí? —preguntó Adamat.

—Sí —dijo Ricard—. Haz tus preguntas; no soy un petimetre que se ofende por cualquier cosa. Tienes un trabajo que hacer.

Eso sería un alivio, pensó Adamat. Se inclinó hacia delante.

—¿Tienes algún motivo para querer muerto al mariscal Tamas?

Ricard se rascó la barba.

—Supongo que sí. Últimamente ha estado refunfuñando con que quiere reducir el tamaño del sindicato. Dice que estamos adquiriendo mucho poder, demasiado rápido. —Extendió las manos—. Si decide limitar el número de miembros, o cobrarnos impuestos excesivos por nuestras ganancias, podría convertirse en un gran problema para los Guerreros.

—¿Lo suficientemente grande como para ordenar su muerte?

—Por supuesto. Pero uno debe considerar los beneficios y los riesgos. Tamas tolera los sindicatos; apoya nuestra existencia, a pesar de que hemos estado prohibidos durante mil años. Manhouch solo me permitió fundar los Guerreros por los impuestos exorbitantes que planeaba cobrarnos. Pudimos esquivar los suficientes para que nos fuera rentable existir.

—Si podíais existir bajo el régimen de Manhouch, ¿por qué apoyaste el golpe?

—Varios de los contables de Manhouch observaron más detenidamente nuestros libros. Se dieron cuenta de que no estaban recibiendo la cantidad de dinero de impuestos que habían planeado, y los consejeros lo estaban alentando para que nos disolviera por completo. La nobleza nos odiaba. Odian tener que pagar más a los trabajadores, incluso si eso significa lograr una mayor producción. Y si Manhouch no nos disolvía, los Acuerdos pondrían a Adro bajo las leyes coloniales de Kez, por lo que los demás jefes sindicales y yo habríamos terminado en prisión o algo peor, los Guerreros habrían sido disueltos de todas maneras, y nuestras propiedades confiscadas.

—Dices que habría riesgos para ti, si hacías matar a Tamas —dijo Adamat.

—Preguntas, mayormente. No tengo muchos amigos en la junta. Lady Winceslav me tolera. El tesorero me odia porque mis contables son casi tan buenos como los suyos, y el diocel me ha excomulgado dos veces. Prime Lektor piensa que soy un idiota, y el Propietario… bueno, él disfruta de los sobornos que le paga el sindicato. Si Tamas muriera, eso me dejaría solo con dos miembros de la junta que me darían su apoyo, ambos capaces de traicionarme.

Adamat tomó un sorbo de vino. “Puede que uno ya lo haya hecho”, pensó, recordando lo que le había dicho lady Winceslav.

—Se dice que has enviado una delegación a Ipille.

Ricard se inclinó hacia atrás.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Sabes que es en vano que me preguntes eso.

—Bah, tú y tus fuentes. A veces olvido que pareces saberlo todo. Incluso cosas hechas en el mayor de los secretos.

—¿Entonces es cierto?

Ricard se encogió de hombros.

—Por supuesto. Ni siquiera Tamas lo sabe. No es que esté ocultando algo —agregó deprisa, levantando una mano.

—¿Por qué tanto secreto, si no estás ocultando nada? —Adamat sintió que se le ponían los nervios de punta. Aunque se tratara de un viejo amigo, si Ricard estaba haciendo tratos a espaldas de Tamas, la amistad era una moneda barata.

—Acabo de decirte que podríamos llegar al millón de miembros, ¿no?

—Sí.

—Bueno, imagina si fueran diez millones, o cien millones.

—Estás hablando de todos los trabajadores de los Nueve.

Ricard asintió solemnemente con la cabeza.

—Los Guerreros enviaron una pequeña delegación a Ipille. Nada tan solapado como querer entregar Adro, eso sí. Era solo una carta de intenciones que decía que queremos esparcirnos por los Nueve Reinos. Es bien sabido que Kez nos supera en número, pero no tiene nada que se asemeje a nuestra industria. Nosotros ofrecemos una serie de pequeños incentivos si nos permiten abrir una sucursal en una de sus ciudades.

—Ya veo —dijo Adamat. Examinó el interior de su copa. Entendía perfectamente por qué Ricard se había movido en secreto. Con la guerra ya declarada, Tamas no querría que Kez recibiera ni un mínimo de ayuda. Y los keseños recibirían muchos beneficios de los sindicatos. Kez era mayormente un país agrícola. Aún no se habían dedicado a la industria, no como lo había hecho Adro, por lo que estaban retrasados en cuanto a tecnología y producción, a pesar de su inmensa población. Si los Guerreros se expandían a Kez, sus conocimientos de manufactura adrana se esparcirían con ellos. Como había dicho Ricard, Kez no podía igualar la industria adrana. Aún—. ¿Has recibido alguna respuesta?

Ricard hizo una mueca. Buscó por su escritorio, luego en los estantes, y finalmente encontró lo que buscaba debajo de un trozo de pan a medio comer. Le echó el papel a Adamat sobre el regazo.

Llevaba el sello real del rey Ipille de Kez. Adamat lo leyó por arriba.

—Te han rechazado.

—Con saña —dijo Ricard—. Arrojaron a mis hombres del palacio. Los keseños son unos necios. Unos idiotas. Están atascados en el siglo pasado, mientras el resto del mundo ya pone los ojos en el próximo. Malditos nobles.

Adamat reflexionó sobre todo aquello. De todas maneras, ya no tenía ninguna pista. A menos que se estuvieran llevando a cabo otras negociaciones por debajo de la mesa, lo que no sería nada del otro mundo. Ya averiguaría más si fuera necesario. Su amistad no era tan

fuerte como para impedirle confirmar su historia.

Ricard bebió lo que quedaba de vino directamente de la botella. La apoyó de lado sobre el escritorio y la hizo girar.

—Maies me dejó el mes pasado, justo después del golpe.

Maies era su sexta esposa en veinte años. Adamat no pudo evitar preguntarse qué habría hecho esta vez.

—¿Estás bien?

Ricard tenía la vista clavada en el girar de la botella.

—Estoy bien. Tener un despacho cerca del astillero tiene sus ventajas. He conocido a unas mellizas… —Extendió las manos hacia Adamat—. Podría presentarte...

Adamat lo interrumpió.

—Soy un hombre felizmente casado, y quiero permanecer así. —Ricard no era el tipo de persona que compartía. Adamat ni siquiera estaba seguro de qué clase de ofrecimiento era aquel—. ¿Qué piensas de los otros miembros de la junta? —le preguntó, cambiando de tema.

—¿En lo personal?

—No me importa si te agradan. Me importa si piensas que uno de ellos podría conspirar contra Tamas.

—Charlemund —dijo Ricard sin dudar—. Ese hombre es un león de las cavernas en un gallinero. —Meneó la cabeza—. Ya sabes lo que cuentan de su casa de campo, ¿verdad? Que es una villa llena de placeres para los más poderosos, justo en las afueras de la ciudad.

—Rumores —dijo Adamat—. Nada más.

—Ah, pero son ciertos. Hacen que me sonroje, y yo no soy un virgen inocente. Cualquier hombre que tenga semejantes apetitos alberga planes para el país. Recuerda mis palabras.

—¿Tienes pruebas? ¿Alguna sospecha en concreto?

—No, por supuesto que no. Charlemund es un sujeto peligroso. La Iglesia ya se pronuncia en contra de los Guerreros. Dice que vamos contra la voluntad de Kresimir al no someternos y dejar que la nobleza nos haga trabajar hasta la muerte a cambio de migajas. No pienso meter las narices en eso.

—¿Y Ondraus?

Ricard se quedó muy quieto.

—Ten cuidado con ese —dijo—. Es más que lo que aparenta.

Una advertencia extraña, viniendo de Ricard.

—Bueno, avísame si consigues alguna prueba que sirva para declarar culpable al archidiocel —dijo Adamat recogiendo su sombrero.

Ricard levantó un dedo en el aire.

—Espera —dijo—. Acabo de recordar una cosa. Hace unos años corrieron rumores de que Charlemund estaba metido en alguna clase de secta. —Se llevó una mano a la cabeza—. Pero no logro recordar el

nombre.

—Una secta —dijo Adamat de buen humor. Ricard estaba probando suerte. Obviamente, el sujeto no le caía bien—. Avísame si lo recuerdas. Necesitaré acceso a tus libros y a cualquier propiedad que tenga el sindicato en los muelles.

—Hum, necesitarás un ejército para revisar todo eso.

—Aun así…

—Bien, no será un problema. Haré correr la voz entre mis muchachos de que no deben molestarte y que deben responder tus preguntas.

Adamat y SouSmith pasaron el resto del día y buena parte del siguiente recorriendo los muelles y los almacenes. Casi todos los habitantes de ese distrito pertenecían a los Guerreros del Trabajo, por lo que Adamat hizo muchas preguntas. Pero, tal como sospechaba, no lo condujeron a ninguna parte. Terminó hablando con más de trescientas personas. Hubo sospechas, y verdades a medias, y mentiras, y dedos apuntando, pero todo terminó siendo una gran rueda. Ricard tenía razón: se necesitaría un ejército para revisar todo aquello.

Lo único que *sí* pudo confirmar fue que habían llegado espías keseños a través de los muelles, desde el mar Ad. Al final del segundo día, pasó por el cuartel de Tamas y dejó una lista de nombres y barcos para que los soldados la verificaran, pero se fue a su casa sin haber hallado nada más en su búsqueda del traidor.

Sabía que su trabajo quizás hubiera evitado otro intento de asesinato, pero no podía quitarse de la cabeza la idea de que estaba metiendo las manos en aguas turbias y llenas de tiburones. Él era un solo hombre, y los enemigos de Tamas podían atacar desde cualquier lado y en cualquier momento.

Capítulo 22

Taniel despertó de un sueño intranquilo a causa del tañido de la campana de la Guardia. Se puso de pie al instante. Cogió el fusil que tenía junto a la cama y salió disparado hacia la puerta. Ka-poel comenzó a moverse en el catre del rincón. Taniel salió y bajó las escaleras sin perder tiempo.

El comedor de los oficiales estaba vacío. Pasó corriendo delante de las filas de mesas, con sus sillas puestas patas para arriba sobre ellas, y salió a la calle.

Solo se detuvo para acomodarse la camisa y ajustar el equipo del fusil. Siguieron las botas, y para cuando se puso de pie, hombres y mujeres salían en grandes grupos del resto de los edificios. Se sumó al grupo de los que se dirigían al muro que quedaba al sur del bastión.

—¿Has oído la alarma? —preguntó Fesnik colocándose junto a él. Le había tomado afecto a Taniel en las dos semanas que habían pasado desde que bajó de la montaña con Bo. Taniel no podía imaginarse por qué. Le había roto un diente al meterle la pistola en la boca, hacía ya tanto tiempo.

Taniel puso los ojos en blanco. Por supuesto que la había oído. Medio Adro la había oído, y las malditas campanas seguían sonando.

—Sí —respondió.

—¿Crees que será el gran ataque?

—No lo sé.

El joven guardia parecía estar demasiado entusiasmado ante aquella posibilidad. Desde que comenzaron las hostilidades, solo habían hecho disparos al azar contra los keseños. El ejército de Kez se había limitado a formar allí abajo, preparándose para… algo… fuera del alcance de la artillería. Sus Privilegiados no habían aparecido en absoluto, algo que fastidiaba a Taniel, aunque sí había disparado a unos cuantos Guardianes. Sin embargo, matar a uno de esos de un solo disparo requería más suerte que habilidad.

Taniel tomó posición en el baluarte y se puso cómodo. Aspiró un

poco de pólvora para terminar de quitarse el sueño y miró el sol de la mañana.

—Tienen el sol de su lado —dijo.

—Cabrones —gruñó Fesnik.

—Siempre hemos sabido que atacarían de mañana. Esa ventaja se volverá contra ellos durante la tarde, cuando necesiten mirar hacia arriba para poder disparar.

El sol apenas había comenzado a asomarse por detrás de las colinas distantes. El aire matinal se notaba fresco a pesar de que estaba comenzando el verano. La nieve había desaparecido de las partes más bajas de la falda del Pico; el camino que subía por la cara sur de la montaña estaría empapado y se convertiría en un tobogán cubierto de lodo cuando las tropas keseñas comenzaran a ascender. Taniel intentó comprender la estrategia keseña.

Las campanas de la aldea dejaron de repicar. Sobrevino el silencio, excepto por algunos susurros nerviosos y el traqueteo del equipo. Se cargaron cañones, se prepararon mosquetes. El baluarte estaba lleno de hombres y armas pesadas, con espacio entre ellos apenas suficiente para poder trabajar. Taniel no sintió envidia por el enemigo.

—Por Kresimir —dijo Fesnik entrecerrando los ojos—. Tienen suficientes tropas para arrojarnos hombres y balas hasta el final de los tiempos.

—Pueden intentarlo —dijo una guardia a la derecha de Taniel. Le pareció reconocer la voz y se volvió hacia ella. Era Katerine, una de las mujeres de Bo. Era una mujer seria, para nada del tipo de Bo. Alta y delgada, tenía el cabello negro y una voz severa. Él le hizo un gesto con la cabeza. Ella respondió con otro.

Taniel tomó un poco más de pólvora y trató de buscar algo de movimiento en las planicies de allí abajo. Ser un mago de la pólvora no reducía el fulgor del sol matutino. Sintió que alguien le tiraba de la manga. Ka-poel se colocó junto a él y señaló la pendiente.

Taniel trató de seguir su dedo, buscando por la ladera de la colina y las planicies. Entonces la vio. Cerca de Mopenhague. La aldea ya había sido abandonada por un cuartel un poco más alejado. Ya no. Habían levantado una torre durante la noche. Tenía tres pisos de alto, estaba hecha de vigas de madera y apoyada sobre un trineo, con un grupo de bueyes listo para tirar.

Taniel sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Una Torre Privilegiada —dijo. Abrió su tercer ojo para estar seguro. En el Otro Lado, un resplandor rodeaba la torre, lo suficientemente gruesa para bloquear las auras individuales.

—Es solo un montón de palitos —dijo Fesnik—. Un buen disparo de un arma grande y se convierte en astillas.

Ka-poel resopló. Taniel no creía que ella hubiera visto nunca una

Torre Privilegiada, pero definitivamente podía detectar la hechicería que rodeaba la estructura.

Katerine parecía preocupada. Miró a Taniel con incertidumbre.

—No pongas muchas esperanzas en eso —dijo Taniel—. Las Torres Privilegiadas son más un manojo de hechizos que de palitos. —Echó una mirada hacia la torre. Su tercer ojo se encontró con todo un campo de colores allí abajo; mil tonos pastel desparramados juntos y mezclados. La torre brillaba como mil antorchas. De solo mirarla comenzó a dolerle la cabeza. Cerró el tercer ojo—. Llevan varias semanas colocando guardas en esa cosa. Creo que hacía mucho tiempo que no se construía una. Requiere toda una camarilla real, y cuando se termina...

—Bien, pero ¿qué diablos se supone que hace? —preguntó Fesnik. Taniel le echó una mirada al joven guardia. El cañón del mosquete de Fesnik tembló.

—Protegerá a los soldados mientras suben por la colina —dijo Taniel—. Y al Privilegiado que la conduce.

—Todavía no puedo verla —dijo Fesnik, protegiéndose la vista del sol.

—Pronto la verás. —Taniel levantó su fusil y se volvió—. ¿Alguna idea de dónde está Bo?

Fesnik meneó la cabeza.

—Con Gavril —dijo Katerine—. Sobre la entrada.

El baluarte más grande quedaba por encima de la puerta sudeste. Sobresalía del muro principal y se cernía sobre la ladera de la montaña con veinte cañones y unidades de artillería. Taniel encontró a Gavril asomándose por el extremo del baluarte, protegiéndose los ojos del sol, inclinado hacia delante como si estuviera esperando que lo alcanzara una bala. Bo estaba un poco más atrás, mirando la ladera de la colina con el ceño fruncido.

—Torre Privilegiada —dijo Taniel.

—Lo sé. Llevo un rato preguntándome qué es lo que planean. Pensaba que estaban esperando refuerzos —dijo Bo. Gruñó y se jaló el tiró de la camisa—. No me esperaba esto.

—Nunca había visto una —dijo Taniel—. Solo había oído historias.

—Me sorprendería que hubieras visto una torre de esas. La última se construyó hace doscientos quince años. Durante el asedio al palacio de un sah de Gurla, en manos de fuerzas keseñas. Aliadas nada menos que con Adro —dijo resoplando—. La camarilla real de Adro y la de Kez trabajaron juntas para construir tres Torres Privilegiadas. Gracias a ellas ganaron la batalla, y la guerra.

—¿Por qué las necesitaban? —preguntó Taniel.

Bo se lo quedó mirando un momento.

—Porque el palacio del sah estaba protegido por un dios gurlo.

Taniel sintió un escalofrío en el pecho. No fue a causa del viento.

—Estás bromeando. ¿Un dios?

—Secretos de la camarilla real, amigo mío —dijo Bo tocándose el costado de la nariz con un dedo—. Un dios joven. Joven e ingenuo. —Bo hablaba con un tono pensativo.

—No es un algo que leerás en los libros de historia —agregó Gavril. Descendió del baluarte y se reunió con ellos, mientras se guardaba un catalejo en el bolsillo. Llevaba las pieles variadas de un hombre de montaña, con botas de cuero y un chaleco que apenas le cubría el pecho haciendo juego. El chaleco era viejo y estaba descolorido, y Taniel prácticamente podía percibir el olor a polvo, como si la prenda hubiera estado guardada en el fondo de un armario o de un baúl. En el lado izquierdo del pecho lucía un emblema de la Guardia de la Montaña: tres triángulos, uno grande con una aureola, flanqueado por dos más pequeños. El chaleco del líder de la Guardia.

Gavril, el borracho de la aldea, era el líder de la Guardia. Taniel aún seguía pasmado por eso.

—¿Qué te parece? —dijo Bo haciendo un gesto con la cabeza por encima del borde del baluarte.

—No me gusta. —Gavril se restregó la barba incipiente. Se la había afeitado al asumir el cargo de líder de la Guardia, pero le crecía rápido y él no se molestaba en afeitarse todos los días—. Una Torre Privilegiada significa que tienen a toda la camarilla ahí abajo.

—O algo peor —dijo Bo.

—Julene —dijo Taniel. Intercambiaron miradas no muy felices—. La he visto lanzar hechizos. Cosas poderosas.

—Bah —dijo Bo—. Se contuvo. No has visto ni la mitad.

—Entonces barrerá esta fortaleza.

—No me importa quién es —dijo Gavril—. No se deshará de nosotros tan fácilmente. Hay hechizos tan viejos como ella que anclan esta fortaleza a la montaña. Fueron lanzados sobre cada ladrillo y sobre cada puñado de tierra y de roca. Esta es la Guardia de la Montaña.

Bo miró a Gavril enfadado.

—Tampoco debemos subestimarla —dijo—. Puede que haya quedado debilitada por nuestra pelea. En la montaña recibió una paliza que habría eliminado a media camarilla real. Por no mencionar la caída. Probablemente haya dejado un cráter en el lugar donde aterrizó.

Los soldados apostados en el baluarte comenzaron a murmurar. Taniel fue al borde para echar un vistazo. Bo y Gavril fueron con él.

Con los ojos entrecerrados por la luz matinal, Taniel distinguió movimiento al pie de la montaña . Todo el ejército había avanzado durante la noche, solo que fuera del alcance de los bombardeos.

Parecía una masa gigante, desorganizada, pero mientras Taniel observaba, comenzó a dividirse en hileras. Entonces vio las banderas de la Camarilla de Kez. En tamaño, eran de la nobleza keseña y de la casa real lo que una manta a una camisa. Se alzaban asistidas por magia por encima de las filas keseñas, inmunes al viento, con el frente apuntando hacia la Guardia de la Montaña. Exhibían una serpiente blanca en un campo de grano, que era el símbolo de poder de Kez. La serpiente se retorció y se movió bajo la mirada de Taniel. Más hechicería. La boca de la serpiente se abrió y escupió veneno hacia la fortaleza de la montaña.

Taniel miró a Bo.

—Trucos —dijo el otro—. Ilusiones. Nada peligroso. Aún.

—Bien.

La Torre Privilegiada comenzó a avanzar por el camino. A cada lado de la Torre iban soldados marcando el paso. Por la montaña reverberaron el repiqueteo de los tambores y el crujido de los arneses, cuando mil caballos comenzaron a tirar de los cañones. Sonó una trompeta. El ascenso comenzó.

Hasta ese momento, todo habían sido fintas y amagos, algunas compañías de soldados cargando contra los baluartes y luego retrocediendo a la relativa protección de los parapetos que formaba el camino. Los soldados de las fortificaciones más alejadas habían retrocedido varias veces, pero habían recuperado su posición sin necesidad de luchar cada vez que el enemigo volvía a retroceder.

Taniel se daba cuenta de que aquello no era una finta. Había comenzado el ataque real. No habría descanso hasta que un bando estuviera destruido.

Sintió que alguien le tiraba de la manga. Ka-poel se lo llevó a un lado y le ofreció un morral. Era del tamaño de una bala de cañón, y parecía pesar lo mismo.

—¿Qué diablos, Pole? Uf, ¿qué es esto? —Apoyó el morral en el suelo y miró su interior. Estaba lleno de balas, suficientes para media unidad. Miró a Ka-poel frunciendo el ceño—. ¿Gracias?

Ka-poel puso los ojos en blanco. Se golpeó el pecho con el puño, una seña que utilizaba para referirse a los Privilegiados, y luego hizo el gesto de disparar un fusil. A Taniel se le fue formando una sonrisa en el rostro a medida que comenzó a entender.

—¿Qué es eso? —preguntó Bo, mirando por encima delhombro de Ka-poel.

—Balas —dijo Taniel. Extrajo una y la sostuvo a la luz. Era una bala estándar de mosquete, del diámetro de un pulgar. Al observarla más en detalle, se veía una banda color rojo oscuro que la cruzaba por el medio. Bo alargó la mano para cogerla, pero Taniel la apartó—. No te conviene tocar esta bala —le dijo—. Es una banda-roja.

Bo miró la bala con escepticismo.

—¿Una qué?

—Estas balas han sido encantadas por un Ojo de Hueso, los hechiceros dynizanos —dijo Taniel—. Las usamos en la guerra de Fatrasta. Matamos unos cuantos Privilegiados con ellas.

—¿Cómo están encantadas? —preguntó Bo. Observó la bala manteniendo las distancias.

Taniel señaló a Ka-poel.

—Atraviesan los escudos Privilegiados. Pregúntale a *ella* si quieres detalles. Por lo que tengo entendido, su fabricación necesita mucha energía. —Taniel miró a Ka-poel de arriba abajo. No sabía que ella podía fabricar aquellas balas. Parecían ser verdaderas; Ka-poel tenía ojeras marcadas, lo que daba a entender que había pasado varias noches trabajando. Cayó en la cuenta de que no la había visto mucho durante la última semana. Había estado desde el amanecer hasta el ocaso en el muro, con los ojos puestos en Kez.

Bo tenía la expresión de concentración que ponía siempre que usaba su tercer ojo.

—Dices que no debo tocarla —murmuró, mirando más de cerca—. ¿Causan algún daño más allá de, ya sabes, el agujero que te hacen en la cabeza?

—Sí —respondió Taniel—. Un Privilegiado Fatrasto me dijo que queman al tacto. No me imagino eso dentro de uno.

—Entonces no necesitan un impacto directo —dijo Bo pensativo. Se irguió—. ¿Cómo es que nunca he oído hablar de estas balas?

—Si fueras Kez, ¿querrías que todo el mundo supiera que unas balas encantadas pueden atravesar tus mejores defensas? Si fueras Fatrasta, ¿querrías mostrar tus cartas y que se sepa que tienes una ventaja?

—Los fatrastos podrían vender una bala por muchísimo dinero —dijo Bo.

Taniel casi oía los engranajes girando en la cabeza de Bo.

—Sí, y entonces un día te encontrarías con una yendo hacia ti.

Bo sonrió.

—Sí, probablemente, ¿verdad? —Seguía pensativo—. Yo no le hablaría de estas balas a nadie más, si fuera tú.

Gavril se acercó a ellos.

—Taniel, los Privilegiados han comenzado a mostrarse. Es hora de ponerse a trabajar. Y tú, Bo —el gigantón resopló—, quiero que les arrojes lo que tengas durante todo su ascenso. La batalla está a punto de comenzar. —Sus palabras fueron puntuadas por un cañonazo que le dejó los oídos retumbando a Taniel. Siguió otro a los pocos segundos, y luego otro—. Acostúmbrate a ese sonido —gritó Gavril por encima del estrépito—. Lo único que no nos falta son municiones. Seguirán

disparando día y noche, hasta que se rajen los cañones o los keseños nos envíen al abismo.

Taniel pasó el resto de la mañana obligando a los Privilegiados keseños a ponerse a cubierto. Las banda-roja atravesaban la protección que ofrecía la Torre Privilegiada, salvo en las zonas más cercanas a la torre misma. Allí la hechicería era demasiado poderosa, y las banda-roja rebotaban contra un escudo invisible, al igual que la artillería convencional. Los Privilegiados keseños se agrupaban alrededor de la torre, yendo a la par de su laborioso avance. Algunos incluso iban subidos a ella, y lanzaban algún hechizo ocasional hacia la montaña en forma de fuego o rayos. No hubo un solo hechizo que pasara las fortificaciones. Las guardas que protegían a la Guardia de la Montaña eran demasiado poderosas.

Hacia el mediodía, la Torre Privilegiada alcanzó un punto situado a tres cuartos del recorrido desde Mopenhague hasta la fortaleza. Se detuvo en una parte relativamente llana del camino, cerca de un área del tamaño suficiente para un baño y una letrina; un lugar de descanso para los viajeros. Los keseños colocaron bloques detrás de las ruedas de la torre y acorralaron a los bueyes. Luego montaron unas tiendas de campaña a la sombra de la Torre Privilegiada.

La Camarilla de Kez había encontrado su base de operaciones.

Los keseños trabajaron todo el día bajo el torrente del fuego de artillería. Por encima de ellos, el aire resplandecía por los cañonazos y las bombas de metralla que caían sobre el escudo mágico. Hacia el final de la jornada, Taniel se encontraba cerca de Bo.

Bo llevaba puestos sus guantes, pero aún no había lanzado ninguna respuesta a la Camarilla de Kez. Hizo una mueca mientras examinaba la nueva posición de la camarilla real con un catalejo.

—Maldición —dijo Bo para sí mismo. Guardó el catalejo y, al sentir la presencia de Taniel, se volvió —. Ella está ahí abajo.

—¿Julene? —preguntó Taniel—. ¿Cómo puedes estar seguro?

Bo se frotó las sienes.

—He mantenido abierto el tercer ojo todo el día. Está bien escondida, y, por el abismo, es difícil percibir individuos debajo de ese escudo, pero hoy ya van dos veces que veo que se manifiesta su fuente de poder. Cada vez que la torre se atascó en el camino. —Resopló—. Ahora, esa perra está arreando ganado. Acabo de verla, ahora mismo. Es ella, sin duda. Solo un Predeii tiene ese fulgor en el Otro Lado. Ya ni se molesta en ocultarse.

—¿Y si resulta que hay algún otro? —preguntó Taniel.

Bo se puso blanco como el papel. Tragó saliva, se volvió y miró de nuevo por el catalejo. Al cabo de un momento, lo bajó. Escupió a los pies de Taniel.

—Eres un cabrón, ¿cómo sugieres eso? —dijo. Se restregó los ojos

—. Ahora me pasaré la noche despierto, buscando otro más. Maldita sea.

—¿Entonces ha sobrevivido a la paliza que le dimos en la montaña?

—Así parece.

—¿Cómo diablos hacemos para matarla, entonces? ¿Sería posible incluso?

—No lo sé.

—Inspiras muchísima confianza, ¿lo sabías? —Taniel ignoró la mirada feroz de Bo—. ¿Realmente está intentando subir para invocar a Kresimir?

—Sí.

Taniel ya lo había preguntado cincuenta veces. Esperaba que la respuesta de Bo fuera a cambiar. Aún no había sucedido, pero no podía dejar de intentarlo.

—¿Por qué no lo hizo semanas atrás? Podría haber burlado nuestra vigilancia y haber subido por su cuenta.

—La última vez hicieron falta trece de los Privilegiados más poderosos del mundo —dijo Bo—. Ahora necesitará una camarilla real completa.

—Ergo, los keseños.

—Sí.

—¿Por qué la ayudan?

—¿Quién sabe qué les habrá prometido? —dijo Bo—. ¿Inmortalidad? ¿Poder? ¿Gobernar los Nueve junto a Kresimir?

—Tenemos que decírselo a mi padre.

—Le envié una advertencia hace más de un mes —dijo Bo—. Como respuesta, te envió a ti a matarme.

—Te creo —dijo Taniel.

—Qué alentador. ¿Le has escrito para contarle lo de Julene?

—Sí. —Aún no había recibido una sola palabra de su padre. ¿Qué significaba eso? Las últimas novedades de Adopest eran de hacía una semana. Un Guardián había intentado matar a Tamas. No había tenido éxito. Taniel no sabía si su padre había quedado herido o incapacitado, o si simplemente estaba demasiado ocupado para responderle. O quizás aún planeaba enviar a alguien para que matara a Bo. Taniel se pasaba todos los días vigilando por encima de su hombro por si aparecía otro mago de la pólvora. No había llegado ninguno—. Desde ya mismo puedo asegurarte que él no creerá en eso de invocar a Kresimir —dijo Taniel—. Es demasiado pragmático para eso.

—Pero se lo has dicho, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. Le he dicho que no podía matarte porque necesitaba tu ayuda en la montaña. Le he dicho que vi el ejército keseño y que supe que necesitaríamos a un Privilegiado para

contenerlo.

—Pero no viste al ejército de Kez hasta que regresamos —dijo Bo.

—Pero es una mentira verosímil.

—El único tipo de mentira que funciona.

—También le he pedido refuerzos —dijo Taniel—. Como mínimo, Tamas nos enviará eso.

—Bien. El único problema con un cuello de botella como este es que hay un máximo de hombres que pueden protegerlo con eficacia. Tener más soldados solo complicaría las cosas. Hablaré con Gavril. Contar con algunas compañías extra acampando en el lado adrano de la montaña nos permitiría ir rotando a los hombres. Nos daría más descanso.

Taniel y Bo permanecieron algunos minutos más mirando en silencio el ejército de Kez.

Bo se volvió hacia él.

—La verdad es que Tamas está jugando con fuego, ¿no?

—Así parece.

—Tengo una pregunta —dijo Bo. Sonaba dubitativo.

Taniel frunció el ceño. ¿Cuándo se había reprimido Bo de preguntarle cualquier cosa?

—¿Sí?

—¿Qué le sucedió a tu madre? Conozco las versiones oficiales. Que estaba en una misión diplomática en Kez. Que fue acusada de espionaje y traición, y enseguida decapitada. Tiene que haber más que eso.

Claramente, Bo quería saber por qué Tamas había iniciado la guerra.

—¿Nunca te lo he contado?

—Nunca te lo he preguntado —dijo Bo—. Era un tema que tú… parecías reacio a discutir.

Taniel abrió la boca para decir algo, pero se dio cuenta de que no tenía palabras. Se ahogó, luego tosió tapándose con la mano y parpadeó para tratar de evitar que se le escaparan las lágrimas. No, nunca había hablado de eso. Ni siquiera con su amigo más cercano. Trató de recuperar la voz.

—Mi abuela materna era keseña. Mi madre lo usaba como excusa para ir una o dos veces al año. Por su posición como noble, a los keseños les resultaba imposible tocarla, a pesar de que tenían por costumbre enviar a prisión a los magos de la pólvora. Durante cada visita, ella trataba de encontrar algún mago de la pólvora y traerlo a escondidas a Adro, bajo el ala de Tamas. O lo ayudaba a irse de los Nueve directamente. El duque Nikslaus se enteró. Los keseños la arrestaron a ella y a mis abuelos, y para cuando la noticia llegó a Adro, ya los habían ejecutado. —Taniel se aclaró la garganta—. Tamas

exigió que Manhouch declarara la guerra. Manhouch se negó. La corona enterró el asunto tan profundo que nadie hizo preguntas. Mi padre desapareció durante más de un año. Cuando regresó, corrió el rumor de que había intentado, fallidamente, asesinar a Ipille. Ese rumor se acalló tan rápidamente como el que decía que mi madre había sido ejecutada sin derecho a juicio.

—¿Tu padre —dijo Bo en un tono monótono—trató de matar al rey de Kez y salió indemne?

—Nunca habló de eso. Mi madre tenía dos hermanos. Ambos desaparecieron más o menos por la misma época. Yo creo que los capturaron y que Tamas escapó, y luego sostuvo que él no había tenido nada que ver con eso. —Taniel se esparció un poco de pólvora sobre el dorso de la muñeca y la aspiró. Sus tíos eran un recuerdo vago. Ni siquiera recordaba sus nombres.

—¿Debería vigilar mi espalda por si aparece otro mago de la pólvora? —preguntó Bo. Taniel se alegró de que cambiaran de tema.

—No lo creo —respondió—. Teniendo aquí a todo el Gran Ejército y buena parte de la Camarilla de Kez, Tamas sabe que te necesita. Al menos hasta que el ejército se retire.

—Fantástico.

Bo se las arregló para sonreír y le dio una palmada en el hombro. Volvió la cabeza en dirección a la aldea. Taniel tanteó su fusil y miró la espalda de su amigo. Bo tenía los hombros caídos y arrastraba los pies al caminar. Taniel entendió que estaba exhausto.

Bo era la mejor arma que tenían contra Kez, y estaba perdiendo filo. ¿Su segunda mejor arma? A Taniel se le secó la boca. Era demasiada presión para él. Tamas se crecía bajo ese tipo de presión. Él arrojaría cien balas al aire y mataría a todos los Privilegiados keseños que estuvieran en la montaña. Debería ser *su* trasero el que estuviera allí arriba.

Taniel se cargó el fusil al hombro y regresó al baluarte. Tenía que hacerlo a la vieja usanza. Una bala cada vez. No, era Taniel “Dos Tiros”. Podría disparar balas de dos en dos.

Capítulo 23

Tamas se apeó del carruaje y aspiró una profunda bocanada del aire del campo. Olem ya estaba en el camino de entrada, con una mano en la culata de la pistola que llevaba en el cinturón y la otra metida en el bolsillo de su chaqueta escarlata de caza. Tenía la nariz al viento, como un perro guardián, mientras estudiaba los alrededores. Llevaba un traje igual al de Tamas, con botas negras sin cintas y pantalones oscuros, además de la chaqueta y la gorra de caza color escarlata, y un fusil colgado al hombro.

Unos ladridos de sabuesos resonaron por el prado. El pabellón de caza estaba enclavado entre dos colinas junto a un riachuelo rocoso, en la linde del Bosque del Rey. Era un lugar inmenso, tenía cientos de habitaciones decoradas con el tradicional mal gusto de la monarquía adrana. Originalmente, había sido construido con rocas locales y robles inmensos como no habían crecido en aquella zona en los cien últimos años. Ahora contaba con una fachada de ladrillos, resultado de algunas reformas recientes. En el prado del sur podía verse la perrera, un edificio de dos plantas tan grande como los establos del rey.

—Vamos, Hrusch —dijo Tamas. El perro saltó del carruaje e inmediatamente llevó el hocico al suelo rozando la grava con sus orejas caídas. Tamas sintió una punzada cuando Pitlaugh no salió del carruaje detrás de Hrusch como lo había hecho tantas veces en el pasado. Muchas cosas habían cambiado en esa cacería.

Entró en la casa y fue recibido por las risitas nerviosas típicas de la conversación forzada. Él era uno de los últimos en llegar, pero en el vestíbulo principal había menos de una docena de personas.

—No hay mucha gente aquí, señor —dijo Olem. Un mayordomo miró el cigarro de Olem con desaprobación. Olem lo ignoró.

—He matado al noventa por ciento de la gente que solía venir —murmuró Tamas.

Saludó con la cabeza a cada uno de los hombres y mujeres que

había en el vestíbulo. Eran algunos comerciantes y un par de nobles de rango social lo suficientemente bajo para salvarse de las Elecciones. El año anterior habrían llevado los pantalones pálidos y el chaleco oscuro que usaban quienes no estaban incluidos en la cacería propiamente dicha. Ese año, llevaban los colores de caza como todos los demás, así fuese solo como relleno. Los comandantes de brigada Ryze y Abrax conversaban con los comerciantes. Tamas intercambió algunas palabras con ellos y les dio las gracias por los servicios prestados contra los realistas. Las conversaciones se interrumpieron cuando pasó frente a la nobleza menor.

Lady Winceslav bajó por las escaleras, con un traje de montar oscuro y una chaqueta negra con cuello escarlata.

—Tamas, me alegro de que hayáis podido venir —dijo. El comandante Barat, un joven hosco e impulsivo al que Tamas deseaba golpear constantemente, merodeaba por las escaleras, detrás de ella.

—No me lo perdería por nada del mundo —dijo Tamas—. Hrusch necesita algo para distraerse. —Ante la mención de su nombre, el perro levantó la mirada e interrumpió su inspección olfativa—. Supongo que yo también.

—Por supuesto —dijo lady Winceslav—. ¿Participará en la carrera, entonces?

Tamas rio.

—La ganará. Pitlaugh fue el único que pudo derrotarlo el año pasado. Dado que la perrera del rey está fuera de competición, no será una competición. —Tamas sintió que la sonrisa se le desdibujaba del rostro y le hizo un gesto a lady Winceslav para ir a otro lado. Cuando estuvieron a solas en un corredor, le dijo—: Esto es una farsa, milady.

Ella le echó una mirada feroz.

—No lo es, y me insulta que lo digáis.

—El rey está muerto. Esta cacería era tradición *suya* . La mayoría de las personas que solían venir también están muertas.

—¿Entonces deberíamos dejarla morir con ellas? —dijo lady Winceslav—. No negaréis que disfrutáis estas cacerías.

Tamas respiró hondo. La Cacería del Valle del Huerto era una tradición anual de seiscientos años de antigüedad, y marcaba el inicio del Festival de San Adom. Tenía sentimientos encontrados. Aunque sí amaba la cacería…

—Transmite el mensaje equivocado —dijo—. Queremos mostrar al pueblo que no estamos reemplazando a Manhouch y a su nobleza con otros nobles. La caza es un deporte de la nobleza.

—No opino lo mismo —dijo lady Winceslav—. Es un deporte adrano. ¿Prohibiríais el tenis, o el polo? Solo es entretenimiento. —Meneó la cabeza —. El siguiente paso será prohibir las mascaradas, y entonces veremos cuán popular os volvéis en invierno, cuando no

haya nada que hacer.

—No haría eso. Yo conocí a mi esposa en una gala —dijo Tamas.

Ella lo miró comprensiva.

—Lo sé. Mirad a vuestro alrededor, Tamas. Están aquí algunas de las familias de comerciantes más importantes de Adro. Incluso han venido Ricard y Ondraus. Hice que la invitación estuviera abierta para todo Adopest.

—¿Para todo Adopest? —preguntó Tamas—. Si eso fuera cierto, habría más gente, aunque solo fuera por la comida gratis.

—Sabéis a qué me refiero. Incluso han venido algunos entrenadores aficionados de Johal del Norte. Son campesinos liberados, hombres rudos, pero parecen saber mucho de sabuesos. —Le apoyó un dedo, delgado y algo arrugado, en el pecho—. El Festival de San Adom no puede comenzar sin la Cacería del Valle del Huerto. Sencillamente no permitiré que eso ocurra. Ahora bien, ya han comenzado a colocar las esencias de cebo. La cacería comenzará dentro de veinte minutos. Llevad a Hrusch a la línea de salida. El jefe de las caballerizas tendrá listo un caballo de caza para que montéis.

Tamas y Olem buscaron sus monturas y se dirigieron a la perrera, donde comenzaría oficialmente la cacería. Se había trazado una línea arrojando polvo de tiza sobre el césped corto, todo a lo largo del campo. Cientos de hombres y mujeres iban montados en su caballo de caza. Algunos tenían a sus perros con correa, otros se limitaban a darles órdenes, mientras que varios de los participantes más acaudalados contaban con entrenadores a pie.

Tamas se ubicó en un extremo de la línea. Allí fuera había más personas de las que había previsto, y muchos más perros.

—Realmente hablaba en serio cuando dijo que había invitado a todos —dijo Tamas—. La mitad de estas personas ni siquiera lleva colores de caza. —Luego se guardó el comentario que iba a hacer. No era buen momento para quejarse. Si no hubiera sido por él, todo habría sido colores elegantes y nobleza.

—Sí —dijo Olem—. Me alegro de que haya venido alguien. Sin la cacería, sería un triste comienzo del festival.

—¿Lady Winceslav te ha pagado para que digas eso? —replicó Tamas. Olem era un soldado originario del campo. No tenía vínculo alguno con la cacería.

Olem pareció sorprendido.

—No, señor. —Arrojó la colilla del cigarro al césped e inmediatamente comenzó a liar otro.

—Estoy bromeando, Olem. —Tamas echó una mirada a su alrededor e hizo una mueca al ver a un campesino a lomos de una yegua sarnosa, con dos perros y una chaqueta roja que ni se acercaba a los colores de caza.

A los pocos minutos sonó un cuerno y los perros se lanzaron a correr. Tamas comenzó cabalgando a paso lento, viendo a Hrusch adelantar a los demás animales en dirección a la esencia. No pasó mucho tiempo hasta que los perros desaparecieron en el bosque. Tamas aceleró el paso y se colocó delante de los otros jinetes hasta que llegó al bosque, y luego aminoró la velocidad y permitió que lo sobrepasaran. Cerró los ojos, oyendo los ladridos cada vez más suaves de los perros, un sonido relajante para sus oídos.

Al rato abrió los ojos y se encontró solo con Olem. El caballo del guardaespaldas trotaba junto al suyo. La mirada de Olem escrutaba la vegetación de los alrededores con la concentración de un halcón.

—¿Nunca te relajas? —preguntó Tamas.

—Desde lo del Guardián, no, señor.

Tamas veía algunos caballos más adelante, y oía algunos que venían detrás. Los cazadores habían comenzado a dispersarse para disfrutar el paseo a caballo mientras los perros corrían hasta el agotamiento. La actividad duraría todo el día, hasta que uno de los perros alcanzara al voluntario que llevaba la esencia o hasta que llegaran al punto de llegada de la carrera. El año anterior, Pitlaugh encontró al voluntario a mitad del día, con lo que se ganó la ira de la nobleza de Adro por interrumpirles la caza y un palmetazo en el costillar por parte de Tamas.

Dejó de pensar en los recuerdos de las cacerías pasadas y se volvió hacia Olem.

—No fue culpa tuya. Me enviarán más Guardianes. Poco harás contra uno de ellos.

Olem apoyó una mano sobre su pistola.

—No me descartéis tan rápido, señor. Puedo causar más daño del que os imagináis.

—Por supuesto —dijo Tamas suavemente. Estaba más relajado de lo que había estado en… bueno, parecían años. Dejó que su mente divagara, disfrutando de la brisa fresca que se colaba por los árboles y del brillo del sol que de vez en cuando le daba en el rostro. Era un perfecto día soleado para la Cacería del Valle del Huerto.

La voz de Olem interrumpió sus pensamientos.

—Una pregunta, señor.

—Si es sobre Kez, no quiero oírla.

—Me preguntaba qué es lo que vais a hacer con Mihali, señor.

Tamas se sacudió y salió de su ensueño. Miró molesto a Olem, mientras el soldado seguía explorando el bosque con la vista.

—Estoy pensando en enviarlo de nuevo a Hassenbur —respondió. Olem le clavó la mirada—. Oh, no. ¿También tú? Entendería que los soldados comunes le tomen cariño, pero no tú.

—Yo *soy* un soldado común, señor. Pero vos mismo habéis

constatado lo mucho que vale —dijo Olem—. Crea comida de la nada.

—Me arriesgo a enfurecer a Claremonte. El benefactor del manicomio no es un hombre con el que se pueda jugar, dada la posición que ocupa en la Sociedad Mercantil Brudania-Gurla. Me arriesgo a perder todas nuestras provisiones de salitre. En este momento de la guerra, la pólvora es más importante que la comida.

—¿Y después? —preguntó Olem.

—Mihali está loco, Olem. Su sitio es el manicomio. —Tamas eligió sus palabras con cuidado—. Sería una crueldad permitirle llevar la vida de un hombre normal. —Sabía que en su mente esas palabras tenían sentido, pero le sonaron erróneas cuando las dijo en voz alta. Frunció el ceño—. En el manicomio puede recibir ayuda. ¿Has podido revisar los nombres que nos dio Adamat? —preguntó, reacio a seguir con aquella conversación.

Estaba claro que Olem se sentía molesto por haber visto interrumpida de manera tan abrupta la charla sobre el futuro de Mihali.

—Sí, señor —dijo con frialdad—. Nuestra gente lo está investigando. Poco a poco. No tenemos suficientes hombres, para ser sincero, pero las corazonadas de Adamat están resultando acertadas.

—Dijo que elaboró esa lista de nombres y barcos en solo dos días de investigación —dijo Tamas—. Desde que comenzó la guerra, toda la fuerza policial de esa zona solo ha conseguido media docena de traficantes keseños. ¿Cómo hace él para trabajar tan rápido?

Olem se encogió de hombros.

—Tiene un don. Además, no sufre las restricciones de la policía. No lleva uniforme. No se lo puede sobornar ni intimidar.

—¿Lo crees capaz de encontrar a mi traidor? —preguntó Tamas.

—Quizá. —Olem no parecía tan seguro—. Ojalá hubierais puesto más hombres a trabajar en eso. No deberíais dejar el destino de Adro en las manos de un investigador retirado.

Tamas meneó la cabeza.

—Como tú has dicho, él puede ir a lugares donde la policía no puede. No puedo confiárselo a nadie más. Todas las personas en quienes realmente confío (tú, Sabon, el resto de la camarilla de la pólvora) están llevando a cabo tareas de la mayor importancia, y ninguno tiene los talentos y habilidades de Adamat. Si *él* no puede encontrar a mi traidor, nadie más puede hacerlo.

Olem le dirigió una mirada sombría. La comisura del labio le tembló, y Tamas sintió una punzada de pánico en el pecho.

—Otorgadme una orden de propósito —dijo Olem en voz baja—. Y cincuenta hombres. Yo averiguaré quién es el traidor.

Tama puso los ojos en blanco.

—No pienso permitir que destroces a mi junta con un cuchillo de

carnicero y un hierro candente. No quedará nada de ellos, y yo me habré hecho enemigo de las personas más poderosas de Adro. Lo siento, Olem, pero necesito que vigiles mis espaldas, y necesito a los otros cinco de la junta, los que no son traidores, completamente intactos. —Tamas se volvió al escuchar unos caballos que venían galopando detrás de ellos—. Maldición, esperaba que este fuera un día placentero.

—¡Hola, mariscal! —dijo Charlemund. El archidiocel no parecía en absoluto un hombre de la Cuerda. Llevaba con orgullo sus colores de caza montando un caballo que pesaría al menos cincuenta o sesenta kilos más que el de Tamas. Lo seguían tres jovencitas; probablemente fueran sacerdotisas, aunque era imposible aseverarlo porque llevaban colores de caza. Justo detrás de las mujeres iba Ondraus, el tesorero. El anciano llevaba un abrigo de caza negro y pantalones de color claro para indicar que él no formaba parte del evento como tal, y aun así cabalgaba con un porte y una seguridad en sí mismo que Tamas no habría esperado de un contable con pretensiones.

—¿Cuántos perros tenéis compitiendo hoy, Charlemund? —preguntó Tamas.

El archidiocel le dirigió la mirada amarga que siempre acompañaba sus respuestas cuando alguien olvidaba usar su título.

—Diez —dijo—. Aunque, en rigor, tres corren en nombre de las damas aquí presentes. —Señaló a sus acompañantes—. Sacerdotisas Kola, Narum y Ule, este es el mariscal de campo Tamas.

Tamas las saludó con la cabeza. Ninguna de ellas parecía tener más de veinte años, aunque tuvieran el rango de sacerdotisa. Eran demasiado jóvenes. Y bonitas. Las mujeres así de atractivas no solían servir a la Iglesia.

El tesorero se colocó junto a Tamas.

—Ondraus —dijo Tamas—. Sois la última persona que esperaría encontrarme en una cacería.

Ondraus se volvió sobre la montura y señaló detrás de ellos.

—No, *él* es la última persona que esperaríais encontrar en una cacería.

Un caballo atravesó con dificultad unas zarzas cercanas, espoleado con una sucesión incesante de insultos de Ricard Tumblar. Al jefe sindical se le clavó una espina en la mejilla y lanzó un grito al tiempo que daba una patada al caballo. Montura y jinete emergieron de las zarzas al galope para alcanzar a los demás. Cuando el caballo se le acercó, Tamas extendió la mano y lo tomó de la brida. Se inclinó y le colocó una mano entre los ojos.

—Chist. Tranquilo —le dijo para calmarlo—. Por los cielos, Ricard, deja de espolearlo. Solo lograrás caerte.

Los talones de Ricard estaban clavados en los flancos del animal.

De inmediato los aflojó y lanzó un gran suspiro.

—Hijo de puta —dijo—. Yo fui hecho para viajar en carruaje, no a lomos de un caballo.

Charlemund le sonrió.

—Ya lo veo —dijo—. Todos lo vemos. He visto niños que cabalgan mejor que vos.

—Y yo he visto proxenetas con menos putas —le espetó Ricard.

Las tres sacerdotisas ahogaron un grito. El archidiocel hizo girar su animal para enfrentarse a Ricard, con una mano apoyada en la empuñadura de su espada.

—Retractaos, u os arrancaré el pellejo.

Ricard extrajo una pistola del cinturón.

—Os volaré el rostro si dais un solo paso.

Tamas lanzó un gemido. Agarró la pistola de Ricard por el cañón y la apartó de un empujón.

—Guardad las armas, los dos —dijo. Llevó a su caballo junto al de Ricard—. ¿Amenazas al archidiocel? —rugió—. ¿Estás loco?

Ricard se limpió la sangre de la mejilla, del arañazo de las zarzas. Se miró los dedos.

—Maldita cacería.

—¿Para qué has venido?

—Me insistió lady Winceslav —dijo Ricard—. Dijo que ahora formo parte de la aristocracia, por ser miembro de la junta, y que es lo que se espera de mí. Me he divertido más en el fondo de un barco pesquero.

—¿Nunca habíais montado a caballo? —le preguntó Olem.

Ricard volvió a colocarse la pistola en el cinturón y tomó las riendas con ambas manos.

—Nunca. Cuando era pequeño, mi padre no tenía dinero para pagar lecciones; para cuando se me ocurrió, ya contaba con los medios para permitirme viajar en carruaje. Ahora bien, ¿dónde diablos está el encargado de los perros? Lady Winceslav me dijo que ese idiota permanecería a mi lado para no hacerme quedar como un imbécil.

—No ha tenido éxito —dijo Charlemund.

Ricard lo miró con furia. Tamas le dio un fuerte codazo en las costillas. Ricard se volvió hacia las sacerdotisas.

—Mis disculpas, señoritas. Mis comentarios no iban dirigidos a vosotras.

Como si lo hubieran ensayado, las tres volvieron el rostro a la vez. Ricard suspiró.

—He venido para pasar una tarde placentera —dijo Tamas mirando al grupo—. ¿Podré tener eso o necesitaré cabalgar a solas? —Ricard y Charlemund refunfuñaron en voz baja. Tamas siguió cabalgando, guiando al caballo de Ricard—. Deja que él tome el mando —dijo

después de un momento, soltando la brida—. Sabe por dónde va y conoce a los otros caballos. Los seguirá por su cuenta. Sabe que no sabes lo que haces. Si intentas asumir el mando, luchará contigo todo el trayecto.

Ricard asintió con la cabeza y evitó mirar a Charlemund y a sus sacerdotisas.

Enseguida se les sumó el encargado de los perros.

Tamas se sorprendió al ver que lo conocía.

—¡Gaben! —lo saludó.

—Señor. —Gaben se colocó a su lado, todo sonrisas. Era un joven ágil que daba la impresión de sentirse muy a gusto montado a caballo. Los encargados de los perros solían estar allí para que los sabuesos no se salieran del camino, pero era obvio que aquel estaba allí para que *la gente* no se saliera del camino.

—Olem, este es Gaben —dijo Tamas—. El hijo menor del capitán Ajucare.

—Encantado de conocerte —dijo Olem—. Conozco al capitán hace muchos años.

Gaben extendió la mano.

—¿Tú eres el Dotado que no duerme?

—Correcto.

—Es un placer.

—Así que lady Winceslav te ha puesto con Ricard, ¿verdad? —dijo Tamas.

Gaben asintió con la cabeza.

—Dijo que podría necesitar algo de ayuda.

—Parece ser que lo has perdido de vista un momento.

—Atravesó unas zarzas, señor. Yo decidí rodearlas.

—Muy listo. He oído decir a tu padre que posees un singular talento con los caballos.

—Exagera —dijo Gaben modestamente.

—No, estoy seguro de que no. —Tamas notó que observaba a las jóvenes—. Por favor, no quiero retenerte.

Gaben aceleró el paso hasta quedar junto a las sacerdotisas y respondió sus preguntas acerca de la caza. Poco después, el comandante Sabastenien los alcanzó por detrás sin hacer ruido. Se reunió con el encargado de los perros y las sacerdotisas y oyó en silencio su conversación.

Tamas se inclinó hacia Olem.

—El comandante Sabastenien me impresionó durante el conflicto con los realistas. Durante los próximos años le mantendremos un ojo encima. Hazme caso, será comandante superior para cuando tenga cuarenta años.

El silencio reinó en el bosque; el único ruido que se oía era el de los

caballos y la conversación de los jóvenes, que iban unos cuantos metros por delante de ellos. Tamas comenzaba a disfrutar de la relativa calma cuando Ondraus habló.

—Quiero que me habléis de ese cocinero.

Tamas se volvió en su montura para mirar a Ondraus. El camino tenía el ancho suficiente para que los cuatro cabalgaran lado a lado. Tamas estaba en un extremo con Ricard a su derecha, apenas retrasado; Ondraus iba entre Ricard y Charlemund. Olem iba detrás de ellos con los ojos puestos en el bosque.

—¿Qué cocinero? —dijo Tamas.

—El que está proveyendo de comida a todos los funcionarios y trabajadores de la Casa de los Nobles, además de vuestras tropas —dijo Ondraus. El viejo contable lucía una expresión de alerta en el sol de la tarde y, encorvado y todo, montaba su caballo como un hombre mucho más joven. Miró a Tamas a los ojos—. El que prepara platos que nunca se habían visto en Adopest y recibe cargamentos de ingredientes que están fuera de temporada en esta parte del mundo, sin haber hecho primeramente el pedido. El que está alimentando a cinco mil personas con solo unos cientos de kranas de harina y carne al día. —Ondraus sonrió levemente—. El que dice ser un dios. ¿O todo esto es algo que aún no habíais notado?

Tamas aminoró un poco el paso de su caballo y esperó que los otros hicieran lo mismo. Las sacerdotisas, el comandante de brigada y el encargado de los perros siguieron cabalgando sin darse cuenta de nada. Cuando estaban fuera del alcance del oído, Tamas le respondió:

—Es un Dotado. No un dios.

Charlemund resopló.

—Me alegra oírlo. Es blasfemia.

—¿Entonces estáis informado? —dijo Tamas, resignado. Había tenido la esperanza de que la mirada de Charlemund pasara por encima de Mihali sin verlo. Una esperanza vana, por cierto.

—Claro que sí —dijo Charlemund—. Mis colegas de la Iglesia están al tanto de la situación. He recibido sus comunicados esta misma mañana.

—¿Y?

—Desean que lo ponga inmediatamente bajo la custodia de la Iglesia. Antes de que se esparzan más mentiras de las suyas.

—Es inofensivo —dijo Tamas—. Escapó del manicomio Hassenbur. Lo enviaré de regreso allí un día de estos. —Lo último que necesitaba era que se involucrara la Iglesia.

—¿Quién es? —preguntó Ondraus.

—Es el lord de los Chefs Dorados —dijo Tamas.

—No me toméis el pelo —dijo Ondraus, sorprendido.

—Es cierto —dijo Ricard de pronto—. Lord de los Chefs Dorados es

un título de nobleza entre los expertos culinarios. Significa que es el mejor cocinero de los Nueve. Me cuesta creer que esté en la ciudad.

—¿Lo conoces? —Preguntó Tamas.

—Conozco cosas *sobre él* , diría yo —dijo Ricard—. Hace cinco años, pagué una fortuna para que cocinara para Manhouch. Fue esa cena lo que convenció al rey de que me permitiera fundar un sindicato. Nunca había probado semejantes platos. —Lanzó un silbido por lo bajo—. Su sopa de calabaza es para morirse. Me encantaría verlo.

Tamas reprimió una sonrisa al pensar en la sopa de calabaza de Mihali. La boca le salivó un poco y, por un momento, le pareció percibir el aroma, como si Mihali estuviera preparando una olla de sopa en medio del siguiente claro del bosque.

—Bueno —dijo Charlemund—, no lo conoceréis. Lo pondré bajo custodia de la Iglesia esta misma noche. Solo me he abstenido de enviar la orden esta mañana por respeto a Tamas.

—¿Y si yo no permito que se lo lleven? —dijo Tamas con ligereza.

Charlemund se rio, como si Tamas hubiera hecho alguna clase de broma.

—Eso no es una opción. Ese hombre es un pagano y un hereje. Todos sabemos que hay un solo Dios, Kresimir.

—¿No se supone que Adom, Unice, Rosvel y los demás son hermanos y hermanas de Kresimir? —preguntó Tamas—. No estoy muy al día con las tradiciones eclesiásticas…

—Doctrina, no tradiciones —dijo Charlemund—. Pura semántica. Ellos lo ayudaron a crear los Nueve, sí, y por eso se los considera santos. De ellos, el único Dios es Kresimir. Sostener lo contrario va contra la doctrina de la Iglesia. Eso fue decidido en el Concilio de Kezlea en el año 507.

Ricard abrió unos ojos como platos.

—*Sí* que sabéis cosas sobre la Iglesia. ¡Es increíble! Yo pensaba que lo único necesario para ser un archidiocel era tener un sombrero bonito y un harén.

Charlemund ignoró a Ricard como podría ignorarse en el mercado a un vendedor de alfombras irritante.

—El Concilio también establece que los herejes y los blasfemos caen dentro de la jurisdicción de la Iglesia. Todos los reyes de los Nueve firmaron el acuerdo.

—Lo interesante —dijo Tamas— es que Adro ya no tiene rey.

Charlemund pareció quedarse perplejo por ese comentario.

—¿Qué…?

—¿Se le ha ocurrido pensar a alguno de los archidioceles —dijo Tamas— que Adro ya no se encuentra atada a ninguno de los acuerdos firmados por los reyes anteriores? Técnicamente, ni siquiera debemos

seguir pagando el diezmo.

—No creo que eso sea cierto —farfulló Charlemund—. O sea, teníamos un acuerdo…

—Con Manhouch —dijo Ondraus. El tesorero tenía una sonrisa desagradable en el rostro, y Tamas se preguntó si no le había dado a Ondraus una excusa para hacer algo que fuera a enajenar completamente a la Iglesia. Cerró los ojos con fuerza. “Ah, por Kresimir. No debería haber dicho nada”.

—Creo que me gustaría volver a concentrarme en la cacería —dijo Tamas antes de que Charlemund pudiera responder—. Casi no llego a oír a los perros. —Aceleró el paso y enseguida alcanzó al encargado de los sabuesos.

Gaben se volvió.

—Señor —le dijo—. Nos hemos retrasado significativamente con respecto al resto del grupo.

—Sí —dijo Tamas—. Me he dado cuenta.

—Con vuestro permiso, señor —dijo Gaben—. Quisiera que tomáramos un atajo a través del bosque. Sé dónde planean estar dentro de, ah…—echó una mirada al sol, que se veía a través de los árboles— unas dos horas. Creo que podremos alcanzarlos allí. De otra manera, quizá no los cogeremos hasta que la cacería haya terminado.

—Señor —dijo Olem en voz baja—, es peligroso dejar el camino de la cacería. Estos bosques pertenecían al rey, son más extensos que Adopest y todos los alrededores juntos. Yo jugaba aquí de niño. Si nos perdemos, podrían pasar días hasta que nos encuentren.

—Avanzaremos lento —dijo Gaben—, a través de la maleza, pero no deberíamos tener problemas para adelantarlos. Conozco bien estos bosques.

—No me gusta, señor —dijo Olem.

Tamas dejó de lado su propia incomodidad y le sonrió a Olem.

—Cálmate. Conozco a Gaben desde que era un crío. Lo peor que nos podemos encontrar aquí son ciervos. Guíanos.

Avanzaron al trote, en fila india, atravesando el bosque por el sendero de ciervos. Las sacerdotisas bromeaban en voz alta detrás de Tamas. Él dejó divagar la mente, analizó planes de batalla y estrategias. Aún no habían comenzado las hostilidades en las Puertas de Wasal. Solo se había abierto fuego en el Pico del Sur, y la singular ubicación de la fortaleza requería muy poca estrategia. A pesar de la poderosa hechicería de los keseños, habían estado rechazando sus avances durante un mes con un mínimo de bajas. Tan solo pensar en la traición de Julene hacía que a Tamas le hirviera la sangre.

Y Taniel. ¿Qué podría hacer? Bo seguía vivo y ambos estaban trabajando juntos para rechazar a Kez. Eso satisfacía a Tamas, pero Bo

seguía bajo la influencia del geas. ¿Podría confiar en ellos? Taniel había desobedecido sus órdenes. Tendría que haber consecuencias, aunque Taniel sostenía que hubo buenos motivos para mantener con vida a Bo; necesitaban la ayuda del Privilegiado para defender la Fortaleza de la Corona.

Tamas conocía la razón verdadera. Taniel no había podido hacerlo. No había sido capaz de matar a su mejor amigo, incluso cuando era necesario, incluso bajo las órdenes de su superior. Taniel debía de saber que Tamas vería más allá de las excusas. Dejó de pensar en todo aquello, no quería que le arruinara el día.

El terreno fue cambiando poco a poco mientras cabalgaban. Descendieron a un valle donde los arrinconaban peñascos cubiertos de musgo. Allí el suelo del bosque estaba tapado con ramas caídas y agujas de pino podridas. Aquel lugar parecía acallar todo sonido. Tamas sintió una mano helada que le trepaba por la columna. El bosque parecía viejo y profundo, y el traqueteo de los cascos de los caballos resultaba intrusivo.

El sendero de ciervos llegó a su fin, y el grupo comenzó a seguir un pequeño arroyo. Los peñascos se hicieron más grandes y las copas de los árboles, más espesas. Parecía que ni siquiera habían llegado al fondo del valle. Tamas no recordaba aquel lugar de cacerías anteriores.

En un momento dado, Tamas se encontró observando con detenimiento la nuca de Ondraus. Unos mechones de cabello blanco se aferraban a su cráneo, junto a un par de lunares del tamaño de una moneda de dos kranas. ¿Era él el traidor? Tamas era plenamente consciente de que cabalgaba con cuatro miembros de su junta, cada uno de los cuales tenía las mismas probabilidades de ser el traidor que los demás.

De pronto, Olem azuzó a su caballo. Adelantó a los demás jinetes y se detuvo frente al encargado de los perros.

—¿Dónde estamos? —dijo.

—Ya casi hemos llegado —respondió Gaben—. Falta poco más de un kilómetro para volver a la cacería.

—Entonces, ¿por qué no oigo los perros? —dijo Olem.

Tamas cabalgó hasta la cabecera de la fila, seguido de cerca por Charlemund y Ondraus. Ricard permaneció detrás de todo, con la vista fija en los peñascos que los rodeaban.

—Es imposible oír nada con estas rocas —dijo Gaben mientras Tamas tiraba de las riendas para detenerse.

—No estamos ni cerca de la cacería —dijo Olem—. Esta es la Mesa de Billar del Gigante. Yo corría por aquí de pequeño.

Tamas le frunció el ceño a Gaben.

—Explícate. —De los peñascos de más arriba cayó una roca. Tamas

se volvió y buscó con la mirada hacia el bosque—. ¿Ricard? —El caballo de Ricard se encontraba solo al final de la columna, con las riendas apoyadas sobre la rama rota de un árbol. Ricard no estaba. Tamas se volvió hacia Gaben—. ¡Explícate ahora mismo!

Tamas oyó el sonido de hojas en el bosque que los rodeaba. Se volvió de nuevo, buscando. No vio nada. Ricard llevaba consigo una pistola. Tamas extendió los sentidos. Ricard estaba cerca, percibía la pólvora. Había subido a uno de los peñascos y yacía tumbado sobre uno de ellos, de cara al grupo. ¿Era Ricard el traidor? ¿Era alguna clase de trampa? Ricard portaba una pistola. Seguramente sabía que Tamas podría encontrarlo tan solo con seguir la pólvora.

Un hombre apareció sobre un peñasco que había un poco más adelante. Sostenía un arco abierto y con una flecha en posición, apuntando hacia Tamas. Miraba con un solo ojo, porque el otro estaba cubierto con un trozo de tela blanca. Era mayor que Tamas, y tenía el rostro curtido por las batallas. Tenía una capa hecha de parches color marrón y verde para mimetizarse con el bosque.

—Comandante Ryze —dijo Tamas.

Olem le arrojó una pistola a Tamas y preparó el fusil moviéndose con la velocidad de un soldado experimentado. Él atrapó la pistola en el aire y la apuntó hacia el comandante sin molestarse en amartillarla. Un mago de la pólvora no necesitaba hacerlo.

—Bajad el arma —dijo Ryze, sin vacilar con el arco. Dio medio paso hacia delante, pisando con seguridad sobre el peñasco. Su capa se movió por el viento y dejó ver el color escarlata de la cacería.

—Os mataré ahora mismo —le advirtió Tamas.

—Quizá —dijo Ryze—, pero no a todos nosotros.

Tamas mantuvo la mirada fija en Ryze.

—¿Olem? —dijo.

—Estamos rodeados, señor —respondió Olem sombríamente—. Todos portan arco. Quince. Pero puede haber más en el bosque.

—Hay más —dijo Ryze.

—¿Sabéis quién soy? —le espetó Charlemund. Tamas no necesitó mirar para saber que Charlemund había desenvainado su espada. De poco le serviría contra un grupo de arqueros posicionados por encima de ellos.

—Lo sabemos, archidiocel —dijo Ryze—. Y no sufriréis daño si el mariscal Tamas viene con nosotros. Ninguno de vosotros sufrirá daño.

—¡Os destruiré! —gritó Charlemund.

—Seguro que sí —dijo Ryze sin emoción alguna—. Mariscal, por favor.

Tamas hizo un inventario mental de las armas que llevaba encima. Una docena de balas. No alcanzaban para matar a quince hombres dispersando los disparos, incluso en la mejor de las circunstancias.

Pensó en Ricard tumbado sobre uno de los peñascos y se preguntó si estaba allí porque había percibido una trampa o porque la había puesto él.

—Parece que no tengo alternativa —dijo.

—Así es —dijo Ryze. Su único ojo fue pasando lentamente por todo el grupo—. Vamos.

Tamas volvió a extender los sentidos. Ninguno de ellos llevaba un grano de pólvora encima. Habían sido muy cuidadosos. Extendió los sentidos aun más, para ver si en el bosque había más hombres armados con pólvora. Se quedó helado. Había un Privilegiado en el bosque.

—¿Por qué os habéis vendido a Ipille? —dijo Tamas—. Lady Winceslav confiaba en vos.

Ryze meneó levemente la cabeza.

—Esto no tiene nada que ver con Kez. Yo sirvo a Adro y a lady Winceslav.

—Entonces, ¿por qué hay un Privilegiado en el bosque, en esa dirección? —preguntó Tamas señalando hacia el norte.

Los ojos de Ryze se ensancharon un poco.

—Esto no tiene nada que ver con Kez —repitió—. Vamos, venid con nosotros o los eliminaremos a todos y lo resolveremos después.

Los dedos de Ryze se crisparon sobre el arco. Se decía que era un tirador excelente con arco, ballesta, fusil o pistola. Tenía la reputación de actuar, y de hacerlo con brutalidad si era necesario. Tampoco era idiota. No en vano había ascendido a comandante de brigada de las Alas de Adom.

Tamas hizo avanzar a su caballo.

—Desmontado —dijo Ryze, señalando el suelo con la punta de la flecha—. Entregad vuestras cargas de pólvora a vuestro guardaespaldas. También la pistola. Atad el caballo a un árbol.

Tamas obedeció y se acercó al comandante Ryze.

—Cabrón —dijo Olem—. Cabrón de mierda. Te arrancaré el otro ojo.

—Calmad a vuestro perro —dijo Ryze.

—Olem, está bien —dijo Tamas. Se detuvo junto a Gaben y lo miró —. Supongo que este es uno de los vuestros —le dijo a Ryze.

—Así es —respondió el otro—. Él llevará a los demás de regreso a la cacería.

—Idos al abismo —dijo Tamas—. Olem, lleva a los demás a un lugar seguro. Has dicho que jugaste aquí de pequeño. ¿Sabes salir?

—Sí —respondió Olem. Sonaba abatido.

—Entonces, es una orden —dijo Tamas—. No vuelvas a buscarme hasta que todos hayan salido del bosque.

—Si nos sigues, le cortaré el cuello —dijo Ryze. Saltó del peñasco y

aterrizó en el suelo con un golpetazo que sonó hueco.

El mercenario hizo que Tamas avanzara frente a él. Pronto fueron flanqueados por un par de leñadores, y luego por dos más. Tamas vio que no llevaban colores de caza debajo de las capas. Probablemente habían estado esperando durante horas.

—Ryze —exclamó alguien de pronto. Tamas se volvió a la vez que el comandante. Se trataba del comandante Sabastenien, el mercenario silencioso. Su voz era tranquila, sosegada—. Os cortaremos la cabeza por esta traición. Lady Winceslav no tolerará esto.

—Lo sé —respondió Ryze. Había un dejo de tristeza en su voz. Le dio la espalda a Sabastenien y guio a Tamas por el bosque. Apenas estuvieron fuera de la vista del otro grupo, Ryze comenzó a trotar e instó a Tamas a avanzar tocándolo con la punta de una daga. Lo hizo casi distraídamente, como si hubiera olvidado que estaba tratando con un prisionero. Tamas miró por encima de su hombro y sopesó al comandante.

—¿Por qué hacéis esto? —dijo Tamas.

—Silencio —dijo Ryze en un tono de voz que no era desagradable —. Ni siquiera sabéis qué es *esto* . ¿Decís que hay un Privilegiado en el bosque?

Tamas se detuvo de pronto. Se volvió y aferró al comandante por la muñeca que empuñaba la daga. Ryze apretó el mango y le llevó una mano al hombro. Forcejearon en silencio por un momento sin que ninguno sacara ventaja, hasta que uno de los hombres de Ryze intervino y golpeó a Tamas en la base de la espalda. Tamas gruñó y soltó la muñeca de Ryze. Cayó de rodillas.

—¡Apártate! —le gritó Ryze a su hombre. Cogió a Tamas del antebrazo y lo ayudó a ponerse de pie—. Me han traicionado —dijo en voz baja, para que solo Tamas lo oyera.

—A mí también. —Tamas le echó una mirada feroz al comandante. En otra época, había considerado a Ryze un colega, aunque nunca habían sido tan cercanos como para ser amigos. Algunas décadas antes, habían servido juntos en el extranjero.

—No es lo que estáis pensando. —Ryze dio un paso atrás y bajó la daga—. No he venido aquí para mataros, mariscal, ni para entregaros a Kez.

—Entonces, ¿qué es esta farsa? —Tamas se preguntó si le convendría volver a atacar a Ryze. Quizá pudiera sacarle ventaja, pero los hombres de Ryze observaban de cerca.

—Esto es para advertiros —dijo Ryze—. He traído a mis hombres de mayor confianza, pero parece que no ha sido suficiente. ¿Estáis seguro de que hay un Privilegiado en el bosque?

—Sí —dijo Tamas lentamente. Abrió su tercer ojo—. Se está acercando. Hay Guardianes con él. —Tan solo pensar en eso lo dejó

helado. El comandante Ryze parecía hablar con sinceridad, pero Tamas aún no podía fiarse de él. Quizá solo estaba haciendo tiempo, esperando que el Privilegiado los alcanzara.

Ryze maldijo.

—¡Kah! ¡Loadio! Tomad posición allí y allí. —Señaló un par de peñascos. Los hombres asintieron con la cabeza y treparon a las rocas—. Matad al hechicero —ordenó. Se volvió hacia Tamas—. ¡Corred! —le dijo, y salió corriendo.

Tamas estudió la posibilidad de separarse, aprovechar para escapar. Dudó un momento y luego siguió a Ryze hacia el bosque. Mientras avanzaban, Ryze fue llamando a sus hombres y colocándolos por pares entre él y el hechicero. Por momentos, Tamas miraba por encima de su hombro, buscando con su tercer ojo el resplandor color pastel del Privilegiado. El hechicero avanzaba rápido, al igual que los brillos tenues de sus poderes. Los Privilegiados no se movían a esa velocidad, salvo que los cargara un Guardián.

Ryze se volvió para gritar una orden a uno de sus hombres y se detuvo. Tamas estuvo a punto de atropellarlo. Ryze desenvainó una daga y se colocó en pose de combate.

Tamas se volvió. Solo quedaban dos hombres de Ryze a la vista. Uno de ellos era un soldado que tenía el arco colgado sobre el brazo; cayó sobre un montón de hojas secas, con un tajo que le atravesaba la garganta. El otro era Gaben. Con total tranquilidad, limpió su daga con la capa del soldado y se enfrentó a Ryze.

—Tu padre… —dijo Ryze.

—Es un completo idiota que nunca debería haber seguido a este traidor —dijo Gaben señalando a Tamas. Se preparó para enfrentarse a Ryze con la daga—. Todo lo que tengo que hacer es mantenerte ocupado hasta que llegue el duque.

El viejo comandante de brigada cargó daga en mano contra el joven. Desvió un ataque, lanzó un corte, luego saltó sobre Gaben y le clavó la daga en el pecho. No había sido una contienda. Ryze se puso de pie, con su único ojo rojo de ira, y miró el camino por el que habían llegado. Tamas oyó estallidos de hechicería en el bosque, y el crujido de un árbol que caía.

—He conducido a mis hombres a la muerte —dijo Ryze. Cerró el ojo con fuerza y soltó la daga. Tamas notó que el mercenario tenía sangre en la capa. Ryze se tocó la herida—. Una estocada afortunada —dijo señalando al joven muerto.

Tamas ayudó a Ryze a sentarse en un pequeño claro en el suelo del bosque, inclinándolo contra un leño.

—Decidme lo que me tengáis que decir, antes de que todo esto haya sido para nada —le dijo. Los sonidos de hechicería se estaban acercando.

—No he podido acercarme a vos durante bastante tiempo —dijo Ryze—. Este ha sido un plan estúpido, pero entendedme, señor, estaba desesperado. El comandante Barat nos ha traicionado. Tiene prisionero a mi hijo menor. Yo tenía la esperanza de convenceros a vos de dejar la cacería y ayudarme a rescatarlo. Tendríamos horas de ventaja hasta que se dieran cuenta de que no estábamos. —Ryze se pasó una mano sobre el rostro. Tenía las mejillas empapadas de sudor, mezclado con lágrimas—. No sabía que nos habían traicionado.

—¿Es él el traidor? —preguntó Tamas—. ¿Lo sabe lady Winceslav?

—No es el único traidor. Está trabajando con alguien de vuestra junta. Y no. Lady Winceslav no tiene ni idea. Está cegada por amor. Barat la sedujo. Hice todo lo posible por que lo enviaran al frente o fuera del país, pero ella no quiere saber nada de eso. Él es el único a quien hace caso en este momento.

—¿Sabéis con quién está trabajando?

—No. ¡Huid! —Ryze se lanzó hacia delante y lo empujó. De pronto el bosque estalló en llamas, y el calor quemó las manos y el rostro de Tamas. Chocó contra el suelo, rodó, luego se puso de pie y se volvió hacia Ryze. El viejo comandante lanzó un alarido, a la vez que la piel se le despegaba del cuerpo y se le chamuscaba la carne. Tamas se lanzó detrás de un peñasco, con la mirada atenta a cualquier señal del Privilegiado y sus Guardianes. Oyó un crujido y lo último que recordó fue que el peñasco explotaba.

Capítulo 24

—¿Qué es lo que queréis?

Lord Vetas se encontraba en el umbral de la casa de Adamat. Estaba muy elegante, con un frac nuevo color negro y botas a juego, tan brillantes que molestaban a la vista. Debajo llevaba chaleco escarlata y camisa de seda negra. Sostenía el sombrero en la mano y tenía el cabello corto, alisado contra la cabeza. Adamat se restregó los ojos para terminar de despertarse y se ciñó la bata. Echó una mirada al reloj del vestíbulo.

—Son las siete —dijo con voz inexpresiva.

—¿Puedo pasar? —preguntó lord Vetas. Hablaba en tono amable.

—No. ¿A qué habéis venido? —Adamat hizo una pausa, de pronto sintió sospechas—. ¿Y dónde están vuestros matones?

—Hoy no necesito hacer amenazas —dijo lord Vetas—. La última vez, mis hombres me acompañaron únicamente para encargarse de Palagyi. Supongo que no habréis tenido problemas para deshaceros del cadáver, ¿verdad?

A juzgar por la preocupación que expresaba, podría estar preguntando por el té del desayuno.

—No particularmente, gracias —dijo Adamat—. Ahora decidme por qué estáis aquí.

Lord Vetas parecía imperturbable ante el tono brusco de Adamat.

—Tengo un regalo para vos —respondió. Extrajo una caja negra pequeña—. Aún no os habéis puesto en contacto conmigo. Supongo que habéis decidido no aceptar nuestra oferta de trabajo.

Adamat le quitó la caja.

—Decid a vuestro amo que se vaya al abismo. Acudí a la dirección que decía la tarjeta, era un almacén vacío cerca del río. No me sirvió para nada. Y vos —agregó—. Vos no existís. No he tenido demasiado tiempo para rastrearos, pero no existe ningún “Lord” Vetas.

—Muy astuto —dijo Lord Vetas—. Pero la dirección es legítima. Me sorprende que mis hombres no se percataran de vuestra visita. De

hecho, me impresiona. —Alzó las manos y aplaudió suavemente—. Vuestras habilidades como investigador son impresionantes. No tengo duda de que terminaréis descubriendo mi identidad y la de mi amo.

—¿Por qué no me decís quién sois y nos ahorramos la molestia ambos?

Lord Vetas solo sonrió.

—Estáis llevando a cabo una investigación para el mariscal de campo Tamas, sobre el posible traidor que hay dentro de su junta.

—No.

—No me mintáis, Adamat —dijo Lord Vetas—. Ya estoy al tanto.

—Aun si fuera cierto, no hablaría sobre una investigación en curso.

—¿Cuáles son vuestras conclusiones hasta el momento?

—¿No me habéis entendido? No tengo nada que hablar con vos. Buen día. —Adamat comenzó a cerrar la puerta. Lord Vetas levantó la mano cortésmente, como un empleado intentando llamar la atención de su superior—. ¿Qué?

—¿No vais a abrir vuestro regalo?

Adamat miró la caja que tenía en la mano frunciendo el ceño. Era lisa, negra, y estaba atada con una cinta de seda como las que usan los joyeros. Desató la cinta. Dentro de la caja había un dedo. Lo habían cortado a la altura del nudillo, y su experiencia sobre esas cosas le decía que pertenecía a un adolescente. Había un anillo en el dedo. El anillo había pertenecido al padre de Adamat. Era un anillo que él le había dado a…

Adamat comenzó a temblar. Volvió a colocar la tapa y guardó la caja en el bolsillo de su bata. Agarró a Lord Vetas por la pechera y lo hizo entrar por la fuerza. Cerró la puerta de una patada y lo empujó contra la pared. Lord Vetas no protestó. Su respiración no se alteró cuando Adamat le acercó el rostro.

—Pertenecía a vuestro hijo —dijo lord Vetas amablemente.

—¡Ya sé a quién pertenecía! —Adamat no pudo evitar gritar. Agarró a lord Vetas de la chaqueta con ambas manos y lo arrojó por el vestíbulo. Luego cogió su bastón del soporte que había junto a la puerta y desenvainó la hoja. Clavó la punta debajo de la barbilla de lord Vetas. El otro ni siquiera tembló.

—Si está muerto…

Lord Vetas miró la espada como si estuviera analizando una peculiaridad inofensiva que tuviera debajo de su nariz.

—Ah, está bien vivo. Eso es lo que pasa cuando se usan personas a modo de influencia. No proveen influencia alguna si están muertas.

—Os mataré.

—Matadme, y mi amo simplemente enviará a otro. Alguien que vendrá con una caja un poco más grande, que contendrá la cabeza de vuestra hija.

La hoja de Adamat le hizo correr una gota de sangre por el cuello. Lord Vetas extrajo un pañuelo y se la limpió.

—¿Por qué no debería mataros ahora? —susurró Adamat.

—Acabo de decíroslo. —Lord Vetas le sonrió comprensivo—. En este momento estáis demasiado sensible. Lo entiendo. Tomaos un minuto para calmaros y reconsiderar.

Adamat solo quería atravesarlo con su espada. Luchó por contenerse. Un pequeño temblor y el tipo se desangraría sobre la alfombra del vestíbulo.

SouSmith había aparecido en lo alto de la escalera en ropa de dormir. Adamat le hizo un gesto para que se alejara.

—¿Qué es lo que quiere saber vuestro amo?

—Todo. Todo lo que os haya dicho Tamas, todo lo que descubráis con vuestra investigación. Comenzando ahora.

Adamat suspiró, y perdió todo ánimo combativo. El miedo rellenó ese espacio vacío.

—Nada. No sé nada. —En el rostro de lord Vetas apareció un leve gesto de molestia—. Mi investigación aún no me lleva a ninguna conclusión. —Adamat intentó reorganizar sus caóticos pensamientos. Siguió recordándose que Josep seguía con vida. Todo estaría bien. Siempre y cuando le siguiera el juego a Lord Vetas.

—Comencemos por el principio —dijo Lord Vetas—. Dadme todos los detalles de vuestras investigaciones. De ambas.

Adamat comenzó a hablar. Las palabras le salían a borbotones, como si cada una fuera un ladrillo de un muro de seguridad que iba construyendo alrededor de su familia. En un momento dado se derrumbó, volvió a guardar la espada al bastón y se apoyó en él con todo su peso.

Le dijo a lord Vetas todo lo que sabía sobre la Promesa de Kresimir y la conclusión que habían sacado Tamas y él de que la Promesa no eran más que patrañas. Le habló de su visita nocturna al Palacio del Horizonte y de su reunión con Uskan. Incluyó detalles que no tenía intención de decir. Continuó hablando, reproduciendo sus conversaciones con Ricard Tumblar y con lady Winceslav. Lord Vetas permaneció en silencio todo el tiempo. Adamat no podía leer la expresión de su rostro; él absorbía la información sin inmutarse.

Habló tan rápido que en el momento ni siquiera se le ocurrió embarrar la verdad o directamente mentir. Cuando terminó, se sentó en la escalera con las manos temblorosas. Ya no le quedaba energía. Parecía que su edad finalmente lo había alcanzado y sobrepasado por mucho.

Lord Vetas se quedó pensando un momento.

—¿Dos meses de investigación, y esto es todo lo que tenéis?

Adamat entrecerró los ojos.

—He estado haciendo el trabajo de veinte personas.

—¿Y estos son todos los detalles que tenéis? ¿Estáis seguro?

—Estoy seguro. Yo no olvido nada.

—Ah, sí. Vuestro Don. Habladme de esta destrucción inminente de Adro.

—Sé muy poco. —Adamat estaba cansado. Lo único que quería era meterse en un agujero—. Es una profecía que sostiene que Kresimir regresará. Insinúa que habrá una gran violencia tras su retorno. Es una leyenda antigua.

Lord Vetas permaneció pensativo. Se limpió el cuello una última vez para quitarse la sangre y se puso el sombrero.

—Regresaré —le dijo—. Espero que, cuando eso suceda, tengáis algo de mayor interés para mí. Si no… —Sus ojos se posaron un momento sobre la caja que Adamat tenía en el bolsillo de su bata.

Capítulo 25

Taniel se limpió la sangre del rostro y observó a un par de mujeres que se llevaban a rastras a otro guardia del baluarte. Una bala le había rozado el cráneo, ni siquiera un minuto después de que él y Taniel compartieran una jarra de vino detrás de la relativa seguridad de los muros. Taniel cerró los ojos y trató de recordar el rostro su compañero. Por la noche lo dibujaría.

Había sangre por todos lados; sangre nueva, sangre vieja. Manchas rojas nuevas, en el suelo y en la casaca de Taniel; manchas viejas color óxido. Todo el baluarte olía a hierro salado. El hedor a muerte, que agobiaba y superaba lo demás, llegaba desde la ladera de la montaña y competía con las nubes de pólvora negra por el control de sus sentidos.

Los keseños iban transportando heridos por la ladera de la montaña a una velocidad alarmante. Eran empujados y pasados de mano en mano como sacos de grano para dejar sitio a nuevos soldados. La semana anterior habían construido un tobogán de madera en forma de V que bajaba hasta Mopenhague. Los muertos eran arrojados allí y empujados hacia abajo por hombres con palos, que se cubrían el rostro con bufandas de lino. Hacía tiempo que la madera se había tornado de un color marrón rojizo. Taniel no quería ni imaginarse el olor que tendría ese tobogán. En las planicies de abajo se veían pozos enormes donde iban arrojando los cadáveres.

Taniel estaba sentado contra el muro del baluarte, limpiando y recargando su fusil. Una bala común; le quedaban pocas banda-roja. Junto a él estaba Ka-poel, con su abrigo largo y su sombrero. Una bala le había arrancado un trozo de la solapa. Ella le devolvió la mirada preocupada e inclinando enigmáticamente la cabeza. Él se irguió sobre una rodilla y miró por encima del muro.

Las fortificaciones habían caído hacía semanas. No se había intentado recuperarlas. Los soldados keseños se ocultaban al otro lado de las estructuras y esperaban órdenes. Taniel alcanzó a ver a un

soldado que se asomaba para mirar, y disparó. El hombre se llevó una mano al rostro y gritó. Perdió el equilibrio. Se tropezó y comenzó a rodar por la ladera, y arrastró a dos de sus camaradas al intentar aferrarse a ciegas para evitar la caída.

Si sobrevivía a la caída, quedaría desfigurado de por vida.

Taniel se obligó a dejar de pensar en eso y se volvió para recargar. Una bala rebotó sobre el muro justo un momento después de ponerse a cubierto. Respiró hondo y comenzó a recargar.

—Encuéntrame un Privilegiado —le dijo a Ka-poel. Ella asintió con la cabeza y echó un vistazo por encima del muro.

Habían pasado semanas así. Los soldados keseños controlaban la montaña a partir de la primera fortificación. Amontonaban tierra en el camino para poder cubrirse y se ocultaban detrás de rocas, tierra y lo que pudieran encontrar. Habían estado subiendo artillería. Los restos destruidos habían caído por la ladera de la montaña poco después, abatidos por los cañones de la Guardia de la Montaña. Subieron más artillería, acompañada por Privilegiados con escudos. Después de incontables intentos, habían formado una cabeza de puente, y ahora había al menos quince claros en la ladera de la montaña desde donde la artillería disparaba contra el baluarte.

Cargaban a pie contra el baluarte con una frecuencia de reloj; pasadas algunas horas del ataque anterior, se formaban detrás de sus barreras y preparaban las armas. Luego sonaba un cuerno. Los keseños corrían cuesta arriba por el camino, solo para encontrarse con fuego intenso. Taniel prácticamente veía las promesas de gloria en los ojos de los oficiales antes de derribarlos. Le revolvían el estómago.

Todos los ataques fallaban, pero cada vez se encontraban un poco más cerca de la fortaleza. La Guardia también estaba perdiendo hombres. Los escudos mágicos de Bo eran atravesados por bombas de metralla. Algunos mosqueteros habían recibido una bala entre los ojos al apostarse para disparar. También comenzaba a llegar algo de hechicería. El día anterior, un hombre había sido incinerado vivo por una llamarada de fuego Privilegiado. El baluarte aún olía a carne chamuscada.

Taniel terminó de cargar el fusil con una banda-roja y aspiró varias bocanadas de aire. Ka-poel le lanzó una señal con la mano. Objetivo encontrado. A las once en punto desde su posición. Hizo un trazado mental. Uno de los emplazamientos de artillería.

Se dispuso para disparar, pero llegó Gavril y lo interrumpió. El enorme líder de la Guardia se escurrió hacia Taniel con la cabeza gacha, con una botella de vino en una mano y un tazón de peltre en la otra. Se dejó caer junto a Taniel, golpeando con la espalda contra el baluarte, y agitó la botella bajo la nariz de su amigo.

—¿Cómo van las cosas en el frente, Marcado? —preguntó.

Ka-poel le tocó el hombro a Taniel. Repitió los movimientos de la mano. Él respiró hondo y se puso de pie. Tenía menos de un segundo para alinear el disparo. Apretó el gatillo y se agachó de nuevo, aspirando el humo de pólvora. Ka-poel echó un vistazo. Le hizo un gesto afirmativo con la cabeza, pero movió la mano horizontalmente en la cintura. Le había dado al Privilegiado, pero no era una herida mortal.

Taniel le frunció el ceño a Gavril todo lo que pudo.

—Nos están llenando de agujeros. ¿Por qué estás tan contento? —¡Vino del Festival de San Adom! —Gavril sostuvo la botella en alto—. Recién llegado de Adopest. Han enviado suficientes botellas para emborrachar a todo el ejército keseño. Lástima que estemos en guerra. Esta es la única época del año en que puedo soportar a Adopest. El vino del festival realmente ayuda. —Hizo una pausa para llenar el tazón de peltre y se lo ofreció a Taniel, que lo rechazó con un gesto.

—Ya he tomado un poco —dijo—. Hace cinco minutos. —Ka-poel le arrebató la botella a Gavril. La empinó y bebió a grandes tragos. Taniel se la quitó—. No tanto, niña —le dijo. Ella cogió de nuevo la botella y tomó otro trago.

—Si puede matar, puede beber —dijo Gavril—. Esta niña ya está bastante crecida, Taniel. Pero déjame algo, muchacha. —Gavril recuperó la botella y apuró lo que quedaba en un largo sorbo. Se chasqueó los labios con las mejillas sonrojadas, y Taniel se preguntó cuántas botellas habría consumido ya el líder de la Guardia. Sintió algo de preocupación; se rumoreaba que Gavril había vuelto a beber mucho durante las noches. Esperaba que no fuera cierto.

No era el único rumor que le preocupaba.

—El vino está muy bien, pero preferiría tener pólvora —dijo—. ¿Alguna novedad sobre la escasez? —Habían ido vaciando los depósitos a una velocidad alarmante. Lo que debería haber alcanzado para un año de sitio se había utilizado en unas pocas semanas. Kez tenía demasiados soldados.

Gavril meneó la cabeza.

—Nada de Adopest. El último mensajero dijo que el ejército aún tiene de sobra. Y aun así, la semana pasada nos enviaron dos carros menos. He ordenado a la artillería que durante los próximos días dosifique las municiones. Tengo la sensación de que pronto tendremos combate cuerpo a cuerpo.

—¿Realmente crees que lograrán sobrepasar el baluarte?

—A la larga. —De pronto, Gavril pareció estar exhausto. Toda su corpulencia se encorvó un poco, y su rostro reveló a un hombre luchando una guerra de desgaste que él sentía que podía perder—. Ya hemos matado a veinte mil hombres. Hemos herido a otros tantos, y a pesar de eso siguen avanzando. Se dice que hay un millón de keseños

en las planicies de ahí abajo, cada uno con palabras de gloria y promesas de riquezas en los oídos.

—He oído decir que Ipille ha ofrecido todo un ducado para el oficial que lidere la carga que quiebre nuestra resistencia.

—Yo he oído lo mismo —respondió Gavril—. Y ascenderán a oficiales a los primeros mil soldados que lo sigan.

—Eso es muchísimo incentivo.

—Sí. Nos da muchos blancos de tiro.

—Tienen más hombres ellos que nosotros balas.

—¿Cuántos Privilegiados calculas que has matado?

Taniel pasó los dedos por las marcas de la culata de su fusil.

—Trece muertos. Y he herido al doble.

—Es una gran porción de su camarilla real.

—No es suficiente —dijo Taniel.

—Bueno, quiero que estés atento a otra cosa.

Taniel frunció el ceño.

—¿Qué puede ser más importante que los Privilegiados?

—Los zapadores.

Taniel recordaba a los zapadores. Habían intentado comenzar a cavar aquel primer día en la ladera de la montaña, y los disparos los hicieron retroceder por la colina con el rabo entre las patas. No habían vuelto a subir. Bueno, hasta hacía algunos días. Ya habían vuelto a las andanzas, por debajo de la última fortificación, muy por detrás del frente keseño. Ya habían cavado tan profundo que la artillería no los molestaba, aunque un par de cañones habían estado disparando a su posición.

—¿Realmente te preocupan? —preguntó Taniel—. Les llevará años cavar toda la distancia los separa de nosotros. Si llegan a meterse, solo debemos apuntar la artillería hacia su agujero y llenarlo de metralla.

—Ojalá fuera tan fácil —dijo Gavril—. Bo dice que tienen ayuda. Privilegiados. Y Julene.

Taniel sintió que las manos comenzaban a temblarle un poco. Se las frotó para evitar que eso sucediera.

—Cualquier ayuda que se le ocurra prestar a ella no puede significar buenas noticias para nosotros. En fin. ¿Quieres que les dispare a los zapadores?

—No a los zapadores en sí. Estate atento a los Privilegiados que los ayuden.

—¡Gavril!

Bo venía hacia ellos a toda prisa. Se dejó caer junto a Taniel, agitado. Se notaba que estaba exhausto. Tenía las mejillas hundidas, no le quedaban rastros de grasa y tenía el cabello sucio y revuelto. Tenía lodo en el rostro; solo Kresimir sabía de qué.

—Están planeando algo grande —dijo Bo.

—¿Los zapadores? —preguntó Gavril—. Ya estamos al tanto.

—No —dijo Bo con brusquedad—. Ahora mismo. Los... —Lo interrumpió el repentino silencio de la artillería enemiga. Hubo un momento de calma, y luego un cañón de la Guardia disparó, seguido por disparos de los mosquetes. No había respuesta de fuego del lado de Kez. Bo continuó—: Todos sus Privilegiados están reunidos justo debajo de la última fortificación, cerca de sus zapadores.

Taniel se encogió de hombros.

—¡Son más de cien! ¡No se juntan así para una merienda campestre! Seguro que también hay oficiales. Están preparándose para un gran ataque.

Gavril se puso de pie y miró por encima del baluarte. Taniel cerró los ojos y esperó.

—Mierda —dijo Gavril agachándose nuevamente—. Puede que tengas razón. Tienen hombres subiendo en silencio por el camino. Muchísimos. He visto algunas casacas negras entre ellos.

—¿Guardianes? Por el abismo —dijo Taniel.

Gavril volvió a ponerse de pie y se fue, gritando órdenes a los guardias, buscando a todos los hombres que estuvieran en condiciones de luchar.

—¿Cómo has podido no ver eso? —dijo Bo después que Gavril se hubo ido—. ¿No les estás disparando a esos cabrones?

Taniel señaló a Ka-poel.

—Ella me marca los blancos. Yo estoy siempre a cubierto.

Ka-poel hizo una serie de señales con la mano.

—Dice que se han agrupado en estos últimos minutos —dijo Taniel.

—Bueno, prepárate para cualquier...

Bo levantó la mano en un gesto de defensa. Un segundo después, una bomba de metralla explotó justo por encima de sus cabezas, y el eco de la explosión resonó por todo el baluarte. Los escudos de Bo brillaron con un fulgor rojo mientras las balas rebotaban contra ellos y luego caían inofensivas al suelo. Explotaron contenedores de metralla todo a lo largo del baluarte, con un sonido ensordecedor. El muro contra el que se apoyaba Taniel tembló por el impacto de balas de cañón. Echó una mirada a Ka-poel. Sus ojos tenían una expresión sombría. Ni siquiera se había estremecido.

—¡Deben de estar disparando con toda su condenada artillería! —dijo Taniel por encima del estruendo. Bo no le hizo caso. Tenía el rostro crispado y movía las manos a una velocidad increíble mientras lanzaba hechizos para colocar escudos sobre el baluarte.

El bombardeo comenzó a aminorar. A Bo le lagrimearon los ojos. Se le notaban las venas de la frente. Hubo fuego por encima de ellos, y Taniel entendió que la artillería keseña tenía apoyo mágico.

Unos guardias corrieron por debajo de los escudos de Bo,

estremeciéndose por las explosiones que resonaban sobre ellos, cargando sacos y antorchas. Un guardia dejó con delicadeza un saco junto a Taniel y partió después de echar una mirada a Bo y murmurar una plegaria. Taniel miró el interior del saco. Estaba lleno de bolas de arcilla del tamaño de un puño. Granadas. Realmente pensaban que los keseños se acercarían bastante ese día.

—¡Fijad bayonetas! —El grito de Gavril se elevó por encima del estruendo de la artillería. Taniel sintió que el corazón le latía más rápido. Extrajo su bayoneta de la funda y la encajó en el extremo del fusil. La giró para trabarla en su sitio.

—¡Listos! —gritó Gavril.

Taniel revisó su fusil, ya estaba cargado. Miró a Bo. El Privilegiado estaba haciendo todo lo que podía para permanecer de pie mientras sus dedos lanzaban órdenes a unos elementos invisibles. Sus escudos comenzaban a ceder. En el otro extremo del baluarte una bomba de metralla explotó en el interior del escudo. Varios hombres gritaron y cayeron, y un cañón se quedó sin soldados.

Sonó una trompeta; Taniel miró por encima del borde del baluarte. De pronto la ladera de la montaña se llenó de soldados keseños. Corrían por el camino, subían las pendientes de roca. Cada centímetro de la ladera de la montaña estaba cubierto. ¿Dónde habían estado escondidos todos esos hombres que ahora se encontraban tan cerca de la fortaleza?

—¡Apuntad!

Taniel eligió a un oficial situado cerca del frente. Las plumas blancas que llevaba se agitaban mientras corría por el camino a la cabecera de sus hombres blandiendo su espada en el aire. Las tropas keseñas corrían sin control detrás de él, con las bayonetas colocadas en los mosquetes. Taniel distinguió que llevaba una casaca negra entre todo el rojo y el dorado, y cambió de blanco. El corazón le retumbaba en los oídos. Había Guardianes. Muchísimos, esparcidos entre las tropas. Llevaban grandes cuchillos entre los dientes, como marineros, mientras trepaban sobre las rocas de la ladera, dirigiéndose directamente hacia los muros inclinados del baluarte.

—¡Fuego!

Taniel apretó el gatillo. Quemó un poco de pólvora para darle energía extra a la bala. Una nube de pólvora usada se elevó en el aire y durante un momento le bloqueó la visión. Cuando se disipó, sonaron gritos de consternación por todo el baluarte.

Solo un hombre había caído tras la descarga: el Guardián al que Taniel había disparado justo entre los ojos con una banda-roja. Las balas y la metralla comenzaban a chispear y caían inofensivas al suelo frente a las primeras filas. El ataque keseño ni siquiera vaciló.

—¡Tienen Privilegiados entre sus filas! —gritó Taniel.

—¡Fuego a discreción! —llegó la orden.

Taniel cogió su bolsa de balas banda-roja y abrió el tercer ojo un momento. Lo invadió una oleada de náuseas, a la que se sobrepuso mientras recargaba. No tenía tiempo para usar pólvora. Sencillamente dejó caer una banda-roja por el cañón del fusil y luego metió un trozo de algodón. Se colocó en posición de tiro y volvió a abrir el tercer ojo.

Los colores pastel de la tercera vista lo mareaban. El escudo invisible que usaban los Privilegiados de Kez se convirtió en un brillo amarillento translúcido que ocultaba parcialmente todo lo que había detrás. Taniel intentó elegir entre los colores que había más allá. Los Guardianes brillaban, al igual que los Dotados que había en las tropas keseñas. Taniel buscaba los colores más vivos, los de los Privilegiados. Eligió uno y apretó el gatillo. El sujeto se sacudió y cayó, y Taniel cargó otra banda-roja.

Logró abatir a dos más antes de que los keseños llegaran hasta los muros. El tronar de la artillería de pronto se acalló.

—¡Alto! —gritó la voz de Gavril.

Taniel oyó que Bo resollaba. Se volvió justo a tiempo para agarrarlo por debajo del brazo y ayudarlo a acomodarse en el suelo. Bo meneó la cabeza.

—Continúa —le dijo Bo tosiendo—. Los estás debilitando. —Abrió mucho los ojos y se puso de pie de un salto—. ¡Están bajando el escudo!

—¡Fuego! —rugió Gavril.

La línea volvió a disparar y otra nube de pólvora se elevó retorciéndose alrededor de ellos. Un silencio sepulcral se posó brevemente sobre el baluarte, y luego todos empezaron a esforzarse por recargar, mientras los capitanes de artillería ladraban órdenes.

El humo se disipó.

La carga de disparos había arrasado las primeras filas. Los hombres caían a mansalva. Los heridos se arrojaban a un lado, tratando no ser atropellados por los que venían detrás. No podían quitarse de en medio. Había demasiados soldados. Los cañones adranos dispararon metralla, y el sonido retumbó en los oídos de Taniel.

Solo los Guardianes permanecieron de pie después de la andanada. Siguieron avanzando con manchas húmedas en sus casacas negras, que daban fe de que estaban perdiendo sangre, pero que no parecían perjudicarlos en absoluto. Gritaron desafiantes, agitaron sus cuchillos en el aire e hicieron gestos a las filas que los seguían. Avanzaron pisoteando a los muertos.

—¡Granadas!

Los soldados adranos prendieron fuego a las bolas de arcilla con unas antorchas ubicadas en los muros y las arrojaron. Las explosiones dieron de lleno en las filas keseñas. Algunos Guardianes volaron en

pedazos.

Los keseños invadieron la base del baluarte como avispas enfurecidas. Colocaron escaleras y lanzaron ganchos para trepar. Un gancho cayó junto a Taniel, y él cogió un hacha. Cortó la cuerda con un golpe, se puso de pie de un salto y disparó a los Privilegiados que había en la base del muro.

Los Guardianes treparon por los muros inclinados del baluarte como si estos fueran una pendiente ligera. En cuestión de segundos, las criaturas llegaron al tope de los muros y saltaron entre los guardias.

—¡A las bayonetas! —gritó Gavril—. ¡Seguid disparando con los cañones!

Una cabeza enorme y horrible se asomó por el baluarte justo frente a Ka-poel. Taniel blandió su fusil hacia el Guardián, pero Ka-poel fue más rápida. Lanzó la mano hacia delante, y quedó a la vista una aguja larga que había tenido oculta en la manga. La aguja atravesó el ojo del Guardián y le llegó hasta el cerebro. La criatura se soltó y cayó.

Taniel apuñaló en el hombro a un soldado keseño que trepó por encima del muro. Golpeó al siguiente con la culata del fusil y trató de cargar otra banda-roja. Los keseños estaban llegando demasiado rápido. Aspiró un poco de pólvora y agarró el fusil con ambas manos, seguro de que no podría volver a disparar. Se preparó para la siguiente oleada; se encontrarían con un mago de la pólvora en pleno trance, preparado para ellos.

Un Guardián pasó por encima del muro apoyando una mano en los ladrillos y empuñando en la otra un cuchillo del tamaño suficiente para cortar a Taniel por la mitad. Ka-poel saltó hacia él, pero la criatura la rechazó como si fuera una muñeca. Taniel gritó y asestó una estocada con la bayoneta. El Guardián extendió sus largos brazos por encima del fusil, ignorando los casi cuarenta centímetros de acero que lo atravesaban, y lo abofeteó. Taniel dio un traspié. El golpe lo había abatido, incluso con el trance de la pólvora.

El Guardián vio a Bo en el suelo y se movió hacia atrás para arrancarse la bayoneta. Bo levantó las manos tratando de buscar alguna defensa, pero el Guardián le saltó encima en un instante, cuchillo en alto.

Taniel alcanzó al Guardián justo antes de que apuñalara a Bo. Le clavó la bayoneta como si se tratara de un cochinillo al asador. El Guardián volvió la cabeza, sorprendido de que Taniel hubiera vuelto a ponerse de pie tan rápido. Trató de usar su peso y su fuerza como palanca para arrancarle el fusil de las manos.

Taniel no estaba para nada de acuerdo. Sintió que el cañón del fusil se tensionaba cuando arrojó al Guardián contra el muro del baluarte. Fijó los pies, elevó al Guardián en vilo y lo arrojó por el borde. Rogó

por que las heridas sufridas le impidieran volver a trepar los muros del bastión.

Hizo una breve pausa para ayudar a Ka-poel a levantarse. Estaba aturdida, pero ilesa.

Gavril apareció a su lado.

—¡Sigue disparando! —Le gritó mientras agarraba a un soldado keseño por el cuello. Lo levantó con una mano y lo arrojó por encima del muro—. ¡Mata a los Privilegiados!

De pronto Fesnik estaba allí con Gavril, con una espada corta en una mano y un palo largo en la otra, empujando las escalerillas. Bajo su protección, Taniel cogió su bolsa de balas banda-roja. Dejó caer dos en el cañón del fusil, metió el algodón y apuntó.

Los magos de la pólvora lo llamaban flotar en ángulo; cuando disparabas una bala y la empujabas con fuerza en una dirección para franquear un muro o incluso esquivar a una persona. Taniel había visto a su padre hacerlo en muchas ocasiones. Se decía que Tamas era el mejor, sin discusión.

A Taniel usualmente le costaba mucho flotar en ángulo, y en general no llegaba a darle el ángulo suficiente. Se requería una sincronización precisa y una tremenda cantidad de concentración. Taniel no lograba concentrarse de esa manera. Un flote en ángulo fallido le daba dolor de cabeza, como si se la hubieran golpeado con un martillo. Uno logrado con éxito dolía aun más.

Lo que Taniel sí podía hacer era codear balas. Codear una bala no era más que quemar algo de pólvora para corregir la puntería mientras la bala estaba en vuelo; algo parecido a flotar una bala. Solo requería tener vista aguda, pero él nunca había visto a nadie disparar más lejos o con mayor precisión que él. Y él podía hacerlo con dos balas.

Ka-poel señaló a un par de Privilegiados a unos siete u ocho metros de separación entre ellos. Estaban de pie junto a la cómoda protección de las fortificaciones, a unos setenta y cinco metros de distancia, protegidos por sus escudos personales. Taniel apuntó y apretó el gatillo.

Ambos hombres cayeron abatidos, cada uno con una bala en el pecho. Un tercer Privilegiado los vio caer. Taniel se ocultó detrás del muro. Le hizo un gesto a Ka-poel para que siguiera oculta. Seguramente, ahora el Privilegiado lo estaría esperando. No podía dejar de disparar. Respiró hondo un par de veces y cargó una bala, y se imaginó a ese tercer Privilegiado. Tenía menos de un segundo para apuntar y disparar. Se arrastró con el fusil en mano, para cambiar de posición y situarse unos tres metros más allá. Tomó aire un par de veces más, luego se puso de pie de un salto.

El Privilegiado tenía las manos levantadas, con los dedos

moviéndose. Un rayo surgió sobre él en el mismo momento en que Taniel apretó el gatillo. El rayo cayó en el lugar donde Taniel había estado momentos antes, y la fuerza del impacto fue lo suficientemente poderosa para hacer caer al suelo a Taniel, a Gavril, a Ka-poel, a Fesnik y a una docena de soldados keseños.

La bala se desvió hacia arriba y atravesó el cuello del Privilegiado. El sujeto cayó chorreando sangre.

Taniel exhaló aliviado.

Un cuerno sonó por toda la ladera de la montaña. El fragor de la lucha fue disminuyendo mientras los soldados keseños retrocedían por la montaña.

Gavril apartó de sí a un soldado con el que había estado luchando mano a mano. Sostuvo un puño en alto.

—¡Alto el fuego!

Los cañones guardaron silencio. Los soldados keseños que habían quedado dentro del baluarte arrojaron sus armas. Gavril les hizo una mueca.

—No estamos tomando prisioneros —dijo—. Entregad las armas y el equipo, y luego bajad por la montaña.

La orden pasó de boca en boca por el bastión. Los keseños se descolgaron por los muros después de haber sido desprovistos de mosquetes y pólvora, y comenzaron la larga retirada por entre sus muertos. Gavril encontró un oficial keseño entre los heridos y lo agarró del hombro, mientras Taniel observaba.

—Di al mariscal de campo Tine que puede enviar a algunos soldados sin armas a recoger a sus muertos. Y sugiero que todos nos tomemos unos días para atender a los heridos. —Después repitió la orden en keseño para asegurarse de que había sido entendido.

El oficial asintió abatido con la cabeza y, con la ayuda de uno de sus soldados, saltó al otro lado del muro y bajó por la montaña.

Taniel se dejó caer junto a Bo.

—¿Estás bien?

Bo se lo quedó mirando.

—Tomaré eso como un no.

—Al abismo con todo esto —acertó a decir Bo.

Katerine, Rina y Alasin aparecieron como de la nada. Las tres mujeres de Bo. Lo rodearon, alternando entre regañinas y alboroto, y se lo llevaron a la aldea.

Taniel y Gavril los observaron alejarse.

—Necesito conseguir uno de esos —dijo Taniel.

—¿Un qué? —preguntó Gavril—. ¿Un harén?

—Sí —respondió Taniel. Ka-poel lo golpeó en el brazo.

—En cierta ocasión intenté hacer malabarismos con más de una mujer a la vez —dijo Gavril—. Es un dolor de huevos. No sé cómo

hacen los Privilegiados.

—Las tratan fatal —dijo Taniel.

—Bo, no. Supongo que debería decir “No sé cómo hace Bo”…

Se volvieron y dedicaron unos momentos a observar en silencio a los keseños en retirada.

—Realmente nos has salvado el pellejo —dijo Gavril.

Taniel lo miró sorprendido.

—¿Qué?

—¿No lo sabías? —Gavril se dio una palmada en la pierna y lanzó una carcajada. Los guardias que atendían a los muertos y los heridos se detuvieron un momento para mirarlo extrañados—. ¿Quieres decir que no sabes a quién has disparado?

—¿A un Privilegiado? —Taniel se inclinó y tomó una botella abandonada del vino del Festival de San Adom. De alguna manera, había sobrevivido intacta durante el conflicto. Bebió un trago. Dudó un momento y luego le dio la botella a Ka-poel. Ella bebió una vez y la devolvió.

—Incluso yo lo he reconocido, y estaba casi a cien metros —dijo Gavril—. Ese último, el que nos lanzó un rayo tan poderoso que atravesó las guardas del bastión. Ese era Brajon el Cruel.

Taniel se atragantó con el vino que tenía en la boca.

—¿El líder de la Camarilla de Kez?

—El mismo.

Taniel sintió que las rodillas se le aflojaban. Apoyó una mano en el muro del baluarte para mantener el equilibrio.

—No me habría puesto de pie si hubiera sabido que era él. Brajon estaba en Fatrasta al principio de la guerra. Casi la termina por su cuenta. Eliminó a todo un ejército fatrasto… él solo. La guerra habría terminado allí si el mismísimo Ipille no le hubiera ordenado que regresara a Kez.

—Pues me alegro de que no lo supieras —dijo Gavril—. Casi nos tenían. Sus Privilegiados iban vestidos con los colores de la infantería y ocultaban los guantes. Pasaron inadvertidos. Bo estaba demasiado ocupado prestando atención a sus escudos para darse cuenta.

Y Taniel no había abierto su tercer ojo hasta que fue muy tarde. Se regañó a sí mismo. Estúpido. Casi había logrado que los mataran a todos. Taniel observó a Gavril tomar nota de los daños del bastión.

—¿Sabes una cosa? Podríamos haber seguido disparando cuando llamaron a retirada. Habríamos eliminado a miles de keseños en la ladera de la montaña. Ellos nos lo hicieron más de una vez en Fatrasta.

Gavril resopló iracundo.

—La guerra debe tener algo de decoro. De lo contrario, volveríamos a la Desolación, y al abismo con Kresimir.

Gavril se alejó de él. Taniel miró por encima del borde del bastión. Pensó en abrir su tercer ojo para rastrear a sus Privilegiados, pero llegó a la conclusión de que ello solo le daría dolor de cabeza.

Algo lo preocupaba. Si ese era el gran ataque de Kez, ¿dónde estaba Julene? Buscó con la mirada la entrada de los túneles de los zapadores. Había algo de movimiento, y le pareció ver a un hombre vaciando una carretilla de tierra.

Tamas miraba fijamente el techo de una pequeña habitación; tenía la vista borrosa. No había gran cosa que ver, incluso si su visión hubiera sido clara. Podía distinguir las vigas inclinadas, unos troncos simples con barro en los huecos para protegerse de las inclemencias del tiempo. Había algo de claridad, apenas. Su cuerpo le decía que estaba amaneciendo. La luz era gris, lo que indicaba que se avecinaba un día tormentoso. Oyó el cacareo de un gallo y el repiqueteo de unos cascos de caballo, seguido por una conversación apagada. Los hombres de fuera hablaban en keseño.

No sentía la pierna derecha. No era una sensación agradable, y, al sumarla a su visión borrosa, tuvo que esforzarse por no entrar en pánico. Sin una pierna o una buena vista, ¿qué esperanzas tenía de escapar? Respiró hondo para calmarse y se examinó el resto del cuerpo en busca de heridas.

Ambas manos y brazos parecían funcionar. Se movían cuando enviaba la orden mental. Sentía los pinchazos de un colchón de paja debajo de él. Le dolía el pecho cuando tomaba aire profundamente, pero nada que indicara una costilla rota. Tenía sensible el costado, quizá por algún corte o algún moratón. Lo tocó con suavidad. Un moratón. Estaba en paños menores, sin otra prenda encima, y los años de instinto le dijeron que no estaba solo en la habitación.

Con dificultad, fue maniobrando hasta lograr sentarse. No le habían dado manta ni almohada; yacía sobre un colchón de paja apestoso colocado sobre una estructura de madera. Había una ventana a su izquierda y una escalera descendente a los pies de la cama. Se restregó los ojos, lo que le mejoró un poco la visión. Había un Guardián en un rincón; su cuerpo deforme y musculoso era fácil de reconocer, aunque Tamas no distinguía mucho más que su silueta.

—¿Dónde estoy? —le preguntó. La montaña borrosa de carne pareció mirarlo por un momento, y luego farfulló algo inteligible en keseño—. ¿Dónde estoy? —repitió. El Guardián salió de la habitación —. ¡Dónde estoy! —le gritó. Se irguió un poco más—. ¡Monstruo! ¡Bestia!

Volvió a recostarse; lo poco que le quedaba de fuerza se había agotado. Al moverse, había comenzado a dolerle la cabeza. Tenía su pierna fuertemente vendada, pero no hasta el punto de cortarle la

circulación. Tanteó el vendaje con cautela, haciendo una mueca. El menor roce le provocaba una punzada de dolor, y finalmente dejó de insistir. Había recibido tratamiento. Habían vendado sus heridas con tiras de lino sucias. Pasaría bastante tiempo antes de que pudiera volver a andar. Oyó pasos debajo de él, y dos pares de botas en la escalera. El Guardián regresó, y junto a él venía un hombre más pequeño.

—Mariscal de campo —dijo una voz en adrano con acento extranjero. Tamas sintió que se le erizaba el cabello de la nuca al oírla.

—Nikslaus —gruñó—. Pensaba que os había arrojado al mar Ad.

La voz del duque era cordial.

—Mis Guardianes me recogieron. ¿Cómo está vuestra pierna?

—Fantástica. Pensaba ponerme a bailar. ¿Dónde estoy?

Nikslaus se sentó en la silla del Guardián, la criatura se quedó de pie cerca de la cama.

—En lo profundo del Bosque del Rey —respondió Nikslaus—. Ahora bien, mi médico me dice que al caer recibisteis un golpe muy fuerte en la cabeza. ¿Estáis teniendo problemas de visión?

—No —mintió Tamas.

—Claro que sí —replicó Nikslaus—. Se nota que os cuesta enfocar. Ordenaré que el médico os examine antes de que partamos.

Tamas hizo un esfuerzo para mirar a Nikslaus con ferocidad, pero le resultó casi imposible, dado que apenas lo veía.

—¿Por qué diablos sigo con vida? ¿Adónde vamos?

—A Kez —dijo Nikslaus—. Yo recomendé no hacerlo, pero después de que ese primer Guardián no pudo mataros, Ipille decidió que debíamos enviar un mensaje. Si todo sale según lo planeado, os enfrentaréis a la guillotina bajo la atenta mirada de mi rey el último día del Festival de San Adom.

—Llevabais mucho tiempo planeando esto —dijo Tamas.

—Es una de muchas contingencias. Necesitamos deshacernos de vos, de una manera u otra, si hemos de tomar Adro. Sois el mago de la pólvora más poderoso y un genio de la estrategia; no me importa decirlo, es la verdad. Los mercenarios nos darán algo de pelea, pero vos sois la columna vertebral de su ejército. Sin vos, vuestros soldados se desmoronarán.

—Los subestimais —dijo Tamas.

—Quizá. —Nikslaus no parecía preocupado—. Las piezas de dominó caerán, Tamas. Vos sois solo la primera. Adro está superada en número. Con vuestra cabeza en una cesta, iremos reduciendo poco a poco la Guardia de la Montaña y cazaremos a vuestros magos de la pólvora. Tenemos toda la ventaja.

Tamas se miró las manos, tratando desesperadamente de fijar la

vista en ellas.

—¿Qué le ha pasado a mi pierna?

—Ha sido culpa mía —dijo Nikslaus—. El peñasco detrás del que os ocultabais se rajó de una manera particular, y explotó cuando le apliqué suficiente hechicería. Un fragmento os rozó la pierna. Me temo que os la destrozó. Pero yo no me preocuparía mucho de eso —continuó Nikslaus—. Nuestro médico dice que, con el tiempo, podría sanar. Es muy habilidoso. Os la ha reparado y ha suturado la carne como nadie más podría hacerlo. —Nikslaus se puso de pie y se acercó a la cama. Se inclinó hacia delante, justo fuera de su alcance—. Habéis ganado unos cientos de kranas, Tamas —dijo en voz baja. Inclinó la cabeza en dirección a la pierna del mariscal—. Tenéis una estrella de oro ahí dentro, colocada contra el hueso. Os han curado.

Tamas se lanzó hacia delante y asestó un puñetazo hacia la borrosa imagen del duque. Su cuerpo le gritó, y su pierna le envió una punzada de dolor tan terrible que le revolvió el estómago. Nikslaus esquivó el golpe.

—Curado. —Eso era lo que Nikslaus pensaba al respecto. Tener oro en el flujo sanguíneo era la anatema para un mago de la pólvora. Le arrebataba la capacidad de sentir y tocar la pólvora, de ponerse en trance.

Nikslaus rio.

—Estáis curado, Tamas, pero eso no ayudará a vuestra causa. Vuestro cuello reposará en la misma guillotina que le cortó la cabeza a vuestra esposa hace tantos años. No tendréis la muerte de un mago de la pólvora. Os iréis como el hijo de un apotecario pobre.

A Tamas le retumbó la sangre en los oídos y las manos le temblaron con violencia. Quería estirarse y tomar a Nikslaus del cuello. Deseaba terminar lo que había comenzado en los muelles. Pero no podía hacer nada. No tenía poderes.

No era una sensación familiar. Su poder lo había acompañado desde que tenía uso de razón. Incluso cuando no estaba en un trance de pólvora, podía percibir hechiceros en las inmediaciones y era capaz de determinar cuánta pólvora había en un radio de cientos de metros, y dónde se encontraba. Podía detonar cargas o barriles, y podía respirar el humo acre y llevar a su cuerpo a una ira frenética.

Ya no le quedaba nada de eso. Solo sus manos y una pierna destrozada, y la visión borrosa a causa de una conmoción. Volvió a recostarse en la cama y sintió que le corría humedad por el rostro. Le dio la espalda a Nikslaus lo mejor que pudo.

El duque lo dejó sin decir palabra. Incluso el Guardián se había ido. Estaba claro que Tamas no podía hacer nada, y, a juzgar por los sonidos que llegaban de fuera, había mucho que hacer más que observar a un viejo abatido.

La voz de Nikslaus sonaba más fuerte que las demás. Daba órdenes con la arrogancia de la nobleza. Tamas obligó a sus manos a que dejaran de temblar. Levantó la pierna sana y apoyó un pie en el suelo. Se levantó.

Casi se derrumbó allí mismo. Necesitó todas sus fuerzas para evitar caer de bruces al suelo. Apoyó una mano contra la pared, la otra en un pilar de la cama. Fue saltando sobre un pie en dirección a la ventana. Solo se detuvo para vomitar, cuando el dolor terminó por sobrepasar su resistencia a las arcadas, y finalmente llegó a la ventana.

Se dejó caer en el suelo, con cuidado de evitar el charco de bilis, y apoyó la cabeza contra la pared. Oía a Nikslaus con toda claridad, como si estuviera a su lado. O Nikslaus no contaba con que Tamas lo escuchara a escondidas, o sencillamente no le importaba.

—Tomaremos la ruta larga hacia Adopest —dijo Nikslaus en keseño—. No me importa lo que digan los exploradores, no pienso arriesgarme a que nos encontremos con esos idiotas de la cacería.

Tamas oyó unos cascos que se acercaban al galope. Se detuvieron fuera de la ventana.

—¿Y bien? —preguntó Nikslaus.

—Les hemos seguido el rastro a cuatro más, mi señor —dijo una voz grave. Tenía un tono gutural, por lo que Tamas supo que se trataba de un Guardián.

—¿Es lo último que quedaba de ellos?

—No hay forma de saberlo. Nuestro hombre murió, y no sabemos cuántos hombres trajo Ryze. Pero sospecho que los tenemos a todos.

—No subestimes a ese comandante de brigada —gritó Nikslaus—. Era uno de los mejores de Winceslav. Habrá tenido gente a caballo por si sucedía algo. Deja a dos Guardianes para que sigan buscando.

—Hemos tenido que esquivar patrullas. Están buscando a Tamas.

—Nos habremos ido antes de que nos alcancen. Ve a ayudar a los demás. Nos vamos dentro de una hora.

Con magos de la pólvora yendo en su busca, Nikslaus tendría prisa por irse. El estado de ánimo de Tamas comenzó a mejorar, pero se derrumbó cuando pensó con lógica. Habían estado a varias horas de la cacería. A medio día de Adopest. Sabon quizá ni supiera aún que él estaba perdido. Y eso basándose en la posibilidad de que Nikslaus dejara que los otros escaparan. ¿Cuántos Guardianes tenía con él? ¿Los habría enviado tras Olem, Charlemund y los demás?

Tamas suspiró preocupado. Incluso si lo encontraban, ¿qué era ahora? Solo un viejo. Ya no era un mago de la pólvora.

Capítulo 26

Adamat pasó casi una semana investigando a Ondraus el tesorero antes de concertar una reunión para entrevistarlo. Estuvo a punto de cancelar la reunión a causa de los brutales rumores que habían llegado a la ciudad esa mañana: la desaparición de Tamas de la Cacería del Valle del Huerto el día anterior, un comandante de brigada sin escrúpulos, hechicería en el Bosque del Rey. Nada de todo aquello podía confirmarse, por lo que siguió adelante con la entrevista, aunque tenía la incómoda sensación de que quizá ya no tuviera trabajo.

Llegó al hogar del tesorero cinco minutos después de la hora prevista; llegó tarde porque había pasado cuatro veces por delante de la casa sin encontrarla. La casa en sí estaba ubicada detrás de un seto, metida entre dos mansiones, y era muy fácil de confundir con una especie de pabellón para sirvientes. Entre el seto y la entrada principal había un pequeño jardín meticulosamente cuidado, sin una brizna de hierba ni un pétalo de flor fuera de lugar. La casa era utilitaria, una estructura en forma de A construida con ladrillos de buena calidad, aunque no caros.

La puerta se abrió a la vez que Adamat levantaba la mano hacia la aldaba. Una anciana le clavó la mirada. Llevaba un vestido de sirvienta de un color apagado: una camisa simple de lana que le llegaba hasta los tobillos.

—Vengo a...

—Ver al tesorero —lo interrumpió ella—. Llegáis tarde.

—Lo lamento, no podía encontrar…

La anciana dio media vuelta y se alejó cojeando en mitad de la frase. Adamat se calló. Se tragó su irritación y la siguió hacia el interior de la casa.

El interior era tan corriente como el exterior. La repisa de la chimenea estaba libre de trastos, los estantes estaban limpios e igualmente vacíos, salvo por dos hileras de libros de contabilidad.

Había una única silla delante de la chimenea vacía. Había tres puertas. Una llevaba a una cocina que parecía un nicho, cuya única señal de uso era una hogaza de pan recién hecho que descansaba sobre la mesa. La segunda puerta estaba cerrada, probablemente el dormitorio. La tercera estaba abierta y dejaba ver al tesorero sentado ante un pequeño escritorio ubicado en un rincón, con los lentes colocados en la punta de la nariz y pasando los dedos por la página de un libro de números.

El ama de llaves hizo un chasquido con la lengua y fue a la cocina, por lo que Adamat tendría que anunciarse a sí mismo ante el tesorero. Adamat la observó un momento y se preguntó si la cocina se usaba para algo; no había olor a nada que estuviera horneándose, ni el calor remanente de un fuego para cocinar, por lo que ella debía de haber comprado el pan en otro lado. El ama de llaves se volvió, lo vio observándola y cerró la puerta de la cocina.

Adamat volvió su atención al hombrecillo que estaba sentado ante el escritorio. “Es más que lo que aparenta”, le había advertido Ricard. Bueno, ¿y qué aparentaba? Un tenedor de libros en absoluto interesante. Un contable, aunque había que reconocer que era el mejor de Adro. Entonces, ¿qué más podía ser? Cualquier cosa, supuso Adamat.

—Llegáis tarde. —El tesorero no se molestó en levantar la mirada mientras Adamat entraba.

—Mis disculpas. Las calles están abarrotadas de gente, con esto del festival. —Adamat no se tomó la molestia de agregar lo inusual que era celebrar una reunión durante una tarde de festival. Algo le dijo que el tesorero no disfrutaba de divertirse.

—Guardaos las excusas para los demás. No me hagáis perder el tiempo, investigador. No traté de hacer asesinar a Tamas. No tengo ni la paciencia ni el tiempo para responder a vuestras preguntas. Hay que seguir llevando los libros, incluso en la ausencia de Tamas. —Hizo una mueca al darse cuenta de que se le había escapado algo.

—¿Entonces sí que ha desaparecido? —preguntó Adamat.

El tesorero lo miró con fiereza.

Adamat lo estudió un momento. Ondraus era un hombre pequeño, encorvado tras haber pasado años inclinado sobre un escritorio, con los hombros hundidos. Tenía el rostro alargado, las mejillas amarillentas y los hombros estrechos. Era uno de los hombres más conocidos de Adopest. Eso era todo un logro, considerando que rara vez mostraba el rostro en público, nunca había posado para un retrato y, según se decía, *trataba* de ofender a todas las personas que conocía. Adamat vio que eso último parecía ser verdad. También notó que Ondraus no iba a hablar con él acerca de la desaparición de Tamas.

La semana que Adamat había pasado investigando había arrojado

muy pocos resultados, lo que le había resultado muy frustrante. Ondraus administraba el tesoro de la nación (a excepción de los fondos del rey, aunque corría el rumor de que eso había cambiado con la ejecución de Manhouch) desde ese pequeño escritorio. Tenía una oficina en la calle Joon, a la que nunca iba, donde un equipo de contables hacía la mayor parte del trabajo. Todo lo que hacían ellos era verificado por el tesorero. No se le conocían pasatiempos, ni amigos. Su ama de llaves llevaba más de cuarenta años trabajando con él, pero nadie consideraba que fueran amigos. También contaba con un guardaespaldas que lo acompañaba cada vez que salía de la casa, lo que era inusual.

Corría el rumor de que el tesorero había ido a la cacería, que había estado allí cuando desapareció Tamas. Adamat no podía imaginárselo a caballo.

—Vos no parecéis ser la clase de hombre capaz de traicionar a su país —dijo Adamat—. Como tesorero de la ciudad, podríais socavar Adro desde dentro, sin la ayuda de Kez. No es una cuestión de dinero. Según mi investigación, sois uno de los hombres más acaudalados de Adro. Recibís doscientos mil kranas al año por servicios prestados, y tenéis un millón y medio de hectáreas de tierra de cultivo en Fatrasta, doscientas mil hectáreas en la costa bakashcana, que incluyen un puerto principal, una mina de carbón en Deliv y la mitad de una sociedad mercantil en Kez. No puedo dejar de preguntarme sobre todos esos bienes en el extranjero. ¿No tenéis fe en vuestro país?

—Lo sabríais si fuerais más minucioso —dijo Ondraus—. Soy dueño de tres minas de oro y de doce carreteras de peaje de la Guardia de la Montaña. Tengo ciento veinticinco mil hectáreas de viñedos y financio un gremio de comerciantes en el norte. —Hizo un gesto de desdén con la mano—. Preguntad a vuestro amigo Ricard Tumblar si queréis saber más. Yo personalmente doy empleo a tres mil trabajadores de su sindicato en mis fundiciones.

—Entre otras de vuestras fábricas —dijo Adamat.

Ondraus entrecerró los ojos.

—Vos ya lo sabíais.

—Me causaba curiosidad saber qué catalogaríais como lo más valioso.

—Si no sospecháis de mí, ¿para qué estamos teniendo esta conversación?

—En ningún momento he dicho que no sospeche de vos. Sí admitiré que estáis entre los últimos de mi lista. Quiero saber qué os dicen los libros.

—No entiendo a qué os referís.

Por el modo en que Ondraus apretó la mano sobre el libro de registros, Adamat supuso que entendía perfectamente.

—Al dinero. Vos lleváis la cuenta de todo. Incluso de cosas que un tesorero no debería saber. —Adamat señaló el libro de registros con su bastón—. He echado una mirada a vuestros libros en la calle Joon. Muy exhaustivos. Muy impresionantes.

—Esos no están abiertos al público —dijo Ondraus bruscamente.

—Yo no soy el público. Tuve que intimidar a vuestros empleados para que me dejaran pasar. Os son muy leales. Bien, decidme, ¿qué os dice el flujo de dinero?

Ondraus lo observó durante un buen rato antes de responder. Estaba haciendo cálculos, permitiendo que sus pensamientos se ubicaran.

—Si el motivo es el dinero —dijo Ondraus—, que es lo que sucede casi siempre, entonces no tenéis nada que sospechar ni del Propietario ni de lady Winceslav. Tengo acceso a los libros de ella desde hace meses y no hay absolutamente nada irregular en ellos. El Propietario… bueno, sea o no un delincuente, paga sus impuestos. Hasta el último centavo, incluso sobre sus ganancias ilícitas. A un hombre que paga así sus impuestos no le preocupa el día a día del gobierno. Lo único que quiere es un mundo estable en el que pueda ir expandiendo su influencia lentamente, con seguridad.

—Una guerra puede suponer grandes ganancias para un oportunista.

—Los oportunistas no pagan impuestos —respondió Ondraus.

—¿Y los otros miembros de la junta?

Ondraus tomó aire.

—Prime Lektor es un misterio. Sus finanzas no existen. Eso es muy extraño. Es como si por sus manos no circulara dinero, salvo alguna ocasional subvención de la universidad. Ricard Tumblar es un hombre de negocios. Dibuja los libros lo mejor que puede. Últimamente ha recibido grandes sumas de dinero de Brudania y de bancos de Fatrasta y de Gurla.

—Brudania es uno de los principales aliados de Kez.

—Y los bancos de Gurla son propiedad de Kez.

—Fatrasta no es una aliada —dijo Adamat—. Y no estoy seguro de poder fiarme de lo que decís de Ricard. La sindicalización de vuestros trabajadores debe de haberos enfurecido.

—¿En serio? —Ondraus levantó una ceja—. Sus sindicatos han organizado la producción de una manera que ni siquiera yo pude lograr. Los ingresos de mis fundiciones y mis minas de oro han aumentado un tres por ciento desde que llegaron los sindicatos. Preguntad a Ricard. Yo no les he obstruido el camino. Yo *les he dado la bienvenida* . —Ondraus hizo un gesto de desdén y continuó—. Luego está el archidiocel. Como hombre del clero, sus movimientos se mantienen completamente en secreto. Nadie fuera de su orden puede

siquiera echar una mirada en dirección a sus libros. Y aun así, gasta tanto dinero que haría llorar a un rey. Mucho más que lo que recibe de pago como archidiocel. Es algo que siempre me ha extrañado.

—¿Y vos?

—¿Debo sospechar de mí mismo?

—¿Tenéis algún motivo para querer eliminar a Tamas?

—Tamas está gastando mucho dinero en el ejército y en espías. Pero estamos en tiempos de guerra y sus gastos son por cuestiones prácticas. Ha aumentado las raciones públicas más que lo que a mí me gustaría, pero eso ha sido a partir de un acuerdo previo que teníamos. Incluso un hurón podría gobernar este país mejor que Manhouch. Al menos Tamas hace caso de mis consejos. Si Tamas muriera, los líderes militares no estarían a la altura de las circunstancias para rechazar a los keseños. Kez conquistaría Adro, y Adopest recibiría impuestos. Kez tiene un gran historial de impuestos excesivos en sus colonias de Fatrasta y de Gurla. No serían diferentes con nosotros, y las arcas de la ciudad estarían aún peor que cuando reinaba Manhouch.

Adamat consideró, no por primera vez, la singular posición de poder que tenía Ondraus. Si él quisiera desbaratar los planes de Tamas, podría hacerlo de manera mucho más sutil que ordenando su muerte. Podría decirle que no había dinero para pagar al ejército o alimentar al pueblo. Tamas tendría disturbios en menos de un mes y quedaría acabado en menos de dos.

Le molestaba lo que Ondraus había dicho sobre Ricard. Su amigo quizá fuera el líder de los Guerreros del Trabajo y hubiera recibido mucho dinero, pero no era acaudalado en el sentido que la gente como Ondraus o Charlemund entendía por riqueza. No era un rey. Kez tenía el dinero necesario para convertirlo en uno.

—Gracias por vuestro tiempo —le dijo—. Creo que ya he terminado aquí. Volveré si tengo más preguntas. —El tesorero volvió a sus números sin decir otra palabra—. Ya conozco la salida.

Tanto si temía a Tamas como si no, Nikslaus no estaba corriendo ningún riesgo. Su prisionero iba en el carruaje mirando hacia atrás. Tenía grilletes en muñecas y tobillos, encadenados al suelo al estilo de los carromatos de presos. Había un Guardián sentado junto a Tamas, y su cuerpo retorcido presionaba a Tamas contra el lateral del carruaje. Tamas sentía que se le erizaba la piel al estar tan cerca de una de esas criaturas.

A pesar de los grilletes, el carruaje era digno de un duque. Nikslaus iba sentado frente a Tamas sobre un cojín de terciopelo, lo que le dejaba mucho espacio para las piernas. El entelado de las paredes y las cortinas de las ventanas hacían juego con el cojín y amortiguaban un poco los sonidos del exterior. Un poco antes, el carruaje había dejado

de moverse de lado a lado, y ahora avanzaba por una calle de adoquines. A juzgar por el ruido del tráfico creciente, estaban acercándose a la ciudad.

Nikslaus parecía absorto en sus pensamientos. Los dedos le bailaban sobre el regazo, envueltos en guantes de Privilegiado. Tamas se preguntó si estaría lanzando alguna especie de hechicería invisible o si solo estaba pasando el tiempo. Levantó un dedo a las cortinas y echó una mirada hacia fuera. No había nada interesante. Al oír el tintineo de las cadenas, Nikslaus lo miró. Le hizo un gesto con la cabeza al Guardián, que se estiró y retiró con firmeza la mano de Tamas de la ventana.

Tamas suspiró. Al menos su visión se había aclarado. Habían dejado la casa a media tarde del día anterior. Algo había tranquilizado a Nikslaus, y ya no parecía preocupado por que los atraparan. Extendió sus sentidos hacia dentro, luego hacia fuera. Trató de abrir el tercer ojo.

Los magos de la pólvora eran la única clase de hechiceros cuyo poder se podía anular de esa manera. Tamas no sabía cómo se había descubierto ni cuándo, pero tener oro en el flujo sanguíneo podía inutilizar completamente los poderes del mago. Incluso bloqueaba su capacidad de ver el Otro Lado. Se decía que cortarle las manos a un Privilegiado evitaba que manipulara el Otro Lado, pero no que lo viera.

—No soy una mala persona —dijo Nikslaus de pronto. Tamas le echó una mirada. El duque le clavó la vista con una expresión de intranquilidad—. No hallo placer en vuestro malestar ni sonrío al pensar en vuestro funesto destino.

—El hecho de saber eso no me impediría estrangularos hasta mataros, si tuviera la oportunidad —dijo Tamas.

Nikslaus le sonrió distraídamente.

—Será un gusto no daros esa oportunidad. —Hizo una pausa—. Precisamente estaba pensando cómo sería si yo no pudiera usar mi hechicería. Si me quitaran las manos y perdiera la capacidad de tocar el Otro Lado. Ha sido un pensamiento espeluznante.

—No obtendréis nada de simpatía de mi parte —dijo Tamas.

—Simplemente quiero que sepáis —respondió Nikslaus— que no hago nada de esto por placer. Actúo según la voluntad de mi rey. Solo soy un sirviente.

—¿Y erais un sirviente cuando enviasteis la cabeza de mi esposa en una caja de cedro? —preguntó Tamas. La pregunta comenzó calma. Para cuando terminó de formularla, estaba gritando con la ira a flor de piel. Lo había atravesado como una oleada. Sus cadenas tintinearon y resonaron. El Guardián le echó una mirada peligrosa.

Nikslaus calmó al Guardián levantando una mano.

—Sí —dijo—. Era un sirviente.

—Lo disfrutasteis —dijo Tamas apretando los dientes—. Admitidlo. —Su voz chorreaba de rencor—. Disfrutasteis al ordenar que la decapitaran, disfrutasteis al enviarme su cabeza y ver mi dolor, y ahora disfrutáis al verme incapacitado.

Nikslaus pareció pensar en eso.

—Tenéis razón —dijo finalmente.

Tamas se quedó en silencio, sorprendido de que Nikslaus hubiera admitido semejante cosa. No era digna de un duque.

—Cuando lo planteáis de esa manera… Sí lo disfruté, y aún lo disfruto —dijo Nikslaus—. Pero no por los motivos que vos creéis. Esto no es personal. Los magos de la pólvora son una mancha. Un punto negro en la hechicería. Yo no me regocijo en el sufrimiento de otra persona. Me enorgullezco al ver a un mago de la pólvora abatido, como lo hice cuando Ipille ordenó la muerte de vuestra esposa.

—Eso no hace que vos seáis menos monstruoso —dijo Tamas. Miró de lado al Guardián—. No sois menos monstruoso que el que hizo esto.

Nikslaus entrecerró los ojos.

—Dijo el mago de la pólvora. Vuestra estirpe es, de lejos, más monstruosa que los Guardianes. —Miró el techo del carruaje—. Nunca entenderé la mente de las personas como vos, Tamas. Ambos tenemos nuestros prejuicios, supongo. —Resopló—. Si hubierais nacido como Privilegiado, habríais sido un aliado formidable.

—O un oponente —dijo Tamas.

—No. Un oponente, no. Nuestro mutuo antagonismo está basado únicamente en el hecho de que vos sois un mago de la pólvora.

—Yo soy adrano —dijo Tamas en voz baja—, vos sois keseño.

—Y la camarilla adrana habría sido incorporada a la Camarilla de Kez, si se hubieran firmado los Acuerdos. Como debería haber sido.

—¿De verdad piensa Ipille gobernar Adro?

Nikslaus lo miró sorprendido.

—Por supuesto. —Tamas vio en los ojos de Nikslaus que no le cabía la menor duda. Qué arrogancia—. Desde que llegaron las noticias de vuestro golpe de estado, no he dejado de preguntarme: ¿qué fue lo que lo provocó? ¿Fue simplemente venganza? ¿O pensáis sinceramente que teníais en mente el interés de Adro?

—¿Pensáis vos *sinceramente* que lo que más le conviene a Adro es arrodillarse ante Kez? —contrarrestó Tamas—. No, no respondáis. Lo veo en vuestro rostro. Sois un noble ciego y un secuaz de la monarquía, como todos los que envié a la guillotina. ¿No leéis los periódicos? ¿No estáis enterado de los disturbios de Gurla? Sé que sentisteis la punzada de la rebelión cuando Fatrasta se alzó y echó a vuestros ejércitos.

—Idiotas, todos y cada uno de ellos —dijo Nikslaus.

Tamas persistió.

—El mundo está cambiando evidentemente. La gente ya no existe para servir a su gobierno o a su rey. Los gobiernos existen para servir a su pueblo, por lo tanto el pueblo debería poder tener voz en esos gobiernos.

Nikslaus lanzó una risa burlona.

—Imposible. Las decisiones no deben quedar en manos de la chusma.

—Una persona no debe ser gobernada por otra —dijo Tamas.

Nikslaus juntó los dedos. Ese gesto solía ser significativo cuando involucraba a un Privilegiado, sobre todo si llevaba los guantes puestos.

—O estáis jugando conmigo, o sois un tonto ingenuo. Vos habéis servido en Gurla, en Fatrasta y en media docena de países salvajes donde los miembros de los Nueve reclamaron tierra. Yo, también. Los campesinos y los salvajes necesitan ser domesticados. Como Adro y los magos de la pólvora necesitan ser domesticados.

—Vos y yo hemos aprendido dos cosas diferentes de nuestras experiencias —dijo Tamas.

La expresión de Nikslaus dejó claro que a él no le interesaba oír lo que Tamas había aprendido.

—¿Quién me ha traicionado? —preguntó Tamas. Él también respuestas que conseguir.

Nikslaus le echó una mirada.

—¿Creéis que voy a arriesgarme a decíroslo? —Meneó la cabeza—. No. Cuando la hoja de la guillotina esté a punto de caer, quizá os lo susurre al oído. Ni un segundo antes.

Tamas abrió la boca y estuvo a punto de mofarse de Nikslaus con la información de que el comandante Barat era un traidor. Se detuvo. ¿Nikslaus estaba preocupado de que fuera a escapar? ¿Realmente consideraba que Tamas tenía alguna oportunidad? Estaba desprovisto de sus capacidades y no podía usar la pierna. ¿Cómo diablos iba a poder escapar?

Nikslaus se removió en el asiento. Apartó la cortina lo suficiente para mirar hacia fuera, luego volvió a sentarse con una expresión de irritación en el rostro.

—¿Nos están siguiendo? —preguntó Tamas en un tono lo más despreocupado posible.

—¿Sabéis una cosa? —dijo Nikslaus ignorando la pregunta de Tamas y volviendo a mirar por la ventana—. Muchos miembros de la corte real están contentos con vuestro golpe de estado.

—Me imagino. Si tomáis Adro, os repartiréis las tierras que hemos confiscado a la nobleza.

—¿Que habéis confiscado? Que habéis robado. Las tierras y los bienes volverán a los familiares de la nobleza que sigan con vida. Se restaurarán los títulos. Habrá un impuesto, pero debe extenderse una mano de hermandad a la nobleza violentada.

—Entonces, Ipille no es tan necio como yo pensaba —dijo Tamas—. Ni tan codicioso.

Por un momento, Nikslaus pareció estar a punto de golpear a Tamas. Pero evidentemente lo pensó dos veces y simplemente alzó la nariz.

—¿Cuál fue el error en vuestra educación que os ha llevado a tener tanta falta de respeto por vuestros superiores?, ¿tanto desprecio por vuestro rey, elegido por Dios?

—A Ipille no lo eligió un dios. —Tamas resopló—. O ese dios es un imbécil.

—Mi límite es la blasfemia —dijo Nikslaus—. Esta conversación se ha terminado.

El día continuó, la mañana dio paso a la tarde y el interior del carruaje se tornó muy caluroso. Tamas se aflojó el cuello de su camisa de montar, ya toda manchada de sudor. Su chaqueta de caza había sido reemplazada por un abrigo marrón poco llamativo. Hacía calor y el aire estaba demasiado cargado allí dentro, y Tamas deseó que Nikslaus abriera la ventana. Ni el Privilegiado ni el Guardián parecían verse afectados.

Tamas logró identificar el momento en que cruzaron el canal. El puente estaba hecho de piedra sobre acero a lo largo de muchos metros, y las ruedas del carruaje rodaban con facilidad. Estaban acercándose al puerto. Se daba cuenta por el olor.

Nikslaus seguía echando vistazo tras vistazo por la ventana. Tamas se preguntó qué era lo que detectaba con su hechicería. ¿Iba Sabon siguiéndoles el rastro? ¿O simplemente Nikslaus estaba nervioso por encontrarse tan cerca de la guarnición de la ciudad? Respiró hondo y estudió al Privilegiado. ¿Nervioso? Sí. ¿A punto de entrar en pánico? No, ni cerca. Y entraría en pánico, si pensaba que la camarilla de la pólvora se le acercaba.

Tamas prestó atención a los sonidos que se oían fuera del carruaje, tratando de determinar dónde estaban. Algún lugar cerca de los muelles y del canal. Si habían tomado el puente Roan, verdaderamente estaban muy cerca. Podrían abordar un barco contrabandista en cualquiera de los embarcaderos. Nikslaus no perdería el tiempo esperando algo elegante. Querría irse con su trofeo lo más rápido posible.

El carruaje se detuvo. Nikslaus levantó la cortina y sonrió por lo que vio. A Tamas se le cayó el alma a los pies. Habían llegado.

Tamas no supo qué lo sobresaltó más: si la explosión o los relinchos

aterrorizados que siguieron. Todo el vehículo se zarandeó, y Tamas se golpeó contra sus cadenas. Se mordió la lengua para ahogar un grito cuando su peso y el peso del Guardián le presionaron la pierna herida contra el lateral del carruaje.

Nikslaus abrió la puerta de una patada.

—Si me capturan, mátalo —le dijo al Guardián mientras saltaba del carruaje. El eco de su hechicería chocó contra la pared del carruaje y lo sacudió aun más que la explosión anterior.

Tamas y el Guardián se miraron. La criatura se colocó en el asiento de Nikslaus y extrajo un cuchillo.

Siguieron más explosiones. Había gente gritando. Se oían entremezcladas las voces de mujeres y niños. Tamas se sintió enfermar. Había gente muriendo allí fuera. Transeúntes, que en medio de sus quehaceres de fin de semana se habían visto atrapados en un conflicto forjado en el abismo. Sonó una andanada de disparos, seguida de los chasquidos casi inaudibles de los fusiles de aire de los Guardianes. Una bala destrozó la ventana, pasó entre Tamas y el Guardián, y dejó un agujero en el otro lado del carruaje. El Guardián abrió aún más los ojos.

—¡Abrid paso! —oyó Tamas que gritaba el cochero—. Trataremos de huir.

Tamas apretó los dientes. Quería atacar, extender las manos y luchar con el Guardián para quitarle el cuchillo. Sin pólvora habría perdido, pero al menos habría *hecho algo* . Con manos y piernas encadenadas, y sin sus poderes, no podía hacer nada más que quedarse sentado y escuchar, y hacer una mueca cuando algún hechizo o una explosión chocaba contra el carruaje.

De pronto comenzaron a moverse. El obstáculo que había bloqueado el camino (probablemente un carruaje en llamas, uno lleno de Guardianes) ya no estaba. El cochero azotó a los caballos, que galoparon con frenesí. Los disparos y los hechizos quedaron atrás. El carruaje se agitaba con violencia. El Guardián se agarraba a las paredes del carruaje con ambas manos, manteniendo el equilibrio sin expresión alguna. Tamas se movía de acá para allá, imposibilitado de hacer lo mismo con las cadenas puestas, y oía sus propios gemidos cada vez que se le movía la pierna.

El Guardián miró por la ventana.

—Ya casi hemos llegado —dijo. Extrajo una llave y, a pesar de las violentas sacudidas del carruaje, se las arregló para quitarle las cadenas. Le dejó puestos los grilletes. Blandió el cuchillo y le dijo en adrano con un fuerte acento—: Si me dais problemas, os entierro esto en el pecho.

El carruaje se detuvo. El cochero saltó de su asiento y abrió la puerta. El Guardián se volvió para salir y se quedó congelado.

La criatura tardó una fracción de segundo en volverse hacia Tamas con el cuchillo en alto. Él paró el golpe con las muñecas y usó sus grilletes como palanca para desviar la hoja. Luego se encontró tendido de espaldas sobre el asiento del carruaje, con luces revoloteando ante sus ojos y los oídos retumbándole. Casi ni registraba el dolor de la pierna.

Tardó un momento en volver a sentarse erguido. Cada centímetro le causaba un sufrimiento eterno. La pierna le gritaba de dolor. Sintió sangre en un lado del rostro; después de todo, no había logrado evitar el cuchillo. Se apoyó contra la pared del carruaje y percibió un olor a pólvora.

El Guardián ya no estaba. Había un agujero del tamaño de un Guardián en el carruaje, en el lado contrario de la puerta. Su cuerpo estaba fuera, en el suelo, con una pierna aún apoyada en el borde del carruaje y atravesada por un fragmento de madera.

Tamas bajó la mirada y vio a Olem depositando un cañón de mano en el suelo del carruaje. El soldado gruñó por el esfuerzo, y luego miró a Tamas. Había alivio en sus ojos.

—Así que no me he equivocado de carruaje —dijo.

Olem ayudó a Tamas a bajar del vehículo. Estaban en un callejón ubicado entre dos edificios de ladrillos. El fuerte olor del mar y el rumor de las olas indicaban que estaban muy cerca del agua. En cuestión de segundos, el callejón se llenó de soldados adranos. Uno trató de ocupar el puesto de Olem como apoyo de Tamas. Olem lo rechazó con un gesto.

—¿Dónde está Sabon? —preguntó Tamas.

—Persiguiendo al Privilegiado con Vlora —dijo Olem. Parecía cansado. ¿Podía cansarse?—. El muy cabrón se la largado cuando ha visto cuántos éramos.

Más soldados se metieron en el callejón, y Tamas abrió mucho los ojos. Había más en las calles.

—¿Has traído a toda la guarnición?

—A todos los que estaban cerca —dijo Olem.

—¿Cómo diablos me habéis encontrado? —Olem sonrió y miró hacia abajo. Fue entonces cuando Tamas reparó en el perro que estaba sentado a sus pies mirándolo con unos ojos como platos. El animal movió la cola. Tamas no pudo hablar. Se inclinó a pesar del dolor y acarició a Hrusch en la cabeza—. Eso es imposible —logró decir después de un momento.

—Sabon entrenó a Hrusch para que os encontrara bajo cualquier circunstancia. Entrenó al condenado desde que nació. Lo ayudó una vieja bruja de una granja que hay al norte de la universidad, una Dotada que sabe entrenar animales. Hrusch puede captar vuestro olor en cualquier lado, aunque estuvierais dentro de una caja sellada en el

medio del mar.

—No tenía ni idea —dijo Tamas.

—Era su pequeño secreto. Un plan de emergencia —dijo Olem—. Ojalá nunca lo hubiéramos necesitado.

Tamas sintió que aquellos dos días de miedo, rabia y expectativa se derretían ante la mirada de Olem. El guardaespaldas lo miraba como un padre a un niño que ha estado perdido. En sus ojos, el enfado luchaba contra el alivio. Los soldados se amontonaron alrededor expresando su preocupación. Tamas respondió con una sonrisa de agradecimiento. Un momento después, se derrumbó.

Capítulo 27

A Tamas, el despacho del último piso de la Casa de los Nobles le parecía viejo y familiar, aunque solo lo había ocupado durante un par de meses. Lo sentía como un hogar. Pasó los dedos por las borlas trenzadas en el borde del sofá. Le temblaban las manos y estaba reclinado con todo su peso sobre una muleta. El aire olía a limones. Tamas se preguntó si siempre había sido así.

Olem lo observaba desde la puerta. Aunque fuera un Dotado, resultó que sí necesitaba descansar. Los párpados se le caían como a quien anhela dormir, y le habían salido ojeras púrpuras. Su barba, que por lo general estaba recortada con esmero, aparecía desaliñada, y su cabello era un desastre. Un día normal, Tamas lo habría reprendido por su laxitud.

Aquel no era un día normal.

"Debería decirle que descanse. ¿Qué era lo que solía decirme mi padre? El descanso es para los muertos".

—Sí, señor —dijo Olem.

Tamas le echó una mirada.

—¿Hum?

—Acabáis de decir que el descanso es para los muertos.

—Tú pareces un muerto.

—Vos tampoco tenéis muy buena cara, señor. —Olem intentó sonreír. Tamas le veía en los ojos que estaba preocupado—. Deberíais descansar, señor. Subir todas estas escaleras casi os mata.

Olem había insistido en ayudarlo en cada peldaño; por momentos, había llegado casi a llevarlo en brazos.

—No necesito una niñera —dijo Tamas—. Hay trabajo que hacer.

Fue cojeando hacia el escritorio, pero casi se desplomó a mitad de camino.

Olem acudió a su lado de inmediato y lo sostuvo del codo.

—Sentaos, señor. El doctor Petrik llegará en cualquier momento. —Olem lo ayudó a sentarse en el sofá.

—Bah —dijo Tamas. Le hizo un gesto en dirección a una silla—. Toma asiento.

—Creo que prefiero quedarme de pie, señor.

—Como quieras. —Tamas aún no podía permitirle a Olem descansar. No podía permitirse a sí mismo descansar—. Necesito saber cómo han ido las cosas en mi ausencia. ¿Cuántas personas saben de mi captura?

—El rumor corrió muy rápido —dijo Olem—. Me temo que yo tenía otras cosas en mente. Mandé llamar a Sabon en cuanto volví a la cacería y cogí a Hrusch. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección al perro, que dormía profundamente en el rincón—. Charlemund ha hecho todo lo posible por mantener las cosas en silencio. No me sorprendería que sus sacerdotisas hayan hablado. Sé que el comandante Sabastenien no lo ha hecho.

—¿Entonces todos han logrado alejarse de Nikslaus a salvo?

Olem asintió con la cabeza.

—Yo casi di media vuelta cuando oí los hechizos, señor —dijo. Evitó la mirada de Tamas—. Si necesitáis que os entregue mis tiras…

—Cállate. No voy a quitarte las tiras.

—Me ordenasteis que llevara a los demás a la cacería.

—Pensé que lo habías hecho.

—En realidad no, señor. Seguí adelante y dejé que los otros encontraran la forma de volver. No pensaba esperar.

—Si yo hubiera estado en tu posición, tampoco habría obedecido esa orden. No puedo reprocharle a un hombre que haga caso de su instinto. Además, hiciste tu trabajo. No diste media vuelta. Continúa. —Tamas tragó saliva. Lo único que quería era reclinarse y dormir, pero había cosas que hacer primero. Trató de mantener a raya el cansancio, el dolor y las náuseas.

—Ya se ha corrido la voz de la traición de Ryze. Lady Winceslav quiere respuestas. Los rumores están desparramándose por doquier.

—Detenlos.

—¿Qué? —Olem parecía sorprendido.

—No son ciertos. —Tamas se puso de pie con dificultad. Ryze era un buen hombre. No iba a permitir que cargara con la culpa por aquel asunto. Olem le apoyó una mano en el hombro, y lo refrenó con suavidad.

—Lo vi cuando os llevó con él —dijo Olem.

—Encontraste los cadáveres, ¿no?

Olem meneó lentamente la cabeza.

—Sangre sí, pero ningún cadáver.

—La hechicería que oíste cuando te ibas no era yo defendiéndome, eran los hombres de Ryze tratando de contener al duque Nikslaus para que Ryze pudiera advertirme. Ryze fue incinerado vivo.

—¿Estáis seguro de...?

—Vete al abismo —rugió Tamas—. No seas condescendiente. No me he vuelto loco en una tarde.

—Si Ryze quería advertiros, ¿por qué molestarse? —dijo Olem—. Podría haberos enviado una nota o haber venido a veros en persona.

Tamas se masajeó las sienes.

—No lo recuerdo. Recuerdo que estaba asustado. Furioso. Barat tenía algo en su contra para mantenerlo en silencio.

—¿El comandante Barat? Os habéis golpeado la cabeza muy fuerte, a juzgar por esa hinchazón. —Olem le ofreció una leve sonrisa.

—No seas idiota. —Tamas volvió a ponerse de pie con dificultad. Sintió un fuerte dolor en la pierna y rompió a sudar. Se dio por vencido—. Envíale una misiva a lady Winceslav. Dile que Ryze es inocente de todas las acusaciones. —Hizo una pausa—. Tráeme a los comandantes Barat y Sabastenien.

—Enviaré a alguien —dijo Olem, yendo hacia la puerta.

—No —gruñó Tamas—. Tráelos tú mismo. No quiero que ninguno de ellos se escabulla. Lleva una brigada contigo. Y, pensándolo bien, no le digas a nadie lo de Ryze.

—Pero si es inocente…

Tamas cerró los ojos. Necesitaría fuerzas para lo que se avecinaba.

—Ya me ocuparé de eso después. Puedes retirarte.

—Ahora mismo, señor.

Apenas Olem salió por la puerta, Tamas dejó escapar un resoplido de dolor. La pierna se le había endurecido en cuestión de minutos. Cuando no le dolía, le palpitaba; cuando se hartaba y la movía, le subían punzadas de dolor y deseaba haberla dejado palpitar. Se pasó una mano por el cabello desaliñado.

Se obligó a pensar. ¿Por qué había fingido Ryze que lo secuestraba solo para contarle lo de Barat? Habría sido útil tener el don de Adamat.

¡Su hijo!

—¡Olem! —gritó. Esperó unos momentos. Olem no regresó. Gritó de nuevo. Un guardia asomó la cabeza por la puerta.

—¿Qué sucede, señor?

—Kema, ¿ya se ha ido Olem?

El soldado asintió con la cabeza.

—Salió hace un minuto. Parecía dispuesto a hacer que alguien lo pasara muy mal.

—Pásame pluma y papel. —Kema tomó una pluma y algunas hojas del escritorio de Tamas y se las dio. Tamas garabateó una nota rápida —. Alcanza a Olem. Dile que haga esto antes que la otra tarea.

—Sí, señor.

Kema volvió a irse, y dejó a Tamas solo. La pierna comenzó a

palpitar de nuevo. Un dedo de pólvora negra y no sentiría dolor alguno… si pudiera usarla. Ni siquiera podía entrar en un trance de pólvora llevando la estrella de oro en la pierna.

—¿Dónde estará Petrik, maldito sea?

—Justo aquí. —El médico cerró la puerta en silencio detrás de él. Llevaba su maletín en una mano y su abrigo colgado de la otra. Observó a Tamas a través de un par de lentes—. Me habéis hecho abandonar una magnifica partida de bridge —le dijo. Parecía molesto, pero eso era algo usual. Lo habían echado de la mayoría de sus puestos como médico público y privado porque carecía completamente de tacto con los pacientes. Sin embargo, lo que le faltaba lo compensaba con concisión y habilidad.

—Cuánto lo siento —dijo Tamas—. Si deseáis volver a la partida, me quedaré aquí sufriendo un poco más.

Petrik se detuvo. Se encogió de hombros y se volvió hacia la puerta.

—¿No entendéis el concepto del sarcasmo, anciano cabrón?

Petrik lo miró enfadado durante un momento, y luego fue hasta su lado. Caminaba como si pesara ciento sesenta kilos, a pesar de ser flaco como un palo. Se sentó junto a Tamas y se quitó los lentes. Se colocó un monóculo y le examinó el rostro y la cabeza.

—Algunos rasguños —dijo después de un momento—. Nada por qué preocuparse. Parece que habéis sufrido una conmoción. —Chasqueó los dedos frente al rostro de Tamas y miró en cada ojo—. Está todo bien—. Agarró la pierna de Tamas, no muy delicadamente, y se la colocó sobre el regazo. Le quitó el vendaje de lino y la miró con ojo clínico—. Ya os ha visto un médico —dijo. Había algo de tensión en su voz.

—Sí —respondió Tamas—. El médico que estaba con mis captores. Él es el que me ha operado la pierna.

—¿Cómo estaba antes?

—No lo sé. Yo estuve todo el tiempo inconsciente.

—Tenéis suerte. Da la impresión de que os destrozasteis la pierna entera. Ese médico ha hecho un buen trabajo, quienquiera que sea —dijo a regañadientes.

—Quiero que la abráis.

Petrik lo miró perplejo.

—¿Perdón?

—La pierna. Tenéis que volver a abrirla.

Petrik volvió a apoyar la pierna con delicadeza.

—Os habéis golpeado la cabeza más fuerte que lo que pensaba.

¿Había un dejo de preocupación en la voz de Petrik? No, Tamas debía de haberlo imaginado.

—El cirujano metió un fragmento de oro antes de cerrar la herida. —Tamas hizo una pausa y tragó saliva. Tan solo decirlo le daba

náuseas—. No puedo usar mis poderes.

El doctor volvió a colocarse los lentes. Se los quitó y se los volvió a poner. Apoyó la barbilla sobre el puño mirando la pierna con rabia.

—Estáis loco. No pienso hacer tal cosa. Si la dejáis como está, se formará un quiste. Eso debería encapsular el oro y aislarlo del flujo sanguíneo, por lo que podréis volver a usar vuestros poderes.

—Hacedlo —dijo Tamas—. Es una orden.

—¿Y creéis que eso ayudará? Si la conmoción no os mata, perderéis la pierna. Que podría mataros de todas maneras. No estáis usando la cabeza.

—Nikslaus me ha dicho que el fragmento tiene forma de estrella. Cada vez que me mueva, rasgará el tejido y permitirá que el oro entre de nuevo en contacto con mi sangre. La siento ahí dentro, moviéndose.

Petrik dudó.

—Os agradezco vuestra preocupación —dijo Tamas.

—¿Preocupación? —dijo Petrik—. Sí, por mí. ¿Sabéis lo que me harán vuestros lacayos si morís durante el procedimiento? He visto a Olem dirigiéndose a la salida. No soy un idiota, para que no pueda protestar lo habéis enviado a hacer algo, y Sabon aún no ha regresado. Me harían trizas.

—¿Quién os haría trizas?

Sabon estaba de pie en la puerta a medio desabotonarse la casaca. La prenda estaba cubierta de manchas de pólvora, tierra y quemaduras. Parecía que hubiera estado en una mina de carbón. La colgó en un gancho de la pared. Tenía las manos sucias y un largo corte en la mejilla, con la sangre ya seca.

—¿Lo has atrapado? —dijo Tamas.

Sabon meneó la cabeza.

—Lo lamento.

Tamas se tragó un reproche. “Mierda”.

—¿Cómo ha escapado?

—Tenía una ruta bien ensayada. Entró en un almacén con un falso suelo que daba a las alcantarillas. Nuestros hombres están buscando todas las salidas posibles, pero me sorprendería que lo encontraran. Vlora sigue rastreándolo, pero podría salir en cualquier punto de Adopest. Es como si hubiera esperado que lo alcanzáramos. —Sabon lanzó un gruñido de disgusto. Se acercó y echó una mirada a la pierna de Tamas—. Tú has tenido mejores días —le dijo.

—Sí, es cierto.

—¿Perderá la pierna? —le preguntó a Petrik.

El médico hizo caso omiso de la mirada de advertencia de Tamas.

—Podría, si me obliga a volver a abrirla, tal como desea.

—¿Por qué? —Sabon miró a Tamas esperando una explicación.

Tamas respiró hondo.

—El médico de Nikslaus me arregló la pierna. Antes de hacerlo, insertó un fragmento de oro justo contra el hueso. Tiene forma de estrella, para evitar que se me forme un quiste.

Los ojos de Sabon se agrandaron.

—¡Ese animal! —gritó—. Le arrancaré las manos cuando lo atrape.

Tamas no podía disentir.

—Si es que alguna vez llegamos a atraparlo. Petrik, quiero la cirugía.

El médico le clavó la mirada a Sabon.

—No —dijo Sabon—. Si mueres, toda la campaña estará en peligro. Acabamos de recuperarte.

"La campaña". Tamas casi sonrió. Sabon nunca admitiría estar preocupado.

—No pienso continuar sin mis poderes —dijo Tamas—. Petrik, ¿cuáles son los riesgos si no me sacáis el fragmento de oro?

El viejo doctor frunció el ceño.

—Si lo que decís es cierto, os dolerá constantemente. No podréis dormir, y el cansancio evitará que vuestro cuerpo sane con normalidad. —No parecía contento—. Deberíamos extraerlo.

Sabon miró a Tamas y luego al médico, y tomó aire.

—Buena suerte —dijo, y se fue.

—¿Queríais verme? —Adamat movió el peso de un pie al otro y observó el equipamiento quirúrgico distribuido junto a Tamas. Las cirugías lo ponían nervioso. Muchas cosas podían salir mal, y parecía que año tras año los médicos inventaban algún método nuevo y doloroso para matar gente con el pretexto de ejercer la medicina. Era un pensamiento irracional, y lo sabía. Las estadísticas daban fe de lo contrario. La antigua práctica de la sangría era cada vez menos popular, mientras que las recientes teorías sobre la esterilización habían comenzado a esparcirse por todo el campo de la medicina. Los índices de supervivencia eran los más altos desde la Era de Kresimir.

El mariscal de campo estaba sentado al borde de una mesa de operaciones; se trataba de una cirugía improvisada que se llevaría a cabo en una habitación lateral de la Casa de los Nobles. Lo único que tenía puesto era una toalla alrededor de la cintura, y a Adamat lo sorprendió el número de cicatrices antiguas que le cruzaban el pecho. Algunas eran de espadas, una parecía una herida de cuchillo, y tres marcas sonrosadas y ya descoloridas eran heridas de bala. Tenía un chichón en la cabeza, visible incluso debajo del cabello canoso, y su pierna derecha estaba roja e hinchada. A un lado, un médico de bata blanca examinaba el instrumental con cuidado.

Así que Tamas estaba vivo, pero en bastante mal estado. Las

columnas de chismorreos matarían por averiguar lo que había sucedido el día anterior en la calle Palo, y dónde había estado Tamas los dos días previos. Adamat decidió no preguntar.

Tamas le hizo un gesto con la cabeza.

—¿Habéis encontrado a mi traidor?

—No, señor.

—¿Por qué no?

—No es que quiera poner excusas, pero estoy haciendo el trabajo de veinte hombres.

—Os estamos pagando bien, ¿no?

—No exactamente, y la paga no hace que el trabajo sea más expeditivo. Tengo que llevar a cabo entrevistas e investigaciones, y hay mucho viaje involucrado.

—*¿No exactamente?*

—Estoy investigando al tesorero, señor. No voy a interrogarlo y luego pedirle un cheque.

Tamas resopló.

—Olem, encárgate de que nuestro investigador reciba su paga. —El guardaespaldas hizo una pequeña pausa en su incesante pasear arriba y abajo, y asintió con la cabeza—. Seguramente tendréis vuestras sospechas.

—Siempre —dijo Adamat—. Pero ninguna prueba concreta.

—Tengo aquí una carta —dijo Tamas, haciendo un gesto hacia su escritorio— de mi hijo Taniel. Se encuentra en la Fortaleza de la Corona con la Guardia de la Montaña, ayudando a rechazar un ataque de Kez. Parece que él y el Privilegiado Borbador están de acuerdo en que una poderosa hechicera se ha pasado al lado keseño y busca liderar a la Camarilla de Kez hasta Kresim Kurga, donde intentará invocar a Kresimir.

Adamat sintió que se le abría la boca a causa de la sorpresa.

—Eso es absurdo.

—Así es. Cuando los hombres se encuentran en estado de sitio, es frecuente que pierdan la perspectiva. Además, mi hijo no está bien. —Tamas no dio más detalles sobre eso—. Aun así, me veo obligado a hacer planes. Es posible que los keseños hayan desarrollado una nueva arma o… —Miró por la ventana e hizo una mueca—. Ese asunto sobre la Promesa de Kresimir… ¿Habéis averiguado algo más sobre eso en vuestra investigación? ¿Algo que indique que Kresimir necesita ser invocado, o de qué manera intentaría vengar al rey muerto?

—No. Como os digo, mi investigación no me ha llevado a nada. Han arrancado pasajes completos de los libros, los ha eliminado alguien que no quiere que se sepa esa información. —Tan solo eso ya había intrigado a Adamat desde el principio, pero él no era un hombre dado a la especulación—. Lo que sé de la Promesa de Kresimir

proviene exclusivamente del Privilegiado Borbador.

—Eso es lamentable. —Tamas se llevó una mano a la frente y se tambaleó un poco. No estaba bien—. Me niego a sucumbir a la histeria, pero debo estar listo para la posibilidad de que haya algo de verdad en todo esto. ¡Bah! Invocar dioses, ¿quién piensa en esas cosas? He enviado a la cuarta brigada a la Fortaleza de la Corona. Debería ser más que suficiente para defender ese paso contra los keseños. —Hizo un gesto de desdén—. Lamento haber interrumpido vuestra investigación, inspector. Pero sí quería deciros algo antes de que os vayáis.

—¿Señor?

—Si no sobrevivo a esta cirugía, o si no llego a recuperarme, quiero que continúeis investigando.

Adamat sintió un escalofrío de pánico.

—Con todo respeto, señor, aparecería muerto en una zanja en cuestión de horas. Estimo que solo el temor a la sospecha es lo que evita que sea blanco de asesinos. El temor a vos, para ser más preciso.

—Tendréis una guardia —dijo Tamas—. Si muero, no se hará justicia por medio de un juicio sino por el acero. La séptima brigada os ayudará con cierto regocijo, si no me equivoco.

Tamas realmente estaba pensando que podía morir. El pánico de Adamat se intensificó. Si Tamas moría, todo terminaría desmoronándose. Sobre todo ante semejante contingencia. El ejército iría a por el resto de la junta; todo sería un “sálvese quien pueda”. El país quedaría sumido en el caos. No habría ganadores. Y si vivía, Adamat se vería obligado a seguir traicionándolo, contándole todo a lord Vetas. ¿Dónde había quedado su integridad? Por centésima vez, Adamat contempló la posibilidad de arriesgarse y contarle todo a Tamas para pedirle ayuda. No, decidió una vez más. La seguridad de su familia era más importante que la integridad y el honor.

Los pensamientos de Adamat quedaron interrumpidos por la llegada de un hombre gordo y alto, con cabello negro y atado en una coleta. Se movía con el porte de un rey, a pesar de que llevaba delantal y gorro de cocinero. Sostenía una bandeja de plata por encima de la cabeza, y del delantal le colgaba un cucharón del tamaño suficiente para aplastarle la cabeza a un hombre.

Tamas lo miró con cierta cautela.

—¿Mihali?

—Mariscal de campo —dijo Mihali—. Os traigo un caldo para que lo bebáis antes de la cirugía. Creo que os hará hacer bien en la recuperación.

El médico le frunció el ceño.

—Nada de comidas ni bebidas.

—¡Insisto! —Mihali le tendió la bandeja a Tamas.

—Desde luego que no. Que ingiera algo ahora puede traer complicaciones durante la intervención, yo...

Tamas le hizo un gesto con la mano para que se callara.

—Creo que me las arreglaré —dijo—. Ni siquiera pensáis administrarme éter.

Adamat estaba a punto de escabullirse y dejar a Tamas con su caldo y su cirugía, cuando la puerta se abrió con fuerza. Adamat reconoció al archidiocel por su sotana, no por su rostro. Charlemund era un hombre que tenía una reputación temible, y no daba muchos sermones públicos. No era muy popular entre las clases más bajas, en comparación con otros archidioceles.

—Tamas —dijo Charlemund—. Me alegro de ver que estáis vivo y a salvo, pero vengo por asuntos oficiales. Mis hombres dicen que vuestros soldados se niegan a entregar a ese cocinero blasfemo que tenéis. Ayer hubo una especie de refriega cuando mi guardia intentó venir a buscarlo...

Hizo una pausa y frunció el ceño al ver a Mihali, a Adamat y a los demás.

—Estoy seguro de que Mihali es de poca importancia —dijo Tamas.

—Si de mí dependiera, lo dejaría en vuestras manos. ¿Qué me importa a mí un cocinero loco? Pero hay archidioceles más fanáticos que yo que están exigiendo que se lo arreste. Me están presionando a mí, Tamas. Están amenazando la neutralidad de la Iglesia.

—Tendréis mi decisión más tarde —dijo Tamas.

—Debo insistir en que sea ahora. —Charlemund se cuadró de hombros. Su mirada se posó sobre Mihali—. Eres tú, ¿verdad? ¿El cocinero blasfemo?

Mihali apoyó la bandeja con delicadeza junto a Tamas y se volvió hacia Charlemund. Tomó una gran bocanada de aire y metió su enorme barriga.

—Soy un chef, señor, y vos me hablaréis como tal.

—¡Un chef! ¡Ja! —Charlemund echó la cabeza hacia atrás y se rio. Llevó la mano a la empuñadura de su espada—. Tamas, pongo a este hombre bajo arresto en nombre de la Iglesia.

—Fuera de aquí.

Las palabras se dijeron en voz baja, pero Adamat sintió como si pronto se hubiera evaporado todo el calor de la habitación. Se volvió hacia Tamas, pero no era Tamas quien había hablado. Había sido el cocinero.

—¿Cómo te atreves? —Charlemund desenvainó algunos centímetros de acero.

—¡Fuera de aquí! —bramó Mihali. Le apareció un cucharón en la mano, ni más ni menos como si se tratara de una espada. El extremo más ancho apuntaba con firmeza hacia la nariz de Charlemund—. No

pienso tolerar vuestra presencia. ¡Falso sacerdote, idiota aborrecible! ¡Dadme una razón y os mataré!

El rostro de Charlemund se retorció de ira.

—¿Qué clase de locura es esta? ¡Te arresto en nombre de la Iglesia! ¡No le tengo miedo a tu cucharón, glotón impío!

De pronto, Mihali avanzó sobre Charlemund. El archidiocel retrocedió unos pasos, desenvainó su espada y atacó. Mihali bloqueó la hoja con el cucharón, la desvió con pericia hacia un lado y le dio a Charlemund una bofetada de revés con tanta fuerza que lo arrojó sobre el sofá.

En la habitación se hizo el silencio. Olem fue corriendo a examinar a Charlemund.

—¿Acabas de matar al archidiocel? —preguntó Adamat.

El cocinero tomó aire.

—Debería haberlo hecho —dijo—. Tomaos el caldo, mariscal.

Mihali se fue sin decir otra palabra.

—Aún vive, señor —informó Olem—. Está inconsciente.

Adamat y Tamas se miraron. Adamat vio su propia incredulidad reflejada en los ojos de Tamas. El mariscal de campo se agarró la pierna adolorida.

—Olem, encárgate de que lleven al archidiocel a una de las habitaciones de abajo. Que se sepa que se cayó por las escaleras. Encuentra testigos. Inspector, estoy seguro de que vos lo habéis visto.

Adamat se arregló el frente de la chaqueta.

—Ha sido una mala caída. Rodó por dos tramos de escalera antes de que pudiéramos frenarlo.

—Creo que eso es lo que ha sucedido —dijo Tamas—. Doctor, ¿qué podríais prescribirle a Charlemund?

El médico miró el cuerpo inconsciente del archidiocel con cierto desagrado.

—¿Arsénico?

—No, en serio. Algo que le cause un buen dolor de cabeza y una gran pérdida de memoria.

—Cianuro.

—¡Doctor!

—Ya encontraré algo —farfulló el médico.

—Olem.

Olem se detuvo con los brazos debajo de los hombros de Charlemund mientras se lo llevaba a rastras.

—¿Señor?

—¿Qué es eso de una refriega con los guardias de Charlemund?

—Os lo iba a contar después de la cirugía, señor.

—Seguro que sí. ¿Qué sucedió?

Olem se detuvo, sin dejar de sostener a Charlemund.

—Solo eso, señor. Los muchachos no quieren perder a Mihali. Dicen que es un talismán de buena suerte, más allá de que cocine. Yo no he tenido nada que ver con eso. Casi nada.

—¿Cómo diablos es un talismán de buena suerte? ¿Qué ha hecho para justificar eso?

—Llenarles el estómago —dijo Olem.

—¿Ha habido alguna baja?

—Puede que haya alguna la próxima vez. —El rostro de Olem se ensombreció.

—¿Y si doy una orden directa?

Olem bajó la mirada.

—Estoy seguro de que los hombres la obedecerán, señor.

Tamas cerró los ojos y se los restregó.

—¿Qué sugeriríais vos, inspector?

Adamat se sobresaltó.

—No creo conocer suficientes detalles, señor. —De pronto se sintió como un intruso. Aquel no era un evento que él debería estar presenciando. Ese tal Mihali… Iba a tener que averiguar más acerca de él.

—Haced como que sí —insistió Tamas.

—No es un buen comandante aquel que cede ante los caprichos de sus tropas —dijo Adamat—. Pero es aún peor el que ignora sus deseos y necesidades. Aun así, hay algunos atenuantes. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el archidiocel, que Olem había continuado arrastrando en dirección a la puerta.

—Olem.

El guardaespaldas se detuvo de nuevo.

—Se está despertando, señor.

—Preferiría que aún no lo hiciera.

Hubo un sonido como de un martillo golpeando carne.

—No lo hará.

Tamas se llevó las manos a la cabeza.

—Haz que se sepa que Mihali ha sido reclutado por la séptima brigada del ejército adrano. Envía una carta a Hassenbur e infórmales que pueden enviar un médico para que lo vigile. Nosotros cubriremos todos los gastos, y así le evitaremos la vergüenza a Claremonte.

—¿Y la Iglesia?

Tamas suspiró.

—Pueden enviar a un sacerdote a hablar con él, si así lo desean. Para convertirlo, o alguna idiotez por el estilo.

—Entonces Mihali es el cocinero oficial de la legión, ¿no?

—Chef.

—Cierto, señor. Gracias, señor.

Tamas esperó a que el soldado hubiera salido para comenzar a

tomarse el caldo. Tras unos momentos, lo único que se oía eran sus sorbos satisfechos. Levantó la mirada.

—¿Inspector?

—¿Sí? —La mente de Adamat había vuelto a divagar.

—Podéis retiraros.

Mientras Adamat salía de la habitación, oyó que Tamas decía “Terminemos con esto, Petrik”.

Hizo una pausa en el corredor. Tamas había manejado bastante bien aquel asunto. El mariscal no era un hombre que tolerase que cualquier idiota cuestionara sus órdenes. No era un hombre al que conviniera hacer enfadar. Volvió a preguntarse si debería contarle todo lo de lord Vetas. Si Tamas descubría por su cuenta que lo estaba traicionado, perdería toda posibilidad de rescatar a su familia. Pero si intentaba un rescate, incluso con la ayuda de los soldados de Tamas, su familia podría morir. El riesgo era demasiado alto.

Capítulo 28

—Vamos, idiota —dijo Tamas—. Mantenme erguido. Coloca la almohada ahí. —Hizo una pausa y se agarró del escritorio mientras la habitación daba vueltas a su alrededor.

—¿Señor? —dijo Olem masticando el extremo de su cigarro.

—Estoy bien. Continúa. —Olem metió una almohada entre Tamas y la silla—. Más abajo. Perfecto. Gira un poco la silla. Quiero parecer despreocupado. —Tamas dio algunas órdenes más hasta que quedó satisfecho. Estaba sentado detrás de su escritorio, apuntando hacia la puerta del despacho y con la espalda bien erguida para parecer más alto. Olem dio un paso hacia atrás—. ¿Parezco un inválido?

—No.

—Has dudado.

—Un poco magullado, señor. Servirá.

—Bien.

Tamas no se atrevía a inclinarse hacia delante, ni siquiera a mirar hacia abajo, por lo que tanteó a ciegas un cajón del escritorio y extrajo un cartucho de pólvora. Rompió el extremo con la uña y se vertió el contenido sobre la lengua. Resistió un ataque de mareo y luego la incipiente oscuridad, pues su conciencia amenazaba con retirarse ante la oleada de sensaciones que inundaba sus sentidos. El gusto era amargo, sulfúrico. Para él, era sabor a ambrosía.

Su cansancio fue cediendo. El dolor de la pierna retrocedió hasta convertirse en un zumbido en el fondo de su mente, un simple recordatorio de que le habían abierto la pierna, rasgado la carne y arreglado el hueso pero sin el sufrimiento que ello debía traer aparejado.

—¿Tres cápsulas en una hora, señor? —Había un dejo de preocupación en la voz de Olem.

—Guárdate eso para algún otro —gruñó Tamas—. No tengo tiempo para preocuparme por quedarme ciego a causa de la pólvora. —Para ser sincero, admitió para sí mismo, la euforia del trance de la pólvora

se aferraba a él. Él necesitaba esa euforia, ansiaba sus caricias más intensas como un amante que ha estado ausente mucho tiempo. Ya se ocuparía más tarde de la adicción. Por ahora, había asuntos más importantes. A pesar del trance de pólvora, uno de los más profundos que había experimentado, apenas podía moverse. Su cuerpo aún sentía el dolor, aún se quejaba de su falta de descanso, solo que su cerebro no lo registraba—. Háblame del comandante Sabastenien.

—Era un huérfano —dijo Olem—, adoptado por las Alas de Adom como niño de las balas. Las Alas de Adom son su familia; Adro su madre, el ejército su padre.

—Es lo que he oído yo.

—Él me ayudó a seguir vuestro rastro —dijo Olem—. La traición de Ryze lo ha marcado profundamente.

—¿Sabe que Ryze ha muerto? —preguntó Tamas. Olem meneó la cabeza—. Y no has dicho palabra sobre su inocencia, ¿verdad?

—Ni una sola, señor.

—Bien. Hazlo pasar.

Sabastenien era uno de los comandantes más jóvenes de las Alas de Adom, con apenas veinticinco años. Tamas sabía que los comandantes de brigada no eran elegidos por capricho. Eran rápidos, eran inteligentes, valientes y fanáticamente leales a la familia Winceslav y a Adro. O lo habían sido, hasta el comandante Barat.

Sabastenien era un hombre más bajo, con un cabello oscuro rebelde, cortado justo por encima de los ojos. Se había dejado crecer las patillas para parecer más maduro, y las llevaba mejor que muchos hombres de su edad.

—Me alegro de ver que volvéis a gozar de buena salud, señor —dijo Sabastenien.

—Gracias —respondió Tamas—. Tengo entendido que ayudaste a Olem a seguirme el rastro. —Tamas señaló con la cabeza a su guardaespaldas y luego le hizo un gesto para que los dejara solos. Olem salió al balcón, mientras a Tamas la cabeza le daba vueltas por el movimiento repentino. “Cuidado”, se recordó.

—Presté cuanto servicio estaba en mi mano —dijo el comandante —. Os ruego que me digáis si hay algo más que pueda hacer. Ya he comenzado a reunir hombres para perseguir al comandante Ryze, con la bendición de lady Winceslav. No escapará.

—Hay algo que puedes hacer —dijo Tamas.

—Lo que sea, señor.

—Es algo pequeño. ¿Ves esa cortina? —Tamas señaló hacia el rincón, donde había un biombo, del tipo que usaría una persona para cambiarse—. Quiero que te ocultes detrás y que escuches.

—¿Señor? —preguntó Sabastenien.

—Ya lo entenderás —dijo Tamas—. Por favor. Es un capricho de un

viejo apaleado.

Sabastenien asintió dubitativo con la cabeza.

—¿Ahora?

Tamas miró el reloj.

—Sí, sería lo más oportuno.

Sabastenien se escondió detrás del biombo. Tamas cerró los ojos un momento. Su mente, aunque separada del dolor y del cansancio que habría dejado inconsciente a cualquier hombre, aún le daba vueltas a causa del trance de pólvora. Abrió los ojos y vio a Olem en el balcón, observando a los pájaros que volaban al sol por encima de la Plaza de las Elecciones. Distinguió unos hilos sueltos en la chaqueta de Olem, y cuando se concentró, le pareció oír los latidos del corazón de Sabastenien, oculto detrás de la cortina. El joven mercenario estaba tranquilo.

Alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo Tamas. Se irguió en el asiento. No era el momento de parecer débil.

La puerta se abrió y Tamas vislumbró a Vlora esperando en el corredor, con las manos apoyadas sobre la culata de sus pistolas, mientras un par de soldados hacían pasar al comandante Barat. A diferencia de Sabastenien, Barat era un hombre alto, más alto que la mayoría. Tenía facciones marcadas, cejas gruesas, aunque con suficiente suavidad en mejillas y ojos para ser considerado atractivo. Iba perfectamente afeitado; Tamas había oído decir a algunos soldados que al joven no le crecía la barba. Barat tenía veintiséis años, y su padre había sido un acaudalado vizconde del norte que había muerto hacía años.

No dejó de notar la expresión de confianza en sí mismo que reflejaba el rostro de Barat, ni la espada que aún llevaba colgada de su cinturón.

—Por favor, siéntate —dijo Tamas, y señaló una de las sillas del otro lado del escritorio.

—Prefiero permanecer de pie, gracias —dijo Barat—. Espero que haya un motivo por el que vuestros soldados me han escoltado hasta aquí. Quizás haya habido algún malentendido.

—Estoy seguro de que ha sido eso —dijo Tamas—. Concédeme un poco de tu tiempo. —Se quedó en silencio observando a Barat, esperando que se removiera nervioso. Pasaron un minuto o dos.

—Esto es bastante irregular, señor —dijo el comandante.

—Discúlpame. Mi aventura de estos últimos días ha tenido un gran impacto en mí. Solo estoy pensando…

—¿En qué, señor?

—¿Te has enterado de la traición de Ryze?

Barat se puso rígido.

—Una deshonra para las Alas de Adom. Es un alivio ver que vos estáis bien, señor —agregó, como por si acaso.

—Gracias. —Tamas le ofreció una sonrisa superficial—. ¿Sabes por qué nos ha traicionado Ryze?

—Era un hombre acabado, señor. Viejo y frágil.

Tamas fingió sorpresa.

—¿En serio? Yo no puedo afirmar que hayamos sido amigos realmente, pero Ryze ha sido contemporáneo conmigo. Estaba unos años por delante de mí en la universidad, y en la academia. Nunca amó nada tanto como a Adro, y era un buen comandante y un buen padre. Dirigió la campaña contra los realistas de manera espléndida.

—Solo era *mi* impresión sobre él, señor —dijo Barat—. O sea, lo conocía hace solo un año. No era mi intención ofender.

—¿Por qué estaba "frágil y acabado"? —preguntó Tamas.

—No lo sé. Él…

—¿Sí?

—Bueno, no quiero echar a correr rumores, señor. Sin conocer todos los hechos.

—Ya es un poco tarde para eso —dijo Tamas—. Ryze me entregó a un Privilegiado de Kez. Es un traidor y un villano.

Barat pareció un poco conmocionado al oír eso. Se pasó la lengua por los labios.

—Bueno, creo que yo no le agradaba. Estaba celoso del favoritismo que me muestra lady Winceslav. Pensaba que alguien tan joven no debía ascender tan rápido a comandante de brigada.

—¿En serio? —Una vez más, Tamas se fingió sorprendido—. Yo… bueno, me cuesta imaginarlo. Sé que el comandante Sabastenien ascendió más rápido que tú. Y sin acostarse con lady Winceslav.

—Bueno, sí, pero… —Barat abrió mucho los ojos—. ¡Señor! ¡Con respeto, señor, tendré que pediros que os retractéis!

—Ambos sabemos que es cierto —dijo Tamas—. De hecho, es de dominio público tanto en mi ejército como en las Alas de Adom. —No lo era, pero Barat no necesitaba saber eso. Tamas oyó a Sabastenien moverse detrás de la cortina. Barat miró hacia allí por un momento. Tamas tosió para volver a atraer su atención.

—Os retaré a duelo si es necesario, señor —dijo Barat—. Para proteger mi honor y el de lady Winceslav.

—¿Retar a duelo a un mago de la pólvora? —dijo Tamas—. ¿De verdad harías eso?

Al joven mercenario se le formó una pequeña sonrisa en la comisura de los labios.

—Sí —dijo—. Y os rogaría que eligierais pistolas, incluso si ello significa mi muerte. Para dar prueba de mi honor.

Barat sabía que a Tamas le habían metido una estrella en la pierna,

o no sería tan caballeroso respecto de un duelo. También estaba presumiendo. Sabía que lo observaban.

—¿Dónde está el hijo de Ryze? —preguntó Tamas.

El comandante quedó desconcertado.

—¿Qué? ¿Cómo podría saberlo?

—Disculpa, por un momento lo había olvidado. Resulta que ya lo sé. Esta tarde han sacado su cadáver del canal. Tenía un peso atado a los tobillos. Lo habían estrangulado con tanta crueldad que cuando levantaron el cadáver se le cayó la cabeza. Es triste que un muchacho de dieciocho años con un futuro tan prometedor tenga semejante final. ¿Sabes? Es otra cosa que Ryze y yo teníamos en común. Ambos nos casamos siendo ya mayores, y fuimos bendecidos con un solo hijo antes de que nuestra esposa muriera. —Tamas pensó en Taniel y se preguntó brevemente cómo iría la batalla del Pico del Sur. Se preguntó qué haría él si secuestraran a su hijo. Parpadeó y la visión se le volvió borrosa por un momento. Contuvo su ira. Lo mejor en ese momento era mantenerse frío.

—Una tragedia —dijo el comandante Barat con algo de nerviosismo en la voz.

—Un testigo de la Universidad de Adopest vio a un hombre que coincidía con tu descripción entrando anoche en los dormitorios. Uno de sus compañeros de clase ha dicho que el muchacho se fue con ese mismo hombre.

—Imposible —gritó Barat—. No hay investigación que avance tan rápido… —Se detuvo, presintiendo la trampa—. Espero que el asesino sea atrapado y llevado ante la justicia. Aun así, eso no excusa lo que hizo su padre.

—Las cuerdas de piano suelen utilizarse para estrangular a alguien. Aquellos que tienen poca experiencia tienden a lastimarse sus propios dedos. ¿Puedo ver tus manos?

Barat se llevó las manos a la espalda y se alejó un paso del escritorio.

Tamas respiró hondo. En voz alta y con calma, dijo:

—Ryze me advirtió de que había un traidor entre los comandantes de brigada. Me dijo que su hijo era un rehén y me rogó que lo protegiera. No le importó perder la vida cuando el hechicero nos alcanzó. Ryze no era ningún traidor, Barat. Era un patriota. Un héroe. Y me advirtió acerca de ti.

—¿Qué sandez es esta? —siseó Barat—. Estáis loco.

—A veces pienso que eso sería más simple —respondió Tamas—. ¿Quién es el traidor de la junta? Todo será más fácil para ti si me lo dices.

—Idos al abismo —dijo Barat burlón—. No tenéis pruebas, anciano. No pienso jugar a este juego con vos. —Giró sobre sus talones y se

dirigió hacia la puerta. Intentó abrirla, pero no pudo—. ¿Por qué está con llave? —Barat echó una mirada hacia el balcón. Olem observaba la escena a través de la ventana con un fusil en las manos. Barat se dirigió a Tamas—. ¿Quién diablos creéis que sois? ¡Lady Winceslav no tolerará esto! ¿Qué creéis que vais a hacer? ¿Llevarme ante la justicia? ¿A los tribunales? Lady Winceslav me protegerá. Nunca veré un calabozo, y vos solo lograréis deshonraros con todo esto. Acusaciones falsas de un hombre amargado, ya acabado. —Su sonrisa se ensanchó—. ¡Igual que Ryze! Estáis lleno de mentiras y delirios, sois un traidor a vuestra propia patria. Ya ni siquiera sois un mago de la pólvora.

Tamas tomó aire. Se llevó la mano al bolsillo del pecho y extrajo una bala. La sostuvo en alto y la hizo girar entre sus dedos. En la otra mano sostenía un cartucho de pólvora.

—¿Seguro? —Meneó la cabeza—. Por desgracia, no me toca a mí resolver esto, por mucho que quisiera. —Bajó las manos. En voz alta, dijo—: Hay una pistola debajo del cojín del diván. Está cargada.

—¿Qué? —reclamó Barat. Desenvainó su espada y dio un paso hacia Tamas.

El comandante Sabastenien emergió de detrás de la cortina. Levantó la pistola y la amartilló. No le tembló la mano.

El disparo resonó en todo el salón y a Tamas le provocó un fuerte vértigo. Se agarró del escritorio hasta que se le pasó el mareo, luego levantó la cabeza para mirar el cuerpo del mercenario mientras Olem regresaba al salón.

Barat yacía en el suelo, su sangre y sus sesos estaban esparcidos por el sofá y la cortina. Su cuerpo se movió una vez y luego se quedó quieto. Sabastenien bajó la pistola.

El comandante de brigada tenía el rostro pálido. Arrojó la pistola al suelo con las manos un poco temblorosas. Se dejó caer sobre el sofá.

—Pensaba que Ryze era un traidor —dijo después de un momento. Su voz delataba su sufrimiento, su rostro estaba retorcido por la pena.

—Era un buen hombre —dijo Tamas.

—Su hijo…

—Muerto —dijo Tamas—. Olem, quiero que busquéis los restos de Ryze. Lo alcanzó un hechizo, por lo que no quedará gran cosa. Registrad todo el Bosque del Rey si hace falta. Quiero que Ryze sea enterrado junto a su esposa, con honores de Estado. Enterrad a su hijo con él.

—Por supuesto —dijo Olem en voz baja.

—¿Qué le digo a lady Winceslav? —preguntó Sabastenien. Estaba muy afligido. Tamas vio lo joven que era realmente, y sintió pena por él.

—Has disparado a Barat para defenderme a mí —dijo Tamas con suavidad—. No permitiré que haya un consejo de guerra.

—He matado al amante de lady Winceslav, otro comandante de brigada —dijo Sabastenien. Le temblaba la voz—. Me expulsarán de las Alas de Adom con deshonra, sin que importe el motivo. —Hizo una pausa—. ¿Puedo retirarme?

—Por supuesto. Siempre tendrás un hueco en mi ejército —dijo Tamas. Cuando el joven comandante se hubo ido, le dijo a Olem—: Que no le quiten el ojo de encima.

Olem frunció el ceño.

—Lo ha oído todo. Ha obrado debidamente. ¿Por qué habría de importarle que lo expulsen de las Alas? El ejército le pagará menos, pero...

—Las Alas no son solo un grupo de mercenarios, Olem —lo interrumpió Tamas. El cansancio comenzaba a imponerse al trance de pólvora, y el dolor comenzaba a abatir sus defensas—. Las Alas son una forma de vida. Una hermandad. Matar a uno de los suyos es el peor de los crímenes. Incluso por traición, cuando lo resuelven entre ellos, el verdugo queda protegido, desconocido, para que sus hermanos no averigüen quién fue y no puedan apartarlo a un lado. La carrera de Sabastenien en las Alas ha terminado.

—Entonces, ¿por qué…?

Tamas suspiró. Extrajo otra carga de pólvora y anheló espolvoreársela sobre la lengua. Volvió a meterla en el bolsillo de la camisa.

—Me creerás cruel, pero necesito a Sabastenien en nuestras filas. Si sobrevive a esta guerra, para cuando tenga treinta años será general. —Tamas hizo caso omiso de la mirada de desaprobación de Olem—. Ten a alguien listo para ofrecerle trabajo cuando lo hayan expulsado. Con rango de comandante.

De pronto se inclinó sobre la silla y, mareado, vomitó en el suelo. Se limpió la boca con la manga y notó la expresión preocupada de Olem.

—Creo que voy a descansar un rato —le dijo.

Olem fue a buscar a un conserje. Tamas se reclinó en su silla sintiendo gusto a bilis. Se había encargado del zorro metido en su gallinero. Ahora le tocaba lidiar con el león en medio del ganado.

Nila no podía quitar los ojos de la sangre que había en el sofá.

Se preguntó si el mariscal de campo habría disparado él mismo al hombre cuya sangre había salpicado las Oficinas Reales, o si le había encargado la tarea a alguno de sus lacayos. Sabía que el mariscal era capaz de matar sin problema. Lo había visto disparar a Bystre en las calles sin contemplaciones.

—Olem, yo… —El mariscal iba rodeando su biombo apoyándose en la pared, y se detuvo cuando vio a Nila—. Perdón. No me di cuenta de

que ya habían enviado a alguien para limpiar el desorden.

“Desorden” lo llamaba. Como si los trozos de cráneo y de cerebro y toda la sangre no fueran más que las sobras de la cena.

—Disculpadme, señor —dijo Nila haciendo una reverencia—. Me han ordenado que venga a recoger vuestro uniforme.

—Por supuesto. La lavandera. ¡Olem! Ayúdame a quitarme el uniforme.

Olem entró por la puerta principal con un cigarro entre los dedos. Le sonrió a Nila antes de dirigirse hacia el otro lado del biombo.

—Hay sangre por todos lados —dijo el mariscal.

—Es lo que suele suceder, señor.

—Ay. ¡Hijo de… ten más cuidado!

—Lo siento, señor.

—¡Maldita pierna!

—Hay una dama presente, señor.

Las groserías del mariscal se redujeron a un murmullo por unos momentos. Poco después reapareció Olem con el uniforme del mariscal bajo el brazo y se lo dio a Nila. El barbudo sargento estaba algo distinto de aquella noche en que unos soldados adranos irrumpieron en la mansión Eldaminse. Tenía unos toques de gris en la barba y unas arrugas de preocupación más marcadas en los ojos. Nila lo había visto en la Casa de los Nobles, pero él no había dado muestras de reconocerla.

—¿Crees que podrás lavar también las cortinas? —preguntó Olem—. Quién sabe cuándo enviarán a alguien hasta aquí arriba para que se lleve los tapizados y esas cosas.

—Por supuesto —dijo Nila.

Tamas emergió cojeando de detrás del biombo y fue hasta su escritorio. Llevaba camisa blanca y pantalones azules de soldado. Tenía el rostro pálido y exangüe a causa de las terribles experiencias sufridas. Nila se preguntó qué expresión tendría ese rostro después de que ella lo estrangulara mientras dormía.

Olem quitó las cortinas de las ventanas y las apiló sobre sus brazos.

—Señor —dijo—, ayudaré a la lavandera a bajar todo esto y volveré enseguida.

—No tengas prisa —dijo el mariscal haciéndole un gesto con la mano—. Charlemund me ha enviado un maldito decreto de la Iglesia que debo tener leído para la cena.

—Puedo llevarlas sola —dijo Nila cuando llegaron al corredor.

Olem se metió las cortinas debajo del brazo.

—No me molesta. El mariscal de campo exige tener un rato a solas de vez en cuando.

—¿No sois su guardaespaldas?

—Su sirviente, más bien —dijo Olem sin resentimiento—. Hemos

triplicado la guardia del último piso. Cualquier cosa que pueda con el resto de los muchachos que lo protegen no tendría problemas conmigo. ¿Un cigarro?

Nila estudió a Olem de reojo mientras bajaban la escalera.

—Gracias —le dijo cogiendo el cigarro que le ofrecía. Él comenzó a liar otro de inmediato.

—No pareces ser tímida —dijo Olem—, pero los muchachos dicen que no hablas demasiado.

Un pánico helado le contrajo el estómago a Nila. ¿Por qué había estado preguntando por ella el guardaespaldas del mariscal Tamas?

—Me mantengo al margen, mayormente —dijo con voz tranquila.

—Eso es lo que tengo entendido. —Dejó que la conversación se pausara por un momento—. Pensaba que no te volvería a ver después de aquella noche.

El corazón de Nila sufrió un sobresalto. ¿Él la recordaba? No quería que la recordaran. No quería que la reconocieran. Si ese soldado sabía quién era ella, quizás había deducido que era ella quien había sacado a Jakob de la casa.

—¿Eh? —dijo ella cuando recuperó la voz.

—Pareces encajar mejor aquí que lavando las prendas de algún noble —dijo Olem—. Me gusta tu vestido. Es mejor que lo que usabas antes.

Nila trató de visualizar el uniforme que usaba cuando trabajaba para el duque Eldaminse. Se dio cuenta de que ni siquiera podía recordarlo. Necesitaba cambiar el tema de conversación. No le convenía que él se pusiera a hacer preguntas.

—Vos también vestíais de modo distinto —dijo ella.

Olem se llevó los dedos al broche de capitán que tenía en la solapa.

—El mariscal dijo que no podía tener menos que un capitán como guardaespaldas. —Se encogió de hombros—. Yo no tengo madera de oficial. Nunca me han gustado demasiado. Pero sí aceptaré la paga. —Olem se quitó el cigarro de la boca, se lo cambió de mano y se lo volvió a poner en la boca. De pronto se detuvo, lo que la obligó a ella a volverse—. ¿Te gustaría ir a ver una obra de teatro esta noche?

Nila lo miró sorprendida. ¿Una obra de teatro? Entonces no se interesaba por ella en calidad de guardaespaldas de Tamas. No pudo evitar sonreír de alivio.

Olem pareció tomar su sonrisa como un sí.

—El mariscal ha insistido en que me tome la noche libre. No hay muchas maneras mejores de pasarla que con una mujer hermosa.

—Sería un honor. —Ella hizo una reverencia y sonrió con la que esperaba fuera su mejor sonrisita tímida.

Llegaron a los cuartos de lavar, situados debajo de la Casa de los Nobles, y Olem la dejó sola. Buscó entre sus suministros algo que

pudiera hacer desaparecer la sangre de las cortinas y del uniforme del mariscal de campo. Mientras frotaba las manchas, se recordó que estaba allí para matar a Tamas. No permitiría que Olem la detuviera ni la distrajera. Parecía ser un buen hombre, pero servía a un amo malvado. Tamas debía morir antes de que su uniforme se manchara con más sangre. Había matado a hombres, mujeres. Incluso niños inocentes. Era necesario impedir que siguiera haciéndolo.

Olem había mencionado que no era el único guardia del mariscal. Si mataba a Tamas en algún momento en que Olem no estuviera de servicio, entonces no lo culparían por su fracaso. Sí, eso sería lo mejor. Frotó las manchas con más brío.

Capítulo 29

Taniel oía unos cascos subiendo a un ritmo constante por la ladera de la montaña. Se apoyó en su fusil y aspiró un poco de pólvora. Venía observando al jinete acercarse desde que el sol empezó a ponerse por detrás de las montañas que tenía a su espalda. Venía desde la base de avanzada keseña. Cabalgaba bajo una bandera blanca de tregua.

Un mensajero.

—Ve a buscar a Gavril —le dijo a Fesnik.

El joven guardia lanzó una mirada al atardecer y asintió con la cabeza, luego se dirigió a la aldea. A Fesnik le había tocado hacer guardia durante la tarde. Taniel le había hecho algo de compañía, mayormente como excusa para ver a los ingenieros y albañiles mientras reparaban el bastión.

La guardia de Fesnik terminaría cuando no hubiera más luz en el cielo. Taniel pensaba volverse en ese momento y ansiaba dormir toda la noche. Si el destino era generoso, aquel mensajero les diría que Kez se retiraba.

Las montañas estaban en silencio. Apenas unos sonidos intermitentes les llegaban del masivo campamento keseño. No estaban preparándose para atacar esa noche; no habían atacado en toda la última semana. La batalla por el bastión había debilitado a ambos bandos, y habían pasado una semana juntando cuerpos, reaprovisionándose de municiones y tratando de descansar un poco.

A Taniel, la calma del campamento keseño lo ponía nervioso.

Se volvió al oír unos pasos que se acercaban por detrás de él. Era Mozes, con el mosquete al hombro.

—Tengo la guardia de la noche —dijo.

Taniel se estiró.

—Puedes quedártela.

Mozes era un hombre callado, no se sentía muy a gusto con las conversaciones largas, pero era un buen compañero de bebida. Durante la última semana, habían pasado muchas horas juntos en el

Wendigo Aullador.

Taniel permaneció en el muro del baluarte unos minutos más. El tiempo suficiente para ver al jinete acercarse a las puertas y ser admitido, y a un pequeño grupo emerger de la aldea para salir al encuentro del mensajero. Gavril iba al frente del grupo, su enorme silueta era fácil de reconocer. La conversación fue breve, y el jinete no tardó en emprender el regreso.

Taniel saludó a Mozes con la cabeza y se dirigió hacia Gavril.

El grupo conversaba en voz baja cuando llegó Taniel. Todas las cabezas se volvieron hacia él.

—¿Qué novedades hay del mariscal Tine? —preguntó.

—Ha dicho que consideremos reanudadas las hostilidades —respondió Gavril—. ¿Hay señales de un ataque nocturno?

“Mierda”.

— En la ladera de la montaña no ha habido movimiento en todo el día.

—¿Los zapadores?

—Tampoco ha habido señales de ellos.

Los zapadores habían continuado trabajando, incluso durante toda la semana de tregua entre ambos ejércitos. Taniel había querido bajar y expulsarlos de allí, pero Gavril había insistido en que respetaran su parte de la tregua.

—¿Para qué están cavando? —rugió Gavril—. Están demasiado lejos para socavarnos, y Bo dice que no han estado usando poderes para excavar.

—¿Has visto a Bo? —preguntó Taniel—. Lleva toda la semana metido en una jarra de cerveza y da la impresión de haber estado en el infierno y haber vuelto. No confío en que en este momento sea capaz de distinguir un hechizo de una topera.

—Oh, vamos —dijo alguien en voz baja—. No estoy tan mal.

Taniel se volvió y vio a Bo un poco separado del grupo. ¿Había estado allí todo el tiempo? Le frunció el ceño a su amigo. Bo llevaba una petaca en la mano y estaba apoyado en Katerine. Esta le clavó a Taniel una mirada fulminante.

—Necesitas dormir, no beber —dijo Taniel.

—Hay algún truco en todo esto —dijo Bo haciendo un gesto en dirección al ejército keseño—.Quién sabe qué estarán planeando.

—¿Qué podemos hacer? Están bien cubiertos del fuego de artillería. Cuando bombardeamos la colina por encima de la cueva, no hubo señales de que hubiéramos hundido los túneles. No tenemos idea de cuán profundo llegan, ni adónde llevan. Podrían estar intentando socavar el bastión o aparecer en medio de la aldea o, abismos, con la ayuda de sus hechiceros podrían estar intentando pasar por debajo de la Guardia de la Montaña y salir en Adro.

—Da que pensar —dijo Bo—. Pero acabas de decir que no ha visto a los zapadores en todo el día.

—Aún siguen cavando. No hay dudas de eso.

—Por eso mismo he llegado a una decisión —dijo Gavril. Ambos lo miraron—. Voy a liderar una incursión para vaciar la mina.

—¿Cuándo? —Taniel aspiró un poco de pólvora.

—Mañana —dijo Gavril—. Si logro que Bo se despeje la borrachera.

—No estoy borracho —dijo Bo. Se tambaleó, y se habría caído si Katerine no lo hubiera estado sosteniendo.

Gavril pareció no notarlo.

—Quisiera decir que será una incursión con un riesgo mínimo. Su ejército está a horas de distancia. Pero si Julene está allí, o siquiera un par de Privilegiados de menor grado, necesitaremos más que solo a Bo. —Miró expectante a Taniel—. Será algo… voluntario.

Taniel trató de resoplar. Eso le causó dolor en los senos nasales. Durante la semana había hecho todo lo posible por no aspirar pólvora. Fracasó en su intento, pero al menos llevaba dos días sin que le sangrara la nariz.

—Iré, por supuesto.

—Gracias —dijo Gavril. Parecía estar algo aliviado—. Pero no eres solo tú a quien necesito.

Taniel frunció el ceño, y luego entendió.

—Ka-poel.

Gavril asintió con la cabeza.

—No lo sé… —respondió Taniel—. Es muy joven.

—Es una hechicera. Y es poderosa. He estado hablando con Bo. Está muy interesado en ella —dijo Gavril.

—Muy interesado —añadió Bo.

Taniel les hizo una mueca a ambos.

Gavril hizo una pausa.

—No de *esa* manera —agregó.

—Por supuesto que no —dijo Bo.

Taniel siguió frunciéndoles el ceño.

—Ka-poel está bajo mi protección —dijo. En realidad, él estaba bajo la protección de ella, o al menos era lo que sostenía Bo—. Sí, me ha ayudado a rastrear Privilegiados, ha estado en una o dos situaciones complicadas… —Taniel recordó el modo en que la joven se arrojó entre él y Julene, allá en la montaña. Era más fuerte que lo que parecía.

Bo suspiró.

—Taniel, comparados con ella, la mayoría de los miembros de la Camarilla de Kez parecen niños. Vamos a necesitarla.

Taniel de pronto recordó el día en que se enfrentó a Rozalia en el museo de la Universidad de Adopest. La puso nerviosa la idea de que

Ka-poel se uniera a la lucha. ¿Había percibido algo que Taniel no?

—Yo no creo que sea tan poderosa, pero digamos que lo es: igualmente me niego a ponerla en peligro.

—No depende de ti —dijo Gavril.

—Y una mierda, que no depende de mí.

—Ya le pregunté a ella. Vendrá con nosotros.

Taniel se inclinó hacia atrás, sorprendido.

—¿Pasas por encima de mí?

Gavril se pasó la lengua por el interior de la mejilla. Miró a Taniel a los ojos.

—Yo conozco el riesgo que vamos a correr al bajar ahí, y en este momento ella es una mayor ventaja incluso que Bo. Antes de tomar la decisión, necesitaba saber si ella vendría.

Taniel le lanzó una mirada feroz. El montañero lo ignoró.

—¿Mañana por la noche? —preguntó Taniel.

—Mañana por la noche —confirmó Gavril.

Taniel se metió las manos en los bolsillos y se dirigió a la aldea solo. Los días ya eran calurosos, y las noches eran cada vez más cálidas, a medida que el verano se iba acercando a Adro. En esa altura de la montaña siempre haría fresco tras la puesta del sol. Taniel se cerró bien la pelliza de gamuza y fue escuchando el viento mientras se acercaba al Wendigo Aullador. Era algo muy extraño, y lo hizo estremecerse.

Se detuvo a mitad de camino. El aullido aumentaba a medida que se acercaba al bar, pero le pareció que se le había unido otro sonido, que luego lo había reemplazado. Sonaba similar, como el aullido de un animal a lo lejos. Pero era… más orgánico. Se estremeció y miró a su alrededor. El sonido provenía de la montaña, y en una noche tan despejada como esa, la acústica de la zona era muy buena. Echó una mirada hacia el paso del noreste. Se restregó los ojos y volvió a mirar. Parecía que algo se movía allí.

El aullido comenzó de nuevo, un sonido salvaje, inquietante. Taniel recordó haber leído que en el Pico del Sur no había lobos. Solo leones de las cavernas. Pero ese aullido no parecía ser el de un león de las cavernas que él hubiera oído antes. Tragó saliva y se obligó a sí mismo a desviar la mirada de la montaña.

Percibió un movimiento con el rabillo del ojo, alguien que venía hacia él desde un costado. Se sobresaltó. La figura corría. Él la persiguió por la calle a toda velocidad. Dobló una esquina y se metió en un callejón; se apoyó en una pared para mantener el equilibrio.

—¡Que el abismo te lleve! —Agarró a Ka-poel del frente del gabán. Le temblaban las manos—. No me asustes así. —Ella lo miró con sus enormes ojos verdes, que absorbían la luz de la luna. Él le soltó el gabán y se alisó el frente de su pelliza—. Maldición. Casi me matas del

susto. ¿Qué estás haciendo aquí fuera?

Ka-poel se señaló los ojos y luego a él.

—¿Vigilarme? ¿Para qué, en nombre de Kresimir?

Ella se encogió de hombros.

Taniel le dio una palmadita suave en la parte de atrás de la cabeza. Ella se había cortado el cabello aun más corto, casi por encima de las orejas. Taniel volvió a la calle y se sentó en un pórtico. Ka-poel comenzó a alejarse.

—Ven aquí —le dijo Taniel. Se aseguró de que el tono de voz no le saliera duro. Ella se acercó como si fuera una niña cuyo padre la había amenazado con darle unos azotes pero que sabía que una sonrisa inocente la salvaría del castigo—. ¿Por qué no me has dicho que Gavril te ha pedido que lo acompañes en su incursión?

Ka-poel levantó una ceja. Se señaló la garganta.

—Sí, ya sé que no puedes hablar —dijo Taniel poniendo los ojos en blanco—. Bien que te las arreglas para decirme cosas cuando quieres.

Ka-poel frunció los labios.

—No te hagas la tímida conmigo. Lo haces todo el tiempo. Quiero una respuesta.

La joven se abrazó a sí misma y luego señaló a Taniel. Él meneó la cabeza. Ella se dio una palmada en el pecho, sobre el corazón, y luego volvió a señalarlo. “Tú me… ¿amas?”. No, no podía ser eso. Taniel meneó la cabeza. Ka-poel suspiró. Hizo el gesto de blandir una espada y luego levantó el otro brazo.

—¿Escudo? —dijo Taniel.

Ella asintió con la cabeza, y lo señaló.

—¿Escudarme? ¿Protegerme? ¿Tú quieres protegerme? ¿Qué diablos? Tú tienes, ¿cuántos? ¿quince años? No deberías estar intentando protegerme. Apenas tienes edad para haber dejado de jugar con muñecas. Bueno… —Taniel recordó la muñeca de Julene que ella había confeccionado, y sus efectos—. Aún juegas con muñecas. Peligrosamente. Pero no deberías protegerme.

Taniel se imaginó a sí mismo a los quince años. Un muchacho larguirucho y testarudo, que tenía el cabello negro y los comienzos de una barba. Desde entonces había ganado peso; se había vuelto más fuerte y más alto y ya llevaba las cicatrices de un soldado experimentado. Se sentía viejo, y apenas tenía veintidós años.

Ka-poel le dio la espalda.

—Eh, no…

Ella se cruzó de brazos.

Taniel se puso de pie, se acercó por detrás. Ella gesticuló con sus dedos a toda velocidad.

— ¿Qué?

Lo hizo de nuevo.

—¿Diecinueve? Ah, ¿tú? Tienes diecinueve años. —Taniel estaba perplejo—. Siempre he pensado que eras una niña. A las dynizanas las hacen casarse antes de los dieciséis.

Ella meneó la cabeza, aún sin mirarlo, y se señaló a sí misma.

—A ti no, ¿verdad?

Ella asintió.

—Bueno, maldita sea, no me importa cuántos años tienes, no quiero que me protejas.

Ella se volvió de pronto. Tenían los rostros tan cerca que él podía olerle el aliento. Era dulce, como la miel, y Taniel se preguntó distraídamente qué habría comido.

“Mala suerte”, gesticuló ella con los labios.

Taniel apretó la mandíbula. Condenada muchacha.

—¿Por qué te preocupas tanto por mí? —preguntó despacio.

Ella se inclinó hacia él, y sus labios casi se tocaron. Taniel miró sus ojos oscuros con detenimiento. Reflejaban la luz de las estrellas. Ella tenía una sonrisita burlona y algo travieso en la mirada. Taniel sintió que el corazón le latía con fuerza. De pronto ella se volvió y se alejó por la calle a la carrera.

Taniel inhaló con fuerza mientras la miraba irse.

—¿Qué ha sido eso? —dijo en voz baja. Se pasó la lengua por los labios y se preguntó qué sabor tendría ella. Luego borró ese pensamiento de su mente. Ka-poel era una sirviente, una salvaje sin educación. Se metió las manos en los bolsillos y volvió a la calle con la esperanza de que, cuando él volviera a su habitación del cuartel de oficiales, ella no estuviera allí.

Capítulo 30

A la una y media de la madrugada, las calles del sector oeste del distrito de los muelles de Adopest eran cualquier cosa, menos tranquilas. Por la calle se oían canciones que provenían de los bares y de los burdeles, y unos cuantos grupos de borrachos habían llevado su diversión a la acera, agitaban los puños hacia el cielo húmedo y voceaban recitando mala poesía a cualquiera que los escuchara.

Adamat estaba agazapado en un rincón oscuro, con la solapa levantada alrededor del cuello. Llevaba una levita negra larga y ajustada al cuerpo y un sombrero muy calado para proteger su rostro tanto de la lluvia como de la luz. SouSmith esperaba en otro rincón; sorprendentemente, el enorme boxeador resultaba invisible en un espacio de oscuridad mucho más pequeño que su corpachón. Adamat mantuvo la mirada alerta y el bastón a mano, por si necesitaba clavar alguno de los dos en cualquiera que estuviese lo suficientemente sobrio para reparar en su presencia.

El burdel de la acera de enfrente era bastante silencioso en comparación con los demás. Su clientela era más acaudalada que la de la mayoría y su apariencia exterior era la de una carnicería; se llamaba El Mercado de Molly, y solo aceptaba clientes nuevos por recomendación. Varios hombres de considerable tamaño, de puños grandes y cerebros pequeños, se apiñaban debajo de un toldo que había cerca de la puerta. Eran guardaespaldas y gorilas, murmurando por lo bajo entre ellos mientras luchaban por resguardarse del frío. Algunos habían visto a Adamat y le lanzaban miradas siniestras, pero ninguno se había acercado aún para hablar con él.

La puerta del burdel se abrió y le permitió ver brevemente muebles caros y encaje negro. Ricard Tumblar se detuvo en la entrada y le dio unas monedas al hombre que le sostenía la puerta, luego salió a la lluvia.

Ricard caminaba con el paso de un hombre que había bebido mucho pero que conocía sus límites. Saludó con un gesto al grupo de

guardaespaldas. Dos de ellos se separaron de los demás y se colocaron a su lado. Uno le ofreció una sombrilla, pero él la rechazó con un gesto.

Adamat esperó a que Ricard estuviera cerca antes de salir de las sombras. Se echó el sombrero hacia atrás para que el otro lo reconociera bajo la tenue luz de las farolas. Los guardaespaldas de Ricard avanzaron hacia él con la mano en los cuchillos y los gorilas del burdel observaron con cautela. Se recomendaba no robar en los alrededores del Mercado de Molly.

—Diles a tus muchachos que retrocedan —dijo Adamat—. Solo quiero hablar.

Ricard levantó una mano en dirección a sus guardias y se llevó la otra al corazón.

—Adamat, por Kresimir, me has asustado. ¿Qué sucede? —Adamat le hizo un gesto con la cabeza y se alejó algunos pasos de los guardias. Ricard lo siguió—. Sabes que puedes venir a mi despacho en cualquier momento. Mi puerta está siempre abierta. —Ricard no llevaba sombrero, levantó una mano para protegerse los ojos de la lluvia.

—Tengo una advertencia para ti —le respondió Adamat—. Como un viejo amigo.

Ricard nunca se había tomado bien las amenazas, fueran reales o implícitas, por lo que Adamat le apoyó una mano en el hombro para tranquilizarlo—. Hay circunstancias que me están obligando a considerarte el primer sospechoso de ser el traidor de Tamas.

La boca de Ricard se volvió una línea rígida, pero él se mantuvo en silencio. Esa era la jugada arriesgada. Si Ricard era realmente el traidor, ordenaría a sus matones que lo atacaran.

—Necesitas poner tu casa en orden, Ricard. Se está haciendo venir a espías keseños por el mar Ad. También Guardianes. Tamas no está contento. Creo que se mantendrá apartado por el momento porque necesita desesperadamente tus barcos para llevar a sus hombres a las Puertas.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo? —dijo Ricard. Su tono era calmo, pero denotaba algo de ira.

Adamat le apoyó un dedo en el pecho para hacer énfasis.

—Los muelles son tu territorio, amigo mío. Tamas sabe lo que sucede allí, y si se siente amenazado, pondrá fin a todo. Al comercio con Novi y Unice, y a todas tus fábricas.

Ricard abrió unos ojos como platos.

—No puede. Eso destrozaría a Adopest, y el sindicato se alzaría en armas.

—Quizá no le quede otra, si piensa que tiene enemigos allí.

Ricard pareció considerarlo por un momento.

—¿Quién más sabe que estás aquí?

A Adamat el corazón le dio un vuelco. Apretó la mano que sostenía el bastón, reacio a ser abatido sin dar pelea. Si tenía suerte, podría rechazar a los tres hasta que SouSmith pudiera cruzar la calle.

—Nadie —respondió Adamat.

—¿Nadie te ha enviado?

—He venido por mi cuenta.

Ricard lo miró un momento sopesando la situación, como si estuviera decidiendo dónde clavar el cuchillo. Adamat pensó en llamar a SouSmith.

—Gracias —dijo Ricard—. Si tú mismo has llegado a estas conclusiones… Es cierto que tendría que poner algo de orden. Gracias, amigo mío.

Adamat observó a Ricard perderse en la noche, y finalmente aceptó la sombrilla de su guardaespaldas. Su caminar era más sobrio, más rápido, como si ahora tuviera que ir a algún lado. SouSmith se acercó a él en silencio.

—¿Ha aceptado tu advertencia? —preguntó SouSmith.

—No lo sé. No ha tratado de matarme, así que eso es un comienzo. Pero quizás ha entendido lo que yo estaba haciendo. No es un idiota. Veremos qué hace a continuación.

—¿Y ahora qué?

—Tengo otros sospechosos. Aún tengo que ver al archidiocel, al Propietario y a Prime Lektor.

SouSmith le frunció el ceño.

—¿El Propietario? No podrás llegar a él.

—Ya pensaré en algo. —Adamat trató de aparentar seguridad en sí mismo—. Supongo que eso significa que sigue el archidiocel.

SouSmith hizo la señal de la Cuerda.

—No me gusta eso.

Rara vez se habían pronunciado palabras más sabias.

—Sabe que iré a verlo. Tengo una cita con él mañana por la mañana.

En la entrada principal de la mansión del archidiocel había un sacerdote joven de aspecto nervioso observando la llegada del carruaje de Adamat con un aire expectante. La casa en sí era una extensa villa; tenía solo una planta, pero su superficie competía con la del Palacio del Horizonte. El estilo arquitectónico era gurlo del lejano este, con unas agujas blancas que acentuaban una fachada de mármol. Tenía ventanas en forma de cebolla, con cortinas de satén. A un lado del largo camino de adoquines se extendían los viñedos. Al otro, había mozos de cuadra entrenando caballos de carrera en una pista.

Se decía que el archidiocel era un hombre más abocado a los placeres que a Kresimir, reflexionó Adamat mientras se bajaba del

carruaje y estiraba las piernas. ¿Pero hoy en día no era eso lo normal para la Iglesia? Sí, había sacerdotes genuinos; hombres que amaban a Kresimir y a sus semejantes y que trabajaban por la paz y la hermandad. Pero los Charlemunds eran mucho más frecuentes. Su amor por las mujeres, el oro y el poder ardía en ellos como una fiebre.

El joven sacerdote se acercó a Adamat con paso rápido. Llevaba una sotana blanca que le llegaba a los tobillos y calzaba sandalias; la vestimenta de un monje pobre, a pesar de la evidente opulencia de aquel lugar.

—Yo soy Siemone —dijo el sacerdote. Se miró los pies con las manos entrelazadas delante, como si estuviera rezando.

—¿Servís al archidiocel? —preguntó Adamat.

—Tengo el placer de servir a Kresimir, señor —respondió Siemone—, atendiendo las necesidades de su honrado servidor Charlemund, archidiocel de Adro.

—Tengo una cita con el archidiocel. ¿Debemos esperar dentro? —Señaló la puerta de entrada con el bastón.

—Ah, no, señor —dijo Siemone. Se retorció las manos como si estuviera escurriendo ropa—. En este momento hay demasiada gente en la casa. Han venido todos los parientes de su eminencia a celebrar las festividades del Día de San Adom. Hay niños corriendo por todos lados, hombro con hombro.

Adamat miró a través de una ventana. Vio un hombre de gran tamaño mirándolo desde el interior; probablemente uno de los guardaespaldas del archidiocel. No había señales, ni ruidos, de niños. Había que admitir que la casa era enorme. Charlemund podía meter un ejército alí dentro sin que se viera desde fuera. La cortina se cerró.

—Ya veo —dijo Adamat. Era una forma extraña de tratar a los huéspedes, aun si él no era bienvenido.

Siemone se aclaró la garganta.

—Además, el archidiocel es un hombre muy ocupado. Tendremos que ir a buscarlo a la capilla. Con lo de la orgía de esta mañana, está retrasado con el servicio de oración de la tarde.

—¿Disculpad? —Adamat palideció—. ¿La orgía de esta mañana?

—Sí —respondió Siemone—. Ahora, si me disculpáis, al archidiocel no le agrada sentirse amenazado. *Él* tendrá que quedarse aquí. —Hizo un gesto hacia SouSmith, que bajaba del carruaje con el cabello desaliñado a causa de una larga siesta.

—Este es mi colega —dijo Adamat—. Me está ayudando en la investigación. No representa amenaza alguna para el archidiocel.

Siemone fijaba la vista en cualquier lado, pero no en Adamat.

—Me malinterpretáis, señor. Vuestro colega es un hombre de gran tamaño, con buen físico, y obviamente es un luchador de alguna clase. Al archidiocel no le gusta que los ojos de sus sirvientes se distraigan. A

él… eh… no le gusta la competencia, señor. Su eminencia es muy específico en cuanto a quién se permite entrar en la casa.

Adamat se quedó anonadado. “¿No le gusta la competencia…?”. Meneó la cabeza.

—Mejor quédate en el carruaje, entonces —le dijo a SouSmith. El boxeador gruñó y volvió a meterse en el vehículo sin decir palabra—. ¿Habéis dicho que vuestro amo está retrasado?

A Siemone le tembló la comisura de los labios.

—Sí, por la orgía. Bien, venid conmigo por favor. Podemos alcanzarlo justo después del servicio de oración, antes de que comiencen las carreras de la tarde.

El sacerdote levantó una mano. Una pequeña calesa emergió del viñedo, donde había estado oculta hasta entonces, y se acercó a ellos.

Adamat no podía quitar los ojos de encima a la mujer que iba en el pescante. Era joven, de unos dieciséis años quizá, y su melena dorada le llegaba hasta la cintura. Vestía un uniforme sencillo de cochero, guardapolvos, sombrero y guantes para agarrar las riendas; pero eran todos de seda traslúcida, y no llevaba nada debajo. La muchacha le sonrió con cortesía.

—¿Señor? —le dijo ella—. Si deseáis subir…

Adamat apartó la mirada y subió a la parte trasera de la calesa. Solo había espacio para uno, y se volvió hacia Siemone. Antes de que pudiera preguntar dónde se sentaría el sacerdote, la calesa comenzó a moverse, tirada por un poni blanco. El joven fue trotando junto al vehículo.

Adamat se sostuvo el sombrero; un viento repentino casi hizo que se le fuera volando de la cabeza. Avanzaron rápido por un camino que entraba en el viñedo. A pesar de la velocidad y de la larga sotana de Siemone, el sacerdote fue a la par de la calesa al parecer sin problemas. Adamat notó que el joven iba con la mirada fija en el suelo o al frente, y le resultó obvio el porqué.

Pasaron por delante de varios trabajadores que podaban las vides o trabajaban la tierra. Todos llevaban túnicas básicas, pero, al igual que la vestimenta de la cochera, eran todas de seda transparente. En los viñedos había tanto hombres como mujeres. Todos eran jóvenes y hermosos.

¿Cómo podía existir semejante lugar? Adamat creía conocer los peores antros de placer de todo Adopest, pero aquello… Esos hombres y mujeres constituirían el objeto más preciado de un burdel para millonarios, a razón de mil kranas la noche por persona. Y, sin embargo, en la casa del archidiocel trabajaban el campo con esas vestimentas.

—Parecéis… terriblemente fuera de lugar aquí, Siemone —dijo Adamat. Demasiado tarde se dio cuenta de cómo debía de haber

sonado eso, y se encogió—. No es que no seáis un joven atractivo —no tardó en agregar.

Una sonrisa cruzó los labios de Siemone, pero no levantó la mirada.

—Entiendo lo que queréis decir, señor. Esta es mi penitencia. Si trabajo como auxiliar del archidiocel solo durante un año más, se aprobará mi solicitud para una licencia de matrimonio. —Una mirada de preocupación le arrugó la frente—. Si es que ella aún me quiere, por supuesto.

La Iglesia Kresim permitía casarse a las órdenes más bajas del sacerdocio, y solo se les exigía que permanecieran célibes si deseaban ganar más poder dentro de la Iglesia. Incluso aquellos que se casaban a menudo tenían que pagar algún tipo de penitencia.

Charlemund era un hombre cruel al exigírselo a un sacerdote.

—Decidme —le dijo Adamat—, ¿este lugar siempre ha sido así? Había oído decir que se trataba de un lugar espléndido, con viñedos y establos. No sabía que era tan… singular. —Había oído los rumores, por supuesto. Todo el mundo los había oído. Pero él nunca los había creído. Un burdel en una de las dependencias, quizá, o unas pocas mujeres hermosas a entera disposición del archidiocel. *Aquello* iba más allá de toda depravación.

—Sí, señor —dijo Siemone—. No es nada nuevo. El archidiocel tiene una política. Sus visitantes pueden elegir a cualquier persona que vean aquí, excepto yo, y hacer lo que quieran. Ah, y eso cuenta para vos también, señor, ya que sois un invitado.

Adamat sintió que se ruborizaba.

—Ah, no. No. —Alargó la palabra, y se avergonzó cuando se le transformó en una risita nerviosa—. Soy un anciano felizmente casado. Estoy muy bien, gracias.

—La política del archidiocel es que cualquiera que hable sobre sus… sirvientes no vuelve a recibir invitación.

—No hay forma de controlar eso.

—Ah, el archidiocel se entera, señor. Tiene oídos en todas partes.

Adamat no pudo evitar sonreír con ironía.

—Si eso es verdad, ciertamente fomentaría el silencio. ¿Todos los invitados del archidiocel aprovechan su hospitalidad?

—No —dijo Siemone—. No todos. Pero los que no lo hacen suelen ser del tipo de persona con el gusto suficiente para no hablar de lo que ve.

O con la vergüenza, notó Adamat. Nadie hablaba porque no querían quedar implicados en ninguna clase de fechoría sórdida que pudiera cometerse en aquella villa. Era el mismo motivo por el que un caballero nunca hablaba del burdel que frecuentaba.

Se quitó el sombrero para rascarse la cabeza, y con un tono de voz apagado le dijo al joven:

—Entonces, vos básicamente estáis trabajando en el mayor burdel de todo Adro… qué digo, de los Nueve Reinos, ¿para poder un día casaros con vuestra amada y seguir siendo un hombre de la Cuerda?

Siemone lanzó una risita nerviosa.

—Los caminos de Kresimir son inescrutables, señor.

A Adamat se le revolvió un poco el estómago.

—Creo que eso tiene más que ver con el sentido del humor del archidiocel que con Dios —murmuró.

La calesa salió de los viñedos y cruzó un pequeño espacio abierto en dirección a una capilla. La capilla en sí era bastante simple, construida con bloques de piedra caliza y no más grande que una casa mediana. Tenía una altura equivalente a unos dos pisos, un tejado muy inclinado y un balcón justo por encima de la puerta principal. Había una cuerda con trenzados dorados colgando del balcón. Adamat se sintió aliviado al ver que aquella zona estaba libre de sirvientes del archidiocel.

Adamat se bajó de la calesa y se la quedó mirando mientras doblaba la esquina de la capilla. Luego se acercó a la puerta. Extendió una mano y en ese momento Siemone le tocó el hombro.

—Por favor, señor, terminarán la oración dentro de un momento.

Adamat suspiró.

—¿He estado a punto de meterme en una orgía?

Por un instante pareció que Siemone iba a echarse a reír, pero solo meneó la cabeza.

—No, es el servicio de oración de la tarde. Esperad un momento, por favor.

A pesar de las objeciones del sacerdote, Adamat abrió un poco la puerta. El interior de la capilla contenía varias hileras de bancos acolchados con terciopelo. Las paredes eran de yeso, pero estaban cubiertas por elegantes tapices en oro y en rojo con representaciones de montañas que humeaban y de Kresimir descendiendo de su Cuerda en la cima del Pico del Sur. Había apenas un puñado de personas asistiendo al servicio, aunque en la capilla cabían al menos treinta.

El archidiocel estaba de pie en la parte frontal, con los brazos levantados por encima de él y el rostro inclinado hacia el cielo. Su voz llenaba la capilla.

—Y, Señor Kresimir, todopoderoso, protégenos de los injustos y de los malvados, y líbranos del mal para que seamos recibidos en tu seno…

Adamat dejó que la puerta se cerrara sin hacer ruido. Se apartó con Siemone hasta el viejo muro de piedra de la capilla y se apoyó contra los ladrillos fríos.

—Esto parece bastante… desierto —dijo Adamat.

—¿A qué os referís?

—El archidiocel es un hombre importante. Esperaba encontrarme con más visitantes. Mensajeros, empleados y demás.

—Ah, a muy pocos visitantes se les permite permanecer en la propiedad. Su eminencia ve a todo el mundo en la propia casa. Es una vivienda muy concurrida, sin dudas.

—¿Y qué me hace tan especial a mí?

—¡Pues que vos tenéis la orden del mariscal de campo!

Al menos eso era algo.

—¿Cuánto hace que estáis aquí? —preguntó Adamat.

—Dos años y siete días. —Siemone aún se negaba a mirarlo directamente, pero Adamat creyó entenderlo al fin. Siemone intentaba permanecer lo más puro posible para su potencial matrimonio; era algo respetable, incluso si eso implicaba que rara vez hiciera contacto visual con alguien. Para evitar la lujuria que lo rodeaba, no le quedaba otra que mirarse los pies.

—No salís mucho, ¿verdad?

—Voy a Adopest ocasionalmente. Para hacer recados de su eminencia.

"Por Dios".

—¿Por qué no os vais? —le preguntó—. No necesitás hacer una penitencia para obtener una licencia matrimonial normal.

—Soy un hombre de la Cuerda, señor. Si me voy ahora, perderé mi cuerda. —Siemone rozó con la mano una pequeña cuerda que llevaba cosida a su sotana por encima del lado izquierdo del pecho—. Y perderé las oportunidades de casarme.

—Ella quiere casarse con un sacerdote, ¿eh?

—Muchos sacerdotes se casan.

—Nunca he oído hablar de semejante penitencia. ¿No suelen durar… cuánto?, ¿seis meses?

Siemone parecía un tanto abatido.

—Se trata de la sobrina del archidiocel, señor.

Adamat le dirigió la mirada más compasiva que pudo ofrecerle.

—Ah, pobre, pobre muchacho.

—Ya ha terminado el servicio, señor.

En ese momento se abrió la puerta. Varias calesas se acercaron desde el otro lado del edificio y esperaron a sus pasajeros. Siete hombres y mujeres salieron de la capilla y subieron a los vehículos. Vestían cuero y sedas de lujo, y las más delicadas muselinas. Adamat reconoció entre ellos a algunos comerciantes acaudalados. Para su sorpresa, descubrió a madame Lourent, una cliente reciente de él. Era de una familia muy rica, y se quedó francamente anonadado al ver que ella había sobrevivido a la purga llevada a cabo por Tamas en la nobleza. Ella pasó por delante de él sin dar señales de reconocerlo.

Adamat se imaginó a Ricard en una de esas calesas. Encajaría a la

perfección en un lugar como aquel, aunque pasaría demasiado tiempo rezando. Las calesas se fueron al trote a través de la finca, pero no en dirección a la entrada principal. Se dirigieron a la parte trasera de la casa, para cualquier chabacanería que Charlemund pudiera tener planeada como siguiente diversión. Adamat meneó la cabeza, asombrado.

Una vez que todos se hubieron ido, el archidiocel emergió de la capilla y se dirigió lentamente hacia Adamat.

—Buenas tardes —dijo Adamat.

Charlemund ignoró el saludo. Siemone se apresuró a cerrar con llave las puertas de la capilla y luego se volvió para recibir la sotana de oficio del archidiocel.

—Siemone —dijo el archidiocel—, lady Jarvor se ha quedado dormida durante la sesión de oración. Esta es la tercera vez. Que no se le vuelva a permitir la entrada en el recinto.

—Sí, eminencia.

—¿Y quién es este?

—El inspector Adamat, eminencia.

El archidiocel enderezó los hombros y lo miró con desdén.

—El sabueso de Tamas. Cierto. ¿Qué está haciendo aquí?

Adamat miró al archidiocel de arriba abajo. Charlemund era un hombre imponente: a él le sacaba una cabeza. Antes de convertirse en un hombre de la Cuerda, había sido el campeón de esgrima de todo Adro. Aún se movía con suficiente gracia, con pasos largos y decididos, y sus largos brazos le daban un mayor alcance que el que tenían otros hombres. Adamat aún recordaba cuando Charlemund se hizo sacerdote y luego, al día siguiente, fue nombrado archidiocel de Adro. Había sido todo un escándalo, del que después se habló durante años. A pesar de todo, su nombramiento nunca fue revocado. Charlemund tenía amigos poderosos.

También tenía dos moratones enormes en el rostro, cubiertos lo mejor posible con una capa de polvos blancos.

—Eminencia —dijo Adamat inclinando la cabeza—, espero que os encontréis mejor después de la caída de la semana pasada. Yo estaba presente. Un accidente terrible.

Charlemund resopló.

—Terminemos con esto. ¿Qué estáis haciendo aquí?

Se ofuscaba con facilidad, evidentemente. Adamat sintió otra punzada de pena por Siemone.

—He venido a preguntaros acerca del intento de asesinato contra el mariscal de campo Tamas, el mes pasado.

—¿Eso? ¿No se ha aclarado todavía? Bah. Las carreras van a comenzar pronto, así que daos prisa con vuestras preguntas.

Adamat se mordió la lengua. Aunque el otro fuera un archidiocel,

debían respetarse las buenas costumbres.

—Eminencia —le dijo con un tono de voz gentil—, estoy llevando a cabo una investigación por traición, no una encuesta sobre vuestra ramera favorita. Ahora, por favor, tengo algunas preguntas que haceros.

Siemone estaba detrás del archidiocel, sosteniéndole la sotana. Los ojos del pobre sacerdote parecían estar a punto de saltar de sus cuencas. Fijó la vista en algún punto lejano y meneó la cabeza con violencia.

El archidiocel volvió a mirar a Adamat.

—Vos sois probablemente el hombre más poderoso de la junta de Tamas —dijo Adamat—, quizás incluido el propio mariscal de campo. Contáis con el apoyo de toda la Iglesia Kresim, una institución que eclipsa a los mercenarios de lady Winceslav, al sindicato de Ricard Tumblar y a los elementos criminales del Propietario en tamaño, riqueza y poder. Lo que me da motivos para pensar que, si quisierais ver muerto a Tamas, no hay duda de que él estaría muerto. Lo único que me hace dudar a la hora de borrar vuestro nombre de mi lista es que, por mucho que lo intente, no puedo descubrir por qué apoyasteis el golpe de estado. No tenéis motivos ni para apoyar a Tamas ni para quererlo muerto… que yo pueda descubrir.

—¿Qué autoridad tenéis vos para cuestionarme? —preguntó fríamente el archidiocel.

Adamat extrajo la nota de su bolsillo y se la tendió al archidiocel. Siemone se adelantó y la cogió farfullando una disculpa. Se aclaró la garganta y la leyó en voz alta.

El archidiocel echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada.

—¿Colaborar con vos? ¿Responder a vuestras preguntas? ¿Qué me importa que Tamas sospeche de mí? ¿Qué puede hacer? Me necesita en esta guerra. Me necesita para evitar que la Iglesia se inmiscuya. —Siemone le devolvió la nota a Adamat. Él la dobló y se la volvió a meter en el bolsillo—. Podría escupir sobre Tamas —continuó el archidiocel— y aun así obligarlo a que me ruegue para que le dé mi apoyo. ¿Creéis que me importa esta investigación? —Meneó la cabeza—. No, ni lo más mínimo. Pero en algo tenéis razón: si yo quisiera muerto a Tamas, en este momento él estaría en una fosa común. Pronto Tamas tendrá que enfrentarse a un poder superior por las cosas que hizo. No necesito involucrarme.

¿Un poder superior? A Adamat le entraron ganas de reírse. Charlemund no era exactamente un sacerdote modelo. Respiró hondo y se inclinó hacia delante, sobre su bastón, mirando al archidiocel directo a los ojos. Sabía que tendría que pagar por esa persistencia.

—¿Por qué es de vuestro interés apoyar a Tamas?

El archidiocel le devolvió la mirada. Parecía observar a Adamat

como se observa a un ratón que se niega a salir de la despensa pero que es demasiado patético para aplastarlo con el pie.

—La Iglesia consideró que era necesario destituir a Manhouch. La monarquía de Adro se había desvinculado demasiado del pueblo.

Adamat se tragó un comentario sobre un hombre sagrado administrando un burdel en su propia casa.

—¿La Iglesia aún apoya a Tamas?

—Esa es una pregunta que puede hacerme el propio Tamas, no su perro. Ahora bien, si realmente queréis llegar a algún lado con vuestra investigación, deberíais interrogar a Ricard Tumblar, o quizás a Ondraus el tesorero. Ninguno de ellos es de fiar, no deberían estar en la junta de Tamas.

—¿Por qué? —preguntó Adamat en voz baja.

—Ninguno de ellos trabaja por el bien de Adro. Ricard es un blasfemo, se oculta de la justicia detrás de sus pecaminosos sindicatos. Acepta sobornos de cualquier sector...

—Disculpad, ¿cómo sabéis eso?

Charlemund tartamudeó por la interrupción. Torció los labios en una mueca.

—No me interrumpáis.

—Os ruego que me perdonéis.

—Ha aceptado sobornos de keseños, de criminales, de bandas. Es un hombre corrupto, malvado, y no goza del amor de Kresimir.

—¿Cómo sabéis que ha aceptado sobornos de Kez?

—La Iglesia tiene sus fuentes. No me cuestionéis.

—¿Y Ondraus?

—Ese sujeto intenta gravar a la Iglesia con impuestos —respondió Charlemund—. Su alma está en grave peligro. Me discute a mí (¡un hombre de Kresimir!) en todo tema. No paga el diezmo y oculta sus libros de los contadores de la Iglesia. ¡Ni siquiera el rey ocultaba de nuestro cotejo sus libros! Buscad en sus libros, y os garantizo que encontraréis pruebas de traición. —El archidiocel miró su reloj de bolsillo—. Voy a llegar tarde a las carreras. Podéis marcharos ya, antes de que pierda la paciencia. —Antes de que Adamat pudiera interponer otra palabra, Charlemund se fue, pidiendo a gritos un carruaje.

Adamat lo vio alejarse. Las opiniones de Charlemund sobre Ondraus parecían tener poco peso. Simple aversión, nada más. Sin embargo, era la tercera vez que Adamat oía decir que Ricard estaba recibiendo grandes sumas de dinero. No era un buen augurio.

—Ahora voy a echar un vistazo a los terrenos —le dijo a Siemone.

El sacerdote meneó levemente la cabeza.

—Lo lamento, eso no será posible.

Se retorció las manos.

—Tengo una investigación que llevar a cabo. No estorbaré, y no molestaré a la familia del archidiocel.

Siemone se pasó la lengua por los labios.

—No es eso, señor, yo… Su eminencia es un hombre muy reservado. Lo lamento, pero tenéis que iros ahora.

Seguir discutiendo no le sirvió para conseguir siquiera una visita guiada a la finca. Cuando quedó claro que se esperaba que se fuera inmediatamente, rechazó la calesa que le ofrecía Siemone y caminó con paso enérgico hasta su carruaje. Subió al vehículo, más que listo para irse de allí, y despertó a SouSmith.

—¿Qué opinas de investigar la casa del archidiocel al amparo de la noche?

SouSmith abrió unos ojos como platos.

—Un atajo a una caja de pino.

—Ciertamente. —Adamat golpeteó la ventana del carruaje con los dedos mientras se alejaban de la finca—. Aun así… tenemos trabajo que hacer.

Capítulo 31

Tamas se despertó sobresaltado. Tenía la ropa empapada de sudor y el cuerpo tan caliente que casi no podía respirar. Vio el sol a través de una de las ventanas: eran pasadas las diez de la mañana.

—Señor —lo saludó Olem. El guardaespaldas estaba de pie a su lado. Sostenía un plato de gachas de avena en una mano y un periódico en la otra. Había descansado un poco, al parecer, aunque Tamas no sabía cómo, dado que nunca dormía. Olem tenía la mirada más alegre y se le habían suavizado las arrugas del rostro. Depositó el desayuno y lo ayudó a incorporarse—. Cortesía de Mihali —dijo mientras colocaba el plato en la mesa de noche de Tamas.

Tamas sacudió la cabeza para terminar de despertarse. Se sentía confundido y lento. Habían pasado cinco días desde su cirugía y desde la muerte de Barat. La maldita pierna le dolía más a cada hora que pasaba. Comenzaba a darle punzadas en cuanto la movía.

—¿No preferís leer en la galería? —dijo Olem—. El doctor Petrik dice que el aire os hará bien.

Tamas observó el día soleado por la ventana. Se miró la pierna. ¿Sentir dolor o quedarse encerrado todo el día?

—Bien. —Olem lo ayudó a levantarse y le alcanzó la muleta, y lentamente fueron avanzando hasta la galería. Olem volvió a por una silla mientras Tamas cojeaba hasta la barandilla—. Hoy hay demasiado ruido —murmuró. Echó una mirada por encima del borde. Había mucha gente en la plaza. Se fijó mejor y vio que estaba casi llena. No había visto semejante multitud desde las Elecciones—. ¡Olem! —Se volvió y se sobresaltó al ver que el guardaespaldas estaba a su lado.

—¿Señor? —Olem lucía una sonrisa de autosatisfacción, con un cigarro en la comisura de la boca y una silla en la mano. A Tamas no le gustó nada.

—¿Qué diablos sucede? —Tamas hizo un gesto en dirección a la plaza.

Olem estiró el cuello para mirar.

—Ah, sí. Obra de Mihali.

En la plaza había decenas (no, cientos) de mesas, con sillas alrededor de cada una. Cada mesa estaba completamente ocupada, y había incontables personas aún de pie, esperando su turno para tener un lugar donde sentarse. Y había más gente formando una fila: hombres, mujeres, niños. La fila se extendía por la avenida de los Mártires y doblaba la esquina. Tamas se inclinó hacia el exterior del balcón, a pesar de que eso le provocó dolor, buscando el principio de la fila.

Se encontraba justo debajo de ellos. Todo a lo largo del edificio había largas mesas rectangulares, que Tamas reconoció del Salón de los Lores. Las mesas estaban repletas de comida. Montañas de pan. Cubas de sopa. Carne asándose en espetones. Había más comida que en el banquete de un rey.

Tamas se volvió hacia Olem.

—Borra esa expresión satisfecha de la cara y ayúdame a bajar las escaleras.

Llevó algo de tiempo, pero, con la ayuda de Olem, Tamas logró bajar renqueando hasta la fachada principal de la Casa de los Nobles. Se detuvo, pasmado, en la puerta de entrada. La muchedumbre había parecido sobrecogedora desde arriba; desde allí parecía tener el doble de tamaño.

—Disculpad, señor.

Tamas se apartó del camino. Un grupo de soldados pasó junto a él llevando una mesa del Salón de los Lores. Los seguían algunos empleados con sillas y luego una cocinera con una olla de sopa que era casi demasiado grande para que la llevara ella sola. Dondequiera que Tamas mirase, había gente comiendo, esperando su turno o ayudando. Contadores, soldados, ciudadanos, incluso marineros y trabajadores de los muelles. Parecía que todos se habían visto obligados a ayudar.

—Me imagino que sois vos el responsable de esto. —Tamas se volvió y se encontró cara a cara con Ondraus. El tesorero estaba furioso. Llevaba los lentes sobre la nariz y un viejo libro de registros apretado contra el pecho. Tenía el labio retorcido en una mueca y la frente sudorosa. Estaba congestionado de tanto gritar—. ¡No puedo hacer que nadie vuelva a trabajar! ¡Dicen que Mihali les ha pedido ayuda y luego sencillamente me ignoran!

Tamas no sabía qué decir. Paseó la mirada por la multitud, buscando la figura alta y obesa del cocinero.

—¿De dónde ha salido toda esa comida? —dijo Ondraus—. ¿Quién la está pagando? —Alzó su libro y lo golpeó con una mano—. ¡No hay registros! ¡Ni recibos! ¡No hay un solo krana fuera de lugar, y sin

embargo… No lo entiendo. ¡Dijisteis que tenía un Don para la comida, pero esto es ridículo! Nada es gratis, Tamas. ¡Tiene que haber un precio!

Tamas comenzó a apartarse de Ondraus renqueando lentamente, y pronto la voz del tesorero quedó tapada por el bullicio de las conversaciones. Recorrió el gentío con la mirada. Había mercaderes sentados junto a fregonas; nobles menores compartiendo plato con marineros y con niños de la calle. Se tropezó. Una mano firme lo sostuvo y lo ayudó a enderezarse. Tamas se volvió hacia Olem.

—No… no entiendo.

Olem no dijo nada.

En el otro extremo de la plaza, las puertas de Diente Negro estaban abiertas y por ellas iban saliendo carromatos de la prisión que se sumaban a una larga hilera de carros de pan que esperaban a ser cargados y enviados a todos los rincones de la ciudad. Tamas alcanzó a ver uniformes azules; soldados dirigiendo los carromatos.

—¿Quién les ha dado permiso? —preguntó Tamas señalando hacia Diente Negro.

—Lo lamento —dijo una gran voz retumbante—, pero habéis sido vos. —Como de la nada, Mihali apareció junto a Tamas con las manos en los bolsillos de su delantal. Tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Yo? —preguntó Tamas.

—Sí —dijo Mihali. Y agregó avergonzadamente—: Al menos, eso es lo que les he dicho. Pero no os preocupéis, volverán cuando se los necesite. He puesto a uno de vuestros magos de la pólvora al mando de los carros de pan. Creo que se llamaba Vlora.

—¿Dónde está lady Winceslav? Ella iba a ser quien se encargase del festival —dijo Tamas.

—Señor, lady Winceslav se ha recluido. Mihali ha tomado el mando —respondió Olem.

Tamas no tenía respuesta. Miró alrededor y le preguntó a Mihali:

—¿Qué has hecho?

La sonrisa de Mihali se ensanchó aun más, y a Tamas le pareció ver que al corpulento cocinero se le juntaban lágrimas en los ojos.

—Estoy muy… agradecido —dijo Mihali—. De que hayáis arreglado las cosas con el archidiocel. Agradecido de que finalmente me hayáis recibido como a uno de los vuestros. Y, en agradecimiento, he prestado oídos al corazón de la ciudad. He descubierto qué es lo que necesita Adro, mariscal.

—¿Qué necesita? —murmuró Tamas.

—El pueblo está hambriento —respondió Mihali. Levantó las manos y las abrió para abarcar toda la ciudad—. La gente necesita comer. Necesita pan y vino y sopa y carne. Pero no solo eso. Necesita amistad. —Señaló a un noble menor, un vizconde todo engalanado

con sus más finos encajes de petimetre, que estaba sirviendo vino del Festival de San Adom a un grupo de niños de la calle—. Necesita compañerismo. Necesita amor y hermandad. —Mihali se volvió hacia Tamas. Extendió una mano y le apoyó la palma en la mejilla. El instinto le dijo a Tamas que retrocediera, pero se dio cuenta de que no podía—. Vos le habéis dado un atracón de sangre de la nobleza —dijo Mihali con delicadeza—. El pueblo ha bebido, pero no ha quedado satisfecho. Comió del odio y sintió más hambre. —Mihali respiró hondo—. Vuestras intenciones fueron… bueno, no puras, pero sí justas. La justicia nunca es suficiente. —Soltó a Tamas y se volvió hacia la plaza—. Yo pondré las cosas en orden —dijo. Infló el pecho y extendió los brazos—. Yo alimentaré a todo Adro. Eso es lo que el pueblo necesita. —Detuvo a una de sus ayudantes, que pasaba con un cesto de pan para los carromatos—. El pan no es suficiente —le dijo—. Lleva carne y sopa y pasteles. Sirve a los pobres en vajilla de plata. Que los mercaderes coman de cuencos de madera. Lleva comida a cada rincón de la ciudad. Los carromatos estarán protegidos.

—¿Cómo? —preguntó Tamas.

—Yo soy Adom renacido. Adro debe estar unida. Mi pueblo irá bien alimentado a la batalla.

—Adom —dijo Tamas con tono burlón. Se dio cuenta de que no podía ponerle demasiada convicción.

Un hombre con delantal de trabajo se acercó a Mihali.

—Señor —le dijo lentamente. Mihali se volvió—. Nos envía Ricard Tumblar. Nos ha dicho que ayudemos con cualquier cosa que necesitéis.

— ¿A quiénes? —preguntó Mihali.

El trabajador hizo un gesto. Detrás de él, había otros trabajadores a lo largo de la plaza, mezclados entre las mesas y la fila, con los delantales sucios de hollín y quemaduras y harina y sangre. Parecía que habían acudido todos los trabajadores de cada fábrica de los muelles y de cada molino ribereño. El trabajador sonrió.

—Ha cerrado todas las fábricas, señor. Pero nos pagarán igualmente, siempre y cuando vengamos a ayudar.

—Los Nobles Guerreros del Trabajo, ¿eh? —preguntó Mihali.

El hombre asintió con la cabeza.

—Hemos venido todos, señor.

Mihali abrió mucho los ojos.

—¡Excelente! Venid, voy a enseñaros dónde ayudar.

Mihali se alejó dando órdenes aquí, consejo allá. Tamas lo observó irse.

—Un hombre extraordinario —dijo—. Esté o no esté loco.

A Nila no le gustaba la comida de Mihali.

Estaba comenzando a minar su determinación. Cada día que pasaba, sentía que su odio disminuía. Cada día que pasaba, prestaba un poquito menos de atención a los hábitos del mariscal Tamas, estaba un poquito menos atenta a una oportunidad de dar fin a su sangrienta campaña. No sabía cómo lo sabía, pero la causa era la comida.

Trató de comprar el pan de siempre en el Barrio de los Panaderos. Pero no tenía el mismo sabor, y Mihali estaba regalando comida en la Plaza de las Elecciones.

Nila ya no podía esperar más. Tenía que suceder aquella noche. Olem estaría de guardia, pero no había nada que hacer a ese respecto. Él le gustaba, realmente le agradaba. Durante los últimos días, se había mostrado más amable con ella que cualquier otro hombre de los que había conocido mientras trabajó para el duque Eldaminse. Pero era necesario parar a Tamas.

Primero lavó toda la ropa de los oficiales de menor rango, una vez que todos se fueron a dormir. Siguió con su rutina habitual, fregando, hirviendo y planchando, y luego devolvió los uniformes a las habitaciones correspondientes. Esperó hasta el último momento para recoger la ropa del mariscal de campo. Siempre lo hacía. Dicha ropa recibía una atención especial.

El corredor que iba al despacho del mariscal tenía cuatro guardias. Ya la conocían. Nila incluso conocía a algunos por el nombre. Desde que Olem comenzó a cortejarla, dejaron de seguirla con la mirada y nadie más dijo nada impropio. La dejaron pasar sin hacer ningún comentario, pero le preocupó que Olem no estuviera allí. ¿Y si estaba dentro?

Las dependencias del mariscal estaban a oscuras. Avanzó al tacto, de memoria, guiada por un poco de luz de luna que entraba por las ventanas del balcón. Verificó que Olem no estaba allí en la oscuridad, y se acercó a la cama del mariscal. Este roncaba suavemente, tendido boca arriba en el catre. Nila extrajo una daga que llevaba oculta en la manga y se detuvo.

El mariscal Tamas tenía las mejillas y la frente cubiertas de sudor. Murmuró algo y cambió de posición.

Nila levantó el cuchillo.

—¡Erika! —dijo Tamas sobresaltado, en medio de un sueño.

Nila se quedó helada. Tamas volvió a acomodarse en el catre, aún profundamente dormido. Ella aspiró varias bocanadas de aire para que la mano dejara de temblarle.

—Nila —murmuró alguien. Nila cerró los ojos. La puerta del despacho se entreabrió apenas—. Nila —volvió a murmurar la voz. Era Olem.

Volvió a guardarse el cuchillo en la manga y cogió el uniforme del mariscal de campo de la silla donde estaba colgado. Salió por la

puerta. Averiguaría qué quería Olem y se desharía de él. Todavía tenía que lavar la ropa y volver a traerla. En ese momento tendría otra oportunidad.

Olem la esperaba en el corredor. Le cogió la mano y le dio un beso en la mejilla. Tenía los labios cálidos. Los otros guardias fingieron no darse cuenta de nada.

—Pensaba que había perdido la oportunidad de verte —dijo él, caminando junto a ella por el corredor.

—No. —Nila forzó una sonrisa cálida.

Olem entrelazó su brazo con el de ella.

—Me alegro. No me dejan mucho tiempo libre. Con esto del Don, el mariscal aprovecha para darme horas extra.

—Por supuesto —dijo Nila, e hizo una pausa—. Deberíais tener más tiempo para ti.

—Me encantaría. Pero solo para estar contigo.

Eso no serviría para nada.

—¿Estás seguro?

—¿Seguro de qué?

—De que quieres estar conmigo. —Se detuvo y soltó su brazo—. ¿Por qué vienes a *mí* , Olem? No soy un buen partido. No tengo familia ni contactos, y no has tratado de forzarme a nada. No te entiendo.

Olem elevó la comisura del labio.

—Cuando llegue el momento indicado, no tendré que forzarte.

Ella le dio un golpecito en el hombro y se ruborizó muy a su pesar.

Él se rio.

—Ven aquí —dijo—. Quiero mostrarte una cosa. —Volvió a tomarla del brazo y la guio por un corredor lateral—. ¿Sabes? Estuve pensando en ti después de que desapareciste de la casa de Eldaminse.

—¿Sí?

—Sobre todo cuando no pudimos encontrar al pequeño Eldaminse.

Nila se tropezó, y habría caído si Olem no la hubiera sostenido del brazo. Su corazón comenzó a golpear con fuerza.

Olem continuó:

—Entonces te vi en las barricadas. No podía llegar hasta ti. No podía dejar solo al mariscal en ese caos, pero les pedí a los muchachos que no te hiceran daño cuando capturaran al niño.

Nila sintió que le temblaba todo el cuerpo. Olem lo sabía. Había sabido todo el tiempo que ella era una realista. ¿Por qué había esperado tanto para desenmascararla? ¿Por qué no estaba inclinada sobre una guillotina en lugar de estar dando un paseo con él?

Olem se detuvo junto a un soldado apostado frente a una puerta que había al final de un corredor. El soldado lo saludó y él devolvió el gesto llevándose un dedo a la frente. El soldado les abrió la puerta.

Allí estaba la respuesta, pensó Nila. Iban a ponerla bajo custodia. Ocultarla hasta la siguiente ronda de decapitaciones. ¿La enviarían directamente a Diente Negro? Aún tenía su cuchillo. Podría atacar a Olem… pero él estaría esperando eso. Sería mejor esperar hasta que él se fuera y viniera otro guardia a reemplazarlo.

La habitación estaba a oscuras excepto por un pequeño farol que había sobre una mesa, junto a una ventana. No parecía una celda. Había una cama, un escritorio y un diván. Una anciana vestida de sirvienta dormitaba en una silla junto a la cama.

—Adelante —dijo Olem en voz baja.

Ella entró en la habitación. Olem fue hasta el farol y lo cogió. Había algo en la mesa, junto al farol. Un caballo de juguete, hecho de madera. Nila se arrodilló junto a la cama. Había alguien allí, durmiendo profundamente, arropado hasta la barbilla debajo de las mantas.

Jakob parecía más saludable. Le habían cortado el cabello y se lo habían teñido, tenía las mejillas más regordetas y ahora se le habían formado unas arrugas en la comisura de los labios a fuerza de sonreír.

—Tamas no es el hombre despiadado que la mayoría cree que es —dijo Olem—. No matará a un niño inocente. El Día de las Elecciones, no envió a la guillotina a ningún menor de diecisiete años. Hizo correr el rumor de que todos los hijos de la nobleza habían sido estrangulados en secreto, para poder explicar su repentina desaparición.

Nila le pasó los dedos por la frente a Jakob.

—¿Qué les sucedió? ¿Qué le sucederá a él?

—Fueron enviados a otro lugar. Algunos, a Novi o Rosvel. Algunos, al campo.

—¿Podré verlo cuando esté despierto?

—No. No debe conocer a nadie de su vida anterior. No debe crecer pensando que es alguien especial. Será enviado a vivir a una granja, donde tendrá una vida dura, pero segura y sencilla. Quizá se case con una lavandera algún día. Pero nunca será rey.

Nila se quedó arrodillada junto a la cama de Jakob durante varios minutos, hasta que Olem se la llevó. El farol volvió a su sitio y el guardia cerró con llave la puerta del cuarto. Doblaron la esquina y Nila se apretó el uniforme de Tamas contra el pecho.

Olem se detuvo con las manos entrelazadas detrás del cuerpo, con el rostro serio.

—Debes de odiarnos —le dijo—. Por haber destruido tu mundo. Lo lamento. Pero Tamas… todos nosotros, lo hemos hecho para que la plebe pueda tener una buena vida algún día. Para que ya no seamos esclavos.

—Yo era feliz, creo —dijo Nila.

—Esa es la mejor clase de esclavitud —respondió Olem—. Pero sigue siendo esclavitud. —Se quedó en silencio durante unos momentos—. Si quieres solicitar que te transfieran a un puesto lejos del mariscal de campo, lo entenderé. Debe de ser duro para ti, sabiendo lo que le ha hecho a la gente a la que servías. Se pondrá furioso. Dice que eres la primera lavandera que le almidona correctamente las solapas desde que estuvo en Gurla.

—¿Y tú? —preguntó Nila.

Olem encendió un cigarro y dejó escapar un suspiro largo.

—No puede hacerte gracia que alguien sepa tu secreto. El mariscal absolvió a los realistas, pero el ejército aún no se fía de ellos. No le diré nada a nadie. Y te dejaré en paz.

Nila estudió el rostro de Olem en busca de alguna señal de falta de sinceridad. No encontró ninguna. No tenía duda de que si ella se lo pedía en ese momento, él nunca volvería a hablarle. Olem movió el cigarro entre los labios. Aspiró una larga bocanada y luego se lo quitó de la boca y desvió la mirada. Le estaba dando tiempo para que lo considerara.

—¿Estás seguro de que no fuiste un caballero en otra vida? —le preguntó.

—Seguro del todo —dijo Olem, volviendo a mirarla. Seguía teniendo el rostro extraordinariamente serio.

Nila trató de decirse a sí misma que eso no cambiaba nada. Que Tamas seguía siendo un monstruo que ponía en peligro a Adro cada momento que seguía con vida. Pero Olem había revelado que Tamas era humano. Que tenía compasión. Nila no podía mirar a otra persona a los ojos y quitarle la vida cuando sabía que aún le quedaba humanidad.

Eso hizo que odiara a Olem.

—Preferiría —le dijo entrelazando las manos detrás del cuerpo para que él no las viera temblar— que no volviéramos a hablar.

Olem se puso rígido. Bajó la mirada y su porte serio se desvaneció por un momento, lo suficiente para que ella pudiera ver su tristeza. Luego volvió a erguirse.

—Por supuesto, señorita.

Nila lo observó alejarse por el corredor y se limpió una lágrima del ojo. Para hacer lo que debía hacerse, ella tenía que ser cruel. No había tiempo para llorar. Aún quedaban cosas por lavar antes de que explotara la actividad en la casa.

Capítulo 32

Taniel se acercó a la puerta del bastión preguntándose cómo iría en Adro el Festival del Día de San Adom. Aquella mañana habían recibido un cargamento de comida: barriles de cerveza, cerdo en salazón y carne de vaca de primera calidad. Mucho mejor que lo que solía verse en la Guardia de la Montaña.

Mozes ya estaba en la puerta, armado hasta los dientes con cuchillos, pistolas y un fusil. Frente a él estaba Rina, en cuclillas y rodeada por sus perros. Ella era la criadora de sabuesos de la Guardia y una de las mujeres de Bo. Cuando Taniel se acercó, los animales lanzaron un gemido por lo bajo. Se sentó en cuclillas a uno o dos metros y los observó a la luz de las antorchas.

Eran tres enormes mastines de pelo largo. Llevaban collares negros con púas y estaban unidos a Rina por nada más que unos arneses de cuero. Eran más grandes que un lobo, podían arrojarla por la montaña fácilmente, si así lo quisieran.

—¿Para qué son los perros? —preguntó Taniel.

Rina no levantó la mirada de sus animales.

—Para los túneles —respondió ella. Hablaba en voz baja, con un tono amable—. He entrenado a estos tres en las minas. Pueden recorrer treinta y cinco metros y derribar a un Privilegiado en un segundo. El fuego de los mosquetes no los molesta. —Rascó detrás de las orejas a uno de ellos, que se volvió hacia ella.

—¿Cómo se llaman?

Rina señaló al más grande.

—Kresim. —El siguiente—. Lourad. —Acarició al que había rascado —. Y este es Gael. —Taniel extendió una mano hacia Kresim. El perro olfateó una vez y se volvió—. No están entrenados para ser amigos.

—Tú les caes bien.

Ella asintió.

—Soy su ama.

—Ya veo. —Taniel se puso de pie. Bo llegó con Katerine, que los

miró a todos con desaprobación. Bo se sentó en cuclillas junto a Rina y le rodeó la cintura con una mano. Lourad lanzó un gruñido grave.

—Chist —le siseó Rina al perro. Lourad se echó al suelo.

Bo retrocedió un paso.

—Malditos perros gigantes —le dijo a Taniel—. Me ponen nervioso.

—Te acuestas con su ama —dijo Taniel—. Eso a mí me pondría nervioso. Me sorprende que puedas permanecer de pie después de todo lo que has bebido.

Bo hizo un gesto con la cabeza en dirección a Katerine.

—Ella conoce varias maneras de poner sobrio a un hombre.

—Ninguna placentera, me imagino.

Bo se encogió.

Unos momentos después emergió Ka-poel de la oscuridad de la aldea, ataviada con su ropa de cuero. Taniel no se la había visto puesta desde Fatrasta. Ella solía preferir su largó gabán y su sombrero de ala ancha. Los cueros se le pegaban al cuerpo, y le recordaban a Taniel que no era una niña, sino una mujer. Algo que él no había notado antes. Se dio cuenta de que le temblaban las manos por la falta de pólvora y aspiró un poco de su caja. Sirvió un poco. Inhaló profundamente y trató de resistirse a usar más hasta que fuera necesario.

A Ka-poel la seguía Fesnik, que llevaba un par de burros cargados con barriles de pólvora. Unos pasos detrás de él venía Gavril. Todos se reunieron alrededor del líder de la Guardia.

—Tenemos suficiente pólvora para hundir el túnel —dijo Gavril—. ¿Podremos contar con que le prendas fuego una vez que estemos a una distancia segura?

—Con esa cantidad de pólvora, tendríamos que estar demasiado lejos —dijo Taniel. Vlora podría hacerlo desde esa distancia. Ella siempre había sido capaz de hacer explotar pólvora desde mucho más lejos que cualquier otro mago de la pólvora de los que él conocía; era su talento especial.

—Usaremos una mecha, entonces —dijo Gavril—. Esto será rápido. Nadie hace el menor ruido hasta que hayamos inspeccionado el túnel. Rina, eso incluye a tus perros. Quién sabe qué clase de trampas nos esperan, o cuántos trabajadores y soldados tendrán allí dentro. Una vez hecho eso, colocaremos la pólvora y saldremos enseguida de allí. Dejaremos los burros si hace falta.

—¿Qué han hecho ellos para merecer eso? —preguntó Fesnik.

Gavril puso los ojos en blanco.

—¿Todos listos?

Todos asintieron con la cabeza y salieron sin hacer ruido por la puerta principal.

La ladera de la montaña estaba completamente a oscuras hasta

Mopenhague, donde aún acampaba el ejército keseño. El grupo avanzó en la oscuridad, yendo despacio para permitir que la vista se les acostumbrara. Un poco de pólvora negra hizo que el cerebro de Taniel se acelerase, le agudizó los sentidos. La oscuridad tenía pocos secretos para él. Eso lo alegraba; aún recordaba el aullido de la noche anterior, y esa sensación de que había criaturas malignas rondando por la montaña.

Taniel iba delante, seguido por Ka-poel unos quince metros detrás. Fueron bajando en silencio por el camino de la montaña, atentos por si había guardias keseños. Taniel llegó a las ruinas de la primera fortificación. Había sido tomada y retomada, luego abandonada y finalmente destrozada por la artillería y los hechizos. Supuso que habría guardias, pero cuando se abrió paso entre los escombros de piedra vio que estaba vacía.

Taniel revisó cuidadosamente cada fortificación. Si él hubiera sido los keseños, habría dejado una pequeña guardia en cada fortificación para dar la alarma ante un contrataque, por improbable que fuera. En la cuarta fortificación encontró un cadáver; le faltaba la cabeza a causa de un cañonazo y apestaba a podredumbre bajo los harapos de su uniforme keseño; un soldado al que no habían visto quienes habían subido en busca de cadáveres la semana anterior.

Y aún no había guardias.

Las excavaciones comenzaban no muy lejos de la última fortificación. Taniel exploró el área en busca de algo que indicara la presencia del enemigo. No había luces, no había señales de que hubiera nadie; cuando apoyó la oreja en el suelo, tampoco oyó los chasquidos agudos de palas y picos debajo de él. Frunció el ceño. Había algo raro en todo aquello. Envió a Ka-poel de regreso para hacerles saber a los demás que podían avanzar. No se movía nada en la ladera de la montaña. Allá abajo, en la lejanía, brillaban las fogatas del campamento keseño. Taniel oyó el crujido de botas raídas pisando sobre roca conforme los demás iban llegando.

Se encontraban en el tramo del camino que quedaba justo por encima de la entrada cuando uno de los burros rebuznó. Taniel sintió que el corazón se le iba a la garganta. Se sentó y apoyó el cañón del fusil sobre el pie para poder apuntar hacia abajo, por la montaña. Esperó que apareciera alguna cabeza keseña, que hubiera gritos de advertencia y la trompeta de la alarma general.

Pasaron algunos minutos. Miró a Bo y a Gavril. El rostro de Gavril era inexpresivo; Bo parecía molesto.

Bo le hizo un gesto a Taniel y luego se tocó el centro de la frente con un dedo. Taniel asintió con la cabeza.

Abrió su tercer ojo. Una vez pasado el breve mareo, prestó atención a su alrededor. Toda la montaña estaba cubierta por el colorido

residuo calcáreo que dejaba la hechicería, como las manchas de cal que quedan en el suelo, debajo de una cerca recién pintada. Pero era magia vieja, y ya había comenzado a desvanecerse. Miró hacia el túnel.

Lo que vio allí no era viejo, y ciertamente no había comenzado a desvanecerse. Dos marcas de color idénticas pasaban por el suelo, por debajo de sus pies, y se metían en la montaña. Taniel cerró el tercer ojo y descendió por la roca en dirección al túnel, con Ka-poel justo detrás de él.

—¿Qué…? ¡Taniel! —murmuró Gavril. Taniel lo ignoró. Llegó hasta la parte superior de la entrada de los túneles y se dejó caer al suelo. Por encima de él, Ka-poel chasqueó la lengua. Taniel se cercioró de que no había enemigos y le hizo un gesto. Cuando ella se dejó caer, la atrapó en el aire y la ayudó a ponerse de pie.

Delante de él había dos agujeros enormes. La oscuridad era absoluta, incluso para los sentidos de un Marcado, pero ya sospechaba lo que iban a ver. Un par de túneles, cada uno de aproximadamente dos metros de altura, hechos completamente por medio de hechicería, como si se tratara de un taladro gigante. Trató de adivinar adónde llevaban los túneles a través de la montaña basándose en la dirección con que ascendían.

Bo y Gavril llegaron un minuto después.

—Aquí no hay nadie —dijo Gavril, perplejo.

—Gracias por comentarlo —replicó Bo.

—Cállate —le dijo Taniel a Bo.

—¿Dónde están todos los zapadores? ¿Dónde están los Privilegiados? —dijo Gavril.

Taniel levantó una mano.

—Allí arriba.

—¿Quieres decir que ya han terminado?

—Sí.

—¿Y salen…?

—Por encima de la Guardia de la Montaña —dijo Taniel—. En la cresta. Anoche me pareció ver algo allí arriba. Lo descarté como un efecto de la luz de la luna. Ahora pienso que no me estaba imaginando cosas.

—El poder que se necesita para cavar estos túneles…

—Julene —dijo Bo—. Y probablemente acompañada por media Camarilla de Kez.

—Entonces, ¿por qué aún no han atacado? —preguntó Gavril—. El paso noreste apenas está protegido. La mitad del tiempo ni siquiera hay un guardia apostado. Podrían habernos atacado desde allí con mil hombres y no habría habido mucho que hubiéramos podido hacer al respecto.

—A ella no le interesa la Guardia de la Montaña —dijo Bo—. Nunca le ha interesado. Lo único que le interesa es llegar a la cima.

—Pero eso tampoco tiene lógica —dijo Taniel—. Podría haber destruido la Fortaleza de la Corona y luego haber subido la montaña. A menos que…

—… lleve prisa —completó Bo. Levantó la mirada hacia la cima del Pico del Sur y se quedó observándolo en la oscuridad—. En la camarilla se contaban historias, viejas como Kresimir, de que los Privilegiados más poderosos sabían usar las auras de otros planetas, de la luna, de las estrellas y del sol para amplificar sus poderes. Julene necesita el solsticio de verano.

Taniel sintió que se le revolvía el estómago. Inhaló tembloroso. Aspirar un poco de pólvora lo ayudó.

—Pero, aun si lleva prisa —dijo—, ¿por qué no le reveló al mariscal Tine la existencia de estos túneles? ¿Cómo es que los ocultó incluso de él?

—Creo que en el campamento keseño suceden cosas que no sabemos —respondió Bo—. Julene está utilizando a la camarilla real, eso es seguro. Pero quizá no a Tine.

Gavril se rascó la barbilla.

—¿Cómo podría ocultar esto? Y si no se lo dijo, ¿para qué cavar dos túneles?

—Lo ocultó de nosotros —dijo Taniel—. Y creo que esto es un plan de emergencia. Si no logra invocar a Kresimir, aun así quiere tener la posibilidad de vencer a la Guardia de la Montaña. No creo que haya pensado en la posibilidad de que nosotros viniéramos hasta aquí para descubrirlo.

Se quedaron mirando los túneles en silencio.

—¿Realmente puede invocar a Kresimir? —preguntó Gavril.

—Puede intentarlo —dijo Bo—. Que tenga éxito… Eso dependerá de cuántos Privilegiados haya llevado consigo.

—No me gusta la idea de esperar para averiguarlo —dijo Taniel—. Se volvió y emprendió el camino de regreso a la Guardia de la Montaña.

—¿Adónde vas?

—Si he de perseguirla por la montaña, necesitaré algunos víveres.

Bo alcanzó a Taniel más rápido que lo que él esperaba.

—Eso es un suicidio —le dijo—. Debe de tener treinta Privilegiados o más. Quizás algunos Guardianes y soldados. Una vez que te detecten… —Chasqueó los dedos—. Serás historia.

—Entonces no permitiré que me detecten. —Llegaron hasta los otros y los pusieron al tanto de la situación—. Voy a buscar a Julene —les dijo.

—¿Te refieres a la que es suficientemente poderosa para invocar a

Dios? —preguntó Fesnik.

Katerine se cruzó de brazos y miró a Taniel con una expresión que decía a las claras que lo consideraba un idiota.

—Supongo que ahora nos dirás que vas a ir solo, que es muy peligroso para nosotros.

Taniel lanzó una carcajada.

—Abismos, no. Puede venir todo el que quiera. No quiero morir solo en esa montaña de mierda.

Bo casi se ahogó.

—Yo voy —dijo.

—De eso, nada —le espetó Katerine.

—Basta, mujer —dijo Bo—. Es necesario frenar a Julene.

—Que lo haga el Marcado.

—Yo también iré contigo. —La voz tranquila de Rina casi hizo saltar a Taniel. Ella estaba a un lado, sosteniendo en silencio las correas de los perros—. Yo voy donde vaya Bo.

—No te... —comenzó a decir Katerine.

—¡He dicho basta!

Gavril parecía estar debatiéndose.

—Yo debería… —comenzó, pero luego se quedó en silencio.

Taniel se dio cuenta de que Gavril quería ir con ellos, pero la Guardia de la Montaña era su responsabilidad. Si el mariscal de campo Tine continuaba el ataque, Gavril necesitaría estar presente para organizar las defensas.

—Tu sitio es este —dijo Taniel. Entonces algo le pasó por la mente —. ¿Los monjes de Novi los dejarán pasar?

—No lo sé —dijo Bo—. Si no los dejan, Julene tirará abajo todo el monasterio.

—Mierda —escupió Gavril—. Son buena gente. —Se volvió hacia Mozes y Fesnik—. Colocad la pólvora.

Retrocedieron hasta pasar cuatro de las fortificaciones antes de encender la mecha. Taniel observó la chispa que bajaba por la ladera de la montaña. No le llevó demasiado tiempo llegar hasta el túnel. Cuando la pólvora explotó, retumbó toda la montaña, y Taniel sintió que se deslizaba tierra por debajo de sus pies. La última fortificación se derrumbó sobre los restos del túnel. En cuestión de minutos, aparecieron más luces en el campamento keseño y se oyeron gritos de conmoción que llegaban desde allí abajo.

El grupo volvió a la fortaleza. Taniel y los demás buscaron más armas y volvieron a reunirse en la puerta noreste media hora después. Eran más de los que él quería: Bo, Rina y sus perros, Fesnik, Mozes y otros ocho guardias, hombres de aspecto rudo que él había visto por el campamento.

—No deberíamos llevar tantos —le dijo Taniel a Gavril.

El montañero se quedó junto a la puerta, claramente aún debatiendo si acompañarlos o no.

—Necesitarás toda la ayuda que puedas conseguir —le dijo—. Si entráis en batalla, dispersaos por la colina lo más que podáis. Si sucede lo peor, que alguien vuelva corriendo para hacernos saber que el propio abismo ha vomitado por todo Adro.

—Lo haremos —dijo Taniel.

—Buena suerte.

Se completaron los preparativos. Taniel se acercó a Ka-poel. Ella llevaba su morral sobre el hombro.

—¿Hay alguna probabilidad de que te convenza de que te quedes aquí? —le preguntó. Ella plantó los pies—. Ya suponía que no—. Suspiró—. Vámonos.

Capítulo 33

Adamat regresó a su casa pasado el ocaso, después de otro día de preguntas sin respuestas, de tamizar arena y no encontrar nada de valor. Otro día de preocuparse por una familia a la que no podía proteger y un chantajista contra el que no tenía defensa. Le dolían los pies, y los ojos se le querían cerrar por voluntad propia. El entusiasmo de las festividades de la ciudad y la creciente excitación por un festival que seguramente caería en el olvido entre la guerra y el caos le habían levantado el ánimo, pero había un límite de emociones que un hombre podía soportar antes de que eso lo agotara tanto como todo lo demás. Se detuvo un momento frente a la puerta trasera, observando la cerradura a la luz de la luna. Extendió un dedo y rozó el área del ojo de la cerradura. Le pareció percibir el rastro de un leve aroma: pimentón dulce, una especia gurla.

—¿Qué sucede? —preguntó SouSmith detrás de él.

—Nada. —Adamat abrió la puerta. Habían pasado la mayor parte de la tarde en los Archivos Públicos buscando los planos arquitectónicos de la casa de Charlemund. Los habían conseguido, pero eran viejos y, ya por su breve visita, Adamat sabía que el archidiocel había hecho cambios significativos a la casa desde que se construyó. Se debatía con la decisión de intentar colarse en la casa durante la noche. Si los atrapaban, las consecuencias serían severas, pero no podía llevar adelante una investigación completa sin realizar una búsqueda exhaustiva.

SouSmith fue directo a la habitación de huéspedes para cambiarse y Adamat fue a su despacho avanzando a tientas por aquella casa vieja y conocida, sin encender las luces. El aroma a pimentón dulce, aún muy leve, era más perceptible en el despacho. Abrió el gabinete de licores, extrajo una botella de aguardiente y sirvió tres vasos. Se llevó uno consigo y se sentó en su silla. Encendió una cerilla y la acercó al extremo de su pipa. Dio algunas caladas largas para asegurarse de que estaba encendida y expulsó el humo por la nariz. Con la misma cerilla

encendió la mecha de su farol.

—He tenido un día muy largo —dijo. Se llevó el vaso fresco a la frente y observó con los ojos entrecerrados al hombre apostado en el rincón.

El hombre se quedó perplejo ante la repentina luz del farol, con la boca entreabierta. Su piel, de un color casi rojizo, lo identificaba como un nativo de Gurla; su rostro regordete y su cuerpo, fofo en el medio y delicado como el de una mujer, dejaba claro que había sido castrado antes de llegar a la pubertad. Tenía la cabeza afeitada y carecía por completo de vello facial.

Adamat señaló uno de los vasos del escritorio.

—¿Un trago?

El eunuco estaba de pie en el rincón, con las manos metidas en las largas mangas de su túnica. Avanzó lentamente.

—¿Cómo habéis sabido que estaba aquí? —preguntó. Tenía un tono de voz agudo como el de un niño.

—He oído hablar de vos —le dijo Adamat—. El asesino silencioso del Propietario. Se dice que podéis aparecer y desaparecer sin dejar rastro. Llevo mucho tiempo siendo investigador. Incluso los mejores dejan marcas cuando fuerzan una cerradura.

—A vos os siguen varias personas —dijo el eunuco—. El mariscal de campo Tamas, agentes de lord Claremonte. ¿Cómo habéis sabido que era yo? —Su curiosidad sonaba genuina.

¿Agentes de lord Claremonte? Adamat procuró evitar que su rostro denotara sorpresa. ¿Entonces ese era el empleador de lord Vetas?

—Estoy esperando una visita vuestra desde que Tamas me encargó encontrar a su traidor. Tenía que suceder tarde o temprano.

—No habéis respondido a mi pregunta.

Adamat levantó el vaso en reconocimiento a la pregunta, pero no contestó.

El eunuco se acercó al escritorio. Examinó el vaso de aguardiente, pero no bebió. SouSmith entró en la habitación en bata y camisa de dormir. Se detuvo. Adamat notó que el boxeador apretaba los puños, pero esa fue la única reacción que tuvo ante la presencia del eunuco. —Hola, SouSmith —dijo el eunuco. Inclinó su cabeza calva en dirección al boxeador—. No te hemos visto en la Arena durante una buena temporada. Nos preguntábamos cuándo regresarías con nosotros.

SouSmith inhaló como podría hacerlo un oso cuando percibe que hay cerca una serpiente.

—Cuando el Propietario cese en sus intentos de matarme —respondió.

—Toma un trago, amigo mío —le dijo Adamat a SouSmith.

El boxeador recogió su vaso y regresó a la puerta para bloquear la

única salida. El eunuco no pareció preocupado.

—Presumo que vuestra visita se debe a mi investigación —dijo Adamat.

El rostro del eunuco adoptó una expresión seria pero práctica.

—Mi amo me dado instrucciones de que responda todas vuestras preguntas, dentro de lo razonable, hasta que quedéis convencido de que él no es el traidor que andáis buscando.

Adamat reflexionó. Él ya sabía por qué el Propietario apoyaba a Tamas: una parte de los Acuerdos incluía una fuerza policial keseña que habría cambiado drásticamente el submundo criminal de Adopest, y específicamente se mencionaba la cabeza del Propietario en una cesta. Ellos sabían que él era demasiado poderoso en el hampa para dejarlo con vida. Aunque tuviera una identidad desconocida, los keseños habrían despedazado Adopest hasta encontrarlo.

Ahora que ya había quedado atrás el peligro de los Acuerdos, el Propietario podría querer intensificar el caos imperante eliminando a Tamas. Sin embargo, se enfrentaba a los mismos problemas que varios de sus colegas de la junta. Si Tamas moría, lo más probable era que Kez ganara la guerra, y las medidas de los Acuerdos que buscaban evitar se impondrían de todas maneras, junto a otras adicionales.

—¿Por qué sois tan directo? —preguntó Adamat.

—A mi amo no le interesa que metáis las narices en sus asuntos; tenéis cierta reputación entre los colegas de mi amo de poseer una tenacidad inquebrantable. Sin embargo, Tamas ha dejado claro que si ordena vuestra muerte llamará su atención de la manera más desagradable. El modo más sencillo de encarar este asunto es acabar de una vez.

—Muy pragmático —murmuró Adamat. ¿El Propietario estaba dando muestras de ser práctico?, ¿o trataba de manipularlo a él para alejar la investigación de sí mismo? Adamat hizo rodar de nuevo el vaso de aguardiente sobre su frente—. ¿El Propietario sabe quién trató de hacer matar a Tamas?

—No —dijo el eunuco sin dudar—. Él hizo algunas averiguaciones por su cuenta, pero con escasos resultados. Quienquiera que sea el traidor, no está usando intermediarios adranos. Mi amo lo habría sabido.

—Entonces, el traidor está tratando directamente con los keseños —dijo Adamat.

—No ha sido el tesorero —dijo el eunuco—. Él es el embudo por el que fluye todo el dinero de la ciudad, por lo que el Propietario lo observa de cerca. Tampoco ha sido lady Winceslav; tenemos algunos agentes en su casa para mantener todo vigilado.

—Uno de sus comandantes de brigada estuvo involucrado —dijo Adamat.

—Solo uno —dijo el eunuco—. El comandante Barat no tenía el sentido de lealtad y justicia que tienen los demás.

—¿Y el vicerrector?

El eunuco dudó.

—El vicerrector, Prime Lektor, es tan impredecible como Brude.

Brude. El santo hipócrita de Brudania. Era una referencia extraña.

Adamat se quedó esperando que el eunuco diera más detalles, pero no dijo nada más. El tesorero también había mencionado que había algo extraño en el vicerrector.

—¿Sugerís que Prime Lektor es tan capaz de cometer traición como Ricard Tumblar y el archidiocel? Solo es un director académico glorificado.

—Como he dicho —respondió en voz baja el eunuco—, no es lo que parece.

Adamat dio una profunda calada a la pipa. Suponiendo que el eunuco dijera la verdad, una suposición muy peligrosa, lo más probable era que el traidor fuera Ricard Tumblar. El archidiocel era un hombre corrupto y adicto al poder, pero tenía muy pocos motivos para querer ver muerto a Tamas. Ricard haría cualquier cosa por sus sindicatos. Era perfectamente posible que hubiera llegado a un acuerdo en secreto con los keseños.

Volvió a preguntarse si debía correr el riesgo de efectuar una búsqueda clandestina en la propiedad de Charlemund. Parecía ser el único obstáculo antes de acusar abiertamente a Ricard. Por supuesto, aún necesitaba investigar al vicerrector.

—Gracias —le dijo Adamat al eunuco—. Habéis sido de gran ayuda. Decid a vuestro amo que evitaré meterme en sus asuntos. Si me es posible.

El eunuco le ofreció una sonrisa superficial.

—Se alegrará de saberlo.

—SouSmith, acompaña a nuestra visita a la puerta.

SouSmith regresó un momento después y se sentó en el sofá.

—Se me eriza la piel —dijo.

—A mí también—. Adamat respiró hondo, saboreando el aroma del fino tabaco. Era una mezcla de cereza, placentera para la nariz y la garganta, que le dejaba un ligero gusto en la lengua. Tenía un efecto relajante.

—¿Crees que dice la verdad? —dijo Adamat.

SouSmith gruñó.

—Tiene reputación de cierta honestidad.

Adamat miró con curiosidad al boxeador.

—¿En serio? Yo he oído decir que no se puede confiar en el eunuco.

—En el eunuco no. Pero cuando habla por el Propietario, su palabra vale oro.

—Tendré que confiar en ti —dijo Adamat, aunque tomó nota mentalmente para revisar los asuntos del Propietario, aunque no tan en detalle como para terminar muerto.

Pasó la siguiente hora ante su escritorio, leyendo el periódico del día mientras SouSmith dormitaba en el sofá. Cuando decidió irse a la cama, la noche estaba muy tranquila.

Subió la escalera enérgicamente, sumido en sus pensamientos y con SouSmith detrás. Cuando llegó a la parte de arriba, Adamat notó la oscuridad del corredor.

—¿No prendiste el farol cuando subiste?

Algunos instintos iban más allá de los meros reflejos. Adamat se arrojó de espaldas hacia las escaleras, ignorando las protestas de SouSmith mientras una brisa le pasaba por la garganta. SouSmith maldijo en voz alta, y se oyó el disparo de una pistola.

Adamat se quedó tendido en la escalera, allí donde había caído, con los oídos retumbándole. El disparo había sido en el corredor del piso de arriba. No creía que le hubieran acertado, y no se atrevía a preguntarle a SouSmith. Se llevó una mano a la garganta. Sintió algo de sangre. El roce de una navaja; apenas le había tocado la piel.

Adamat escuchó con atención. El boxeador había caído hasta la planta baja y yacía al pie de la escalera. O tenía la entereza mental para quedarse en silencio o estaba muerto a causa del disparo. Adamat rogó que se tratara de lo primero.

Respiró hondo. Quienquiera que fuera el que lo había atacado lo estaba esperando en la parte superior de la escalera. No había habido movimiento en el corredor; las tablas del suelo crujían terriblemente. El asaltante estaba esperando allí. Tenía que saber que no había logrado matar ni a Adamat ni a SouSmith de un único disparo con suerte. Escuchó y miró intensamente en la oscuridad, tratando de determinar el número de asesinos. Habían entrado en su casa mientras él leía el periódico, posiblemente a través de una ventana de la planta alta.

Se puso de rodillas muy despacio, evitando apoyarse sobre el centro de los escalones, donde la madera probablemente crujiría. Con total lentitud, subió los siguientes escalones apoyado en manos y rodillas, hasta que pudo extender un brazo y tocar el suelo del corredor.

Exploró un poco más, rozando el suelo con los dedos, hasta que estos hicieron contacto con algo. Con la suavidad de una pluma, siguió el contorno de un zapato de cuero, luego de otro, hasta que tuvo una buena idea de dónde estaba su atacante. Se imaginó la pose del sujeto. Probablemente estaba sosteniendo la mano en alto, con una navaja o un cuchillo. Adamat no tenía forma de saber con qué mano. Era un riesgo que tendría que correr

Se puso en pie de un salto. Con la mano izquierda agarró la muñeca

derecha del atacante y le golpeó la garganta con el antebrazo. El sujeto lanzó un grito de sorpresa. Adamat sintió que algo afilado le rozaba la oreja. ¡Mano errónea!

Tiró hacia abajo el brazo del atacante y lo hizo retorcerse, tratando de adivinar la forma en que el otro estocaría con la izquierda. Con el codo derecho le golpeó el hombro, lo que provocó un gruñido. Sonó otro disparo, y un fogonazo de luz lo cegó momentáneamente. Sintió que su agresor se sacudía y se desplomaba. Había recibido la bala que era para él.

Eran al menos dos, quizá más. Adamat se lanzó hacia delante. La pistola se había disparado en el corredor, cerca de la puerta de su dormitorio. Extendió el brazo a ciegas y agarró el cañón de una pistola. Con la otra mano buscó por su persona el cortaplumas que solía llevar en el bolsillo. Sintió que un par de palmas le golpeaban el pecho. Lo empujaron hacia atrás, en dirección a las escaleras. Su talón golpeó contra algo, el cadáver del primer asaltante, y cayó rodando por la escalera.

Aterrizó junto a la puerta de entrada. Le retumbaban los oídos, se sentía mareado. No se había roto nada en la caída.

En la escalera sonaron unas pisadas que lo seguían. Dos figuras aparecieron a la luz de la luna que entraba por la ventana delantera. Uno de los sujetos arrojó su pistola sobre la escalera y extrajo algo de su cinturón. Adamat oyó un leve chasquido, y algo brilló en la penumbra.

Adamat se puso de pie a toda prisa y retrocedió por el corredor principal hacia la cocina para que no pudieran atacarlo desde arriba. Ambos hombres lo siguieron. Uno se metió en el estudio. El otro lo siguió a toda velocidad.

Adamat sujetó el cortaplumas con firmeza. El asaltante se movía hacia él, el único sonido que se oía era el crujir de los tablones del suelo. Sintió que de la frente le caía una gota de sudor.

Uno de los hombres encendió una lámpara en el estudio. Adamat pudo ver brevemente la silueta de su agresor. Era un hombre de altura media, estaba semiagachado y con las piernas abiertas para mantener un buen equilibrio. “Abismos”, pensó. El otro asaltante apareció por una esquina sosteniendo un farol con campana. La luz brillaba en dirección a Adamat: lo cegaba a él, pero permitía que sus asaltantes pudieran ver bien a su presa. Adamat saltó hacia delante, atacando a ciegas.

Alguien gritó y él sintió una punzada fría en el pecho. Lanzó una cuchillada hacia atrás con el cortaplumas. Una mano lo aferró por el brazo que sostenía la hoja, pero él forcejeó, esperando la conocida debilidad de una herida mortal. Un codo le golpeó el pecho y le provocó una oleada de intenso dolor.

Se oyó una conmoción en el corredor. La luz giró y dejó de deslumbrarlo. Alcanzó a ver a SouSmith agitando los brazos, agarrando al hombre del farol. Un disparo sonó cerca y le retumbó en la cabeza.

Adamat logró liberar la mano con que asía el cortaplumas. El hombre con el que luchaba trató de empujar hacia delante, navaja en mano. A Adamat le dio un vuelco el corazón, y le clavó una puñalada con todas sus fuerzas rogando que el ataque fuera certero. Retiró la hoja y apuñaló otra vez, y otra más, hasta que el hombre pidió piedad a gritos y se desplomó en el suelo.

Adamat cayó contra la puerta trasera de la casa y observó el corredor, en busca de cualquier movimiento. Intentó controlar su respiración agitada, mientras trataba de oír cualquier señal de que hubiera más asesinos en el resto de la casa.

—¿Eran todos? —masculló SouSmith.

Adamat tomó aire un par de veces más antes de responder.

—Creo que sí. Uno muerto en la escalera, dos aquí abajo. ¿Estás herido?

—Dos disparos. ¿Y tú?

Adamat hizo una mueca.

—No lo sé.

Con un dedo del pie, tocó el cuerpo que estaba en el suelo. El hombre lanzó un gemido débil. Adamat fue como pudo hasta el estudio, con el dolor del pecho intensificándose. Se llevó una mano a la zona y palpó sangre. Se inclinó, sufriendo cada centímetro, y recogió el farol acampanado de donde había caído. Milagrosamente, la vela había permanecido encendida. Le quitó la campana.

El corredor era un desastre. Había yeso roto en el suelo y charcos de sangre. Tres cadáveres. Adamat los ignoró y fue hasta SouSmith. El antiguo boxeador estaba sentado en el primer escalón, con una mano metida dentro de la camisa. Tenía la pechera cubierta de sangre.

Adamat se tragó el nudo en la garganta.

—Voy a traer más luz.

Encendió los faroles del corredor y le rasgó la camisa a SouSmith con una navaja que tomó prestada de uno de los atacantes muertos. Una bala había rozado el brazo izquierdo del boxeador y le había arrancado un trozo de carne del tamaño de un dedo. La otra le había entrado en el estómago, y Adamat casi se ahogó cuando vio la herida.

—¿Es grave? —SouSmith apoyó la cabeza contra la pared. Tenía gotas de sudor en la frente y en las mejillas. En algún momento había intentado secárselas y se había manchado el rostro con sangre.

—Te han herido en el estómago. No hay forma de saber si la bala ha tocado algún órgano. Necesitamos un médico. Mantén la mano aquí, procura parar la hemorragia. Voy a buscar ayuda.

No tuvo que ir muy lejos. Varios vecinos habían oído los disparos y estaban en la calle sosteniendo faroles y pistolas. Miraron boquiabiertos a Adamat y trataron de ver el interior de su casa.

—Que alguien traiga un médico —dijo Adamat con voz débil—. Y enviad a un chico a la Casa de los Nobles. Un mensaje para el mariscal Tamas. Aseguraos de que lo reciba. Decidle… Decidle que Adamat ha sido atacado por los Barberos de la Calle Negra. —Nadie salió corriendo por la calle, ni fue a buscar un carruaje. Algunos retrocedieron nerviosos, asustados por la sola mención de una banda callejera—. Por favor —dijo Adamat. Él mismo notaba la desesperación que traslucía su voz.

Uno de sus vecinos dio un paso adelante. Era un caballero mayor, un veterano de las guerras gurlas, con grandes patillas grises y una chaqueta negra sobre la camisa de dormir. Tenía un viejo trabuco en las manos. Adamat recordó que se llamaba Tulward.

—Yo tengo algo de experiencia en medicina. Del campo de batalla —dijo Tulward. Se volvió y gritó hacia el interior de su casa—. ¡Millie! Envía al muchacho aquí afuera. ¡Ahora! —Se volvió hacia el grupo de curiosos—. Regresad todos a vuestras casas. ¡Vamos!

Adamat le hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza, Tulward entró en su casa.

—¿Estáis herido? —le preguntó el otro. Adamat señaló a SouSmith.

—Él está peor. Ha recibido un disparo en el estómago.

Tulward hizo una mueca y miró los cadáveres con ojo de experto. Pasó por encima de ellos y se dirigió a SouSmith.

Adamat suspiró y se dejó caer contra la pared. Se reservó un momento para observar bien la carnicería. Uno de los hombres aún se aferraba a la vida, tendido en la entrada del estudio. Adamat ignoró su mirada suplicante. El segundo cuerpo estaba en lo alto de la escalera. Estaba de costado, con un balazo que le había disparado su propio camarada en el intento de matarlo a él. La bala le había entrado por la mejilla y le había dado muerte instantáneamente. Un hilo de sangre iba cayendo por los escalones.

El último cuerpo seguía de pie, con la cabeza incrustada en la pared. Adamat se acercó a tropezones para observarlo más de cerca. Era el que había estado sosteniendo el farol. SouSmith lo había agarrado del rostro y lo había hecho atravesar el yeso y el ladrillo con la cabeza.

Tulward estaba en cuclillas junto a SouSmith, hablándole en voz baja, tanteándole la barriga con los dedos. Adamat se acercó al asesino que seguía vivo. Le quitó la chaqueta tratando de no causar un dolor innecesario. El hombre gimió.

—Estoy tratando de ayudar... —Adamat se quedó helado. Volvió a mirar el rostro del sujeto; a mirarlo realmente por primera vez—. Coel

—dijo. Se trataba del ayudante escuálido de Ricard. Adamat inhaló tembloroso.

Terminó de quitarle la chaqueta a Coel. En su pánico, lo había apuñalado con el cortaplumas al menos diez veces. Las heridas no eran profundas, pero se desangraría rápido. Le levantó la manga de la camisa para asegurarse. Allí estaba, como lo había supuesto, en el antebrazo: un tatuaje negro de una navaja de barbero.

Coel ya había muerto para cuando llegaron los soldados de Tamas. La casa se llenó de hombres, lo que disipó el temor de Adamat de que llegaran más Barberos a terminar el trabajo. Un equipo de médicos se llevó a SouSmith a la sala de estar, y sus gritos y maldiciones fueron la prueba de los esfuerzos que hizo el equipo para extraer la bala. Adamat estaba sentado en la escalera, mirando la puerta de entrada con expresión vacía mientras la gente entraba y salía.

—Eso necesita puntos.

Adamat levantó la mirada. Al pie de la escalera se encontraba Tamas, con una mano en la barandilla, apoyando su peso en una muleta. Apestaba a pólvora. Le señaló el pecho con la cabeza.

Él bajó la mirada. La herida era superficial, pero escocía como si le hubieran echado zumo de limón, y aún sangraba.

—Me tocará a mí cuando terminen con SouSmith. —Adamat hizo una pausa—. No era necesario que vinierais en persona.

Tamas lo observó durante unos momentos.

—Se suponía que los Barberos de la Calle Negra no aceptaban otros trabajos. Mañana por la mañana las cosas se pondrán muy desagradables para ellos. Habéis tenido mucha suerte. Yo he visto operar a los Barberos. —Tamas desvió la mirada y observó las manchas de sangre del suelo—. Es una lástima que ninguno haya sobrevivido.

—Sí —dijo Adamat—. No estaba pensando con claridad, asaltado en la oscuridad por hombres con navajas —gruñó—. Pasarán meses hasta que pueda volver a afeitarme. —Se pasó una mano por la garganta, donde la piel apenas había resultado herida. Tenía una línea de sangre seca. Le tembló la mano. Sintió un impulso repentino por contarle todo a Tamas: lo de lord Vetas, lo de su familia. El otro quizá ya lo supiera. No era un hombre al que se pudiera engañar. Pero Tamas no permitiría que él continuara su investigación si sospechaba que su integridad se hallaba comprometida. Adamat sintió que se ruborizaba.

El mariscal pareció no notarlo.

—¿Quién pensáis que ordenó vuestra muerte? —dijo Tamas.

Era obvio, ¿no?

—Los Barberos de la Calle Negra le son leales a Ricard Tumblar. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección al cuerpo de Coel, echado a

un lado del corredor—. Y cuando me encontré con Ricard hace un mes, ese le traía el vino.

—Son pruebas bastante contundentes —dijo Tamas—. ¿Hay algún otro motivo por el que Ricard os querría muerto?

—No —dijo Adamat desconsolado. Recordó una ocasión en que Ricard fue a la cárcel por su más reciente intento de organizar un sindicato. Hacía unos quince años de eso. Para ese entonces, Adamat ya tenía reputación de honesto, y había dado testimonio a favor de Ricard, por lo que su amigo había sido liberado al día siguiente.

Dos años después, cuando Adamat era demasiado pobre para comprarles regalos a sus hijos por el Día de San Adom, Ricard se presentó en su puerta trayendo regalos equivalentes a un año de sueldo de Adamat. Se habían apoyado mutuamente en numerosas ocasiones en el transcurso los años. A Adamat le costaba creer que semejante amistad terminara de esa manera.

—Enviaré una brigada a arrestarlo ahora mismo —dijo Tamas. Se volvió hacia uno de sus soldados.

—Esperad —dijo Adamat. Tamas hizo una pausa y se volvió con un gesto de dolor. Adamat cerró los ojos—. Dadme un poco más de tiempo. No podemos estar seguros de que haya sido Ricard.

Tamas levantó las cejas.

—Los Barberos de la Calle Negra terminan lo que empiezan, inspector. Esto no ha sido una finta. Ellos están bajo las órdenes de Ricard. Cuando yo haya terminado con ellos, los Barberos *no existirán* .

—Hacen trabajos por encargo —dijo Adamat. Era un argumento débil, incluso para él—. La semana pasada le di a Ricard la oportunidad de matarme. No la aprovechó.

Tamas lo miró fijamente.

—Si esperamos siquiera algunas horas, le llegará la noticia de que los asesinos fallaron y se embarcará con rumbo a Kez antes del amanecer.

—Dadme hasta el mediodía —dijo Adamat.

—No puedo permitirme ese lujo—. Un tono de irritación apareció en la voz de Tamas—. Si el traidor se me escapa, perderé todo control sobre la junta, y se pondrán en mi contra.

—Enviad una brigada —dijo Adamat—. Que observen a Ricard; y desde este momento, que lo arresten si trata de escapar. Será una señal inequívoca de que es culpable. Pero si vos cometéis un error ahora, seguiréis teniendo al traidor en vuestro entorno, y a los Nobles Guerreros del Trabajo en vuestra contra. —Tamas pareció dudar—. Concededme hasta el mediodía. Creo que puedo llegar al fondo de esto.

—¿Cómo?

Adamat tragó saliva.

—Necesitaré que me prestéis uno de vuestros magos de la pólvora. Voy a hacer una visita a los Barberos de la Calle Negra.

Capítulo 34

Los Barberos de la Calle Negra eran una de las bandas callejeras más antiguas de Adopest. Según ellos, su antigüedad rondaba entre los ciento cincuenta y los trescientos años, pero dependía de a quién se le preguntaba y de su grado de ebriedad. Operaban desde unos apartamentos destartalados ubicados a solo unas pocas calles del Centro del Agua Jalfast. La policía local suponía que su número era de unos setenta y cinco miembros.

Adamat contempló los apartamentos desde una distancia segura. A juzgar su aspecto exterior, habían tenido épocas mejores. El edificio era un montón de ruinas desmoronadas. Tenía dos plantas, construidas con ladrillos de adobe no muy bien elaborados y demasiado viejos para ser seguros. El primer piso contenía dormitorios, mientras que la planta baja parecía un gran bar. Había sillas al sol delante del edificio. Había varios Barberos merodeando, lanzando dados sobre el pavimento mientras esperaban a los trabajadores que necesitaran un afeitado.

—No me gusta tratar con los Barberos —dijo SouSmith.

Adamat echó una mirada a su amigo. SouSmith llevaba una chaqueta negra corta, arremangada. Estaba apoyado contra la pared de una planta de coquización de carbón desmantelada, mirando la sede central de los Barberos. Tenía una gota de sudor en la frente y un gran dolor en la mirada, la única indicación de que había recibido dos disparos y una cirugía la noche anterior. Un hombre más débil estaría metido hasta el cuello en opioides para combatir el dolor.

—Te dije que no vinieras.

—Me pagaste —dijo SouSmith—. No puedes ir solo.

Adamat resopló. Estaba lejos de estar solo. Su amigo solo quería atravesar otro muro con la cabeza de algún Barbero. Se frotó el pecho y resistió el impulso de rascarse los puntos de sutura que le había dado el médico de Tamas.

Se quedó mirando mientras tres brigadas de soldados llenaban la

calle y cortaban el tránsito de peatones y carruajes en ambos sentidos. Otras dos brigadas se ubicaron sin ser vistas detrás del edificio de los Barberos. Uno de los sujetos que jugaban a los dados levantó la mirada. Tocó a su amigo en el hombro y señaló, y luego entró a toda prisa.

—Es hora de entrar —dijo Adamat. Se apartó de la pared y echó a andar por la calle. De uno de los grupos de soldados emergió el teniente deliví de Tamas, Sabon. Su uniforme azul estaba planchado de forma inmaculada; su cabeza de ébano, perfectamente afeitada. Llevaba una pistola en una cadera, una espada corta en la otra. Saludó a Adamat con la cabeza—. No dejéis que se os acerquen demasiado —dijo Adamat—. Son letales con esas navajas. —Esperó un momento para que SouSmith lo alcanzara. Solo caminar hasta allí había hecho que SouSmith se pusiera pálido; el viejo boxeador sudaba como si estuviesen en pleno verano. Adamat abrió la boca para darle la orden de volver, pero luego se lo pensó mejor. Si SouSmith quería participar, participaría.

Adamat tanteó la pistola que llevaba debajo de la chaqueta para sentirse más seguro. Agarró su bastón con firmeza y se dirigió hacia la entrada ignorando el dolor que sentía en el pecho.

Abrió la puerta de una patada. La hoja se salió por completo de las bisagras y esparció óxido por el suelo. La habitación estaba bien iluminada, las ventanas del lado este estaban abiertas detrás de una hilera de sillones de barbero. Debajo de dichos sillones había manchas viejas de sangre, marcas de óxido en el suelo de ladrillo. En el lado opuesto de la habitación había una barra larga con botellas de licor apiladas contra la pared de atrás. En el extremo de la barra había un tonel de vino de un metro y medio de diámetro.

Unos hombres que estaban en la barra se miraron entre sí y echaron a andar hacia Adamat. La estética personal parecía contagiosa: eran todos muy flacos y pálidos, y llevaban puesto un delantal encima de una camisa blanca. Adamat le habló al que venía delante.

—Hola, Teef.

El otro estaba sacando una navaja del bolsillo cuando finalmente miró a Adamat. Abrió unos ojos como platos. Perdió el control del arma y casi se le cayó al suelo. Adamat lanzó un golpe seco con el bastón y le dio a Teef en la muñeca. La navaja salió volando.

Sus camaradas no reconocieron a Adamat. Sus armas salieron a la luz sin problema y sus manos blancuzcas avanzaron hacia él con las navajas por delante. Adamat se estremeció.

Los tres hombres que rodeaban a Teef reaccionaron de la misma manera ante la explosión de pólvora. Las navajas se les cayeron de las manos. Se les pintó en el rostro primero la sorpresa y luego el dolor, al

tiempo que se agarraban las muñecas. Estaban sangrando. Tres balas habían atravesado tres muñecas sin que se desenfundara ninguna pistola. Adamat golpeó a Teef en la mejilla con la punta del bastón y luego se lo apoyó en el cuello. Miró por encima de su hombro. SouSmith estaba con los ojos cerrados, apoyado con todo su peso contra la pared, junto a la puerta. Sabon estaba a un lado, y sus ojos recorrían el interior de la barbería como si estuviera mirando despreocupado los artículos de alguna tienda. Solo la nube de pólvora que manaba de él indicaba lo que había hecho.

—¿Qué diablos? —dijo Teef con la voz quebrada—. ¿Qué estáis haciendo? ¡Matadlos! —Miró a sus camaradas y se quedó boquiabierto —. ¿Qué ha pasado…? —Boqueó como un pez fuera del agua. Miró a Sabon; por la expresión de su rostro, comenzaba a comprender. Adamat le apretó el extremo del bastón contra la garganta.

—Matadlos, ¿eh? ¿Eso es lo que le dijiste a Coel y a los otros dos que enviaste anoche?

—Juro que no fue algo personal, Adamat. —Teef alzó las manos delante de él, mirando nervioso el espacio que había entre Sabon y Adamat. Sus ojos se detuvieron por encima del hombro de Adamat—. Mierda.

—No te dijeron que SouSmith era mi guardaespaldas, ¿verdad? —dijo Adamat. Sonrió al ver el pánico en los ojos de Teef—. Hizo que la cabeza de uno de tus hombres atravesara una pared de ladrillos. Me llevará horas limpiar la sangre del vestíbulo de entrada. Bien, ¿quién os contrató, Teef?

—Lo juro, yo no quería hacerlo, pero...

—Pero era mucho dinero, lo sé. Habrá sido una fortuna. Dime, ¿cuántas veces te dejé ir antes de que lideraras a los Barberos?, ¿cuando solo eras un niño estúpido con talento para el cuchillo y cantidades enormes de mala suerte? No me hace ninguna gracia que se me devuelvan los favores de esta manera, Teef. —Apretó el bastón con más fuerza contra su garganta y meneó levemente la cabeza cuando el joven intentó retroceder. El Barbero se estremeció.

—¿Dónde diablos están? —gritó de pronto—. ¡Socorro!

Adamat suspiró sufridamente.

—Hay cinco brigadas de los mejores soldados de Tamas reuniendo a tus muchachos, Teef. Las navajas son estupendas en un combate cuerpo a cuerpo, pero no contra mosqueteros veteranos armados con bayonetas. —En el exterior del edificio sonaron disparos, como puntuando las palabras de Adamat. En el primer piso se oyeron varias pisadas urgentes y luego un cuerpo que caía al suelo.

Teef apretó los puños, pero los mantuvo frente a él.

—Os daríamos una paliza —dijo sonriendo con sorna—, si todos nuestros muchachos estuvieran aquí, os daríamos una condenada

paliza.

—Seguro que sí —dijo Adamat—. ¿Quién os contrató para matarme?

La boca de Teef se cerró con firmeza.

Adamat respiró hondo. No tenía tiempo para aquello en ese momento.

Alguien lo apartó a un lado con suavidad. Adamat bajó el bastón mientras SouSmith se acercaba a Teef. El boxeador le sacaba al menos una cabeza y medía el doble de ancho. Adamat se mordió la lengua. SouSmith estaba cubierto de un sudor frío y apretaba los dientes a causa del dolor. Se estiró y agarró una de las manos de Teef.

—Primero romperé esta —rugió SouSmith.

—Ricard —dijo Teef. El nombre le salió como una grosería que uno dice al sorprenderse.

—Eso no me sirve —dijo Adamat.

SouSmith dobló un dedo de Teef hacia atrás, lo suficiente para que tocara la muñeca. Se oyó un chasquido. Teef gritó de dolor. Uno de los otros Barberos se puso de pie y alargó la mano hacia Teef, pero recibió una patada de SouSmith en el pecho y cayó desmadejado al suelo. SouSmith tropezó, y Adamat extendió una mano para ayudarlo. El boxeador recuperó el equilibrio y le torció la muñeca a Teef.

El Barbero cayó al suelo gritando. Adamat tocó a SouSmith en el hombro con el bastón. El boxeador retrocedió.

—¿Quién os contrató? —dijo Adamat.

—¡El Propietario! —chilló Teef entre maldiciones—. ¡Vino aquí pidiendo tu cabeza!

—Al menos procura que tus mentiras sean verosímiles. —Adamat volvió a golpearle la muñeca. Sintió lástima cuando Teef gritó de nuevo, pero la reprimió. Varios hombres de Teef habían ido al hogar de Adamat, donde dormía su familia, y habían intentado matarlo. Su esposa y sus hijos habrían sido asesinados en sus camas, todos y cada uno de ellos, si hubieran estado allí. Adamat sabía cómo trabajaban los Barberos. Eran tan fríos y despiadados como lord Vetas. Levantó el bastón para golpear con fuerza.

—Un sacerdote.

Adamat se detuvo.

—¿Un sacerdote? Vamos.

—Fue un sacerdote —dijo Teef. Respiraba temblando, con el pecho agitado y con lágrimas corriéndole por el rostro—. Vino ayer por la mañana. No dejaba de llorar, pidiéndole a Kresimir que lo perdonara.

—¿Cómo era físicamente? —preguntó Adamat.

—Como cualquier sacerdote. Sotana blanca y sandalias. Cabello rubio. Un poco más alto que tú. Tenía un lunar en la mejilla derecha. No me miraba a los ojos.

Siemone. A Adamat se le secó la boca.

—¿Cuánto?

—Quinientos mil kranas.

A Adamat casi se le cayó el bastón.

—¿Qué? ¿Por mí?

Teef lanzó una risa sibilante.

—Por dos trabajos. Quince mil por ti.

—¿Y el resto? —Adamat miró a su alrededor. Había pensado que era buena suerte que hubiera tan pocos Barberos presentes. Ahora se daba cuenta de por qué no había más: estaban haciendo un trabajo. La sola idea le puso los pelos de punta. Según sus cálculos, había al menos cuarenta Barberos en paradero desconocido, quizá más.

Sabon avanzó, agarró a Teef por la pechera de la camisa y lo obligó a ponerse de pie.

—¿Es Tamas? —dijo Sabon agitando al Barbero—. ¡Cerdo traicionero! ¿Es él?

—¡Abismos, no! —dijo Teef—. No alcanzaría ni todo el dinero del mundo.

—¿Quién es entonces?

—Un cocinero. Un gordo responsable del festival. Mi empleador quería que fuera eliminado en público. Normalmente no hacemos eso, pero por la cifra que ofreció… —Teef se calló.

Sabon lo soltó. Teef intentó frenar la caída, pero gritó de dolor. El soldado lo miró con desprecio.

—Habéis cometido un terrible error —dijo. Miró a Adamat—. Llevadlos vos a Diente Negro. Yo tengo que irme.

Sabon se fue sin decir otra palabra, y Adamat vio que solo quedaban él, SouSmith y los cuatro Barberos. Cruzó la mirada con SouSmith. El boxeador se encogió de hombros. Adamat levantó la barbilla de Teef con el extremo del bastón.

—¿Por qué es tan importante un cocinero? —preguntó. Mihali, así se llamaba. ¿El archidiocel se había acordado de la paliza que le dio Mihali en presencia de Tamas? Era demasiado dinero por una venganza.

Teef negó con la cabeza. Adamat lo amenazó con el bastón. Teef negó con más énfasis.

—¡No lo sé, maldita sea! Era solo un trabajo.

—¿Y no tienes idea de dónde procedía el dinero? —De Charlemund. Siemone no haría un trabajo sucio para nadie más. Charlemund había intentado incriminar a Ricard desde el principio. Teef dudó un segundo de más—. Te sugiero que te mantengas en la ignorancia. O tu destino será peor que lo que ya es. —Tamas destruiría a Teef. Adamat casi sintió lástima por el Barbero. Casi. Se apartó de él al ver que entraba un grupo de soldados—. Llevadlos a

Diente Negro. A todos. Tengo que ir a buscar al mariscal de campo.

—Llevará horas cruzar la ciudad en pleno Festival —le dijo SouSmith cuando ya se iba.

Adamat apenas lo oyó. Salió corriendo del edificio. Necesitaba decirle a Tamas lo de Charlemund antes de que fuera demasiado tarde.

Capítulo 35

Taniel tenía la respiración agitada y le dolían las piernas. Las pocas horas de descanso que se habían tomado antes del amanecer era todo lo que habían tenido durante los últimos dos días. Solo su trance de pólvora le permitía mantener el ritmo, pero de vez en cuando se daba cuenta de que había dejado atrás a sus compañeros. Dos de los guardias se habían derrumbado por el cansancio. Los dejaron allí y siguieron su camino. Ya regresarían a la fortaleza por su cuenta.

El ascenso resultó más fácil que el de la vez anterior. Se había derretido algo de nieve, y el resto la había quitado la Guardia de la Montaña. Desde el invierno hubo algo de movimiento por provisiones entre la fortaleza y el Soporte de Novi. Aun quedaban restos de campamentos y excrementos secos de caballo de las caravanas de aprovisionamiento enviadas al monasterio.

Eso no preocupaba a Taniel. Lo que sí le preocupaba era el último grupo que había pasado por allí. Aún no habían alcanzado a ver a los keseños, pero habían encontrado dos campamentos. Había excrementos y huellas al menos de cien hombres y animales de carga. Tantos hombres no deberían haber sido capaces de pasar sin ser vistos por la Guardia de la Montaña, pero de alguna manera lo habían hecho.

Llegaron al tercer campamento al mediodía. Estaba separado del sendero principal, cerca de una cascada que seguía medio congelada a pesar de que ya casi tenían la primavera encima. Taniel examinó las cenizas de una fogata de cocinar. Aún estaban tibias.

Tomó nota del campamento. Le trajo recuerdos de otros no muy distintos de la lejana Fatrasta, cuando él y los nativos rastreaban patrullas keseñas y las emboscaban. Solo que eso no había sido en lo alto de las montañas, y aquellas patrullas no estaban repletas de Privilegiados. Ni de Guardianes.

Empujó algo con el pie y sintió frío en el pecho. Lo levantó y le dio vueltas en la mano. Era una bola de metal del tamaño de un puño. Un

depósito de aire, del fusil de aire de un Guardián.

—¿Cuánta distancia nos sacan? —preguntó Bo cuando el resto del equipo hubo alcanzado a Taniel. Bo tenía cada día peor cara. Sus mejillas hundidas y unas ojeras negras y muy pronunciadas. Aquel despiadado ritmo de avance le estaba sentando mal.

—Horas —dijo Taniel. Le lanzó a Bo el depósito de aire—. Debería haberme esperado esto.

—Donde hay Privilegiados keseños, hay Guardianes —dijo Bo.

Dejó caer la esfera metálica, pero Ka-poel se acercó y la recogió del suelo. La examinó cuidadosamente y se la guardó en el morral.

—Poco a poco los vamos alcanzando —dijo Taniel.

—También estamos cerca de la cima —respondió Bo—. No andamos lejos del Soporte de Novi.

—¿Estáis todos descansados? —le preguntó Taniel a Fesnik. El joven guardia avanzó dando tumbos hasta la cascada y se sentó para llenar su cantimplora.

Fesnik refunfuñó.

—Maldita sea, no. ¿Se supone que debemos poder pelear después de semejante ascenso?

—Pelear y ganar —dijo Taniel. Le dio un toque con el pie.

—Claro, claro —dijo Fesnik. Se puso de pie—. Vamos —les dijo a los demás—. Seguimos subiendo.

Taniel los observó regresar al sendero principal. Aquellos eran hombres duros, miembros de la Guardia de la Montaña. Pero ninguno contaba con su ventaja de la pólvora, e incluso él estaba agotado por el ascenso. ¿De qué servirían ellos contra Julene y los otros Privilegiados? ¿Cómo podrían hacer para ganar la pelea?

Taniel se puso a la par de Ka-poel. Ella sostenía una figura de cera sin rostro, la amasaba y le daba forma con los dedos.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó. Ella se metió la figura bajo un brazo. Se inclinó hacia ella, pensando que comenzaría una explicación gesticulada. Pero Ka-poel lo golpeó en el hombro—. Ay.

La joven lo ahuyentó con una mano y siguió trabajando en su proyecto. Taniel retrocedió hasta quedar a la par de Bo.

Bo parecía preocupado.

—Tú sí que estás alegre —le dijo Taniel. La expresión de Bo no cambió. Parecía no haber notado el sarcasmo.

—Puede que sea demasiado tarde —dijo Bo.

—Estamos avanzando más rápido de lo que yo esperaba.

—Tenemos que estar allí durante el solsticio.

—No te preocupes —dijo Taniel—. Allí estaremos. —Observó que había humo en el cielo. Agarró a Bo del hombro y señaló—. ¿Eso viene de la montaña? —le preguntó. No recordaba haber visto el cráter humeante desde allí durante su ascenso anterior.

Bo palideció.

—No —respondió—. Está demasiado cerca. Eso es del Soporte de Novi.

Se corrió la voz y el grupo redobló sus esfuerzos. Llegaron al Soporte en menos de una hora.

El muro del monasterio donde acababa ese tramo del sendero había sido derribado. Era como si un gigante hubiera trepado por la cara de la montaña y sencillamente le hubiera dado una bofetada. Quedaban algunas rocas en pie donde el muro conectaba con la montaña. Las demás habían caído al vacío y yacían invisibles en el barranco que estaba allí debajo, a lo lejos, muy a lo lejos. El monasterio parecía la fachada de una casa de muñecas, con sus corredores y escaleras expuestos a los elementos.

Las ruinas yacían como el cadáver humeante de un animal, con las vigas quebradas asomando por entre los escombros como costillas rotas. En algunos lugares la propia roca se había derretido. El puño invisible que había destruido buena parte del monasterio también había hecho trizas una parte del risco, y el corredor que iba de un extremo al otro del monasterio ahora se encontraba dividido por una fisura de unos quince metros de ancho.

—Podemos dar la vuelta y pasar por uno de los salones —propuso Fesnik—. Dentro de la montaña hay un laberinto; allí se encuentra el resto del monasterio. No debería llevarnos más que unos minutos. —Hablaba en voz baja, casi con reverencia. Miró aquí y allá con tristeza. Taniel se dio cuenta de que los guardias debían de haber conocido a aquellos monjes.

Encontraron los corredores como Fesnik había dicho. El humo empeoró dentro de la montaña. Apenas podían respirar mientras avanzaban por los corredores que se entrecruzaban entre sí. Los perros de Rina gemían a pesar de las reprimendas que ella les echaba. Taniel vio una salpicadura de sangre en una pared y se detuvo. Había una marca extraña en la piedra. Le pasó el dedo. Era de un balazo, sin duda.

—No hay cadáveres —dijo Taniel en voz baja. Lo dijo más bien para sí mismo, pero se sorprendió cuando vio a Ka-poel muy cerca de él. La joven estaba examinando las ruinas con ojo clínico—. Tiene que haber supervivientes —dijo—. El humo debió de obligarlos a salir. Han de estar al otro lado. Eso es —dijo para sí mismo asintiendo con la cabeza. Se le revolvió el estómago.

Ka-poel lo miró con una expresión que parecía decir que ella tenía sus dudas.

Salieron del corredor al otro lado de la fisura. Taniel vio el final del monasterio y la escalera rota que llevaba a la entrada opuesta. No se veía a nadie.

—Por favor —dijo una voz.

Taniel saltó en el aire. Se volvió y extrajo una pistola antes de que pudiera procesar el más mínimo pensamiento. Bajó el arma.

Un monje retrocedió asustado. No, era una mujer, mucho más joven de lo que él habría supuesto.

—Lo lamento —le dijo. Al ver su estado, comenzaron a temblarle las manos. Tenía el rostro magullado, golpeado. Y manchas de sangre en la túnica—. ¿Hay más supervivientes?

La mujer señaló uno de los muchos corredores. En el interior había un grupo variopinto, a unos veinte metros de la entrada, que era lo más adentro que podían aventurarse. Allí no había tanto humo. Taniel vio a siete personas de pie, y un gran número de cuerpos en el suelo, envueltos en lino. El alma se le cayó a los pies cuando comenzó a contarlos. Se detuvo al llegar a cuarenta, y no podía haber llegado ni a la mitad.

Fesnik hablaba con uno de los monjes, un anciano con la túnica rota y sucia, y las cejas quemadas. Taniel se acercó.

—Los combatimos lo mejor que pudimos —dijo el anciano. Blandió su bastón—. Salieron de la nada. Deberíamos haber estado mejor preparados. Si no hubieran sido tantos…

Taniel sabía que el monasterio habría sido destruido de todas maneras. ¿Qué podía hacer un grupito de monjes contra media Camarilla de Kez, y encima con Julene? Ella se había abierto paso asesinando a quien se cruzara en su camino. ¿Qué podrían lograr Taniel y Bo contra ella?

El hombre continuó:

—Eso fue hace dos horas. La lucha fue corta, violenta. Nunca he visto nada parecido. Algunos de los más jóvenes no pueden siquiera creer que haya sucedido. —Señaló con la mano a un joven monje sentado cerca de la pared. Se encontraba conmocionado, envolviéndose el cuerpo con los brazos, con la vista fija en la nada—. Se llama Del y no ha hablado desde que sucedió. Aun así, creo que estuvimos bastante bien.

Taniel apenas pudo contener su desconcierto.

—¿Bastante bien?

El rostro del viejo monje mostraba una expresión seria, pero orgullosa.

—Bueno, sí. La mitad de estos cadáveres son de ellos.

Taniel miró a su alrededor. Entonces vio lo que no había visto antes: una pila de fusiles de aire en un rincón. Se dio cuenta de que muchos de los cuerpos eran grandes, más grandes que un hombre normal. Quince, veinte. Eran Guardianes. Y un poco más allá, cerca de una pequeña fogata que uno de los monjes estaba usando para calentarse, vio los bordes deshilachados de un guante de Privilegiado

y un uniforme keseño. Taniel estaba impresionado. Aquel grupito de monjes no solo se había defendido contra la Camarilla de Kez: habían respondido al ataque con el mismo ímpetu.

Sin duda hubo hechicería. Hechizos poderosos. Pero ya no. Se preguntó si habría más monjes en el resto del monasterio. No, probablemente no. Aquello parecía ser todo. Un puñado magro de supervivientes. Pero se las habían arreglado para luchar contra Guardianes y Privilegiados.

—¿Por qué os han dejado a vosotros con vida? —preguntó Taniel con la mayor delicadeza que pudo.

El anciano se apretó una venda alrededor de la muñeca.

—Parecían tener prisa.

—El solsticio —dijo Bo apareciendo a un lado de Taniel.

El monje apenas pareció sorprendido, y su rostro no reveló nada.

—Hay magias antiguas —dijo en voz baja.

—¿Los lideraba una mujer? —preguntó Taniel—. ¿Majestuosa, de unos treinta y cinco años y con una gran cicatriz en el rostro?

—¿Una mujer? —dijo el monje—. No, era un león de las cavernas gigante que lanzaba hechizos.

—Su forma elegida —dijo Bo sombríamente.

—Iremos detrás de ellos —dijo Taniel—. ¿Sabéis cuántos han quedado?

El anciano miró enfadado a Taniel.

—No me detuve a contar mientras juntábamos a nuestros muertos.

—Perdón —murmuró Taniel. Había muchos cadáveres allí dentro. Quizás habían eliminado a buena parte de los keseños. Mayormente Guardianes, parecía. Echó una mirada a Bo, que estudiaba los cuerpos envueltos en lino y caminaba entre los supervivientes. Iba moviendo los dedos. Seguramente le encantaría saber qué clase de hechicería ocultaban aquellos monjes. Taniel supuso que ni siquiera las camarillas conocían todos los antiguos secretos.

Bo regresó al anciano.

—Este monasterio. Fue levantado aquí como protección contra algo. —La expresión del monje se mantuvo neutra—. ¿Contra el regreso de Kresimir?

—No saldrá nada bueno del regreso del dios —dijo el viejo—. Pero en esta montaña hay cosas peores. —Hizo una pausa—. Sí, somos los centinelas de Kresim Kurga. Los Predeii han regresado. Debíamos detenerlos. —Su expresión de orgullo titubeó—. Hemos fallado.

—Haremos lo que podamos —dijo Bo.

Taniel asintió con la cabeza con una actitud que esperaba que pasara por confianza.

Se apartaron del viejo monje y se acercaron para hablar por lo bajo.

—Sabe mucho más que lo que nos está diciendo —dijo Bo.

—No tenemos tiempo para interrogarlo.

Bo se restregó las manos, aún con los guantes puestos.

—Lo haría rápido. Puede ser algo importante. —Los ojos le brillaban de curiosidad, y su expresión era más vivaz de lo que Taniel visto en semanas.

—No —dijo Taniel—. Mira a tu alrededor. Quiere a Julene muerta. No tendría sentido que nos ocultase algo. Dios, realmente te obligan a vender tu alma para incorporarte a la camarilla, ¿verdad?

—Es más práctico.

—Debemos irnos. ¿El solsticio?

—Hoy.

—¿Cuánto nos llevará llegar a la cima?

—Más que lo que falta para el solsticio.

—Deberemos llegar antes —dijo Taniel—. ¿Tenemos un plan?

Bo frunció el ceño.

—Hay muchos Privilegiados entre estos cadáveres. Quizá sean suficientes para desbaratar los planes de Julene. Necesita poder para invocar a Kresimir. Necesita acortar distancias enormes para traerlo de vuelta. —Bo pareció estudiar sus opciones—. Debemos eliminar a todos los Privilegiados que nos sea posible. Ignorar a Julene.

—Será difícil ignorarla cuando la hayamos enfurecido.

Bo suspiró.

—Ya nos ocuparemos de eso cuando corresponda.

Taniel volvió a acercarse al monje. El anciano estaba de rodillas junto al que había llamado Del, hablándole al oído. Levantó la mirada.

—En la ciudad vais a necesitar un guía —dijo—. Hay senderos peligrosos allí arriba. Del es el que mejor conoce el camino. Estoy tratando de convencerlo de...

Bo apartó a un lado a Taniel y se arrodilló junto al monje. Le tocó la frente con los dedos y sostuvo la otra mano en alto. Tocó con suavidad el aire, como un pianista interpretando una canción con una sola mano.

—Sí —dijo Del de pronto. La palabra salió como un siseo—. Iré. —Ya más un gruñido. Sus ojos volvieron a tener vida, como un fuego reavivándose en una chimenea oscura.

—¿Estás bien? —le preguntó Bo.

—Agua.

—Traedle un poco de agua —le dijo Taniel al anciano. El otro volvió al cabo de un momento, y juntos atendieron a Del antes de ayudarlo a ponerse de pie.

—Estoy bien —dijo Del—. Iré con vosotros. Decís… ¿Decís que podéis detenerlos?

—Lo intentaremos —respondió Bo.

—Tenemos que llegar a Kresim Kurga antes del solsticio.

—¿Sabes dónde van a estar? —preguntó Taniel.

Del levantó la mirada frunciendo el ceño.

—Allí arriba hay un coliseo, levantado por Kresimir. Ayuda a enfocar la hechicería. Creo que es el lugar más probable.

—Excelente —dijo Taniel. Se llevó a un lado a Bo—. ¿Qué has hecho para despertarlo?

—Nada —respondió Bo—. Iba a tocarle la mente, para ver si le quedaba algo, pero se despertó antes de que llegara a hacerlo.

—Será bueno tener un guía.

Bo estuvo de acuerdo.

Taniel se alejó. Un par de guardias traían a rastras un cuerpo del corredor lleno de humo. Se trataba de una anciana. No tenía marcas. Quizás había muerto en su cama, asfixiada por el humo en un lugar demasiado metido en la montaña para que la despertara el ruido de la batalla. Los guardias les dejaron el cadáver a los monjes y se volvieron para ir a seguir buscando.

—Debemos irnos —dijo Taniel. Mantuvo el tono de voz amable, pero habló en voz alta para que los otros lo oyeran—. Fesnik, reúne a los hombres.

Fesnik había estado ayudando a envolver otro cadáver. Se puso de pie, miró cansado a su alrededor. Parecía haberse dado cuenta de qué era a lo que se enfrentaban. Aquello no era una aventura. Era una persecución a muerte contra oponentes mucho más poderosos que ellos.

Bo estaba discutiendo con el viejo monje cuando Taniel se les acercó.

—No podéis enterrarlos a todos —dijo Bo.

—Es nuestra costumbre —respondió el monje. Su rostro, como siempre, mostraba una expresión neutra.

—Arrojad a los keseños por el acantilado. Atended a los vuestros si no podéis guardarlos en el hielo durante algunas semanas. Es necesario que bajéis hasta la fortaleza y aviséis a Gavril de lo sucedido.

—Enviaremos a alguien —dijo el monje.

Bo compuso una expresión de desdén.

—¿Y qué hay de vuestra propia supervivencia? El monasterio ha quedado destruido. Las noches son tan frías que cualquier cosa que se deje a la intemperie amanece congelada. ¡Esto ya no os sirve de hogar! —La voz de Bo comenzó a elevarse, y sus gestos estaban poniendo nervioso a Taniel.

—Bo —le dijo.

—¿Qué? —Bo se volvió hacia él.

—Es hora de irnos.

Bo respiró hondo y se calmó.

—Cuidaos —le dijo al monje. Había un tono de sarcasmo en su voz —. Cabrón testarudo —murmuró mientras pasaba por delante de Taniel.

—Tu amigo está muy cansado —le dijo el monje a Taniel.

—Ha tenido un mes muy difícil.

—Le queda muy poco de sí.

Taniel hizo una mueca. Aquellos monjes eran un misterio. ¿Con qué tipo de hechicería contaban, que habían sido capaces de luchar contra Julene y la Camarilla de Kez? Ninguno llevaba guantes de Privilegiados, al menos que él viera. Abrió su tercer ojo y resistió las náuseas. Lo cerró de nuevo tan rápido como pudo y parpadeó para deshacerse de los colores refulgentes del Otro Lado. Había demasiada hechicería para poder distinguir algo.

—Ya lo sé —respondió Taniel—. Buscad algún refugio.

—Buena suerte —dijo el monje. Logró sonreírle, algo por lo que Taniel se sintió más agradecido que lo que habría pensado—. Les hemos dado pelea —agregó el monje—. Ahora están más débiles. Haced que valga la pena.

Si este grupo de ancianos y ancianas había podido luchar contra Julene, entonces él también podía, pensó Taniel. Respiró hondo y apretó los puños. Era hora de llevar la lucha hacia ella.

Taniel le estrechó la mano al viejo y se reunió con los guardias que lo esperaban. Habían hecho todo lo que habían podido por los supervivientes. Algunos de los guardias habían dejado sus raciones y mantas extra, aunque Taniel tenía la esperanza de que los monjes pudieran rescatar más de las ruinas cuando el humo se disipara.

Taniel contó cabezas y observó que Rina y sus perros no estaban.

La hallaron al final del monasterio, justo en el límite de los muros destruidos, examinando en cuclillas el sendero que subía hasta la cima. Se volvió hacia ellos mientras se acercaban. Sus perros gemían y tiraban de los arneses. Ella los silenció con una voz, pero solo duró un momento.

—En esta montaña hay algo más —les dijo.

Taniel trató de no estremecerse.

—¿A qué te refieres?

—Leones de las cavernas. —Rina señaló el suelo, unas marcas que Taniel apenas distinguía—. Ya los hemos cazado antes. Los perros conocen su olor.

Taniel sintió un gran alivio. Había algo siniestro en el comentario de Rina. Se dio cuenta de que le estaban temblando las manos.

—Ah. Hay leones de las cavernas en todas las montañas. Esa incluso podría ser Julene; los monjes han dicho que usaba esa forma cuando les cayó encima.

—No creo que sea eso.

Taniel sintió que el corazón le latía un poco más rápido.

—¡Pole! ¡Regresa aquí! —La muchacha se había adelantado al menos unos veinte metros y estaba de cuclillas en el sendero, tocando el suelo. Ella ignoró su llamada—. ¿No es eso? —le preguntó a Rina—. ¿Cómo puedes saberlo?

Rina extendió las manos y habló con su voz silenciosa de siempre.

—Porque hay al menos cincuenta.

Taniel oyó maldecir a más de uno de los guardias. Bo farfulló algo e hizo gestos de protección en el aire.

—¿Qué? —dijo Taniel. La pregunta le salió con más fuerza de la que pretendía.

—Más allá, pasando a Ka-poel, en el punto donde el sendero se ensancha —dijo Rina—. Bajaron la pendiente por allí y fueron detrás de los keseños.

Taniel le echó una mirada a Bo.

—¿Puede invocarlos? —le preguntó—. He oído contar historias de Privilegiados que pueden...

Lo interrumpió la risa de Rina.

—¿Qué?

—No están con los keseños. Los están *cazando* . —Había un toque de histeria en su voz silenciosa—. Cuando subamos, nos cazarán también a nosotros. Por Kresimir, que nos cazarán. —Acercó los perros hacia ella y miró las marcas del suelo.

—Los leones de las cavernas no cazan en manada —dijo uno de los guardias.

Todos parecieron volverse hacia Bo al mismo tiempo. Él les devolvió la mirada, tenía el rostro cansado y ojeroso. Vacilando, tanteó el aire con las manos como un médico palpando un hueso roto debajo de la piel. Taniel percibió una tibia hebra de hechicería.

—Hay algo mal en esta montaña —fue todo lo que dijo Bo.

Nila se hizo con un carro para llevar la ropa. Uno de los muchos trabajadores que habían asistido al Festival del Día de San Adom la ayudó a construirlo a partir de una bañera vieja y la base de un carromato de vendedor ambulante, que tenía cuatro ruedas. No se atrevió a pedírselo a uno de los guardias, aunque probablemente lo habrían hecho sin protestar. Se había corrido la voz de que había rechazado a Olem. Los soldados seguían siendo corteses, pero no como antes.

Durante tres días usó su nuevo carro para recoger la ropa sucia, para que los guardias se acostumbraran a la idea. Tenía sentido; ella tenía más trabajo que lo usual, pues medio personal de la Casa de los Nobles estaba escapando a sus obligaciones para asistir al banquete de Mihali. A causa de la falta de personal, ella pasaba más tiempo en el

sótano lavando ropa a solas, por lo que pudo modificar su recorrido habitual para pasar por el corredor que llevaba a la habitación de Jakob.

Pronto se dio cuenta de que esa noche sería el momento más difícil para llevarse a hurtadillas a Jakob. Con los salones desiertos, sería difícil ocultarlo. Durante el día, sin embargo, el número de personas que había en la Casa de los Nobles era casi abrumador. El banquete que tenía lugar fuera hacía imposible llevar un control de cada persona que iba y venía, y una vez que saliera del edificio, podría perderse entre la multitud.

La mañana del último día del festival, empujó su carro para ropa por los corredores de la Casa de los Nobles. Hizo sus paradas habituales y juntó suficientes prendas para ocultar a un niño, y luego tomó el corredor que llevaba a la habitación de Jakob. Se cruzó con hombres y mujeres, soldados y empleados, saludó con la cabeza y sonrió a cada uno de ellos.

El guardia no estaba en su puesto. Nila suspiró y susurró una plegaria de agradecimiento a Kresimir. Solo quedaba la niñera de Jakob como obstáculo para liberar al niño.

Nila revisó el carro para asegurarse de que su cachiporra seguía allí. No quería usarla, pero lo haría si la niñera le causaba problemas.

De pronto se detuvo. La puerta de Jakob estaba abierta. Nunca la dejaban abierta. Se obligó a continuar caminando, pasó con el carro por delante de la puerta y echó una mirada al interior tan natural como pudo.

La habitación estaba vacía. No había niñera. No había Jakob. ¿Había cometido un error? ¿Se habrían llevado a Jakob a otra habitación esa misma mañana?, ¿o incluso a otro país?

Se cercioró de que en el corredor no hubiera soldados y entró. La cama estaba sin hacer. Había juguetes en la mesilla de noche y ropa de niño colgada en el armario. Parecía que se había ido recientemente. ¿Estaría usando el retrete? Tenía que salir de allí, por si regresaba Jakob con un guardia.

—¿Quién demonios eres tú? —preguntó una voz masculina.

Nila se volvió con el corazón en la garganta. En la puerta había dos hombres. El que había hablado parecía un estibador de puerto; llevaba boina, una chaqueta de lana con los codos remendados y un chaleco marrón muy sucio. El otro era, sin lugar a dudas, un caballero. Vestía chaqueta negra, chaleco de terciopelo y camisa blanca, pantalón negro y zapatos lustrados. Llevaba bastón y sombrero de copa.

—La lavandera —dijo Nila, tragando saliva. ¿Quiénes eran esos hombres? ¿Qué hacían en la habitación de Jakob?

El estibador le frunció el ceño, y luego miró el carro de ropa que estaba en el corredor.

—Vuelve más tarde —dijo.

—¿Puedo ayudaros con algo? —preguntó Nila. Por el acento del hombre, se daba cuenta de que era de la zona. Probablemente un miembro de los Nobles Guerreros del Trabajo. El caballero permaneció en silencio, pero había algo en el modo en que le clavaba la mirada que la ponía nerviosa.

—Solo hemos venido a buscar los juguetes y la ropa del niño —dijo el estibador—. No nos llevará más de un minuto.

—Precisamente iba a llevármela para lavarla. Podría lavarla y enviarla más tarde.

—Eso no será necesario. —Dijo finalmente el caballero. Su voz era suave, pero firme. Parecía tener formación—. Continúa —le dijo al estibador.

El estibador empujó a Nila para pasar. Lo hizo delicadamente, pero con firmeza. Luego comenzó a vaciar el armario y los cajones sobre la cama. Añadió al montón un tren de madera y unos soldaditos de latón, juntó todo dentro de una de las sábanas e hizo un nudo con las puntas.

—Estoy segura de que el niño tiene una maleta... —comenzó a decir Nila.

—Eso no será necesario —volvió a decir el caballero—. Puedes encargarte del resto de la ropa de cama. —Dejó la habitación.

El estibador se echó el bulto al hombro y lo llevó al pasillo. Nila lo siguió y observó cómo se marchaba detrás del caballero. Como ninguno de los dos se volvió para mirarla, comenzó a empujar el carro.

Los siguió a una buena distancia, luego por un pasillo lateral, hasta que entraron en una habitación que quedaba al final del vestíbulo; uno de los muchos despachos del edificio. Nila dejó el carro y se acercó lentamente a la puerta. Se asomó para espiar.

Una mano la agarró bruscamente por el hombro. La obligó a entrar en la habitación y la apoyó con fuerza contra la pared. Alguien la cogió de la barbilla, y Nila se encontró cara a cara con el caballero.

—¿Qué representa el niño para ti? —preguntó él. Aún hablaba con calma, sosegado, a pesar de la forma inmisericorde en que la aferraba.

Nila farfulló algo, sorprendida, no muy segura de qué decir. ¿Quién era ese hombre? ¿Por qué la trataba de esa manera? ¿Cómo podía saber que Jakob representaba algo para ella?

—¿Qué… —dijo el caballero, moviéndole la cabeza de lado a lado y enfatizando cada palabra— representa… el… niño… para… ti?

—Nada. Solo soy la lavandera.

—Tengo un Don por el que sé que me están mintiendo. Tienes cinco segundos para decírmelo. Luego te estrangularé.

Nila sintió que los dedos de él se cerraban alrededor de su

garganta. Lo miró a los ojos. Había visto más vida en ojos de cadáveres. Contó mentalmente. Él apretó la mano.

—Yo era… —comenzó a decir, sintiendo que la garganta se le cerraba. El caballero aflojó un poco la mano—. Yo era la lavandera de su familia antes de la purga. Lo conozco desde que nació. Quería ayudarlo a escapar de Tamas.

El caballero le soltó la garganta.

—Qué afortunado —le dijo—. Hemos tenido problemas con su niñera. Tú ocuparás su lugar y vendrás con nosotros.

—Yo no...

Él la agarró por la nuca y la llevó a la fuerza por la habitación, como si fuera una niña rebelde. Abrió un armario y la obligó a mirar hacia abajo.

Nila aún recordaba a la niñera que estaba cuidando a Jakob cuando Olem la llevó a verlo. Era una mujer mayor, corpulenta. Yacía de manera poco natural en el suelo del armario, con la vista fija en la nada. Nila trató de retroceder. Se lo impidió el caballero, que aún la tenía agarrada de la nuca.

—Esto ha sucedido —dijo él— porque esta mujer mostró escrúpulos. Si tú decides mostrar escrúpulos… Si me desobedeces aunque sea una vez, no dudaré en matarte con mis propias manos. Mi nombre es lord Vetas, y ahora yo soy tu amo. Sígueme. —Cerró la puerta del armario y la llevó al corredor. El estibador apareció llevando al hombro el bulto con la ropa de Jakob. Vetas señaló a Nila —. Ella será la nueva niñera. Llévatela. Tengo asuntos que resolver en otro lado.

Vetas se fue a paso vivo. Nila no pudo evitar observarlo. El corazón le latía con furia y sentía flojas las piernas. Nunca había estado tan aterrorizada. Ni siquiera antes de que Olem la salvara de una violación, ni cuando casi se ahogó en el mar Ad cuando era pequeña. Aquel hombre era pura maldad.

El estibador se encogió de hombros y agarró a Nila del brazo. La llevó por un corredor, salieron por una puerta lateral y se dirigieron hacia un carruaje que esperaba en la calle. Incluso la parte de atrás de la Casa de los Nobles estaba abarrotada de gente. Nila miró al estibador. No la tenía agarrada con tanta fuerza. Podría darle una patada y escapar, y desaparecer entre el gentío.

Se acercaron al vehículo. Un temor en el fondo del estómago le dijo que si se metía en ese carruaje, nunca escaparía de lord Vetas. Mientras esperaba alguna oportunidad, tensó el cuerpo y se cogió el vestido con una mano para poder correr.

—¿Señorita Nila? —Jakob apareció en la puerta del carruaje. Tenía el cabello desordenado y la chaqueta desaliñada, pero parecía ileso—. ¡Señorita Nila! ¡No sabía que estabas aquí!

Nila soltó la falda. Cogió a Jakob de la mano y se metió en el carruaje.

—No os preocupéis —le dijo—. Vengo a cuidaros.

Capítulo 36

Tamas se reclinó en la silla con una pierna apoyada en una banqueta y observó el gentío; parecía haber media ciudad, atraída por el banquete de Mihali, en busca de un desayuno tardío. La plaza estaba completamente llena; las calles, atestadas de gente formando fila. Algunos miraban a los malabaristas mientras esperaban, y miles de personas se apiñaban alrededor de una plataforma elevada cerca del centro de la plaza, comiendo gachas de avena de pie mientras una compañía de teatro representaba una comedia subida de tono. Era el último día del festival, y no habían reparado en gastos para el entretenimiento de las masas.

Una gran sombrilla protegía a Tamas del sol de media mañana. Él se encontraba en la entrada principal de la Casa de los Nobles, sintiéndose mejor de lo que se había sentido en meses, mientras devoraba una cesta de panecillos que Mihali le había dejado hacía una hora.

—Con la pierna así, deberíais estar en cama —le dijo lady Winceslav—. ¿Estáis seguro de que os sentís con fuerzas suficientes para estar aquí fuera?

Él le echó una mirada, notó su palidez y se preguntó si no debería preguntarle lo mismo.

—Por supuesto, milady. Mejor que nunca. —Valientes palabras, quizá, pero la verdad era que su pierna realmente *estaba* mejor. Casi podía *sentir* cómo se curaba, cómo le volvía la fuerza. Sabía que tenía trabajo por hacer, pero, maldita sea, nada parecía ser importante en ese momento. Por primera vez desde la muerte de su esposa, volvía a sentirse completo.

Incluso lady Winceslav parecía estar de mejor ánimo. Se había enfrentado a las multitudes a pesar de su reciente escándalo con el comandante Barat. Ella no dirigía el festival (eso había quedado en manos de Mihali), pero al menos estaba presente.

—¿Creéis que vendrán todos? —preguntó ella.

Tamas miró la multitud.

—Creo que ha venido la ciudad entera, milady.

—Me refería a la junta. —Ella le dio un golpecito amistoso en el brazo.

—Ricard está aquí desde las seis y media, transportando comida y vino con el resto de sus trabajadores. —Y bajo estricta, aunque discreta, observación, hasta que Adamat regresara con pruebas que ratificaran o desmintieran su culpabilidad. Si el jefe de los sindicatos sabía algo acerca del intento de asesinato de Adamat, no daba señales al respecto.

—¿En serio? —Ella parecía asombrada—. Increíble.

—Ondraus está por allí, en algún lado, gritándoles a sus empleados. Olem dice que vio al eunuco hace una hora. De Charlemund no he visto ni la sombra. Y allí —señaló con el dedo—está el vicerrector.

Tamas observó a Prime Lektor avanzar por entre el gentío. La mancha de nacimiento que le cruzaba el rostro parecía estar más oscura que de costumbre. El vicerrector miró la comida al pasar por delante de las mesas, pero parecía tener algo más importante en mente. Se detuvo un momento ante la mirada severa de los guardaespaldas de Tamas y luego se inclinó para colocarse debajo de la sombrilla. Saludó con el sombrero a lady Winceslav.

—¿Un asiento? —preguntó Tamas, haciendo un gesto en dirección a uno de los guardias.

—Por favor —dijo Prime. Observó el banquete mientras esperaba que le trajeran una silla, y luego se sentó junto a Tamas—. Parecéis estar de inusual buen humor.

—¿En serio? —dijo Tamas—. Apenas he dicho dos palabras.

Prime se aclaró la garganta.

—Lo noto en vuestra persona. Está en el aire. Como un estudiante de primer año que sabe que será el favorito de todos los profesores. Es molesto. —Prime volvió a mirar a su alrededor. Miraba una y otra vez hacia las mesas donde servían comida, observando a las ayudantes traer fuentes, platos y todo lo demás.

Tamas miró de reojo al vicerrector.

—¿No lo notáis? —le preguntó—. No soy solo yo. Es toda la ciudad. Es esto. —Señaló con una mano el banquete, miles de personas dándose un atracón con la comida de Mihali sin preocuparse por nada —. Ricos y pobres, nobles e innobles codeándose unos con otros. Nunca he visto nada igual.

Prime contempló el banquete con gesto sufrido.

—Vos no creéis esas sandeces, ¿verdad? —preguntó—. Eso de que el cocinero es un dios. —Sus ojos permanecieron fijos en una olla de gachas.

Tamas dudó, tratando de interpretar el tono de Prime. Había algo

fuera de lugar. A pesar de la brusquedad con que hablaba, sonaba casi como si quisiese que Tamas dijera que sí.

—¡Ja! ¿Un dios? No. Un Dotado poderoso. Un poco loco, quizá. Pero es inofensivo —dijo Tamas—. Y sin embargo… —Se apoyó un dedo a un lado de la nariz, en un gesto de complicidad—. ¿Qué apariencia tiene un dios? ¿Qué es lo que hace? ¿Cómo puedo hacer yo para reconocer uno si lo veo? —Meneó la cabeza riéndose ante la mirada exasperada de Prime—. Mihali es un hombre de talento. Posee un talento excepcional. Pero no creo que sea un dios. ¿Y vos? Quizá vos seáis el más calificado para averiguarlo. Tenéis a vuestra disposición todas las historias de los Nueve. ¿Alguna habla de Adom?

—Hace mucho tiempo que comprendí que Kresimir nunca regresaría. —Prime se quedó en silencio, y Tamas se dio cuenta de que no tenía idea de la edad del vicerrector.

—¿Y Adom…? — le dio pie Tamas.

—Amaba la comida —admitió Prime—. Por algo es el santo patrono de los cocineros. Era un hombre corpulento, fuerte, poderoso, y… —se quedó mirando a una de las ayudantes de Mihali, que pasaba sosteniendo en una mano una bandeja de ave rellena—… era muy popular con las mujeres. Tuvo más de cuatrocientas esposas y amó a cada una de ellas. En sentido figurado y literal.

—¿Cuatrocientas? —dijo Tamas—. Yo apenas podía con una. —La garganta se le atascó al decir eso, y tuvo que aclarársela—. Habláis como si vos mismo lo hubierais conocido. —Prime no respondió—. Por lo que decís, Mihali parece ser un muy buen candidato.

—Hay demasiadas preguntas —dijo Prime—. No ha habido un dios en este mundo durante cientos y cientos de años. Kresimir se fue para continuar explorando el cosmos. Novi y Brude hicieron lo mismo solo unos días después. Los demás los siguieron, o desaparecieron sin fanfarrias. Corrió el rumor de que uno o dos de ellos se habían quedado… —dijo, y guardó silencio.

Tamas y lady Winceslav se miraron con curiosidad.

—¿Os encontráis bien? —preguntó Tamas.

Prime le lanzó una mirada.

—¿Me creeríais si os dijera que Mihali es un hechicero poderoso?

—Sin dudar. Pero no un Privilegiado, sino un Dotado.

Prime resopló.

—Un Dotado, ja. ¿Y si os dijera “el hechicero más poderoso del mundo?”. ¿O si os dijera que los dioses eran solo eso: hechiceros inmensamente poderosos?

—¿Hipotéticamente? —dijo Tamas, dejando claro su escepticismo.

—¿El más poderoso de la historia?

—Estáis bromeando.

—Es solo una pregunta —le espetó Prime.

—¿Y qué si lo fuera?

—El problema de la lógica —dijo Prime— es que a veces uno se ve forzado a creer su propia hipótesis, incluso si no quiere. ¿Qué es lo que percibís cuando extendéis vuestros sentidos hacia Mihali?

—Un Dotado, como acabo de decir. Tiene ese brillo suave. Menos poder que un Privilegiado, de lejos.

—¿Podéis estar seguro?

Tamas suspiró. Abrió el tercer ojo y miró hacia Mihali. Debía de haber muchos Dotados en semejante multitud, pero Mihali era fácil de encontrar. Tenía algo que sobresalía por encima de los otros. Sin embargo, su brillo no era más fuerte.

—Sí —dijo Tamas. Miró el rostro de Prime. El anciano miraba a Mihali frunciendo el ceño—. Vos no creéis que sea posible, ¿no? Que realmente sea un dios.

Prime cerró los ojos y guardó silencio durante varios minutos. Tamas comenzó a preguntarse si el vicerrector se habría quedado dormido, cuando el otro abrió los ojos.

—Hay muchas preguntas —volvió a decir.

—Habéis dicho “los otros dioses” —dijo Tamas—. Yo pensaba que Kresimir era el único dios.

Prime se removió en su asiento y miró a un empleado administrativo que, con cautela, iba haciendo rodar un barril de cerveza por los escalones de la puerta de entrada.

—Eso no es del todo preciso —dijo Prime.

—Es dogma —dijo Tamas—. Charlemund me lo recordó el otro día.

—Que algo sea dogma de la Iglesia no significa que sea cierto.

—Bueno, ciertamente cualquier persona con formación… —Tamas se quedó en silencio ante la mueca que hizo Prime.

—Personas con formación. Bah. Había diez dioses. No un dios y nueve santos. Kresimir llegó primero, y luego pidió ayuda a sus hermanos y hermanas para organizar los Nueve.

—¿Hay diez dioses? —preguntó Tamas. Trató de recordar sus lecciones de historia—. Yo siempre he pensado que Kez tomaba a Kresimir como su santo patrono. ¿Quién es el décimo entonces?

Prime meneó la cabeza.

—Me hacéis la pregunta incorrecta. Deberíais preguntar: si Mihali es un dios, ¿por qué está aquí ahora?

El Pico del Sur estaba oculto detrás de la Casa de los Nobles, pero ambos se volvieron en esa dirección. Tamas volvió a pensar en las advertencias que había recibido de Bo y de Taniel. Hechiceros antiquísimos tratando de invocar a Dios. Era algo casi pintoresco, como extraído de un libro de cuentos. Eran temores generados por el estrés de los meses de batalla. Sin embargo, Tamas recordó que aquellas primeras advertencias le habían llegado antes de que

comenzara el sitio. Tamas se rascó la parte de arriba de la pierna herida. Comenzó a dolerle más, como una molestia que regresaba a pesar de que se creía ya superada.

—¿Habéis oído hablar alguna vez de la Promesa de Kresimir? —preguntó Tamas de pronto.

—Patrañas —dijo Prime.

—¿Patrañas? ¿La conocéis? Me ha dicho que se trata de un secreto de las camarillas, que solo lo conocen los reyes y sus Privilegiados.

—Así es. —El vicerrector se limpió la frente con un pañuelo.

Tamas iba a presionarlo más cuando oyó un grito.

Lo siguió otro, y luego otro. Una oleada de miedo avanzó por la gran multitud; unos pocos gritos se convirtieron en clamor en cuestión de segundos. La gente comenzó a ponerse de pie, con la comida olvidada, tratando de ver el origen de la conmoción.

—¿Qué sucede? —Tamas cogió su muleta y se puso de pie con dificultad—. Averigua qué está sucediendo —le dijo a un guardia—. Id adentro —le dijo a Prime—. Guardias, llevaos adentro a lady Winceslav. —Tamas observó a Mihali subirse a una mesa, con agilidad a pesar de su gran tamaño, para intentar ver lo que sucedía.

—¡Calma! —gritó Mihali. Su voz sobrepasaba a la de la multitud con una fuerza sorprendente—. Por favor, volved a vuestros asientos. —La gente se detuvo a medio levantar, sin saber qué hacer. Aquellos que formaban fila parecían dudar, poco dispuestos a perder su lugar en la hilera, pero preocupados por lo que estaba sucediendo. Todos recordaban a los dragones del Día de las Elecciones.

Tamas seguía sin poder ver nada. La conmoción parecía llegar desde el extremo más lejano de las mesas. Algunos corrían, y forcejeaban con quienes querían acercarse para ver.

—¡Mi pistola! —dijo Tamas. Vio que Prime se había puesto de pie y levantaba la cabeza para ver mejor. Lady Winceslav esperaba junto a la puerta de la Casa de los Nobles con su guardaespaldas—. Id adentro —volvió a decirle a Prime—. No quiero que os mate una multitud aterrorizada.

Prime lo ignoró.

—Haced lo que deseéis —rugió Tamas cogiendo una de sus pistolas para duelos de uno de los guardias. Se cercioró de que estuviera cargada y preparada para disparar, y luego observó la multitud.

—Allí —dijo Prime, señalando con el dedo.

Tamas distinguió a un hombre a varios cientos de metros de distancia. La multitud había retrocedido para apartarse de él. El sujeto parecía sostener algo en la mano. Tamas mordió una carga de pólvora y se tambaleó al ser alcanzado de lleno por el trance. Inhaló superficialmente durante unos momentos, se irguió, y agudizó la vista para observar al hombre.

Estaba vestido de Barbero. Llevaba camisa blanca y pantalones oscuros debajo de un delantal blanco. El delantal en sí estaba manchado de sangre. Había un cuerpo a sus pies, con el cabello rubio y largo de una mujer. El sujeto limpió la hoja de la navaja en el delantal y corrió hacia la multitud.

—Los Barberos de la Calle Negra —dijo Tamas lentamente—. ¿Qué diablos... —Más gritos. Tamas volvió la mirada. Había docenas de ellos. Se movieron precipitadamente en dirección al banquete, arrojando fuentes de comida, atacando a hombres, mujeres y niños con impunidad, sus navajas se agitaban en el aire como el pincel de un artista pintando una obra maestra sangrienta—. ¡A las armas! —gritó Tamas. Su primer disparo le acertó a un Barbero en medio de los ojos, a casi ochenta metros. No necesitó usar sus poderes—. ¿Podéis recargar? —le preguntó a Prime arrojándole la pistola—. ¡Balas! —Uno de sus guardias dejó de apuntar para darle un puñado de balas y de cargas de pólvora. Tamas lanzó una bala en el aire y encendió una carga de pólvora con la mente. Otro Barbero cayó muerto, luego otro.

—¿Para qué diablos necesitáis esto? —preguntó Prime entregándole la pistola cargada.

—Mayor precisión —dijo Tamas, sorprendido de que un académico pudiera recargar una pistola con tanta velocidad. Ante los disparos, la multitud comenzó a retorcerse y a moverse, como una manada de ganado presa del pánico. Tamas hizo una pausa al reparar en que algunas personas de la multitud miraban las puertas abiertas de la Casa de los Nobles—. Cierra esas puertas —le dijo al guardia. Levantó la pistola—. Aseguraos de que lady Winceslav esté dentro.

—¡Allí! —dijo Prime. El anciano desvió la pistola de Tamas en dirección a Mihali. Tamas vio al Barbero emerger de la multitud cerca del cocinero. Apretó el gatillo. El hombre cayó como una piedra.

—¡Por los dedos congelados de Novi! —dijo Tamas—. Se suponía que Sabon se encargaría de los Barberos. ¡Mihali! ¡Sal de ahí!

El cocinero no lo oyó. Seguía de pie sobre una mesa, agitando los brazos y gritando; por lo visto, no se había percatado del Barbero muerto.

—Otro —dijo Prime, señalando con el dedo—. Van a por Mihali.

—¿Por qué? —preguntó Tamas. Le entregó la pistola a Prime y lanzó una bala al aire. La bala rozó a un Barbero en el hombro y se perdió entre la multitud, donde un hombre se apretó el costado. Tamas hizo una mueca—. Estamos muy lejos. No puedo ayudarlo demasiado sin más armamento. —Metió las manos en los bolsillos en busca de más balas. Ya no le quedaban—. Mierda. Sea un dios o un demente, puede que ahora esté solo. ¡Traedme más balas!

—No. —Prime meneó la cabeza lentamente—. No podemos dejarlo solo.

—No nos queda otra. No podremos atravesar esa muchedumbre. —La gente ahora se estaba moviendo. Huían lentamente, influidos por la insistencia de Mihali de que mantuvieran la calma, pero sus gritos no podían sofocar el terror en ebullición de una multitud.

—Debemos intentarlo —dijo Prime—. Vamos, traed a vuestros guardias. —Agarró a Tamas del brazo.

Lady Winceslav apareció junto a él. Tamas suprimió una grosería.

—¡Milady, tenéis que quedaros dentro!

—No pienso dejar solos a mis soldados aquí fuera —respondió ella. Apretó los puños—. Dadme un fusil. Nos abriremos paso hasta el cocinero y...

El grito ahogado de Prime sobresaltó a Tamas.

—Es *él* . ¡Abrid vuestro tercer ojo!

—¿Cómo sabéis... —Tamas no tuvo que abrir el tercer ojo. Pudo *sentir* la hechicería que pasaba por encima de él con la fuerza de una marea creciente.

—Adom —dijo Prime—. Se ha quitado el disfraz.

—¿Qué está haciendo? —Tamas se sentía paralizado, indefenso. Nunca había experimentado una hechicería como esa. Si sentir los poderes de un Privilegiado era como el calor de una vela, aquello era como estar de pie en la fragua de un herrero.

—¡Está canalizando un hechizo!

—No entiendo.

—¡Está canalizando! Esos momentos que lleva crear la hechicería, tomar las auras del Otro Lado. No está derribando un edificio ni destruyendo un batallón. ¡Ha estado canalizando toda la semana! Esta comida, esta gente. Todo forma parte de eso. Está entrelazando auras en la ciudad misma. ¡Si los Barberos lo alcanzan, destruirán todo aquello por lo que ha trabajado!

—¿Cómo sabéis todo esto?

—¡No tenemos tiempo! —Prime le soltó el brazo; la cabecera de la multitud se movía hacia ellos. Uno de los guardias de Tamas cayó al suelo y casi fue arrollado por la gente, pero lo levantaron justo a tiempo. La muchedumbre comenzó a retorcerse como un animal. Todos serían arrastrados, fueran o no fueran guardias. Aquello no era algo que los soldados pudieran controlar.

—Necesitamos entrar, señor. —Olem estaba junto a Tamas, fusil en mano. Se encontraba entre las mesas cuando comenzó todo.

Tamas miró a Olem y a Prime. Necesitaban retroceder, permitir que el pánico disminuyera. Más tarde se encargaría de los Barberos. Eran historia. Dio un paso hacia atrás, agarrando la muleta con fuerza. ¿Qué disparates estaba diciendo Prime? ¿Canalizando hechizos? Él lo habría percibido.

—Bloquead las puertas de la Casa. No quiero que el gentío se meta.

—¿Señor?

—Iremos a buscar a Mihali.

—Eso es un suicidio, señor.

—¡Tropa, formación! —Sus guardaespaldas se colocaron a su alrededor. Se les unieron varios soldados llegados desde la Casa de los Nobles. En cuestión de momentos, contaba con treinta hombres. Treinta hombres no servirían de nada contra la carrera descontrolada de cientos de miles—. Milady, deberíais entrar —dijo Tamas por última vez. Alguien le había dado un fusil a lady Winceslav. Parecía saber manejarlo. No había temor en sus ojos. Tamas respetaba eso—. Sin bayonetas —ordenó—. Golpead con la culata. ¿Dónde está… Prime?

—Allí —dijo Olem.

Tamas miró en la dirección señalada. Prime se había separado de sus hombres; la corriente en que se había convertido la multitud pasaba a unos pocos centímetros de la pechera de su chaqueta.

—¡Que alguien lo traiga! —gritó Tamas—. Ese infeliz hará que lo maten.

Un soldado salió de la formación y corrió hacia el vicerrector. Lo agarró de la chaqueta. El anciano se soltó con una fuerza sorprendente. Más allá, en medio de la multitud, Mihali seguía subido a su mesa. Había dejado de gritar y ahora solo miraba a la gente con el ceño fruncido. A pesar de la violencia de la estampida, nadie se acercaba a menos de ocho metros de la mesa.

Hasta que un Barbero sí lo hizo.

—Mi pistola —dijo Tamas—. ¡Rápido!

Otro Barbero emergió tropezando entre la gente y penetró en el círculo de calma de Mihali. Meneó la cabeza, como confundido, y luego cruzó la mirada con el otro. Se les sumó uno más, y comenzaron a avanzar hacia Mihali.

—¡Arma! —gritó Tamas.

El soldado no pudo hacer que Prime fuera al edificio. Tamas alcanzó a ver al viejo vicerrector con el rabillo del ojo. Prime dejó caer los hombros. Luego se metió lentamente las manos en los bolsillos y extrajo un par de guantes blancos con runas rojas y doradas. Se los puso y levantó las manos.

Tamas siguió mirando, estupefacto. ¿El vicerrector, el vetusto profesor de historia con sobrepeso y lentes, era un Privilegiado? ¿Cómo podía ser que él nunca lo hubiera sabido? Prime movió los dedos en el aire como un director de orquesta. Un sonoro bombazo retumbó en el aire y la multitud quedó dividida en dos. Entre el gentío se abrió un corredor por el que podía pasar un carruaje. Una fuerza invisible mantenía a raya a la gente. Algunos la golpearon como si se tratara de una pared de cristal, mientras que otros quedaron

aplastados contra esa fuerza, como lanchas contra las rocas.

—Ordenad que entren vuestros soldados —dijo Prime por encima del hombro.

Tamas dudó.

—Id —dijo al cabo de un momento. Fue cojeando hacia el vicerrector, cogió la pistola de un soldado y apuntó a un Barbero. Solo tenía un disparo y no le quedaban cargas. Estaba demasiado lejos para hacer rebotar la bala, y sus hombres no llegarían a tiempo. El análisis duró una fracción de segundo. Apuntó al Barbero más grande, el de aspecto más peligroso, y apretó el gatillo.

El Barbero se evaporó. La bala atravesó una neblina roja y le dio en el hombro a una mujer. Tamas abrió mucho los ojos. Miró el cañón de la pistola. No parecía haber nada fuera de lo normal. Volvió a mirar a Mihali.

El segundo Barbero se detuvo con la vista fija en la nube que antes era su colega, con la boca entreabierta. La neblina roja desapareció como humo de pipa en la brisa. El tercer Barbero cargó contra Mihali con la navaja en alto. A Tamas le pareció oír un ligero chasquido, y ese Barbero también desapareció. No quedó nada, ni prendas ni navaja. Nada salvo la niebla roja, que se dispersó en el aire. El segundo Barbero se volvió para huir y desapareció con un chasquido sutil (en absoluto imaginado). Se oyeron más chasquidos, y Tamas meneó la cabeza. Alguien gritó.

La plaza comenzó a vaciarse. Mihali se quedó solo, de pie sobre su mesa y con los brazos cruzados. Observó serio a las últimas personas de la multitud mientras desaparecían por las avenidas. Había comida desparramada por el suelo; mesas y sillas volcadas; platos, cuencos y tazas abandonadas. Allí una cazuela había caído y las gachas iban esparciéndose lentamente por el suelo, aquí yacían inmóviles algunos espectadores. Una mujer se quejó de dolor.

—Ayúdala —le dijo Tamas a un soldado, señalándola.

Detrás de él, las puertas de la Casa de los Nobles se abrieron y salieron más soldados.

Vlora corrió hasta su lado.

—¿Qué ha sucedido, señor? —le preguntó.

—Los Barberos de la Calle Negra —dijo Tamas con dureza—. Adamat y Sabon no han hecho su trabajo.

—¿Dónde demonios están?

—He disparado a un par. Están… —Tamas se interrumpió. Los Barberos heridos ya no estaban. Se quedó perplejo. ¿Era niebla roja eso que se veía donde habían estado los asesinos?—. He visto más. Deben de haber huido entre la multitud. —Pasó junto a Olem y se dirigió renqueando hacia las escaleras. Se detuvo junto al vicerrector. Prime observaba la plaza vacía con una mirada firme de

preocupación, con las manos en los bolsillos de la chaqueta—. ¿Quién diablos sois? —le preguntó. Le temblaban las manos. La magia que había percibido antes ya no estaba; oculta de nuevo. Claramente había provenido de Mihali, pero, aun así, ¿quién era el vicerrector? ¿Un Privilegiado?, ¿todo ese tiempo? Tamas lo habría visto.

Prime sacó las manos de los bolsillos y se golpeteó el abdomen con los dedos. Se había quitado los guantes.

—Sois uno de ellos —le dijo Tamas cuando quedó claro que Prime no respondería sus preguntas—. Uno de los Predeii. Como Julene. —Era cierto. Era todo cierto. A Tamas se le instaló una sensación de pavor en el estómago—. No os mováis de aquí.

Tamas se dirigió a Mihali.

El enorme cocinero se había bajado de la mesa y se había puesto a colocar sillas. Se detuvo junto a una olla de gachas volcada y colocó la mano sobre el borde. Frunció el ceño.

Tamas se detuvo a unos diez metros de Mihali. Las gachas se desvanecieron frente a sus propios ojos, como agua de lluvia evaporándose sobre unos ladrillos al sol. Mihali se inclinó sobre la olla y la cogió de ambos lados con los brazos. La levantó con facilidad, aunque debía de pesar más de cien kilos, y volvió a colocarla sobre un trípode de hierro.

Tamas abrió su tercer ojo y soportó el mareo. El mundo resplandecía. Las piedras donde habían caído las gachas de avena aparecieron manchadas de rosa ante su mirada interna. Los colores giraban en torno a Mihali como si fuera alguna clase de serpentinas de festival, aunque en ningún momento llegaban a tocarlo.

Mihali se dejó caer sobre una silla. Apoyó un codo en la rodilla y la barbilla en la palma de la mano. Vio a Tamas.

—Gracias por protegerme —le dijo.

—Estaba demasiado lejos para poder hacer algo —le respondió el mariscal.

Mihali sonrió levemente.

—Aun así. Soy vulnerable en este cuerpo.

—Te han estropeado el banquete —dijo Tamas.

—La gente regresará. —Mihali se pasó una mano por la frente. Una de sus ayudantes se le acercó y con delicadeza le apoyó una mano en la espalda. Él la acercó con su brazo enorme y le besó la frente—. Y vendrán más —dijo suspirando—. Mi trabajo no ha quedado arruinado. Sí demorado un poco, pero arruinado no.

—Prime dice que estabas canalizando un hechizo —dijo Tamas.

Mihali miró por encima del hombro de Tamas hacia el vicerrector.

—Muy perceptivo—. Tomó a su ayudante del brazo por un momento y le hizo señas para que se alejara—. Ahora me acuerdo de ti —dijo mientras Prime se acercaba—. Ha pasado mucho tiempo.

—Catorce siglos, más o menos —dijo Prime—.Entonces, ¿verdaderamente eres tú? Yo no lo creía… No quería creerlo. —La respiración le temblaba—. Yo creía que había pasado suficiente tiempo, que Kresimir no regresaría nunca. Creía que era el momento de un cambio. Pensaba que las preocupaciones de Rozalia eran estupideces, y que Julene vivía en el pasado. Creía que estábamos solos.

—Mi gente nunca ha estado sola —replicó Mihali—. Los otros quizá se hayan ido. Yo no.

—¿Qué les has hecho a esos Barberos? —preguntó Tamas.

Mihali no parecía feliz.

—Ya no existen —respondió. Sonaba melancólico, como un hombre que había hecho algo que no quería hacer—. He perdido los estribos. No me gusta… —Se detuvo, con la voz quebrada—. No han sentido dolor. No me gusta hacer sufrir a nadie.

Tamas lo observó un momento, con mil preguntas agolpándosele en la mente. Algo le frenó la lengua.

—Señor —dijo Olem colocándose a su lado—. No logramos encontrar a ninguno de los Barberos. Ni a uno.

—No podrás —dijo Tamas. Respiró hondo—. Es un dios, Olem. Realmente es un dios vivo, en carne y hueso. —Esa nueva convicción no era algo que lo hiciera feliz. Le dolía la cabeza. Tenía el estómago revuelto—. Esto no es bueno.

Olem tenía la mirada fija en Mihali, como tratando de decidirse.

—¿Por qué no? O sea, si es un dios, ¿no es algo bueno?

Tamas levantó la vista al cielo. Hacía un día hermoso; cálido, pero no demasiado; había brisa, pero no vientos fuertes; el sol se sentía agradable en el rostro.

—Porque Mihali no es el único dios —respondió Tamas—. También está Kresimir. Y eso significa que se lo puede invocar. Significa que Kresimir vendrá a por mí. Significa que las advertencias de Bo no eran patrañas. Y eso no es bueno. —Sintió una presencia a su lado, y una gran mano en el hombro. Mihali estaba junto a él.

—Es peor aún —dijo el cocinero—. Si fuerais solo vos, lo lamentaría, pero…

Tamas se sintió enfermar. La pierna le había comenzado a dar punzadas nuevamente. Se movió y sintió un latigazo de dolor. Se tragó las ganas de vomitar.

—¿A qué te refieres?

—Destruirá todo el país —dijo Mihali—. A cada hombre, mujer y niño. Cada planta y cada animal. Arrasará con todo.

—¿Por qué?

—Mi hermano no es un… dios amable. Le resultará más fácil comenzar de nuevo.

Tamas apretó los puños. Dioses. ¿Cómo podía enfrentarse a *eso* ? ¿Qué podía hacer?

—¿Por qué no lo ha hecho ya?

Mihali miró hacia el Pico del Sur.

—Mi hermano se encuentra realizando una gran travesía. No creo que haya tenido en ningún momento la intención de regresar. Pero será invocado. Hay algunos que buscan lograr eso, y otros que buscan evitarlo. —Mihali se volvió hacia Tamas—. Es muy tarde para que vos tengáis influencia en esa batalla. Trataré de proteger a Adro de su poder, pero es necesario que pongáis orden en vuestra casa.

—El traidor —susurró Tamas.

—Si hay más interrupciones como esta —señaló todo alrededor de ellos—, si hay más distracciones…

—Pero no sé quién es —dijo Tamas.

—*Él* quizá sí lo sepa —dijo Olem, señalando en dirección a la plaza.

Tamas se volvió y vio a Sabon y a Adamat corriendo hacia ellos.

Capítulo 37

En la Plaza de las Elecciones reinaba la confusión. Había soldados deambulando entre las sillas caídas, la comida derramada y las mesas volcadas como si hubiera tenido lugar una batalla, recogiendo cosas con tristeza entre los restos. Cuando Adamat llegó, estaban llevándose a algunos ciudadanos en camillas y un grupo de personas se había juntado frente a los peldaños que conducían a la Casa de los Nobles.

Sabon alcanzó al grupo antes que él. Adamat aminoró la velocidad y siguió caminando, buscando a su alrededor indicios de lo que había sucedido. ¿Habían llegado tarde? La gente había huido en medio de un caos, eso estaba claro. ¿Pero qué había sucedido? Adamat no veía a ninguno de los Barberos, ni a ningún soldado caído. Las personas que yacían en el suelo no llevaban uniforme de ninguna clase, solo eran ciudadanos que habían quedado atrapados en alguna clase de fuego cruzado. Vio gargantas cortadas, sangre derramada en el empedrado, incluso algunas heridas de bala. Había familias reunidas alrededor de sus muertos. Algunas mujeres gimoteaban.

Adamat llegó al grupo de soldados y lanzó un suspiro de alivio. Tamas estaba allí, junto al vicerrector y a Mihali, el cocinero. El guardaespaldas de Tamas estaba cerca, observando a Mihali con el ceño fruncido. También estaba allí lady Winceslav, y tanto Ricard Tumblar como Ondraus el tesorero se iban acercando a través de la plaza mientras las tropas de Tamas se dispersaban para ayudar a los heridos.

Sabon meneó la cabeza ante algo que Tamas le había preguntado. Ambos se volvieron expectantes hacia Adamat.

Tamas abrió la boca para decir algo.

—Charlemund —dijo Adamat—. El archidiocel.

El rostro de Tamas se encendió de ira. Luchó contra sus emociones por un momento y luego recuperó la compostura.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó apretando los dientes.

Adamat le contó rápidamente lo de Siemone y la confesión de Teef.

—Tiene que ser Charlemund —dijo Adamat—. El sacerdote que describió Teef coincide demasiado con Siemone para que sea una coincidencia.

—¿Y no es posible que este sacerdote esté trabajando para otra persona?

—No. —Sí, por supuesto que era posible. Nunca había certeza absoluta. Pero era muy poco probable, y Adamat debía ser firme en su decisión.

El guardaespaldas de Tamas se acercó.

—Acabemos con él —dijo Olem—. Tenemos el nombre. Tenemos un testigo. No podemos dudar.

—Estoy de acuerdo —dijo Sabon. Tamas cerró los ojos—. Debe hacerse.

Adamat observó al mariscal. Se dio cuenta de que estaba asustado. Charlemund era el único miembro de la junta que tenía poder para aplastarlo por completo. Tamas podía dejarlo estar y esperar al próximo asesino, o podía atacar y arriesgarse a desatar la ira de la Iglesia. Adamat no le envidiaba tener que tomar esa decisión.

Lentamente, Tamas fue estudiando el rostro de quienes lo rodeaban. Su mirada se detuvo en el cocinero. Mihali asintió levemente con la cabeza. Allí había algo que Adamat se había perdido.

—¿Por qué vino a por ti? —le preguntó Tamas al cocinero.

Mihali dejó la mirada perdida por un momento, con una mueca en el rostro.

—Eso es algo confuso —respondió—. Julene es una Predeii. Sabe que habito un cuerpo mortal. Quizás ella les avisó. O quizás haya nuevos participantes en el conflicto.

Tamas esperó que llegaran Ricard Tumblar y Ondraus. Cuando estuvieron allí, dijo:

—Charlemund ha traicionado nuestra causa. No lo toleraré. No sé si su traición ha contado con la bendición de la Iglesia. No me importa. ¿Quién está conmigo?

—Yo —dijo Ricard dando un paso adelante.

—Yo —dijo lady Winceslav.

Prime Lektor asintió con la cabeza.

—Por supuesto —resopló Ondraus.

—Preparad los caballos y los carruajes —dijo Tamas—. Traedme todo soldado que tengamos a mano. Voy a arrestar al archidiocel.

—¿Pretendes ir tú a él? —preguntó Sabon—. ¿Por qué no convocas una reunión? Cuando venga, lo arrestaremos.

—Tenemos que obligarlo a mostrar sus cartas —dijo Tamas—. Sus espías le dirán que el ataque a Mihali ha fracasado y que él ha quedado expuesto. Si huye, confirmamos su culpabilidad. Si se queda, lo confrontamos. De cualquier manera, no lo dejaré escapar. Moveos.

—Los soldados se pusieron en movimiento y Adamat fue apartado a un lado. Tamas se detuvo junto a él, apoyando su peso sobre la muleta, y le puso una mano en el hombro—. Buen trabajo. Id a casa. Haced las maletas. —Bajó la voz—. Sacad a vuestra familia del país. Si todo va bien, vos y vuestras habilidades me seréis útiles en el futuro.

¿Estaba bromeando? Adamat le estudió la expresión del rostro. No. Hablaba en serio. Muy en serio. Tamas se alejó temblando como una marioneta al caminar, con la muleta chasqueando contra el empedrado.

Los indicios de los leones de las cavernas no hacían sino aumentar a medida que el grupo de Taniel iba acercándose a la cima. Los perros tiraban de sus arneses a pesar de las reprimendas de Rina. La mitad del tiempo querían perseguirlos. La mitad del tiempo gimoteaban y tironeaban de Rina para volver por el sendero.

Taniel sintió que sus propios nervios comenzaban a crisparse. En su mente, los leones de las cavernas estaban justo detrás de cada pequeño ascenso, de cada piedra, esperando para atacar. Los ojos desorbitados de sus compañeros le decían que ellos pensaban lo mismo. Y, sin embargo, no los estaban rastreando a ellos. Todo indicaba que las criaturas iban por delante, siguiendo en grupo a los keseños. A juzgar por las huellas, había al menos setenta criaturas, y su número aumentaba kilómetro a kilómetro.

Encontraron el primer cadáver parcialmente devorado. Lo habían arrastrado a un lado del sendero. Estaba desgarrado y mutilado, empapaba la nieve de sangre, pero era fácil darse cuenta de que era un león de las cavernas. Ka-poel se puso en cuclillas a su lado y buscó con los dedos por la nieve. Taniel la vio meter algo en su morral. Se acercó a ella.

—¿Qué lo mató? —preguntó. Ya tenía una idea bastante aproximada.

Ka-poel hizo el gesto de disparar un fusil.

Él asintió con la cabeza.

—Así que los keseños saben que los están siguiendo. Y estas criaturas se alimentan de su propia especie. ¿Cuánto falta para llegar a la cima? —preguntó cuando vio que Bo se había acercado.

—Creo que no estamos lejos —dijo Bo—. Solo en una ocasión he llegado a esta altitud. —Se volvió hacia el monje—. ¿Del?

El guía había palidecido al ver el cadáver del león. Lentamente, con las manos temblando, levantó un brazo y señaló adelante.

—Allí —atinó a decir.

Taniel le siguió la mirada hacia un saliente donde el sendero desaparecía.

—¿Tan cerca? —Taniel frunció el ceño—. ¿Dónde está la ciudad?

—Allí —repitió Del.

—Ya verás a qué se refiere —dijo Bo.

Les llevó menos de media hora alcanzar el lugar que Del había indicado. Subieron a un montículo empinado que había en el camino. Taniel se detuvo a recuperar el aliento, solo para perderlo al ver lo que tenía delante.

Estaban ubicados en el borde de un gran cráter. Debía de tener decenas de kilómetros de diámetro y cientos de metros de profundidad. Taniel se tambaleó, pero luego recuperó el equilibrio.

Había árboles allí abajo, de especies que nunca podrían haber sobrevivido a esa altitud. Rodeaban todo el borde interior y se elevaban majestuosos. Taniel casi podía estirar la mano y tocar la copa de los más cercanos. Pero estos árboles habían muerto hacía mucho tiempo. Tenían la corteza chamuscada y las ramas desnudas y retorcidas. En otra época habían sido una arboleda enorme. Ahora parecían el cementerio de un lugar maldito.

Pasando los árboles estaban las ruinas de una vasta ciudad. Buena parte del cráter estaba llena de edificios; más edificios que los que había en todo Adopest, y muchos de mayor altura. Ahora no eran mucho más que cascarones de piedra. Tenían las fachadas ennegrecidas como los árboles y ventanas sin postigos que parecían las cuencas oculares de unos cráneos de mil ojos. La escena le produjo un escalofrío a Taniel.

—La Caldera Kresim —dijo Del con la voz temblorosa.

La expresión de Bo era sombría.

—La protección de Kresimir fue desvaneciéndose a través de los siglos. El ácido y el calor del volcán mataron a los árboles y quemaron los edificios. Nada vive aquí arriba.

—Excepto los leones de las cavernas —dijo Taniel—. No sé cómo hacen.

—Algo los mantiene con vida —dijo Bo.

Taniel vio un lago en el centro de la caldera. También había parcelas de árboles, estanques y montículos vacíos que durante la Era de Kresimir habrían sido parques donde jugaban los niños. Taniel se imaginó que en otra época las aguas de la caldera habrían fluido limpias y hermosas. Desde allí arriba, se veía a las claras que el lago tenía un color marrón de podredumbre. Burbujeaba y humeaba, y desde su centro se elevaba una gran columna de vapor y humo.

A lo lejos se oyó el grito de un león de las cavernas.

—Colocad bayonetas —dijo. Detrás de él sonó el traqueteo de las armas mientras los guardias se preparaban.

Bajaron al cráter y se dispersaron.

Taniel se ubicó entre Del y Bo.

—¿Dónde está el coliseo? —preguntó.

Del no respondió. A Taniel le pareció oír un gemido proveniente del monje. Pero, claro, podrían haber sido los perros. Se habían quedado en completo silencio desde que llegaron a la caldera.

—El Pico del Sur tenía una cima propiamente dicha cuando Kresimir fue invocado —dijo Bo—. Se dice que cuando tocó el suelo, la tierra misma cayó por debajo de él; la montaña entró en erupción y vomitó hollín y ácido por el aire, lo suficiente para cubrir todo Adro. Los Predeii apenas sobrevivieron. Cuando todo se calmó, se había formado la caldera y Kresimir se encontraba en la orilla del Lago del Pico. —Señaló con el dedo hacia el centro de la caldera.

—¿Allí está el coliseo? —preguntó Taniel. Del asintió con la cabeza —. Necesitaré algún lugar desde donde poder disparar hacia el interior. Cuanto más lejos, mejor, pero necesito tener una buena vista.

Del se quedó pensando unos momentos.

—El Palacio de Kresimir. Seguidme, puedo llevaros hasta allí.

Avanzaron en silencio por lo más profundo del bosque muerto. Sus pasos resonaban en el camino empedrado, y de pronto Taniel observó que no había nieve. El suelo estaba a la vista, y hasta la maleza y los arbustos más resistentes habían muerto hacía mucho. También notó que el aire se estaba tornando más cálido. ¿Algún remanente de la protección de Kresimir sobre la Ciudad Sagrada? ¿O era el calor del centro del volcán? ¿Podrían siquiera acercarse al Lago del Pico? Quizá los ahuyentaran un calor insoportable y gases venenosos. No contaban con la protección mágica que tenían Julene y la Camarilla de Kez. Taniel miró a Bo. Cada vez tenía peor cara. No creía que fuera capaz de proteger una mosca, mucho menos a todos ellos.

Encontraron los siguientes cadáveres en el lindero del bosque, en la ladera más cercana de una pequeña colina. A medida que se acercaba, Taniel vio que aquellos no eran solo leones de las cavernas.

Entre los restos de al menos seis o siete leones, había un Guardián hecho trizas. Su mano, que había perdido toda la carne de los huesos, aún sujetaba la garganta de un león muerto. Taniel se cubrió la nariz con un pañuelo para tapar el olor. Los cadáveres no llevaban allí el tiempo suficiente para comenzar a descomponerse, pero los leones estaban pútridos, y su hedor era mucho más intenso allí arriba, donde el frío había comenzado a desaparecer y el viento no lo dispersaba.

Ka-poel siguió caminando. Se detuvo al otro lado de la colina, aún a la vista, y les hizo señas con los brazos. Taniel se alegró de dejar atrás los cadáveres.

No por mucho tiempo. Se detuvo junto a Ka-poel y tuvo que tragarse la bilis. Oyó que detrás de él alguien vomitaba su desayuno. Echó una mirada rápida; se trataba de Bo.

Hubo una violenta batalla en aquel lugar. Los Guardianes se habían defendido en el centro de un pequeño parque; probablemente

mientras Julene y los Privilegiados keseños escapaban hacia el corazón de la ciudad. Había muerto una docena de ellos, y el triple de leones de las cavernas. Sus restos yacían desparramados por el antiguo parque. Cerca de allí yacía un Guardían con un brazo levantado sobre un asiento de piedra, con las entrañas esparcidas por el suelo, frente a él. Se habían alimentado de él a toda prisa.

—Estos seres están hambrientos —dijo Rina. Los perros se acurrucaban a sus pies, poco dispuestos a alejarse de su ama—. Corren como si estuvieran cazando, como si tuvieran un propósito de atacar y matar, pero cuando hay una muerte, se detienen para comer. Están famélicos.

Taniel tragó saliva.

—¿Están hambrientos? ¿Es por eso por lo que persiguen a los keseños? —Eso era algo mucho más sencillo de digerir, aunque no menos peligroso, que la idea de que a los leones los guiaba alguna fuerza o inteligencia sobrenatural.

Rina se encogió de hombros.

—Es posible. Pero los leones de las cavernas no cazan en manada, ni siquiera en las peores circunstancias. Son criaturas solitarias.

—¿Cómo puede haber tantos en la montaña? —preguntó Bo—. Aquí no hay nada que comer. Nunca he oído hablar de que hubiera más de uno o dos en toda la ladera de una montaña.

Nadie parecía tener respuesta.

Taniel examinó sus pistolas y su fusil para asegurarse de que estuvieran cargados, luego aspiró un poco de pólvora. Le temblaban las manos. Su cuerpo le exigía que tomara más. La necesitaría. Resistió el impulso. Si se echaba mucho más, quedaría ciego de pólvora; pero, claro, sin la fuerza extra quedaría muerto. Aspiró un poco más.

El reguero de violencia y muerte los llevó por el parque hasta un bulevar que parecía llegar hasta el centro de la ciudad. En el camino había sangre y trozos de carne de Guardián y de león de las cavernas, arrastrados por los leones en plena persecución de los Privilegiados keseños.

Mientras se adentraban en la ciudad, Taniel mantuvo la vista en los edificios. No se oía ruido procedente de ninguno de ellos, aunque debería haberles llegado el aullido del viento o el movimiento de animales pequeños. Nada. La ciudad estaba completamente muerta, incluso los elementos, y a Taniel le helaba el alma.

Una mano se le apoyó en el hombro, y Taniel se volvió fusil en mano y casi destripó a Del con la bayoneta. Taniel trató de calmarse; el corazón iba a salírsele del pecho.

—Disculpad —le dijo.

—El palacio queda hacia allá —dijo Del. Señaló con el dedo hacia el corazón de la ciudad.

Cambiaron de rumbo siguiendo las indicaciones del joven monje. Taniel, aunque la ciudad lo aterrorizaba, se alegró de apartarse del camino que habían seguido los leones y los Privilegiados. Encontraría el Palacio de Kresimir e iría eliminando a los Privilegiados desde una distancia segura, y no tendrían suficiente poder para invocar a Kresimir.

Durante todo el camino de regreso hasta su hogar, Adamat oyó rumores acerca de la masacre de la Plaza de las Elecciones. Casi todo el tráfico se alejaba de la plaza. El rumor estaba circulando con rapidez y había señales de la Cuerda por doquier; la gente se salvaguardaba de la mala suerte y los malos presagios. Una masacre durante el Festival de San Adom era algo bastante malo, y la mayoría prefería quedarse en casa.

Adamat esperaba poder contratar inmediatamente un carruaje que lo llevara a Offendale. Buscaría a su familia y saldría del país, y entonces…

—¡SouSmith! —llamó mientras colgaba su chaqueta en el perchero. Se detuvo. Había tres chaquetas de más colgadas. Cerró los ojos. “Otra vez, no”—. ¿No puedes dejarme en...? —Adamat entró en la sala de estar y se quedó helado.

Lord Vetas y sus dos matones estaban de pie al fondo de la habitación. Astrit estaba entre ellos, con las delgadas manos de lord Vetas apoyadas en sus hombros. Parecía una mosquita indefensa atrapada en una telaraña. Ver a su hija pequeña casi le paró el corazón a Adamat. Una cosa era *saber* que ella estaba en peligro: verla allí en las garras de lord Vetas era algo completamente distinto.

SouSmith estaba sentado en el sofá. Había regresado de inmediato después de la visita a los Barberos. Tenía el rostro pálido y sudoroso. Respiraba con dificultad y se apretaba la herida con una mano.

—Lo siento —dijo SouSmith en voz baja—. Ya estaban aquí.

—SouSmith me ha contado vuestra visita a los Barberos —dijo lord Vetas. No había emoción en su voz, ni una pizca de compasión o pena —. Sobrevivisteis a tres asesinos. Bravo.

—Soltadla —dijo Adamat cansado. De pronto, la presión de los dos días anteriores se le acumuló de manera horrible. Lo único que quería era dejarse caer en su silla favorita y dormir el resto del día. Parecía que eso ya no era una opción.

—Ponedme al tanto —dijo Lord Vetas—. ¿Cómo está Teef?

—Pudriéndose en Diente Negro —le espetó Adamat—. ¿Cómo está lord Claremonte? —La expresión de sorpresa desapareció tan rápido del rostro de lord Vetas que quizá no hubiera estado allí en absoluto —. Astrit, ¿estás bien? —preguntó en voz baja.

La pequeña asintió con la cabeza. Tenía el rostro manchado de

tierra y el vestido arrugado por haber dormido con el, pero parecía ilesa.

—Estoy bien, papá —le respondió.

—¿Tienes miedo?

Ella aprestó los dientes y negó con la cabeza.

—Esa es mi niña. ¿Te han hecho daño?

Volvió a menear la cabeza.

—¿Por qué está Teef en Diente Negro? —preguntó lord Vetas.

—Porque había hecho un trato con Tamas. Lo quebrantó al intentar matarme.

Lord Vetas frunció el ceño.

—¿Por qué no me dijisteis que él y Tamas habían hecho un trato?

—Porque no lo sabía.

—¿En serio? —Lord Vetas apretó los hombros de Astrit. Ella trató de soltarse, pero él la sostuvo con firmeza.

—Sí, maldición. No lo sabía, lo juro.

Lord Vetas aflojó la mano.

—Confío en que habréis descubierto al traidor. Tamas se dirige a arrestar a Ricard Tumblar, ¿verdad?

Lord Vetas no tenía grandes motivos para pensar que el traidor era Ricard, salvo que hubiera estado ayudando a incriminarlo desde el principio.

—¿Qué intereses tiene lord Claremonte en todo esto? —preguntó Adamat—. ¿Por qué le interesa la política de aquí? Ni siquiera es adrano.

—Los intereses de lord Claremonte son los de la Sociedad Mercantil Brudania-Gurla —respondió lord Vetas—, que dependen de los éxitos de los Nueve.

—¿Cuál es su posición?

—Neutral —dijo lord Vetas—. Un empujón aquí. Un poco de presión allá. Eso es todo lo que vos necesitáis saber. Bien, ¿cuándo arrestará Tamas a Ricard Tumblar?

—Nunca.

—¿Por qué no?

—Está yendo a arrestar a Charlemund, el verdadero traidor.

Lord Vetas retorció los hombros de Astrit con crueldad, ella lanzó un grito de dolor.

—Todas las pruebas apuntan a Ricard —dijo Vetas—. ¿Qué os hace pensar que es Charlemund?

—Se mencionó su nombre frente al mago de la pólvora de Tamas. ¿Qué podría haber hecho yo? —Adamat avanzó un paso.

—¡Atrás! —gritó lord Vetas. Sus matones se pusieron alerta y le lanzaron a Adamat una mirada amenazadora.

—Hacedle daño y seréis hombre muerto.

—Junto con el resto de vuestra familia —dijo lord Vetas.

—Vetas —dijo Adamat—. Juro en nombre de los Nueve que si hacéis daño a mi hija os destruiré a vos y a vuestra casa. Abatiré a lord Claremonte como si fuera un perro callejero al que se me antojara matar a patadas. —Adamat sintió que algo frío se le movía en las entrañas.

Lord Vetas inhaló bruscamente. Aflojó las manos de los hombros de Astrit, y la niña se soltó. Adamat la atrapó con una mano y la colocó detrás de él.

El paleador de carbón extrajo un cuchillo; el otro, una pistola. Lord Vetas los hizo detenerse con un gesto de advertencia.

—Esto aún puede solucionarse. Vos sois demasiado valioso para perderos, Adamat. No os mataremos… aún. ¿Cuándo tendrá lugar el arresto?

—En cuanto Tamas reúna a sus hombres. —¿Vetas tenía la intención de advertir a Charlemund?

—¿Dónde?

—En su casa.

—Más os vale estar diciendo la verdad —dijo lord Vetas—. Kale. —El paleador volvió la cabeza—. Ve a la casa. Avisa al archidiocel. Dile que te envía el Demente. Si el duque sigue allí, deberían ser capaces de tenderle una trampa a Tamas sin mayor dificultad.

El paleador asintió con la cabeza. Le lanzó una mirada de advertencia a Adamat, le dio un empujón para poder pasar y salió corriendo por la puerta de entrada.

—¿Por qué trabaja Claremonte con el archidiocel? —preguntó Adamat—. Y si es así, ¿por qué intentó matarme Charlemund? Se supone que yo también estoy trabajando para Claremonte.

Vetas lo miró con frialdad.

—Una mano no sabe qué es lo que hace la otra; semejante estrategia tiene su precio, que a vos casi os ha tocado pagar. La tarea de Charlemund era simplemente matar al dios impostor, Mihali. Se entusiasmó demasiado. Y habéis de saber una cosa: Charlemund no es nada más que una mano. Claremonte usa a la gente como él para sus propios fines.

—Nadie usa a un archidiocel.

—Claremonte sí.

—¿Con qué fin?

—Eso está más allá de vuestra comprensión —dijo lord Vetas—. Me habéis decepcionado, Adamat. La niña iba a ser una muestra de buena voluntad, un presente para vos por obedecer. Pero ahora creo que regresará conmigo. Tengo hombres que disfrutan con ese tipo de cosas. —Dio un paso adelante y le hizo un gesto al hombre de la pistola.

Adamat apretó los puños.

—¡Está bien! —dijo. Lord Vetas se detuvo—. No van a arrestarlo en la casa. Está en la catedral, oficiando la oración de la tarde. Por favor, dejad a mi hija aquí.

A lord Vetas se le encendieron los ojos.

—¿Me habéis mentido?

—¡Esa es la verdad, lo juro!

—¡Abismos! Tú —le hizo un gesto al matón— quédate aquí. Si tratan de irse, mata a Adamat, y luego al boxeador y a la niña.

Lord Vetas salió de la habitación golpeando con el hombro a Adamat al pasar. Adamat gruñó. Lord Vetas llegó a la calle y echó a correr con los faldones de la chaqueta flameando detrás de él. Adamat lo observó desde la ventana hasta que se perdió de vista. Lanzó una larga bocanada de aire.

—¿Estás bien, papá? —preguntó Astrit.

—Sí. Me alegro mucho de que estés a salvo. ¿Cómo está tu madre?

—Preocupada. Gritó cuando me llevaron.

—¿Le hicieron daño? Y tu hermano, ¿él está bien?

—A Josep le cortaron el dedo. Ni siquiera se quejó.

—Es un muchacho muy valiente.

—¿Qué sucederá ahora, papá?

—No lo sé. —Adamat no podía seguir estando allí cuando Vetas regresara. Significaría la muerte para todos. Por lo que se veía, SouSmith apenas podía caminar, y Astrit era solo una niña, pero Adamat debía advertir a Tamas—. Quédate aquí —le susurró a Astrit.

—¡Eh! —dijo el matón al ver que Adamat se dirigía al otro lado de la habitación.

Él se detuvo y levantó las manos. El matón apuntó con la pistola alternativamente hacia SouSmith y hacia Adamat. SouSmith tenía los ojos cerrados y las manos sobre la herida. Respiraba superficialmente. Estimando que SouSmith supondría una amenaza menor, el matón se decidió por apuntar a Adamat.

—Solo quiero un trago —le dijo Adamat. El otro entrecerró los ojos —. Por favor—. Adamat levantó las manos para mostrarle que estaban temblando.

—Bien —dijo el matón—. Os estaré vigilando para asegurarme de que no tenéis un arma ahí dentro.

—¿Qué? —preguntó Adamat—. ¿Una pistola cargada en el gabinete de licores? Estás loco. Si crees que voy a sacar un cuchillo, ponte ahí. —Señaló el sofá.

El matón se apartó de Adamat hasta quedar cerca del sofá.

—Os estoy vigilando.

“Bien”. Adamat extrajo una botella del gabinete.

—¿Vino?

El matón meneó la cabeza.

Adamat descorchó la botella, se tomó unos momentos para desenroscar el corcho del sacacorchos y lo dejó en un estante. Sirvió dos copas. El cuello de la botella golpeteaba contra el borde de las copas a causa del temblor de sus manos. Se acercó al matón.

—¿Estás seguro de que no quieres un poco?

—Dejaré que vos bebáis primero —dijo el otro—. Conozco todos los trucos.

—No hay trucos —dijo Adamat meneando la cabeza—. ¿Me crees capaz de envenenar una botella de vino de doscientos kranas? Además, el veneno no es lo suficientemente rápido. De todas formas tendrías tiempo de dispararme antes de morir. ¿SouSmith?, ¿vino? —El boxeador asintió levemente con la cabeza—. Disculpa —le dijo al matón levantando las copas para mostrarle que no tenía intenciones de hacerle daño al pasar a su lado.

Dejó caer ambas copas al mismo tiempo. Una mano desvió la pistola, la otra apuñaló al matón en el cuello con el sacacorchos. La pistola se disparó, y dejó sordo a Adamat. El cristal de una ventana estalló y Astrit lanzó un grito. Adamat luchó con el matón con una mano y empujó con la otra. Ambos cayeron sobre SouSmith.

El boxeador lanzó un gruñido. Pasó su enorme antebrazo por encima de la cabeza del matón y lo inmovilizó. Adamat permaneció sobre él hasta un rato después de que hubo dejado de luchar. Lo agarró de las solapas de su chaqueta, se quitó de encima a SouSmith y lo dejó caer al suelo. El boxeador gimió, retorciéndose sobre el sofá.

—Podrías haberme advertido —dijo, tanteándose la herida—. Estoy sangrando de nuevo.

—No seas niño —respondió Adamat. Se aseguró de que el matón estuviera muerto y levantó la mirada. Astrit lo observaba todo desde el corredor—. Ve a tu habitación —le dijo.

Astrit se quedó allí, temblando.

Adamat se puso de pie, se quitó la chaqueta ensangrentada y la arrojó al suelo. Levantó a Astrit en brazos.

—Lamento que hayas tenido que ver eso. ¿Estás bien?

—Sí, papá. —Le temblaba la voz.

—Buena niña. Necesito que seas fuerte, mi amor. Necesito que vayas con SouSmith. Tienes que ocultarte con él.

SouSmith se levantó del sofá lentamente, con una mueca de dolor.

—No soy niñera —dijo—. ¿Adónde vas?

—Tengo que ir a avisar a Tamas.

—Y una mierda —gruñó SouSmith—. Iré yo… —Se tropezó y consiguió frenarse con el brazo del sofá.

—Llévate a Astrit —dijo Adamat. Llevó a la pequeña hasta donde estaba SouSmith y colocó su manita en la de él—. Ocúltate. Protégela.

Por favor—. Respiró hondo—. Pronto sabrás si he fallado. Solo… mantenla bien lejos de lord Vetas. —SouSmith se quedó mirándolo un momento, luego asintió levemente con la cabeza—. Gracias, amigo mío.

—No me pagas lo suficiente —gruñó SouSmith.

—Se contarán historias sobre tu sacrificio —dijo Adamat. Fue a su despacho y abrió un baúl grande y corriente que había en el rincón. Extrajo su espada corta de su funda y examinó la hoja y la empuñadura. La espada no era gran cosa; se la había otorgado el ejército, antes de que él se convirtiera en inspector. No tenía adornos y contaba con una guarda ovalada por encima de la empuñadura. Estaba en buenas condiciones. Adamat oyó pasos detrás de él—. No la he tocado durante una década. Parece estar en buen estado.

—Más te vale —dijo SouSmith. Adamat se volvió. SouSmith le ofreció una pistola, junto con munición extra y algunas cargas—. Buena suerte.

Se dieron la mano, y Adamat salió de la casa.

Capítulo 38

—¿Cómo vais a explicarle esto a la Iglesia? —preguntó Olem.

—Muy fácil —dijo Tamas con una convicción que no sentía—. A la Iglesia no le gusta que se la manipule, al igual que a nosotros. Charlemund nos dará lo que necesitemos para que lo expulsen. Ese sujeto es nada más que pura pompa y bravatas. No soportará más que unas pocas horas con nuestros interrogadores.

El carruaje se tambaleaba con fuerza mientras se acercaban a los viñedos de Charlemund. Tamas miró a Olem. Se trataba de un soldado hecho y derecho. Cumpliría las órdenes de Tamas. Sin embargo, no era ningún idiota. Quería asegurarse de no estar avanzando a ciegas hacia su propia muerte.

—¿Torturar a un archidiocel? —preguntó Olem. Terminó de limpiar y cargar la pistola de cañón largo de Tamas. Este dio gracias de que el otro no fumara cerca de la pólvora. Olem le entregó el arma y comenzó a trabajar en la suya—. ¿De verdad pensáis que nos dirá lo que necesitamos saber?

—Sí —dijo Tamas, con la esperanza de parecer lo suficientemente seguro. Arrestar al archidiocel era tan arriesgado que era casi una locura. Si Adamat no llegaba a reunir suficientes pruebas, si la Iglesia decidía ignorarlas, o maldita sea, si a la Iglesia no le importaba, el mundo de Tamas se desmoronaría todo a su alrededor. Nadie, ni siquiera el enorme ejército de espías y asesinos keseños, podía destruir una vida tan concienzudamente como la Iglesia.

De pronto el carruaje se detuvo. Tamas miró por la ventana. Un dragón pasó cabalgando, luego otro. Sabon apareció en la ventana del carruaje.

—Hemos tomado el puesto de guardia de la entrada. No hay señales de movimiento dentro de la casa.

—Muy bien —dijo Tamas. Se llevó la pistola a la frente y le hizo un saludo a Sabon con el cañón—. Entremos.

El carruaje cruzó la entrada principal de la casa. Entre dos soldados

de Tamas, había un par de guardias que llevaban el jubón púrpura y dorado de la Iglesia; tenían las manos sobre la cabeza y miraban con furia los vehículos que pasaban.

—Espero que tengáis el sentido común de dejarnos ir primero, señor —dijo Olem.

—¿Y perderme la expresión de Charlemund cuando le digas de qué se lo acusa? Por el abismo, no. Entraré por esa puerta con el resto de vosotros aunque tenga que ir arrastrando el culo por el suelo.

—Es posible que se resista —dijo Olem.

Tamas pasó un dedo por la pistola.

—Eso espero.

—¿Estáis dispuesto a correr el riesgo de que sus guardaespaldas tengan fusiles de aire? —dijo Olem—. Solo necesita uno.

—Me echas a perder la diversión, Olem. Realmente me la echas a perder.

El carruaje volvió a detenerse después de unos minutos. Sabon abrió la puerta del vehículo.

—La casa y los jardines están rodeados. Nuestros hombres han inspeccionado la capilla y la mayoría de los edificios de la zona. Su carruaje está aparcado en la cochera. Lo más probable es que esté aquí dentro.

Sabon no parecía contento.

—¿Y? —dijo Tamas.

—No hay señales de obreros por ninguna parte. Hace buen día. Deberían estar en los viñedos trabajando los campos, ejercitando los caballos. Esto parece un pueblo fantasma. Yo...

Las siguientes palabras de Sabon fueron interrumpidas por una bala que le entró por la sien derecha. El deliví cayó sin hacer ruido, salpicando sangre por el interior del carruaje.

A los chasquidos de los fusiles de aire los siguieron los gritos de los soldados emboscados. Una bala atravesó la pared del carruaje por encima de la cabeza de Tamas. Un caballo lanzó un alarido. Tamas se movió hacia la puerta.

—Ah no, señor —dijo Olem, agarrándolo de la casaca.

Tamas empujó a Olem y se inclinó sobre el borde del carruaje. Sabon yacía en el lodo, con los ojos muertos y fijos en el cielo.

—A la mierda —dijo Tamas. Se asomó por la puerta y analizó la vivienda en un segundo. La vio extendida frente a sus ojos. La fachada de estuco blanqueado estaba inmaculada, y los ventanales altos y estrechos y los gruesos ladrillos al estilo antiguo daban la ventaja a los defensores. Había al menos cincuenta ventanas en la fachada principal. Los fusiles de aire podrían haber estado disparando desde cualquiera de ellas… o de todas. Tamas distinguió el cañón de un fusil de aire y disparó su arma hacia esa ventana. Volvió a ocultarse, el

ruido de los impactos y de los rebotes de balas sonaba demasiado fuerte para su gusto. Comenzó a recargar—. ¿Qué diablos... —Olem saltó del carruaje. Se volvió, aferró a Tamas de la casaca, se lo calzó en el hombro y corrió hacia los viñedos—. ¡Al abismo contigo! —dijo Tamas. El soldado lo arrojó al suelo y él sintió un dolor que le atravesaba la pierna. Gruñó. Olem se dejó caer junto a él jadeando intensamente, fusil en mano. Estaban en una zanja, las botas de Tamas chapoteaban en el lodo. Tamas extrajo una carga de pólvora del bolsillo, rompió el envoltorio y se vació el contenido en la boca. Mordió la pólvora con furia, ignorando el gusto a azufre y el dolor de los dientes—. ¿Qué ha sido eso? —le gritó a Olem.

Olem echó un vistazo por encima del borde de la zanja.

—El carruaje ha recibido siete u ocho impactos desde que lo dejamos. —Tamas no respondió. El trance de pólvora estaba llegando rápido. El mundo giró por un momento y él se agarró a la hierba para evitar caerse. Los sentidos se le acomodaron. Comenzó a oír disparos de fusil de sus hombres, que comenzaban a devolver el fuego. Tras los estampidos siguió el olor a pólvora negra. Tamas lo aspiró e intensificó su trance, y obligó al dolor de su pierna a disminuir—. Tienen más que unos pocos fusiles de aire —dijo Olem. Lanzó una mirada furtiva por encima del borde de la zanja, luego levantó el fusil, apuntó y disparó. —Al menos veinte. Probablemente sean más —dijo volviendo a bajar la cabeza—. Y Guardianes.

—¿Estás seguro?

—Acabo de ver a una bestia horrible en la ventana.

Tamas terminó de recargar su pistola. El dolor de la pierna había comenzado a retroceder hacia el fondo de su mente.

—Guardianes. Odio a los Guardianes. —Miró por encima del montículo. La fachada de la mansión parecía normal, pero las ventanas estaban abiertas y asomaban cañones de fusil. En el interior distinguió las formas grotescas de los Guardianes, apuntando con sus fusiles, y los vivos colores de los guardaespaldas de Charlemund. Disparó la pistola y quemó media carga de pólvora para desviar la bala hacia donde él quería. Uno de los fusiles cayó hacia dentro—. ¿Quién les ha avisado? —gritó Tamas—. Hay un espía entre mis propios hombres. ¡Entre mi élite!

—Nuestra preocupación principal debería ser si hemos traído suficientes hombres—respondió Olem—. Tenemos menos de cien. Si él cuenta con varios Guardianes junto a su propio cuerpo de guardaespaldas, podríamos estar en problemas.

De pronto, Vlora se arrojó a su lado.

—Señor —dijo—. Debemos retroceder. Estamos sufriendo muchas bajas. He perdido a dos hombres de mi carruaje tan solo al tratar de ponernos a cubierto.

—Maldita sea —dijo Tamas. No tenían suficientes hombres para capturar a Charlemund. Pero si retrocedían, desaparecería en menos de una hora. No había forma de que pudieran regresar a tiempo con más soldados—. Lo retendremos. No puede salir. Ellos no saben si contamos con cien hombres o con mil. Vlora, quiero que salgas de aquí. Vuelve a la guarnición. No, ve a la mansión de lady Winceslav. Está más cerca. Quiero dos mil hombres de las Alas de Adom aquí dentro de una hora.

—Señor, enviaré a alguien a buscarlos.

—No, ve tú. —Tamas cerró los ojos con fuerza y volvió a ver a Sabon recibiendo el balazo en la cabeza. No iba a perder otro amigo ese día. Le dio una palmada en el hombro—. Es una orden, soldado. ¡Ve!

Vlora se alejó a la carrera. Tamas se arriesgó a echar otra mirada a la mansión.

Uno de los carruajes había quedado volcado después de que un caballo herido de pronto saliera al galope. El animal había logrado liberarse. Detrás del vehículo había cuatro soldados acurrucados, recargando con desesperación.

—Ese no es un buen lugar para ellos —dijo Tamas—. Necesitamos conseguir algo de fuego de apoyo, para que puedan retroceder hacia a una zanja o al viñedo.

Apenas había terminado la frase cuando un hechizo atravesó el carruaje volcado. Tamas se volvió, cegado por el destello, mientras los hombres lanzaban alaridos. El vehículo quedó dividido en dos partes, arrojadas a cada lado como si las hubiera descartado la mano de un dios. Los soldados fueron despedazados, arrojados por el aire como cintas. Uno aterrizó cerca de la zanja de Tamas.

El mariscal soltó la pistola y salió de la zanja.

—¡Señor!

Con el trance de pólvora recorriéndole las venas, Tamas apenas notó el golpeteo de sus rodillas contra el empedrado. En solo un segundo llegó junto al soldado, arrastrándose con los brazos, y lo aferró por la pierna. Por encima de su cabeza retumbó un disparo de fusil. Olem estaba de pie junto a él, con los dientes apretados, ofreciéndose a sí mismo como un mejor blanco para atraer el fuego enemigo. Se agachó, agarró a Tamas por la espalda de la casaca y tiró de él y del soldado hasta que estuvieron en la zanja.

—¡¿Qué diablos, señor?! —dijo Olem—. ¿Pretendéis morir?

—¿Cómo está él? —Tamas ahora pudo ver que al soldado lo había atravesado el hechizo. Tenía el pecho hecho un desastre. Era imposible distinguir dónde terminaba la carne y dónde comenzaba el uniforme ensangrentado. Olem acercó el oído a la boca del desdichado y meneó la cabeza.

Surgió otro hechizo. Se oyeron alaridos en el viñedo, donde varios soldados habían encontrado un lugar donde esconderse. Tamas apretó los dientes.

—Tiene que ser Nikslaus —dijo. Recargó la pistola y echó una mirada fuera de la zanja—. ¿Dónde estás, arrogante hijo de puta? —Abrió el tercer ojo, resistió furioso el mareo y escudriñó la casa—. Allí. —Un racimo de manchas de colores vivos indicaba que el hechicero se ocultaba en una habitación cercana a la puerta de entrada. Estaba en cuclillas, muy por debajo de un ventanal. Tamas apretó los dientes. El ladrillo detendría las balas. Pero no detendría un rebote. Apoyó el dedo sobre el gatillo, y en ese momento vio un destello de luz—. Espejos —dijo—. Maldición. Está usando espejos. Está dentro de una caja de hechicero.

—¿Una qué? —preguntó Olem.

—Es una caja blindada. Pones a un hechicero dentro, con una mirilla y un buen juego de espejos para que vea dónde apuntar, y podrá destrozar ejércitos sin que pueda alcanzarlo la bala de un mago de la pólvora. Dentro de ella hace mucho calor y resulta claustrofóbica, pero te mantiene con vida en un enfrentamiento. Charlemund estaba listo para esto.

—¿No podéis dispararle al espejo?

Tamas ya estaba apuntando.

—Tendrá de más —dijo. El fusil corcoveó en sus manos y la bala destrozó el espejo—. Pero puede darnos algo de tiempo.

—Señor —dijo Olem tirándole de la casaca—. Han dejado de disparar.

El sonido de los fusiles de pólvora de sus propios soldados era escaso y espaciado entre disparo y disparo, mientras que los chasquidos de los fusiles de aire se habían interrumpido por completo. Suspiró tembloroso. ¿Cuántos hombres había perdido ya?

—¡Tamas! —gritó una voz desde la casa.

—Puede que esté intentando ubicar vuestra posición, señor —dijo Olem.

—¡Tamas, tenemos que hablar!

—De tu ejecución —murmuró Tamas.

—Señor. —La voz de Olem cargaba con una advertencia—. Cuidado. No nos quedan muchos hombres. Quizá nos convenga averiguar qué quiere.

—¡Tamas! —gritó Charlemund—. Tengo Guardianes y un hechicero. ¡Haremos trizas a vuestros hombres antes de que tengáis la posibilidad de retroceder!

Tamas tomó aire, tratando de apaciguar su furia. El cuerpo de Sabon se mofaba de él desde el camino empedrado.

—Escucharé lo que tenga que decir.

Cuando Tamas intentó incorporarse, Olem le apoyó una mano en el hombro.

—Permitidme a mí, señor. —Se movió unos metros por la zanja arrastrándose sobre el estómago—. ¡No disparéis! —gritó. Se puso de pie.

—¿Dónde está tu jefe? —dijo Charlemund.

—¿Qué es lo que queréis? —demandó Olem.

Hubo una pausa.

—Hablar. Debemos poder alcanzar alguna clase de acuerdo. Tamas, me reuniré con vos bajo bandera de tregua.

—¿Por qué debería fiarse de vos? —dijo Olem.

—¿Osas cuestionarme, muchacho? —rugió el archidiocel. Olem, desafiante, clavó la mirada en la mansión—. Juro por las santas vestiduras que no se le causará ningún daño dentro de mi casa.

—Salid aquí fuera y hablad —dijo Olem.

—¿Y a cambio recibir un balazo? Conozco demasiado bien a Tamas. Soy un hombre de la Cuerda.

A Tamas le entraron ganas de colgarlo de esa cuerda. Le hizo señas a Olem. Olem volvió a ocultarse y regresó arrastrándose hasta él.

—Es un suicidio, señor —le dijo—. No me fio de él.

—No tenemos suficientes hombres para derrotarlo —dijo Tamas—. Con Nikslaus ahí dentro, puede destrozarnos. No podemos acertarle un balazo al hechicero.

—¿Y qué podéis hacer?

—Enviar a buscar más hombres. Al resto de mi camarilla. Si puedo mantenerlo hablando hasta que lleguen Andriya, Vidaslav y Vlora…

—Los refuerzos tardarán horas en llegar —dijo Olem.

—No importa… —Tamas observó la casa. Aún no había señales de Charlemund. La presencia de los Guardianes y de un Privilegiado keseño era suficiente para saber que no se trataba de un error. Charlemund era el traidor. ¿Intentaría zafarse del embrollo en que se había metido con solo hablar? ¿O solo le interesaba usar a Tamas de escudo? Había jurado por la Cuerda. ¿Cuánto significaba eso para un hombre como él? —Da la orden para que vengan refuerzos —dijo Tamas.

Olem se alejó hacia un grupo de soldados que había cerca. Regresó a los pocos momentos.

—Hecho.

—¡Tamas! —gritó Charlemund—. No pienso esperar todo el día. ¿Seguimos disparando o me permitiréis dar explicaciones? ¡Sed razonable!

—Razonable —dijo Tamas con furia—. Este cabrón me traiciona y me pide que sea razonable. ¿Qué irá a decirme? ¿Qué intentaba llegar a un acuerdo con Kez para salvar a Adro?

—Dirá lo que sea, señor —dijo Olem—. No os fiéis de ningún hombre que se rodee de mujeres hermosas. Sobre todo si es un sacerdote.

—Sabias palabras.

—Vais a ir de todos modos, ¿verdad? —dijo Olem.

—Sí.

—Os acompaño. —Tamas abrió la boca para decir algo—. Metéoslo por el culo, señor. Os acompaño. —Olem se puso de pie. Le hizo un gesto a un soldado cercano—. No permitáis que se vayan de aquí. Incluso si tienen al mariscal de campo. Disparad a matar.

El Palacio de Kresimir era inmenso. Taniel nunca había visto nada igual, ni en Adopest ni en Kez ni en Fatrasta. Se podía mirar a lo largo de la calle sin llegar a ver dónde terminaba. A diferencia de los otros edificios de Kresim Kurga, sus paredes no se habían ennegrecido por el hollín. Eran de roca volcánica, como si la montaña hubiera escupido la estructura en una sola pieza gigante y la hubiera dejado enfriar, los muros estaban tan pulidos que Taniel se veía reflejado en ellos. No había ni una rajadura, ni una marca de herramienta.

—Es un complejo —explicó Del mientras buscaban una entrada—. El hogar terrenal de Kresimir. Él y los Predeii vivieron aquí durante décadas.

—Sí —dijo Bo tanteando la enorme pared—. Recuerdo haber leído algo acerca de este lugar. Pero ¿cómo entramos? ¿Mediante hechicería?

—Hay una entrada —dijo Del.

—¡Leones!

El aviso llegó desde la retaguardia del pequeño grupo. Del comenzó a temblar de nuevo y se pegó al muro. Taniel lo agarró y lo empujó hacia delante.

—¡Vamos! ¡Corred! —ordenó. Vio al primero emerger de la calle que habían dejado hacía tan solo un rato. La bestia dobló la esquina a toda velocidad golpeteando el empedrado con las patas traseras y tratando de asirse a los adoquines con las garras delanteras. Tenía el triple de tamaño que un perro y los dientes afilados. Tenía sangre en las fauces.

El grupo huyó despavorido, buscando una entrada al edificio.

—¿Ya se han aburrido de perseguir a Julene? —le dijo Taniel a Bo mientras corrían.

—O ella los ahuyentó —dijo Bo jadeando. Estaba agitado. Taniel lo tomó del hombro y lo obligó a seguir avanzando. Aparecieron más leones detrás del primero. Eran seis en total.

—¡Pole! ¡Si tienes algún truco listo para estas bestias, úsalo! —dijo Taniel.

Ka-poel aceleró y tomó algo de distancia del grupo, luego se detuvo. Extrajo varios muñecos de su morral. No tenían forma humana como antes. Parecían animales; leones de las cavernas. Cogió dos por las patas y los estampó contra el edificio volcánico.

Uno de los leones aulló. Se resbaló y cayó al suelo agarrándose la cabeza con las patas. Ka-poel dejó caer uno de los muñecos y le dio un pisotón. El león caído hizo erupción y su cuerpo expulsó un chorro de sangre, como aplastado por una mano invisible.

Ka-poel devolvió el otro muñeco al morral.

Los leones cayeron sobre su compañero aplastado. Rasgaron con dientes y garras. Uno de ellos arrancó un bocado de carne y comenzó a correr de nuevo dejando un reguero de sangre mientras avanzaba hacia Taniel y los guardias.

—¡Espera, harás mucho ruido! —dijo Taniel.

Demasiado tarde. Fesnik había apretado el gatillo. La bala rebotó contra la cabeza del león, lo que lo hizo detenerse a causa de la sorpresa. El sonido de la explosión resonó por los edificios e interrumpió el largo silencio. Una nube de humo se elevó por encima de Fesnik. Los otros leones dejaron de comer y miraron en dirección a ellos. Taniel tragó saliva. Allí quedaba el factor sorpresa.

En el silencio que siguió al disparo, resonó en el aire un pitido grave. Taniel miró a su alrededor buscando el origen de aquel sonido.

Rina se había llevado una flauta de hueso a la boca. El pitido se elevó y luego se interrumpió; los perros irguieron las orejas.

—Id —dijo ella.

Con los arneses sueltos, los tres perros echaron a correr hacia los leones. Los leones apenas parecieron percatarse, habían vuelto a desgarrar la carne de uno de los suyos. Uno lanzó un alarido de sorpresa cuando Kresim lo embistió de costado. Los mastines no perdieron tiempo. Atacaron a la garganta, y el grupo de leones y perros se convirtió en un remolino furioso de pelaje.

A pesar de las garras y del tamaño de los leones, los perros los habían pillado por sorpresa. Aprovecharon su ventaja y despacharon a tres de los leones más rápido que lo que Taniel hubiera creído posible. Atacaron en grupo a los otros dos mientras por la esquina aparecían más leones.

—¡Corred! —gritó Taniel.

—Aquí. —Bo estaba un poco más adelante. Gesticulaba frenéticamente. Lo alcanzaron en un momento y se encontraron con una puerta tallada en el muro macizo del edificio. Dos hombres tuvieron que empujar para poder abrirla, luchando contra el peso de la propia piedra y los incontables años de desuso.

Cuando entró la última persona, cerraron la puerta detrás de ellos. No había pestillo ni cerradura en el interior.

—¿Dónde está Rina? —preguntó Bo.

Abrieron la puerta. Rina seguía en la calle, pistola en mano. Le temblaba todo el cuerpo al ver a los leones saltando sobre sus perros.

—¡Vamos! —gritó Taniel.

—No pienso abandonarlos —susurró. Ellos la oyeron con toda claridad.

Bo salió. Levantó una mano y movió un dedo, como si estuviera golpeando un cristal.

Un vendaval repentino sopló a lo largo de la calle. Rina se sujetó el sombrero antes de que se le fuera volando. Los animales se separaron, tenían los flancos cubiertos de sangre. Milagrosamente, los tres perros seguían con vida. Cada bestia estudió a Bo con cautela. El viento se arremolinaba a su alrededor y los empujaba. Los perros dieron vueltas en el aire y dejaron atrás a los leones. Chocaron contra Rina y la levantaron del suelo. Bo retrocedió y volvió a meterse en la entrada. Los perros y la mujer lo siguieron de cerca. La puerta se cerró de golpe y el grupo quedó a oscuras.

Algo golpeó contra la puerta. Taniel apoyó la espalda. Los demás se sumaron a él. Desde fuera les llegaron los rugidos apagados de los leones. Alguien encendió una cerilla.

Bo yacía en el suelo con Rina y los perros. Uno de los animales gimió. Bo y Rina estaban inconscientes; o muertos, hasta donde Taniel sabía. Observó a sus compañeros a la luz de la cerilla. Tenían el rostro empapado de sudor, marcado por el miedo, recubierto de... ¿Qué? ¿Ceniza? ¿De dónde había salido? Taniel miró el suelo. Había ceniza, antiquísima; una capa de unos treinta o cuarenta centímetros. En algún momento, un incendio habría arrasado el edificio y destruido todo lo que había en su interior. Solo permanecía el caparazón. Taniel miró a sus compañeros. Habían recorrido todo ese camino… ¿Para qué? ¿Para que unos leones de las cavernas los cazaran como a animales en una ciudad muerta?

Taniel sintió la horrible presión del fracaso.

—¿Dónde está Del? —preguntó. No se veía al monje. Taniel lo llamó. No hubo respuesta. En las cenizas había unas huellas que iban hacia el centro del edificio. Taniel oyó otro golpe en la puerta y el raspar de unas garras arañando madera.

Aspiró otro poco de pólvora con la espalda aún apoyada contra la puerta. Sus sentidos se aferraron a cualquier atisbo de luz (unos pequeños destellos en lo alto) que le permitiera ver. Se encontraban en un enorme espacio abierto. Un recinto oscuro que parecía más una mina que un edificio. Respiró hondo, tratando de mantener la calma.

—Esto no parece un palacio —dijo.

—¡Taniel!

La voz resonó todo alrededor del grupo.

—¿Del? —preguntó Taniel.

—Por aquí, Taniel. ¡Rápido!

—Bo está herido.

—No hay tiempo. Debéis venir.

Otro golpe contra la puerta. Fuera, un león de las cavernas gimoteó.

—¿Podréis sujetarla? —preguntó Taniel.

—Ve —respondió Fesnik—. La tenemos. Ve y dispara.

—Quédate aquí —le dijo Taniel a Ka-poel—. Ayúdalos a mantener cerrada la puerta.

Ignoró el gesto desafiante de ella; se volvió y salió corriendo. El suelo estaba pulido, perfectamente nivelado. Quizás hubiera mármol debajo de las cenizas. Se alejó de la luz de la cerilla encendida y trató de seguir la voz de Del. Se dio por vencido y mantuvo la vista fija en las huellas que el otro había dejado en las cenizas. En su trance de pólvora, los destellos de luz que se veían en lo alto eran suficiente iluminación para ver el camino.

Encontró a Del cerca de una escalera enorme, de esas que se construían en los salones de baile de los reyes. No tenía barandilla, y debía de ser de la misma roca que los muros del palacio, si había sobrevivido al fuego que había arrasado el edificio tanto tiempo atrás.

—Esto no parece un palacio —dijo Taniel.

Del temblaba con violencia. Apenas parecía poder mantenerse en pie. Extendió ambas manos en dirección a Taniel, como rogando.

—En otra época fue un lugar majestuoso —dijo—. Miles y miles de habitaciones llenas de oro y las más finas maderas y alfombras. Si hubiera luz, veríais las cenizas. Solo la carcasa fue creada a partir de roca endurecida. Eso lo hizo Kresimir. El interior fue construido por hombres, con madera y herramientas. Todo eso fue arrasado por el fuego. No queda nada. —Su voz resonaba de manera inquietante.

—¿No hay ventanas?

—Venid —dijo Del. Señaló la escalera—. Debemos subir si queremos ver el coliseo. El solsticio llegará muy pronto.

Olem ayudó a Tamas a ponerse de pie y a salir de la zanja. Tamas se acomodó la casaca, se limpió las rodillas y se ajustó el cinturón.

—Mi espada —dijo. Fueron cojeando hasta el carruaje. Allí, Tamas dio la espalda a la casa y se inclinó sobre el cuerpo de Sabon—. Lo lamento, amigo mío. Mi arrogancia nos ha traído a esta trampa. Ahora está a punto de llevarme hacia otra. Perdóname.

—Señor. —Olem le entregó su espada y le pasó furtivamente un saco con cargas de pólvora. Las suficientes para eliminar a una compañía completa.

—¿Balas? —dijo Tamas.

Olem se dio una palmada en el bolsillo frontal de su uniforme.

Tamas se colocó la espada en el cinturón y se volvió en dirección a la casa. Fue avanzando paso a paso con una mano en el bastón y otra sobre el hombro de Olem. Que creyeran que estaba débil. Era cierto, pero así pensarían que se encontraba peor que lo que estaba realmente. A cada uno de sus pasos, Tamas esperaba oír el chasquido de un fusil de aire o ver un destello multicolor de hechicería. Llegó a la puerta de entrada.

—Seguimos vivos —dijo.

Olem se lo quedó mirando.

—Eso no me da confianza.

Una de las puertas dobles de la mansión se abrió. En la entrada había un Guardián con un fusil de aire bajo el brazo. Olem ayudó a Tamas a subir los escalones y a entrar. Él se detuvo en la puerta y dejó que los ojos se le acostumbraran a la penumbra. Contó cuatro Guardianes y tres guardias de la Iglesia, todos apuntándolo con fusiles de aire.

El vestíbulo era un lugar sencillo, cubierto de mármol blanco con bancos adosados en la pared de cada lado. En el centro había un busto de Charlemund tallado en mármol, colocado sobre media columna; daba testimonio de su ego. Sin embargo, el minimalismo del vestíbulo no podía tomarse en serio. Tamas alcanzaba a ver el interior de las otras habitaciones, bien iluminadas y llenas de colores vibrantes y de arte, con oro y terciopelo.

—Deja la puerta abierta para que mis hombres vean que me encuentro a salvo —le dijo Tamas al Guardián más cercano. La criatura lo miró con desdén.

Charlemund entró en el vestíbulo desde una habitación lateral.

—Capturadlo —dijo.

Alguien cerró la puerta detrás de Tamas. El mariscal intentó coger su espada, pero un Guardián lo aferró por la muñeca. Otro golpeó a Olem en el estómago con la culata de su fusil. Olem gruñó y cayó de rodillas. Sin el apoyo de Olem, Tamas se tambaleó; el dolor de su pierna se abrió paso con fuerza a través del trance de pólvora.

—¿Consideráis buena fe a esto? —gritó Tamas.

—Os considero a vos un imbécil —dijo Charlemund—. Además, no he mentido. No se os causará ningún daño mientras estéis a mi cargo. No puedo prometer lo mismo cuando lleguéis al Pico del Sur.

—¿El Pico del Sur?

Charlemund se alisó una arruga que tenía en la pechera de su uniforme de duelista.

—Sí.

—¿A qué os referís con Pico del Sur? —dijo Olem. Comenzó a ponerse de pie.

—Haced callar a ese perro —dijo Charlemund.

Un Guardián le dio un culatazo en el rostro con su fusil de aire. Olem cayó al suelo; le sangraba la frente.

Tamas apretó los puños y se abstuvo de encender la pólvora. Necesitaba que también estuviera presente Nikslaus.

—Más os vale que esté bien.

—Yo también quisiera saber a qué os referís, eminencia. —Nikslaus entró en la habitación secándose el sudor de la frente. Su uniforme de Kez estaba sucio y arrugado a causa de la caja de hechicero—. Tamas no irá al Pico del Sur. Vendrá conmigo a Kez.

Charlemund se volvió hacia Nikslaus.

—Ya no. Kresimir llegará hoy. La única esperanza que tenemos de evitar la destrucción total de Adro es llevarle a este cerdo plebeyo.

Nikslaus se ajustó los guantes de Privilegiado.

—Yo no sigo vuestras supersticiones, eminencia, ni obedezco a la Iglesia. Yo obedezco a mi rey, y él quiere la cabeza de Tamas pase por la guillotina.

—No quedará nada de Adro para repartirnos si no apaciguamos a Kresimir —dijo Charlemund.

Nikslaus apretó los puños.

—Vos no saldréis de este país sin mí.

—Tampoco vos sin mí.

Olem se movió junto a los pies de Tamas. Este se apoyó en su bastón y le ofreció el hombro para que el otro pudiera levantarse.

—¿Puedes ponerte de pie?

Olem tenía una brecha en la frente. Se limpió la sangre de los ojos y se tanteó suavemente la sien.

—Mandadlos al abismo, señor.

Tamas se enderezó y apoyó ambas manos sobre el bastón. Nikslaus, presintiendo el peligro, se volvió hacia él. El hechicero entrecerró los ojos.

Tamas sintió que Nikslaus abría el tercer ojo.

—¡Puede usar sus poderes!

Nikslaus levantó las manos y movió los dedos en el aire.

Tamas encendió la pólvora. Olem arrojó la bolsa de balas al aire y Tamas se concentró en ella. La bolsa se rasgó, algunos fragmentos cayeron al suelo. Varios cuerpos se desplomaron, los fusiles chocaron estrepitosamente contra el prístino mármol y las paredes quedaron rociadas de sangre. Delante de Nikslaus hubo destellos de luz, en aquellos lugares donde las balas habían impactado contra una barrera de aire levantada a toda prisa.

—¡Huid! —gritó Nikslaus. Movía los dedos frenéticamente.

Charlemund miró a Tamas un momento, luego se volvió y echó a correr.

—No dejes que escape —dijo Tamas. No podía quitarle los ojos de encima a Nikslaus. Un error y Tamas sería historia. Necesitaba mantener ocupadas las manos del hechicero. Encendió pólvora y, alimentándose de ella en las menores cantidades posibles, mantuvo una docena de balas girando en el aire.

Se las arrojó a Nikslaus. Los dedos del hechicero se movían con destreza. El tercer ojo de Tamas reveló destellos de color donde sus balas impactaban contra escudos invisibles. Encendió más pólvora para lanzar las balas con más fuerza.

Olem se puso de pie con dificultad. Pasó corriendo junto a Nikslaus espada en mano, pero se detuvo cuando cinco guardias de la Iglesia entraron a toda prisa al vestíbulo. Miraron a Nikslaus y Tamas, se percataron de la batalla que estaban librando en silencio y se volvieron hacia Olem.

Tamas agarró la empuñadura del bastón con fuerza. Sus ataques iban ganando terreno, a medida que las defensas de Nikslaus se debilitaban. La velocidad con la que podía desviar las balas tenía un límite, y Tamas no le daría tiempo para levantar una barrera mejor con sus poderes. Echó una mirada en dirección a Olem. El soldado había derribado a un enemigo, pero había demasiados. Lo estaban haciendo retroceder, estaba casi a la misma altura que Nikslaus.

A Tamas le quedaba poca pólvora. Charlemund estaba escapando.

Nikslaus se pasó una mano por la nariz, lo que le dio a Tamas un momento para lanzar un puñado de balas hacia los atacantes de Olem. Las balas atravesaron ojos y bocas, y derribaron a los hombres instantáneamente. Olem se lanzó hacia delante, saltó por encima de los cadáveres y corrió detrás del archidiocel.

Nikslaus volvió a pasarse una mano por la nariz.

Tamas le sonrió.

—¿Alergia?

Nikslaus retrocedió un paso. Tamas se inclinó sobre el bastón y avanzó un paso. Nikslaus apretó los dientes y retrocedió un paso más. Tamas hizo chasquear la punta del bastón sobre el mármol.

Los dedos de Nikslaus giraban y se retorcían. Comenzó a caerle sudor por la frente, y Tamas le lanzó más balas. Cada una de ellas terminó desviándose, rechazada. Tamas se estaba quedando sin pólvora. Tomó una gran bocanada de aire, y el olor a pólvora usada hizo que le bombeara la sangre. Aquel trance de pólvora era muy intenso.

Nikslaus lanzó un manotazo en un gesto descontrolado y gritó con la voz ronca.

Tamas se desplomó y dejó escapar un grito. Perdió la concentración. Miró las dos mitades de su bastón y luego a Nikslaus. El Privilegiado avanzó hasta quedar sobre él. Colocó los dedos en

posición, como si fuera a chasquearlos. Tenía la camisa empapada de sudor y el cabello completamente desaliñado. Miró a Tamas.

—Viejo imbécil.

—Vos ganáis —dijo Tamas, y encendió un poco de pólvora.

Nikslaus lanzó un alarido. Retrocedió agarrándose la mano izquierda. Chocó contra la columna que sostenía el busto de Charlemund. El busto se desplomó y partió una baldosa de mármol, Nikslaus se tropezó con la columna y cayó al suelo.

Tamas comenzó a incorporarse haciendo caso omiso del dolor de la pierna. Usó el trozo más largo del bastón como apoyo y quedó de pie sobre la otra pierna. Fue saltando a la pata coja hasta donde estaba Nikslaus. Encendió un poco más de pólvora. Una bala atravesó la mano derecha de Nikslaus y desgarró los símbolos arcanos del guante. El hechicero lanzó otro alarido. Luego se miró las manos, ambas tenían un agujero de bala en la palma. Los guantes blancos estaban cubiertos de sangre, que ocultaba las runas restantes.

—Ahora ya sabéis lo que se siente cuando alguien te arrebata tu poder —dijo Tamas. Desenvainó la espada y se arrodilló junto a Nikslaus. Le aferró una de las manos y le quitó el guante. Nikslaus gimoteó—. Qué dedos tan delicados —le dijo.

Capítulo 39

Adamat detuvo su caballo alquilado delante de la entrada principal de la casa de campo.

El animal agitó la cabeza; tenía los flancos sudorosos tras haber recorrido semejante trayecto al galope. Adamat se secó su propio sudor de la frente y le dio una palmada al caballo. Desde allí se veía la vivienda en sí, y los carruajes que se dirigían hacia allí a toda velocidad.

—El archidiocel no está recibiendo visitas. —Aquellos eran hombres de Tamas; soldados vestidos con sus uniformes de azul oscuro y solapas plateadas. Uno de ellos le hizo un gesto con el fusil —. Marchaos —le dijo—. Y mañana leed el periódico. —Adamat descansó un momento para recuperar el aliento. El caballo comenzó a dar brincos—. No parece que estéis acostumbrado a cabalgar —agregó el soldado con una sonrisa burlona.

—Así es —dijo Adamat irritado—. Debo darle un aviso al mariscal Tamas. —La actitud jovial del soldado desapareció. Se acercó, mientras su compañero rodeaba a Adamat desde el otro lado—. Escuchadme —dijo; el caballo intentó alejarse del soldado. Adamat tiró de las riendas—. Soy Adamat, el investigador del mariscal de campo. Tamas se dirige a una trampa.

El soldado le lanzó una mirada penetrante.

—He oído ese nombre —dijo lentamente—. Marchaos. No cometáis ninguna idiotez.

Adamat asintió desesperadamente con la cabeza, aún agitado. No había cabalgado de esa manera desde la universidad.

Le abrieron la puerta y Adamat entró sin desmontar. Estaban en el camino empedrado, y tuvo que espolear al pobre caballo para que galopara. Se inclinó sobre el cuello del animal y agarró las riendas con fuerza. Los carruajes habían llegado a la casa, estaban rodeando la fuente ubicada frente a la mansión.

Sonaron disparos de fusil. El caballo se asustó; pisó mal, se tropezó

y cayó de lado en una zanja. Adamat gritó al verse arrojado de la montura. Pasó por encima de la zanja, dio de lleno contra el suelo y rodó. Lo frenó una estaca de viñedo. Se incorporó sobre manos y rodillas, y presionó con la mano sobre un dolor que le apareció en el costado.

—¡Por el trasero de Rosvel! —Tenía sangre en la mano, de alguna herida menor. Se la limpió en la chaqueta, se puso de pie y se examinó el pecho y los costados. No tenía huesos rotos, aunque sí se había hecho unos rasguños terribles. El caballo seguía de lado en la zanja, respirando agitado—. Hasta aquí me llevas, ¿verdad?

Los disparos continuaron. Siguieron unos gritos. Había llegado tarde. Los hombres de Vetas ya habían avisado al archidiocel. Adamat cerró los ojos. ¿Qué podía hacer? Aquello era culpa suya. No tenía fusil, solo una pistola y una espada. Volvió al camino con la mirada clavada en la casa. Se había volcado un carruaje, unos soldados se habían dispersado hacia los viñedos intercambiando disparos con unos atacantes desconocidos. No se veían fogonazos ni humo de pólvora en la mansión. ¿A qué le disparaban los soldados de Tamas? Adamat meneó la cabeza. Fusiles de aire, por supuesto. Maldición.

Adamat volvió a pasar por encima de la zanja y se metió corriendo en las vides. Dio un gran rodeo alrededor de la casa, acortando camino por las vides y luego por detrás de un establo. Vio uniformes azules aquí y allá, soldados en cuclillas, a cubierto. Los disparos de fusil eran cada vez menos, cada vez más espaciados. La cosa no pintaba bien.

Saltó un montón de leña y casi cayó encima de uno de los soldados de Tamas. El soldado blandió su fusil y estuvo a punto de atravesarlo con la bayoneta. Era un joven sin experiencia, y tenía los ojos desorbitados.

—¡Nombre! —le espetó el muchacho con la voz temblorosa.

—Quítame eso de la cara. —Adamat agarró el fusil por el cañón y lo apartó—. Soy Adamat. ¿Tamas tiene cubierta toda la propiedad? —El soldado lo observó con cautela. Le temblaban las manos. Probablemente nunca había experimentado disparos reales más allá de las prácticas. Adamat lo aferró de la pechera del uniforme—. ¿Oyes esos disparos? Es una emboscada en la parte delantera de la casa. Tiene que ser una distracción. Charlemund la usará para ocultar su huida.

El soldado dudó.

—No me fío de vos —le dijo lentamente.

—¡Por el santo abismo, mira! —Adamat señaló hacia la casa. El soldado se volvió, y Adamat le dio un fuerte codazo en la nuca—. Disculpa —le dijo mientras cogía el fusil. Colocó al muchacho inconsciente contra la pila de leña y miró alrededor tratando de

encontrar más soldados de Tamas. Distinguió uno cerca del borde de la casa, arrastrándose hacia el frente; parecía más preocupado por sus camaradas en combate que por cerciorarse de que nadie escapara por detrás—. ¡Maldición, voy a tener que hacer esto por mi cuenta!

Adamat corrió medio en cuclillas, hasta que se encontró detrás de la casa. Se detuvo detrás de un cobertizo y escuchó. Los disparos se habían detenido. Se asomó por detrás del cobertizo para echar una mirada. La parte de atrás de la casa era un pórtico abierto, un jardín que tenía grandes sombrillas y toldos. Había un camino estrecho de grava que se usaba para hacer mantenimiento. En el camino esperaba un carruaje con un solo caballo y un cochero de aspecto abatido que le resultó familiar. Miró a ver si había guardias; no había ninguno. Echó a correr hacia allí.

—Siemone —le dijo. El cochero levantó la mirada. El joven sacerdote parecía afligido; estaba tan turbado que se olvidó de desviar la mirada del rostro de Adamat. Por un momento.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —respondió mirando hacia otro lado —. Marchaos antes de que os vea el archidiocel.

—Estás ayudándolo a escapar —dijo Adamat cogiendo la brida del caballo.

—Debo hacerlo —dijo Siemone, y aferró las riendas con fuerza.

—No, eso no es cierto. Es un hombre malvado, un traidor. No lo ayudes.

—¿Creéis que no lo sé? —dijo Siemone. Las palabras le salieron como un llanto—. Siempre lo he sabido. Lamento haber pagado a esos hombres para que lo mataran. Por favor, entended que yo no podía hacer nada. No puedo liberarme de él. Me alegro de que sigáis con vida. Ahora, marchaos de aquí antes de que venga. Os matará.

Adamat respiró hondo.

—Siemone —dijo dando un paso.

—No os acerquéis más —le advirtió el sacerdote.

Adamat se detuvo.

—Por favor, Siemone. —Se adelantó un poco más.

—¡Guardias! —gritó el otro—. ¡Rápido!

Un par de hombres emergieron a toda prisa de la parte trasera de la casa. Llevaban el uniforme de los guardias de la Iglesia, y desenvainaron espadas al ver a Adamat. Guardias Prielight. Soldados de élite al servicio de la Iglesia. Protegían a los archidioceles con su vida. Si se acercaban a Adamat, no tendría forma de derrotarlos. Retrocedió un paso y agarró el fusil con ambas manos, rogando que estuviera cargado.

Apuntó al primer guardia y apretó el gatillo. El disparo resonó en todo el jardín. El hombre dio algunos pasos más y cayó de rodillas. El otro pasó corriendo a su lado, acercándose rápidamente. Adamat

arrojó el fusil y desenfundó la pistola. La bala impactó de lleno en el pecho del guardia. Este gruñó con una expresión de frustración y cayó. El primer guardia había vuelto a ponerse de pie lentamente. Se tambaleó como si estuviera borracho. Adamat desenvainó la espada y avanzó. El guardia alcanzó a bloquear cuatro o cinco estocadas hasta que Adamat le asestó un golpe que lo dejó fuera de combate.

—¡Siemone! —gritó alguien—. ¡Nos vamos de inmediato!

Adamat se volvió. Charlemund salió corriendo de la parte trasera de la mansión, con una capa echada sobre una mano y sosteniendo una espada envainada en la otra.

—Vete —dijo Adamat—. ¡Vete sin él! ¡Puedes hacerlo, Siemone!

El sacerdote cerró los ojos con fuerza y comenzó a orar. Adamat maldijo y se volvió hacia Charlemund.

—¡Vos! —gruñó el archidiocel, deteniéndose justo dentro del límite del jardín. Miró con desprecio a sus guardias caídos.

Adamat se interpuso entre Charlemund y el carruaje. La pistola había sido la única oportunidad que tenía. Charlemund era el mejor espadachín de los Nueve. Haría trizas a Adamat. Levantó la espada y tragó saliva.

El archidiocel tiró del cordón que tenía alrededor del cuello y arrojó la capa a un lado. Desenvainó la espada y se deshizo de la vaina.

El ataque le llegó más rápido que lo que Adamat podría haberse imaginado. Bloqueó solo por instinto; mucho tiempo atrás se lo consideró un buen esgrimista, pero esos años ya habían pasado, y desde entonces había blandido no mucho más que la espada de su bastón. Retrocedió ante el avance de su oponente. Se apartó de un salto y se replegó deprisa. El archidiocel siguió atacando sin piedad; una estocada aquí, un tajo allá. La punta de su espada pasaba a solo unos centímetros del rostro y del pecho de Adamat.

“Un buen esgrimista” era una expresión relativa contra alguien como Charlemund. Adamat se sintió un inútil, como un niño en su primera lección. Pero aquellas no eran espadas de madera para entrenar. Cuando Charlemund, sin demasiado esfuerzo, lanzaba una estocada hacia delante, lo hacía sangrar. Los primeros cortes fueron apenas rasguños y pinchazos. Suficientes heridas como aquellas podían dejar a un hombre tan muerto como una estocada al corazón.

Charlemund desvió la espada de Adamat golpeándola con la parte plana de su hoja y avanzó. Estocó dos veces. Adamat retrocedió dando tumbos para esquivar los ataques. Recuperó el equilibrio y trató de elevar su espada. El brazo no lo obedeció. Se echó una mirada rápida y vio dos manchas circulares rojas esparciéndose en su chaqueta. Una estaba justo sobre el corazón, la otra en el hombro. Sintió que el cuerpo se le aflojaba, debilitado por la repentina expectativa de

muerte.

Charlemund le dio la espalda a Adamat y apenas llegó a bloquear otra espada. El guardaespaldas de Tamas se lanzó contra el archidiocel atacando con ferocidad. Charlemund se alejó de Adamat y de Olem esquivando con elegancia y se dirigió al centro del camino de grava para poder moverse libremente. Olem corrió detrás de él, con la guardia en alto. No pensaba darle un respiro.

Adamat fue dando tumbos hasta una roca del jardín y se sentó. Con una mano sostuvo la espada, ya sin fuerzas, con la otra se examinó las heridas. Apretó el puño contra la peor de las dos. Se sintió mareado, pero no estaba seguro de si era por estar perdiendo sangre tan rápido o por la adrenalina del duelo y la posibilidad de morir. Contempló a Olem con euforia. Si Olem caía, Charlemund los mataría a ambos y se escaparía.

Olem, era a todas luces, un mejor luchador que Adamat. Atacaba a Charlemund con la audacia temeraria de un soldado, un hombre cuya vida estaba dedicada a la espada y al arma de fuego. La técnica de Olem era menos controlada que la del archidiocel, menos clínica, pero lo compensaba con su ferocidad. Tenía los dientes apretados, los ojos encendidos de furia y determinación, la mano desarmada cuidadosamente equilibrada por encima de la cadera. Charlemund retrocedió varios pasos más (semejante embate lo había pillado desprevenido), pero luego recuperó la postura y comenzó a atacar.

Adamat observó que Charlemund estudiaba los patrones de Olem, seguía el origen de cada movimiento con cuidado. Su rostro no tenía la expresión de determinación de Olem; mostraba la vigilancia reservada y silenciosa de un estudiante en su clase favorita. Las estocadas de Olem se volvieron más fáciles de contrarrestar; sus bloqueos, menos eficaces. Adamat se dio cuenta de que Charlemund no estaba limitándose a luchar. Estaba aprendiendo sobre la marcha, adaptándose a los movimientos de Olem. Así era como se batía a duelo un maestro, y Adamat nunca había visto nada igual. Olem continuó perdiendo terreno.

Bien podrían haber pasado horas desde el comienzo del duelo en lo que concernía a Adamat, aunque sabía que solo habían sido unos momentos. Olem retrocedió aun más. Ambos duelistas pasaron frente a Adamat y se acercaron al carruaje. Allí, Olem mantuvo su posición durante varios segundos, con la frente empapada de sudor y los ojos desesperados por hallar una oportunidad. A Adamat le resultó fácil leer su rostro. Estaba cansándose y comenzaba a preocuparse cada vez más. No podía seguirle el ritmo a Charlemund.

Finalmente vio una oportunidad y lanzó una estocada. Su ataque le hizo un corte a Charlemund en el costado a la vez que este daba un paso lateral. En la mano desarmada del archidiocel apareció una daga,

con la que apuñaló a Olem entre las costillas. Olem abrió mucho los ojos, y la espada se le cayó de la mano. Charlemund se separó de él y alzó el arm para finiquitarlo.

Adamat desvió la mirada. “Estamos acabados”.

Olem emitió un sonido mitad tos, mitad carcajada, y Adamat volvió a prestarle atención. Charlemund se detuvo.

—Tendréis que enfrentaros a algo peor que yo —dijo Olem.

Charlemund lanzó una mirada rápida hacia la casa. Dejó a Olem tendido en el suelo y corrió hacia el carruaje.

—¡Vamos! —dijo, saltando sobre el estribo lateral.

—¡No lo hagas! —le gritó Adamat a Siemone.

El sacerdote se acurrucó sobre el asiento del cochero con las riendas en las manos. Le temblaban los brazos. No se movió.

—Vamos —le ordenó Charlemund.

A Adamat le pareció que Siemone iba a agitar las riendas. El sacerdote levantó la vista al cielo, luego se miró las manos. Movió los labios en silencio.

—Idiota —dijo Charlemund. Pasó del estribo al pescante y se sentó junto a Siemone.

El sacerdote se apartó de él.

—¡No puedo hacerlo! —dijo gimiendo.

Charlemund lo empujó del asiento. Siemone lanzó un grito y cayó del carruaje. Chocó contra el suelo con un crujido similar al que hace un melón al partirse, y se quedó quieto.

—Cobarde.

El comentario no había sido en voz alta, pero de todas maneras atrajo la mirada tanto de Charlemund como de Adamat. Tamas estaba en la entrada trasera de la mansión, casi llegando al jardín. Apoyaba su peso sobre un fusil de aire, con el cañón hacia abajo, en lugar de su bastón. En ese momento parecía un anciano, exhausto y atormentado. La pechera de su uniforme estaba empapada de sangre. Adamat recordó las dependencias de los magos del Palacio del Horizonte, y las manchas de sangre que cubrían a Tamas en aquel momento. Se estremeció.

Charlemund dudó. Tenía las riendas en las manos, y aunque obviamente quería usarlas y tratar de escapar, lo contuvo alguna clase de curiosidad mórbida.

Adamat se obligó a ponerse de pie. Se tropezó, hizo una mueca de dolor y sintió un mareo. Sujetó la brida del caballo.

—No —dijo.

Charlemund apenas parecía haberlo notado. Sus ojos estaban fijos en Tamas.

—Veo que os habéis encargado del duque —dijo Charlemund. Se puso de pie, soltó las riendas y saltó del asiento. Cayó en cuclillas, se

puso de pie y se irguió. Adamat sintió que el corazón le latía más rápido.

Tamas no parecía impresionado.

—Sigue con vida —dijo—. Pero desearía haber muerto. Tengo muchos planes para él. —Tamas descendió lentamente los peldaños que bajaban al jardín, apoyado en el fusil de aire—. Para vos también.

Charlemund levantó su espada.

—No os queda pólvora —dijo—. O no estaríamos conversando. No os atemoriza mi título ni las repercusiones. Me habríais metido una bala en la cabeza desde dentro de la casa. ¿Nikslaus os ha hecho gastar todas vuestras reservas? —El rostro de Tamas parecía hecho de hierro—. Si tuvierais el más mínimo honor, vos mismo estaríais en camino a Pico del Sur para sacrificaros a Kresimir, con la esperanza de salvar la nación.

—Eso tiene gracia —dijo Tamas—, viniendo de un traidor.

—¿Qué podríais hacerme, Tamas? —preguntó Charlemund—. Ni en vuestro mejor día llegáis al nivel de esgrimista que tengo yo. —De pronto, Charlemund echó a correr hacia Tamas con los brazos extendidos hacia atrás, como un ave de presa.

Tamas dejó caer el fusil de aire que llevaba bajo el brazo. Levantó su espada y, con una mueca de dolor, llevó hacia atrás su pierna mala. Adamat inhaló enérgicamente. Esa era la pierna que se le había roto. Tamas no podría maniobrar. En un buen día, quizás habría estado cerca de alcanzar el nivel de Charlemund. Tal como estaban las cosas, un duelo sería algo irrisorio.

Charlemund arremetió hacia delante y estocó salvajemente al acercarse a Tamas. El otro bloqueó el ataque y las hojas se cruzaron. Charlemund pasó de largo y quedó detrás de Tamas. Se volvió para asestarle el golpe mortal antes de que lograra reposicionarse. Pero el grito de victoria se le atascó en la garganta; sus ojos se posaron sobre su espada.

Había humo negro de pólvora flotando junto a la mano desarmada de Tamas. El mariscal abrió el puño y dejó caer el envoltorio quemado de una carga de pólvora, que quedó junto al filo de la espada de Charlemund. El archidiocel miró su empuñadura sin hoja. Retorció el rostro en una mueca de furia, con los ojos encendidos. Le arrojó la empuñadura a Tamas, que se había vuelto lentamente para enfrentarlo, y saltó hacia él.

La empuñadura chocó contra la frente de Tamas y le dejó un corte superficial. Tamas parpadeó y lanzó una única estocada, con la mano desarmada apoyada en la cadera en una pose de duelista. El propio impulso de Charlemund lo llevó a apuñalarse a sí mismo sobre la hoja. Tamas extrajo la espada y lo apuñaló otra vez más, y otra. Charlemund trastabilló hacia atrás aferrándose las heridas, mientras

su prístino uniforme se empapaba de sangre. Avanzó dando tumbos hacia el carruaje con una mano extendida, dando manotazos en el aire. Se desplomó sobre la grava.

Adamat tragó saliva. Las heridas de Charlemund no parecían letales, pero eran varias. Se desangraría lenta y dolorosamente… si Tamas se lo permitía. Tamas no se movió para ayudar ni llamó a sus soldados. Solo se quedó mirando mientras Charlemund intentaba frenar las hemorragias con sus manos temblorosas. Tamas limpió la sangre de su espada con la capa que Charlemund había tirado a un lado y la envainó.

Las heridas de Adamat eran graves, pero estimó que no eran letales si se las vendaba un poco mejor. Dejó de pensar en ello; fue hacia el cuerpo inmóvil de Siemone y se puso en cuclillas junto a él. Al sacerdote se le había roto el cuello en la caída. Sus ojos sin vida estaban fijos en el campo, su boca estaba abierta en un grito desolado. Adamat le cerró los ojos con los dedos. Se puso de pie y fue hacia el otro lado del carruaje.

Olem y Tamas estaban apoyados el uno en el otro, hablando en voz baja entre ellos. Tamas había vuelto a usar el fusil como un bastón. Ambos miraron a Adamat.

—Olem me dice que habéis entretenido a Charlemund el tiempo suficiente para que él lo alcanzara. —Tamas le hizo un gesto con la cabeza—. Tenéis mi agradecimiento.

Adamat se pasó la lengua por los labios resecos. Ninguno parecía sospechar, ninguno había lanzado ninguna acusación. ¿Por qué? El hecho de que él hubiera advertido a lord Vetas había ocasionado la muerte de muchos de los soldados de Tamas. Solo les quedaba darse cuenta de por qué estaba él allí.

—Señor —dijo Adamat—. Lo lamento. Pero mi familia…

Tamas regresó al interior de la mansión. Guardianes y guardias de la Iglesia yacían muertos por doquier. Se maravilló ante la precisión con que se les había dado muerte; balazos al corazón o a la cabeza, disparos sencillos en la corta distancia que había en el interior de una casa. Había enormes charcos de sangre en los suelos de mármol, lo que los tornaba resbaladizos. Encontró un paragüero de marfil en un rincón del vestíbulo; dejó el fusil de aire apoyado contra una pared y se apropió de un bastón.

Nikslaus había desaparecido. Tamas se mordió el interior de la mejilla, luchando contra su creciente frustración. Había dejado al Privilegiado retorciéndose de dolor en el suelo. Desde ese lugar partía un reguero de sangre que llevaba a una habitación lateral. No tenía los hombres suficientes para atender a los heridos y además organizar una búsqueda. Cerró los ojos y, cojeando, siguió el reguero de sangre.

Adamat. ¿Qué iba a hacer con el inspector? Había confesado haberlo traicionado a él y a Adro en nombre del tal lord Vetas y de su amo, lord Claremonte. ¿Cuántos enemigos poderosos podía tener? Adamat era el responsable en última instancia de la muerte de Sabon. ¿Pero lo era realmente? Según dijo, habían enviado el aviso a Charlemund adelantándose a él. Charlemund había tenido bastante más que unos meros momentos para preparar sus defensas.

El trance de pólvora comenzó a desvanecerse y el dolor de la pierna se le intensificó. Todavía faltaba un buen rato para que el trance desapareciera por completo. Podría mantenerse en pie algunas horas más, con la ayuda de un bastón. Cuando ese tiempo pasara, el dolor sería tan intenso que tendría suerte si podía mantenerse en pie.

El doctor Petrik se pondría furioso. Era posible que Tamas le hubiera hecho un daño irreparable a su pierna luchando como lo había hecho. Una estupidez.

El reguero de sangre atravesaba dos habitaciones, dos mundos separados de muebles y objetos muy caros, rara vez vistos fuera de un palacio real. Había sillas hechas de marfil extraído de los cuernos de animales fatrastos, pieles y grandes felinos embalsamados procedentes de las junglas más lejanas. Una mesa baja tallada de una única pieza de obsidiana pura. Un antiguo esqueleto de un lagarto del tamaño de un caballo. Obras de arte de todas partes del mundo, esculturas anteriores a la Era de Kresimir.

La sangre lo llevó hasta una puerta para sirvientes que daba a un pequeño patio. Examinó el área con cuidado. No sabía si habían encontrado a todos los Guardianes. Le pareció ver movimiento en el campo. Se abrió la puerta de un establo y un par de caballos salieron al galope, dieron la vuelta alrededor del granero y se alejaron de la casa. En su trance de pólvora, Tamas distinguió los vendajes improvisados en las manos de Nikslaus y los músculos retorcidos del Guardián que llevaba las riendas de su caballo. Nikslaus echó una mirada nerviosa en dirección a la casa. Tamas los observó hasta que ambos se perdieron de vista.

Todo aquello era inútil si Julene se las arreglaba para invocar a Kresimir.

—No encuentro a Nikslaus —dijo Olem.

Tamas se volvió. El soldado ni siquiera se había hecho atender sus propias heridas. Estaba de pie tan erguido como podía, tratando de mirar a Tamas a los ojos. No ocultaba bien su dolor, lo que significaba que no era poco. Buscó torpemente en su uniforme papel de liar y tabaco. Casi se le resbalaron a causa de la sangre que tenía en los dedos. Tamas los cogió por él, lio un cigarro y lo encendió con una cerilla que Olem tenía en el bolsillo del pecho. Olem aspiró una calada y sonrió agradecido.

—Ve a ayudar a los heridos —dijo Tamas—. Nikslaus ya no es una amenaza. Pero antes, que te venden esas heridas. Has estado bien, amigo mío.

—Pero Nikslaus… —dijo Olem.

—Mi venganza consistirá en que él continúe viviendo —dijo Tamas. Sonrió, a sabiendas de que era una sonrisa cargada de crueldad—. Eso será suficiente.

Capítulo 40

Solo después de subir escaleras durante lo que se le antojaron horas se dio cuenta Taniel realmente de la enormidad del Palacio de Kresimir. Como había dicho Del, se trataba de un cascarón; el caparazón de lo que en otra época debían de haber sido miles y miles de habitaciones y salones y galerías. Solo quedaba la capa volcánica exterior, junto con la enorme escalera que ascendía en espiral junto al interior del muro. La ceniza iba disminuyendo a medida que subían. Sus pisadas comenzaron a levantar eco, y Taniel se dio cuenta de que los pequeños destellos de más arriba eran ventanas. Se obligó a sí mismo a subir más deprisa, sin prestar atención a si Del podía seguirle el paso o no.

En el silencio casi absoluto, Taniel sentía como si el tiempo se hubiera detenido. Le parecía ver colores pálidos titilando en las sombras, como auras fantasmagóricas de alguna magia muerta nuchos años atrás. De vez en cuando, se elevaban en el aire nubes de ceniza como si fueran fantasmas. Al acercarse a lo más alto, vio las ventanas, sí, pero estaban demasiado altas para poder disparar desde ellas, y no había nada que pudiera usar para alcanzarlas. Siguió subiendo. Las paredes comenzaron a estar más y más cerca y la escalera se hizo más estrecha. Llegaron a una plataforma bañada de luz, ennegrecida por el hollín y tan amplia como un salón de baile. Taniel vio el arco del tejado sobre ellos y unas saeteras verticales en lo alto de las paredes.

Taniel se apoyó contra una pared y esperó a que Del lo alcanzara.

—¿Dónde? —preguntó Taniel cuando llegó el monje. Traía la respiración agitada. Taniel se lanzó hacia delante y lo aferró por el dobladillo de la túnica—. ¿Dónde? Dijisteis que podría disparar desde aquí. ¡Señaladme alguna maldita ventana! —Zarandeó a Del con fuerza.

—¡Allí! —gimoteó Del. Cerró los ojos y extendió una mano por encima del hombro de Taniel.

Taniel lo soltó y se volvió. Cuando volvió a examinar la estancia, un escalofrío le recorrió el cuerpo. Sintió como si una mano congelada

le hubiera tocado el corazón.

Aquello era el salón del trono de Kresimir. Al fondo se veía una tarima con trece escalones que llevaban a un lugar donde había una silla ennegrecida. Vio luz detrás de la silla.

Taniel subió los escalones a toda prisa. Pasó por delante del trono vacío y llegó a un arco sin puerta. Se armó de valor y entró.

La habitación que encontró al otro lado lo hizo detenerse en seco. Ahogó un grito, abrumado.

La habitación estaba bien iluminada y completamente amueblada. Había tapices en las paredes, cristal en las ventanas y una cama de cuatro columnas en el centro. Sillas con tapizado de terciopelo y mesas con bordes de oro. Taniel había manchado la alfombra blanca con hollín. Bien podría haber entrado desde una cueva al Palacio del Horizonte. Se tropezó.

—¿Habéis dejado atrás a Bo? —preguntó una voz femenina.

Taniel se sintió débil. Julene entró desde un balcón.

—Sí, señora. —Del apareció por encima del hombro de Taniel.

—¿Y la niña? —dijo Julene con una sonrisa burlona.

—Cuidando a Bo. —Del estaba erguido, con la cabeza en alto. Ya no temblaba. Ya ni siquiera se parecía a Del. La juventud de su rostro se desvaneció y solo quedaron arrugas. Mientras Taniel lo miraba, el falso monje extrajo del bolsillo un par de guantes de Privilegiado y se los puso.

Julene avanzó hasta Taniel. Le puso un dedo debajo de la barbilla y le levantó la cabeza para mirarlo a los ojos. Él se sentía enfermo. Muerto por dentro.

—Tenía el presentimiento de que quizá me perseguirías hasta aquí —dijo—. Me alegro de haber dejado a Jekel. ¿Cuál era el plan? —le preguntó al Privilegiado.

—Ir disparándonos a nosotros hasta que no fuéramos suficientes para invocar a Kresimir —dijo Jekel.

—Eso podría haber funcionado —admitió Julene—. Se requiere mucho poder para lograr que Kresimir atraviese el Vacío que separa los mundos.

Taniel sintió que se tambaleaba. Anhelaba empuñar una pistola. Quizá pudiera matar al falso monje, al menos. Pero sus dedos no querían obedecerlo. Estaba derrotado. Lo sabía.

—¿Por qué? —preguntó Taniel. Inhaló un par de veces, tratando de encontrar las palabras.

—¿Invocar a Kresimir? —Julene puso los ojos en blanco.

—No. ¿Por qué este perro? ¿Por qué la jugarreta? Él tranquilamente podría haber esperado y habernos matado a todos. ¿Por qué no matarme ahora?

Julene se encogió de hombros.

—Si tu padre se las arregla para sobrevivir el fuego abismal que se aproxima, te mantendré con vida para tener algo de ventaja. No es muy ingenioso, pero es obstinado.

Taniel trató de asimilar lo que ella estaba diciendo.

—Mátame ahora —le dijo.

Ella le golpeteó el cuello con sus largas uñas.

—Lo haré si es necesario. —Levantó una mano. Taniel cerró los ojos. Después de un momento los abrió y recibió una bofetada con la palma abierta. Sintió que las uñas de Julene le raspaban la piel—. Eso es por arrojarme por un precipicio —le dijo ella, y se volvió para irse.

Taniel contrajo los dedos. Entonces *podían* moverse. Bien. ¿Qué podía hacer?

—¿Irás a invocar a Kresimir? —preguntó. Julene rio.

—Ya está hecho. Iré a verlo descender. ¿Quieres acompañarme? La última vez que tocó la tierra, hizo que se hundiera media montaña. Quizá te convenga estar protegido por mis poderes.

Jekel pasó después de Julene con expresión preocupada. Taniel los miró sorprendido. Apoyó los dedos en su pistola, y luego los siguió.

El balcón estaba lleno de gente. Unos veinte Privilegiados, si no más. Tenían la vista clavada en el cielo. Taniel estaba en la cima del enorme edificio; o lo más cerca que se podía llegar. Pasó a codazos por entre los Privilegiados y miró por el borde. Acalló una risotada histérica al darse cuenta de que *había* un coliseo junto al lago. Desde donde estaba, se veía el interior.

—Disfruta del espectáculo —le susurró una voz al oído. Era Jekel. El falso monje le ofreció una sonrisa superficial—. Me dais asco —le dijo Jekel—. Tú y los de tu clase. Kresimir destruirá a los magos de la pólvora de una vez por todas. Malditos Marcados.

Taniel agarró a Jekel por la pechera de la túnica. Jekel sonrió burlón y levantó las manos. Taniel lo lanzó por el balcón.

Los gritos del sujeto duraron mucho tiempo, incluso cuando rebotó y se deslizó por el exterior de la brillante roca volcánica que formaba el cascarón del edificio.

—¿Qué? —preguntó alguien.

—¿Quién diablos es este? —dijo un Privilegiado.

Taniel desenfundó una pistola y se preguntó para qué. ¿Qué daño podía llegar a hacer? Con el rabillo del ojo llegó a ver una luz refulgente entre las nubes. Se sintió palidecer. Apretó la mano que sujetaba la pistola. Al menos podría llevarse a algunos de ellos consigo.

Un Privilegiado alzó sus manos enguantadas en dirección a Taniel. Los dedos se le contrajeron. Taniel levantó la pistola, pero dudó cuando, de pronto, el Privilegiado se arrojó por el balcón, aparentemente con total alegría.

Otro Privilegiado hizo lo mismo. Luego un tercero cayó gritando y arrancándose los ojos. Taniel se volvió en dirección a la entrada del balcón.

Allí estaba Ka-poel, con las piernas separadas y los brazos abiertos. Su pelliza de gamuza tenía el cuello abierto como por un descuido, y su morral yacía a sus pies. Había muñecos desparramados todo a su alrededor. Su cabello color fuego estaba descontrolado. Levantó una mano.

Los muñecos, docenas de ellos, se elevaron en el aire. Se ordenaron frente a ella como cartas frente a una adivinadora, sostenidos por manos invisibles. Julene descubrió a Ka-poel, y lanzó un alarido.

Todo sucedió a la vez. Los Privilegiados buscaron sus guantes frenéticamente e hicieron gestos de protección. Julene se quedó helada, como si hubiera caído presa del pánico, y Ka-poel comenzó a atacar.

Le brotó fuego de la punta de los dedos. Impactó en varios de los muñecos, y algunos Privilegiados estallaron en llamas. En su mano apareció una aguja. La clavó con fuerza y a toda velocidad en diferentes muñecos. El balcón se llenó de gritos de dolor.

Un destello de luz se dirigió velozmente hacia Ka-poel, procedente de un Privilegiado que consiguió lanzar un hechizo. Ella ni siquiera se inmutó. La luz se desvió y dio de lleno contra un muñeco. El Privilegiado que estaba a la derecha de Taniel se convirtió en polvo y fue arrastrado por el viento.

La mangosta había encontrado el nido de la serpiente, y Taniel estaba justo en el medio. Levantó la pistola y le disparó a un Privilegiado que no estaba recibiendo atención alguna por parte de Ka-poel. Dejó esa pistola a un lado y cogió la segunda. Después de usarla, se descolgó el fusil del hombro.

Mientras Ka-poel diezmaba a los Privilegiados, Julene recuperó la compostura. Apretó los puños y avanzó hacia la salvaje con el rostro retorcido de furia. En ese momento, Taniel sintió miedo, y no por sí mismo. Por mucho que pudiera enfrentarse a los Privilegiados keseños con sus poderes desconocidos, Ka-poel no podría derrotar a Julene.

Taniel cargó contra Julene con la bayoneta. Ella agitó una mano y lo lanzó volando por los aires. Chocó contra la barandilla del balcón y sintió que algo crujía. Apenas había podido frenar su caída, luchando por asirse de algo, por lo que su fusil quedó tirado en el otro extremo del balcón. Alrededor de Julene había Privilegiados moribundos o ya muertos, y ella siguió avanzando hacia Ka-poel.

Los muñecos de Ka-poel se derretían cuando los Privilegiados morían. Algunos se tambaleaban y caían, otros se iban con el viento. Ella giró las manos y los muñecos que quedaban rotaron. Taniel reconoció el de Julene.

Ka-poel masajeó el aire por encima del muñeco, y Julene rio con ferocidad. Ka-poel abrió la boca.

—¡Taniel, huye!

La voz había salido de Julene, pero no había sido la de ella. Se trataba de la voz de una niña, una voz cargada de desesperación.

—¡Vete ahora!

Julene no parecía darse cuenta de que había hablado. Bajó la cabeza y arremetió contra Ka-poel con las puntas de los dedos escupiendo fuego; todo lo que tocaba estallaba en llamas, tanto roca como carne. Una llamarada cayó sobre varios de los muñecos y dos Privilegiados aullaron de dolor.

Taniel encontró su fusil en el otro extremo del balcón. Los Privilegiados que quedaban no parecieron siquiera reparar en su presencia. Habían retrocedido para alejarse todo lo posible de Ka-poel, se habían dispersado y elevaban las manos en el aire en un intento frenético por desviar los poderes de la muchacha.

No, Taniel no huiría. No dejaría que Ka-poel luchara sola.

Cogió su fusil. Revisó el cañón. La bala se había perdido en la caída. Vació el cañón y cargó otra bala, y luego otra, ambas de banda roja. Metió un trozo de algodón para que los proyectiles no se salieran. Un Privilegiado avanzó dando tumbos hacia él con las manos levantadas. Él le clavó la bayoneta en el ojo.

Buscó un lugar de la barandilla en el que pudiera acomodarse para apuntar. El resplandor que había visto antes seguía descendiendo de los cielos. Parecía una nube que se acercaba. Perdía altura muy rápido.

La nube pasó volando por encima de ellos y descendió en el centro del coliseo. Taniel se pasó la lengua por los labios. Se aclaró la garganta. Trató de estabilizar sus manos. Un poco de pólvora lo ayudó a despejar la mente y a aguzar la vista.

El coliseo estaba demasiado lejos. Diez kilómetros, al menos. No había forma de que pudiera acertar en un blanco tan lejano. Inhaló hondo. La nube tocó el suelo.

Un pie emergió de la nube, seguido por una persona. Taniel tuvo que hacer un esfuerzo para no perder el conocimiento.

El hombre de la nube era más hermoso que cualquier otra persona que Taniel hubiera visto en su vida. Su piel era perfecta, su cabello dorado era largo y brillante. Llevaba una túnica, algo que parecía salido de una obra de teatro sobre la Era de Kresimir. Salió de la nube e hizo una pausa. Su perfecto rostro estaba mancillado por el ceño fruncido.

Taniel parpadeó para quitarse el sudor de los ojos y apretó el gatillo. El disparo le resonó en los oídos. Bajó el fusil. Más que ver, *sintió* las balas que volaban hacia Kresimir. Su voluntad las mantuvo

en el aire, incluso cuando deberían haber caído al suelo. Comenzó a dolerle la mente por el esfuerzo, las manos comenzaron a temblarle. Le brotó un dolor de cabeza repentino mientras iba quemando la pólvora de su cuerno para mantener las balas en el aire. Aun así, siguió aguantando.

Una bala entró por el ojo derecho de Kresimir. La otra le dio en el pecho y le atravesó el corazón. Taniel vio que el cuerpo del dios se desmoronaba.

Taniel sintió que le nacía un sollozo del pecho. Había matado a un dios.

Se dejó caer al suelo del balcón.

El rugido de furia de Julene le atravesó el cerebro, pero a Taniel no pudo importarle menos. Oyó un golpe tremendo, y el mundo comenzó a temblar. Se abrazó al fusil, tratando de colocarse en posición fetal. El edificio se estaba derrumbando. “He matado a un dios”.

Ka-poel. ¿Seguía con vida? Taniel logró ponerse de pie y dejó el fusil a un lado. No se veía a la muchacha por ninguna parte. Ni tampoco a Julene. El edificio crujió y se tambaleó bajo sus pies. ¿Otro terremoto? Fuera, en el centro del Lago del Pico, un gran géiser escupió agua al aire. Taniel sintió el calor que emanaba. Se obligó a entrar en el edificio.

Ka-poel yacía cerca del arco que daba al salón del trono. Le salía sangre de la boca, de la nariz y del rabillo de un ojo. La muchacha lo miró, aferrándose aún a uno de sus muñecos. Era Julene, sin lugar a dudas; el muñeco tenía una expresión de furia absoluta.

Taniel cayó de rodillas junto a Ka-poel.

—No puedo llevarte a ningún lugar seguro —le dijo—. Ya no queda ningún lugar seguro. He matado a un dios. —Ka-poel puso cara de sorpresa. Taniel se ahogó con su propio llanto—. ¿Pole?

Ella sonrió, extendió la mano hacia él, lo tomó de la nuca y lo acercó a ella con más fuerza que la que Taniel podría haberse imaginado.

Fue entonces cuando sintió que el edificio se hundía debajo de ellos.

Epílogo

“Por el maldito abismo”, pensó Olem mientras traían los cadáveres y los tendían frente a Tamas.

La lluvia caía con furia y el viento agitaba la tienda de lona que tenían sobre la cabeza. El aire estaba cargado de sonidos (alaridos como de almas en pena que no provenían de ninguna garganta mortal) y de un olor a azufre que saturaba los sentidos y hacía que uno quisiera escupir a cada rato.

De tanto en tanto, Olem acertaba a ver el Pico del Sur entre los árboles tambaleantes. Toda la montaña (no, todo el cielo del sudeste) refulgía como una colina detrás de un incendio. Lo ponía nervioso estar tan cerca, dijera lo que dijera el mariscal de campo. La montaña había cambiado. La cima de siempre se había desmoronado en el lado sur y había derramado sus tripas ardientes sobre las llanuras de Kez.

Olem tenía la esperanza de que se hubiera tragado todo el maldito ejército keseño.

Por encima de ellos flotaban columnas de ceniza y de humo del tamaño de Adro, que reflejaban el resplandor del fluido de la montaña. Caía ceniza todo el tiempo, lo que los obligaba a usar una tela para cubrirse el rostro. Del borde sur surgió una columna de fuego y desapareció en dirección a Kez. Olem se estremeció. Esa llamarada parecía tener el tamaño suficiente para cubrir una ciudad completa.

La Fortaleza de la Corona había desaparecido, arrastrada por el derrumbe de la ladera de la montaña. Los últimos evacuados acababan de llegar al campamento de Tamas. Por lo visto, habían podido evacuar a tiempo a todos los miembros de la Guardia de la Montaña. Habían traído consigo a los supervivientes de la batalla de la cima, junto con rumores capaces de sacudirle el alma a cualquiera.

—¿Están muertos? —preguntó Olem. Apoyó un nuevo cigarro contra el brasero, se lo llevó a los labios e inhaló el humo dulce. El doctor Petrik lo miró enfadado. Olem hizo una mueca. Debía ser más cuidadoso. Estaba hablando del hijo del mariscal de campo.

Había tres cuerpos, los habían envuelto de pies a cabeza para protegerlos de la ceniza. Uno de ellos estaba vivo, sin lugar a dudas. Era un hombre de contextura mediana y de apariencia frágil. Estaba demacrado. Lo cargaban en una camilla, y se veía con toda claridad que estaba atado de pies y manos. Los brazos se salían hacia delante, elevados por una horqueta, de tal manera que la manos estuvieran visibles todo el tiempo. Olem supuso que se trataba del Privilegiado Borbador. El último de la camarilla real de Manhouch. Los ojos de Bo escudriñaron la habitación. No tenía la boca amordazada, pero no dijo nada.

Los otros cuerpos pertenecían a dos jóvenes: un hombre y una mujer. Los soldados les quitaron la tela que los cubría para que el doctor Petrik pudiera examinarlos. La mujer (no, una muchacha, por su contextura física) era una salvaje con pecas y un cabello que podría haber sido rojo si no hubiera estado quemado casi en su totalidad. Olem no podía distinguir si respiraba. El muchacho era Taniel. Olem no tuvo problemas para reconocerlo. Al igual que todos los soldados de Tamas.

Olem se colocó junto a la camilla del Privilegiado y acercó una banqueta.

—¿Se puso la cosa fea allá arriba? —preguntó Olem. Hizo una mueca por el dolor del pecho. La herida que le había causado Charlemund era recta y limpia, lo que le permitió a Mihali curarla por medio de unos poderes que Olem no lograba comprender. Por muy curado que estuviera, aún le dolía entre las costillas.

Bo le echó una mirada.

—¿Un cigarro? —Olem lio un cigarro nuevo y se lo colocó a Bo entre los labios. Lo encendió con una cerilla. Bo inhaló el humo y tosió. Olem atrapó el cigarro y se lo volvió a colocar en la boca. Bo le hizo un leve gesto con la cabeza—. Me han dicho que todos nuestros muchachos han logrado salir —dijo Olem—. Antes de que la montaña se derrumbara. Ha sido una suerte.

Bo no dijo nada.

—Corren rumores de que allá arriba había una gran hechicera luchando contra ti y contra Taniel. ¿Ha sobrevivido?

—No lo sé. —Fue apenas un susurro, que Bo dejó salir con los labios apretados para que no se le cayera el cigarro.

—Es una lástima —dijo Olem—. En ese caso, esperemos que esté del lado de Kez de la montaña.

Bo no respondió.

En ese momento entró un hombre en la tienda. Por su tamaño y todas las pieles que llevaba en los hombros, bien podría haberse tratado de un oso. Llevaba el emblema del líder de la Guardia en el chaleco. Olem no lo reconoció.

Tamas se apartó de su hijo un momento.

—Jakola —le dijo Tamas a modo de saludo al líder de la Guardia.

—¿Cómo está el muchacho? —preguntó Jakola.

—Vivo. A duras penas.

—Es un milagro —dijo Jakola—. Da las gracias a esa niña, y préstale la misma atención médica que le prestes a Taniel. Si él sobrevive, le deberá la vida. Maldita sea, por lo que me cuentan los hombres, es posible que se la debamos todos.

Tamas miró a la salvaje.

—Ella está aun más débil que Taniel. No sé qué vamos a poder hacer por ella.

—Pues hacedlo —dijo Jakola—. Tienes muchos médicos, no solo a esta vieja lechuza. —Cruzó la habitación hasta el catre de Tamas, se sentó y extrajo una petaca del bolsillo de su chaleco.

Olem frunció el ceño. ¿Debía reprenderlo? Parecía tener el triple de tamaño que él. Solo había visto a una persona hablarle así al mariscal con total impunidad: Sabon.

—Jakola —dijo Olem—. Ese nombre me resulta familiar.

Bo meneó levemente la cabeza.

—Yo lo conozco como Gavril.

Olem cogió el cigarro de Bo, le desprendió la ceniza y se lo volvió a colocar en la boca.

—Jakola —dijo Olem—. Jakola. Un momento. ¡Jakola de Pensbrook! —Abrió los ojos—. ¿Ese es él?

—No me preguntes a mí.

Olem volvió a acomodarse sobre la banqueta y siguió fumando su cigarro, tratando de recordar los rumores que corrían por las tropas. Decían que Jakola era uno de los mejores amigos de Tamas. Algunos decían que se trataba del hermano de su esposa muerta. Olem se preguntó cuánto habría de verdad en ello. Jakola llevaba desaparecido más tiempo del que llevaba él en el ejército.

Tamas se acercó cojeando y se puso en cuclillas junto al catre de Bo. Se había negado a permitir que Mihali lo curara hasta que Taniel estuviera a salvo. Su pierna seguía mal (estaba empeorando, de hecho), pero su terquedad seguía intacta.

—Tengo unas preguntas para ti —dijo Tamas. Olem le quitó el cigarro a Bo para que pudiera responder—. ¿Qué sucedió allá arriba? —Bo miró al mariscal de campo con expresión sombría. No parecía dispuesto a hablar—. No voy a ejecutarte. Al menos, por ahora. Todo esto es una precaución —dijo señalando las ataduras—. Sospecho que aún estás bajo el control del geas, ¿verdad?

Bo asintió con la cabeza.

—¿Entonces Taniel y tú no pudisteis encontrar alguna forma de destruirlo?

—Hemos pasado los últimos meses tratando de rechazar a los keseños —dijo Bo. Tenía la voz ronca—. No hemos tenido tiempo.

—¿Cuándo te matará el geas?

—No lo sé.

Tamas lo pensó un momento.

—Por ahora te quedarás así. Trataremos de ponerte cómodo. Sé que tu compulsión por matarme no es culpa tuya.

Bo no parecía aliviado.

—¿Qué sucedió allá arriba? —volvió a preguntar Tamas—. ¿Taniel realmente le disparó a Kresimir?

—Sí —dijo Bo.

—¿Tú lo viste?

—Lo *sentí* —dijo Bo—. Cada Privilegiado de los Nueve lo sintió. Me atravesó el alma. ¿Lo sentiste tú?

Tamas meneó la cabeza.

—Olem, ¿tú sentiste algo?

—No, señor —dijo Olem. Le dio una calada al cigarro de Bo para mantenerlo encendido—. Aunque quizá sí lo haya sentido. He estado con indigestión desde que comenzamos a comer raciones de viaje. Echo de menos la comida de Mihali.

—Te habrías dado cuenta —dijo Bo.

Tamas se inclinó hacia atrás e hizo una mueca de dolor.

—Así que Kresimir ha muerto —dijo. Se sostuvo del borde de la camilla para mantenerse estable.

Olem frunció el ceño.

—¿Dónde está vuestra muleta, señor?

Bo comenzó a reírse. Era un sonido grave, silencioso y perturbador. Poco a poco fue sonando más fuerte.

—¿Qué es lo gracioso? —preguntó Olem.

Bo meneó la cabeza.

—No hay nada gracioso. No lo entiendes, Tamas. No se puede matar a un dios.

Tamas se sentó junto a su hijo. Taniel se aferraba a la vida. Los doctores decían que estaba en coma. No había forma de saber cuándo se recuperaría, o si llegaría a hacerlo.

Tamas debería haber insistido en que viniera Mihali. Se tragó el nudo de la garganta y rogó que el muchacho lograra sobrevivir al viaje de regreso a Adopest. Seguro que un dios podría curarlo. Una vez que eso estuviera resuelto, permitiría que Mihali le viera la pierna a él.

—Has estado bien —dijo Tamas apoyando una mano en la frente de Taniel. Estaba caliente al tacto—. Ahora, no te me mueras. No puedo perderte. Ya perdí a tu madre. *No pienso perderte* a ti también.

Se abrió la puerta de la tienda. Una gran sombra tapó el fulgor del fuego de la montaña.

—Tu muchacho es un luchador del mismísimo abismo.

Tamas observó a su cuñado mientras el enorme sujeto entraba y tomaba el otro asiento que había.

—¿Debo llamarte Jakola o Gavril en la actualidad? —preguntó Tamas. Se pasó una mano por el rostro, con la esperanza de que el otro no viera las lágrimas que se estaba limpiando.

—Gavril está bien —dijo el líder de la Guardia.

Gavril. El nombre que había adoptado para ocultarse de los cazadores de Ipille después de que Tamas y él intentaran asesinar al rey keseño. Eso había sucedido hacía mucho tiempo. Había transcurrido una vida entera, o al menos eso parecía. Y desde entonces Gavril había sido un borracho. Ahora parecía estar bastante sobrio.

—Cuando nos fuimos del Pico del Sur, vimos al ejército de Kez yéndose hacia el oeste —dijo Gavril—. Hacia las Puertas de Wasal.

—Piensan atacar —dijo Tamas—. Con todo. Sin darnos respiro.

—Ahora tienen un dios de su lado, si lo que dice Bo es cierto y Kresimir está vivo.

—Nosotros también.

—¿Qué?

—Adom. El hermano de Kresimir —dijo Tamas—. No es un dios violento. No es Kresimir. Los keseños llevan las de ganar en cuanto a guerra se refiere.

Gavril extendió las piernas, se inclinó hacia atrás y enseguida se reacomodó, cuando la silla sobre la que se sentaba comenzó a crujir.

—Un dios —susurró— ¡Dos dioses! Y hechiceros de antaño. Este no es el mundo que conocemos, Tamas.

—Ahora no puedo pensar en nada más que en esto —respondió Tamas señalando a su hijo.

Gavril le concedió un momento de silencio antes de seguir hablando.

—Pasé quince años afligido por la muerte de mi hermana. Si llega a suceder lo peor, no cometas el mismo error. Te lo ruego. Y no te aflijas por él antes de que muera. —Tamas asintió con la cabeza. ¿Qué más podía decir?—. Me he enterado de lo de Sabon. Lo lamento.

—Había traidores entre mis hombres —dijo Tamas. Gavril frunció el ceño—. El investigador en el que confié para que el traidor de mi junta saliera a la luz. —Tamas respiró hondo—. Tuvo éxito, pero él mismo resultó ser un traidor; tenían a su familia de rehén. Es lo que hizo que Sabon muriera.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Lo haré responder por sus crímenes.

—No permitas que el odio te consuma —le advirtió Gavril.

—No es odio. Es justicia.

—Si es por justicia, Kresimir debería haber arrasado todo Adro.

Tamas se puso de pie y fue hasta su arcón de viaje, y cada paso que dio fue un mundo de dolor. Abrió la tapa y extrajo una de las pistolas Hrusch que le había regalado Taniel.

—Mi hijo está a un paso de la muerte —dijo Tamas. Regresó a su asiento y apoyó la pistola sobre su regazo—. Mi esposa está muerta hace mucho tiempo, y muchos de mis amigos se le han unido. —Examinó el cañón, amartilló el arma y la apuntó hacia una de las paredes de la tienda—. No me queda nada que pueda inspirarme compasión. Me encontraré con las fuerzas de Ipille en las Puertas de Wasal. Las rechazaré. Las haré volver a Kez y quemaré todo a mi paso hasta llegar a la mismísima puerta de Ipille. —Tamas apretó el gatillo y oyó el chasquido del martillo—. Me enfrentaré a Kresimir y le enseñaré lo que es la justicia.

Agradecimientos

Hay muchas personas sin las cuales este libro no existiría.

Comenzaré agradeciendo a mi increíble agente, Caitlin Blasdell, por ver el potencial y por obligarme (aunque yo gritara y pataleara) a hacer las correcciones necesarias antes de siquiera considerar que un editor viera el libro. Luego a mi editora, Devi Pillai. Su entusiasmo contagioso me hizo continuar incluso cuando yo quería gritar: "No… por favor… ¡no me hagas cambiar el nombre de ese personaje!".

Gracias a mi inteligente esposa, Michele, por las horas que pasamos desarrollando ideas. Muchas de las cosas maravillosas de este libro vinieron de ella.

Yo comencé a darme cuenta de que quería vivir de la escritura cuando estaba en el instituto. Vaya un agradecimiento especial para Marlene Napalo, quien me siguió la corriente y leyó mis primeros textos, a pesar de que realmente pensó que los odiaría. Ella fue clave para que yo comenzara toda esta travesía. William Prueter me enseñó a amar la historia, donde tienen sus raíces incluso las fantasías más fabulosas. En la universidad, infinidad de personas me hicieron seguir y me dieron consejo y apoyo. Los principales fueron Zina Petersen y Grant "Boz" Boswell.

Gracias a Nancy Gould, que hizo las veces de patrocinadora en un momento de gran transición para mí, a pesar de no tener pruebas de que yo alguna vez llegaría a algo.

Isaac Stewart, Steve Diamond y Logan Moritz leyeron muchas versiones de este libro y de otros. No puedo expresar la devoción de amistad que esto requiere. Sus comentarios fueron de un valor incalculable. Gracias a Charisa Player, la primera desconocida que leyó algo mío y pensó que quizá yo tuviera posibilidades de ser publicado. Durante toda mi lucha por escribir y publicar, ha habido decenas de personas que me leyeron y me dieron su opinión. ¡Gracias a todos ellos!

Gracias a Susan Barnes, a Lauren Panepinto y a todas las personas que están detrás de las bambalinas de Orbit. No deja de sorprenderme que haya otras personas que se entusiasmen por trabajar en algo que surgió de las profundidades de mi imaginación.

Mi más completa admiración y agradecimiento es para Brandon Sanderson, por ser quien más me ha enseñado sobre escribir y por mostrarme cómo moverme por todo este mundillo.

Por supuesto, todos estos agradecimientos no son nada en comparación con la gratitud que siento por mi madre, quien me ha hecho interesar por cosas que rara vez yo quería, y que nunca dudó que algún día sería un escritor genuino; y por mi padre, por pagar todas las cosas que mamá me hizo hacer.

Finalmente, gracias a toda mi familia por el apoyo que me han dado para que persiga mis sueños..

Nuestros autores y libros en Gamon
Estamos orgullosos de nuestro catálogo de fantasy, una selección de obras para los distintos gustos de quienes amamos este género. Por orden alfabético: *Fantasía Urbana*

Luke Arnold: Los Archivos de Fetch Phillips

La Última Sonrisa en Sunder City (2021)
Hombre Muerto en una Zanja (2022)

Fantasía Aventuras
Nicholas Eames: Serie La Banda (Historias independientes)
Reyes de la Tierra Salvaje (2021)
Rosa La Sanguinaria (2022)

Fantasía Épica
Brian McClellan: Trilogía Los Magos de la Pólvora
Promesa de Sangre (2021)
La Campaña Escarlata (2022)
La República de Otoño (2023)

Fantasía Oscura
Gareth Hanrahan: Trilogía El Legado del Hierro Negro
La Plegaria de la Calle (2021)
El Santo de la Sombra (2022)
El Dios Caído (2023)

Fantasía Romance
Constance Sayers
Una Bruja en el Tiempo (2021)

Visita nuestro sitio web para más información
www.gamonfantasy.com

Brian McClellan es un gran autor de fantasía épica nacido en Cleveland, Ohio. Saltó a la fama por su serie *Los Magos de la Pólvora (Promesa de Sangre, La Campaña Escarlata* y *La República de Otoño)* , publicada por este sello editorial.
Vive en la ladera de una montaña en Utah con su esposa Michele. Allí escribe novelas, mientras procura mantener a raya su adicción a los videojuegos.

Su sitio web es: brianmcclellan.com

DERROCAR A UN REY ES UN TRABAJO SANGRIENTO.

El Mariscal de Campo Tamas ha liderado el golpe de estado en Adro. La aristocracia decadente y corrupta ha terminado en la guillotina y el pueblo hambriento ahora tiene comida. Pero además ha provocado la guerra en las Nueve Naciones, ataques internos de los realistas y lucha encarnizada por el dinero y el poder entre quienes suponía eran sus aliados: la Iglesia, los trabajadores y los mercenarios.

Tamas apenas soporta la presión y necesita a Adamat, un inspector de policía retirado, cuya lealtad está en juego, y a los Magos de la Pólvora que le quedan, entre ellos Taniel, su indómito y brillante hijo.

Hay quienes presagian muerte y destrucción. Las leyendas están en boca del pueblo pero ningún hombre instruido cree en ese tipo de cosas... aunque sería mejor que lo hicieran.

LOS DIOSES TAMBIÉN ESTÁN IMPLICADOS.

Creemos que a veces se necesita de un poco de magia para sobrevivir a la realidad.

Somos fans del género y amamos que se nos note.

Nos encanta sumar fieles a la causa.

Creemos que la clave para un buen libro está en su capacidad de hacernos perder la noción de tiempo y transportarnos a otros mundos.

Las historias que nos gustan son las que permanecen con nosotros mucho tiempo después de haberlas leído.

Nos gustan las novelas de muchas páginas, que cueste transportar en la mochila o el bolso.

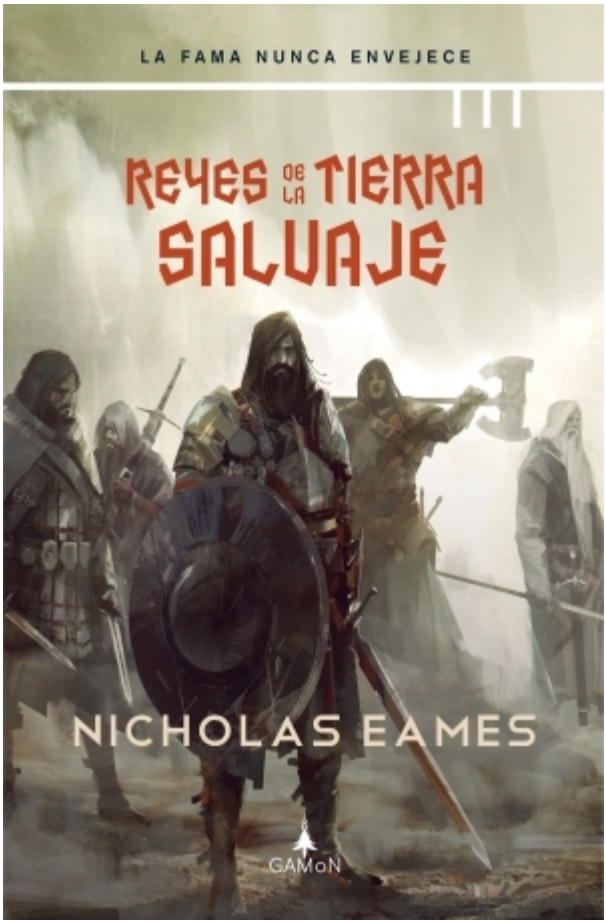
Sabemos que las sagas deben publicarse hasta el final, y eso haremos. Conocemos la angustia que producen los finales abiertos, y el horror cuando descubrimos que no hay fecha para el siguiente libro.

Tenemos a los autores que no deberían faltar en tu biblioteca: los que no se publican desde hace mucho tiempo en español y las nuevas voces, que pronto se convertirán en referentes.

¡Te damos la bienvenida!

GamonFantasy

www.gamonfantasy.com



Reyes de la tierra salvaje (versión española)

Eames, Nicholas 9788418711091
528 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Ganadora del David Gemmell Morningstar Award a la Mejor Primera Novela
Ganadora del Reddit/Fantasy Award a la Mejor Primera Novela
"Mejor Libro del Año" en Fantasy Faction

LA FAMA NUNCA ENVEJECE

Clay Cooper y su banda fueron los mejores entre los mejores, el grupo de mercenarios más temido y con mayor reputación de este lado de la Tierra Salvaje.

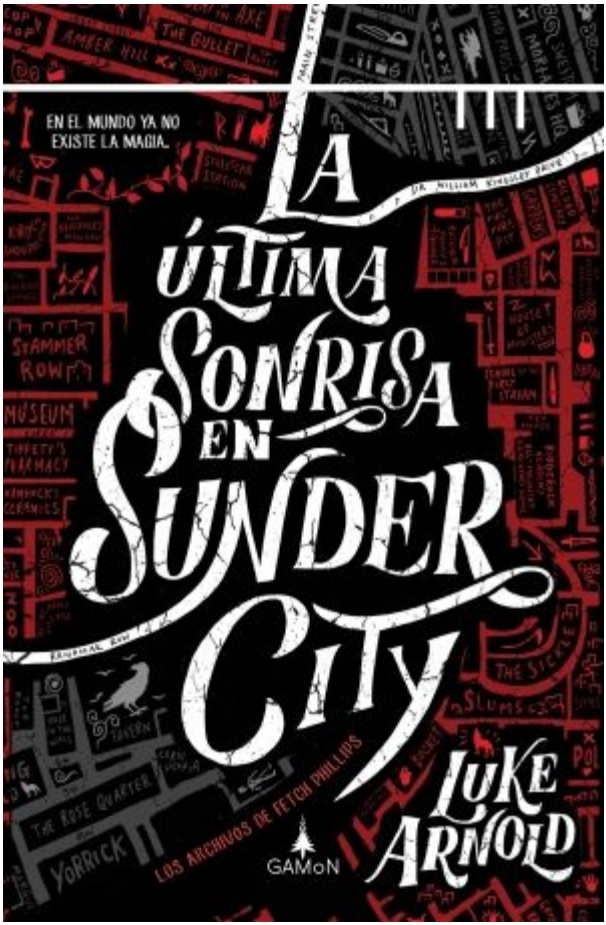
Sus días de gloria quedaron atrás cuando los mercenarios se separaron. Envejecieron, engordaron, se convirtieron en unos borrachos o una mezcla de cualquiera de esas tres cosas. Pero todo cambia el día en que uno de sus excompañeros aparece en la puerta de la casa de Clay para suplicar ayuda.

Su hija está atrapada en una ciudad sitiada por un enemigo que los supera abrumadoramente en número y está sediento de sangre. Rescartarla es una misión que solo aceptarían los más valientes o los más imbéciles.

Ha llegado la hora de reunir a la banda.

"Una primera novela brillante. Eames ha superado la emoción de la fantasía épica, la trama es gratificante y original. El autor claramente se propuso escribir algo divertido de leer y lo ha logrado de manera espectacular". - Publishers Weekly.

Cómpralo y empieza a leer



La última sonrisa en Sunder City (versión española)

Arnold, Luke 9788418711077
288 Páginas Cómpralo y empieza a leer

La magia ha desaparecido, pero los monstruos permanecen. Bienvenidos a Sunder City.
Fetch Phillips tiene mucho que expiar. Más de lo que la mayoría de la gente cree, o ya estaría muerto. Está en el fondo del pozo, y como último recurso acepta un trabajo para investigar la desaparición de un profesor vampiro en una escuela de barrio. Es esto o muere. La

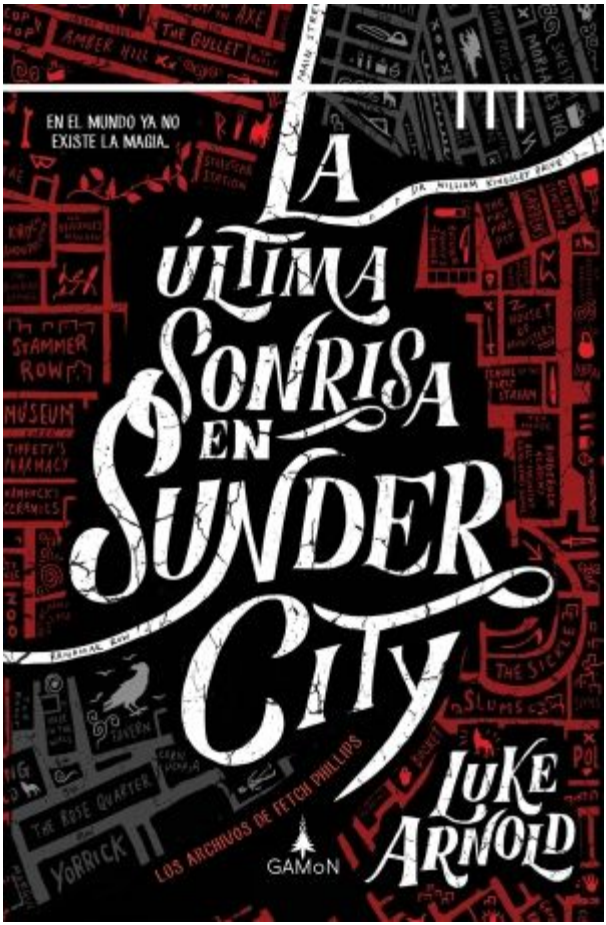
tentación de tirarse por la puerta de Ángel de su oficina se está volviendo demasiado difícil de resistir. Mientras, Sunder City esconde todo tipo de cosas en sus sombras y Fetch está a punto de encontrar un problema que podría ser demasiado grande para que él lo pueda manejar ...

Sunder City, distópica, en posguerra y carente de magia, se encuentra devastada. ¿Qué pasa cuando la magia se va? Sólo lo peor: van desapareciendo las criaturas inmortales y abundan criaturas atrapadas en grotescas formas inacabadas, retorcidas; la sociedad, la industria, la política y la cultura se corrompen, las razas mágicas caen y los humanos ascienden... Un relato negro y cínico, en un lugar de imaginación asombrosa.

En la mejor tradición de la novela negra americana, llega La última sonrisa en Sunder City, de Luke Arnold, que inventa el género urban noir fantasy.

"Combina la crudeza de Chinatown con lo asombroso de Harry Potter". Publishers Weekly.

Cómpralo y empieza a leer



La última sonrisa en Sunder City (versión latinoamericana)

Arnold, Luke 9789874793133
288 Páginas Cómpralo y empieza a leer

La magia ha desaparecido, pero los monstruos permanecen. Bienvenidos a Sunder City.
Fetch Phillips tiene mucho que expiar. Más de lo que la mayoría de la gente cree, o ya estaría muerto. Está en el fondo del pozo, y como último recurso acepta un trabajo para investigar la desaparición de un profesor vampiro en una escuela de barrio. Es esto o muere. La

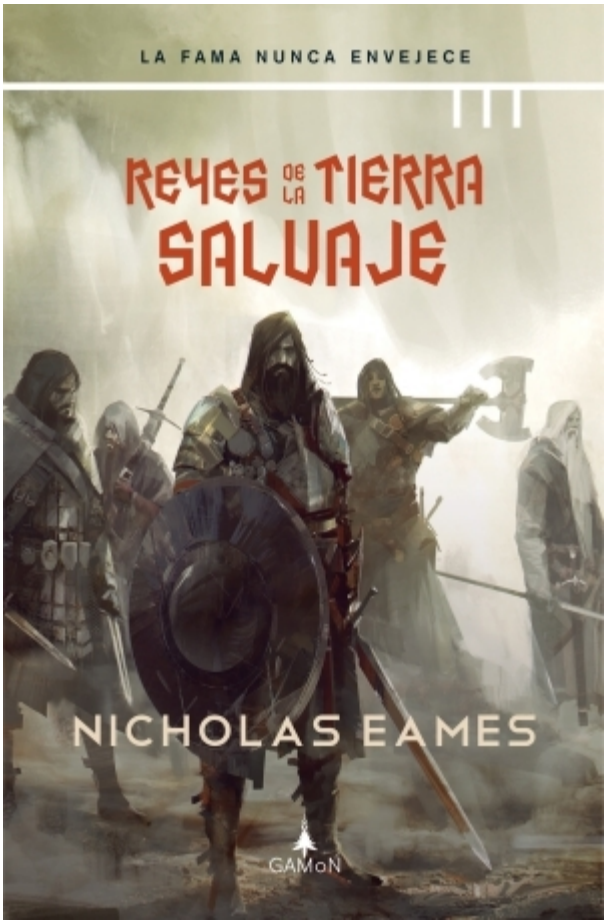
tentación de tirarse por la puerta de Ángel de su oficina se está volviendo demasiado difícil de resistir. Mientras, Sunder City esconde todo tipo de cosas en sus sombras y Fetch está a punto de encontrar un problema que podría ser demasiado grande para que él lo pueda manejar ...

Sunder City, distópica, en posguerra y carente de magia, se encuentra devastada. ¿Qué pasa cuando la magia se va? Sólo lo peor: van desapareciendo las criaturas inmortales y abundan criaturas atrapadas en grotescas formas inacabadas, retorcidas; la sociedad, la industria, la política y la cultura se corrompen, las razas mágicas caen y los humanos ascienden... Un relato negro y cínico, en un lugar de imaginación asombrosa.

En la mejor tradición de la novela negra americana, llega La última sonrisa en Sunder City, de Luke Arnold, que inventa el género urban noir fantasy.

"Combina la crudeza de Chinatown con lo asombroso de Harry Potter". Publishers Weekly.

Cómpralo y empieza a leer



Reyes de la tierra salvaje (versión latinoamericana)

Eames, Nicholas 9789874793140
528 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Ganadora del David Gemmell Morningstar Award a la Mejor Primera Novela
Ganadora del Reddit/Fantasy Award a la Mejor Primera Novela
"Mejor Libro del Año" en Fantasy Faction

LA FAMA NUNCA ENVEJECE

Clay Cooper y su banda fueron los mejores entre los mejores, el grupo de mercenarios más temido y con mayor reputación de este lado de la Tierra Salvaje.

Sus días de gloria quedaron atrás cuando los mercenarios se separaron. Envejecieron, engordaron, se convirtieron en unos borrachos o una mezcla de cualquiera de esas tres cosas. Pero todo cambia el día en que uno de sus excompañeros aparece en la puerta de la casa de Clay para suplicar ayuda.

Su hija está atrapada en una ciudad sitiada por un enemigo que los supera abrumadoramente en número y está sediento de sangre. Rescartarla es una misión que solo aceptarían los más valientes o los más imbéciles.

Ha llegado la hora de reunir a la banda.

"Una primera novela brillante. Eames ha superado la emoción de la fantasía épica, la trama es gratificante y original. El autor claramente se propuso escribir algo divertido de leer y lo ha logrado de manera espectacular". - Publishers Weekly.

Cómpralo y empieza a leer

Promesa de sangre (versión latinoamericana)

McClellan, Brian 9789874793157
544 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El primer libro de la saga más esperada por la comunidad fantasy.
Brian McClellan, el mejor discípulo del genial Brandon Sanderson, por fin en español.

Derrocar a un rey es un trabajo sangriento. El mariscal de campo Tamas ha liderado el golpe de estado en Adro. La aristocracia decadente y corrupta ha terminado en la guillotina y el pueblo hambriento ahora tiene comida. Pero además ha provocado la guerra en las Nueve Naciones, ataques internos de los realistas y lucha encarnizada por el dinero y el poder entre quienes suponía eran sus aliados: la Iglesia, los trabajadores y los mercenarios.

Tamas apenas soporta la presión y necesita a Adamat, un inspector de policía retirado, cuya lealtad está en juego, y a los Magos de la Pólvora que le quedan, entre ellos Taniel, su indómito y brillante hijo.Hay quienes presagian muerte y destrucción. Las leyendas están en boca del pueblo pero ningún hombre instruido cree en ese tipo de cosas... aunque sería mejor que lo hicieran. Los dioses también están implicados.

"McClellan combina perfectamente la intriga y la acción en una sociedad donde las nuevas fuerzas como los sindicatos, los soldados armados y los 'Magos de la Pólvora' chocan con la magia tradicional". *Publishers Weekly*.

"Guerra, magia, cambiaformas, espadas, mosquetes y dioses reencarnados. No es solo otra fantasía épica: es el debut de McClellan y la primera novela de una trilogía. ¡Excelente!". The Book Bag

Cómpralo y empieza a leer